3 1761 08166207 4

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

# LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 14. NUM. 160.

# LA

# ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE DE LAZARO

ABRIL, 1902

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

*Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.030.*

462656

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de* La España Moderna.

AP
60
E8
año 14
no. 160-62

# HIGH-LIFE

NOVELA

(CONTINUACIÓN)

## XII

Eran las nueve de la mañana y la Condesa de Simmersburg estaba sentada delante del castillo, bajo unos tilos, en su puesto habitual. El café estaba servido en una mesa, al lado de un paquete de cartas. Gertrudis acudió con peinador blanco y sus rubios cabellos en desorden flotando sobre sus hombros.

—¡Oh, abuela! ¿Me he retrasado?

Su misión era servir el café á la abuela, y veía ya ante ésta una taza llena.

—Seguramente—dijo la anciana con cierto mal humor.

Tendió, sín embargo, la mano á su nieta para que la besara.

—Estaba tan buena, tan buena, esta mañana el agua, que no podía decidirme á salir de ella. ¿Qué son estas cartas...? ¿Puedo abrirlas, abuelita, para ver si hay algo de Hans?

—Toma primero el café... ¡Qué mojado tienes el pelo! ¿Por qué no te lo has recogido con una redecilla?

—Se ha despeinado... El café está exquisito hoy... Es delicioso, después del baño, en una hermosa mañana de verano...

—Trudy, trata de ser más reservada; cuando te parezca

buena una cosa, saboréala en silencio, sin dar gritos de alegría. Es una falta de corrección chocante. Quisiera que fueras menos vulgar; piensa que ya no eres una niña, y que dentro de algunos días serás la Princesa de Witterstein.

—A Dios gracias—se dijo Gertrudis—no oiré más sermones.

—Muéstrate digna de ocupar tan elevada posición. Atiende: nada de exclamaciones alegres por una taza de café; nada de admiraciones intempestivas porque el cielo esté puro... Cuando se tiene la suerte de ser lo que la divina Providencia te ha hecho, no se pasa la vida chapuceando en el agua... ¿Cómo, una tostada más? ¡Te felicito por tu apetito...! Haz el favor de darme mi cesta de labor... ¿Has traído tu crochet...? Sabes que detesto que una muchacha permanezca sin hacer nada. «La ociosidad es la madre de todos los vicios», como decía muy bien el otro día el señor cura... Créeme, hija mía, no estés nunca ociosa... Nada hay tan feo como una mujer que se cruza de brazos en lugar de ocuparse en una bonita labor... Bueno, ya has tomado el café: ahora te permito que veas el correo.

La Condesa dió las cartas á la joven, pero se quedó con un papel.

—¡Ah!—exclamó la pequeña con tono de decepción;—no hay nada para mí, nada de Hans...

La Condesa abrió la mano:

—¿Y esto?

—¡Un parte! ¡Oh, abuela! ¿Por qué no me lo has dado en seguida?

Gertrudis abrió el telegrama y leyó:

«Llegaré mañana martes para pasar un día. Feliz por verla.—Hans.»

La niña se puso encarnada, palideció y dejó caer el papel. ¡Qué sorpresa! En la última carta que el Príncipe fechaba en Moravia anunciaba que no podía abandonar sus propiedades en unos quince días, y he aquí que llegaba al día siguiente...

¡Él, el amado, el tan deseado, el prometido! Ella estuvo á punto de desvanecerse de felicidad, y volvió á caer sin fuerzas en su silla.

—¡Dios mío!—balbuceó conmovida.

—¡Trudy! ¿Qué significa esa actitud teatral...? ¿Qué significa ese aspecto de éxtasis? ¿Hay nada más sencillo ni más natural que tu prometido venga á hacernos una visita? ¿A qué vienen esos suspiros y esos ojos extraviados? Calma, corrección, hija mía. ¿Cuántas veces será preciso repetírtelo? Semejantes escenas desagradarían en absoluto á Witterstein.

La Condesa continuó regañando durante algún tiempo, pero Gertrudis ya no la escuchaba. Mañana, mañana, le volvería á ver; tocaría su mano, le hablaría... ¡Alegría sin nombre...!

—Ahora vete á arreglar, Trudy.

La joven no se lo hizo repetir, impaciente por subir á su habitación y encontrarse sola. Despidió á la doncella que acudió á vestirla, y se sentó ante su pupitre para consignar en su «libro secreto» sus impresiones personales. Escribió con mano rápida:

«¡Mañana, Hans, mañana! ¿Es posible? ¿No destruirá á la tierra un cataclismo de aquí á entonces? ¿Se sucederá tranquilamente mañana á hoy? ¿Será un día del calendario semejante á los demás? Volverte á ver... Casi tengo miedo. Te he amado tanto desde tu marcha... ¿Continúas siendo el que conocí en Viena? ¿Te soy tan querida como entonces...? El exceso de mi amor me hará parecer muy torpe y muy sosa mañana: no sabrás nada de lo que pasa en mi corazón, nada de lo que experimento...»

Y emborronaba páginas y páginas en este tono sentimental. También la Condesa estaba ocupada en escribir, y dirigía invitaciones á toda la vecindad, temerosa de que Witterstein encontrase demasiado aburrida su corta estancia en el castillo de Stoekan.

Llegó el anhelado día siguiente. Ningún cataclismo tuvo

la crueldad de aniquilar el globo terrestre. Sin embargo, la Naturaleza se mostraba bastante inoportuna, ó por lo menos parecía no comprender bien la importancia de aquel memorable día: llovía á cántaros. Witterstein llegó á las cuatro de la tarde. A pesar del mal tiempo, algunas personas habían acudido á la invitación de la Condesa y estaban reunidas en el salón cuando Hans hizo su entrada.

A Gertrudis le había hecho muy poca gracia la idea que había tenido su abuela de llenar su castillo de personas indiferentes; ¿cómo tener en semejantes condiciones una conversación íntima con su futuro? Porque, para colmo de desgracia, el viento y la lluvia hacían imposible todo paseo dos á dos. Hans se encontró también desagradablemente sorprendido al ver todos aquellos rostros desconocidos ante los cuales tenía que desempeñar el papel de un novio rendido y enamorado—papel bastante embarazoso para él, cuyos sentimientos eran tranquilos. Sin embargo, cuando vió á la graciosa niña que estaba al lado de su abuela, experimentó una sensación de grata ternura y sintió deseos de estrecharla entre sus brazos; la presencia de los invitados hacía imposible toda efusión de ese género. Besó la mano de la abuela y de la nieta y dijo á ésta, con tono dulce y penetrante:

—¡Querida, querida Trudy!

La palidez de Gertrudis se trocó en encendido rubor.

—¿No permanece usted más que un día con nosotras?—preguntó la Condesa.

—No es más que una escapatoria, porque mis intereses me retienen en Moravia. Mi tío me inicia en los misterios de la administración. Esa vida de cifras, de cálculos y negocios me es odiosa, y he tenido el deseo de ver á mi prometida... Me he escapado por un día, pero es preciso que regrese mañana.

Después de la comida, como el tiempo había aclarado algo, los invitados pudieron sentarse en el terrado y aspirar el fresco aroma que brotaba del suelo mojado y de las flores saturadas de agua. Los senderos, convertidos en arroyuelos, no per-

mitían ninguna excursión. Gertrudis estaba sentada al lado de su abuela, y Hans, apoyado en un pilar, miraba á las dos mujeres. Los invitados, sentados en círculo alrededor de ellos, escuchaban la narración que hacía el joven de sus aventuras londonenses ó parisienses, por supuesto, de las que podían ser escuchadas por castos oídos.

—¿Sin duda salió usted de París con los Hohenberg?—preguntó la Condesa.

—No. Creo que actualmente están en Trouville; no estoy seguro.

—Hohenberg ha ido á buscar á su mujer para regresar á Austria.

—Ha hecho bien. No me gustan esas prolongadas estancias en el extranjero. Se puede viajar para instruirse, ir de un lado á otro para aprender el mayor número posible de cosas, pero no se debe pasar temporadas enteras fuera de su propio país. No es patriótico ir á gastar así el dinero en el extranjero... Supongo que cuando estén ustedes casados permanecerán cuerdamente en su casa...

—No se lo puedo prometer, Condesa. Es difícil resistir á la atracción de los viajes cuando está uno habituado á ellos.

—¡Oh! yo no pido más que visitar el mundo entero—exclamó Gertrudis entusiasmada.

Los dos jóvenes no pudieron llegar á un coloquio más íntimo. Witterstein, por lo demás, no buscaba la ocasión. Se marchó al día siguiente, después del almuerzo, con los invitados de la Condesa de Simmersburg.

—No tardaré en instalarme en Herrenberg—dijo al despedirse de su prometida.—Entonces estaremos cerca y podremos vernos todos los días hasta nuestra boda. Hasta entonces, mi bonita Trudy. Verdaderamente, querida Condesa, su nieta se ha embellecido más y el aire del campo la sienta á maravilla.

¡Ingrato!... ¡No veía que el amor era lo que daba frescos colores á aquellas mejillas y brillo á aquellos ojos! ¡No sabía

que su presencia había provocado dulces lágrimas! Ignoraba la llama interior que había transfigurado aquella belleza infantil é ingenua...

Hans había regresado á sus tierras; su corta visita había pasado como un sueño. Gertrudis se preguntaba si realmente su novio había estado á su lado, si su mano había tocado la de ella, si sus labios habían depositado en su frente un casto beso... ¡Ah! no se había él dignado penetrar en el misterioso secreto de aquel corazón puro, y la pobre niña no sabía si debía sentirse alegre ó entristecida.

—Trudy, estás inmóvil como la estatua de la Consternación... Tienes ahora los ojos llenos de lágrimas... ¿Cuándo serás, pues, razonable?

—Abuela, ¿crees tú que me quiere?

—¿Qué significa esa pregunta?

—¡Nada, nada! No sé en verdad lo que quería decir, abuelita.

## XIII

Hans no se dirigió directamente á casa de su tío en Moravia, sino que hizo otra breve excursión. Al pasar por Praga supo que los Hohenberg y la Condesa de Thunen se encontraban en Ischl, y se le ocurrió ir á ver á la despiadada Isi.

¡Qué rabia le había ocasionado!... Una rabia tal, que había caído enfermo... Así que saboreaba de antemano la venganza de cantarla los encantos de su novia. Y en efecto, Trudy era deliciosa: una verdadera rosa de Mayo, mucho más bonita que Isi, y tan cándida, tan pura, tan virginal... ¿Pero por qué se interponía siempre entre Gertrudis y él la imagen de Isi cuando pensaba en su próxima boda?...

La temporada de Ischl estaba en su mejor período. La Corte estaba brillantemente representada por un gran número de familias pertenecientes á la más alta nobleza. ¡Qué buen

efecto hacían en los registros de los hoteles aquellos grandes nombres! Su alteza serenísima el Príncipe de Hohenberg con su acompañamiento; su excelencia el barón de X..., intendente de los teatros reales... Todos los Schulze, Muller ó Durand, se regocijaban en inscribirse en las mismas listas...

Los Hohenberg, como no pensaban permanecer más que unos quince días, habían parado en el hotel en lugar de alquilar una *villa*. Witterstein se detuvo por casualidad en el mismo hotel. Llegó á las seis de la tarde, pasó al comedor y mandó que le trajesen el registro de extranjeros; fue para él una sorpresa agradable el encontrar los nombres que buscaba entre los huéspedes de la casa. Preguntó si habían salido, y le dijeron que comían con Sus Majestades.

Hans fué á esperarles en el peristilo, y los vió llegar á las diez.

Cari fue la primera en exclamar alegremente al bajar del carruaje:

—¡Usted aquí, querido Witterstein!

El corazón de Isi palpitó violentamente, pero tomó un aire indiferente y tendió al Príncipe la punta de los dedos, diciendo:

—¡Qué sorpresa tan agradable!

Hohenberg le sacudió fuertemente la mano.

—Ven con nosotros—dijo con cordialidad,—mi mujer te ofrecerá una taza de té.

Hans no se lo hizo repetir, y les siguió al piso superior. Entraron en un salón muy iluminado por la electricidad.

Las dos hermanas se quitaron sus grandes capas de seda obscura, y aparecieron vestidas de blanco, con diamantes en el escote y flores naturales en la cabeza. Estaban admirables de hermosura, y la primera mirada de Isi bastó para fascinar de nuevo á Witterstein.

Cari se dejó caer en una butaca.

—Me encuentro un poco cansada—dijo.

La Condesa de Thunen se acercó á la mesa y se puso á pre-

parar el té; se quitó sus largos guantes de Suecia, y sus brazos desnudos mostraron sus líneas puras bajo los siete aros de su *porte-bonheur*. Llenó las tazas, y ofreció una al joven que estaba de pie ante ella.

—Y ahora, cuente usted—dijo Isi.—He oído decir que cayó usted enfermo en París antes de su marcha. A Cari y á mí nos extrañaba mucho no verle... Estábamos lejos de sospechar...

—Sin lo cual, hubieran ustedes desempeñado cerca de mí el papel de Hermanas de la Caridad.

—Tal vez—respondió la Princesa de Hohenberg;—de todos modos, hubiéramos preguntado por usted. ¿De dónde viene?

—De Stockan, en Bohemia.

Isi se mordió los labios.

—¿Y qué es lo que te trae á Ischl, si no es indiscreción?—preguntó Hohenberg.

—¿A Ischl?... El deseo de ver á todos ustedes...

Un relámpago de triunfo brilló en los ojos de Isi. Lanzó á Hans una tierna mirada, y se volvió.

—Yo en su lugar me hubiera quedado en Stockan—dijo ella.

Entraron algunas personas en el salón: vecinos de hotel, una Condesa húngara con su hija, y un General. Se pusieron á hablar de los acontecimientos políticos de Rusia, de una inundación en el Tirol, y así por el estilo. Esta conversación no interesaba á Isi, que permanecía reclinada en una butaca, estirando y arrugando sus largos guantes de Suecia. Witterstein se había colocado al lado de ella, y después de un silencio contemplativo, dijo:

—¿Sabe usted la causa de mi enfermedad en París?

—No.

—El billete cruel que me fue entregado á la puerta de los Campos Elíseos.

—¡Supongo que no esperaba usted otra cosa!

—Busqué á usted en los teatros, en los sitios en donde podía usted estar... A las doce de la noche, me puse de guardia

ante la puerta del Gran Hotel; tenía fiebre, estaba transido por la lluvia... Estuve á punto de morirme al día siguiente...

—Lo siento mucho...—Y los guantes se alargaban indefinidamente... La suerte me ha vengado con demasiada dureza, pero la ofensa recibida merecía un castigo ejemplar... Tal vez la fiebre ha sido una pena excesiva...

—Si yo la hubiera ofendido á sabiendas, no me atrevería á presentarme delante de usted... pero, durante aquella inolvidable gira de Versalles... usó usted de una feroz coquetería... Es usted la criatura más odiable y más adorable del mundo.

—¿Viene usted de Stockan?

¿Stockan?... Se había olvidado por completo de lo que se había propuesto al ir á Ischl: excitar los celos de Isi, á fin de vengarse de ella. La joven acaba de recordarle sus designios.

—Sí, vengo de hacer una visita á Simmersburg. He encontrado bellísima á mi prometida... Creo que esa criatura me ama realmente y concluirá por inspirarme una pasión.

## XIV

Los guantes se alargaron bruscamente. Isi se levantó con un movimiento nervioso y fué á unirse con el otro grupo; dió con viveza su opinión sobre las inundaciones en general y sobre las del Tirol en particular. Durante todo el resto de la velada no favoreció al Príncipe Witterstein ni con una mirada, ni con una palabra, ni con una sonrisa.

Al día siguiente, por la mañana, se marcho él sin despedirse de ella.

*
* *

*De John Walgrave á Walter Sydney, en Boston.*

«No te he escrito desde mi excursión á Versalles, hace ya más de diez semanas, y te suplico perdones mi negligencia.

Imagínate que he cometido contigo una pequeña infidelidad. ¿Te acuerdas de un Príncipe alemán del que te hablaba en mi última carta, y que asistió á la gira? Parece ser que tal Príncipe ha simpatizado conmigo y me ha convidado á hacerle compañía en un castillo de recreo. He aceptado muy gustoso, y aquí me tienes hace quince días viviendo en un grato retiro.

»Creo que mi huésped trabaja en algún libro y se ha retirado á esta tebaida para terminarle sin que le interrumpan. Pasa las mañanas en su gabinete, que permanece cerrado para todos, incluso para mí; no nos reunimos sino por la tarde para hablar; jugamos al billar ó echamos una partida de ajedrez, después leemos en alta voz algunos capítulos de una obra sobre la que discutimos largamente. Nuestras ideas son siempre parecidas y vivimos en un perfecto acuerdo intelectual. Por la mañana muy temprano, nos paseamos—cada uno por nuestro lado—en los bosques cercanos, y volvemos de excelente humor para hacer honor á un sólido desayuno. El Príncipe posee un excelente cocinero, y comemos *con ánimo,* es decir, con glotonería.

»En seguida mi anfitrión se pone al trabajo y yo lo aprovecho para hacer fructuosas excursiones en la biblioteca. Puedes comprender los renovados goces que produce el comercio asiduo con las obras maestras de la literatura. Las gentes de placer ó de negocios nos contentamos con devorar los periódicos, recorrer las revistas ú hojear la última novela; pero estas lecturas precipitadas son, en comparación de mis atentas lecturas de hoy, lo que un tente en pie tomado á escape en la fonda de una estación al exquisito paladeo de una comida fina...

»Recibo de cuando en cuando noticias de Sofía Timofewna. Se encuentra en las estepas y me envía desde allí informes diversos: los intendentes la roban, el pope solicita fondos para la restauración de la iglesia, un gentilhombre vecino quiere casarse con ella, la maestra de escuela de su aldea da conferencias sociales—económico-políticas— y parece tanto más sospechosa de nihilismo, cuanto que lleva anteojos y cabellos cor-

tos; el médico, un *zapadnii,* de ideas muy avanzadas, está en continua disputa con el Juez del distrito, un moscovita de la santa Rusia... Mientras tanto ella siente la nostalgia de su querido París, «el único lugar en donde los pulmones funcionan á gusto». Cuenta con volverme á encontrar allí, pero sin que parezca dar á esto una gran importancia.

»Tanto mejor, porque voy á hacer una excursión por Austria, y volveré á mis penates con mi nuevo amigo que desea conocer América. Creo que proyecta dar la vuelta al mundo. Pero en este caso no seguiremos el mismo camino. Yo no tengo aficiones exóticas, no deseo ni ver bailar á las bayaderas, ni contemplar los hielos del polo; las soledades tropicales ó boreales no me atraen, y no pretendo estudiar á los mongoles, ni á los indios, ni á los tártaros, ni á los salvajes. Estos me aguarían todo el placer que me procura la vista de un pueblo civilizado y me mostrarían lo ineficaz de mis sueños humanitarios...»

Al llegar aquí, Walgrave interrumpió la carta, porque la campana anunciaba la comida. Aunque los únicos comensales fuesen el anfitrión y su invitado, comían siempre de frac: el arte de vivir bien exige que la ceremonia de la comida se verifique con cierta solemnidad. De esta manera se da á la vida ordinaria un tono de cortesía y de corrección.

Se comía á las siete; en seguida echaban la partida de ajedrez. Sin embargo, aquel día el tablero permaneció en su puesto, porque los dos amigos se habían engolfado de sobremesa en una discusión tan animada, que no quisieron interrumpirla; siguieron hablando, sentados ante la chimenea, fumando sus cigarros y saboreando el café.

Hablaban en inglés. El Duque poseía perfectamente aquella lengua, mientras Walgrave era incapaz de conversar en alemán. Corría el mes de Septiembre. El tiempo era todavía bueno; sin embargo, se encendía el fuego todas las noches, no tanto para caldear la habitación como para darla un aspecto íntimo y confortable. Emilio tenía las tenazas y se divertía en

consolidar el edificio de leños. Walgrave tomó de una mesita próxima una copita de licor, y dijo continuando la conversación comenzada:

—Está usted en el error.

Emilio dejó las tenazas en un rincón de la chimenea:

—Me alegro no ser de la opinión de usted. Nuestra conformidad en todos los asuntos comenzaba á ser monótona. ¿Pretende usted que me engaño? Le haré observar, sin embargo, que no soy el primero en declarar que el matrimonio es inútil y perjudicial. Por lo demás, confirmo mi opinión con mis actos. Usted ve en mí un solterón empedernido. Tal vez dentro de seis años se encontrará usted en la misma situación que yo.

—Si me quedase en Europa podría sucederme tal desgracia, pero no temo ese peligro en mi país.

—¿Por qué así? ¿No hay en Europa un número suficiente de muchachas en estado de casarse y dignas de ello?

—Cierto; pero se encuentra al lado de ellas un número harto considerable de mujeres amables... que ya no pueden casarse. En nuestro país, la soltera es la que conquista corazones; *flirtea*, ama y es amada; la muchacha joven, libre, alegre y coqueta, cuyo único pensamiento estriba en terminar su novela de amor con el matrimonio.

—¿Y las casadas? ¿no son ya libres, alegres ó coquetas?

—¿Alegres? sí. ¿Coquetas? para sus maridos únicamente. ¿Libres? en manera alguna. Pertenecen por completo á su hogar. La mujer casada deja de figurar en los coqueteos, mientras que aquí es cuando se encuentra en mejores condiciones.

—¿Aquí? ¿se refiere usted á Alemania?

—No; como vengo de Ultramar, y viajo un poco por todas partes, no me fijo mucho en los límites de países y provincias; para formarme una opinión, establezco una medida proporcional entre todas mis observaciones sobre Europa. En mi calidad de extranjero rico, soy muy bien recibido en la high-life cosmopolita, y en los diferentes ambientes que he recorrido no he observado, desde el punto de vista de la moralidad, no-

tables diferencias. En todos los países en donde gentes ricas y de elevada posición viven entre el lujo y los placeres, la «juventud dorada» comparte sus favores entre las mujeres del *demimonde* y las mujeres casadas del gran mundo... Por lo demás, los «diez mil de la high-life internacional forman entre ellos un grupo de un carácter uniforme...»

—Esa es la teoría que expuse una vez ante usted sobre esos bohemios de lujo... Yo esperaba una discusión, y he aquí que nos encontramos otra vez acordes...

—Dispuesto estoy á la discusión si pretende usted que los célibes están en lo cierto... Repito con insistencia que está usted equivocado. La soledad es una triste cosa. Quiero algún día tener mujer, hijos, nietos, biznietos... Veo llegar el momento en que me enamoraré de una joven bonita y espiritual —alguna de mis compatriotas—en que no podré menos de atraerla á mi corazón, y para obtener la gran felicidad de poseerla, la ofreceré lo que poseo: mi nombre, mi honor, mi porvenir y mi protección, asegurada para toda la vida. En lugar de precipitar á mi compañera en el torbellino de la high-life, elegiré para esconder nuestra dicha una casa apacible frecuentada por algunos amigos.

Emilio tendió la mano á Walgrave:

—Deseo con todo mi corazón, John—le dijo llamándole por primera vez con el nombre de pila,—deseo con todo mi corazón que alcance usted semejante felicidad.

El americano estrechó la mano que Emilio le ofrecía, y respondió con calor:

—Quisiera verle á usted también dichoso. ¿No podría usted llegar á serlo?

Emilio arreglaba los tizones. Respondió al cabo de un momento:

—No soy desgraciado. Mi juventud ha pasado, llevándose los sueños maravillosos de un amor supremo. He elegido una clase de goce del que no tengo que temer ni saciedad ni cansancio: trato de penetrar en los hombres, en los libros, en la

Naturaleza; miro en torno mío, preguntando, escudriñando, examinando, estudiando; á veces se ilumina una cosa obscura, se muestra una cosa oculta, se une á su causa una cosa incoherente... He aquí para mí un manantial de intensos placeres. Preguntaban un día á Virgilio si existía una alegría absoluta, y respondió: se cansa uno de todo, excepto de comprender, *prœter intelligere.*

—*Intelligere*— repitió Walgrave con tono pensativo.—Sí; creo que es la función humana más elevada, y que ha de ser en el porvenir la función sagrada; comprender vale más que rezar. La oración no ha evitado nunca las tormentas, pero la consecuencia de las leyes atmosféricas permite calcular y evitar el peligro... Me gustaría esbozar una figura que representase la Inteligencia. Todas las estatuas de Alemania, de Francia, de Baviera, de la ley ó de la libertad, cederían el paso á aquella cuya mirada abarca el espacio, cuyas huellas se extienden por el universo, cuya túnica entraña el Perdón, el Amor, la Felicidad.

## XV

Cari é Isi se desayunaban en el salón del hotel de Ischl. Eran las nueve. El café, las cartas y los periódicos estaban colocados en la mesa.

La vajilla de plata del servicio llevaba las armas de los Hohenberg, porque la Princesa llevaba en sus viajes todos los objetos necesarios á su uso personal, y gracias á esta precaución las habitaciones de alquiler tomaban un aspecto de elegante sencillez. En la alcoba, la cama tenía fundas de almohada y colchas de encajes; en la mesa de noche había un crucifijo de oro, y en el tocador, al lado del espejo, un estuche completo de plata; en la sala había «todo lo necesario para escribir»: frascos, cajas, álbums, cojines bordados, fotografías

en suntuosos marcos, infinidad de *bibelots*. Un ligero perfume de verbena flotaba en el aire y revelaba la presencia de Cari.

Lo que distingue á las grandes damas de las sencillas burguesas es el medio lujoso en el que están habituadas á vivir. Que estén acostadas, que salgan del baño, reciban visitas, almuercen, coman, tomen el té, se paseen á pie ó á caballo, siempre están rodeadas de cosas brillantes, perfumadas, suaves, graciosas, nobles y ricas: abanicos, látigos, espejos, encajes, joyas; por todas partes crugientes sedas, diáfanas telas, terciopelos suntuosos, dorados, flores, diamantes...

Aquella mañana las dos hermanas, sentadas frente á frente en su elegante *deshabillé,* con los pies apoyados en cojines de damasco, formaban un delicioso cuadro de género. Era el día siguiente á la inesperada visita de Witterstein. Isi se encontraba de muy buen humor; la vida le parecía más interesante desde que sabía que Hans estaba cerca. ¿Le amaba ella?... No, ciertamente; le conservaba aún rencor por su conducta pasada, y su boda le parecía el colmo de la audacia. ¡Pensar en ella siendo el prometido de otra!...

—Isi, querida mía — dijo la princesa de Hohenberg, tomando el último sorbo de café, — permíteme que te diga que no haces bien en coquetear con Witterstein.

Isi se puso encarnada.

—Nos habíamos prometido no sermonearnos nunca...

—Y no lo hago... Es hablar nada más... En mi opinión, la coquetería produce siempre complicaciones inútiles, sobre todo con el novio de otra... Tendrás que pasar por momentos duros: la luna de miel del joven matrimonio, su viaje de bodas...

—Me basta hacer una indicación para romper esa boda...

—¿En verdad...? ¡en ese caso estás! ¿Y por qué no haces esa indicación?

—Porque me comprometería á otorgar una compensación que no quiero conceder.

—Eres juiciosa y prudente.

—Pero, querida Cari, ya que has abordado un asunto espinoso, dime á tu vez lo que esperas de Emilio.

Una sonrisa tranquila animó la fisonomía marmórea de la Princesa.

—La pregunta no es indiscreta. Todo el mundo sabe que el duque Emilio forma parte de mi acompañamiento. ¡Estoy asombrada de que no le haya atraído Ischl! Mi marido se queja de su ausencia.

—¿Alguna infidelidad sin duda?

—No me debe ninguna felicidad... Has de saber de una vez para siempre que no tengo asuntos de corazón.

—Y tal vez ni corazón tampoco.

—Si entiendes por la palabra «corazón» la debilidad y el sentimentalismo, evidentemente no tengo corazón, y no te deseo que lo tengas.

—¡Oh! el mío está vacante.

—¿Y Witterstein?

—Witterstein me interesa, nada más. Mi único amor en la vida ha sido Thunen.

—Por fortuna esa pasión ha muerto, y la conducta de tu marido no te hace ya sufrir.

—Por fortuna, sí; en otro caso, todos los días tendría nuevos pesares. Sus relaciones con Lea del teatro Miguel se han hecho públicas. Ha recobrado su libertad.

—Eso es lo que hacen muchos maridos...

—¿No deberíamos tener nosotras los mismos derechos?

—¿Para qué? Lo mejor para una mujer es vivir sin tacha y sin temor... Te lo aconsejo y te doy ejemplo de ello.

—En suma, que Hohenberg no merece una infidelidad semejante.

—¿Mi marido? Echa de menos á Emilio porque ve en él al que consuela mis males legítimos. Pero yo soy sobre todo fiel á mí misma, y no tengo penas que reclamen un confidente. Mi vida tiene un fin...

—Claro, tienes á tus hijos...

—Sí, mis hijos... Son mis guardianes...

La Princesa Cari no había pensado en ellos, ni mucho menos, al decir lo que dijo; pero le desagradaba confesarlo. El amor maternal es en la alta sociedad un sentimiento muy distinguido. Cierto es que á los hijos se les tiene aparte, pero son, sin embargo, considerados como la mayor y más grata alegría de sus padres. Se tienen ciertas virtudes, como la beneficencia, la piedad ó la maternidad, como se poseen las alhajas de familia que duermen en el fondo de los armarios y no salen más que en las grandes ocasiones.

—¿Hay café todavía, señoras?

Era Hohenberg, que entraba en el salón después de haber dado su paseo higiénico de la mañana.

—¡Ah! buenos días, Fernando.

Cari llenó una taza y se la presentó á su marido, que se había sentado cerca de la mesa.

—¿A qué obedece esta visita matutina?—preguntó ella.—Generalmente desayunas fuera de casa.

—Porque me he puesto de muy mal humor—respondió él;—dame otro terrón pequeño.

—¿Cuál es el motivo? ¿Alguna caricatura en los periódicos satíricos de Viena?

—¡Oh, no! Esos señores no me enfadan. Lo que me contraría es la oposición de Cristian Letonegg...

—¿Siempre la política?... Estás aquí para descansar y no para ocuparte en cosas serias. Dame noticias de Witterstein. ¿Come hoy con nosotros?

—¿Witterstein? Se ha marchado esta mañana á las siete.

—¿Marchado? Es imposible.

—Sí; la verdad que es raro venir por la noche para marcharse al día siguiente por la mañana... Por lo demás, pronto tendremos ocasión de volverle á ver, porque va á ir á cazar á Herrenberg y á quedarse allí hasta su boda... Esa Gertrudis Simmersburg hará una bonita Princesa Witterstein. Ese muchacho tiene gusto.

—¿Te prometes, quizás, hacerle la corte este próximo invierno?—dijo Cari en tono de broma.

—¿Yo? ¡Jamás! Mis trabajos parlamentarios me absorben demasiado para perder el tiempo en semejantes fruslerías. Eso es bueno para los desocupados como el duque Emilio. Quisiera saber por qué se esconde de esa manera. ¡Supongo que será de los nuestros en Herrenberg.

—¿Te diriges á mí? Yo no estoy al corriente de sus proyectos.

Y se levantó de su butaca, miró algunos instantes por la ventana, después salió de la habitación sin decir nada.

Hoenberg la miró alejarse con sorpresa.

—¿Qué tiene Isi? ¿Le es acaso desagradable la marcha de Witterstein? Era uno de sus fervientes adoradores... Pero una vez que se casa, no puede tener la pretensión de que permanezca á su lado.

—Isi no piensa en Witterstein.

—Tanto mejor... Es lástima que Thunen permanezca tan obstinadamente alejado. Espero que el mejor día llamará á su mujer á su lado.

—Ella no irá, porque no puede perdonarle su conducta.

—No hace bien... Deberías convencerla...

—¿Me crees muy fuerte en el capítulo de la inocencia conyugal? Tal vez tengas razón... De todos modos, tú y yo tenemos caracteres muy distintos, y Thunen no piensa de ninguna manera en dejar á esa Lea...

—¿Sería imprescindible?

—...Y además, Isi y su amigo no se avienen. Su separación es un verdadero bien para los dos. Si el divorcio estuviera permitido á los católicos...

Hoenberg la interrumpió muy incomodado:

—No faltaba más que esto... ¡el divorcio!... ¿Por qué no también el matrimonio civil? Y las escuelas mixtas, ¿no es verdad?... En suma, ¿qué vas á hacer con todo lo más sagrado de la sociedad: con el matrimonio, la familia, los hijos? El Es-

tado descansa en la familia; la patria en el Estado; el orden social en la patria; la virtud en el orden social; la religión, el bien, el porvenir... ¡Desgraciada! Tú no ves el abismo en el que...

Cari se apresuró á poner un límite á aquella elocuencia desenfrenada:

—¿Pero te crees en la Cámara alta, amigo mío?... Censuro el divorcio y comparto tu respeto hacia el orden moral... Sería verdaderamente triste que la vida de familia, la enseñanza religiosa, los lazos del matrimonio se relajaran... Estas cosas son de capital importancia para el pueblo y la clase media.

—Evidentemente... veo con gusto que mantienes los buenos principios del partido conservador.

## XVI

Los propietarios de Herrenberg, el Príncipe y la Princesa de Kyffausen, no eran ya jóvenes; el amo de la casa tenía ya setenta años y su mujer setenta y cuatro; sus hijas se habían casado hacía ya mucho tiempo, pero su casa continuaba siendo uno de los antros mundanos más frecuentados. En invierno, los bailes del palacio Kyffausen eran tan frecuentes como los de la corte; en otoño, las grandes cacerías de Herrenberg congregaban al cogollo de la sociedad austriaca. Los miembros de la Casa imperial asistían á menudo, y en aquel año era esperado el mismo Príncipe heredero.

Corría el mes de Octubre, y las cacerías habían comenzado desde hacía quince días. El castillo estaba lleno de invitados, entre los cuales se encontraban los Hohenberg; éstos no permanecerían sino pocos días, pues debían ir á sus dominios.

La Condesa de Simmersburg y su nieta habían recibido

una invitación, y su carruaje acaba de entrar en el patio de honor.

No era la primera vez que Gertrudis iba á Herrenberg; algunas semanas antes, de paso para Marienbad, había visitado el castillo, el parque y los naranjales con su abuela.

Había admirado aquel pequeño Windsor, cuya instalación interior valía millones; los tesoros de arte antiguo y moderno, la galería de cuadros, digna de Belvedera; la iglesia, tan bella como la capilla Sixtina, la sala de fiestas, y todo aquel lujo moderno, unido á aquella magnificencia histórica, la habían entusiasmado; había experimentado una emoción profunda, aumentada aún más por la perspectiva que se ofrecía ante ella de llegar á ser castellana de un dominio semejante...

Pero hoy que llegaba como invitada y no ya como turista, su impresión era en absoluto diferente. En su primera visita, las habitaciones, los jardines, el parque, parecían dormir; ahora todo era viviente y animado; los trenes y los jinetes atravesaban el patio; los servidores iban y venían; damas con amazona esperaban en el vestíbulo; los acordes de un piano sonaban á lo lejos; los balcones, las ventanas, las rejas, estaban adornados con flores. En la gran escalera, con la magnificencia de sus pinturas al fresco, repercutía la bulliciosa alegría de aquel mundo despreocupado y divertido.

—¡Ah, abuela! ¡qué bonito es esto! — exclamó Gertrudis al entrar en el cuarto que le estaba reservado. ¡Qué contenta estoy! ¡Qué feliz soy!

—Calma, hija mía, calma. Esas exclamaciones son inoportunas—gruñó la Condesa quitándose su sombrero.—Vete á arreglar un poco, porque tenemos que ir á saludar á la señora de Kyffausen. Verás qué amable y encantadora es... Es una de mis coetáneas, y hemos ido muchas veces al baile juntas... En aquella época nadie preveía que hubiera de conquistar á Kyffausen; ¡hay suertes tan imprevistas!... Así tú, Trudy... El castillo de Witterstein en Moravia, es casi tan hermoso como éste. El próximo verano iré á él á hacerle una visita...

Fíjate bien en la manera cómo la dueña de esta casa hace los honores aquí, á fin de imitarla más tarde.

—¡Y Hans que llega hoy, abuela!

—Ya lo sé. Observa también las maneras de las Condesas jóvenes y trata de espiarlas. Las señoritas de Dillsky deben estar aquí; aprenderás con su trato; la mayor va á sociedad desde hace doce años; saben presentarse, saludar, conducirse, ser amables, hablar... no como tú, que te metes silenciosa en un rincón... En fin, gracias á Dios estás ya comprometida y no tiene importancia... Sin embargo, no hay que olvidarse de que los matrimonios pueden romperse á última hora... Imagínate que Witterstein te encuentra tonta ó sosa y quisiera retirarse...

—¡Me moriría! me mataría...—exclamó Gertrudis.

—Eres una chiquilla, Trudy. ¿Acaso no tienes religión ni decoro?... ¡Hablar de suicidio! Todas esas frases de novelas ó dramas son de un género lastimoso.

Un cuarto de hora después, las dos Condesas de Simmersburg hicieron su entrada en el salón de la dueña de la casa. Era una vasta habitación dividida en ángulos y rincones por numerosos biombos. La anciana Condesa estaba sentada cerca de la chimenea en medio de un círculo numeroso. Al ver á las que llegaban, se levantó y fué á su encuentro.

—Sea usted bienvenida en Herrenberg, mi querida amiga... ¿Es su nieta esta preciosa criatura? Permítame usted que la abrace, señorita... Su prometido debe llegar esta tarde y le felicito por su elección.

Después siguieron las presentaciones entre las personas presentes y las recién llegadas. A las siete de la tarde, cuando llamaron á comer, la escalera de honor ofreció de nuevo un aspecto fantástico...

Unas quince damas, espléndidamente ataviadas, bajaban con lentitud en dirección al gran salón, arrastrando sus colas por los escalones alfombrados de terciopelo rojo; los grandes espejos reflejaban el brillo de los tocados, el fulgor de los bri-

llantes, la belleza de las señoras del brazo de sus caballeros.

Gertrudis, la más feliz de todas, era conducida por Witterstein; en la mesa, la pareja estuvo también junta. Era la primera vez que la joven asistía á semejante espectáculo: el comedor estaba inundado de luz, que se quebraba en rayos multicolores sobre la cristalería y la plata. Por todas partes se entrelazaban guirnaldas de flores y servían criados con libreas de gala.

La conversación era animada; el rostro de las mujeres rivalizaba en frescura con las flores con que se adornaban, y sus ojos rivalizaban en brillo con los brillantes de sus collares. Los caballeros estaban todos de gran uniforme ó frac, con la gardenia en el ojal, y algunos guapos mozos con la barba rizada y ondulante la cabellera. Pero el más apuesto de todos para Gertrudis era Hans Witterstein. Había dejado hacía dos años el servicio militar é iba de paisano, con lo que resaltaba más la distinción natural de su persona. Experimentaba igualmente cierto placer en mirar á su novia, verdaderamente encantadora, á pesar de la presencia de «las diosas» y de otras bellezas ilustres. Poseía el invencible encanto de la juventud: un óvalo perfecto, facciones puras y ¡unos hoyuelos tan bonitos! La morena Isi veíase obligada á confesar que aquella delicada figura la eclipsaba por completo; experimentó vehementes celos ante la idea de que Witterstein concluiría por enamorarse de aquella niña. Sintió en su corazón la mordedura de la ira mezclada al sentimiento, y resolvió tratar al joven con glacial indiferencia.

Hans, por su parte, estaba muy irritado; encontraba verdaderamente deliciosa á su prometida; pero aquella cuya imagen le perseguía, la que llenaba su corazón y su alma, era aquella Isi de ardiente mirada y cabellos negros. No podía olvidar la felicidad que creyó alcanzar en París y que se presentaba á su mente como la mayor felicidad humana.

Terminada la comida, se abrieron de par en par las puertas del comedor, y los convidados pasaron á los salones. Se

formaron grupos, se poblaron las mesas de juego, dedos ligeros oprimieron las teclas del piano, los hombres maduros se pusieron á hablar de política, mientras que los jóvenes rodeaban á las condesitas que lanzaban al compás de sus abanicos miradas lánguidas y seductoras sonrisas. Un vago murmullo de placer flotaba en el aire, impregnado de perfumes, saturado de aromas embriagadores...

Gertrudis estaba extasiada. La idea de ser pronto llamada, como ama de casa, á hacer los honores de una morada igualmente magnífica, hacía que considerase todo aquello con el vago orgullo de las posesiones futuras. Aquella pobre señora de Kyffausen no representaba ya la juventud, la belleza, el amor, mientras que ella... Verdaderamente su felicidad era sobrehumana.

Witterstein, hay que confesarlo, no estaba á su lado; se había ido á la sala de fumar, dejando á Gertrudis con sus amigas. Había allí una decena de muchachas, bonitas todas, bien educadas, elegantes, teniendo todas entre sí un parecido en su fisonomía y en sus modales: el parecido que da el hábito del mundo. Las cuatro hermanas Dillsky, la mayor de las cuales asistía á los bailes desde hacía doce años, y citada como modelo perfecto por la Condesa de Simmersburg, estaban en el grupo. Gertrudis las había conocido en Viena; las otras formaban parte de la aristocracia de Praga, sociedad más restringida aún que la de la capital.

Una de ellas era novia del titular de un mayorazgo, el pájaro raro codiciado por todas las condesitas. Precisamente este asunto las intrigaba mucho.

—Figúrate que esa Resi Sernetzky ha hecho la conquista de Rudi Schonegg...

—¿Quién es?—preguntó Gertrudis.

—Rudi Schonegg tiene una renta de ciento cincuenta mil florines... Un guapo muchacho, algo mala cabeza, pero muy simpático.

—¡Un bailarín menos!—suspiró otra.

—Sin embargo, esa Resi no tiene nada de particular.

—Es amarilla...

—Fea y fastidiosa...

—Ni siquiera recibida en la corte. La abuela era hija de un panadero, según parece...

—¡Bah! la harán un árbol genealógico.

—¿Cuál es el joven que más te gusta de los que están aquí? preguntó una de las hermanas Dillsky.

—Witterstein; pero ese está ya fuera de cuenta; ¿no es así, Trudy? Tú no permites que el arrogante Hans continúe gustándonos.

—No fastidies á la pobre Trudy. Mirad qué encarnada se ha puesto. No sabe qué responder... Estate tranquila, querida; Hans es tu propiedad por algún tiempo.

—¿Por algún tiempo nada más?

—Sí, porque el hombre recobra su libertad después de algunos años de matrimonio.

—Pero, sin embargo, á vosotras no os interesan más que los solteros.

—Mientras no nos casemos...

—¡Oh! ¡Cómo puedes decir eso?

Witterstein volvió al salón y se acercó á las dos «diosas».

—No he tenido todavía ocasión de saludar á ustedes, señoras, y preguntarles por su estancia en Ischl.

Cari fue la que respondió y continuó la conversación. Un joven oficial que estaba sentado al lado de Isi, se levantó y cedió el puesto á Witterstein.

—¡Qué hermosa está usted siempre!—dijo Hans en voz baja, apoderándose de la butaca vacante.

La Condesa volvió ligeramente la cabeza para mirarle bien de frente y respondió:

—Le prohibo á usted ese género de galanterías.

—Confieso que el cumplido es vulgar, pero el sentido es profundo.

—¿Es así como me obedece usted?... Repito que no quiero

oir nada parecido. ¿Ha sido usted afortunado en la caza?—añadió en voz más alta.

—He llegado por la tarde.

—¿Va usted á estar aquí mucho tiempo?

—Hasta mi... sí, algunas semanas.

—Hasta su boda, quiere usted decir. Le deseo muchas felicidades... Trudy es verdaderamente seductora... tan bonita, tan sencilla, tan graciosa; un verdadero capullo de rosa. Debería usted ir á hablar con ella; su falta de solicitud pudiera ser mal interpretada.

—¿Tiene usted noticias de Thunen?

Witterstein quería con esta pregunta vengarse de Isi, indicándole que tampoco ella era libre.

—¿De mi marido? Hoy he tenido carta suya.

—¿Qué dice?

—Es usted muy curioso. Me dice que va á dejar pronto su puesto de San Petersburgo para volver á Viena.

—¿Y le perdonará usted?—preguntó Hans en voz muy baja.

—No le comprendo á usted.

—No quiere usted comprenderme. Jamás ha querido usted comprender ni adivinar mis sentimientos.

—Debo confesar que si siempre se ha presentado usted como un jeroglífico viviente, jamás me he cansado en descifrarle.

—¿Por qué se ha de burlar usted siempre de mí?

—¿Quiere usted que lo tome por lo trágico?

Isi se levantó y se dirigió al otro extremo del salón, mientras que Witterstein navegaba hacia la isla de las condesitas.

## XVII

Gertrudis estaba cerca de una ventana de la escalera, y miraba al patio de honor. Eran las nueve de la mañana, y el alegre sol de Octubre envolvía con su luz dorada el animado

cuadro de la salida para la caza. Cuatro grandes *breaks* esperaban á los invitados para conducirles al lugar de la cita; los guardas corrían de un lado para otro apresuradamente; los encargados de los perros cuidaban de las traillas, y los mozos de cuadra paseaban á los caballos de la brida.

Un grupo de cazadores salió del castillo y se puso en marcha, después de haber tomado un ligero refrigerio en el comedor. Gertrudis buscaba con los ojos á su amado, y no tardó en descubrir su elegante silueta cerca de tres damas con amazona. Todos los reunidos se alejaron en medio de los gritos, de las risas, de los ladridos de los perros, del chasquido de los látigos y de los toques de silbato. Los coches, los jinetes, la jauría, los cazadores, desaparecieron en un torbellino de polvo, arrastrados por una carrera desenfrenada en el hermoso paisaje otoñal. Gertrudis les siguió con los ojos y saludó á Hans, que la vió antes de salir del patio. Volvió á su habitación, en donde su abuela desayunaba con peinador y cofia.

—Vaya, ¿les has visto marchar, Trudy?

—Sí—respondió la niña sirviéndose una taza de té. ¡Qué lástima no saber montar á caballo! ¡Me gustaría tanto galopar por los campos!

—Tu marido te enseñará equitación, si le parece bien... Quizás te llevará también de caza.

—¡Oh! no tengo ningún deseo. Matar un pobre animal sin defensa...

—Tienes razón en no gustarte la caza; no es una diversión femenina, pero tu compasión sentimental hacia los animales está fuera de lugar, y te aconsejo que no pronuncies frases semejantes delante de los cazadores... Pero repito que tal ejercicio es propio de hombres; en mis tiempos no se hubiera atrevido ninguna mujer á echarse la escopeta á la cara y á calzarse botas de montar. Estas costumbres son de importación inglesa; observa bien que todo lo malo viene del extranjero. Pero hablemos de otra cosa... ¿Por qué se ocupó tan poco de ti ayer noche Witterstein, Trudy?

—No lo sé, abuela.

—Sin duda no eres bastante amable. Sé, pues, alegre, espiritual, divertida...

—¡Eso es muy fácil de aconsejar!

—¿Qué dices? Pierde la costumbre de responder á mis observaciones, es muy impertinente.

Gertrudis se levantó.

—¿A dónde vas?

—Voy á escribir á mi amiga María, abuela; la he prometido una descripción detallada de Herrenberg.

—¡Siempre escribiendo! ¿Qué gusto sacas en emborronar docenas de pliegos?... Además, no creo que puedas continuar tratando á tu amiga María cuando estés casada... Una Baronesa de nada, destinada á casarse con un burgués cualquiera... Pierde, pues, la costumbre...

—¡Ah! querida abuela, el número de costumbres que tendré que perder... ó que adquirir, es incalculable...

—Es verdad, pero debes ser impecable; bastante te sermoneo...

—¡Oh, sí!

La joven se puso á escribir. Al cabo de media hora oyó la voz de su abuela:

—¿Has acabado, Trudy? ¡Lo menos has llenado veinte carillas! Sin embargo, no puedes tener mucho que decir, pues acabamos de llegar... Deja tu correspondencia para la semana próxima, la describirás las fiestas dadas en honor del Archiduque.

—¿El Archiduque?—preguntó Gertrudis dejando la pluma.

—Sí, durante la estancia del Archiduque se van á organizar toda clase de diversiones, según me ha dicho ayer la señora de Kyffausen: bailes, charadas, tal vez una comedia...

—Es preciso que escriba todo eso á mi amiga—dijo la joven volviendo á empuñar la pluma.

A la una llamaron al almuerzo. Asistieron pocos comensales, pues casi todos estaban de caza. Isi Thunen se sentó en-

frente de Gertrudis y se puso á observarla con cierta benevolencia. Quería ver de cerca á su rival, conocerla, demostrarla simpatía y arrojar de su corazón la imagen que comenzaba á turbarla. Veía claro en su alma. Ahora que su marido volvía, experimentaba una profunda satisfacción al haber sido irreprochable, y poder, desde lo alto de su virtud, echarle en cara sus infidelidades. No pensaba reconciliarse con él, pues sabía que no había de renunciar nunca á sus malas costumbres; pero por lo menos él ignoraría la inclinación de ella hacia el novio de otra. Se acercó, pues, á la joven con el firme propósito de mostrarse indulgente y buena.

Isi esperaba que una mayor intimidad con Gertrudis la afianzaría en su decisión de romper todo lazo con Witterstein, y la facilitaría la ejecución. No podía evitar completamente el encontrarse con él, pero quería estar bastante segura de sí misma para mirarle con indiferencia y ver en él la inviolable propiedad de otra. Así, durante el almuerzo, dirigió la palabra á Trudy con afabilidad, y no recibió más que breves y tímidas respuestas. Se acercó á la joven al levantarse de la mesa, y cogiéndola del brazo, dijo:

—No podría decir, hija mía, lo simpática que me es usted. Se parece usted á la hermana menor que perdí hace algunos años. Tenía como usted una cabeza de madona.

El ama de la casa se dirigió á sus invitados:

—¿Quién de ustedes, señoras, desea dar un paseo en coche? Voy á mandar enganchar.

—¿Quiere usted venir conmigo al encuentro de los cazadores, Gertrudis? ¿Lo permite usted, Condesa?—preguntó á la de Simmersburg.

—Con mucho gusto, querida Condesa.

Una hora después, Isi y Gertrudis se dirigían en victoria al bosque. El aire, más picante con la rapidez de la carrera, avivaba la frescura de su cutis y las rosas de sus mejillas bajo la gasa de sus velillos. Se miraban ambas con admiración exenta de envidia, como todas las mujeres perfectamente her-

mosas. La amabilidad de la linda mundana encantaba á Gertrudis y la inspiraba un verdadero agradecimiento. Por su parte, Isi hacía todo lo posible para olvidar á Witterstein y ser la amiga de la seductora novia.

—Es un paseo delicioso, ¿no es verdad?

—Delicioso, Condesa.

—¿No querría usted renunciar á darme ese título ceremonioso y tutearme?

—Sí, si me lo permites—dijo Trudy muy encarnada.

Se apretaron tiernamente la mano para sellar su nueva amistad. Isi preguntó después de un momento de silencio:

—Dímelo francamente, Trudy, ¿le amas?

—Sí, con toda mi alma.

—Cuéntame tu noviazgo.

—Se ha deslizado con la rapidez de un relámpago en un cielo sereno... no completamente sereno, había una nubecilla en el horizonte. Desde hacía ocho días me preocupaba Hans, y él también se había fijado en mí á lo que parece... Nos habíamos visto en el Prater, después en la Opera... Él llama la atención, ¿no es verdad?

—Es un buen mozo...

—Algunas malas lenguas se han atrevido á insinuar que en estos últimos tiempos hacía una corte muy asidua á una mujer de nuestra clase... No han querido decirme el nombre... ¿Sabes tú algo?

—¿Yo?... No sé...

—Tengo miedo de ser un poco celosa.

—Será preciso que pierdas esa costumbre, Trudy.

—¡Oh! estás hablando como mi abuela.

—¿Te sermonea también sobre los celos?

—¿Sobre que nó? Has dicho sin saberlo su frase favorita: «Trudy, hay que perder esa costumbre.» Parece que estoy plagada de malas costumbres... El mayor placer que me causa mi boda es que la abuela no podrá, cuando esté casada, hacerme perder ó adquirir tantas costumbres.

—¡Tu marido se encargará de ello!

—¡Oh! no creo que Hans se ocupe en corregir los defectos de todo el mundo.

—Tampoco lo creo yo.

—¿Le conoces desde hace mucho?

—Desce hace unos seis años.

—Me acuerdo que el memorable día en que fuí á la Opera, fué él á verte al palco; después, recientemente, os habéis encontrado en París... y ayer, su primer movimiento fue sentarse á tu lado... Isi, sé sincera: ¿no serías tú la hermosa mujer á la que hace la corte?

—¡Loquilla!... Estate tranquila, nada tienes que temer de mí. ¡Te has puesto pálida!

—No me tranquilizo... ¡Eres tan hermosa y es tan natural que te adoren!

—¿Y tú, no eres bonita?... Créeme, querida mía, los celos es el tormento más inútil que pueda una inflingirse á sí misma... y te aconsejo, como tu abuela, que pierdas esa costumbre, Trudy.

## XVIII

*De John Walgrave á Walter Sydney, en Boston.*

«He dejado el tranquilo castillejo de Turingia por una residencia regia—podría decirse casi una corte real,—porque Herrenberg no es un dominio como los demás: su magnificencia, el lujo de sus recepciones, la etiqueta que se observa, la elevada posición de su propietario, la categoría de sus invitados, constituyen una propiedad completamente aparte.

»Mi persona es la única mancha vulgar en el fondo de armiño de esta asamblea escogida. No es mi fortuna la que me ha abierto las puertas de esta aristocrática morada, es la amis-

tad que me demuestra el duque Emilio; goza de gran consideración en la sociedad austriaca, y es muy apreciado. Se sabe que me honra con especial estimación, y esto ha bastado para ser admitido en este cenáculo cerrado. Estoy satisfechísimo de ser recibido en este mundo «selecto» en donde puedo continuar mis estudios sobre esta nobleza «de nacimiento» que falta por completo entre nosotros. No se encuentra más que en Europa, en donde aparece como un resto del pasado, como una institución viviente, floreciente y válida. ¿Quién ha podido decir que no era más que un montón de ruinas?

»Por lo demás, la nobleza austriaca es la menos contaminada por el modernismo; no se recluta como los pares de Inglaterra en la burguesía; aquí los «diez mil» son más bien una casta que una clase; ocupan una posición muy envidiable y se atribuyen todos los honores. La nobleza inglesa me ha parecido altiva, la de Francia vanidosa, pero la de Austria es orgullosa. No es esto una censura; el orgullo es un defecto insoportable, del que no siempre es uno responsable... ¿cómo evitarlo cuando el mundo entero le declara á uno de esencia superior al común de los mortales?... Si yo fuera austriaco y propietario de Herrenberg, mi soberbia no conocería límites, viendo que en cuanto dijera: «Me llamo Kyffausen», las gentes se prosternaban hasta el suelo y me lamían el polvo de las botas. Una residencia como ésta, es propia para mantener y fomentar tal sentimiento. Se ven aquí galerías de retratos de antepasados coronados, salas llenas de armaduras de familia, habitaciones que fueron ocupadas por huéspedes regios, museos de objetos preciosos, pergaminos, archivos, que demuestran el esplendor de la casa.

»Todo habla aquí de poder, de lustre, de gloria; todo acusa la supremacía de la raza, del nacimiento, de la «sangre azul»; todo... desde las almenas en donde ondea la bandera, hasta los sótanos en donde reposan los esqueletos de los abuelos en sarcófagos de piedra... Así comprendo que la nobleza de aquí no gusta de viajar, pues ha de faltarle en el extranjero la at-

mósfera de respeto á que está habituada. ¿No es una ofensa para una Alteza oirse llamar señor ó señora? Además, debe ser penoso mezclarse al movimiento contemporáneo, del que se está voluntariamente apartado; ser arrastrado por la impetuosa marea de las ideas nuevas; ser cogido en un torbellino que aturde y trastorna... Vale más quedarse en su casa; allí, con el manto de Príncipes sobre los hombros, las títulos, las insignias, los cargos son tangibles realidades, mientras que fuera todas esas cosas no parecen más que simbólicas vanidades...

»He encontrado entre los invitados algunas personas conocidas. Las dos hermanas que conocí en una partida de campo, en Versalles, y á las que encontré en Trouville, están aquí con el joven oficial de caballería, que corteja á una de ellas—á la morena—de un modo tan molesto. En esta ocasión el objeto de su ardor es otro, va á casarse con una adorable criatura de diez y siete años, rubia como Venus y que se llama Trudy, abreviatura de Gertrudis. Lo más curioso es que Isi y Trudy—las dos rivales—están siempre juntas, como dos cotorras inseparables en el mismo perchero. Parecen ser muy íntimas, y el futuro marido se muestra muy perplejo ante esa amistad. Creo que prefiere la mujer morena del prójimo á su rubia prometida.

»El duque Emilio ha reanudado las apacibles funciones de Sigisbea cerca de su princesa de cabellos de oro. No he tratado de que me haga confidencias, pero opino que semejantes funciones constituyen una sinecura habitual, la más tranquila, la más platónica del mundo. ¡Hombre feliz! está por encima de todas esas pasiones, de todos los sueños de ambición ó de gloria. No vive más que para su placer favorito, el placer de aprender. Es un espectador; el mundo es para él un teatro, en el cual ocupa siempre su palco de abonado; lo que pasa en la escena le conmueve, le hace reir ó llorar, pero conserva su independencia de crítico ó de aficionado: un verdadero sabio.

»Espero verte muy pronto, porque cuento volver á Amé-

rica en la primavera próxima con el duque; tengo curiosidad de ver la impresión que le producirá esa animación febril, esa vida de trabajo y de negocios, esos armarios altos como casas, esos tejados coronados por una red de hilos telegráficos, esas largas avenidas, esos tranvías, esos trenes. ¿Le agradará todo eso? ¡Oh patria mía de la bandera estrellada, patria grande, activa, fuerte, inteligente! ¿Te apreciará el europeo? ¿No te juzgará desprovista de poesía, porque no tienes ni catedrales, ni castillos feudales, ni Cortes reales? ¿Te despreciará porque te falta la majestad del pasado, y porque no tienes más que tu presente glorioso y tu porvenir lleno de promesas?... Pero observo que caigo en un género de literatura del que abomino, y prefiero no continuar.

BARONESA DE SUTTNER.

*(Se concluirá.)*

# POETAS AMERICANOS

## EL TRIUNFO DE LAS CIENCIAS

### (III DE «EL CANTO DEL SIGLO»)

El progreso científico: la mayor gloria del Siglo.—El hombre tras de la Verdad.—Idealismo.—Hegel y Krausse.—Positivismo: Comte.—Pesimismo: Schopenhaüer.—Nietszche y Tolstoi.—La naturaleza de las cosas.—Laplace.—Faye.—La creación según la Ciencia.—Cuvier evocando el pasado.—Trevirano fijando las leyes biológicas.—Darwin indagando el origen del hombre.—Transformismo.—Spencer.—El hombre ante la Naturaleza.—Psicofisiología.—Bernard y la Anatomía.—Anestésicos y el dolor.—Pasteur: células y microbios.—Brown Sequard: la perpetuidad de la vida.—La muerte según la Ciencia.—La conquista de la Química.—La fotografía.—La carta celeste.—El análisis espectral.—Desde el Cielo á la Tierra.—La conquista del vapor.—El buque á vapor: Fulton.—La locomotora: Stephenson.—Túneles y canales: Lesseps.—El viaje de la idea: telégrafos.—Luz eléctrica: teléfono y transmisión de fuerza motriz.—Telégrafo sin alambres.—Edisson: Fonógrafo y cinematógrafo.—Fotófono y rayos X.—Magnetismo.—El superhombre de la Ciencia.

La vida es un sistema de ecuaciones,
Con incógnitas mil: por donde quiera
Problemas debe resolver; y fuera,
Desde las más fugaces sensaciones
Hasta los pensamientos más profundos,
Una red de algebraicas expresiones
Resueltas sólo en la mortuoria calma,
Si no viniese á redimir los mundos
La salvadora hipótesis del alma.

El quijotesco afán que el bombre siente,
Corriendo en pos de la Verdad, flaquea;
Porque para el Quijote de la idea
La Verdad—espejismo de la mente—
Es como una imposible Dulcinea.
La Verdad es la X del Destino,
En que se va á estrellar con un rebote
La lanza de este loco peregrino:
El hombre eternamente es un Quijote
Y las equis son aspas de molino...

¡Ah! qué triunfo mayor para la vana
Naturaleza humana,
Que sujetar con músculos de acero
Una sola verdad, siquiera üna,
Como en su negra noche un prisionero
Ve en la ventana un rayo de la luna...
Una sola verdad; porque así sola
Será en la tempestad del pensamiento,
Que trata en vano de dormir en calma,
Piadoso auxilio al que arrastró la ola,
Cabo de repentino salvamento
Para todos los náufragos del alma.

¿Quién es aquel que con cerrados ojos
Lo cree todo ver entre sí mismo?
¿Quién es aquel que, ante la más obscura
Antinomia de Kant, arde en antojos
De perfilar el clásico idealismo,
Que apenas esbozó la Razón Pura?
Hegel—como un Colón que se aventura
A través de las sombras de un abismo,
Persiguiendo una América soñada—
Rasga la öla en ímpetu fecundo;
Y, entre la diestra la invencible espada,

Como el Descubridor del Nuevo Mundo
Doblando la rodilla sobre el lodo,
Clama desde su espíritu profundo:
—¡«Lo racional es real.» La idea es todo!

¿Y aquel que entre las redes de un lenguaje
Impenetrable al vulgo, á la manera
Que entre lo más espeso de un boscaje,
Guarece la Verdad como una fiera?
Krausse envuelve en su límpida mirada
las más tupidas lobregueces; blande
Su hacha contra la selva enmarañada;
Y con pie explorador y paso lento,
En pos de la verdad, se siente grande,
Armado de su mismo pensamiento.

Luego, ¡qué cacería! Hirsuta y fiera
La Verdad hunde en él los claros ojos;
Y él la acomete. La montaña entera
Aplaude al vencedor; mas él, que espera
Verla viva, sólo halla sus despojos...
Vístese con la piel; y así vestido,
Tras la «Unidad del Sér», rompe la austera
Friïaldad del espíritu dormido:
Alza una cumbre; y clava una bandera.

Súbito se oye un grito,
Que parte como un hacha el tronco viejo
En que abría sus flores lo infinito;
Y entonces la Verdad ya no es un mito,
Un prisma de ilusión, sino un espejo.

Comte rompió el ideal, como la nieve
De una cumbre: la cumbre está debajo;
Y, antes de resbalar, el que se atreve

Á subir hasta ahí, descarga el tajo.
Firmes los pies sobre la misma cumbre,
Pero sobre la cumbre verdadera,
Ya puede sin cegarse, ver la lumbre
Que refracta en la nieve y reverbera.
Cual la nieve también, el idealismo
Desprendióse del monte á la pradera
Como sudor de pensadora frente;
Y lo que estéril en las cumbres era
Se hizo fecundidad, y fue torrente...

Sano positivismo el del maestro;
Mas ¡ay! después el corazón roído
Por el dolor siniestro
Y el cerebro tal vez obscurecido
Por el denso vapor de sus locuras,
Hacen de la materia un dios caído
Más bajo que sus mismas creaturas.

Schopenhaüer desata sus corceles,
Que en piafante huracán rompen su fila,
Hollando los más cándidos verjeles
En carrera que todo lo aniquila;
Y la yerba del bien por él tronchada
Ya no vuelve á crecer: ¡es un Atila
Que azota á Dios en nombre de la Nada!

El mal es positivo: él es la fuente
Única de verdad. Quien abre y cierra
Los ojos y repara brevemente
En la lid de dos fieras desgarradas,
Ya sentirá también cómo se aferra
Esa filosofía á sus miradas;
Porque en aquella pugna aterradora,
Podrá encontrar, como en la humana guerra,

Que el mal ahoga al bien, si ha comparado
Entre el placer que siente el que devora
Y el dolor de quien muere devorado...

Y Nietszche tras de él, como si fuera
El Quijote del mal, va por el mundo,
Envuelto en el crespón de su bandera,
Predicando exterminio: se dijera
Que Luzbel ha salido del profundo
En pos de filosófico renombre,
Y, del bíblico Dios á la manera,
Ha querido también hacerse hombre.

Pero ¡ay! Tolstoi en épico heroísmo
Cruza sobre las crespas tempestades,
Enfrenando las iras del abismo,
Cual si fuese en el mar de Tiberiades;
Y con su barba patriarcal y el ceño
De evangélica paz, entre la insana
Noche de tanto horror, busca su leño,
Para morir como Jesús risueño
Por una Eterna Religión Humana.

¡Cuánta inquietud agita
Al hombre en pos de la Verdad Suprema!
Sordo á las voces de la fe bendita,
En vano ansía triunfadoras palmas,
Embarcándose audaz en el problema
de la naturaleza de las almas...
Si rompió con las sombras del pasado,
Olvide las penumbras misteriosas:
Baste á su vanidad haber luchado
Con la naturaleza de las cosas.

Ya no Lucrecio en rumbo vacilante
La selva cruzará, que está rozada:

Hoy el explorador marcha adelante
Esparciendo la luz de su mirada.
Así, irguiéndose el hombre, pudo un día
Ensanchar su horizonte entre sí mismo;
Y él, que nada sabía
Del origen del mundo en que vivía,
Arrancó sus secretos al abismo.

Compareció Laplace ante el espanto
De la tímida fe; dijo su ciencia;
Levantó la Verdad, le arrancó el manto
Y la mostró desnuda á la Conciencia.
Faye envolvióse con la misma öla
Que sacudió Laplace entre la bruma;
Y al ceñirse ambos con la misma aureola,
¡Uno el ímpetu fue y otro la espuma!

Al principio era el éter animado:
Como el éter vibró, la luz se hizo;
Y fue la vida. Entonces ¡qué tormenta
La que agitó lo eterno, lo increado,
Cómo hierve entre sueños el hechizo
De una imaginación calenturienta!

Moléculas que en giros
De inquietas mariposas,
Se revuelven como alas de suspiros
Quemadas en flamantes nebulosas.
Nebulosas que, en torno
Girando de sus ejes, siempre esquivas,
Envuelven en sus hálitos de horno
Evaporadas nubes pensativas;
Y en su voluble danza
Van rasgando su túnica flotante,
De girón en girón, en mil pedazos,

Tal como flores á los aires lanza
Con sueltas manos rápida bacante,
Que por mejor bailar rompe sus lazos...

Así los soles fueron
Centros de los planetas que engendraron;
Y si en su propia vida los vivieron,
Con la luz de su amor los fecundaron.
Los planetas al Sol por siempre fijos,
Pedazos de su vida palpitante,
Lo enamoraron como fieles hijos;
Y el Sol, girando en ansias fugitivas,
Era como una virgen delirante
Que se arrancaba las entrañas vivas...

El Sol, como en las clásicas leyendas
Nerón, cuando cargado de laureles
Entraba á las olímpicas contiendas,
Sujetando á la vez las ocho riendas,
Era un equitador de ocho corceles...

La Tierra fue. Cual brujo del Pasado,
Que entre el tumulto de osamentas rotas
Abre el gran libro que el misterio encierra.
Cuvier ha proyectado
La luz sobre las épocas remotas,
Escritas hoy en páginas de tierra...

¡Qué procesión de raros esqueletos,
Que el polvo de la muerte han sacudido,
La que va desfilando ante los ojos
Del sabio escrutador! ¡Cuántos secretos
Se escapan de las tumbas del olvido,
En la resurrección de esos despojos!

Ya no como Jesús ante la fosa
Del discípulo muerto; el sabio altivo
Se encamina al Pasado que reposa;
Le dice: Ven á mí, rompe la losa;
¡Y lo levanta para siempre vivo!...

Fósiles que, en las rocas incrustados,
Parecen jeroglíficos sombríos
Y teoremas geométricos; perfiles
De árboles en la piedra amortajados,
Como líneas geográficas de ríos;
Polvillos y cenizas que sutiles
Se escurren entre láminas de roca,
Cual se ve en el reloj correr la arena;
Cavernas que abren desdentada boca,
Donde el fresco chischás del agua suena;
Y capas sobre capas, en colores
De caprichosa y fugitiva escala:
Ya son vetas de zebra, ya fulgores
De meteoro vivaz, ya roces de ala,
Ya pinceladas de brioso empuje,
Ya arrugas sobre frente pensadora.
¡Oh tumba inmensa, horrible, aterradora!
El sabio dice:—¡Ven! Y el fósil cruje,
La piedra se abre y hasta el agua llora...

De pie sobre esa tumba Trevirano,
Con la frente inclinada ¿en qué medita?
Oye la voz no en vano
De la Naturaleza que le grita;
Y, entre las osamentas insepultas,
Va explorando las leyes más ocultas
Con que la vida universal palpita.

¿En dónde está el principio, el fin en dónde,
En las leyes biológicas? Acaso
Va saltando una vida que se esconde,
A cada nuevo paso
Al través de la gran Naturaleza;
Y nadie alcanza, en su ambición altiva
Y á la luz de su mente exploradora,
Decir en dónde á transformarse empieza
La inercia material en masa viva,
La masa viva en alma pensadora!

¡Ah! ¿quién sabe si es sólo un organismo
El Universo, inmóvil en esencia,
Y que, aunque de apariencia en apariencia
Transformándose va, siempre es el mismo,
Y quién sabe si Dios es su conciencia?

¿Cuánto organismo bulle en una gota
De agua, de sangre, de sudor, de llanto?
¡Cuánta grandeza flota
En una pequeñez! ¡Oh Vida, cuánto
Se multiplica tu inmortal reflejo
Que en cada gota de agua reverbera,
Como una eucaristía del espejo
Que en mil pedazos se retrata entera!

¡Dentro de cada vida hay tantas vidas!
¿Ni quién podría refrenar la ola
Que en otras nuevas olas se convierte?
Las chispas de una hoguera, desprendidas,
Hogueras pueden ser; cada corola
Es un bosque tal vez; y de esta suerte,
La vida universal es una sola.

Si hay seres que reposan miles de años,
Razas muertas y especies olvidadas,

¡Ah! también vencerán en lo futuro
Otros seres extraños,
Razas fuertes y especies no soñadas,
Que surgirán desde el abismo obscuro
Quizás de un nuevo Sol á las miradas...

Eterna evolución, que marcha lenta,
Sin despertar en su profundo sueño
Al germen secular, hace de un grano
Una montaña enorme que se asienta
En los abismos, de un embrión pequeño
Un banco de coral en el océano,
De una flor otra flor y así un boscaje,
De una luz otra luz y así una aurora,
De un gusano de seda un amplio traje
Para la desnudez más tentadora;
Y cual la griega en su labor de araña,
Va tejiendo las vidas á su modo,
Porque, del corazón á la montaña,
Todo varía y se transforma todo...

¡Ah! mientras la materia se transforme,
Salud al sabio enorme
Que eterno brillo como el Sol derrama;
¡Salud á Darwin, que en probar se empeña
Y á la asombrada muchedumbre enseña
Que todo cuanto vive, piensa y ama!

El hombre, cual torrente que quisiera
Saltar de la ribera,
Imponer sueña su grandeza vana:
Y tú, viejo titán de los combates,
Al sólo peso de tu libro abates
Todo el orgullo de la especie humana.

La Igualdad, que en la cruz tiende los brazos
Y el tiránico yugo hace pedazos,
Su palabra confunde á tu palabra;
Y así á la vez que nos arrojas lodo,
Lo purificas, sin quererlo, todo,
Porque el hierro que lucha también labra.

¡Oh Darwin, duerme en paz sobre tu idea;
Que, á pesar de su orgullo, tu enemigo
Eternamente llevará consigo
La propia humillación de su ralea!...

Spencer con amplísima mirada
Sigue al hombre en su rumbo de progreso;
Y el hombre se une al hombre: el trazo mismo
De eterna evolución, que de la nada
Hizo surgir al hombre, deja impreso
En cada sociedad un transformismo.
La sociedad evoluciona á modo
De viviente organismo;
Y en su marcha veloz respeta al fuerte,
Amortajando en lodo
A la debilidad, que infunde en todo
Sus contagiosos hálitos de muerte.

¡Oh la filosofía
De la Naturaleza!
El hombre, que es ensayo todavía
De algo mejor, delira en su grandeza
Entre una atormentada fantasía:
Cinco sentidos tiene y atesora
Cinco modos de ser; pero, ¡quién sabe
Si la Naturaleza soñadora
Entre esas cinco cárceles no cabe!

¡Cuánto habrá más allá de los sentidos!
¡Cuántos mundos le son desconocidos
Al hombre, que, encerrado tras la reja
De cinco hierros, se revuelve en vano!
¡Cuánto dolor ó cuánto gozo deja
De impresionar al corazón humano!

¡Cuánta sombra obscurece la conciencia!
¡Cuánto misterio tiembla en cada paso!
¡Cuánta existencia mézclase al acaso
Con la humana existencia!
¡Cuánto suena, en la voz de otras edades,
La voz que pone sobre toda ciencia
La eterna vanidad de vanidades!...

Todavía las cinco sensaciones
Incompletas le son al sér humano;
Porque al sobrepasar las vibraciones
Que lo impresionan, su poder es vano.
Lo que es obscuridad para los ojos
Del hombre, es viva luz para el gusano:
Lo que es silencio para él profundo,
Es formidable tempestad de enojos
Tal vez para la hormiga. ¡Así es el mundo!

¡Cómo se engaña el hombre que en sí fía!
Cree que mira un astro, allá, á lo lejos;
Y el astro ha muerto en la región sombría
Cuando llegan al hombre sus reflejos.
Cree que escucha un trueno, allá, en la altura;
Y el trueno para siempre se ha callado,
Y es el eco el que corre por la anchura.
... El Presente en el hombre es ya Pasado.

¿Qué razón no adivina
Que el silencio está sólo en el oído
Y la sombra está sólo en la retina?
¡Ah! todo es vibración: luz ó sonido.

También el hombre encierra
Dentro de sí misterios semejantes
Á los que halla en su paso por la Tierra:
Microcosmos al fin, une el abismo
Con la cumbre y la cumbre con el cielo.
¡Cuánto anhelo á la vez vibra en su anhelo!
¡Cuánto organismo alienta en su organismo!
¡Cuánta profundidad y cuánto vuelo
Se encierra en el *Conócete á ti mismo!*

Bernard con su escalpelo
Va rasgando el misterio de la vida,
Sobre el mudo despojo de la muerte:
Y arranca con la mano estremecida
Fibra tras fibra el músculo más fuerte,
Traza en la piel geográficos perfiles,
Lamina el corazón, abre las venas,
Se extravía en los nervios más sutiles,
Y persigue la vida en las entrañas,
Como un minero que con manos llenas
Va robándole su oro á las montañas.

Y como en el cadáver, ya el acero
Rasga las carnes en el cuerpo vivo
Sin que salte el dolor. Sueño profundo,
Con la inmovilidad del postrimero,
Suele aplacar el nervio sensitivo,
Apagando el sollozo gemebundo;
Y así del anestésico, que aduerme
Los dolores, al hálito de sueño,

Queda en el vivo la materia inerme
Y el alma boga en el azul risueño.
Ya no más del herido en el combate
Ha de escucharse el ¡ay! cuando la ciencia
Le arranca un nervio que se crispa y late,
Ya no más el dolor hasta las heces
Hará apurar la docta indiferencia;
¡Que, como el corazón, también á veces
Tiene su caridad la inteligencia!...

El lente de Pasteur triunfa á manera
De un ojo de titán. Es ley suicida
Que la vida se nutra con la vida:
Y así entre cada sér, otro hay que espera,
Para poder vivir, que aquél se muera.
Células y microbios en batalla
Perpetuamente están. ¡Qué sabio Homero
Cantaría esa cólera que estalla
Como en las epopeyas del acero!
¡Qué poema ensalzara el heroísmo
Con que pugna la célula, ante el fuerte
Ímpetu del microbio,—alma de abismo!
¡Qué Iliada más eterna que la Iliada
En que luchan la Vida con la Muerte,
El Sér con el No Sér, Dios con su Nada!

Empedernido soñador á veces
Á fuerza de soñar realiza el sueño.
Si Brown Sequard soñó, ¡loado sea!
Tras de apurar la copa hasta las heces
Nuevamente llenarla. ¡Oh noble empeño
De darle á todo eternidad de idea!
El arrancó su jugo misterioso
Al árbol del amor; él atrevido
Quiso robar con mano de coloso

El fuego de los dioses, á manera
De inmortal Promoteo; él ha querido
Darle á la débil condición humana
Perpetua juventud de primavera,
Como un Sol que detiene su carrera
Y eterniza la luz de la mañana...

Mas ¿qué importa morir? Todo se mueve,
Todo es sonido y luz, todo palpita;
Y justo es que la vida se renueve
En la escala del sér, que es infinita.
La nube que saliera del oceano,
Vuelve en agua al oceano cuando muere;
Y otra vez se hace nube así lo humano.
El hombre ya no tiembla temeroso
Ante la tumba: la Verdad es fuerte,
Así como no hay sombra, ni reposo,
Ni silencio jamás, tampoco hay muerte...

Buscando otro camino
Para las viejas Indias orientales,
Colón, que va con ímpetu fecundo
Desgarrando la noche del Destino,
Ve de pronto las costas virginales
No de las Indias ya, sino de un mundo.
¡Tal la sabia ambición, que laboriosa
Ensayar supo, en el crisol ardiente,
Piedra filosofal que buscó en vano
La química descubre milagrosa,
Que es en la ciencia un nuevo continente
Donde se ensancha el horizonte humano!

Ella ha arrancado de la muerte fría
Nuevo calor vital. Ella ha rehecho
El despojo, ha avivado la conciencia

Que extenuada de fósforo yacía,
Ha infundido el oxígeno en el pecho,
Ha vuelto á su color la transparencia
De la anémica faz, ha enriquecido
De albúmina las venas de la hermosa
Y de hierro los músculos del fuerte;
Porque ella el hada redentora ha sido,
Que de cada hojarasca hace una rosa
Y una resurrección de cada muerte.

Transformándolo todo, á la manera
De aquella vara de Moisés que un día
Arrancó el agua de la estéril roca,
Sabe también, como la luz ligera,
Fugaz, sutil, sobre una plancha fría
Reproducir el Sol que reverbera...

La imagen que escapaba á la más leve
Etérea vibración, hoy ya perdura:
Una sola mirada que se atreve
Roba la luz de la celeste altura.

El fotógrafo encierra,
De su mirada, bajo el amplio vuelo,
Todas las pequeñeces en la Tierra
Y todas las grandezas en el Cielo...

Como un mendigo, que á mirar alcanza
Desde un triste rincón festín de gloria,
Y una mirada codiciosa lanza
Sobre lo que no tiene otra esperanza
Que la de conservarlo en la memoria,
El hombre, aquí, en la Tierra, estudia y sabe
Lo que hay en cada estrella: él la analiza;
Y en su análisis cabe

Sol ó luna, la hoguera ó la ceniza.
Engreído tal vez cree ser dueño
De cuanto analizó; mas ¡ay! su sueño
Se disipa también al dar un paso
Y encontrarse sin pan y sin abrigo.
¡Vanidad de rincón! ¡Como si acaso
El dueño del festín fuese el mendigo!

Si el hombre con la luz la imagen fija,
Con el fuego desata el movimiento,
Ya que alado vapor vuelos le presta.
No la rienda será la que dirija
El carro tronador, que á paso lento
Lleva un corcel por la empinada cuesta,
Sino el férreo engranaje, que si mueve
La veloz rueda sobre el riel segura,
Hace al carro subir con vuelo breve,
En un suspiro de humo, hasta la altura.
No dando al viento la insegura vela
La nave en él ha de seguir confiada,
Sino al golpe de su hélice que airada
Con alas de vapor rápida vuela:
Si antes era la estela una sencilla
Rúbrica de la quilla, hoy es la quilla
La que se mueve á impulsos de la estela...

La roca de los montes, traspasada
Como un gran corazón por una espada,
Abrióse al tren, que en marcha sin demora
Voló de un horizonte á otro horizonte;
Y fue el túnel. La audaz locomotora
Se hizo un arco triunfal de todo un monte.

Lesseps, cual el Moisés que abrió los mares,
Para escapar de las infames guerras

En pos de sus ensueños seculares.
No abrió los mares, pero abrió las tierras;
Y cuando un día al fin rodó á su paso,
Fue el Milón de Crotona, que ya en ruina,
—Él, que abrió tantos robles,—quedó preso
Entre el partido tronco de una encina...

Túneles y canales, como abiertas
Válvulas de vapor, diéronle al hombre
No soñados caminos. Las desiertas
Extensiones pobláronse; y el nombre
De Stéphenson escrito sobre el llano
Fué á reflejarse en altitudes sumas,
Y el de Fulton fingió sobre el océano
La primavera de una flor de espumas...

¡Ah, más rápido viaje el de la Idea!

El vapor se hace humo, el humo luego
Nube, la nube al fin relampaguea;
Y lo que fuego ha sido es siempre fuego...

Si conquistó el vapor en las entrañas
De las profundas minas, donde duerme
El sueño abrumador de las montañas,
Que en carbón milenario convertidas
Son monumentos de la vida inerme
En que yace el recuerdo de otras vidas,
También el hombre, que atrevido sube,
Ya que ahonda atrevido, alzó los ojos
Y, como quien le arranca el haz de enojos
Al mismo Jove, conquistó la nube.

En la electricidad el pensamiento,
Por un hilo de alambre, así bucea

En el fondo del líquido elemento
Como sobre la cúspide chispea,
Escapa por desiertos infecundos,
Salta enormes barreras de granito,
Rasga los antros en el mar profundos,
Vibra en medio de eternas tempestades
Y canta con la voz de lo Infinito
El Himno Universal de las Edades.

Por el alambre eléctrico va el alma
En fuga tan veloz, que diera espanto,
Si la apariencia con disfraz de calma
De la materia no ocultase tanto!
¡Ah! seguir con los ojos esa fuga,
Cual la del mismo rayo, cegaría...
Júpiter fiero el ceño desarruga
Al saber que, amansado en la porfía,
Su rayo es como un ave mensajera,
Que lleva sobre el ala por do quiera
El nuevo anuncio del Futuro Día...

Los postes arrancados á la selva,
Esperando quizás que pronto vuelva
La Primavera á remozar sus galas,
Son árboles de invierno desvestidos,
Donde se oyen también rumores de alas,
Choques de besos y vibración de nidos...
Los postes de la selva milenaria
Son después centinelas del arcano,
¡Mástiles de una flota imaginaria
En que navega el pensamiento humano!

Por el alambre vagan en la anchura
El sonido vivaz, la luz tranquila
Y el raudo movimiento. Un día acaso

Podrán todas las fuerzas de Natura
Correr por el alambre; la pupila
Verá brillar un Sol ya sin ocaso;
El tímpano oirá la voz profunda
Con que habla el mismo Dios; la débil mano
Enfrenará la actividad fecunda
Que hierve en el volcán y en el oceano;
Y hasta la idea, haciendo á la corriente
Cruzar por dos cerebros en un choque,
Saltará de la cumbre de una frente
A la profundidad de un alma en bloque...

Mas ¿qué importa el alambre? Ya la Ciencia
Lo cortó en el telégrafo. El sonido,
La luz y el movimiento, en la experiencia
Presto habrán de seguir. Tal en un vuelo
Rompe su cable el globo retenido;
Y, en plena libertad, escapa al cielo...

Edisson, como un buzo, se aventura
Con sus redes de alambre, y aprisiona
Entre esas redes misteriosas vidas.
Él sabe dónde está la fuente pura
En que el alma á la vida se eslabona,
Dentro de las penumbras escondidas;
Y hace del tiempo su triunfal proscenio:
El sonido y la luz que un tiempo han sido,
Evocados al golpe de su genio
Pueden ser otra vez luz y sonido.

El fonógrafo lleva hacia el Futuro
La voz con que habla el Siglo. ¡Oh claridades
Las que el cinematógrafo en lo obscuro
Proyectará á través de las edades!...

Y la luz cantará, porque el oído
Sabe ya en el fotófono que el rayo
Se desenvuelve en són. ¡Todo está unido!
El rayo X penetra de soslayo
Hasta las más compactas solideces,
Para fijar la imagen resguardada
En el fondo del sér. ¡Quién sabe á veces
Donde más se buscó no se halle nada!...

¡Quién sabe si otra fuerza misteriosa
Hoy para el hombre inédita reposa!
¡Quién sabe si en el mismo
Apenas esbozado magnetismo,
Duerme una nueva ciencia milagrosa!
¡Quién sabe si la bíblica serpiente
No ha logrado mentir; y así el Destino,
Antes quizás de doblegar la frente,
Verá, con una póstera mirada,
Descender al Espíritu Divino
Sobre la Humanidad transfigurada!...

José Santos Chocano.

# CONQUISTADORES ANTIGUOS Y MODERNOS [1]

*Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

Al recibir en la soledad del retiro á que pertinaz dolencia me tiene confinado, la fausta nueva de que acababa de aparecer bellamente impresa una obra histórica del Sr. Licenciado D. Jenaro García, llamada, en el sentir de mi informante, á producir honda conmoción entre los que se dedican á este género de estudios, sentí inmenso júbilo. Porque la publicación de un libro de ese linaje, es una señal de que hay todavía en Méjico quien se dedique á graves y educativas disquisiciones históricas, y es consolador saberlo en los días que corren, de apartamiento y desdén hacia lo que no conduzca derechamente á obtener, en vez de brillantes palmas de gloria, grandezas materiales, y por su medio el respeto y los halagos que aparejados trae consigo la riqueza. La publicación de una obra extensa, desprendida de toda ambición innoble, la juzgué desde luego como una prueba palmaria de que *la fiebre de los negocios* permite á las veces la ejecución de trabajos que demandan un espíritu sereno, libre de las preocupaciones que absorben por completo á los que no conocen los apacibles y tranquilos goces de que las letras son inagotable manantial.

---

(1) Publicamos este estudio para dar á conocer entre nosotros un escritor americano, que recuerda á los prosistas españoles del siglo de oro. (*N. del D.*)

Ardí desde aquel momento en deseos por obtener el nuevo libro, y antes de mirarlos satisfechos, llegó á mis manos el entusiástico ó, para decir toda la verdad, el fervoroso elogio que del autor y de la obra hizo en las columnas de un diario otro joven escritor, á quien las letras patrias son deudoras de muchas y muy interesantes lucubraciones también históricas: el Sr. D. Luis González Obregón.

La lectura de ese elogio vino á llenarme de tristeza, decirlo debo con toda sinceridad. Y no se crea que despertó en mí tal sentimiento por lo que en honra del Sr. García allí se expone—que ajeno soy á rastrera envidia,—sino porque me pareció oir algo así como un toque de atención, como un anticipo de las impresiones que la obra me había de causar, toda vez que mis particulares ideas, que lo que podría llamar mi credo en materias históricas, está en absoluta discrepancia con el credo del Sr. García, como lo está con el del Sr. González Obregón.

Aunque prevenido así mi ánimo, consagréme á la lectura de la flamante producción con detenimiento tan grande, que más bien que lectura fue estudio el que de ella me propuse hacer. Fruto de ese estudio es la disertación que hoy ofrezco al público lector, temeroso, no debo ocultarlo, de que provoque torcidas interpretaciones.

Como quiera que sea, debo comenzar y comienzo por hacer una declaración previa, y es: que en la análisis y crítica de la obra del Sr. García no entra por modo alguno el deseo de amenguar el alcance de los elogios que otros le tributan, ó de rebajar la gloria á que noblemente aspira quien, como él, se lanza á las arriscadas lides de la inteligencia en filas que cada día se aclaran más y más, y se merman en Méjico. No obedecen, ciertamente, á tales propósitos, las observaciones que trato de hacer, dicho quede desde ahora; para que ni él ni nadie, me tengan por adepto de la escuela lapidadora de reputaciones, ó por ministro de esa especie de iglesia que sólo tiene anatemas para los que en ella no comulgan. Porque ¿quién lo

ignora? Suele entre nosotros, cada vez que aparece un nuevo libro, desencadenarse una tempestad de dicterios y diatribas capaces de infundir al autor sobre el que esa tempestad descarga su furia, incurable tedio y enervador desaliento; suelen recogerse amargos frutos en vez de paladear la dulcísima satisfacción que se experimenta al oir juicios imparciales, de recta intención, que si bien es cierto son en ocasiones desfavorables, revelan siempre que no ha pasado inadvertida la obra, y que por lo mismo que no se la encuentra baladí se la estudia y se la discute.

Antipatías personalísimas y espontáneas, emulaciones ruines, intransigencias de sectarios, fanatismos de escuela, en apretado ayuntamiento se conjuran para socavar los cimientos que pone el escritor para asentar en modesto pedestal su nombre. Diríase que las pasiones innobles, á semejanza de aquellos insectos parasitarios que se amontonan sobre las ramas florecidas de algunos vegetales para secarlos é impedir que lleguen á dar sazonados y deleitosos frutos, se asocian é hincan el diente envenenado en el publicista que sólo alentaba la aspiración generosa de ofrecer á sus compatriotas el panal elaborado tras largos y penosos desvelos con lo que de mejor había en su cerebro, ó con la miel recogida en las flores de otros intelectos.

El recuerdo en este lugar y en el actual momento, de ese linaje de obstáculos, no es inoportuno, por mucho que maraville á los que piensan, porque no están al corriente de lo que pasa entre nosotros, que la avanzada ilustración que sin cesar se pregona ha hecho ya desaparecer esos obstáculos. No, los antiguos procedimientos están aún en uso, á pesar del modernismo imperante en ciertos géneros literarios.

Vea, pues, el Sr. García en lo que voy á decir, no la censura enconosa ni el apasionado ataque, sino la expresión franca y sincera de mis convicciones, sin presuntuosos dogmatismos ni pujos de magisterio ridículo. Al manifestar lo que siento y pienso después de estudiar detenidamente su libro, no presu-

mo, por más que dicte mis razonamientos el amor purísimo á la verdad, que ese sentir y ese pensar lo hayan compenetrado de tal modo, que mis observaciones y reparos constituyan algo que sea irrefutable, algo que se imponga incontrastablemente. Mas tiempo es ya de entrar en materia.

Lo primero que se debe de cuidar cuando se trata de refutar una tesis, es no interpretarla maliciosamente, sino exponerla con la mayor fidelidad. Procediendo así, el autor de ella no puede acusar á su impugnador de atribuirle ideas que no son las suyas ó de tergiversar aquellas cuya paternidad reconoce.

Obedeciendo este precepto fundamental de toda crítica sana y justiciera, comenzaré por dar á conocer—á quienes no hayan leído el libro del Sr. García—el asunto en que se ocupa, el propósito que persigue y el procedimiento empleado para deducir las conclusiones que de su obra se desprenden. Y como deseo alejar de antemano toda sospecha de prejuicios ó apasionamientos, voy á valerme de la síntesis hecha, no por otro crítico, sino por un panegirista devoto de la nueva producción, que con ella comulga, y á quien por tales motivos no podrá tachar el Sr. García. Refiérome al Sr. D. Luis González Obregón, que es—como no sin razón asienta el autor del *Carácter de la Conquista española en América*—un joven que ocupa muy distinguido puesto entre nuestros historiadores más autorizados, tanto por su vasta y sólida erudición cuanto por su juicio claro y sereno.

Dice, pues, el Sr. González Obregón:

«En el libro primero de esta importante obra, el autor estudia los antecedentes indispensables á la materia en que se ocupa, á saber: al pueblo español desde la época de la dominación romana hasta la de Felipe II; pueblo que odia á los infieles por fanático, que comete con ellos crímenes que horrorizan por cruel, y que les arrebata sus riquezas por avaro. Estudia también la índole de los españoles venidos á América, deteniéndose en considerar aparte á los seglares y á los eclesiásticos: los

primeros de la peor ralea, presidiarios, condenados al último suplicio; aventureros por lo menos, que emigraban en busca de fabulosas riquezas; los segundos, avaros y codiciosos, relajados en sus doctrinas, corrompidos en sus costumbres.

»Con estos antecedentes, que reseña hábilmente á grandes rasgos el Lic. García, los hechos que informan el libro segundo de su obra se explican fácilmente; pero el ánimo más sereno é imparcial se subleva contra aquella serie de iniquidades que los castellanos cometieron con los vencidos. Rapiñas las más groseras, crueldades las más salvajes; incendios los más injustos, violaciones las más repugnantes, son los rasgos generales y continuos que, acompañados del más grosero fanatismo, caracterizan la Conquista española en América, la cual encharca los pueblos en sangre, despoja de tierras y fortuna á sus habitantes, y á pretexto de evangelizarlos los embrutece y esclaviza.

»Cuadro tan desolador, sólo tiene una grandiosa figura, que crece con los siglos, el P. Las Casas, y un grupo de contados y venerables varones, los misioneros, que á ejemplo de aquél abogaron por la más justa de las causas, y fueron de los poquísimos que consolaron á los indios en sus infortunios.

»Especial capítulo consagra el autor á la conquista de Méjico, y sin temor de pecar por lisonjero, juzgo que es un cuadro completo y fiel de ese período histórico de nuestros anales, que además contiene nuevas é importantes investigaciones que habían escapado á la erudición de los contemporáneos.

»En el libro tercero y último de la obra, el autor se ocupa en estudiar los «Resultados de la Conquista», como fueron las guerras de invasión, la conducta posterior de los castellanos, la población indígena precolombina, la despoblación general de América y la degeneración de los naturales. Consigna un dato el autor en este último libro, que es el resumen, la mejor síntesis de cómo se hizo la Conquista y los resultados de ella para los vencidos; dato de un español, del Cronista Mayor de las Indias, D. Antonio de Herrera, quien dijo que «se falla

que faltan en sesenta e ocho años muertos á nuestras manos, «quarenta millones en todas las Indias»; e de solo cargar los ombres, «quince millones».

Como se ve, evitó cuidadosamente el Sr. García apuntar siquiera un solo hecho digno de loor en los conquistadores; no dejó ni el más débil intersticio por el cual pudiese penetrar un rayo de luz que contrastara con la densísima tiniebla; cubrió la tierra toda de sangre y de cadáveres, evocó espectros pavorosos, hizo resonar de nuevo los ayes de las víctimas; pobló el aire de maldiciones, recogió los desahogos más virulentos de los censores coetáneos de Cortés, y terminó por exclamar con santa indignación: He ahí á los conquistadores de América hundidos hoy por mi brazo vengador en noche eterna; execradlos sin tregua ni descanso; de su obra impía no se han derivado sino desgracias; las generaciones que tienen principio y raíz en los conquistadores, llevan la mancha indeleble de este nuevo *pecado original*.

Ciertamente que el Sr. García no ha estampado estas mismas palabras, no; lejos de mí el calumniarle; pero aun sin leer su libro, con leer no más la síntesis que acabamos de copiar, debida al Sr. González Obregón, cualquiera comprende que no peco de exagerado al imaginar que pudo concebir esa idea, ya que no expresarla.

Y bien, ¿es esta la manera de escribir la historia? ¿Este es el concepto que los más ilustres publicistas tienen formulado sobre la magna y educadora empresa de evocar el pasado? ¿Tal es, en el sentir del Sr. García, el fruto ópimo de la modernísima ciencia de la filosofía de la historia?

Si las disquisiciones de esta índole no han de tener más objeto que acumular testimonios desfavorables á los hombres de otros siglos, espigando al efecto aquí y allí, en determinadas obras que legaron á la posteridad algunos varones austeros y generosos que no compartieron los errores, los vicios y los crímenes que informaban la conducta de los soldados y aventureros de su época, y que, por haber sabido sobreponerse al in-

flujo de las ideas entonces comunes y corrientes, las encontraron no sólo absurdas, sino perniciosas, y las condenaron con viril entereza; si el sociólogo de nuestros días debiera manejar no la pluma, sino el escalpelo, y su tarea se redujera á destrozar en la plancha del anfiteatro osamentas, que no cadáveres, por el solo placer de proclamar que los guerreros de pasados siglos fueron un receptáculo de todo lo deforme, de todo lo nauseabundo, de todo lo que por infame inspira odio, entonces no hay objeción ni reparo alguno que hacer á la ingrata labor emprendida por D. Jenaro García, y de la que es fruto el libro que acaba de dar á la estampa. Pero como por muy distintos senderos discurren los pensadores que encauzan las corrientes intelectuales en los días que alcanzamos, inquiriendo la verdad por el solo hecho de ser digno de espíritus esforzados para ponerla al servicio de la humana especie, maravilla y entristece que un joven empapado en las teorías modernas, cultivador ferviente de los estudios sociológicos, admirador devoto de Spencer, emplee largos días en la busca pacientísima de cuanto puede conducir á demostrar que los conquistadores del siglo XVI que al Nuevo Mundo llegaron, fueron nada más que *españoles de la peor ralea, presidiarios, condenados al último suplicio si seglares, y si eclesiásticos, avaros y codiciosos, relajados en sus doctrinas, corrompidos en sus costumbres.*

El Sr. García, tan apacible, tan equilibrado como le habíamos conocido, se nos presenta inesperadamente en su nuevo trabajo rencoroso, agresivo, vehemente, encarnizado, implacable; y esa transformación se debe á que se hundió en el mar lleno de sirtes de las viejas crónicas, no para extraer perlas de magnífico oriente—pocas que fueran, pero siempre valiosas y dignas de imperial diadema,—sino las negras conchas de moluscos viscosos abandonadas en el fondo del Océano; sucias envolturas de cadáveres que, por dicha, no despiden ya miasmas deletéreos, porque los siglos, como las aguas saturadas de cloruro de sodio, destruyen los gérmenes de descomposición. ¡Buzo infortunado en verdad!

El Sr. García ha enhebrado sus descubrimientos en un hilo que si no fuera tan negro, apenas si sería perceptible, y que de ese color se le buscó precisamente para que no hubiera solución de continuidad entre sus comentarios y los pasajes de los cronistas adversos á los conquistadores.

Yo comprendo á Taine hacinando en sus *Orígenes de la Francia contemporánea* iguales ó mayores y mas espantables crímenes que los que hace desfilar ante nuestros ojos en procesión siniestra el Sr. García; porque Taine desafió así, con audacia pocas veces superada, las iras de no escasa porción de un pueblo que todavía se ufana proclamando las doctrinas de los hombres del 93; porque Taine asestaba sus tiros á los sectarios de una pseudo-religión disolvente, capaz de conmover los fundamentos en que descansa, no la sociedad francesa nada más, sino todas las sociedades cuyo acerbo civilizador es la Francia. No sólo le comprendo, sino que le admiro, cuando medito en la generosidad y grandeza de su anhelo por destruir ídolos cuyo culto tiene feroces ministros, para lograr saludable regeneración; y cuando le veo procurar reducir á sus naturales proporciones con la poderosa masa de su personal criterio figuras que aún están de pie sobre altos pedestales, no le supongo poseído de un furor iconoclasta irreflexivo y ciego, sino que le reconozco como insigne revelador de verdades, para que su patria y la humanidad, cuyos son los senderos que trata de iluminar, no caminen desatentados á precipitarse en pavorosos abismos. ¿Pero ocurre nada de esto en la obra del Sr. García? Lejos, muy lejos de ser así, nadie tributa, aquí ni en ninguna parte, culto á los conquistadores de América en el siglo XVI; nadie, ni los más retrógrados, los enaltece y presenta como modelos dignos de ser imitados; ninguno los ha llamado impecables, sin mácula; ninguno suspira por el régimen que fue la consecuencia indeclinable de la conquista. El credo republicano hoy no es una mera idea especulativa; la democracia es un dogma; cada uno de los mejicanos está dispuesto á ofrecer su sangre y su vida misma en aras de su pa-

tria libre, de su patria independiente, de su patria grande y próspera, bajo la tricolor bandera que es su lábaro sacro.

Esto de una parte; de otra, la nación progenitora ni nos acecha ni amenaza; antes por el contrario, ambiciona estrechar los lazos de amistad que se crearon una vez muertos los odios y rencores á que diera sér la lucha que á nosotros nos hizo independientes y á ella mermó sus dominios. Por eso no veo fin práctico y útil en la labor llevada á cabo con energías dignas de mejor causa por el Sr. García; por eso creo que viene fuera de sazón ó tiempo oportuno. Demás de esto, no es generoso, no es hidalgo en los momentos actuales acribillar á un pueblo desangrado por enemigo potentísimo, desposeído de las colonias ultramarinas que conservaba todavía en el último lustro del siglo XIX; á un pueblo que pugna por regenerarse y que, con la mirada fija en lo porvenir, no ha de querer ni poder emplear el tiempo en vindicarse de lo pasado y en reivindicar sus antiguas glorias. Y aun suponiendo que los españoles de hoy fueran nuestros enemigos, todo ataque ó provocación es censurable. La España de 1901 es un herido al que cobija una tienda, sobre la cual ondea la humanitaria enseña de la Cruz Roja.

Demos por sentado, en abono del Sr. García, que no trató de encararse con la España de nuestros días, y que al reconstruir á su modo la historia de la Conquista de América, persiguió únicamente el esclarecimiento de la verdad. Pues bien; ni aun concediendo que así haya sido, se justifica la virulencia de sus afirmaciones ó juicios, y su sed insaciable de noticias desfavorables á los españoles del siglo XVI, para presentárnoslas.

Que al servicio de tal empeño pusieran sus conocimientos los que prepararon el movimiento insurreccional de 1810 para romper las ligaduras que la nación dominadora forjó y mantuvo durante tres siglos, bien se comprende y explica. Porque entonces era necesario, de toda necesidad, derramar á torrentes la luz sobre las obscuras conciencias de las incultas masas

del pueblo: porque en aquella sazón hasta las exageraciones más estupendas tenían razón de ser, toda vez que, mientras mayor fuera el odio que inspiraran los dominadores á quienes se quería derrocar, mayor también sería el número de prosélitos que seguiría á los apóstoles de la doctrina libertadora. Que mientras no estuvo consolidada la obra de Hidalgo se haya procurado traer á la memoria del pueblo, en los grandes aniversarios, el pasado con sus exacciones desapoderadas, con sus inquisitoriales torturas para subyugar con esos recuerdos el ánimo de las muchedumbres que se arremolinan junto á la tribuna cívica, nadie podrá extrañarlo, porque esos eran los medios necesarios para sugestionar á los nuevos ciudadanos; porque para hacer que todos amen á los héroes que realizan los grandes hechos que cambian el modo de ser de las naciones, nada tan eficaz como la exhibición del cuadro en que aparecen la brillante luz del presente en contraposición con las densas sombras del pasado. Pero todo debe hacerse en el lugar y tiempo oportunos.

El orador que se dirige á las turbas indoctas no se expresa de igual manera que el orador de las academias científicas; como el periodista de combate es distinto del historiador docto y reposado. Por eso no aplaudo los recursos de que el Sr. García se vale para historiar hoy la conquista y hacer que perdure el odio á los que la realizaron. Hierven en su libro rencores que podría llamar yo retrospectivos; saña que no se amengua ni ante las tumbas cubiertas por el polvo de los siglos; y esos rencores y esa saña me parecen, por modo absoluto, impropios en un escritor sesudo que trata de infundir su criterio, y creo que en vez de conseguirlo, desautoriza su tesis desde el momento en que da lugar, él mismo, á que el lector se pregunte á qué obedece en la época actual la exhumación de un proceso fallado sin apelación, tiempo ha, por el tribunal augusto de la conciencia humana.

Ya no sólo en las obras sobre historia patria, escritas para la enseñanza de las nuevas generaciones, en los discursos pa-

trióticos de los que se dirigen á las masas populares anualmente, el 16 de Septiembre, son bien distintos los procedimientos que los pensadores emplean desde hace algunos años. Tanto es así, que no se ha dejado oir una sola protesta cuando un orador ha expresado en la tribuna cívica, en 1886, los conceptos que siguen:

«Sereno ya el ánimo tras las perturbaciones consiguientes á las grandes crisis que conmueven á los pueblos al verificarse una evolución social, como se conmueve la Naturaleza en los momentos de un gran fenómeno físico; ilustrada la razón por el estudio de las causas y consecuencias de la insurrección de 1810, vemos que los tres siglos que antes llamáramos solamente de odiosa servidumbre no fueron sino una de las etapas que habíamos de recorrer para llegar á inscribir el nombre de nuestra patria entre los de las naciones autónomas, y que, durante ese período histórico, tuvieron origen y desenvolvimiento las ideas y los demás elementos constitutivos de la nacionalidad mejicana.

»Obedeciendo á la incontrastable ley del progreso, un pueblo formado con la fusión de dos razas valerosas y abnegadas hasta el sacrificio conquistó su independencia, revelando al mundo la alteza de sus miras, lo heroico de su valor y lo singular de su constancia.

»No era posible que la nación dominadora se resignase á mirar impasible la pérdida de uno de los más ricos florones de su corona, ni era posible tampoco que los descendientes de Cuauhtemoc, una vez iniciada la lucha, cejasen un sus propósitos. De aquí la tenacidad y la grandeza de esa lucha, y de aquí también que sea más glorioso el vencimiento alcanzado por los mejicanos.

»Restañada la sangre, cicatrizadas las heridas, disipado el humo y el fragor de los combates, y muertos los rencores de los contendientes, sucedió lo que no podía menos de suceder: vimos que la conquista española había sido un bien, toda vez que, merced á ella, trocóse la sangrienta religión azteca por

las dulces y consoladoras creencias cristianas; vimos que España, de cuanto á la sazón poseía, nos había hecho partícipes, y que su habla rica y sonora, su escritura fonética, sus artes, sus hidalgos sentimientos, su valor indomable, todo nos lo habíamos asimilado; comprendimos que podíamos gloriarnos de que en nuestras venas circulase, mezclada con la sangre mejicana, la sangre de aquella raza que tanto ha contribuído al humano progreso; y al encontrarnos desligados de la nación que fue nuestra dominadora, nos enorgullecimos de ser libres, pero sin renegar de nuestro origen, y resueltos á no desmentir jamás con nuestros hechos las virtudes que habíamos heredado.»

¿Pero, qué mucho? Ayer, en el último aniversario del fallecimiento del más ilustre prócer mejicano, del indio de Guelatao, arrebató hasta el delirio á innúmeros oyentes un joven, inspirado tribuno, al proclamar en frase brillantísima, que «hemos perdido la fe en las quimeras del jacobinismo, pero la tenemos cada vez mayor en las verdades de la ciencia; que ya no nos exalta la raudalosa elocuencia dantoniana arrastrando en su furia mantos desgarrados y cetros rotos, pero nos entusiasma la serena voz de la filosofía que deposita limo fecundo en las almas y jamás desborda cóleras destructoras de su profundo cauce; que nos burlamos un poco de las disertaciones incoloras y pedantescas de Robespierre y estudiamos en Rousseau un caso patológico; que los reyes, los frailes y los nobles, que habían perdido la fisonomía humana con los corrosivos de la literatura demagógica que los llamaba y los llama, hidras, vampiros, endriagos, nos parecen en la historia científica, con sus facciones normales, como hombres semejantes á los demás hombres, algunas veces liberales, complacientes, artistas; que analizamos y que nos explicamos, sin odiarlas *á priori, las etapas más infaustas de la crónica humana;* que ya no creemos que la regeneración universal brote de un discurso epiléptico de encrucijada, aplaudido por el populacho ébrio que deserta de las escuelas y de los talleres, y armado de formidables pi-

cas levanta en triunfo á Marat, grotesco y patibulario, sobre los bonetes rojos; que no creemos en la utópica democracia del «Contrato Social», idealmente bella, como un diálogo platónico, trazada á maravilla con la armonía matemática de los silogismos, pero falsa de toda falsedad; que, por último, hoy vemos evaporarse en el horizonte las últimas humaredas de la Convención».

Eso dijo el Sr. Urueta, que es el orador á que aludimos, precisamente en un día del propio mes de Julio en que fue puesto á la circulación el libro del Sr. García. La juventud que llena actualmente las aulas, los legisladores, los estadistas, los representantes de las clases obreras, los de las academias científicas, el pueblo todo, cuantos con ardentísimo entusiasmo significaron al Sr. Urueta con no interrumpido aplauso que compartía sus ideas, ¿compartirán también las del señor García, que son, en los albores del siglo xx, la antítesis más perfecta del concepto de la modernísima ciencia de la filosofía de la historia?

Pasemos á otro género de consideraciones. Enamorado, y con razón, el Sr. García de la altísima figura del venerable Fray Bartolomé de las Casas, el santo apóstol de la caridad cristiana, noble y heroico defensor de los indios, su protector más eximio, *Padre de los americanos*, como decía la antigua inscripción grabada en el Colegio de San Gregorio, no se concreta á tributarle el culto de su admiración acendrada, y á la que es, no me cansaré de repetirlo, acreedor por indiscutible derecho, sino que tómale por modelo al constituirse hoy en el acusador implacable de los conquistadores, y emplea el método seguido por su maestro amado, de hacinar horrores, nada más que horrores, de no admitir atenuante alguna, como por ejemplo ésta: la esclavitud no sólo estaba aceptada en siglo xvi aun por los Pontífices y por los más cristianos varones, sino por el mismo Fray Bartolomé de las Casas, que se hizo reo de ese delito, puesto que tuvo esclavos á su servicio. ¿Quién lo ignora?

en el siglo XVI, sufridas en bien de los indios, significaban más entonces, que cruzar siete veces el Océano, como Las Casas lo hizo para no ser escuchado sino por la posteridad, y escribir dos libros llenos de invectivas y recriminaciones. Seguramente por eso los indios amaron y reverenciaron á Fray Toribio, le demostraron gratitud mientras vivió y le lloraron después de muerto. Los indios fueron los que al verle con el hábito raído le dijeron *Motolinia,* es decir, *pobreza*, y como esa voz nahuatl traducía sus votos, *Motolinia* quiso llamarse, y con ese nombre ha llegado hasta nosotros. Las Casas debió al soberano español el título de *Defensor de los indios*, como le debió la mitra de Chiapas. A Motolinia le titularon los indios, y el soberano español no ciñó con una mitra la frente del *pobre* misionero!

Sucede al Sr. García con el P. Las Casas, lo que á los lectores que sólo tienen un autor predilecto; lo que á los amantes con su primera novia: fuera del uno ó de la otra, no ven jamás cualidades supremas: no hay talento, no hay verdad, no hay belleza, no hay virtud posibles. Lea el Sr. García lo que don Fernando Ramírez y lo que Icazbalceta han escrito acerca de Motolinia, y comprenderá cuán injusto ha sido al calificarle de *fraile procaz.*

Las Casas y Motolinia perseguían un mismo fin; solamente que, para alcanzarlo, empleaban distintos procedimientos: el uno, creía que las mayores vehemencias eran pocas, tratándose de defender á los indígenas; el otro, juzgaba necesarias la moderación y la templanza para no irritar á los conquistadores, si se deseaba, en bien de aquéllos, dominar la fiereza de éstos. Esa moderación ponía fuera de sí á Las Casas; aquellas exaltaciones eran propias, en concepto de Motolinia, para agravar los padecimientos en vez de curarlos. De ahí el inevitable choque. Tercos ambos, persistían en sus medios de acción y se acriminaban recíprocamente, pues hombres eran, y aunque seres superiores desde otros puntos de vista, vulgares en las luchas del amor propio: *Inde iræ.*

Lea el Sr. García con detenimiento el admirable trabajo de D. Fernando Ramírez, autor nada sospechoso para él—ó sean las *Noticias de la vida y escritos de Fray Toribio de Motolinia,*—y verá en éste «al misionero infatigable, al caritativo y animoso defensor de las razas conquistadas, al ardiente propagador de la civilización cristiana»; verá que él fue el *último* de los doce misioneros, que pagó tributo á la tierra que había fecundado con su doctrina, edificado con su virtud é ilustrado con sus apostólicos afanes, tan dilatados como útiles y meritorios, y verá por último que Motolinia, considerado en otro teatro, no menos interesante para la civilización que para su propia gloria—en el de las letras—«ocupa y ocupará siempre un lugar distinguido, como fuente abundante y pura de las tradiciones primitivas de la civilización cristiana, y de otras muchas, preciosas, de la historia antigua del país». En ese estudio del Sr. Ramírez, que puede colocarse junto á los mejores de su género, debidos á plumas que el universo todo ensalza y admira, D. Jenaro García hallará cuanto ha menester para borrar la despectiva frase que empleó irreflexivamente, de que Motolinia era un *fraile procaz,* y todo esto lo hallará el Sr. García mezclado con elogios de altísimo precio al reverendo P. D. Fray Bartolomé de las Casas, á quien nadie pretende arrebatar su merecida gloria ni disminuir en un ápice los indubitables merecimientos.

Si me he permitido recomendar al Sr. García que abarque en un estudio serio y profundo la personalidad entera de Motolinia, es porque creo, con un gran escritor, que no se aman los detalles, los fragmentos de verdades y de cosas; que para conocer éstas y amarlas, es necesario verlas enteras, vivas, en el enlace ordinario con toda la realidad, y esto sólo se consigue á partir de una idea unitaria, un concepto del mundo, mejor: una visión, una intuición, una creencia.

Esa visión, esa intuición, esa creencia, se echan de menos en el *Carácter de la conquista española en América,* porque su autor ha amado los detalles, los fragmentos de la historia de

en el siglo XVI, sufridas en bien de los indios, significaban más entonces, que cruzar siete veces el Océano, como Las Casas lo hizo para no ser escuchado sino por la posteridad, y escribir dos libros llenos de invectivas y recriminaciones. Seguramente por eso los indios amaron y reverenciaron á Fray Toribio, le demostraron gratitud mientras vivió y le lloraron después de muerto. Los indios fueron los que al verle con el hábito raído le dijeron *Motolinia,* es decir, *pobreza*, y como esa voz nahuatl traducía sus votos, *Motolinia* quiso llamarse, y con ese nombre ha llegado hasta nosotros. Las Casas debió al soberano español el título de *Defensor de los indios*, como le debió la mitra de Chiapas. A Motolinia le titularon los indios, y el soberano español no ciñó con una mitra la frente del *pobre* misionero!

Sucede al Sr. García con el P. Las Casas, lo que á los lectores que sólo tienen un autor predilecto; lo que á los amantes con su primera novia: fuera del uno ó de la otra, no ven jamás cualidades supremas: no hay talento, no hay verdad, no hay belleza, no hay virtud posibles. Lea el Sr. García lo que don Fernando Ramírez y lo que Icazbalceta han escrito acerca de Motolinia, y comprenderá cuán injusto ha sido al calificarle de *fraile procaz.*

Las Casas y Motolinia perseguían un mismo fin; solamente que, para alcanzarlo, empleaban distintos procedimientos: el uno, creía que las mayores vehemencias eran pocas, tratándose de defender á los indígenas; el otro, juzgaba necesarias la moderación y la templanza para no irritar á los conquistadores, si se deseaba, en bien de aquéllos, dominar la fiereza de éstos. Esa moderación ponía fuera de sí á Las Casas; aquellas exaltaciones eran propias, en concepto de Motolinia, para agravar los padecimientos en vez de curarlos. De ahí el inevitable choque. Tercos ambos, persistían en sus medios de acción y se acriminaban recíprocamente, pues hombres eran, y aunque seres superiores desde otros puntos de vista, vulgares en las luchas del amor propio: *Inde iræ.*

Lea el Sr. García con detenimiento el admirable trabajo de D. Fernando Ramírez, autor nada sospechoso para él—ó sean las *Noticias de la vida y escritos de Fray Toribio de Motolinia,*—y verá en éste «al misionero infatigable, al caritativo y animoso defensor de las razas conquistadas, al ardiente propagador de la civilización cristiana»; verá que él fue el *último* de los doce misioneros, que pagó tributo á la tierra que había fecundado con su doctrina, edificado con su virtud é ilustrado con sus apostólicos afanes, tan dilatados como útiles y meritorios, y verá por último que Motolinia, considerado en otro teatro, no menos interesante para la civilización que para su propia gloria—en el de las letras—«ocupa y ocupará siempre un lugar distinguido, como fuente abundante y pura de las tradiciones primitivas de la civilización cristiana, y de otras muchas, preciosas, de la historia antigua del país». En ese estudio del Sr. Ramírez, que puede colocarse junto á los mejores de su género, debidos á plumas que el universo todo ensalza y admira, D. Jenaro García hallará cuanto ha menester para borrar la despectiva frase que empleó irreflexivamente, de que Motolinia era un *fraile procaz,* y todo esto lo hallará el Sr. García mezclado con elogios de altísimo precio al reverendo P. D. Fray Bartolomé de las Casas, á quien nadie pretende arrebatar su merecida gloria ni disminuir en un ápice los indubitables merecimientos.

Si me he permitido recomendar al Sr. García que abarque en un estudio serio y profundo la personalidad entera de Motolinia, es porque creo, con un gran escritor, que no se aman los detalles, los fragmentos de verdades y de cosas; que para conocer éstas y amarlas, es necesario verlas enteras, vivas, en el enlace ordinario con toda la realidad, y esto sólo se consigue á partir de una idea unitaria, un concepto del mundo, mejor: una visión, una intuición, una creencia.

Esa visión, esa intuición, esa creencia, se echan de menos en el *Carácter de la conquista española en América,* porque su autor ha amado los detalles, los fragmentos de la historia de

la Conquista, como al referirse á Motolinia le ha condenado tan sólo porque no compartió los ideales y procedimientos de Las Casas y con él luchó como ninguno.

Por lo que á mí respecta, no he querido ni con mucho establecer un paralelo entre ambos contrincantes; porque, fundándome en autoridad grave y sesuda, creo que el sistema de comparaciones es malo cuando se convierte en parangón, y yo no quisiera caer en el defecto de echar luz sobre lo que prefiero, á costa de acumular sombras en otra parte; deficiencia crítica muy generalizada, que siempre evito, siguiendo las doctrinas de los maestros en el arte de escribir vidas é historias.

Restablecer la verdad en lo que á Motolinia atañe, juzgué lo no solamente justo, sino oportuno; porque mejor testimonio no cabe para demostrar que el Sr. García se deja arrebatar por la pasión al formular sus sentencias, que el testimonio que proporciona la breve frase en que condena á un defensor de los indígenas, tan ilustre como lo es Motolinia. Y pues se trata de vindicaciones, hay otra que también nos solicita: la de la memoria de Bernal Díaz del Castillo.

Tan grande es la inquina del Sr. García contra los conquistadores del siglo XVI, que cuando á alguno de ellos no puede denigrarle, se conforma con callar sus mejores títulos, con desdeñarle. Vemos así que, á pesar de ser historiador primitivo de los más frecuentemente citados por el Sr. García, como autoridad, en la Tabla bibliográfica se limitó á unas cuantas líneas biográficas en las cuales cuidó de suprimir el menor elogio.

Si D. Jenaro García hubiere querido ser justiciero, poco ó ningún trabajo le habría costado extractar algunas frases de las que D. Luis González Obregón dejó estampadas en uno de sus mejores libros, que se intitula así: *El Capitán Bernal Díaz del Castillo, Conquistador y Cronista de Nueva España.*

Como el Sr. García tiene, y con razón, formado el mejor concepto de los trabajos históricos del autor de *México Viejo,*

elogios desapasionados del Sr. González Obregón á Bernal Díaz del Castillo serán los que recordemos en este lugar.

Famoso capitán é inimitable cronista, hijo de familia distinguida, que desde muy joven se lanzó á la azarosa existencia de aventurero y conquistador, impulsado por el espíritu que animaba á sus coetáneos, por ardor caballeresco ó por afán de lograr fortuna; con debilidades que deben disculpársele por ser comunes á todos sus contemporáneos, ese fue Bernal Díaz del Castillo, al decir del Sr. González Obregón. De su única obra histórica, afirma que es una inestimable crónica que, á pesar de todos sus defectos de estilo y de fondo, *es el documento más auténtico y veraz que tenemos, junto con las Cartas de Hernán Cortés*, para escribir la historia de la conquista; porque Bernal Díaz en su obra, ruda pero pintoresca, nos transporta á aquellos tiempos; presenciamos con él todos los sucesos; conocemos con sus retratos, faltos de arte, mas llenos de vida y de colorido, á todos los *héroes*, á todos los conquistadores, desde el último soldado hasta el audaz conquistador, jefe de la atrevida empresa; que esa obra nunca se cansa uno de leerla y de consultarla; que en ella se refleja el hombre, rudo y franco, y el verdadero cronista, desaliñado, pero sincero.

¿Por qué escribió Bernal Díaz su crónica? El Sr. González Obregón nos lo dice: «Preñada su mente de recuerdos, sintiendo el dolor de sus heridas, más en el alma que en el cuerpo, por la ingratitud que había olvidado sus hazañas; más con el objeto de presentar á la posteridad los GLORIOSOS HECHOS DE SUS COMPAÑEROS DE ARMAS que los suyos propios, aunque sin callar éstos, y, en fin, con el noble deseo de rectificar errores de mal informados cronistas, empuñó la pluma como antes la espada, para legarnos ese libro inimitable, mezcla de memorias personales con hechos extraños, embrión de historia, pero crónica sincera, verídica, pletórica de datos y episodios, rica en anécdotas, no pobre en reflexiones atinadas, severa en juicios, y aunque burda y desaliñada en la forma, de amena y deleitosa lectura.»

Díganos con lealtad el Sr. García si después de leer el libro del Sr. González Obregón sobre Bernal Díaz y su obra, queda en pie la afirmación de que ninguna otra, después de la de Fray Bartolomé de Las Casas, tiene más autoridad respecto de Colón y de los primeros años de la dominación española en América, y díganos á su vez el Sr. González Obregón cuándo fue justiciero: si al tejer hace ocho años la corona magnífica de laurel para el conquistador cronista, ó recientemente al medir con el mismo rasero á todos los conquistadores de Méjico, llamándoles escapados de presidio y de la peor ralea, juicio que no se conforma con el reconocimiento de que hubo héroes inspirados por el ardor caballeresco, que realizaron hechos gloriosos, y cuyas debilidades deben disculparse por haber sido comunes á todos sus contemporáneos.

Hay otro cargo que formular. El Sr. García pretende aparecer como el primero y el único que se ha atrevido á presentar en toda su horrible desnudez la imagen de los conquistadores de América. «Preciso es—dice en el prólogo de su obra—que alguna voz, siquiera sea en las postrimerías del siglo XIX, rinda tributo á la verdad y á la justicia, al mismo tiempo que á la memoria ultrajada de los infortunados indígenas de América.»

Cualquiera, al escuchar estas palabras, creería que, nuevo Las Casas, es el Sr. García el historiador justiciero por excelencia, el solo paladín de la verdad, el único valiente acusador de los conquistadores. Y no es exacto; y si no conociera yo la modestia del autor del *Carácter de la Conquista española en América,* diría que sus palabras poco ha transcritas son un signo de presunción y de soberbia, y que con refinada malicia calla los nombres de muchos y muy imparciales historiadores que le han precedido. Porque aparte de que las mismas autoridades en las que cree encontrar apoyo y documentación para la tesis que sustenta, es decir, los historiadores primitivos, españoles con ligerísimas excepciones, prueban que otros han amado también la verdad y han revelado humanitarios senti-

mientos y viril entereza para no enmudecer cuando era peligroso oponerse á las corrientes de la opinión; aparte de esas autoridades, digo, están otras modernísimas, españolas y americanas, bien conocidas del Sr. García, aunque, á lo que parece, no estimadas ni respetables para él.

Podría yo aducir aquí, para fundar mejor esta observación, innumerables testimonios ó recordar sencillamente los títulos de las obras á que aludo; pero no es necesario, porque, como he dicho, las conoce y posee el Sr. García, y porque esa noticia bibliográfica daría desmesuradas proporciones á esta disertación. Bastará á mi intento un solo nombre, el del más egregio de nuestros modernos historiadores, D. Manuel Orozco y Berra, sin que me retraiga de hacerlo el pobrísimo concepto en que tiene tal nombre el Sr. García.

Digo esto, no por mera suposición, sino en vista del desdén olímpico con que de la magna y monumental *Historia antigua y de la conquista de Méjico*, se expresa el Sr. García en la TABLA BIBLIOGRÁFICA de los autores y ediciones que citó en su obra, cuando al llegar al Sr. Orozco y Berra, dice que su Historia *está minuciosamente documentada* y que *el autor ha sido uno de nuestros historiadores que más se han distinguido por su constante labor*. ¿Nada más que esto? ¿En tan incoloras frases está contenido el juicio que le merece una de las más puras glorias mejicanas? Pues qué—y sin pretender yo rebajar los meritísimos trabajos de otros autores—¿cabe calificar así la producción histórica más extensa, más documentada, más filosófica y más desapasionada que se ha debido á autor nacional, cuando se llama el más eminente de nuestros bibliófilos é historiadores á D. Fernando Ramírez y se dice, no sin razón, que sus notas y esclarecimientos á la Historia de Prescott aventajan frecuentemente, en erudición y crítica, á la obra anotada?

Séame concedido volver por los fueros de la verdad y de la justicia, tan inicuamente violados por el Sr. García con dos rasgos de su pluma.

Principiaré por ponerme bajo la egida de un autor nada sospechoso para el del *Carácter de la conquista española en América:*

«Orozco y Berra—dice D. Alfredo Chavero en la Introducción á la *Historia antigua de Méjico*, publicada hace pocos años, pero con posterioridad á la que trato de defender—Orozco y Berra, amigo, discípulo podemos decir del Sr. Ramírez, se inspiró en sus ideas y en sus enseñanzas, y aprovechando la rica biblioteca de aquél, cuando pasó á nuestra propiedad, realizó al fin el deseado proyecto de escribir la verdadera historia antigua de Méjico. Fruto de estudios *de toda la vida* y de más de quince años de incesantes trabajos, su obra ES UN VERDADERO MONUMENTO. No hubo crónica que no estudiase el señor Orozco ni manuscrito que no conociese, ni jeroglífico ni monumento que no interpretase. Escritor de conciencia ante todo, tenía temor á las innovaciones y apoyaba todos sus dichos en el monumento, pintura ó escritor citados. Así, su obra vino á ser, como ha dicho el Sr. Icazbalceta, la crónica de las crónicas. Nada se sabe que en ella no exista, y todo tiene allí su verdadero carácter nacional, despojado de preocupaciones y de prevenciones de sistema.»

En 1879, años antes de que el Sr. Chavero se expresara con tan merecido encomio del Sr. Orozco y Berra, había yo vertido, viviendo éste, conceptos muy semejantes en un folleto escrito y publicado con el fin de que no resultasen estériles las gestiones encaminadas á obtener del Gobierno que costeara la publicación de la *Historia antigua y de la Conquista de Méjico*. Voy á reproducir algunos de los pasajes de ese folleto, á riesgo de que se me censure porque me repito—feo pecado en un escritor.—Pero tal reproducción es pertinente ahora, porque ella mejor que nuevas lucubraciones, demostrará que no de hoy ni por contraponerlo al Sr. García, venero el nombre del modesto historiador, y que no de hoy aplaudo á los que, como él, saben hacer entera justicia y saben rendir culto á la verdad.

«Es Orozco y Berra—decía yo, pues, en 1879—por los vastos y profundos conocimientos que de la historia patria posee, lo que puede llamarse con toda propiedad un mejicanista insigne. La mayor parte de sus años la ha empleado en el estudio de lo que á la historia de Méjico atañe, y sin temor de equivocarnos, diremos que ninguno como él ha llegado á adquirir tan gran suma de erudición en la materia.

»No hay historia, crónica, relación ni manuscrito que él no hubiese leído y vuelto á leer muchas veces con inaudito interés, ni antiguo jeroglífico en cuya descifración no hubiese puesto vivísimo empeño. Dotado de claro talento, de juicio recto y reposado y de gran memoria, sus investigaciones son siempre útiles. No aventura hipótesis sin fundamento ni se deja arrebatar, como sucedía con frecuencia al célebre americanista Brasseur de Bourboug, por el entusiasmo que conduce muchas veces á traspasar los límites de lo probable y á entrar al mundo de las ilusiones, que la ciencia se encarga después de desvanecer. Cuando Orozco y Berra afirma alguna idea, puede asegurarse que ella descansa en algún documento digno de crédito y que se había escapado á los más diligentes.»

A seguida enumeré todas y cada una de sus obras, sus eruditísimas disertaciones, y consigné cuantos datos han servido después de su muerte para enaltecer su personalidad, para conocer su inmensa labor, tan estimada por los sabios de ambos mundos como hoy menospreciada por el Sr. García, y, por último, resumí en los siguientes párrafos el juicio que ya había formado de la última de sus obras, inédita todavía, pero de la cual había yo leído los manuscritos, merced á la inagotable bondad con que el sabio autor se dignaba honrarme:

«Tocan á su término estas noticias biográficas, que habrá de ampliar más tarde persona más competente que nosotros; pero antes creemos útil y aun indispensable hablar de la obra última de Orozco y Berra, obra que es un verdadero monumento literario que perpetuará la fama de su autor.

»Intitúlase *Historia antigua de Méjico*, y está dividida en cuatro partes: primera, Civilización; segunda, El hombre primitivo; tercera, Historia antigua, y cuarta, Conquista.

»Fruto es esta obra de largos años de investigaciones y profundo estudio; concéntranse en ella, por decirlo así, el tesoro de ciencia acumulada por su autor en los mejores días de su vida. ¿Por qué, se nos dirá acaso, por qué existiendo al presente numerosos libros en que se pueden estudiar las materias que abraza la última producción de Orozco y Berra, éste no acometió otra empresa cuya originalidad fuese el primer aliciente para desear conocerla? ¿Vino á revelar sucesos no comprendidos en los escritos de sus antecesores? ¿Pretendió hacer la luz en el caos de la historia mejicana, porque se sentía superior á los que le precedieron? No: el sabio mejicanista, lo hemos dicho ya, es más que modesto, humilde, y aunque pudo gloriarse de haber dado cima á una tarea de aquellas que sólo acometen los hombres superiores, carece de toda pretensión. En el plan de su *Historia antigua* consiste lo original del trabajo; en el feliz desenvolvimiento de ese plan estriba su mérito sobresaliente.

»Hasta hoy, cuanto se ha escrito sobre los orígenes de la sociedad en que vivimos, adolece del gravísimo defecto de considerar los hechos desde un solo punto de vista. Unos á otros han venido los autores copiándose, permítasenos decirlo de este modo, y de aquí ha resultado que, aunque no escasean los libros que de nuestra historia antigua tratan, encamínanse con mayor ó menor sinceridad á un solo punto, á pregonar la grandeza de los conquistadores, su heroico brío y las ventajas de la nueva civilización por ellos implantada, atenuando, si es que los confiesan, los crímenes aquí perpetrados por los guerreros españoles, apoyándose en autoridades á ellos propicias, y no haciendo sino rarísima vez mención de los escritores indígenas, cuyo testimonio, á pesar de su validez, no se ha querido tomar en cuenta. Fácil es comprender que de semejante criterio no podía desprenderse en toda su desnudez

la verdad histórica, cuyo esclarecimiento parece que debía haber sido el solo norte de esos autores.

»Reconociendo ese error, Orozco y Berra se trazó una nueva vía, conforme á los principios de la ciencia moderna, y escritor concienzudo, llamó en su apoyo lo mismo al ibero que al azteca, buscando la verdad en los escritos de éste, confirmada por ciertas preciosas confesiones de aquél.

»El colorido de los cuadros que Orozco y Berra ha trazado no puede ser más verdadero. Ha restaurado otros á su primitiva y pura luz, y lo ha hecho con tal acierto, que bien puede decirse, por avanzada que parezca esta opinión, que ha pronunciado la última palabra acerca de la antigua historia de Méjico, reuniendo en un solo cuerpo de obra cuanto se encuentra esparcido en gran número de volúmenes que sólo poseen ciertos y muy contados bibliófilos eruditos, y cuanto se ha descubierto en estos últimos años en manuscritos de cuya existencia no tuvieron noticias sus predecesores.

»Brillantísima, y sobre todo completa, es la parte que de la civilización azteca trata. Allí se tiene cabal idea de la grandeza moral de aquel pueblo cuyos conocimientos científicos eran superiores, y con mucho, á cuanto podía esperarse de él, atendida su total incomunicación con el antiguo mundo. Allí está fielmente trazado el cuadro de sus adelantos artísticos, y, en una palabra, allí se encuentra todo lo que puede ambicionarse saber para juzgar con exactitud de la verdadera grandeza del imperio destruído por las armas castellanas.

»Para dar una idea de la segunda parte, en que trata del hombre prehistórico, habríamos menester algunas páginas. La ciencia moderna ha hecho de la paleontología un auxiliar poderoso de la historia, y por lo mismo, su aplicación á la nuestra era, puede decirse, la base de que tenían que partir los estudios de Orozco y Berra. Así lo hizo, con notable supremacía respecto á los que antes se han dedicado á escribir sobre nuestras cosas, y de luminoso califican los entendidos en la materia el trabajo realizado por él.

»Lo que en otro lugar dejamos dicho sobre la dedicación de Orozco y Berra desde su juventud al estudio de cuantas obras se han escrito sobre la historia antigua de Méjico, nos ahorra aquí de entrar á hacer nuevas consideraciones con relación á la tercera parte del libro.

»La última demandaba el más recto criterio filosófico. La conquista ha tenido muchos historiadores, y para no caer en los mismos errores de que adolecen las obras de aquéllos, era necesario proceder conforme á distinto plan. El de Orozco y Berra ha consistido en depurar la verdad á costa de laboriosísimas investigaciones, y si pudiera decirse que alguna parte de su «Historia» es superior á las demás, acaso concederíamos la preeminencia á la última. Tan acabada es así; tanta luz derrama; tan evidente demostración alcanzan en ella los puntos más controvertidos; tan imparcial y justiciero se descubre á Orozco y Berra en aquellas páginas.»

Así juzgaba yo, hace veintidós años, la labor histórica de Orozco y Berra. Pues bien; lejos de que las flamantes disquisiciones posteriores á las suyas, hayan venido á modificar ese concepto, á desvirtuar los elogios que entonces le consagré, ni á pagar mis aplausos, creo, hoy mismo, que ese concepto es equitativo, que no son inmerecidos esos elogios, que es debido hacer resonar una vez más y siempre esos aplausos. Porque la *crónica de las crónicas,* que dijera Icazbalceta, es y perdurará siendo el acervo y la fuente inexhausta en que historiadores y filósofos sociólogos saciarán el hambre y la sed de conocimientos que los devore, puesto que Orozco y Berra es á manera de sapientísimo geólogo que ha explorado las cumbres y los abismos, los valles deleitosos y las obscuras entrañas de nuestra historia, para señalar á los que pretendan explotar áureos tesoros en donde están los filones del codiciado metal y en donde sólo se encuentra el de baja ley.

Todo lo analizó científicamente; y con el catálogo por él formado, con esa especie de inventario de nuestras riquezas históricas, es decir, con las citaciones bibliográficas, con los

nombres de los autores por él estudiados, el gran mejicanista trazó un sendero libre de asperezas y obstáculos á los que más tarde habían de ir en busca de documentos y autoridades.

Tanto es así, que si se exceptúan unas cuantas publicaciones hechas posteriormente á los años en que Orozco y Berra desempeñó su pacientísima labor, no hay escritor primitivo ni autor contemporáneo de los que figuran en la *Tabla bibliográfica* del Sr. García que no hubiese pasado antes por el crisol del criterio de Orozco y Berra, á quien creo por eso digno de ser llamado el más diligente y el más sagaz de los exploradores, y al propio tiempo el más cauto, el más escrupuloso en sus análisis.

No es, por lo mismo, sólo censurable injusticia ó ligereza, sino negra ingratitud, escatimar á un sabio tan ilustre la gloria que por legítimo derecho le corresponde, y colocar su nombre debajo del de otros que por eminentes que hayan sido y por mucho que ilustraran nuestros anales, no hicieron tanto como él, ó porque les faltó tiempo ó porque vivieron envueltos en el torbellino de los negocios públicos y en puestos encumbrados á que nunca llegó el modesto Orozco y Berra, que se encontraba más á sus anchas en el humilde hogar, rodeado de viejas crónicas, de empolvados manuscritos, de intrincados jeroglíficos y de ídolos de piedra y de cacharros de la alfarería pre-colombina, mejor que en las poltronas de un ministerio de Estado ó en la presencia de Presidentes y Emperadores. Merced á esta fidelidad dantesca de Orozco y Berra á la Beatriz de la historia, ¡cuántos desvelos y cuántas penosas fatigas se han ahorrado los que gustan de los estudios del género por él cultivado! Lo mismo el que acomete empresa de largo aliento como la del Sr. García, que el rebuscador de noticias simplemente curiosas sobre nuestros monumentos públicos, todos deben reconocer en conciencia que contaron, por las obras que Orozco y Berra nos legó, con la *materia prima* que necesitaban, ó, por mejor, con la decir te la en que ellos habían de

bordar sus pensamientos. Tenían ya andada la mitad y la más difícil parte del camino.

Pero acaso me objete el Sr. García que no están á discusión ni la personalidad ni las obras del Sr. Orozco y Berra, que divago, que son declamatorias y no documentadas afirmaciones las mías y que no le demuestro con ellas que otro antes que él rindió tributo á la verdad y á la justicia al mismo tiempo que á la memoria ultrajada de los indígenas de América. Procuraré desvanecer esa objeción recorriendo las setecientas páginas del tomo IV y último de la *Historia antigua y de la Conquista de Méjico* de Orozco y Berra, sin aludir á los tomos anteriores, porque no tratan de la Conquista; pero haciendo sí observar, de paso, que en esos tres volúmenes está trazado con los más brillantes colores el cuadro de la civilización azteca, sin omitir un solo toque, una sola pincelada de aquellas que reproducen la luz en todo su esplendor para iluminar feéricamente el cuadro de las pasadas grandezas de una raza vencida por las leyes fatales de forzada evolución, más que por el brío de los conquistadores y la superioridad de sus armas.

En las primeras páginas del citado tomo IV, comienza Orozco á contradecir á los incondicionales panegiristas de Cortés y á conceder fe á los juicios del P. Las Casas. «Tal es—dice en la página 14, refiriéndose á las diferencias entre Velázquez y Cortés—la versión de Gomara, no sólo admitida, sino abultada con gran exceso por el autor anónimo *De rebus gestis*. Oigamos ahora á un testigo presencial de los hechos, al VERÍDICO Casas», y después de copiar *in extenso* lo que éste afirma, agrega el imparcial comentador: «En nuestra opinión particular, satisface más á la razón, va en mejor acuerdo con los sucesos posteriores, la opinión de Casas que la de Gomara.»

Continúa narrando los sucesos, animado del mismo espíritu, y cuando (pág. 23) llega á ocuparse en el paso de los conquistadores por Yucatán, se expresa así: «Como se advierte, Yucatán fue la primera parte de nuestro territorio invadido

por los españoles; los mayas, si conservaban el recuerdo de las profecías de Kukulcán, sabían ya á qué atenerse respecto á los castellanos; así, cuando aparecieron en la Península los hombres blancos y barbudos, *en lugar de recibirlos como á dioses los combatieron como á hombres, etc.*» ¿No quiere decir esto que el Sr. Orozco y Berra sabía dar á cada uno lo que es suyo, colocando á los mayas por cima de los supersticiosos mejicanos?

No es Orozco y Berra panegirista de Cortés, como Solís y Prescott que tanto irritan al Sr. García.

Véase cómo lo retrata (pág. 82): «En lo moral le hemos visto pasar por varias transformaciones, como en todos los hombres acontece á medida que cambian de posición social ó de fortuna. Según se muestra en el período que vamos examinando, era de constitución nerviosa y sanguínea, lo cual explica su constante y viva inclinación por las mujeres y su carácter turbulento; *codicioso en demasía, lleno de ambición y poco escrupuloso en los medios para medrar, falaz, cruel en muchos casos.* Estos graves defectos estaban contrapesados con grandes cualidades. Voluntad firme é inflexible, valor á toda prueba, recordando en sus empresas á los antiguos paladines de la Mesa redonda; ingenio pronto y fácil en expedientes; profunda sagacidad para entender lo que delante se le presentaba y sacar partido de las menores circunstancias; sereno en los reveses, tranquilo en la desgracia; poseía el arte de seducir y de mandar: ninguno como él tenía dotes para ser capitán de aquel ejército compuesto de algunos hidalgos de reconocidas prendas, *más de una multitud de gente muy animosa, es verdad*, pero ignorante, codiciosa, acostumbrada en las islas á la expoliación, indisciplinada y licenciosa.»

Y no se detuvo ahí, sino que desentrañando lo cierto, como verdadero historiador filósofo, explica las causas ú origen así de los vicios como de las virtudes de los conquistadores. «El soldado tuvo que afectar—habla Orozco y Berra, en la página 84—el porte del misionero; mezcla que resultó extravagan-

te, siendo imposible hermanar la rapiña y la matanza con las santas doctrinas del Evangelio. Predicar un Dios santo con la palabra y dar el ejemplo de malas pasiones. Incendiar y destruir el teocalli; derrocar y quebrar los ídolos; pero guardar cuidadosamente el oro consagrado al culto odioso. Era horror, estaba prohibido por leyes divinas y humanas el acceso á la mujer infiel; desaparecía el crimen haciéndola bautizar sin convertirla, y el escrúpulo de conciencia se borraba ante la profanación del Sacramento.»

«Para honra de la humanidad y alivio de los indios (página 93), no todos pensaban de igual modo; sobre el trono había existido la excelente Reina Doña Isabel, cuyo bondadoso influjo se prolongó aun después de su muerte; las doctrinas humanitarias tenían un acérrimo defensor en el docto y vehemente Fray Bartolomé de Las Casas, no faltando religiosos que siguieran animosos la defensa de los calumniados.»

Las ideas dominantes en aquella época en punto á religión y á la licitud de los actos cometidos para combatir y sujetar á los idólatras á dura esclavitud, son aducidos por Orozco y Berra, quien no calla los excesos que de allí brotaron, y que le hacen decir con la serena majestad del filósofo: «De esto que corresponde (pág. 94) á la parte brutal de los hombres, nacieron también muchos crímenes; pero de ellos es responsable la guerra: la guerra, ese derecho injusto que las naciones fuertes *de todas las edades* se han reservado para aplicarla según su antojo á naciones débiles; la guerra, aberración de la humanidad, que los mismos males derrama por causa santa y buena, que por aborrecible é inmotivada. Sobraba con esto para hacer cruel y expoliatoria la conquista; que todas las conquistas son crueles y expoliatorias. Deben aún ponerse á cuenta las malas pasiones individuales que tanto recrecen los padecimientos de los vencidos; de ellos son exclusivamente reos los hombres perversos de dañado corazón, que las ejecutan por instintos bárbaros, saliendo de los lindes marcados por la conciencia y el deber.» Y termina el capítulo IV con estas inspi-

radas líneas: «De las dos civilizaciones que se ponían en presencia, la menos adelantada debía sucumbir: es la ley providencial. Por una circunstancia excepcional, el principio religioso que los aztecas profesaban los empujaba á los pies del invasor. La creencia de Quetzalcoatl, venida por Oriente, salía al encuentro de los blancos de Oriente, entregando ya sometidos á los sectarios de la antigua fe. Ningún remedio había. Las naciones de Anáhuac debieron entonar las lamentaciones de su canto fúnebre, resignados á sufrir la sentencia de Breno; ¡Ay del vencido!»

Escribo una disertación, y debo ceñirme á lo substancial y pertinente nada más, porque de no proceder así, me extendería mucho y multiplicaría, hasta parecer cansado, citaciones que no caben sino en una obra extensa. No trato de oponer á un libro otro libro, y bastarán, por lo tanto, los pasajes arriba citados para dar idea del concepto de Orozco y Berra sobre el carácter de la conquista española en América.

Veamos ahora cómo por muy distintos senderos de los que nos marca el Sr. García, nos conduce Orozco y Berra al conocimiento de la manera con que fue llevada á cabo la empresa de Cortés.

Que Orozco y Berra no siguió las huellas de los historiadores que le habían precedido y con los cuales se le quiere hoy confundir sin el menor asomo de justificación, sino que estimó y respetó la opinión de los autores indígenas, quedará comprobado por el siguiente pasaje que tomo de las páginas 125 y 126 del volumen IV de su «Historia».

«Los escritores de la conquista de Méjico—dice—han olvidado por completo ó parado muy poco las mientes en las relaciones de los naturales, dando absoluta preferencia á los hechos y dichos de los blancos; contentáronse con ellos para tejer su narración, dejando relegadas al olvido, cual cosas despreciables, las tradiciones conservadas por los indios. Estos, en su propia y antigua escritura, mantuvieron los recuerdos de la destrucción del Imperio; después de que aprendieron á

escribir con el abecedario fonético, redactaron en su habla copiosas relaciones, no escasas de mérito algunas, supuesto que de las que tenía en su poder Torquemada, dice: «y tengo tanta envidia al lenguaje y estilo con que están escritas, que me holgaré saberlas traducir en castellano con la elegancia y gracia que en su lengua mejicana se dicen: y por ser historia pura y verdadera, la sigo en todo; y si á los que la leyeren parecieren novedades, digo que no lo son, sino la pura verdad sucedida; pero que no se ha escrito hasta ahora, porque los pocos que han escrito los sucesos de las Indias no los supieron, ni hubo quien se los dijese.» «Recogieron la tradición méjica —prosigue Orozco y Berra—el P. Sahagún, de quien tomó el P. Torquemada, y andando el tiempo, Ixlilxochitl y Tezozomoc; quedaron, además, pinturas y relaciones disfrutadas por aquellos escritores, algunas de las cuales han podido llegar hasta nosotros. Las auténticas merecen tanta fe, son de tan indisputable autoridad, como los escritores europeos: si presentan diferencias y contradicciones, esas diferencias y contradicciones son del género de las observadas en las historias impresas de origen español.»

Depurando, pues, la verdad con escrupulosa conciencia, va narrando los hechos de los conquistadores, flagelándolos si cometen excesos y felonías, execrando lo que es digno de execración, admirando lo que admiración amerita, y nótelo bien el Sr. García, citando de continuo al P. Las Casas, *de santa memoria*, como dice en la pág. 253, *y heroico y filantrópico defensor de los indios*. Cuando refiere la primera caída de Tenoxtitlán en poder de los españoles, no atribuye á éstos la gloria del vencimiento, enumera las causas del suceso, y termina así: «No puede caber la menor duda, atestiguándolo los mismos conquistadores: el sentimiento religioso, la creencia en las predicciones de Quetzalcoalt, la más estúpida de las supersticiones, arrojó al imbécil monarca (Moctezuma) á los pies del invasor, y pusieron al Imperio, sin combatir, bajo el yugo castellano» (pág. 275).

Ninguno de los hechos punibles que el Sr. García se goza en rememorar con el fin preconcebido de que se perpetúe por los siglos de los siglos el odio á la conquista española, pasó inadvertido por Orozco y Berra, ni lo encubrió, ni mucho menos lo defendió. De la matanza de Cholollan (Cholula hoy), dice después de estudiar todos sus antecedentes, que fue *inhumanidad* y *no valentía* (pág. 253); y de la hecatombe del templo mayor de Tenochtitlán, se expresa así en la página 417: «La bárbara matanza del templo mayor debe cargarse á la cuenta personal de Pedro de Alvarado, *del capitán más rapaz y desapiadado que vino á la conquista.* Bajo cualquier aspecto que se mire aquella acción, *fue un horrible atentado.* Si se supone por móvil la codicia, *es un acto de escandaloso bandolerismo.* Admitiendo el deseo de aterrar á los indios para prevenir una insurrección, *es un asesinato premeditado, alevoso y con ventaja.* Ante esta matanza queda pálida la de Cholollan. Fue un desafuero que puso el colmo al sufrimiento de los pacientes indios; *inmotivado, injusto, impolítico, calculado y dirigido por un instinto sanguinario;* dió principio á esa larga serie de calamidades inútiles que tan crudamente cargaron sobre vencedores y vencidos.»

Antes, al referir la prisión de Moctezuma, dejó consignados estos conceptos en la pág. 316: «Motecutzoma había dejado de ser rey; salía de su palacio para no tornar. El orgulloso, el déspota, el semidiós, se había transformado en cautivo de los barbudos teules. De la encumbrada altura que ocupaba, había descendido á arrastrarse por el cieno, de cobarde apego á una vida que ya tenía perdida al entregarse á los blancos. Ningún rey, de los victoriosos de Méjico, se habría dejado aprisionar impunemente en su palacio, y en idénticas circunstancias preferiría salir despedazado á dejarse llevar por sus enemigos. Motecutzoma *es una figura innoble.* Repetidas veces, por medio de los embajadores, prometióles Cortés pagarle sus favores «con buenas obras», y con creces le cumplió su palabra. Si como hombre y caballero hubiera faltado en sus

tratos con un europeo, *D. Hernando se hubiera avergonzado de sí propio;* pero se trataba de un idólatra, de un bárbaro, de un indio, y tanta *superchería* la aceptaba como agudezas del ingenio. *La prisión de Motecutzoma, como rasgo de audacia, asombra; como hecho pérfido, irrita.*»

Cuando Orozco y Berra da cuenta de la muerte del monarca destronado, termina diciendo: «Al ver su trágico y lastimero fin, el corazón se siente conmovido, sin que la compasión deje lugar á la ira que despierta su fatal conducta. Le flagela el azote de la historia: la tierra le sea leve.»

Las frases deprimentes, despectivas, que á Orozco y Berra arranca la conducta del que debió ser el más ardido paladín de su patria y de su raza, y en vez de esto fue el que hizo fácil la destrucción de una y otra, lejos de significar que nuestro historiador ha honrado y enaltecido á los conquistadores con mengua y desdoro de los indios, revela bien á las claras que se sublevaba cuanto en él había de patriota, al recordar al apocado Motecutzoma que fue indigno de ceñir la imperial diadema, toda vez que no supo conducir á su pueblo á la victoria.

Tanto es así, que en los capítulos destinados á los reinados de los emperadores héroes Cuitlahuac y Cuauhtemoc, elévase á las sublimes regiones de les inspirados, y, sin dejar de ser verídico y severo como Tácito, nos parece que resuena en sus páginas las inmortales estrofas de Homero y que las trae á nuestro oído en alas de su poderoso aliento moderno cantor á quien cupo la gloriosa herencia del caracol sagrado con que Cuauhtemoc convocaba á los que debían morir por su patria y por sus dioses.

No son estas frases vana palabrería enderezada á hacer la apología de Orozco y Berra. Citemos algunos pasajes suyos para demostrarlo.

He aquí cómo condensa la obra de Cuitlahuac (págs. 493 y 494): «Con desprecio de armas poderosas que causaban inmenso estrago, combatió, y combatió en primera fila hasta

arrojarlos (á los españoles) de Tenoxtitlán, desbaratándolos en los puentes; cautivó á los castellanos retraídos en el cuartel y lanzó la multitud de los escuadrones á los campos de Otompan, en donde, más por la fortuna que por la armas, fue vencido. Buscó sin fruto la alianza de sus enemigos y procuró estrechar los vínculos entre los elementos del imperio, cosa imposible ya desde los pusilánimes desaciertos de Motecutzoma. Peleó sin descanso, poniendo en movimiento las guarniciones, oponiéndolas por todas partes al paso de los invasores; casi siempre era derrotado, y sin embargo volvía á la carga: estas derrotas eran necesarias, pues el invasor no estaba solo, teniendo á su lado la muchedumbre de los traidores á la patria. *La fama no ha sabido tejer un cumplido elogio de este monarca azteca;* proviene el olvido de haber pertenecido á los vencidos y de haberse atraído el odio de los vencedores. Un lisonjero (Solís) se atrevió á estampar estas palabras: «Vivió pocos días, pero bastantes para que su tibieza y falta de aplicación dejase poco menos que borrada entre los suyos la memoria de su nombre.» *No dictaron estas frases la justicia ni la buena fe; si los blancos le despreciaron como á bárbaro, su memoria durará mientras exista el recuerdo de la Noche Triste.»*

Llegamos ahora al reinado del *águila que desciende,* del nunca bien loado Cuauhtemoc, que subió al trono en los días de mayor angustia para su patria.

Desmoronábase el imperio por la traición de sus hijos y la espada del conquistador (dice Orozco y Berra, pág. 496); subir entonces á rey, no era para gozar las lisonjas de palacio, sino para arrostrar los peligros del campamento; bajo el manto real se cobijaba la destrucción y la muerte. El joven patricio, amador del combate, aborrecedor de los conquistadores, sabía su destino al aceptar el mando. Fue el primero que se rebeló contra el embrutecido Moctezuma; el primero que alzó la voz y la mano para escarnecer y herir al mal ciudadano; identificó su suerte con la de la patria, resuelto á pelear hasta el último trance. La peste diezmaba la ciudad, arrancándole

sus mejores ornamentos; no importaba, los vivos sabrían seguir el ejemplo de los muertos.»

El gran historiador nos transporta á aquellos luctuosos días, y en más de cien páginas de admirable colorido nos hace ver, evocando recuerdos dolorosos, cómo el joven emperador prepara con esfuerzos sobrehumanos la defensa de la capital; nos hace conocer los prodigios de energía, de actividad, de sublime heroísmo, desplegados por el guerrero azteca, que por sus proezas, por sus personales prendas y por su muerte lastimosa, no tienen rival en las páginas de la historia mejicana. Le vemos defender palmo á palmo la ciudad; concentrarse en Tlaltelolco cuando se pierde la parte meridional, y hacer frente allí, por largo tiempo, á los rigores del hambre, á la peste, al número de sus enemigos y á la superioridad de la táctica europea, rechazando cuantas proposiciones de paz se le hicieron.

«La defensa de la ciudad por los tenohca—dice Orozco y Berra—es un hecho asombroso digno de ponerse en parangón con la de Jerusalén, con la de Sagunto y de Numancia, con la de Zaragoza. Los guerreros, casi desnudos, con armas débiles, entregados á sus propias fuerzas, combatían contra hombres cubiertos de hierro, prevenidos del acero y del fuego, apoyados por un sinnúmero de aliados. Casi siempre derrotados, volvían á la pelea sin faltarles nunca el ánimo, aunque convencidos de que les esperaba una muerte segura que preferían á perder la libertad. Acabados los mantenimientos, comieron las sabandijas del agua, los insectos del suelo, las hierbas, las hojas y las cortezas de los árboles, escarbaron la tierra para sacar las raíces. Los insepultos cadáveres tomaban los fosos, obstruían las calles, llenaban las casas; la corrupción envenenó el aire y la peste pavorosa sobrevino. Arrasados los edificios hasta los cimientos, luchaban sobre los escombros, refugiándose después á lo que en pie quedaba: vendidos por sus amigos, abandonados por sus aliados, puestos sus traidores súbditos en abierta insurrección, hicieron frente á todos, y además

á los hombres blancos y barbudos, á los dioses á quien el antiguo profeta daba el dominio de la tierra. Combatieron, y combatieron sin tregua ni descanso; nadie habló de rendirse, no obstante haber sido solicitados frecuentemente con la paz: cayó la ciudad en poder del enemigo cuando no era más que ruinas: cuando los hombres estaban muy mermados y hambrientos, débiles, cansados y ni tenían armas, y quedábales sólo el macuahuitl, que con dificultad podían blandir, cuando el contagio hacía inútil todo esfuerzo, cuando estaban desamparados hasta de sus mentidos y cobardes dioses, pródigos en prometimientos, avaros á la hora de cumplirlos. Admira la defensa, asombra aquella tribu indómita, INSPIRA RESPETO Y ENTUSIASMO LA NOBLE FIGURA DEL REY CUAUHTEMOC (pág. 642).

Así es como Orozco y Berra se hizo merecedor al desdén de D. Jenaro García, que le incluye en el número de los historiadores que, según él, «han seguido haciendo de la Con»quista, quizá inconscientemente, un cuadro engañoso en que »las figuras de los aventureros españoles, aunque un tanto re»bajadas, aparecen colosales todavía, tan altas, *que es preciso »alzar los ojos (para verlas)*, mientras que las de nuestros in»dígenas, cuando no se manifiestan aniquiladas por la cólera »del cielo, vénse tan pequeñas y mezquinas, que casi pasan in»advertidas.»

¿Pequeñas y mezquinas las figuras de Cuitlahuac y Cuauhtemoc en el cuadro de Orozco y Berra? ¿Inadvertidas? ¡Ah! no, y mil veces no; ya lo hemos demostrado.

La verdad en este caso, así lo pensamos y sentimos, es que no se han recogido por el Sr. García las opiniones del Sr. Orozzo y Berra, porque, de hacerlo, quedaba destruída la afirmación de que ningún historiador había, antes que él, sabido rendir tributo á la verdad y á la justicia, ni reparar los ultrajes hechos á los indígenas de América. Reconocerlo, era lo mismo que confesar que la novísima historia no viene á llenar un vacío, y dar lugar á que se sospechara que á otros móviles obedece la pacientísima labor. Porque, entre nosotros los me-

jicanos, al menos, ninguno se atrevería á dudar que la modestia es una de las cualidades que más avaloran la personalidad del Sr. García, y de inmodestia se le acusaría si alguien dijera que escribió su obra porque se creía llamado á mejorar la de su ilustre predecesor.

Presa de una obsesión que corre parejas con la que ciega á los que predican la llamada CRUZADA DE DESESPAÑOLIZACIÓN en las Repúblicas latinoamericanas, para acelerar el advenimiento de una era de asombroso progreso, debido á la raza anglo sajona, de cuya supremacía, para ellos incuestionable, hay que esperar todo bien; el Sr. García, otras veces sereno, imparcial, aprovechado discípulo de los apóstoles de la filosofía positiva, presa hoy, decimos, de esa obsesión, no logró franquear el hondo abismo que por simple diversidad de criterio existe entre Orozco y Berra y él, llegando á tal punto que, cosa bien ajena á sus rectos procederes, mutiló un pensamiento de su contrario para empequeñecerlo. Porque esa frase que echan en rostro á Orozco y Berra, tanto el Sr. García como su entusiasta panegirista el Sr. González Obregón, de que para contemplar la figura de Cortés *necesitaba alzar los ojos,* aislada como la presentan, parece, en efecto, inspirada por la admiración más aduladora; pero reconstruído el período en que fue colocada, copiado íntegramente ese período, nadie, á no ser un hispanófobo, dejará de conocer la verdad. Oigamos á Orozco y Berra (pág. 644):

«Vencidos y vencedores fueron grandes. La admiración, empero, no debe ofuscar la verdad. La Conquista de Méjico no es obra exclusiva de las armas españolas; débese en su mayor parte á las naciones indígenas. Sin éstas, los castellanos hubieran sucumbido, cual sucumbieron en la Noche Triste, cuando eran más pujantes: más tiempo, mayores elementos habrían sido indispensables. D. Hernando supo aprovecharse de las pasiones dominantes, darles dirección, emplearlas para su provecho; se sometió á los indios con los indios: al retirarse los victoriosos aliados de la arrasada Méjico, no se imagi-

naban que bajo los escombros dejaban sepultados su libertad, el nombre de su raza y la autonomía de su pueblo. *Figura colosal es la de D. Hernando que la parcialidad ha adulado, abultando sus virtudes y callando sus defectos: hombre era compuesto de bien y de mal. Poseía relevantes cualidades y muy graves defectos; publicándolo todo, la figura un tanto se rebaja; sin embargo, queda siempre la alta, que es preciso alzar los ojos para verle al rostro.*»

Este paraje de Orózco y Berra trae á mi memoria otro, de Alfonso de Lamartine, que ojalá hubiera á su vez recordado el Sr. García, al emprender la redacción de su obra, porque entonces no habría desbordado su inquina hasta cubrir con sus sedimentos á la diosa intangible de la Verdad y de la Justicia: á la Historia.

«El personaje cuya biografía nos proponemos referir es inglés—dice Lamartine al comenzar la de Nelson,—y alcanzó los triunfos más memorables de la época moderna, sobre las armas de la Francia y de sus aliados; pero no influirá esa circunstancia en nuestro ánimo para dejar de hacer estricta justicia en todo, á su heroísmo y á sus hechos tan grandes como famosos: que si el historiador tiene patriotismo, no así la historia, pues precisamente por serlo, debe ser equitativa en la retribución de mérito y gloria que los hombres célebres de todos los pueblos han logrado conquistar al través de los siglos. Y como no adopta causa, ni alcurnia, ni patria, sino heroísmo, ingenio y virtud; como se escribe para el mayor bien é ilustración de la humanidad entera, y estima por grandeza de la civilización cuanto es parte á elevar la especie humana donde quiera que sea, las rivalidades entre razas y pueblos desaparecen y se borran á su vista, desde la inconmensurable altura donde coloca su asiento y contempla los sucesos y los personajes.»

Antes de proseguir la análisis crítica de la obra del señor García, considerándola desde varios otros puntos de vista, debo refutar en este sitio la acusación gratuita que envuelve

la parte final del artículo dedicado por el Sr. González Obregón á encomiar la misma obra. Dice así:

«Estoy seguro, y el autor debe estarlo también, que su obra irritará pasiones conservadoras é irreflexivas. Que la turba común de lectores que han estudiado, si es que han estudiado, la historia de la América española en panegíricos como la obra de Solís, ó en poemas de prosa épica, como la de Prescott, pondrán el grito en el cielo, y que saldrán á relucir las enmohecidas armaduras y las embotadas lanzas con que siempre se ha defendido á la Conquista: la heroicidad de unos cuantos castellanos, la evangelización de los indios, la raza, la lengua, el común origen...»

No importa, la verdad ha quedado ya consignada, y por ello merece sincero aplauso el autor del *Carácter de la Conquista española en América y en Méjico*.

Por lo que á mí atañe, puedo afirmar al Sr. González Obregón, y quien lea estas observaciones mías podrá sentenciar con pleno conocimiento de causa, que ni pongo el grito en el cielo ni saco á relucir armas enmohecidas para defender la Conquista, pues no tengo pasiones conservadoras é irreflexivas, ni encontraría yo cuerdo desempeñar el papel de un abogado que desglosara de las *Causas célebres* un antiquísimo proceso fallado á su tiempo, y se empleara en formular una abrumadora sentencia ó una defensa por todo extremo hábil, pero estériles, inútiles en el actual momento. No; he creído que el libro del Sr. García debía ser rectificado por lo mismo que no es uno de tantos sin valor ni trascendencia, y he ensayado rectificar sus afirmaciones y decir que su manera de escribir historia no se ajusta al concepto filosófico que de ese arte tienen los que son maestros aceptados universalmente.

Rechazada esa imputación, reanudo la tarea. A juicio del Sr. García, el móvil primordial de la Conquista fué el de exterminar indígenas, por cuanto que eran idólatras, y por esa sola circunstancia no sólo quedaban justificados los más negros crímenes que en América se cometieron, sino que se con-

sumaba una empresa meritísima. Se necesita para afirmar eso tan rotundamente suponer destituídos á los lectores que habrá de tener el libro de los más elementales conocimientos históricos, ignaros en la acepción más lata del vocablo; porque á la altura en que se encuentra hoy la enseñanza de la historia, no es ya un misterio para nadie, que si bien entró por mucho en la Conquista la idea religiosa dominante á la sazón en España, no fue sino la codicia la eficaz instigadora de los aventureros que se lanzaron á arrostrar los mayores peligros por hallar en el Nuevo Mundo la fortuna que en su tierra nativa no les fue asequible. Cortés y sus compañeros no fueron reclutados y expensados por su soberano para que viniesen á extirpar la idolatría y exterminar á los indígenas idólatras; la Conquista no fue una causa nacional para los españoles, por más que compatriotas suyos fuesen los que habían abandonado sus hogares, desde que la noticia del descubrimiento de América por Colón despertó, ó mejor dicho, enardeció su genial codicia. Cortés no soñó jamás en reproducir las hazañas de Godofredo de Boullón, ni equiparar su empresa á la conquista de Granada. Entre sus numerosos ardides, la predicación del Evangelio fue uno de ellos. El verdadero apostolado no comenzó sino cuando vinieron, tres años después de vencidos los naturales, aquellos varones eminentísimos cuyos nombres pronuncian con veneración aún los jacobinos más empedernidos. Es más todavía: Colón mismo, á quien fanáticos admiradores han pretendido colocar en los altares, no embarcó en sus famosas carabelas, al lanzarse á mares desconocidos, un sólo capellán de tropa!

Es preciso no ver en los conquistadores sino agentes, instrumentos de que se valió el destino ó la Providencia para realizar una de las más grandes revoluciones de la historia; como es preciso no ver en la cruenta guerra que fue su obra, sino el inevitable y pavoroso choque entre dos civilizaciones. Podremos dolernos, pero no maravillarnos, de lo que ocurrió en ese duelo á muerte entre aztecas y españoles. ¿Cuáles fueron

sus consecuencias? No es tiempo aún de señalarlas, porque todavía no llegamos á examinar el libro tercero y último de la obra del Sr. García; el que destinó á la exposición su criterio sobre los resultados de la Conquista.

FRANCISCO SOSA.

*(Se continuará.)*

# EL DUCADO DE CÁNOVAS

Cuando leí en *La Epoca* del 16 de Enero último el notable artículo del Sr. Bethencourt acerca de la necesidad de reformar nuestra legislación sobre títulos nobiliarios, y en que de paso se ocupaba del Ducado de Cánovas, me decidí á escribir unas cuartillas sobre este último asunto, no como impugnación de lo que se decía en el expresado artículo, sino como censura del abuso cometido en el caso de dicho Ducado y otros, de utilizar en la denominación de ese género de mercedes el apellido de personas ó familias en quienes la sucesión no ha de recaer. Terminado el modesto trabajo á que me refiero, desistí de su publicación por estimar que no merecía semejante asunto, por su carácter en cierto modo privado, hacerlo objeto de discusión en la prensa; mas recientemente, ó sea en el último número de la interesante revista titulada *Gente Vieja,* «Sección bibliográfica», me encontré con otro razonadísimo artículo que atribuyo á su inteligente Director el Sr. D. Juan Valero de Tornos, y esto me hizo cambiar de parecer.

En efecto, después de elogiarse en el mismo con suma benevolencia, la obra que dí á luz á fines del año pasado sobre el juicio que mereció mi hermano á sus contemporáneos, especie de recopilación íntegra ó en extracto de mucha parte de lo escrito y publicado por la prensa nacional y extranjera con

motivo de su muerte, se trata de un modo magistral—de lo que ofreceré alguna muestra después—la cuestión del Ducado de Cánovas; y aunque mi trabajo resulte muy inferior al mismo, no vacilo ya en publicarlo.

Helo aquí:

*
* *

En la *Gaceta* del 8 de Septiembre de 1897, ó sea al mes justo de la muerte en Santa Agueda del que llaman inolvidable D. Antonio Cánovas del Castillo, y ha sido, sin embargo, olvidado hasta por muchos de los que fueron sus amigos, lo que no ha sido obstáculo para que su nombre resuene á menudo, con elogio, en las Cortes y en la prensa (1), se publicó, con fecha 4, un Real decreto acordado en Consejo de Ministros, por el cual se concedía á su viuda D.ª Joaquina de Osma y Zavala el título, con Grandeza de España, de *Duque de Cánovas del Castillo* para sí y sus sucesores, autorizándola para designar éste (textual) si lo estimase conveniente.

En la exposición de motivos de esta merced se decía lo siguiente:

«El asesinato perpetrado en la persona ilustre del Presidente del Consejo de Ministros D. Antonio Cánovas del Castillo, ha sumido en el más profundo dolor á la nación española.»

«El Gobierno dejaría de ser en la ocasión presente el eco fiel del sentimiento nacional, si no propusiera á V. M. público

(1) Recordamos con este motivo un artículo de *La Epoca* publicado en Agosto de 1897 bajo el epígrafe *La última noche*, aludiendo á la en que estuvo en la *Huerta* el cadáver de Cánovas, en que decía: «¡A cuántos protegió! ¡Cuántos beneficios derramaron sus manos! ¡Cuántos quedan huérfanos!»

Entre unos y otros, aquellos que más le debían son los que peor se han portado con su memoria, no dando la menor muestra de agradecer el bien que les hizo. Así es el mundo, con pocas excepciones, desde lo más alto á lo más bajo.

testimonio de la gratitud de la patria que *honre la memoria del español esclarecido* arrebatado á la vida por defender con perseverancia enérgica los sagrados fundamentos del orden social.»

«Sin descendencia directa sobrevive al Sr. Cánovas del Castillo la que fue amante compañera de su vida (1). *Nadie como ella tan merecedora de perpetuar enaltecido el nombre glorioso del varón esforzado* que consagró durante una larga vida todos los esfuerzos de su elevada inteligencia al servicio de la patria y al sostenimiento de la Monarquía.»

«Fundado en estas consideraciones, el Ministro de Gracia y Justicia, de acuerdo con el Consejo de Ministros, tiene la honra de proponer á V. M. el siguiente proyecto de decreto:»

*
* *

De la exposición de motivos que antecede se deduce, sin género de duda, que, con el Ducado de que se trata, se quisieron recompensar en la viuda de Cánovas los grandes servicios del mismo—fundamento sin el cual no hubiera podido ser otorgado conforme á lo dispuesto en el art. 1.° del Real Decreto de 11 de Junio de 1883 (2)—enalteciendo en dicha señora y su familia, aunque esto último sea inconcebible, pues no otra cosa significan ó pueden significar en relación con

(1) Sólo de parte. En primeras nupcias estuvo casado con la señora D.ª Concepción Espinosa y Rodrigo de Villamayor, hija del Barón del Solar de Espinosa y nieta del Teniente General del mismo título, Ministro que fue de la Guerra. Después pasó muchos años viudo.

(2) «La concesión de Grandezas de España y de Títulos del Reino se hará por relevantes méritos y servicios no premiados antes y con arreglo á lo dispuesto en el núm. 5.°, art. 45 de la Ley de 17 de Agosto de 1860 sobre organización y atribuciones del Consejo de Estado.»

Según el texto de dicho artículo y número, el Consejo de Estado será oído necesariamente en pleno, sobre las mercedes de Grandezas y Títulos, á no estar acordadas en Consejo de Ministros, como sucedió en este caso.

el título las palabras *para sí y sus sucesores*, el nombre glorioso de aquél, según el preámbulo del Decreto, «que había sido arrebatado á la vida por defender los sagrados fundamentos del orden social».

Nadie se explicó entonces, ni ha podido explicarse después, esa manera de perpetuar en una familia extraña, aunque distinguida, el apellido de Cánovas del Castillo, máxime sobreviviendo al mismo un hermano y doce sobrinos carnales, pues aunque, como dice el articulista de *Gente Vieja*, «honrarse debía, ante todo, en la altísima personalidad de D.ª Joaquina de Osma, digna esposa de D. Antonio Cánovas del Castillo, la memoria de éste, no ofreciendo duda que la primer Duquesa debió ser ella; como no se trataba de perpetuar la memoria ni el apellido de la misma, sino el de su marido, al desaparecer ella sin descendientes directos, á los representantes del apellido que se quería perpetuar debía llevarse el timbre hidalgo creado para perpetuarlo, que ha sido siempre el criterio que ha presidido á la concesión de dignidades nobiliarias, y que es lo que dictan la lógica y la razón».

Se concebiría, no obstante, y hasta sería indiscutible, añadiremos por nuestra parte, el honor dispensado á D.ª Joaquina de Osma si el Ducado se le hubiera concedido con otra denominación, ó ya que lo fuese con la del apellido de su difunto esposo, con carácter vitalicio ó mediante la obligación que se deduce del razonado artículo á que nos referimos, de trasmitirlo á la familia del hombre público cuyos hechos habían servido de fundamento á la gracia otorgada, con facultad de designar dentro de ella el sucesor; «pero tratar de que se perpetúe un nombre glorioso, como dice el ilustrado articulista de *Gente Vieja,* tan glorioso que al título nobiliario se le dá el nombre mismo del causante, y *à priori* desviar aquel alto honor llevándolo á ajena familia (que por su gran altura tampoco lo necesitaba) existiendo sucesores directos del ilustre prócer que se quiso honrar, es una *cogida* cancilleresca que sólo puede ocurrir en estos tiempos de ligereza y de ignorancia».

El resultado ha correspondido, como era de esperar, á esa falta de lógica, viéndose favorecida, como queda dicho, una familia extraña, que ningún derecho tenía á personificar los merecimientos de D. Antonio Cánovas del Castillo, y lastimados, sin razón ni justicia, los inmediatos parientes del mismo, de quienes hubo de prescindirse en absoluto, á pesar de utilizarse su apellido, sin tener en cuenta para nada que en el único acto propio y espontáneo de la voluntad del mismo, conocido por alguno de los que fueron Ministros con él, ó sea en el testamento que otorgó el Sr. Cánovas á raíz de su matrimonio con D.ª Joaquina de Osma y Zavala, instituyó por herederos universales y únicos á sus sobrinos carnales, hijos de sus tres hermanos, el autor de estas observaciones, que inmediatamente le seguía, el Conde del Castillo de Cuba y el General de división D. Máximo Cánovas, sin hacer, nótese esto bien, la menor manda ó legado en favor de otras personas.

*
* *

Aun siendo tan evidente en la concesión de que se trata, la preterición de la familia Cánovas, no es lo que más ha molestado á ésta que el Ducado, á que no aspiraba, haya venido á recaer, por la forma de su concesión, en persona, aunque digna, como queda dicho, no ligada por vínculo alguno de sangre con aquel por quien se otorgó la merced, sino la denominación dada al título, utilizando el apellido Cánovas sin autorización del único que á la sazón podía darla, ó sea del que esto escribe, ya que en el orden del dominio y de la posesión no hay por su naturaleza nada de carácter más patrimonial que el nombre con que se distingue, según el diccionario de la Academia Española, á los que forman la familia, cuyos derechos consagran los arts. 114 y 127 del Código civil. Y no sirve decir, como nuestro amigo el distinguido escritor Sr. Bethancourt, en el artículo ya citado que publicó en *La Epoca*, por vía de justificación de la forma en que se

concedió el Ducado que nos ocupa, que este caso no es el único en que se haya dado á una dama un título del Reino, con el apellido de su esposo, estando nuestra sociedad llena de casos semejantes; pues los malos precedentes, y en España abundan, por desgracia en casi todo, no pueden invocarse en pugna con el derecho de las familias. En efecto; sin poner en duda en la potestad de gracia á que se refiere el pár. 8.°, art. 54 de la Constitución, la facultad de conceder títulos y grandezas con el nombre de hechos gloriosos, de ciudades, villas y pueblos, no cabe admitir que alcance ó se extienda á los apellidos fuera del caso en que recaigan ó hayan de recaer, como se ha expresado, en las familias á que los mismos pertenezcan.

Tan obvio é indiscutible es esto, á nuestro juicio, que si los sobrinos de D. Antonio Cánovas del Castillo, llamados Cánovas y Vallejo, Cánovas y Tejada y Cánovas y Varona necesitaron para usar el apellido de su tío, y del autor de estas observaciones, de autorización Real, tras una no corta información en el Juzgado municipal correspondiente, según lo dispuesto en el capítulo IX del Reglamento del Registro civil de 19 de Diciembre de 1870, con mayor razón debían exigirse análogas formalidades para utilizar el nombre ó apellido de una persona ó familia, en casos como el de que se trata.

Fundado en lo expuesto, que podrá ser, no lo dudamos, como todo discutible, pero que tiene á su favor la razón, el buen sentido, el derecho, y casi pudiéramos añadir el voto unánime de la opinión, no bien el autor de estas líneas tuvo noticia de que se había solicitado la sucesión en el Ducado de Cánovas, sin censurar semejante pretensión, ni mucho menos oponerse á ella, dados los términos de la concesión, presentó una sencilla instancia en el Ministerio de Gracia y Justicia, pidiendo que, de accederse á lo solicitado, ó de mandarse expedir la carta de sucesión en el referido Ducado, lo fuese con denominación distinta á la de Cánovas, forma razonable de reconocer un derecho, sin herir ó lastimar otro no menos atendible; pero la desgracia que acompaña á ciertos asuntos desde su origen, por

no atribuirlo á la ingerencia de extrañas influencias ó á la falta de estudio con que suelen resolverse, cuando salen algo, como en este caso, de la esfera de lo común ú ordinario, fueron contrarias á la sencilla pretensión del autor de estas líneas, único que, por su propio derecho, se llamaba Cánovas del Castillo; mandándose expedir la Real carta de sucesión en el Ducado de que se trata, á favor de la persona que la había solicitado, sin annnciar la vacante, según lo mandado, y en este caso no cumplido, en el Reglamento de 17 de Abril de 1890 sobre procedimiento administrativo en el Ministerio de Gracia y Justicia (1).

No huelga decir que tampoco fue notificada esa resolución al autor del escrito con manifiesta infracción de lo dispuesto en el art. 56 del citado Reglamento (2), acaso por creer que bastaba al interesado la noticia de los periódicos; mas pasando esto por alto, porque no hemos de detenernos en pequeñeces, lo peor es que no se diese satisfacción, como se podía, al derecho hollado, cambiando la denominación del Ducado; pues si el Real decreto de 14 de Noviembre de 1885, refrendado, como Ministro de Gracia y Justicia, por D. Francisco Silvela, prohibió otorgar grandezas y títulos nuevos con la denominación

(1) Art. 136. Al ocurrir la vacante de un título nobiliario, se anunciará de oficio por seis meses en la *Gaceta de Madrid* y *Boletin Oficial* de la provincia del domicilio del último poseedor, dentro de cuyo plazo habrá de solicitarlo el inmediato sucesor; si éste no se presentara, caducará su derecho y se publicará por otros seis meses, citando al segundo, etc., etc.

(2) Como así lo dispone el art. 56: «Las providencias y demás actuaciones gubernativas de sustanciación ó trámite no serán notificadas á los interesados.»

«Las que resuelvan la pretensión dictada en primera ó segunda instancia serán notificadas á aquellos ó sus representantes, dándoles copia literal de la providencia, y haciendo constar, á continuación, el recurso de alzada que en su caso puedan utilizar, término concedido para interponerlo, autoridad ante quien han de presentarlo y dependencia por la que haya de tramitarse la apelación.»

de los caducados ó extinguidos, disponiendo que si se concediesen podría en cualquier tiempo ser anulada y revocada la concesión, *cambiándose la denominación del otorgado por otra diferente,* con mayor razón procedía esto último en un caso como el de que se trata, en que la merced no podía recaer en personas del apellido utilizado para la denominación del título. Pudiera el que suscribe, fundado en ese criterio legal, haber insistido en su reclamación, ó dado á ésta otros giros, utilizando los medios de que dispone; pero ha preferido guardar silencio y trazar estas breves líneas, haciéndose solidario de la opinión sustentada por el Sr. Bethencourt en su citado artículo, que reproduce en otro reciente y eruditísimo publicado también en *La Época,* acerca de la necesidad de reformar la legislación sobre títulos nobiliarios. Si esa obra se acomete, aunque parezca á algunos de interés secundario en relación con los problemas de carácter social planteados ó próximos á plantearse, no se olvide que, ante todo, debe prohibirse de un modo absoluto y terminante la concesión de tales mercedes con el nombre de personas ó familias en quienes de presente ó en lo futuro no hayan de recaer, disponiéndose al mismo tiempo que cuando dichas dignidades se otorguen, no por méritos de aquellos á quienes se confieran, según lo mandado en el Real decreto de 11 de Junio de 1883, sino por los de otras personas, faltas de sucesión directa, ó se concedan con carácter vitalicio, ó se llame á la herencia á los parientes de ellas por el orden establecido en las leyes. Claro es que de acometerse esa reforma, podrían tenerse en cuenta á la vez las atinadas observaciones del Sr. D. Cristobal Botella acerca del uso por los esposos de las señoras tituladas, de las distinciones honoríficas correspondientes á las mismas y las que aduce en su brillante contestación el Sr. Bethencourt, pues, á decir verdad, semejante práctica, según mis noticias, casi sólo está ya en uso en España.

E. Cánovas del Castillo.

# CUÁNDO Y QUIÉN FUE EL FUNDADOR

## DEL PERIODISMO EN ESPAÑA

---

ANDRÉS ALMANSA DE MENDOZA

No cabe duda de que en España la fatal manía de no estudiar nada de prima fuente en nuestros archivos y de no admitir para parto del pensamiento otras nociones que las que nos vienen de fuera, hace que se desconozca el papel verdadero que en todas las esferas de la vida hemos representado ante la historia. Risa merece cuando en libros y enciclopedias que se escriben donde se pretende poseer la eterna tutela de la educación intelectual de los pueblos llamados latinos, donde existe un acto admirable para asimilarse las ideas que se hurtan á todas las literaturas para darlas por originales y propias y donde siempre hay un nombre, de ordinario supuesto, para colocarlo al frente de toda nueva labor ó de todo progreso humano, se nos habla, y esto se traduce en los libros y en las enciclopedias de España, de la invención del periodismo, como de una idea primaria parecida á la de Colón para descubrir la América, la de Guttenberg para descubrir la imprenta y la de Fulton para descubrir las aplicaciones dinámicas del vapor. ¡La invención del periodismo! ¡La leyenda de Theofrasto Renaudot! Esta es una de esas ridiculeces tan enteramente francesa, como la del famoso y fabuloso navegante de Dieppe, su-

puesto antecesor y revelador de la primera navegación al Nuevo Mundo, ante quien, como se puede ver en la *Enciclopedia española-americana* de Simón y Montaner, Colón con sus marinos españoles no son más que unos falsarios, y el primero casi un ladrón de ideas ajenas.

La historia, así en su conjunto como en sus detalles, es una suma de hechos racionales y de hechos materiales, sin cuya estrecha resultante no pueden referirse sino fábulas y leyendas. Prescindamos de que, sin la invención de la imprenta, no hay posibilidad siquiera de la invención del periodismo. Pero si se han de unir estas dos ideas en una suprema síntesis, es necesario indagar á la vez la conjunción de hechos que determinan las necesidades imperiosas de donde había de surgir el descubrimiento de un medio generalizador que creara un nuevo orden de comunicaciones continuas, ó casi continuas, entre los pueblos de un mismo origen ó entre sí relacionados por grandes vínculos de intereses. Si los italianos nos hablan de que antes de Guttenberg sus mercaderes de Génova y Venecia, en sus expediciones mediterráneas hasta el extremo Oriente, se comunicaron avisos manuscritos con las noticias de los sucesos políticos y sociales, cuyos efectos generales podían influir en los precios de los cambios y de las mercancías según las seguridades con que podían verificarse las operaciones del tráfico, el hecho es tan racional que lleva en sí mismo las seguridades de su verosimilitud; los holandeses tienen entre sí esta misma tradición. Pero ante hecho material que queda admitido, aunque no textificado, por las condiciones de su probabilidad, nosotros los españoles, pensando en español y con la misma lógica, podemos atribuir la coexistencia de este mismo medio político de comunicación entre nuestros comerciantes marítimos de Cataluña, cuyas naves, cargadas de los opulentos productos de su industria, frecuentaron las más lejanas riberas de toda la costa de Levante á par de las genovesas y venecianas en el Mediterráneo y las neerlandesas en el mar del Norte. Mas ¿pueden considerarse estos avisos, que debie-

ron tener un carácter privado, aunque sus efectos se reflejaran en sus Lonjas de Comercio, como los gérmenes espermáticos del periodismo? Admitámoslos sin debate. No obstante, el periodismo no arguye sólo comunicación, sino generalización dentro de los límites del tiempo, y para esta generalización era indispensable como elemento sustantivo la imprenta. De modo que hasta que ésta apareció no pudo haber gérmenes de periodismo.

La relación de los sucesos y su generalización por medio de la publicidad, tampoco se limita á la satisfacción de la curiosidad ó del conocimiento sin objeto, sino á la ilustración del público interés: por manera que no es racional que fuera susceptible de despertarse este elemento continuo de comunicación, donde este interés supremo no existiera ó no lo promoviese. Así, para que el periodismo se produjera como obra eficaz del interés humano, fue preciso que con la invención de la imprenta coincidiese el establecimiento y la determinación de las modernas nacionalidades de Europa, las conquistas de la Geografía en África por los portugueses y en América por los españoles, las luchas del equilibrio y los primeros asomos del derecho de gentes, que no surge, como quieren Wheaton y otros tratadistas, de la paz de Westphalia y el principio de la preponderancia francesa en el continente, sino de las guerras de los Reyes de la casa de Aragón en Italia contra las dilataciones del poder de los de Francia, de la aproximación de los pueblos más distantes bajo soberanías comunes como el de España, que con la posesión de Nápoles y Sicilia y la administración de los feudos patrimoniales de Holanda y Flandes quedó sometida con toda Alemania á un mismo imperio, y, por último, del mantenimiento de grandes y lejanas colonias y de grandes y movibles ejércitos extraterritoriales, como la encarnación de la Soberanía Imperial en el Monarca de España y el establecimiento de grandes Imperios cristianos en el Nuevo Mundo, lo que hizo sentir la necesidad irresistible de estas comunicaciones periódicas y frecuentes entre

los diversos súbditos de nuestra Corona que guarnecían todas las fronteras de África, desde el Estrecho de Hércules hasta los linderos de Egipto, dominaban enteramente las dos penínsulas más importantes del Mediterráneo, abrían los ignotos caminos del Océano para civilizar un mundo nuevo, salvaje y virgen, descubrían el mar del Sur y el paso estrecho y tormentoso que con él se comunica, y, surcando la solitaria extensión de sus aguas agitadas, remontaban hasta los últimos términos del mar de la China y se engolfaban en los dispersos archipiélagos del mar boreal. ¿Qué nación de Europa podía sentir la urgente necesidad de un instrumento generalizador de comunicación universal y frecuente con que sostener la armonía de los sucesos humanos, como la España del siglo XVI, que los agitó y los dirigió todos, teniendo para ello diseminados tantos millones de sus hijos, miembros desgarrados del tronco de otras tantas familias españolas, por la extraordinaria extensión de territorios en todos los términos del planeta donde dominaba nuestro cetro, combatía nuestra espada y llevaba en sus alas nuestro pensamiento el impulso vital de todo el movimiento de la civilización?

Si el periodismo se incubó en manifestaciones parciales y progresivas de los elementos que hoy lo constituyen en la varia y suprema plenitud de sus facultades, fuerza es confesar que ninguna nación, como España, pudo ser y fue, en efecto, la primera impulsora de aquel instrumento que se dibujaba en el horizonte de su cuna, lleno de la vitalidad que posterior y consecutivamente fue adquiriendo y que adquiere cada día sin límites ni descanso.

No es este lugar oportuno para entrar en estos aledaños de la erudición, y por eso no hay necesidad aquí de demostrar los documentos de comprobación que se pudiera. Son tantos los que poseemos, que con ellos, si tal fuese el objeto de este estudio, se podría ir detallando y marcando las sucesivas evoluciones con que, de mera relación, carta ó extracto de algún caso público particular, siquiera estos casos fueran las con-

quistas de Málaga y de Granada, los asaltos de Orán y de Trípoli, las victorias de Colón sobre el Océano desconocido ó las de Hernán Cortés sobre el imperio de los Motezumas, las entrevistas de Fernando el Católico de Aragón con Luis XII de Francia en Saona y la proclamación de Carlos V en Sevilla, la prisión de Francisco I en Pavía y el asalto y saqueo de Roma por los imperiales del Duque de Borbón, la derrota definitiva de la media-luna otomana en Lepanto y la victoria sobre los ingleses y el Atlántico en las Azores, el periodismo español en su cuna, sin que ninguno otro se le antepusiese, generalizó en los dominios de la publicidad tales acontecimientos, á la vez que en instrumentos análogos dirigidos á la conciencia de la opinión, ya de España, ya del mundo, fue por escalones abarcando los primeros términos de la legislatura y de la administración de los Estados, describiendo las campañas alternativas de la espada y del derecho, y consignando las conquistas de la civilización hasta en las costumbres de los pueblos, con sus reseñas ostentosas de espectáculos y fiestas, con sus certámenes de la inteligencia, con sus efemérides de los fenómenos naturales y con la exposición de todo dogma religioso, filosófico ó político, hasta que logró sistematizar todos estos elementos para reducirlos, dentro de su fondo y de su forma, á la actual armonía y universalidad del conjunto. Pero entiéndase bien, para los que tenemos el deber imperioso de investigar, de estudiar, de pensar y discernir en español, que, á pesar de las contradictorias vicisitudes del tiempo, en la vanguardia de toda esta conquista hay que colocar gloriosamente el combatido y olvidado nombre de España; porque el periodismo nació cuando España lo era todo en medio del mundo posternado, cuando España no era solo la espada que dominaba pueblos vencidos, sino que España, con su altivo pensamiento, era la suprema generatriz y la suprema directora de la humana civilización.

Si se quieren olvidar en el terreno de los hechos materiales nuestras conquistas territoriales en alas de la suma cien-

cia, podemos trasladarnos á Trento. Trento fue la expresión suprema del saber del siglo que fue nuestro: y lo que la España científica de Carlos V y de Felipe II pensaba en Trento, se formuló en dogmas de fe y de disciplina que aún subsisten, por encima de las conquistas posteriores de la civilización y de las transformaciones políticas de los pueblos. Es verdad que de allí brotó la controversia, y que lo que la razón rebelde envenenó, tuvo la espada que debatirlo durante más de dos siglos. En aquella lucha tan porfiada en que empezamos mereciendo los honores del triunfo, tuvimos al cabo que sucumbir extenuados, aunque sobre la arena del combate. ¿Pero esto, acaso, puede negarlo la Historia? Aquellas fueron luchas de la civilización y aquellos dos siglos nos pertenecen en los dominios de la inteligencia. Aquellos dos siglos son nuestros, enteramente españoles, enteramente nuestros en todos los ámbitos del mundo, y nosotros, pensando como españoles, no debemos permitir se nos merme la menor parte de aquella gloria. En aquellos dos siglos se verifica toda la laboriosa y lenta gestación del periodismo.

Por desgracia, cuando el periodismo aspiró á métodos de publicación y á formas definitivas, el pensamiento español había entrado en el rudo período de la conservación por la resistencia. Ya no éramos invasores, ya no éramos conquistadores, ya no éramos anexionistas, ya ni la espada ni el pensamiento español movían el eje del universo. Había muerto Felipe II, que lo sustentó inviolable hasta el último suspiro de su vida, tan calumniada. El débil reinado de Felipe III no sólo nos había enervado en las viles disipaciones de la opulencia y el ocio, sino que había convertido las virtudes históricas en egoísmo y la imposición del mérito en favor, y se inició nuestra acelerada decadencia. Todo este movimiento de enervación que sufrió el espíritu nacional, la historia lo condensa en un nombre. El Rey había descargado el peso de la autoridad que le incumbía, y al declinar los atributos soberanos del gobierno supremo en un valido, éste, la mayor sin

duda de las torpes y decoradas medianías del favor y la fortuna, encarnó en su nombre y en su ministerio toda la responsabilidad histórica de aquel lamentable cambio que experimentaron bajo su poder los destinos nacionales. La ambición del poder siempre ha producido más Augústulos que Augustos, y han sido poquísimos los hombres que han temblado y aun retrocedido ante las tremendas responsabilidades que su aceptación impone. Las improvisaciones y los acasos de la suerte nunca tiemblan y á todo se atreven, y el Duque de Lerma fue una de estas improvisaciones y uno de estos aciagos acasos. Ni el Rey, que delegaba en él su poder, ni él, que lo tomaba fatuamente, procedieron en su conducta consultando el interés público, sino su propia conveniencia, y el omnipotente Ministro, apoderado de la confianza del Monarca, fue uno, y tal vez el modelo, de aquellos caracteres á quienes la arbitrariedad de sus facultades llega á envilecer. Él dispuso del patrimonio de la Monarquía como de su propio patrimonio, y en la distribución de los cargos de república sólo trató del beneficio de los que constituyó en familia y en pandilla. Al hacer la selección de los hombres, no decía: *Este es apto para servir á la patria*; sino *éste puede servirme á mí*. Juzgaba de las aptitudes por la sumisión con que se le adulaba y convirtió el mérito en servidumbre.—*Yo no busco,* decía, *quienes compartan el poder conmigo, sino quienes me rindan una servil obediencia*. E imponía la disciplina á su autoridad, hasta cuando pagaba con los premios del Estado las deudas de sus servicios comunes y particulares. Así fue que, sin que en los veinte largos años de su ministerio se perdiese un solo palmo de los vastos territorios que formaban el grandioso edificio de nuestro imperio, antes bien, habiéndole añadido algunos descubrimientos y conquistas en el Nuevo Mundo, en los archipiélagos filipinos y en las colonias asiáticas de Portugal, la situación de la Monarquía era tal, que visiblemente por todas partes se la veía desmoronarse. No estrechó entre la metrópoli y las diversas partes de que se componía tan dilatado

imperio, á pesar de la paz que disfrutó con las treguas que Felipe II dejó concertadas con Holanda, más vínculos que los del sable y la toga, y en vez de haber creado el nudo íntimo de los intereses recíprocos que afirman todo dominio en los brazos de la prosperidad, sólo agobió las provincias próximas y las provincias lejanas con la explotación humillante del tributo y la gravitación humillante de la espada, mientras que en la Península, casi despoblada á fuerza de distribuir millones de sus hijos, en tantos dominios lucrativos, la vida se redujo á subsistir de las mercedes que de todas partes venían en corrientes de metales preciosos arrancados por la rapacidad y el despotismo. La población se consumía; la agricultura había sido casi abandonada; se habían perdido los últimos restos de toda industria generosa, y la misma paz en que se vegetaba cerraba los portillos de aquella industria militar, en que había caído la antigua formación de nuestros ejércitos, atentos todos al lucro, al premio, al crecimiento del rango y de la posición personal, más que á los deberes del honor y de la disciplina. Aquel estado social, sólo fustigado por algunas sátiras clandestinas y algunas quejas anónimas, exigía una urgente reacción, que, más que por la caída del inhábil Ministro, se produjo por la muerte temprana del Rey. En efecto, un nuevo reinado impuso una situación nueva, y entonces el patriotismo dióse á meditar aquellos caminos de regeneración que en sus propias fuerzas puede abrir siempre á vastos horizontes el impulso colectivo de los pueblos.

El joven Príncipe que heredó la corona, aunque dotado de extremada vivacidad de espíritu y de indubitable talento, luchaba con las insuficiencias de la edad y los escollos de la inexperiencia, y arrojóse en brazos de otro valido temerario. No obstante, entre la figura del Duque de Lerma y la del Conde-Duque de Olivares, la historia no ha podido dejar de hacer una distinción marcada, así por sus aptitudes personales como por sus respectivas inclinaciones. Lerma poseía sólo la ilustración

común á los que entonces nacían en la cuna de las casas grandes. Todo su talento se reducía á la más refinada astucia y á la más refinada intriga. Todos sus objetivos se limitaban á henchir y hacer henchir á los suyos á expensas de una Monarquía tan opulenta. D. Gaspar de Guzmán era otro hombre. Educado como segundogénito de su casa para obispar y algo más, su juventud, enteramente académica, fue profundamente estudiosa é ilustrada. Sevilla le vió figurar en la falanje de sus grandes hombres de letras y en sus literarias Academias, de donde cuando la fortuna le ahupó, así en el círculo interior de su casa por muerte de su hermano primogénito, como en su iniciación en los cargos palatinos dentro de la Cámara del Príncipe heredero, trajo á sus ya para siempre colaboradores de sus pensamientos reconstructivos las personalidades más salientes de la última generación sabia y activa de la capital andaluza. Si él no hubiera ocupado la posición pública culminante que le ofreció el valimiento, los frutos de su capacidad le habrían colocado, en cualquiera otra esfera de la inteligencia, en cúspide suprema. Respecto á la amplitud de sus miras como Ministro y estadista, ningún hombre de su tiempo le igualó, ni su decantado rival Richelieu, á quien la posteridad no ha juzgado sino bajo el laurel de su fortuna. Los escritores políticos franceses de su tiempo, todos han escrito: «*¡Oh, si Francia tuviera un Conde-Duque de Olivares!*» Nosotros, recibiendo las nociones de la historia que esos mismos franceses han escrito después, y educándonos con ellas durante más de dos siglos, hemos adquirido el hábito de ultrajar la memoria del gran Ministro de Felipe IV, la primera figura política de Europa durante el siglo XVII. Como á Richelieu el juicio póstumo no lo ha avalorado sino por sus últimos éxitos, á don Gaspar de Guzmán el juicio póstumo no lo ha juzgado sino por sus últimos infortunios. Hoy que hemos sido testigos de infortunios semejantes, después de haber alcanzado los gloriosos éxitos de otro hombre también superior, hoy podemos ya mirar bien la figura histórica de D. Gaspar de Guzmán,

pensando en español, por un prisma transparente, bajo el luminoso limbo del hombre y su genio.

Todo el espíritu de reacción que palpitaba en la Monarquía española contra el desquiciado Gobierno de Felipe III y del Duque de Lerma se encarnó en este hombre superior en los primeros años de su Ministerio. Desde que estuvo éste en sus manos procedió sin descanso á hacer el inventario de las fuerzas reconstructivas con que la nación contaba, y habiéndolas hallado aun proporcionadas á la magnitud de su empresa, acudió inmediatamente á los resortes de la publicidad para hacer de ellos una impresionante ostentación. En el número de los ingenios, llenos de ilustración y talentos, que de Sevilla trajo para que fueran auxiliares íntimos de su obra, había venido un D. Andrés de Almansa y Mendoza, que aunque en el teatro político de su tiempo no jugó papel tan saliente como el de sus conterráneos el Duque de Alcalá y el Conde de la Roca, ni en el literario el de D. Francisco de Rioja y el de D. Juan de Jáuregui, todos hechura de Olivares, ni en el artístico el de Pacheco y su yerno Velázquez de Silva, nuestro siglo reparador le ha venido á discernir con la autoridad de Gayangos, Fuensanta del Valle y Sancho Rayón, el primer lugar en el periodismo de España. Estos insignes apologistas suyos, sin embargo, no pudieron dar muchos informes sobre aquel hombre, de quien sólo conocieron algunas cartas impresas de noticias; y algunas, no todas, sus relaciones de los casos particulares y ninguna de sus obras autógrafas que guarda nuestra Academia de la Historia en el Archivo de Salazar y entre los papeles de los Jesuítas. Mas del conjunto de todas estas obras que nos restan, se deducen los hechos principales de su vida, desde 1615 hasta 1626, en cuyo año cerró, entre el universal aplauso, el primer período brillante del Ministerio de D. Gaspar de Guzmán.

Antes de la muerte de Felipe III ya había comenzado Andrés de Almansa y Mendoza su intensa labor periodística. Tengo yo para mí que, ya en 1615, pudieron ser suyas la pri-

mera, segunda y tercera *Relación de los felicísimos casamientos de los Reyes y Príncipes de España y Francia* (Luis XIII con la Infanta Doña Ana, y Felipe IV con la Princesa Doña Isabel de Borbón), que, escritas en Madrid, se dieron en Sevilla á las prensas de Francisco de Leyra y de Alonso Rodríguez Guerra; pero no estando estas *relaciones* suscritas por el autor, sólo puedo apoyar mi parecer en abonables conjeturas. El primer documento literario de ALMANSA Y MENDOZA de que, no cabe duda, es el *Discurso (de Andrés de Mendoza) contrapuesto al de Pedro Mantuano sobre la jornada de Francia, dado á los Consejos Reales de Estado y Gobierno*, que con firma autógrafa del autor se halla en el Archivo de Salazar, y del que existe otra copia entre los manuscritos españoles del *Museo Británico*. La estrecha relación que guarda este papel de MENDOZA con las *Relaciones* de 1615, es una de las bases de mis conjeturas acerca de su paternidad sobre aquéllas. Con todo, la impugnación á Pedro Mantuano no pudo hacerse hasta 1618, pues hasta dicha fecha el libro de los *Casamientos de España y Francia,* escrito por orden del Consejo, no se dió á luz.

¿Fue ya la impugnación del sevillano MENDOZA al fatuo malagueño Pedro Mantuano el primer dardo que se disparaba contra el altar de los dioses que se trataba de derrocar? También abrigo mis sospechas afirmativas. Mantuano era un erudito pedante, cuya audacia y cuya mordacidad halló amparo en 1611, siendo él muy joven, en aquel Condestable de Castilla, Juan Fernández de Velasco, entendimiento muy culto, pero muy maligno, que con el pseudónimo de *Prete Jacopín* y atribuyéndose la defensa de la escuela poética de Garcilaso, había acometido en fina sátira contra la escuela poética de Sevilla en la cabeza de su *divino* Fernando de Herrera. Bajo este patrocinio, y habiéndole llevado de Secretario al Gobierno de Milán, aquel joven inexperto de veintiséis años se había atrevido á las respetables canas y al acreditado saber del R. Padre Juan de Mariana, corrigiéndole puntos de su *Historia general de España*, en la que él se jactaba de haber encontrado

muchos errores. De las manos del Condestable de Castilla pasó á las del Conde de Lemus, que persuadido de su ignorancia y de su osadía, se apresuró á despedirlo de su servicio, y por último fué á refugiarse á la sombra de D. Francisco Calderón y Vargas, Conde de la Oliva, hijo del Marqués de Siete Iglesias, la hechura predilecta de Lerma, por cuyo conducto y por cuyo favor Mantuano recibió la comisión del Consejo para escribir el libro de los *Casamientos*. Mendoza, en su impugnación á Mantuano, le trató con poca piedad: le motejó de no tratar con el respeto que debía á los que no eran sus favorecedores, arguyéndole de que *dar honra es tenerla,* y le tachó de poco político con detrimento de la dignidad de nuestra patria, de haber suprimido noticias importantes que le fueron comunicadas por D. Lorenzo Ramírez de Prado, del Consejo de S. M., de haber mostrado escasísimo espíritu nacional, y de haber hecho una obra de la que cierto curioso decía «que *era como verdad del Diablo, que siempre se guarnece de mentiras.*» Entre los nombres preteridos en el libro de Mantuano, citaba Mendoza al Duque de Pastrana, á los Marqueses de Peñafiel, Flores-Dávila, Velada, Tovar y Laguna, al Conde de la Monclova, y entre otros de varios estados, al Patriarca D. Diego de Guzmán, que además de lo que se le debía por sus servicios, puestos, virtud y calidad, había sido el maestro de la Reina.

En todos los nombres que juegan, así en el libro de Pedro Mantuano como en la impugnación de Andrés de Mendoza, se deja notar al golpe la división de dos partidos cuya lucha se había de acentuar de día en día, hasta las dos fechas ya citadas del movimiento de la reacción: la de la caída del Duque de Lerma y la de la sucesión de Felipe III. Pero desde 1618 hasta el 13 de Abril de 1621, fecha de la primera de las diez y siete cartas periódicas de noticias que hasta ahora se han publicado de Andrés de Mendoza en la *Colección de libros raros y curiosos,* ¿no quedan otros testimonios de su labor periodística? Yo no titubeo en adjudicarle algunas relaciones de la

jornada á Portugal en 1619 á la jura del Príncipe y otras del regreso por Sevilla de 1620; pero estos papeles no llevan firma, y la exposición de las razones en que me apoyo para atribuirlas á MENDOZA, que en mi sentir ya se hallaba incluído en el servicio familiar del Príncipe Felipe IV, me distraería demasiado del tema esencial á que me ajusto. Sancho Rayón y el Marqués de la Fuensanta del Valle sólo se limitaron á dar á conocer las *cartas de novedades políticas de la corte y avisos recibidos de otras partes* que desde 1621 á 1626 dirigió Mendoza á un sujeto de Sevilla, que siendo denominado de *meramente amigo* en las primeras y tratado con la cortesía común entre amigos de aquel tiempo, va creciendo en dignidades hasta que llega á las más elevadas jerarquías eclesiásticas, y no es necesario hacer prodigios de sutileza para ver en este correspondiente á aquel D. Alonso Pérez de Guzmán y de Silva, hijo del Duque de Medina-Sidonia, D. Alonso y hermano del Duque D. Manuel Alonso, á quien se dió, bajo el influjo de Olivares, su deudo, el Arzobispado de Tyro y más tarde el Patriarcado de las Indias, juntamente con los cargos palatinos de limosnero mayor y capellán mayor de Felipe IV.

Sin hallarse en la íntima comunicación de la corte, era imposible poder beber la abundancia de noticias que en estas cartas se derrama, y que hasta que volvían á Madrid, después de impresas en Sevilla, escapaban en su mayor parte al fino olfato de los noticieros de las cavachuelas y de las gradas de San Felipe. Las cartas de MENDOZA se dividen en dos grupos: el de las que comunicaba á D. Alonso de Guzmán y que éste facilitaba para su publicación, y el de las que enviaba al colegio de los PP. Jesuítas de Sevilla, en cabeza del P. Fabián López, y de las que nos quedan dos inéditas: la autógrafa, que consta entre los papeles de los Jesuítas en la Academia de la Historia, y otra que cita D. Genaro Alenda en sus *Solemnidades y fiestas públicas de España*. Aunque las cartas al que fue Arzobispo de Tyro parece que no eran sino fruto de la amistad, interrumpidas en 1624 cuando MENDOZA acompañó

á la corte á Andalucía á las grandes cacerías que el Duque de Medina ofreció á Felipe IV y á Olivares en su famoso bosque de Doña Ana, allí mismo volvió á recibir encargo de continuarlas, como se expresa dos años más tarde cuando con la corte pasó también á Barcelona, á las paces con Francia, en que á nombre del Papa Urbano VIII intervino el Cardenal Barberini; mas por la carta al P. Fabián López, de la Compañía de Jesús, que se conserva en la Academia de la Historia, se atestigua que por estos servicios llevaba la debida retribución; pues en otra particular que antecede á la de las noticias políticas, Mendoza reclamaba el pago de sus honorarios algo atrasados, y que necesitaba por lo cara que ya era la vida en Madrid. A pesar de este dato, yo me ratifico en mi opinión de que Andrés de Mendoza debía ejercer algún oficio en la servidumbre de la Real Cámara y familia, pues sólo á este título se justifica su constante concurrencia desde 1617 en todas las jornadas de la corte.

Aunque por la continuidad de su aparición periódica de 1621 á 1626 las cartas de Mendoza son las únicas que se han considerado por Gayangos, Sancho Rayón y Fuensanta del Valle como documentos del periodismo español, yo conceptúo en la misma categoría sus *Relaciones* de sucesos particulares, equivalentes á nuestras *hojas sueltas* y números extraordinarios ó *suplementos*, en el actual mecanismo de la prensa. Sancho Rayón y Fuensanta del Valle parecen coincidir con mi parecer, pues entre las *Cartas de Novedades* que publicaron incluyeron algunas de estas *Relaciones*. Lo que tiene es que, á pesar de la exquisita diligencia de coleccionadores y bibliófilos tan distinguidos, no tuvieron la fortuna de conocer el número extenso de las de que ya se tiene noticia. Estas *Relaciones*, sin embargo, son de tal importancia, que puede decirse que, por los hechos á que refieren, son las que mejor fotografían el fin y la dirección de la política del Conde-Duque de Olivares, en el corto tiempo de su largo ministerio que abrazan. En ellas se refleja toda la vida social y toda la vida polí-

tica de 1621 á 1626, con la exposición brillante de los elementos nacionales con que D. Gaspar de Guzmán se proponía reconstruir el edificio del imperio que por todas partes se hallaba acribillado de goteras. Almansa de Mendoza era de los partidarios más ardientes de la alianza de España con Inglaterra, cuando el hijo de Jacobo I, acompañado del Duque de Buckingham, vino á Madrid á merecer la mano de nuestra hermosa Infanta Doña María de Austria: y no puede atribuirse esta inclinación que respiran las numerosas *Cartas* y *Relaciones* que escribió con motivo de aquellos intentados matrimonios á los 3.000 escudos con que la mano generosa del mismo Príncipe de Gales retribuyó la *Relación* de unas fiestas de toros hechas en su obsequio y que Mendoza dedicó al Duque, su Ministro, sino á que estas eran las corrientes que dominaron sobre este asunto en los círculos íntimos del palacio Real y del valido español, hasta que las influencias de Roma y de Bruselas y las intrigas de París lograron deshacer las negociaciones para aquella alianza. Y como este fue el error capital del reinado de Felipe IV y de las condescendencias de Olivares, importa que esta nota quede siempre bien asentada para los juicios definitivos, en que la Historia está todavía muy lejos de haber dicho la última palabra sobre aquellos hechos tan importantes como mal estudiados hasta de presente.

Desde la llegada de Carlos I de Inglaterra á Madrid en 1623 hasta la llegada del Cardenal Francisco Barberini, sobrino de Urbano VIII, á Barcelona en 1626, de cuyo último suceso Mendoza, no solamente escribió cinco cartas de *Relaciones,* sino que llevó un *Diario*, no hay asunto de interés supremo en la política en general y en la sociedad española que no tenga su determinación particular en esta especie de *artículos de fondo* y *crónicas del día* del ilustre periodista. Todos los accidentes de la estancia de los Príncipes británicos en nuestra corte y todo el curso de las negociaciones; el nacimiento y bautizo de la Infanta Doña Margarita; nuestras victorias contra los turcos en el mar; nuestras operaciones militares en Bélgica, en Sui-

za, en Italia, en las fronteras de Francia y en las márgenes del Rhin; un auto de Fe en Madrid; la muerte de personas de gran viso, como el beato fray Simón de Rojas, la Duquesa de Medina y uno de los hijos del Conde de Benavente; los desposorios de la hija única del Conde-Duque de Olivares y la boda del Condestable de Castilla; la elevación del Duque de Arcos al Consejo de Estado; las fiestas de Aragón y Cataluña en la jornada de Felipe IV á Barcelona á los tratados en que intervino el Legado-nípote de Su Santidad, son otros tantos sucesos de tal fausto, magnificencia y resonancia, que ellos bastan para trazar el cuadro espléndido de lo que era á la sazón la Monarquía española que el Conde-Duque de Olivares procuraba reconstruir en todas las esferas de sus pasadas empresas é iniciativas. Como para sus *Cartas de novedades políticas* tuvo Mendoza por correspondientes á los Duques de Medina-Sidonia y de Béjar, al Arzobispo de Tyro y al P. Fabián López, de la Compañía de Jesús, para cada una de sus *Relaciones* particulares tuvo sus amigos ó sus Mecenas, y en este número se contaron el mismo Rey Felipe IV y su Ministro Olivares, el mismo Príncipe de Gales y su Ministro Buckingan, y entre las damas de alto rango la Condesa-Duquesa D.ª Inés de Zúñiga, la mujer del Almirante de Castilla D.ª Victoria Colonna y la señora D.ª María Paulina de Chaves, esposa de su propio deudo D. Juan de Chaves y Mendoza, el Obispo de Elna D. Pedro de Magarola, la insigne é imperial villa de Madrid, los Oidores del Principado de Cataluña, los Condes de Gondomar y de Benavente y el Sr. de Porras, D. Antonio Neli de Rivadeneyra, su amigo en Valladolid.

La acción periodística de Andrés Almansa de Mendoza concluyó con la jornada á la capital del Principado de Cataluña para la negociación de aquellas paces, que aunque cantadas en Aragón por el Licenciado Martín Miguel Navarro, que se titulaba el continuador de la escuela poética de los Argensolas, y en Castilla por D. Gabriel de Solórzano Paniagua y Trejo, más jurista que poeta, y aunque consideradas en los

primeros momentos como un gran triunfo de nuestra política exterior, el tiempo se encargó de demostrar que ni fueron paces ni fueron acierto diplomático de ningún género por nuestra parte. ¡Ojalá que, como desde entonces desaparece para siempre el nombre de MENDOZA de los archivos de la vida y de la historia, para no alcanzar jamás otra noticia de él, con aquel suceso, en que intervino la autoridad de Urbano VIII, también hubiera desaparecido del estadio de la política, como lo pretendió el Conde-Duque de Olivares! Ya había éste cometido los dos errores cardinales de su política, la ruptura de las alianzas con Inglaterra por medio del matrimonio de la Infanta Doña María con el Príncipe de Gales y aquellas paces hipócritas que suscribió la Francia. En el eje de estos dos grandes errores habían de girar en lo sucesivo todos los acontecimientos que en definitiva minaron para siempre la supremacía militar y política de España en Europa. Pero en el primer instante no se habían así penetrado los arcanos ni las previsiones del porvenir, y en la política general el Conde-Duque de Olivares había realizado tales maravillas en la reconstrucción de nuestra situación económica, en la reorganización de nuestros ejércitos, en la improvisación de un nuevo y considerable poder naval, en el reparo de defensas de costas, fronteras y colonias, y sobre todo en la selecta admisión de capacidades insignes para todos los cargos de administración, representación, política, gobierno y guerra, que si al morir prematuramente en 1626 su única hija la Marquesa de Liche, D.ª María de Guzmán, hubiera alcanzado de Felipe IV el retiro que porfiadamente le pidió, su nombre habría pasado á la posteridad iluminado por todos los fulgores del éxito y del acierto. Con la ruptura con Inglaterra se conquistó para muchos siglos contra España un enemigo tenaz é implacable, motor principal de todas nuestras caídas; con las paces con Francia entregó á la pérfida y astuta política de este país las llaves del baluarte de nuestra seguridad en Europa, pues perdida la fe en la superioridad que desde Fernando el Católico

España había ostentado ante el mundo sobre nuestro eterno vecino y nuestro eterno rival, los mismos poderes que fueron los aliados preciosos de Carlos V y de Felipe II, hasta el mismo Pontificado y hasta el mismo Imperio, que aún vivían de nuestra sangre, fueron en lo sucesivo los aliados de Francia y los que con ella tramaron las guerras de los treinta años, los convenios de desmembración de nuestra Monarquía, las alianzas militares que nos tuvieron en continuo pie de guerra en Italia, en Flandes y en las fronteras francesas, las intrigas solapadas que levantaron contra la unidad de nuestro poder á Portugal y Cataluña en la Península, y á la Sicilia y á Nápoles en Italia, y que atizaron las ambiciones que llevaron al patíbulo en Flandes al Duque de Freidlán, y en España al Marqués de Ayamonte, al Duque de Híjar, al Marqués de la Vega de la Sagra y al General D. Carlos Padilla, hermano del Gobernador del Castillo de Milán. Al tomar, en 1621, el Conde de Olivares el supremo poder que en él delegó Felipe IV, y hasta las paces en embrión de 1626, su política genial, que restauraba la de Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II, fue la política que he descrito antes, la política que proyecta y calcula, la política que emprende y conquista, la política que engendra y produce obras de propio interés y de propia fisonomía. Mas cuando tras las platónicas paces de 1626 vinieron las nuevas é invasoras provocaciones de Francia, ya no hubo lugar á más política que á la de resistir para conservar, ó á la de transigir para conservar. ¡Estábamos perdidos! Y todos los esfuerzos gigantescos que hizo el Conde-Duque después, en su largo Ministerio, hasta su caída, no fueron bastantes para salvarnos de las onerosas condiciones de la paz de Westfalia, que fue el preámbulo de la separación de Portugal, y del ataque á Fuenterrabía, y de la derrota de Rocroy, como estos hechos y la paz de los Pirineos fueron la antesala de la sucesión de Carlos II, de la guerra de la Península y del tratado de Utrech.

Al fundador del periodismo en España, al activo y discre-

to sevillano Andrés Almansa de Mendoza, tocó la gloria de desempeñar su papel en lo que puede llamarse el período más brillante del Gobierno del valido de Felipe IV, aquel Conde-Duque de Olivares, cuyo nombre, en esta parte heroica de su largo Ministerio, no cabía en el mundo y era objeto de la admiración y de la envidia hasta de los extraños. En este tiempo de 1611 á 1626 es en el que hay que fijar con documentos patentes de confirmación el origen histórico del periodismo en España.

Juan Pérez de Guzmán.

# PAPEL DE LOS GRANDES HOMBRES

## EN LA HISTORIA

Nadie desconoce que es una necesidad para el sociólogo buscar las causas del desenvolvimiento de la humanidad en la humanidad misma, y que el sociólogo que sale de estos límites no está á la altura de su misión. Admitido este punto, pregunto si hay que apelar á los *sur l'hommes* de Renan en la explicación de los grandes movimientos sociales que han renovado la faz del mundo. La filosofía alemana lo entiende así, y especialmente la filosofía hegeliana, que tiene la mira de extraer de toda ciencia histórica el concepto de la moralidad y de la libertad verdadera. Según Hegel, el genio es una maravillosa armonía de la individualidad y de la universalidad, y esta doble fuerza es la que constituye su grandeza y la que le da el derecho de pensar y decidir por toda una nación, de ser la palanca de toda una época. Cada genio puede considerarse como un hombre-pueblo, y aun ampliando mucho su importancia, como un hombre-humanidad. ¡Cosa notable! Hasta en ciertas esferas filosóficas, donde todavía hacían algunos alardes de providencialismo, se presuponía en los grandes hombres una legitimidad final, una superioridad de transcendencia jurídica. Así, Cousin predicaba el culto de los héroes, exigiendo á la vez en nombre del supuesto «derecho providencial» la sumisión incondicional de la masa al individuo

poderoso. No obstante sus fundamentos estrafalarios y su pronunciado sabor absolutista, esta doctrina logró hacerse dueña de hombres de talento como Treitschke, Carlyle, Herrenschneider, Foucher y Renouvier. El mismo Macaulay considera á los genios como individuos que colocados sobre los lugares más elevados del pensamiento reflexivo reciben los rayos del sol de la verdad y del bien más próxima é intensamente que el resto de la raza humana. Esta es la base del «despotismo ilustrado» tal como es todavía sostenido con elegancia aristocrática por muchos pensadores de los que se hallan más apartados de la conciencia moderna. No son necesarios grandes esfuerzos de raciocinio para reconocer la debilidad de que semejantes ideas están atacadas. Esa teoría no puede sostenerse: es gratuita en sus postulados y errónea en todas sus inferencias y deducciones.

Desde luego, cae de su peso que un tal fatalismo histórico que empieza por glorificar los grandes hombres, acaba por concederles un papel mezquino. De primera intención, como dice Fouillée (1), se les llama hombres necesarios; mas pronto se descubre que en el fondo son realmente hombres superfluos. Bauer pretende que si un Carlomagno ó un Gregorio VII no hubiesen existido, otros hubiesen ocupado su lugar, y bajo otros nombres y por otros caminos cumplido al cabo la misma obra, porque lo que es racional acaba siempre por ser real. ¿Qué queda entonces del derecho fundado sobre la necesidad de los hombres que se creen providenciales? Ellos encuentran admirable titularse los «indispensables pilotos»; pero la verdad es que sin su concurso hubiéramos igualmente llegado al puerto.

En segundo lugar, los hegelianos, al sostener el derecho fundado en el genio, trastornan, destruyen el carácter de todo derecho y hacen de él un privilegio. Un derecho vinculado en

(1) *L'idée moderne du droit en Allemagne, en Anglaterre et en France.*

un hombre, por excelente que sea, no es verdadero derecho, no es más que una manifestación superior de la fuerza. El hegelianismo proclama abiertamente su realidad histórica, y en esta parte no se engaña, y su observación es justa. Pero se equivoca torpemente al creer que está ahí todo el ideal jurídico y el cimiento de toda legislación posible: el derecho del más inteligente ó del más hábil, es sólo una consecuencia del derecho del más fuerte. Hay que notar, sin embargo, que las conclusiones del sistema hegeliano concuerdan siempre de una manera muy particular con las opiniones generales de los políticos alemanes, á cuyos pechos se han amamantado la mayoría de los filósofos de aquella escuela en la parte social. Es el mismo sueño de Napoleón III en su *Vie de César:* adorar á los Césares como únicas encarnaciones de la humanidad en el pasado, como hombres-instituciones capaces de reasumir en sus pensamientos y de comprobar en sus actos el carácter y las tendencias de todo un siglo. Despojadas del verdadero sentimiento del derecho que es común y universal, esas ideas hegelianas suprimen á expensas de las grandes personalidades la personalidad de los demás hombres, y arrebatan á la última todos sus derechos, bajo pretexto de que no es digna ni capaz de comprenderlos y estimarlos, olvidando el hecho discutido, pero indudable, de que, como afirma Stuart Mill, el valor de un Estado no es otra cosa que el valor de los individuos que lo componen: *the worth of a State, in the long run, is the worth of the indivials composing it* (1).

Se ve aún más patente la verdad de lo que afirmo, considerando lo que acontece generalmente con los personajes gubernativos, que son los que han manejado siempre las ruedas del mecanismo de la nación. Si bien se mira, ningún reformador político ha llevado á cabo sus planes por su propio é indivi-

(1) «A los grandes hombres, dice Lange, no debemos mirarlos como demonios en cuyo poder nos vemos, sino como magníficas flores y frutos que nacen de un tallo en el cual también nosotros vivimos.»

dual esfuerzo, sin la cooperación y el auxilio de las clases inferiores de la sociedad. Sirvan de ejemplo Cromwell, Thiers, Mendizábal y otros tantos fracasados genios de la política activa. Y es que aparte del natural sentimiento de envidia que producen en sus émulos, producen también en el pueblo mismo la natural desconfianza de no propasarse á reconocer la verdad que sus grandes ideales encierran, mientras no se encuentren en la práctica y en la realidad social casos concretos y completos que la demuestren. «Entre políticos, escribe á este propósito Galdós, el fracaso de los grandes halaga á los pequeños. La masa total no se entusiasma con el éxito, si éste lo representa un hombre. La vulgaridad colectiva tiende siempre á conservar el nivel.»

Además, lejos de creer que la muchedumbre es para los grandes hombres un medio, debemos de convencernos de que es en realidad su fin; de que, mal que les pese, cuanto hacen lo hacen con la mirada fija en la muchedumbre; de que lo que se llama gloria é inmortalidad no es otra cosa que la aceptación por la muchedumbre de sus innovaciones, el reconocimiento de su valía; de que el parlamentarismo, por ejemplo, se funda en la opinión de la muchedumbre, de igual manera que el jurado; de que, en suma, todos los ideales de los *sur l'hommes* tienen necesidad de ser admitidos por el corazón del gran número y de ser juzgados á la vez por la sabiduría popular. Estas relaciones tan bien caracterizadas han prestado los más estúpidos argumentos á la oposición y á la envidia, y continuarán prestándolos siempre. Oigamos á Coloma: «La oportunidad es en todas las cosas precursora del éxito, y el llegar á tiempo ha levantado no pocas veces el pedestal de muchas celebridades y ceñido los laureles á infinitos héroes. Cada carácter requiere, pues, circunstancias especiales que le favorezcan, época adecuada que le sirva de marco, momento histórico oportuno que le permita desarrollarse en toda su pujanza. Un Hércules en los tiempos prehistóricos, un Cid en los caballerescos, serían un Quijote en los tiempos de la partida

doble y del tanto por ciento. Un Espartero y un Mendizabal, por el contrario, hubieran sido en aquellas remotas épocas prestamista judío el uno, cuadrillero de la Santa Hermandad el otro.» Por esto la teoría que supone el carácter individual de los grandes hombres más independiente de lo que es en realidad, ha sido rudamente combatida y á veces con razón.

No cabe decir en un todo lo mismo de la teoría que considera á los genios como producto del medio social, porque, como ya reconoció Hegel, el individuo es hijo de su tiempo y ninguno puede realmente superar al siglo en que vive. Si los grandes hombres tienen importancia histórica es sola y precisamente en cuanto órganos y oráculos de su época, sin que por ello la nieguen al representarla. ¿Acaso la dictadura de un genio no ha sido casi siempre la garantía de la libertad en las profundas crisis de la historia? El progreso mismo del saber, ¿no se ha verificado con más solidez cuando se ha establecido enlas ciencias esa especie de servilismo espontáneo que somete á una inteligencia todas las demás? Sin embargo, conviene no exagerar este hecho al extremo de desconocer que tales reformas sólo han tenido verdadera eficacia cuando se ha puesto de su parte la opinión pública, es decir, cuando ha estado la masa ó el común de las gentes en disposición de comprenderlas. El genio, así como el mediocre y el degenerado, es siempre producto de la sociedad en que se enseña y se mueve. Tal es la doctrina de la influencia del medio social en las grandezas individuales, doctrina ya apuntada por Herder en su *Philosophie der geschichte*, y que ha sido profesada con sublime exageración en los últimos tiempos por el sabio Taine. He aquí cómo se expresa el célebre escritor, gloria de las ciencias y de las letras francesas: «Hay una temperatura moral que es un estado general de las costumbres y de los espíritus, y que obra de la misma manera que la temperatura física. Hablando con propiedad, no produce los artistas; los genios y los talentos son como las semillas; lo que quiero decir es que en un mismo país, en dos épocas diferentes, existe el mismo número de

hombres de talento y de hombres mediocres. Se sabe, en efecto, por la estadística, que en dos generaciones sucesivas se encuentra, sobre poco más ó menos, igual cantidad de mozos que tienen la talla exigida para el servicio militar, y de otros demasiado pequeños para ser soldados. Según todas las probabilidades, acontece con los espíritus lo mismo que con los cuerpos: la naturaleza es una sembradora de hombres que, metiendo siempre la mano en el mismo saco, reparte sobre poco más ó menos la misma cantidad, la misma calidad, la misma proporción de granos en los terrenos que siembra regularmenle y un día y otro día. Pero en estos puñados de semilla que arroja en torno suyo sembrando el tiempo y el espacio, no todos los granos germinan. Es necesaria determinada temperatura moral para que ciertos espíritus se desarrollen: si falta la primera, abortan los segundos. Por consiguiente, cambiando la temperatura moral, cambian las especies del talento; si aquélla resulta contraria, contrarios serán éstos, y en general podrá concebirse la temperatura moral como haciendo una selección entre las diversas especies de talentos, no dejando que se desarrolle más que tal ó cual especie, excluyendo más ó menos totalmente á las otras. Esta suerte de mecanismo es la causa de que veáis en ciertos tiempos y en ciertos países desarrollarse en las escuelas unas veces el sentimiento del ideal, otras el de lo real; unas veces este dibujo, otras aquel color. Existe una dirección reinante, que es la del siglo; los talentos que quieren caminar en otro sentido, encuentran la puerta cerrada; la presión del espíritu público y de las costumbres que los rodean, los comprimen ó los desvían, imponiéndoles un florecimiento determinado.»

Aunque estas últimas palabras indican claramente que no se escapó á Taine la espontaneidad del genio ante las preocupaciones sociales, opino que en sus doctrinas históricas el elemento individual no ocupa el lugar que le pertenece y que la influencia colectiva de la libertad humana, si bien no puede decirse que se halle negada en su sistema, como ciertos críti-

cos afirman, se halla, no obstante, tan sacrificada á la influencia del medio, que falta poco para que quede absorbida en él. Desde que Taine quita del orden social la iniciativa, quita también el albedrío, pues ha extendido tanto la humanidad que no queda ya sitio para el hombre. El *Self-Help* de Smiles, á pesar ó á causa de su excesiva tendencia individualista, contiene la mejor refutación de las exageraciones de Taine sobre la materia que nos ocupa (1).

Desarrollando en este sentido el conjunto de los hechos reconocidos y observados, sería fácil rectificar simultáneamente las opuestas opiniones de Comte y Spencer, el primero de los cuales afirma que todo el mecanismo social descansa finalmente sobre las ideas, mientras que el segundo cree que la sociedad es gobernada y agitada por los sentimientos á que las ideas sirven solamente de guías (2). Se podría demostrar á

(1) Para consignar otro caso, no hace mucho que el célebre músico alemán Wagner se pronunció de una manera clara y rotunda contra las teorías de Taine, alegando el ejemplo de Platón. Según su curioso fragmento de crítica, «Platón vivió en una época y en una sociedad eminentemente políticas, pero se mantuvo independiente de este medio en la concepción de su doctrina idealista, que no debía alcanzar hasta mucho tiempo después su justa apreciación. Al contrario, aplicada esa doctrina al espíritu de la época y del medio social de Platón, tomó una forma para el Estado tan extraña y monstruosa, que, á decir verdad, debía resultar para sus contemporáneos, no sólo una cosa sorprendente, sino una muestra de menosprecio, al menos en su fondo. Platón no hubiera caído seguramente en este error, respecto á la naturaleza del Estado, si hubiera vivido en las riberas del Ganges. Aun en Sicilia no estuvo muy acertado. Si este talento extraordinario se hizo conocer pronto de su época y de su medio, en cambio no supo aprovecharse de ellos. Ahora bien, casi es absurdo suponer que el fondo de su doctrina, su verdadera doctrina, la idealista, fuera un producto de la época y de la sociedad en que vivían sus contemporáneos».

(2) Comte tomó como punto de partida de las crisis morales y políticas de las sociedades el elemento intelectual: su lenguaje es puramente racionalista: *la humanidad es Confucio, es Homero, es Aristóteles, es San Pablo, es Mahoma, es Hildebrando, es Bossuet*, etc. Spencer, por el con-

Comte que ideas extrañas al mecanismo social de una nación ó de una época determinada no es posible se desenvuelvan ni florezcan, y á Spencer que los sentimientos son ciegos y que no les han servido de guías las ideas sino porque les han precedido en la práctica para determinar el mecanismo social verdadero, pues toda obra colectiva exige la división del trabajo por la inteligencia. Por otra parte, empero, doy á la última opinión una supremacía fundada desde el punto de vista histórico. También en sociología tiene excepcional importancia el *sentimiento*, no ciertamente en cuanto impulsión exaltada é insociable, sino considerado como una manifestación del genio de la raza, como un estado real y positivo de crisis moral, como una situación definitiva de las almas que concreta y cristaliza las aspiraciones y tendencias de una época ó de un período de la historia. El principio capital de la crítica religiosa de nuestros días, es á saber, el llamado *mesianismo,* por el que tantos explican el hecho más sublime de la vida del género humano, no es más que un resultado de la aplicación á la ciencia histórica de ese criterio que ve en las mayores revoluciones la influencia lenta y repartida de la sociedad de una época, y no la obra brusca é individual de uno ó más hombres excepcionales. Lo mismo se juzga, por ejemplo, la *reforma protestante*, que según la observación de Balmes *(El protestantismo)*, repetida por Víctor Hugo (*Notre Dâme de Paris)*, no fue más que una de tantas herejías, insignificante como sistema dogmático, y que debió su extraordinario éxito social y lo rápido de su propagación y triunfo, á haber nacido en Europa y en el siglo XVI cuando los ánimos estaban excitados contra lo antiguo, y cuando los medios de comunicación científica habían encontrado su más perfecto ideal y su más determina-

---

trario, comenzó por exagerar la importancia de la modificación de la naturaleza moral de los hombres que produce gradualmente la acción continua de la disciplina de las leyes sociales. Profesó, pues, una doctrina *afectista* (?).

da expresión en la *imprenta*. «Funesto ó providencial, Guttenberg fue el precursor de Lutero.»

No conduce ni puede conducir á otra consecuencia la ley del progreso, que es, ante todo, continua y universal; y parece increíble que se la haya querido convertir en su contrario directamente opuesto. El progreso—dicen—es un producto de opiniones individuales aplicadas á la sociedad: ellas son las que, influyendo en el medio que les rodea, cambian la faz de las cosas y sustituyen á los ya agostados, nuevos y fecundos principios. Es cierto, indudable: la inteligencia es el tesoro, el depósito sagrado que Dios confía al pensador, á fin de que lo distribuya entre sus semejantes. Mas, ¿podemos olvidar la aptitud de éstos para recibirlo? ¿Por ventura no colabora la humanidad entera, como medio ó como fin, en la formación de las concepciones del grande hombre? ¿No es la anarquía intelectual la resultante de las ambiciones, de los intereses, de los temores, de las cóleras, de las simpatías que elevan y oponen una época á otra? Y el espíritu público de cada una, ¿depende de algo más que de las diferencias en los modos de ver de las generaciones? Aquí, y tal vez sólo aquí, hay que buscar la explicación de la frase de que la paradoja de hoy es la verdad de mañana.

¿Qué más? La rutina, lo que se ha dado en llamar la antítesis del adelanto y que se ha generalizado á todas las esferas donde la ciencia no impera, está sujeta á la indeclinable ley del progreso. El hombre de nuestros días más dado á la rutina, hubiera sido un temerario emprendedor para las gentes de los tiempos medioevales. Los que en general y sin restricción desprecian la rutina, debieran considerar que ella no es, en realidad, sino el sentido práctico que rehusa aceptar como ciertas, verdades que no han sido confirmadas por la experiencia, y viven sólo al calor de la fe intelectual en la mente de los sabios. Por eso la rutina no es una rémora, históricamente considerada, pues tiene, como todas las demás manifestaciones de la humanidad, que por lo mismo que son relativas,

son perfeptibles, un movimiento de avance hacia la civilización. Se puede decir con Bosch que la ciencia es la última palabra de la hipótesis, y la rutina la última palabra de la ciencia.

Tal es el resultado que lógicamente se sigue de las reflexiones que he presentado sobre el papel de los grandes hombres en la historia, resultado que francamente acepta Max Nordau, exclamando en su *Psychophysiologie du genie et du talent:* «Se considera como una degradación el ser contado entre la muchedumbre, y, sin embargo, se está orgulloso en todas las grandes circunstancias por sentir y pensar exactamente como la muchedumbre; en un movimiento de elevado fervor, el antiguo romano no encuentra nada más noble que decir de sí mismo sino esto: *Soy hombre, y nada de lo que es humano lo considero extraño.* Quizá se habría, sin embargo, extrañado, si algún dialéctico cínico de sus contemporáneos le hubiera replicado: *Aseguras que eres un hombre como los demás; ¿te alabas, pues, de ser trivial?*» La humanidad es, por lo tanto, la base de todas las potencias geniales, de todas las grandezas sociales y científicas; la humanidad, que para humillar la soberbia de sus presuntos sobrepujadores, se limita á presentarles en el vasto cuadro de la evolución histórica la cooperación de todos sus miembros en la lenta conquista de sus ideales.

Edmundo González-Blanco.

# LECTURAS AMERICANAS

SUMARIO: *Revista Nacional.* — Cuestiones de política iberoamericana.— Sobre la mar Chiquita.—Inteligencia española.—Discurso pronunciado en el Ateneo de Santiago. — Sobre educación integral. — «The Home Education».=*La República.*—El peligro jacobino.—Los delitos de sangre en Méjico.—El proletariado profesional.=*Cuba y América.*—Puerto Rico en 1899. = *La República Agrícola.* — Causas económicas de la independencia nacional.=*Revista del Ateneo.*—La crisis económica en el Brasil. = *Revista de Chile.* — El arbitraje y los perjuicios de la guerra. = *Revista de Ciencias.* — Reforma de la enseñanza en Cuba. — *El Ateneo* (Buenos Aires). — El arbitraje obligatorio. = *El Educador.*— Programa del futuro Congreso general de enseñanza pública.

Los últimos números recibidos de la *Revista Nacional* contienen los siguientes importantes artículos:

*Cuestiones de política iberoamericana*, por A. Rodríguez del Busto. El autor, después de señalar los peligros de que se hallan rodeados los Estados americanos y la honda crisis que atraviesan, estudia los medios de robustecer la personalidad de la raza iberoamericana. No cree que se consiga gran cosa facilitando el intercambio comercial. «Esta solución—dice—no está ajustada á la ciencia política moderna. Hoy no deben prosperar las excepciones de intercambio; los productos y las manufacturas deben luchar en igualdad de condiciones. Los tratados mercantiles son una aberración bajo cualquier faz que se les mire, siempre que sea á través del cristal de la democracia; cada pueblo debe proceder con equidad, sin preferencias odiosas hacia el producto de ninguna nación».

Opina el Sr. Rodríguez del Busto que con el arbitraje for-

zoso se resolvería una parte de la cuestión americana actual; mas no los peligros de afuera, que, en su sentir, son los que amenazan la existencia misma de la raza.

Niega la fraternidad política fundada en los vínculos de la sangre. «Hasta en el orden social—dice—puedo negarla, aunque no me compete: entre dos hermanos, sabio el uno, idiota el otro, no hay vínculos ni comunión de ideas, son extremos que se repelen. El sabio formará vínculos estrechos, depositará sus secretos, sus confidencias en una persona extraña que esté próximamente en su nivel intelectual, pero nunca los depositará en su hermano idiota.» «Cuando se trata de pueblos—continúa,—la comunidad ó la frecuencia que da el conocimiento íntimo, que crea vínculos, resulta de practicar las mismas instituciones políticas, jurídicas, pedagógicas, de hablar el mismo idioma y de acercarse materialmente por medio de dos clases de vías, las baratas y las rápidas». Así, el señor Rodríguez del Busto propone los siguientes medios para robustecer los vínculos existentes entre las naciones iberoamericanas: «Unificación y perfeccionamiento del idioma, de las instituciones políticas, de las instituciones jurídicas, de las instituciones pedagógicas, de las instituciones bancarias y de todas las instituciones civiles y militares relativas á la vida del Estado.»

*Sobre la mar Chiquita.* El Sr. Aunchástegui da cuenta del informe que el ingeniero Sr. Cristiany dirigió al Gobierno de Córdoba, y que éste oculta con grave perjuicio de la verdad, sobre la mar Chiquita. La *Revista Nacional,* por su parte, encabeza el dicho informe con los siguientes comentarios: «Hasta ahora, la mar Chiquita, situada en la provincia de Córdoba, al Norte, entre los departamentos Río Seco, Tulumba, fronteras de Santiago del Estero y Santa Fe, es conocida en la geografía argentina bajo una faz que no es verídica. En la geografía de Smith y en diccionarios geográficos argentinos se considera á la mar Chiquita, no sólo navegable, sino que sus aguas tienen una profundidad de 33 metros, que sus costas

son magníficas y que sus montes é islas poseen enormes riquezas. Persistir en enseñarles á los niños que se educan en nuestras escuelas semejante despropósito, es facultativo de nuestro Consejo Educacional y de los hombres que tal dirigen, pero es incorrecto á todas luces tal proceder.»

«Nos parece también que nuestro Instituto Geográfico Argentino debiera tomar cartas en este asunto, para restablecer la verdad geográfica, que está en tela de juicio.»

*Inteligencia española.*—El Sr. R. Monner Sans se ocupa, abundando en frases de elogio y de cariño para nuestros escritores, de los siguientes libros españoles recientemente publicados: *Inducciones*, de Pompeyo Gener; *Las novelas ejemplares de Cervantes.—Sus críticos.—Sus modelos literarios y vivos* y *Su influencia en el arte*, de Francisco A. de Icaza; *El viaje entretenido,* de Agustín de Rojas, precedido de un estudio crítico del difunto D. Manuel Cañete; *La mujer intelectual,* de la conocida escritora Doña Concepción Gimeno de Flaquer; *Manchas de origen*, del escritor valenciano Ismael Rizo Penalva; *Los ingenios*, de Felipe Trigo; *En tranvía*—cuentos dramáticos—de la insigne Pardo Bazán; *Sully Arjona*, de Alfonso Danvila, y *El anarquismo*, de Pablo Eltzbacher, traducción del ilustre profesor de Salamanca Sr. Dorado.

El Sr. D. Paulino Alfonso, en una sesión del Ateneo de Santiago, trató la cuestión del imperialismo, á propósito de la injusta guerra que Inglaterra sostiene con las heroicas repúblicas sudafricanas. En concepto del orador, hay que distinguir dos modos de imperialismo:

«El imperialismo bien entendido consagra la expansión natural de la fuerza civilizadora y engrandece á los Estados. Al imperialismo deben buena parte de su actual civilización la América y la Oceanía, y deberán acaso la suya en los futuros tiempos el Asia y el Africa. Al imperialismo deben hoy las ventajas de la civilización británica más de doscientos millones de hombres.»

Por el contrario, el imperialismo abusivo, hijo de orgullo

y de avaricia, es un nuevo peligro, un nuevo escollo de la civilización.

El Sr. Alfonso se pregunta qué inmensos beneficios podrían hacerse á la humanidad, si fuera empleado en obras de paz y de cultura el dinero que Inglaterra está invirtiendo en una guerra tan estéril como injusta.

*Sobre educación integral*, por José Ingegnieros.

El autor se lamenta del atraso que en la República Argentina se nota en las ideas y procedimientos pedagógicos.

Quien haya tenido—dice—oportunidad de asistir á los Congresos Pedagógicos recientemente celebrados en Buenos Aires y Montevideo (sección del Congreso Científico), quien haya vivido íntimamente con el personal de enseñanza de estos países, quien haya seguido con interés la vida intelectual de las revistas y periódicos pedagógicos que entre nosotros nacen, vegetan y mueren, habrá podido constatar la ausencia de criterios fundamentalmente *nuevos,* relativos á métodos de educación, y la deficiencia de la cultura sociológica y psicológica indispensable para abordar con provecho el estudio de los grandes problemas pedagógicos relativos á la enseñanza primaria.

La educación debe ser integral: «Educación que tiende al desarrollo paralelo y armónico de todo el sér; en ella está involucrada, naturalmente, la instrucción integral que debe servir de base á la enseñanza especializada, al aprendizaje profesional.

Para establecer su método, conviene proceder analíticamente. Sin perder de vista el conjunto, la solidaridad del todo, la reciprocidad de los órganos y de las funciones, de los actos y de los estados, es necesario dividir la materia en el momento de trazar el programa.

Deben considerarse sucesivamente «la educación física», la «educación intelectual», que incluye la enseñanza técnica, y la «educación moral.»

En la educación física se distinguirá, por una parte, el ré-

gimen higiénico general, tendente al desarrollo normal, al hermoso equilibrio orgánico y funcional que llamamos «salud», en el sentido elevado de la palabra; por otra parte, tenderemos á la educación especial de los órganos de relación, considerando como instrumentos de percepción y de acción: como útiles de trabajo del organismo.

En la educación intelectual, idéntico principio: desarrollo simultáneo, equilibrado, de todas las facultades, sin excepción; facultades asimiladoras y productivas, científicas, artísticas, espíritu de observación, juicio, memoria, imaginación, sentido de la belleza. La instrucción integral es, pues, un conjunto completo, encadenado, paralelamente progresivo, en todo orden de conocimientos, que comienza en la primera edad y desde los primeros elementos. Todas las grandes ramas del saber humano, que van ramificándose hasta el infinito, tienen en su base verdades simples, primordiales, fundamentales, fácilmente observables, inteligibles aún para los niños: ellas deben constituir el primer tesoro de conocimientos del alumno, destinado á enriquecerse gradualmente. El programa que comprende á esta idea, puede sintetizarse en dos palabras: *de todo.*»

Falta la educación moral. Por grande que sea su importancia, es inútil exponerla en programas. La moralidad, lo mismo que el raciocinio, es ante todo una resultante; depende del conjunto. La parte de la enseñanza es aquí pequeña. El niño asimila, en la medida de su inteligencia, las nociones de equilibrio y de intensificación individuales, de justicia y de reciprocidad sociales; pero la educación moral es, más que todo, la obra del medio, la consecuencia lógica de una existencia normal en un medio normal. La salud es un gran factor de moralidad; la exclusión de ideas falsas, de sujestiones malsanas, hace imposible la vanidad, la mentira, los vicios. La vida continuamente ocupada en cosas naturales, sencillas y agradables, el ejemplo de los educadores y, sobre todo, la felicidad. Aquí puede agregarse, á título de factor importante en ese medio moralizador, la coeducación recíproca, fraternal,

familiar, de niños y niñas, que da al conjunto de las costumbres una dignidad sin hipocresías, y que, lejos de ser un peligro, sería una garantía de preservación, dadas las condiciones en que se establecería.

Este ideal de educación—agrega el Sr. Ingegnieros—ha sido realizado ya en algunos países. Para mostrar sus ventajas expone á grandes rasgos la historia del establecimiento «Cempuis», tal como nos la cuenta Gabriel Giraud en su libro, recientemente publicado, *Cempuis. Education integrale, coeducation des sèxes.* (Paris, 1900.)

*The Home Education*, por el Dr. C. O. Bouge.

El autor considera el sistema de «home education» anglo-individualista, como el mejor modelo, «porque coloca desde la *nursery* la independencia del criterio y de la voluntad de los hombres».

«Hay una época en el desarrollo de la infancia, época de transición, en que el sistema anglosajón de política paterna se impone como el más saludable, para que la futura virilidad del adolescente desenvuelva hasta el máximun sus innatas fuerzas: la crisis de la pubertad.»

«Es necesario que el joven recoja de la vida misma, al iniciarse en ella, sus duras advertencias, dejarle hacer lo que libremente le ocurra, bueno ó malo, imponiéndole esta sola idea-fuerza: que él sólo será responsable de las consecuencias de sus actos. Naturalmente, para el caso extremo de una falta grave, irreparable, la amenaza tácita de un castigo muy serio debe pender siempre sobre su cabeza como una espada de Damocles.»

«Los méritos del sistema, méritos que describiré en los siguientes párrafos, pueden reducirse á estos cinco incisos:

1.° Propende á consolidar el respeto y la disciplina en los hogares;

2.° A basar los matrimonios en la «afinidad electiva»;

3.° Al mayor incremento de las aptitudes individuales para la producción de la riqueza;

4.° A desarrollar la preocupación del bien público;

5.° Y como resultado total, á cimentar en las costumbres el *individualismo práctico,* que se traduce en el carácter, la ayuda propia, el trabajo, la disciplina, la responsabilidad, la independencia, el ahorro, la dignidad, la responsabilidad personal y social...»

Apoyo el primer punto en la razón siguiente: «la experimentación de la propia responsabilidad aumenta en el adolescente su cariño hacia su padre y su casa. Porque nunca siente con mayor vehemencia la necesidad de sus consejos, que cuando tiene que luchar aislado con sus débiles brazos.»

No cabe duda en cuanto al segundo enciso, pues el joven puede libremente, ya capacitado para las luchas de la vida, escoger compañera, en armonía con sus condiciones. El tercer punto lo funda en el estímulo que el joven siente de afirmar y fortificar sus propias aptitudes para abrir camino en las luchas de la vida; todo lo cual tiende, naturalmente, á realizar lo indicado en los incisos 4.° y 5.°

«Las capitales ventajas que presenta el espíritu de la Educación anglo-individualista *para el Estado*, son: facilitar el buen gobierno por la promoción de ciudadanos idóneos, y mejorar las condiciones económicas por aumento de trabajo nacional. O sea: encauzar la acción política de todos y aumentar la riqueza de todos.»

En el número correspondiente á Agosto último de la revista mexicana *La República*, el Sr. D. Julio Guerrero se ocupa del nuevo partido que, bajo el lema de Reforma, Unión y Libertad y asumiendo el nombre de partido liberal, ha lanzado un programa en que se piden las siguientes cosas: educación liberal y cívica de la nación; restablecimiento de la honradez política en los funcionarios públicos; abolición de toda tendencia personalista en los Gobiernos, que pueda juzgarse preferente á la Constitución de 1857, y leyes de reforma; que sólo se permita un sacerdote de cada culto por cada diez mil habitantes; que todos los clubs vigilen los actos de los

funcionarios públicos y acusen á los transgresores de la ley, sean de la categoría que fueren; que se inculque al pueblo los principios cívicos por medio de la tribuna y de la prensa, y que se purifique la administración de justicia creando Comisiones de salud pública.

El Sr. Guerrero califica este programa de utopia, y de jacobinos á los que lo defienden. Cree que las condiciones de la política actual no permiten inspirarse en las doctrinas del contrato social y de la soberanía del pueblo. Lamenta que todo el mundo se juzgue con aptitudes para ser hombre público, mientras se necesita un aprendizaje especial para ser abogado, médico, ingeniero, etc.

Por eso estima como un *peligro jacobino* la intervención en lo político de los fracasados de otras profesiones, y teme que, cuando deje la presidencia de la República el General Díaz, se produzca el desquiciamiento que sobreviene en todos los Estados cuando la autoridad y el poder pasan de manos robustas y firmes á las de visionarios y exaltados que, sin más cultura que el fondo de experiencia personal que todos tenemos, opinan sobre los negocios públicos como pudiera hacerlo el tendero de la esquina ó el zapatero de enfrente.

El mismo Sr. Guerrero nos da cuenta en la citada revista de la proporción extraordinaria que alcanzan en México los delitos de sangre, en los siguientes términos: «Cábele á México el triste honor de haber especializado sus crímenes y alcanzado en los de sangre el punto más alto que registra la estadística en el mundo civilizado. En el Distrito Federal, sobre todo, los delitos de lesiones y homicidios alcanzan una cifra entre doce y catorce mil casos anuales, que no se encuentra en toda la Europa reunida en el mismo período de tiempo. Nuestra criminalidad de sangre sólo se compara con los casos de pérdidas y bajas en los ejércitos en campaña de las guerras modernas. Estamos, pues, en lo que se refiere al respeto de la vida humana, en condiciones militares tan alarmantes como si nos encontráramos en campaña, con la agravante de que

aquí no podemos prevenirnos contra las eventualidades del peligro con toda la preparación militar que una época de guerra requiere.»

En opinión del Sr. Guerrero, este desarrollo de la criminalidad es debido á varias causas: la escasa influencia de la religión católica, que va quedando relegada al elemento femenino de las altas clases; los hábitos de crueldad creados por setenta años de guerra; la sequedad del clima; el alcoholismo; el pernicioso influjo de periódicos y novelas que hablan de bandidos y de grandes crímenes, rodeando en cierto modo á los primeros de una especie de aureola; atavismos de raza...

El articulista entiende que sólo una educación racional que eleve el nivel de cultura del país, podrá hacer que la criminología disminuya, transformando el alma mexicana y matando en ella los instintos sanguinarios, y que, á modo de sedimento, fuese alejando las guerras de conquista y de independencia y las revueltas políticas.

*El proletariado profesional*, por Pangloss.

Se da en México, por lo visto, el mismo fenómeno que Demolin denunciaba en Francia y Sergi en Italia, y acerca del cual han hablado no poco algunos periódicos de España de gran circulación.

Las carreras liberales no pueden sostener á todos los que á ellas recurren; hay un considerable exceso de personal, y mientras la agricultura y la industria están desatendidas, ó en poder de extranjeros, la plétora de «intelectuales» da origen á un proletariado profesional cuya suerte es cien veces más triste que la del obrero. Los abogados, los médicos y los ingenieros vegetan en las oficinas y en los empleos del Gobierno, obteniendo míseros sueldos; las clases «altas» no quieren dedicar á sus hijos, por no perder los timbres de familia, á las profesiones modestas y lucrativas; y de aquí la miseria general del país, que ofrece un vasto campo de acción á los especuladores extranjeros.

El articulista cree que si México ha de conservar su inde-

pendencia económica, base de la política, es indispensable que se dé de mano á la rutina y que los que no tienen vocación ni aptitudes de sabio, se consagren á la agricultura y á la industria.

El Sr. M. Trelles, en el núm. 104 de la revista *Cuba y América*, resume en un breve artículo el «Report on the Census of Porto-Rico» en 1899, redactado por el coronel Sanger y los peritos en estadística Sres. Garreti y Wilcoxx. De él resulta que la población de este país ha doblado más de seis veces á la pasada centuria.

«Los blancos y mulatos han aumentado en igual proporción; por el contrario, los negros han disminuído paulatinamente, por efecto del entrecruzamiento de las razas y de la falta de inmigración africana. Los mestizos, á despecho de lo que afirman ciertos autores, en vez de extinguirse en este clima aumentan progresivamente, al menos en Cuba y Puerto Rico.»

La instrucción pública no ha podido estar en estos países más abandonada.

«La proporción de iletrados en Puerto Rico es más elevada que en cualquiera de los Estados de la Unión ó en cualquiera de las islas de las Antillas. Guatemala es el único país cuya proporción de iletrados es mayor que en Puerto Rico.»

El cuadro que presenta la higiene pública tampoco es muy halagüeño. «El 6 por 100 de las casas se surte de agua de acueducto; el 1 por 100 posee inodoros, y el 75 carece de lugares excusados.»

Por lo que se refiere á los medios de transporte, Puerto Rico es de los países más atrasados de América, y otro tanto puede decirse de la agricultura, industria y comercio.

El Sr. Solís estudia en la *República Agrícola*, de Guatemala, las causas económicas de la independencia nacional. Económicas y no políticas fueron, en su sentir, las causas de la independencia de Guatemala, siendo la principal el haber el Guayaquil acaparado, para su cacao, los mercados de Nueva

España á fin del siglo XVII, con exclusión del de Guatemala; lo cual, unido á la prohibición general, de antiguo existente, del ejercicio del comercio por el mar del Sur, entre los cuatro reinos de Perú, Nueva España, Nueva Granada y Guatemala, trajo como consecuencia en este último punto, (á que se circunscribe el artículo del Sr. Solís,) la disminución de la moneda, que salía de Guatemala para comprar en Nueva España y otros sitios los productos de que allí se carecía y que necesitaba, al mismo tiempo que su comercio de exportación era nulo ó poco menos, por lo que no entraba moneda y ésta llegó á agotarse; hasta el punto de que «la posesión de terrenos, ganados y alhajas no servía de nada, porque faltaba moneda para el cambio», por lo cual, «siguiendo el dictamen de muchos funcionarios civiles y religiosos, se envió á la corte una súplica para que se permitiese la acuñación de moneda igual á la española», habiendo tardado dicha solicitud catorce años en obtener resolución favorable.

A pesar de esto, el Sr. Solís, en vez de ensañarse con la metrópoli, más bien la disculpa, «alegando el buen deseo de España de hacer la felicidad de sus colonias, cuya realización implica la lucha entre los intereses opuestos de España y de de dichas colonias», así como el régimen administrativo de las provincias de entonces, y el modo de ser y las necesidades y situación geográfica de tales países.

El sistema prohibitivo de que queda hecho mención, se dulcificó por la famosa y curiosísima Real cédula de 17 de Enero de 1774 y por otras disposiciones de las postrimerías del siglo XVIII; pero no llega nunca, según el Sr. Solís, á la adopción del único remedio eficaz: la libertad comercial en provecho de colonias y metrópoli.

El Sr. Solís termina su trabajo doliéndose de que «la hora de la separación de la madre patria haya coincidido con el «comienzo de la época de las luchas fratricidas», y dice que «si se hubiera de juzgar de los resultados de la independencia por los adelantos del primer tercio de siglo de vida autónoma, no se-

ría grande la importancia de tal revolución». Pero el señor Solís, no obstante, tiene gran fe en el porvenir de su patria.

El último número recibido de la *Revista del Ateneo*, de Buenos Aires, contiene un interesante artículo de D. Ernesto Quesada sobre la crisis económica del Brasil.

«La vida económica de este país—dice el Sr. Quesada,—por razón del clima y de su tradición esclavista, se basó exclusivamente en la producción del café hasta la famosa reforma de Río Branco. Desde entonces, y principalmente á partir de la proclamación de la República, su Estado ha tratado de desarrollar otras ramas de producción; pero puede decirse que hasta ahora no se ha logrado gran cosa en este sentido.»

A pesar de haber sido sustituído el trabajo de los esclavos por el de hombres libres, y á pesar de haber sido cambiados los métodos rutinarios de cultivo por la dirección inteligente de especialistas, los precios continúan en baja y las crisis se suceden.

El Sr. Quesada señala como causas de la actual, que es gravísima, las siguientes: falta de mercados, deficiencias de la legislación mercantil, de la producción y de los transportes, estimando como mejor remedio para salvar la situación el propuesto por el Sr. Veiga, que consiste en dar á la producción brasileña una organización comercial.

Sabido es que Chile ha sido uno de los Estados que no ha querido firmar, en el Congreso Panamericano reciente, el compromiso de arbitraje. La misma actitud adoptó en el Congreso Hispanoamericano de 1900. Pero no todos los chilenos participan de esta repugnancia hacia el arbitraje. Así se desprende de un artículo de la *Revista de Chile* (Agosto 1901), cuyos principales párrafos son como sigue:

«Así como no es posible conseguir que un país prospere si no se respeta en él la paz pública, si carece de correcta administración de justicia que asegure el respeto de la propiedad y el cumplimiento de los contratos, así tampoco no es posible esperar entre países colindantes un aumento de relaciones co-

merciales entre ellos, ni tampoco que el capital de los países de más recursos venga á fecundar esas comarcas, mientras no haya una garantía cierta, que inspire plena confianza á todos, de que la paz internacional no será turbada por cualquier motivo, á menudo, hasta sin motivo.

»Falta entre las naciones de este continente, sobre todo en algunas de ellas, ese alto espíritu de cordura y sensatez que permite dar á la paz interna su verdadero precio y posponerla á rivalidades de poco momento, á malquerencia sin justificación, á ambiciones descabelladas.

»¿Se quiere un mayor desarrollo comercial, una multiplicación en las vías de comunicación, un aumento de la actividad industrial y mercantil de estas repúblicas? La realización de todas esas aspiraciones está subordinada á la confianza que sepan inspirar á los extraños, capaces de traerles capitales y elementos de trabajo, de que el orden y la paz pública no serán turbadas en cualquier momento sin causa justificada.»

El arbitraje puede contribuir á inspirar esa confianza.

«El arbitraje adoptado de común acuerdo, en forma que no vulnere los derechos de nadie, *sin pretender someter á sus resoluciones cuestiones anteriores á su establecimiento*, constituído en forma que dé garantías formales de imparcialidad y seriedad, no puede ser, nos parece, motivo de temores ó recelos fundados para nadie.

»Puede, además, traer otro gran beneficio, y es el de detener la dañina inclinación que hemos empezado á revelar, á invertir gran parte de nuestras rentas en fusiles, cañones y blindados, en lugar de dedicarlas á fomentar nuestros medios de transporte, á multiplicar nuestros elementos de trabajo y producción, á elevar el nivel intelectual de nuestro pueblo, que tanto lo necesita, y á tantos otros fines de más positiva y segura conveniencia.

»Hubo un tiempo en que las naciones de Europa principalmente, ignoraban los medios de enriquecerse pacíficamente y en los que un íntimo convencimiento les advertía

que la guerra y el pillaje eran las industrias de más seguro rendimiento, y durante siglos han vivido asechándose los unos á los otros y ocupados en pillarse cada y cuando se creían más fuertes que el vecino.

»Este error ha sido destruído, y hoy los economistas han mostrado que la guerra ha llegado á ser, en la mayoría de los casos, un medio muy costoso de enriquecerse, en todo caso más costoso que el procurarse por medio de las artes de la paz las riquezas que arrebata. Si se considera el número de hombres que es necesario quitar al trabajo durante años y años para adiestrarlos en las artes militares, lo que hay que invertir en armarlos y equiparlos, las pérdidas de vidas que la guerra ocasiona, la carga duradera que la nación contrae de dar pensiones y socorros á las viudas y huérfanas, fuera de muchas consecuencias indirectas que produce, aun aquella en que se ha obtenido la victoria, permiten vislumbrar que la conclusión á que llegan los economistas modernos no es una conclusión basada en datos sentimentales é inspirada por el humanitarismo sólo.

»Si el arbitraje, tal como se intenta ahora establecerlo, puede quitar algunas causas de guerra y contribuir á hacerlas en América menos frecuentes y más tardías de lo que han sido, bien venido sea; si ha de traer sobre América más paz y justicia sin vulnerar, al hacerlo, el derecho de nadie, ¡bendito sea!»

El último número recibido de la *Revista de Ciencias*, de la Habana, dedica su editorial al examen de la reforma de la enseñanza hecha por el Secretario de Instrucción pública, el espíritu que la informa y los resultados que de ella pueden esperarse. Para ello se sirve principalmente de un opúsculo del señor Varona, titulado *Las reformas en la enseñanza superior*, y de una carta particular de este mismo escritor dirigida al señor Montané. De ambos documentos resulta que, pretendiendo los cubanos competir en el terreno industrial con los norteamericanos, para no ser desalojados se han procurado armas adecuadas á la defensa y en correspondencia con las que usan

sus competidores, es decir, que han inspirado su enseñanza en el criterio americano, del modo más análogo al de los Estados Unidos. El niño no entra en la segunda enseñanza hasta la edad en que deja de ser un mero recipiente, hasta que puede trabajar por sí mismo y ser un colaborador en la obra de su cultura, sustituyendo la enseñanzanza del libro por la de la naturaleza y el hombre. Al entrar en la Universidad, cultiva preferentemente aquellas ramas del conocimiento que ayudan á utilizar las fuerzas naturales, para hacerlas servir á la obra de la civilización. La reforma de los Institutos tenía que ser principalmente pedagógica; la de la Universidad había de tener además carácter social.

Puesta en estas condiciones, claro es que la enseñanzá ha de producir resultados excelentes.

El Sr. A. San Juan hace en *El Ateneo* (Buenos Aires) el examen de un libro publicado por el Sr. Miró Quesada con el título de *El arbitraje obligatorio*. El autor empieza historiando la tendencia á solucionar pacíficamente los conflictos internacionales, tendencia que se acentúa—dice—desde mediados del pasado siglo. Pone de relieve cómo son las Cámaras populares de Inglaterra, Italia, Suecia, Países Bajos y Bélgica, las cuales proponen á los respectivos Gobiernos la celebración de tratados permanentes de arbitraje, cosa que se explica por ser el pueblo, que es, en definitiva, quien paga con su dinero y con su sangre, el más interesado en evitar las guerras. Hace constar después que tal aspiración se reveló primero en América que en Europa, dándose el caso de haber sido un guerrero como Bolívar quien, para realizarlo, recurrió al Congreso de Panamá de 1826. Al terminar el Sr. Miró su reseña histórica, se pregunta cuál es la causa de que no se hayan obtenido hasta ahora los resultados apetecidos, y dice que no puede ser otra que la ineficacia del arbitraje sin sanción, por haberse limitado las asambleas reunidas al efecto, como la reciente de La Haya, á declarar que la sumisión al fallo del tribunal debe ser *bona fide*.

El Sr. San Juan halla justificado el escepticismo del señor Miró respecto del *arbitraje facultativo*, pero cree en la posibilidad de un pacto diplomático en que se estipule el *arbitraje obligatorio,* manifestando la confianza de que en contados casos sería necesaria la acción coercitiva sobre los Gobiernos para el cumplimiento de la sentencia del tribunal arbitral, confianza que apoya en el hecho de que «ningún Gobierno inicuo y fuerte se negó jamás á cumplir un fallo arbitral en favor de otro débil».

Circunscribiendo la cuestión á América, estima el Sr. San Juan urgente que se pacte el arbitraje obligatorio para solucionar todos los problemas pendientes y futuros, inclinándose á pensar que en muy pocos casos sería preciso recurrir á la fuerza para imponer los fallos. Tanto el Sr. Miró Quesada como el Sr. A. San Juan, creen de necesidad someter al tribunal arbitral las cuestiones en la actualidad pendientes entre las naciones americanas, porque se trata la mayor parte de las veces de litigios tradicionales sobre fronteras, y se requiere la solución previa de estos conflictos para que después pueda ser un hecho el arbitraje entre los diferentes Estados.

El Sr. San Juan termina haciendo notas por que tales aspiraciones sean pronto una realidad hermosa.

*El Educador,* de Santiago de Chile, se ocupa en el *Congreso general de enseñanza pública* que debe celebrarse el presente año, incluyendo las listas de temas propuestos á la Mesa por las Comisiones de enseñanza superior y de enseñanza secundaria.

He aquí los primeros:

1.° Reforma de la ley de instrucción de 9 de Enero de 1901.—2.° Fundación de la superintendencia de la enseñanza nacional á que se refieren los artículos 144 y 145 de la Constitución.—3.° Necesidad de crear nuevas carreras especiales (de notarios, de inspectores técnicos, de químicos, de electricistas, de veterinarios, de enfermeros, etc.).—4.° Necesidad de crear una escuela politécnica.—5.° Conveniencia de la codificación de las leyes de instrucción.—6.° Extensión ó vulgarización de la enseñanza universitaria.—7.° Necesidad de crear cursos especiales para médicos legis-

tas, para higienistas, para ingenieros sanitarios y para cirujanos militares.—8.° Conveniencia de organizar la institución del protomedicato.—9.° Bifurcación de los estudios de humanidades desde el 4.° año, con el fin de reforzar la preparación de los que siguen la carrera de las matemáticas.—10. Condiciones en que debe organizarse el profesorado extraordinario.—11. Equivalencia de los grados y de los títulos en los países latino americanos.—12. Conveniencia de arreglar por la ley la provisión de pensiones en el extranjero y de becas en los establecimientos nacionales.—13. Creación de una escuela de bellas artes independiente de la Universidad.—14. Sistema de pruebas adaptables á la instrucción superior y profesional.—15. Reorganización sistemática de la Universidad.—16. Conveniencia de instituir pensionados para fomentar ciertas carreras especiales.—17. Conveniencia de exigir títulos de competencia para optar á los cargos adminisirativos.

La Comisión de enseñanza secundaria propuso los siguientes temas:

Materias fundamentales.—§ 1. *La reforma de la enseñanza secundaria en Chile y otros países.*—Se esclarecerán en este tema los puntos relacionados con la educación de los alumnos. Se excluirá en lo posible toda disertación histórica que no conduzca directamente á los fines prácticos que persigue el Congreso.

§ 2. *Horas de trabajo y recargo escolar.*— Estudio comparativo de la cantidad de trabajo intelectual que se impone á los alumnos de la enseñanza oficial y privada, tanto en Chile como en otros países. Si hay recargo en Chile, ¿cuáles son sus causas y cuáles serían los medios de evitarlo?

§ 3. *Fiscalización de los establecimientos privados.*—Intervención que incumbe al Estado, según la ley, cuando esos establecimientos particulares aspiran á la validación de sus estudios, para títulos universitarios, vigilancia relativa á la moralidad, higiene y seguridad de los alumnos y empleados.

§ 4. *La cuestión de exámenes.*— ¿Conviene adoptar un sistema único de exámenes para los colegiales fiscales y particulares? En las condiciones ordinarias, ¿bastan las pruebas finales para garantir la seriedad de los estudios? Las pruebas periódicas, ¿son indispensables para garantir la gradual maduración de la cultura?

§ 5. *La cuestión del bachillerato.*—¿Convendría suprimir el sorteo? Se formulará un plan de examen para el bachillerato en armonía con los programas vigentes.

§ 6. *¿Conviene organizar en Chile un curso de altos estudios de hu-*

*manidades?*— Formular un plan para la licenciatura en humanidades y señalar los medios para asegurar el mantenimiento de estos estudios superiores.

§ 7. *Las jubilaciones en el profesorado.*—¿Qué reformas deben introducirse en las leyes vigentes sobre la materia? ¿Debe hacerse forzoso el retiro á cierta edad?

§ 8. *Plan general de sueldos y ascensos en el profesorado. Los premios.*—Se formulará un proyecto de ley sobre la materia.

MATERIAS ESPECIALES Á LA SECCIÓN.—§ 1. *La reforma en los programas de enseñanza.*—¿Cuál es entre los idiomas vivos el que debe considerarse como fundamental en nuestro plan de estudios? Extensión de los programas y relaciones que deben tener entre sí. Armonización entre las materias unas con otras y *engranaje* que convendría establecer al final del tercer año con las materias que exigen los colegios especiales á los alumnos que van á incorporarse á ellos. *Engranaje* entre los programas del primer año con los de la enseñanza primaria superior.

§ 2. *Horario.*—Número de horas semanales para cada ramo. Distribución de éstas en el día.

§ 3. *Supervigilancia en los liceos del Estado.*—¿Es más ventajoso organizar visitaciones generales por zonas, ó es preferible nombrar visitadores para grupos de ramos que inspeccionen la enseñanza en todos los liceos? Proyecto de ley sobre la materia.

§ 4. *¿Qué medios deben emplearse para asociar á las familias en la obra de la enseñanza y de la educación?* — Causas de la actual falta de cooperación de la casa en las obligaciones escolares y remedios para llenar esta deficiencia.

§ 5. *Pensiones en el extranjero para los profesores.*—Condiciones que deben llenar los que obtengan becas en Europa y los Estados Unidos. Reglamento sobre la materia.

§ 6. *Libros fundamentales que deben contener las bibliotecas de los liceos.*—Catálogo de libros que deben hallarse indefectiblemente en la biblioteca de cada liceo, como mínimun de su dotación.

§ 7. *¿Conviene que todos los liceos de instrucción secundaria sean del mismo grado?*— ¿Es preferible que, por motivos de economía, de buena administración ó de escasez de alumnos en algunas localidades, ó por la dificultad de tener profesores competentes, subsista la división actual en liceos de primera y segunda clase?

§ 8. *¿Cuál es el mejor sistema para la provisión de becas en los liceos de instrucción secundaria?*

§ 9. *¿Debe mantenerse con uniformidad el mismo número de cursos en todos los liceos de la República de igual categoría?*—¿Conviene que los

planes de estudio y los programas sean los mismos en todos los liceos? ¿Es útil introducir en ellos modificaciones de detalle, sobre todo en los estudios científicos, adoptadas á las condiciones de las localidades ó regiones del país?

§ 10. *¿Qué medios podrían aplicarse para hacer experimentales los estudios científicos secundarios?*—Organización de excursiones de los alumnos á los alrededores en que esté ubicado el liceo; herborización en los campos; observación con el barómetro de la elevación ó depresión del suelo; formación de cróquis del terreno con algunas medidas, etc., etc.

§ 11. *¿Conviene establecer una oficina de útiles de enseñanza secundaria?*—Organización de este servicio.

§ 12. *Resumen de los métodos de enseñanza de los idiomas vivos usados en los últimos veinticinco años.*

§ 13. *La enseñanza de los idiomas vivos en Chile desde 1890.*

§ 14. *Los textos de enseñanza.*— ¿Debe exigirse la uniformidad en la adopción de los textos? ¿Conviene que el Estado adquiera la propiedad literaria de los que se adopten para libros de materia, lectura y consulta? Indicaciones sobre la forma en que el libro debe estar redactado para adaptarse al sistema de estudios en vigor.

§ 15. *Idiomas.*—*a*) Estudio y revisión de los programas.— *b*) Metodología general y textos.—*c*) Material de enseñanza.—*d*) Importancia de la fonética para los profesores y alumnos. Importancia de la traducción para la enseñanza de los idiomas extranjeros y para el idioma patrio.

§ 16. *Filosofía, literatura, historia y geografía.*— *a*) Estudio y revisión de los programas. — *b*) Metodología.— *c*) Material de enseñanza en geografía y en historia.—*d*) ¿Qué condiciones pedagógicas debe llenar el mapa de Chille destinado especialmente á la enseñanza? — *e*) ¿Conviene formar una colección de cuadros murales sobre geografía chilena y otra sobre historia nacional?—*f*) ¿Cómo deben organizarse las excursiones para la enseñanza intuitiva y práctica de la geografía é historia chilenas? Formación de una lista de los lugares vecinos á cada liceo que deben ser visitados anualmente por los alumnos.— *g*) ¿Conviene separar el estudio de la geografía del de la historia?— *h*) ¿Qué debe comprender el estudio de la filosofía? ¿Debe incluirse en esta asignatura la enseñanza de la psicología y de la moral?

§ 17. *Ciencias físicas, naturales y matemáticas.*—*a*) Estudio y revisión de los programas.—*b*) Metodología.—*c*) Material y útiles de enseñanza.—*d*) Los trabajos manuales en las preparatorias.—¿Qué extensión deben darse á estos trabajos para que puedan servir de base á la educación industrial? ¿Qué ejercicios deben implantarse para que los niños inicien su aptitud en los trabajos mecánicos?

§ 18. *Administración, régimen interno y educación.—a*) Reglamento interno de los liceos. ¿Conviene dictar un plan único para todos los liceos, ó es preferible dictarlos aisladamente para cada uno de ellos?—*b*) Los internados. Medidas tendentes á mejorar su condición.—*c*) El inspectorado. Reorganización de este servicio.—*d*) ¿Debe fomentarse la organización de internados y medio internados particulares? Plan sobre esta materia; requisitos; emolumentos.—*e*) Organización de los libros de oficina y contabilidad de los liceos.—*f*) Estadística de la enseñanza secundaria. Bases para organizar este servicio de un modo sistemático y uniforme en todos los liceos de la República.—*g*) ¿Qué recompensas deben recibir los alumnos sobresalientes en cada año escolar? ¿Deben mantenerse las distribuciones de premios ó deben suprimirse?—*h*) Ahorro escolar. Medios de fomentarlo en los Establecimientos del Estado.

El Sr. Bernardo Suárez se lamenta de que, tratándose, como se trata, de un *Congreso general*, no sólo para la instrucción primaria, sino también para la secundaria y superior, no se haya dispuesto que tomen parte en él las maestras y profesoras de las escuelas y liceos de niñas. La razón de que para ello se necesitaría más dinero, no es, en opinión del Sr. Bernardo, razón suficiente. «Pensamos—dice—que la mujer tiene iguales aptitudes que el hombre para la educación y la enseñanza, particularmente para la primaria. La Naturaleza ha querido confiarla la misión más importante del género humano: la de concebir, criar y educar al hombre. En los dos Congresos de enseñanza que van ya celebrados en la República Argentina, se han distinguido los colegios y escuelas de niñas.»

HISPANUS.

# CRÓNICA LITERARIA

*Recuerdos de un diplomático*, por D. Augusto Conte (tomo II).—*Psicología del pueblo español*, por D. Rafael Altamira.

Curioso y entretenido como el primero, es el tomo II de los *Recuerdos de un diplomático*, escritos por D. Augusto Conte. Se refiere al período comprendido entre los años 1852 y 1865, y casi todo él habla de personas y sucesos de las Cortes de Florencia, Turín, Nápoles y Londres, en que pasó aquellos años el autor, desempeñando cargos diplomáticos. Sólo por incidencia habla de España, con motivo de un viaje que hizo á su país natal el Sr. Conte, ó con ocasión de los cambios políticos que aquí ocurrían, y que determinaban de rechazo cambios de residencia del diplomático que cuenta sus recuerdos... traslaciones en lenguaje administrativo. Se observa por estas *Memorias* (aunque ya es pormenor poco importante) que el Sr. Conte no fue de los que más padecieron con nuestros disturbios políticos. Los vió desde lejos, y le perjudicaron poco en su carrera, al menos hasta el momento á que llega la narración en el segundo tomo.

Es sensible que el Sr. Conte, que tan felices disposiciones muestra como escritor de Memorias históricas, no hubiese tenido otra profesión distinta de la de diplomático, que en vez de tenerle alejado de España, le hubiese mantenido aquí, de

suerte que el asunto de sus *Recuerdos* fuese español, cosas de España. Serían interesantísimos. No es por *chauvinisme*, ni siquiera por patriotismo, sino sencillamente porque los sucesos y personalidades notables del reinado de Isabel II interesan mucho más á nuestro público que lo que ocurría por entonces en las diferentes Cortes italianas ó en la de la Reina Victoria. Para nosotros al menos, aquel período de la historia de España posee todos los alicientes capaces de despertar la curiosidad: está aún reciente y guarda relación inmediata con las cosas de ahora; es como el prólogo ó el antecedente de lo que en la actualidad vemos y *vivimos;* abundan en él las intrigas, las causas ocultas generadoras de hechos conocidos; lo individual y privado influyó mucho en lo público. Tras el velo de la historia pública y *hecha* queda mucho terreno por explorar; más que el fondo del cuadro es esa historia un telón que oculta con frecuencia la maquinaria complicada de la historia secreta. No diremos que haya en todo esto materia para unas nuevas *Anécdota* de Procopio, ni siquiera que haya llegado el instante de que los Procopios ó quien haga sus veces dejen á un lado las *Historias* y la emprendan con las *Anécdota*. Pero, libelos aparte, sí hay materia para muchos libros curiosos de recuerdos.

Algo dice, sin embargo, el Sr. Conte de los sucesos de España, y suelen ser sus dichos agudos y oportunos. Hablando del estado de ánimo que dominaba en las esferas oficiales de Madrid antes de la guerra de Africa, dice que O'Donnell abrigaba «la idea, muy acariciada también por D. Alejandro Mon y otros megalomanos de aquella época, de hacer que España fuese declarada Potencia de primer orden; ocurrencia singular que equivale, en mi concepto, á pretender que un pobre sea declarado rico, ó que un chico de cuerpo sea declarado gigante». Juicios parecidos le merecen casi todas las empresas belicosas de aquella época. Recuerda que Istúriz decía de O'Donnell «que después de su campaña de Africa se parecía á D. Quijote de la Mancha después de su batalla con el vizcaíno:

á todo se atrevía, nada le parecía difícil»; y cuenta que al saberse la anexión de Santo Domingo, Lord Russell se admiró mucho de aquella novedad, y dijo que él hubiera respondido á los dominicanos lo que contestó Luis Onceno á los genoveses una vez que quisieron pasar al dominio de aquel Rey por librarse del Duque de Milán: «¿Queréis daros á mí? Pues yo os doy al diablo.» Respecto al término de aquella empresa, «Narváez pensó, sin duda—según el Sr. Conte,—que en materia de locuras, son las mejores las más cortas».

Locura también le parece al autor de los *Recuerdos* la guerra del Pacífico. «Istúriz—dice—lo había predicho desde que empezaron á construirse en Inglaterra algunos buques para nuestra marina de guerra, y les decía á sus íntimos amigos: «Ya verán ustedes cómo apenas estén concluídos, los emplearemos en alguna locura.» Ciertamente, miradas á distancia, y vistos ya el término que tuvieron y su esterilidad para los intereses españoles, aquellas guerras parecen poco prudentes y se advierte con facilidad el desequilibrio entre la tendencia española á *hacer grande,* y la medida real de nuestras fuerzas y recursos. Pero juzgar á O'Donnell y á los hombres de su tiempo que aprobaron aquella política con nuestro criterio de hoy, sería poco equitativo. Como todas las decadencias, la nuestra ha sido progresiva y hace cuarenta años parecían posibles para nosotros cosas que hoy tachamos de locuras. Por otra parte, ¿no fuimos en 1898 á la guerra con los Estados Unidos, aunque fuese contra nuestra voluntad y por dejar á salvo el punto de honra? En la época á que se refiere esta parte de los *Recuerdos* del Sr. Conte, era mucho más escaso que ahora el número de los españoles que creían que nuestro papel en el mundo acababa en el límite de nuestras fronteras y que los ensueños de gloria militar eran para nosotros alucinación en extremo peligrosa.

Lo mismo que en la parte relativa á sucesos de España, en la concerniente á los países en que residió el autor de los *Recuerdos de un diplomático,* abundan mucho las anécdotas, con-

tribuyendo á dar ligereza y amenidad al relato. No todas son nuevas, pero las más de ellas son muy graciosas. Cuenta, por ejemplo, que era tan grande el recato de la Reina María Teresa de Nápoles, esposa de Fernando II que exigió que las bailarinas de la Ópera se pusiesen pantalones de tul verde debajo de los toneletes, para que no padecieran las buenas costumbres, innovación que fue motivo de no poca risa y de muchos chistes. Acerca de la costumbre de señalar las señoras un día fijo á la semana para recibir á sus amigos, da la siguiente explicación: «Según algunos autores, semejante costumbre es muy antigua. Otros sostienen, al contrario, que fue establecida en tiempo de la Restauración (se refiere á la francesa), y la atribuyen nada menos que á los Reverendos Padres Jesuítas. Cuentan que en aquella época de reacción política y religiosa, hubo más de una señora, entre las más devotas del barrio de San Germán, las cuales (*sic*) se quejaron á sus confesores de que cuando algún caballero libertino las hallaba solas, solían verse muy apuradas para poner coto á sus atrevidas impertinencias. Propusiéronlas los buenos Padres que cerrasen la puerta de sus casas á las personas de esa especie; pero el hacerlo no era fácil, ni menos podían tampoco dejar enteramente de recibir visitas. Entonces discurrieron los prudentes confesores y adoptaron las recatadas damas el ingenioso recurso de recibir solamente un día fijo en cada semana, por cuyo medio, siendo muchas las personas que acuden, ni dejan de ver á sus amigos, ni corren el riesgo de hallarse á solas con ninguno.» Podrá no ser rigurosamente histórica la explicación, pero por su mezcla de candidez y de malicia resulta bonita y picante. Es muy *talon rouge*. De Lord Wellington, el vencedor de Napoleón, *The Iron Duke*, como le llamaban los ingleses, cuenta una ocurrencia tan graciosa como sangrienta: la respuesta que dió á los denuestos del populacho, cuando votó el divorcio de la Reina Carolina. «Las turbas, excitadas por los whigs, le rodearon al salir de la Cámara y querían obligarle á gritar: ¡Viva la Reina Carolina! Entonces el Duque, volvién-

dose á aquellos energúmenos, les dijo con mucha sangre fría: «Sí. ¡Viva la Reina Carolina! y que Dios le dé á cada uno de ustedes una mujer tan buena como ella.» Sabido es que Carolina de Brunswick había sido acusada de adulterio.

Esta abundancia de anécdotas no arguye que el autor de los *Recuerdos* se limite á lo superficial: á coleccionar los dichos agudos de sus contemporáneos y los lances divertidos que presenció ó llegaron á su conocimiento. Los chistes y anécdotas de que he dado antes alguna muestra, son como la sal de estas Memorias, pero en ellas se trata también de asuntos serios, por lo general con mucha discreción y claro sentido de la realidad. En los *Recuerdos* se habla de gran número de personajes notables ó simplemente conocidos del siglo XIX, de Víctor Manuel I de Italia (que en la época á que se refiere el libro del Sr. Conte era sólo Rey de Cerdeña), de la Reina Victoria, de Fernando II de Nápoles, de Napoleón III, de Garibaldi, de Cavour, de Palmerston, de Disraeli, y entre los españoles, de la Reina Isabel y su hermana la Duquesa de Montpensier, de O'Donnell, de Cánovas del Castillo, de Narváez, el Conde de San Luis y de muchos otros de menor importancia; se habla también de sucesos tan importantes como la guerra de Crimea, la de secesión de los Estados Unidos, las de Italia, la insurrección de Polonia y la guerra de los Ducados, y se emplean no pocas páginas en describir las obras de arte que se conservan en los Museos de Italia y de Inglaterra, países en que el autor residió en la época que abarca el segundo tomo de sus *Recuerdos*. Acerca de todos estos asuntos, que asuntos son para el escritor que los traslada á un libro, hombres y sucesos, discurre el Sr. Conte con perspicacia é imparcialidad. Se ve que no le cuesta trabajo ser objetivo ni aun en un género tan subjetivo y personal como las Memorias. Su crítica suele ser benévola en lo que á las personas se refiere, ó por lo menos templada y cortés.

Con quienes se muestra acaso más severo es con los políticos que por entonces desempeñaron cargos diplomáticos de

importancia y de quienes tuvo que depender por tal concepto el Sr. Conte. No los maltrata, pero deja comprender con harta claridad que, en su concepto, eran hombres muy incompletos por la falta de ciertos talentos de sociedad ó determinados conocimientos auxiliares como el de las lenguas vivas. Es un rasgo muy característico de la psicología profesional del diplomático de carrera ese desdén hacia las personas ajenas á la corporación que llegan á desempeñar cargos importantes de esta clase. De D. Nicomedes Pastor Díez habla con simpatía el Sr. Conte, pero se escandaliza de que no supiese bailar y pronunciase el francés con acento gallego. A este propósito, refiere que la Reina Doña Isabel se rió mucho de que en cierto baile de Palacio no supiesen bailar algunos personajes de la oposición contra el Conde de San Luis, diciendo: «Buena está la Oposición, que ni para bailar sirve.» Hay que reconocer que en este punto han variado bastante las costumbres y que nadie se extraña ya de que un hombre político no sea bailarín.

Quien sale peor parado en esta parte es D. Antonio González, que fue Embajador en Londres y de quien refiere el señor Conte que se resistía á ponerse el frac en las comidas diplomáticas que daba, y por nada del mundo prescindía, ni en tales ocasiones, de un gorro de terciopelo encarnado con borla de oro, que usaba constantemente por temor á los resfriados. De este D. Antonio González refiere la siguiente anécdota: «Una noche que comía en el Club con el Secretario Sorela, le hizo notar éste que en una mesa inmediata había comido lord Clarendon.—«Por vida del Chápiro—exclamó González,—¿por qué no me lo ha dicho usted antes y hubiera pagado por él?»—«Señor D. Antonio—le respondió Sorela,—Clarendon lo hubiera llevado muy á mal, porque aquí no existe esa costumbre.»—«Vamos, vamos—le replicó él, desengáñese usted, á nadie le disgusta que le paguen la comida.»—También al Ministro de Estado, D. Saturnino Calderón Collantes, le alcanza algún disciplinazo. Dice el Sr. Conte que no sabía hablar bien el

francés, lo cual dió lugar á dificultades diplomáticas, porque en cierta ocasión, queriendo manifestar al Embajador de Francia que no podía darle respuesta sobre determinado negocio, dijo *je ne conteste pas*, frase que el Embajador entendió como de asentimiento, sin comprender que el Ministro traducía con excesiva libertad el verbo español *contestar* por el francés *contester*, que significa otra cosa. Pero según he leído no ha mucho en un periódico extranjero, el actual Secretario de relaciones exteriores de los Estados Unidos no sabe tampoco francés, ignorancia más notable hoy que en la época de Calderón Collantes, por lo mucho que se ha extendido por todas partes el estudio de las lenguas vivas. No hay duda de que el dominio de éstas es muy conveniente para los diplomáticos, y hasta necesario en ciertos casos, y tratándose de ciertos idiomas si bien en los que ocupan los primeros puestos tienen importancia mayor otros talentos.

Como los *Recuerdos* reflejan la vida del autor, no es de extrañar que las noticias acerca de la vida de sociedad y de las personas principales con quienes alternaban los diplomáticos en cada una de las Cortes que describe, ocupen muchas páginas en el tomo de que venimos hablando. Entre las ocupaciones de la diplomacia ha llenado y llena todavía mucho lugar la vida de salón, y por eso es por lo que se exige á los funcionarios de esta clase que sean hombres de mundo, personas distinguidas. Este carácter particular de los empleos diplomáticos parece estar llamado á sufrir algunas modificaciones. Acaso está su origen en lo que fue antiguamente la política de las Cortes, en el siglo XVIII, por ejemplo, cuando las intrigas de salón, las favoritas y las damas influyentes solían pesar mucho sobre Ministros y Monarcas. En este mundo tenían que desplegar sus dotes de observación y sus talentos de negociadores los diplomáticos, y, por tanto, les era necesario ser hombres de ese mundo, capaces de alternar con cortesanos y damas elegantes. Un diplomático que no hubiera llenado estos requisitos, habría desentonado horriblemente y habría careci-

do del prestigio necesario para cumplir su misión. Pero hoy, aunque la diplomacia mantenga todavía, por el espíritu conservador que reina en todas las corporaciones que constituyen á modo de una clase, aquella tradición de las antiguas Cortes más ó menos calcadas sobre el modelo de la de Versalles, las razones políticas que aconsejaban aquel tipo de diplomático han desaparecido con el advenimiento de la democracia y la decadencia de las aristocracias nobiliarias como fuerza política, hasta en las naciones donde todavía conservan alguna influencia en esta esfera. Todo hace creer que el arte de dirigir un cotillón y el de vestir con elegancia no serán los principales requisitos que se exijan á los diplomáticos del porvenir.

Todo esto no impide que el libro del Sr. Conte, libro histórico, de recuerdos, esté muy en su terreno reflejando las costumbres de su tiempo, que son todavía las actuales. En resumen, el segundo tomo de esta obra no decae en interés respecto del primero, y si bien no nos descubre hechos ignorados ni secretos históricos (cosa que en las *Memorias* modernas es bastante difícil, porque la parte secreta de la historia va disminuyendo de día en día), es un libro de lectura muy agradable, lleno de pormenores pintorescos y en el cual abundan los rasgos de buen juicio y no escasea el ingenio (1).

***

En la *Biblioteca moderna de Ciencias sociales* que se publica en Barcelona bajo la dirección de los Sres. D. Alfredo Calderón y D. Santiago Valentí Camp, ha aparecido el nuevo libro de D. Rafael Altamira, *Psicología del Pueblo español*. Es nuevo y no lo es, según se entienda su novedad. Lo es, porque hasta ahora no se habían publicado, formando cuerpo en un volumen, los estudios que le forman, y no lo es, por cuanto dichos

(1) Después de escrito este artículo llega á nuestro conocimiento la sensible noticia del fallecimiento del Sr. Conte, ocurrido en Florencia, donde habitualmente residía.

estudios habíanse publicado antes separadamente, dos de ellos en La España Moderna, con los títulos de *El problema actual del patriotismo* y *La Psicología del Pueblo español*, y el último formando el discurso de apertura de curso leído por el señor Altamira en la Universidad de Oviedo en la inauguración de estudios de 1898. Nuevo ó no, el libro es interesante, y los directores de la *Biblioteca moderna de Ciencias sociales* han hecho bien en incluirle en su colección.

De cinco capítulos se compone esta obra: *El concepto de nación y de patria*, *Opiniones sobre el pueblo español*, *Las discusiones sobre el carácter español*, *La crisis actual y sus remedios* y *La regeneración intelectual*. En el primero, que es una defensa del patriotismo contra las tendencias cosmopolitas, las teorías de la absorción de los pueblos débiles por los fuertes, de la muerte histórica de las naciones, etc., el Sr. Altamira coloca, á mi entender con acierto, lo esencial del patriotismo y lo característico de la nación, no en factores físicos como el territorio ó psicofísicos como la raza, sino en el elemento espiritual, que es para el caso como la conciencia del grupo nacional y hace que se reconozca éste como una personalidad. El segundo y tercer capítulo son los que propiamente pertenecen á la psicología del pueblo español y forman un resumen, apoyado en copiosas citaciones, de la ya antigua pero no extinguida polémica entre hispanófobos é hispanófilos sobre el carácter español y el papel que en la historia y en la civilización hemos desempeñado, así como de los datos que para la formación de la psicología nacional aportaron en esta polémica, ya en el siglo pasado escritores tan eruditos como Feijóo y Masdeu entre otros. El cuarto capítulo, *La crisis actual*, es un estudio sobre la regeneración, inspirado en un fortalecedor optimismo, y el quinto plantea la misma cuestión en la esfera propia de la Universidad, examinando puntos tan interesantes como la extensión universitaria y los viajes escolares y de profesores para establecer contacto inmediato y frecuente con los adelantos científicos de otros pueblos. En

este capítulo de su obra plantea el Sr. Altamira con mucho acierto el problema de la instrucción como medida regeneradora. La tesis de que sólo mediante la instrucción pueda levantarse un pueblo de su decadencia, es en extremo aventurada; hay decadencias de muchas clases, y la vida colectiva tiene otros motores que el adelanto intelectual. Pero la posición en que se coloca el autor de la *Psicología del pueblo español* es muy sólida y firme: La regeneración—dice—ha de ser obra de todos; cada uno debe cooperar á ella dentro de su misión particular, de su profesión, de su círculo de acción. La misión de la Universidad es enseñar; luego para ella el problema de la regeneración es un problema de enseñanza y reclama un esfuerzo pedagógico.

Claramente se infiere, por las noticias anteriores acerca del contenido del libro del Sr. Altamira, que no es este un estudio ó un ensayo sistemático y total acerca de la psicología del pueblo español, sino una colección de estudios diferentes relacionados con dicho asunto en distinto grado. El título tiene algo de convencional, y el verdadero objeto de la obra es la crisis moral y material que representan para la nación española sus recientes desastres, y los posibles remedios en que cabe poner la esperanza. La psicología del pueblo español viene á ser algo incidental, aunque constituye un dato importantísimo de ese problema. Así como el médico necesita estudiar bien el temperamento del enfermo para apreciar debidamente la dolencia y elegir el tratamiento, el sociólogo y el estadista han menester también del conocimiento de la psicología nacional para medir la gravedad de las dolencias colectivas y descubrir los remedios posibles y eficaces. Creo que el pensamiento del autor no estará muy distante de este punto de vista, puesto que en el prólogo dice que su libro puede considerarse como un suplemento ó un capítulo añadido á *La decadencia de la naciones latinas*, de Sergi, que es el volumen anterior de la misma Biblioteca. Desde luego es algo más que una mera adición, y en cierto sentido corrige el estudio, más

vasto y brillante, pero mucho más superficial y menos sólido en algunos puntos, del publicista italiano, oponiendo á su acaso exagerado pesimismo, un optimismo sano y consolador.

Por otra parte, no debe olvidarse que la *Völkerpsychologie*, la psicología de los pueblos, está aún en embrión, en estado de nebulosa, á pesar de que tiene más de medio siglo de existencia, por decirlo así, oficial, desde la publicación de la obra de Lazarus, que se considera como el primer ensayo científico de este género. Excusado es decir que hay precedentes numerosos y mucho más antiguos. El Sr. Altamira cita por ejemplo á Feijóo y á Masdeu como iniciadores de la psicología del pueblo español, y desde que la historia toma algún tinte filosófico y no se contenta con ser mero relación de sucesos, puede decirse que aparece aquella rama de los estudios psicológicos, aunque sea de una manera informe y precientífica. En realidad, la psicología de los pueblos es una interpretación de la historia, pues la historia y las costumbres, la vida histórica y no histórica, son sus fuentes. En este sentido, hasta los historiadores de la antigüedad nos ofrecen fragmentos de psicología de los pueblos. Pero á pesar de sus adelantos, todavía no es posible pasar en ella de monografías aisladas ó de bosquejos muy sujetos á rectificación. Las dificultades que ofrece son enormes, y la empresa de distinguir entre los rasgos comunes que presenta la historia de los pueblos del mismo tipo de civilización, lo distintivo y peculiar del carácter de un pueblo, del alma nacional, suponen tan ímprobo trabajo, tal dominio y comprensión de la historia, que no es extraño que la *Völkerpsychologie* tenga que contentarse por mucho tiempo con tanteos aproximaciones y estudios parciales de determinados fenómenos.

Dentro de estos límites obligados, el libro del Sr. Altamira representa una aportación valiosa de materiales y de juicios al estudio de la psicología nacional. El momento psicológico que en particular examina es muy interesante, y como el interés que ofrece no es meramente teórico, sino práctico, por

tratarse de un problema real de la actualidad, la psicología conduce derechamente á la moral, á reglas de conducta. El resumen que en este libro se hace de la controversia sobre el concepto general de nuestro carácter, puede considerarse como introducción indispensable de todo estudio de psicología colectiva de los españoles, y su lectura es de las que pueden recomendarse á la juventud como estimulante del patriotismo y medio de prevenirse sobre la tendencia á menospreciar ó á comprender mal nuestró pasado.

E. Gómez de Baquero.

# REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.— Sociología: Contra los solteros y los estériles.= Historia: Las Universidades de Europa. = Ocultismo: El milagro moderno.= Costumbres: La mujer en Turquía. — Moral vieja y periodistas nuevos.=Literatura: Papel de la literatura en la fraternidad hispano-americana.—La cuestión moral en la novela.= Derecho internacional: La «exclusiva» en la elección pontificia.=Impresiones y notas: La lengua universal del porvenir.— La *Madonna* de Morgan.— Las grandes Revistas y su circulación.— Los poetas favoritos de los franceses.—Falsificadores de leche.

## SOCIOLOGIA

Contra los solteros y los estériles.—En Francia— dice en la *Revue Bleue* Enrique Dagan—hay más de tres millones de solteros de más de veinticinco años de edad, cerca de dos millones de matrimonios sin hijos, y unos trescientos mil matrimonios divorciados, viudos y viudas sin hijos.

Para contener la despoblación resultante de estos hechos el senador Piot ha presentado un proyecto de ley, en cuyo artículo primero se establece que «los solteros de ambos sexos, de treinta años cumplidos por lo menos, estarán sujetos á una tasa igual á la quinceava parte del total de las cuatro contribuciones directas que paguen; los esposos que lleven cinco años de casados pagarán un vigésimo si no tienen ningún hijo vivo, y continuarán pagando esta tasa hasta que tengan sucesión».

El art. 2.° abre un crédito de 20.000.000 al Ministerio de la

Gobernación bajo el título de «subvenciones, socorros y alientos á las familias numerosas», el cual, según el art. 3.°, se distribuirá anualmente á los padres, y en defecto de éstos, á las madres de familia que tengan más de cuatro hijos vivos. Tal es esta ley extraordinaria.

¿Por qué la gente se casa cada vez menos y por qué los que se casan tienen menos hijos? Evidentemente por las dificultades crecientes de la existencia y por la naturaleza del trabajo. Es verdad que se objeta que el pobre tiene más hijos que el rico, lo cual es cierto; pero Piot mismo dice por qué: «es su único placer»; á lo que podría añadirse que hay un grado de pobreza en que el presente es tan terrible que desaparece el temor al porvenir.

Una causa eficacísima de despoblación es el industrialismo, que tantas mujeres utiliza. ¿Puede una mujer ser á la vez madre y obrera? ¿Puede atender á su fábrica y á su casa? De ahí la mortalidad de niños de obreros que tantas vidas siega: la de hijos legítimos, que es por término medio de 15 por 100, llega en los centros obreros á 28,50 por 100; la de hijos naturales, cuyo promedio es de 33 por 100, alcanza un 50 y un 60 por 100 entre los obreros.

En las clases medias el «temor del hijo» está perfectamente explicado por Piot; hoy—dice—las carreras liberales están repletas de gente que se arrancan mutuamente las migajas del festín de la vida, vegetando la mayor parte y formando esa escoria del proletariado intelectual, de refractarios y de teóricos de la anarquía; pensando en los gastos de educación y establecimiento de un hijo, en la crisis de la venta y en la baja del interés, se explica que los padres vacilen; el hijo es el inconveniente del matrimonio: la educación que dar, el hijo que colocar, la hija que casar, una casilla más en el presupuesto de gastos, un ataque al crédito, una disminución del bienestar y de lo superfluo.

En apoyo de esta tesis he aquí un estado que comprende toda Francia menos París, y que demuestra la presión que

ejerce la familia con sus exigencias y necesidades para provocar al crimen.

SUICIDIOS POR EDADES Y ESTADOS (1889 á 1891).

| EDAD | HOMBRES | | | |
|---|---|---|---|---|
| | Casados sin hijos. | Casados con hijos. | Viudos sin hijos. | Viudos con hijos. |
| De 0 á 15..... | 1,3 | 0,3 | 0,3 | » |
| » 15 á 20..... | 0,3 | 0,6 | » | » |
| » 20 á 25..... | 6,6 | 6,6 | 0,6 | » |
| » 25 á 30..... | 33 | 34 | 2,6 | 3 |
| » 30 á 40..... | 109 | 246 | 11,6 | 20,6 |
| » 40 á 50..... | 137 | 367 | 28 | 48 |
| » 50 á 60..... | 190 | 457 | 48 | 108 |
| » 60 á 70..... | 164 | 385 | 90 | 173 |
| » 70 á 80..... | 74 | 187 | 86 | 212 |
| » 80 en adelante..... | 9 | 36 | 25 | 71 |
| TOTAL..... | 723,12 | 1.718,15 | 290,21 | 635,6 |

| EDAD | MUJERES | | | |
|---|---|---|---|---|
| | Casadas sin hijos. | Casadas con hijos. | Viudas sin hijos. | Viudas con hijos. |
| De 0 á 15..... | » | » | » | » |
| » 15 á 20..... | 2,3 | 0,3 | 0,3 | » |
| » 20 á 25..... | 15 | 15 | 0,6 | 0,3 |
| » 25 á 30..... | 23 | 31 | 2,6 | 2,3 |
| » 30 á 40..... | 46 | 84 | 9 | 12,6 |
| » 40 á 50..... | 55 | 98 | 17 | 19 |
| » 50 á 60..... | 57 | 106 | 26 | 40 |
| » 60 á 70..... | 35 | 67 | 47 | 65 |
| » 70 á 80..... | 15 | 32 | 30 | 68 |
| » 80 en adelante..... | 1,3 | 2,6 | 12 | 19 |
| TOTAL..... | 249,6 | 435,9 | 143,15 | 225,12 |

No hay que olvidarlo: hoy, como hace dos mil años, el celibato, «antes que ser un propósito calculado, ha sido una necesidad inconsciente», como dice Bocquet. Aquí, sin embargo, como en otras partes, hay que consignar la ignorancia peligrosa del legislador, del pedagogo, del sociólogo y del publicista, cada uno con su pesadilla profesional que le oculta el conjunto y le priva de vivir en la realidad, como cuando Piot habla del éxodo de las poblaciones rurales sin atender á la crisis agrícola; como cuando Bertillon habla de la «ambición de los padres por sus hijos», como si fuera alguna novedad; como cuando el Dr. Legrain nos habla de los estragos del alcoholismo, como si esta plaga no tuviera raíces más hondas. La natalidad—como dice Molinari—es un efecto y no una causa; la producción del hombre, como todas las demás, está determinada, no por las cantidades ofrecidas, sino por las cantidades pedidas; cuando el número de empleos disponibles en una sociedad civilizada aumenta, la oferta tiende á cubrir y aun á exceder á la demanda, y la natalidad se eleva hasta que el envilecimiento del precio del trabajo, resultante de la superabundancia, determina ó una disminución de la producción ó la busca de nuevas salidas.

Si esto es así, lo cual es indudable, ¿para qué forzar las cosas? Si es la fatalidad económica la que causa la baja de los natalicios, ¿para qué reclamar medidas coercitivas contra los solteros y los casados sin descendencia? Se predica al pueblo economía, y luego se le obliga á aumentar sus cargas imponiéndole la fabricación de hijos. ¿No es esto contradictorio? Las clases en que domina la inconsciencia son las que practican el crecimiento; las clases razonables y prudentes, las que practican el decrecimiento.

Lo cierto es que, según los cálculos hechos, la ley Piot, si se aceptara, produciría 144.484.590 francos, de los cuales 20 se destinarían al alivio de las cargas de las familias de cuatro ó más hijos, quedando 124 millones en beneficio del Estado. Como se ve, no se trata sino de encubrir con un pretexto, al

parecer plausible, el propósito de aumentar las cargas del contribuyente para echar un puntal más á la desvencijada hacienda del Estado.

## HISTORIA

Las Universidades de Europa.—Douglas Story dedica en la revista americana *The Munsey* un interesante artículo á las principales Universidades de Europa, señalando la famosa escuela de Salerno como germen de las Universidades futuras.

*Universidades italianas.*—La madre de todas las Universidades fue la de Bolonia, donde el célebre Irnerio instituyó en 1113 una *lectura* de jurisprudencia. En aquellos tiempos en que el latín era la lengua universal de los sabios, los doctos de todos los países eran buscados para dirigir las cátedras, y el Profesorado de Bolonia, cuya autoridad en materia de derecho civil y canónico era universalmente reconocida, se honró con miembros ilustres de todas las nacionalidades. Los alumnos afluían allí de todas partes, y el número de estudiantes matriculados llegó á ser en 1400 de cerca de trece mil.

Hoy ha perdido Italia—y no hoy, sino hace siglos, pues hoy puede decirse que existe un pequeño renacimiento—la supremacía de la cultura, contando con veinte Universidades que arrastran una vida pobre y ociosa. Es el país que cuenta relativamente á su población con mayor número de Universidades, excepto Escocia, pero sin dinero para sostenerlas ni estudiantes para poblarlas. Las principales son las de Roma, Nápoles, Turín, Pavía, Padua, Bolonia, Palermo y Pisa, siendo la más concurrida la de Nápoles, que cuenta con 5.000 alumnos, de los cuales, sin embargo, apenas un millar asiste regularmente á las clases. El excepticismo y el pesimismo imperan como soberanos en las Universidades italianas; la teología es despreciada en ellas, y apenas ejercen influencia en el mundo culto estos antiguos emporios del saber.

*Universidades francesas.*—La famosa lucha de San Ansel-

mo y Roscelín sobre el realismo y el nominalismo apasionó en el siglo XII á todos los espíritus cultos, y dió lugar, con la intervención del gran Abelardo, que empezó á dar conferencias sobre la lógica en la Catedral de París llegando á tener un auditorio de 30.000 personas, á la fundación de la Universidad de París, que luego sirvió de modelo á las inglesas y alemanas. Entre París y Bolonia había, sin embargo, grandes diferencias: Bolonia tenía autoridad por sus estudiantes, y París por sus Profesores; en Bolonia se aspiraba á convertir á los estudiantes en maestros ejercitándolos en la profesión, y en París se buscaba sobre todo el medio de aguzar los ingenios por el contacto de los grandes talentos de la época; en París dominaba la enseñanza especulativa y teórica y en Bolonia la práctica, y así durante siglos.

En tiempo de Napoleón, que tuvo que reconstituir todo lo deshecho por la Revolución, la Universidad cambió de carácter, fundiéndose en un solo organismo todas las Academias, Escuelas y Colegios, y funcionando casi militarmente. Los Profesores eran trasladados por orden del Ministerio de un punto á otro como si fueran oficiales de ejército, y todas las Universidades se regían por idénticos reglamentos y se ajustaban á un patrón único. La guerra franco-prusiana dió por resultado una transformación plausible de esta organización, pero sin acabar de quitar á la Universidad el carácter burocrático y funcionarista que el gran Napoleón la impuso.

Antes de la guerra había en París 17 cátedras de la Facultad de Ciencias, y hoy son 25, y así en todas las demás Facultades. La nueva Sorbona tiene diez veces más extensión que la del tiempo de Richelieu, y la nueva Escuela de Medicina es veinte veces más grande que la antigua. La Universidad de París, frecuentada por unos diez mil estudiantes, cuenta con magníficos y vastos laboratorios, museos y gabinetes de todas clases, y aunque no está libre todavía de la intenvención oficial, tiende cada vez más á regirse autonómicamente.

Fuera de la de París, son dignas de especial mención, en-

tre las Universidades francesas, ya por su numerosa matrícula, ya por el valer de los profesores ó ya por la importancia de los edificios, las de Montpellier, Burdeos, Lyon y Tolosa.

*Universidades inglesas.*—Por el tiempo en que nacía la Universidad de París, las escuelas anejas al convento de San Friedeswyde y á la abadía de Oseney, se fusionaban en Inglaterra para fundar la Universidad de Oxford; en 1133, Roberto Pullen, procedente de París, instituyó un curso de «lectura sobre la Biblia», comentando la lógica de Abelardo, y poco después Vacario, procedente de Bolonia, se estableció allí como profesor de Derecho civil. Casi desde su nacimiento fue así considerada la Universidad de Oxford, como uno de los grandes centros de cultura europea, y en 1257 era estimada como la segunda Universidad del mundo. Poco después de su fundación apareció la de Cambridge, que fue la segunda de las grandes Escuelas inglesas.

En la Edad Media, las cuatro grandes sedes de la enseñanza pública eran París, Bolonia, Oxford y Salamanca; hoy es Oxford la más hermosa ciudad universitaria del mundo. Los fines perseguidos por Oxford y Cambridge son bastante distintos de los perseguidos por las Universidades del continente; en Alemania y Francia los estudiantes se transforman en pequeños profesores, haciéndose de ellos sabios; en Oxford y en Cambridge el objeto es ensanchar la inteligencia, formando una juventud culta y educada; los estudiantes ingleses, al terminar sus carreras, no son ciertamente unos jóvenes eruditos, pero su inteligencia está tan desarrollada, que se halla en aptitud de progresar rápidamente en cualquiera especialidad á que se dediquen.

*Universidades alemanas.*—El mayor contraste con las Universidades inglesas lo forman las alemanas. El objeto de todo profesor alemán es la especialización; de aquí que Alemania está llena de pacientes investigadores que invierten su vida entera en recoger hechos y observaciones sobre cualquier tema, pero que difícilmente dan al mundo ninguna importante gene-

ralización. Francke es el hombre á quien se debe principalmente el desarrollo de las Universidades germánicas y el espíritu en que se han venido inspirando.

En cuanto á locales las Universidades alemanas dejan bastante que desear, sobre todo en cuanto á *confort;* la manera con que los profesores dan sus lecciones, y la poca puntualidad con que, lo mismo ellos que los alumnos asisten á las clases, se presta á no pocas críticas, mereciendo en cambio todo género de alabanzas la organización de las bibliotecas y lo rico y fecundo de los laboratorios.

La más hermosa Universidad alemana es la de Strasburgo, reedificada después de la anexión; la más aristocrática es la de Bonn, donde se educó Guillermo II y donde hoy estudian sus hijos; la más antigua es la de Heidelberg con sus estudiantes disipados, bebedores y duelistas; la más grande es la de Berlín con 8.000 alumnos y 200 profesores; la más pequeña es la de Rostock, que apenas cuenta con 300 estudiantes y 40 profesores; la más pintoresca en fin es la de Jena. Las cuotas de las Universidades alemanas son modestas y la vida del estudiante no viene á costar más de cien francos mensuales.

*Universidades austriacas.*—Se ajustan al tipo de las alemanas y apenas se distinguen de ellas. La de Viena data de 1364 y es hoy una de las grandes escuelas médicas del mundo, especialmenée en cirugía.

El aspecto más interesante de las Universidades austriacas es la parte que los estudiantes toman en las agitaciones políticas. Los estudiantes fueron los que iniciaron la revolución de 1848; desde entonces son los héroes de las clases populares, y su parecer en las cuestiones políticas es escuchado en el Parlamento con deferencia sin igual. Tres años hace, los estudiantes austriacos, á causa del antagonismo entre alemanes y tcheques, se dividieron en bandos, prohibiéndoseles ostentar en público los colores de sus clubs; dentro de los claustros hubo luchas sangrientas, y habiéndose negado los eslavos á hablar en alemán, fueron las autoridades universitarias obligadas á

valerse del latín, teniendo así el Gobierno que ceder para evitar una crisis política.

*Universidades rusas.*—Son las más modernas de Europa, no contando más de siglo y medio de edad. Rusia tiene diez Universidades en Moscú, Kazán, Kharkoff, Petersburgo, Kieff, Odessa, Varsovia, Tomsk, Helsingfors y Dorpat; pero en Helsingfors los estudiantes son todos finlandeses, y en Dorpat, de 1.600 estudiantes sólo son rusos ortodoxos 95.

La organización se acomoda al tipo alemán. En la práctica todos los estudiantes son aspirantes á cargos administrativos; el 82 por 100 reciben auxilio del Estado durante su educación, y los cursos de sus estudios son muy severos. En general, y quizá por esta causa, existe entre alumnos y profesores una gran corriente de antipatía, y allí como en Austria, los estudiantes son temidos por los Gobiernos. Lo más notable de las Universidades rusas es la gran Escuela de lenguas orientales, donde se enseña árabe, persa, turco, tártaro, mongol, kalmuko, chino, hebreo, armenio, manchú, pushtu, tibetano y sanscrito.

*Universidades españolas.*—España, que antes de la invasión árabe fue vivísimo centro de cultura para toda Europa, decayó después, despertándose hacia el siglo XIII, en cuya primera mitad fue fundada la Universidad de Salamanca, que no tardó en ponerse al nivel de las de París, Oxford y Bolonia, siendo estimada como uno de los cuatro Estudios generales del mundo entonces conocido.

Hoy España cuenta con diez Universidades, pero todas juntas tienen menos de 10.000 estudiantes y de 250 profesores, según el Sr. Story, afirmación de todo punto inexacta. Madrid es la mayor y la más completa de todas las Universidades españolas; pero esta Universidad, lo mismo que la de Barcelona, es centro de sediciones y de revoluciones, según afirma el articulista escocés, tan poco bien informado en este punto, como suelen estarlo en general cuantos extranjeros hablan de España, sin conocerla más que por las nove-

las ó por los relatos abultados de las crónicas de los periódicos callejeros.

## OCULTISMO

El milagro moderno.—Tal es el título de un trabajo publicado en la *Revue Bleue* por Julio Bois, quien declara que las cuestiones de magia, espiritismo y ocultismo deben ser tratadas sin prejuicios en pro ni en contra, con espíritu crítico, estando perfectamente preparado para tratar estas materias, no sólo por no haberse afiliado jamás á ninguna de esas «pequeñas religiones de París», tales como la teosofía, rosacruz, essenianismo, martinismo, etc., sino porque sus trabajos en las clínicas de hipnotismo, magnetismo y sugestión y sus estudios de telepatía le permiten afirmar que, bajo el charlatanismo y los errores en que se hallan envueltos todavía estos estudios, hay en ellos una gran parte de verdad que la humanidad tiene interés positivo en conocer. Por eso engloba en la denominación de «milagro moderno» todos los fenómemos del espiritismo y de psiquismo, psicometría, exteriorización de la motricidad y de la sensibilidad, telepatía, escritura automática, sugestión, adivinación, etc.

A pesar de la exaltación de los fanáticos que lo han desacreditado, y del desdén de los escépticos que se encogen de hombros, lo cierto es que el «fenómeno psíquico», entendiendo por tal todo lo que deriva de ese «milagro moderno», es un hecho. Acabamos de asistir á una crisis de entusiasmo por la kábala y el budhismo exotérico: los jefes del movimiento, Peladan, Guaita, Blavatsky, están ya casi olvidados, y, sin embargo, las sectas se sostienen y el fondo positivo del ocultismo, el hecho psíquico, ha adquirido mayor importancia y crédito, y hoy es estudiado por grupos científicos é investigadores sueltos, realmente desinteresados y críticos. Estos le despojarán de su falso prestigio, le «desocultarán», y con ello la

psicología experimental y el conocimiento de nosotros mismos ganará muchísimo. Las sesiones de Cagliostro y de Mesmer nos han legado la psicología experimental, como el actual ocultismo nos deja, por lo menos la telepatía, haciéndonos descubrir los dominios inexplorados de «lo inconsciente en nosotros».

¿Qué es el ocultismo? Una filosofía secreta, expresada generalmente por símbolos y que exige la enseñanza oral de un maestro para ser dominada. Este maestro, este *guru*, representa un papel intermedio entre el de hipnotizador y de confesor; esta intervención, sin la cual no hay fenómeno psíquico, nos demuestra la índole nerviosa y el estado de desequilibrio mental de esas gentes.

El objeto del ocultismo es teorizar lo maravilloso y dar á los adeptos la prueba, en cierto modo sensible, de estas teorías por medio de la alucinación voluntaria. Su metafísica es fascinadora y tiene dos caras, una hebraica y otra india, con una sola cabeza: un panteísmo idealista. Su concepto de Dios y del mundo merece ser expuesto por la mucha luz que arroja sobre el estado de espíritu de los ocultistas.

Para el ocultista Dios es incognoscible, y de él sólo se sabe que es infinito: este Dios se pone á soñar, y su sueño se exterioriza, convirtiéndose en el mundo y en las formas de los seres: el universo y nosotros mismos no somos más que un sueño de lo Absoluto, *maya*, una ilusión, pues sólo lo Absoluto existe; nosotros, sin embargo, tenemos una realidad, una existencia aparente, no muy distinta de la existencia subjetiva de nuestros sueños mismos. Podemos decir, invirtiendo la proposición, que si el mundo y los seres no tienen más realidad que un sueño, el sueño tiene tanta realidad como el mundo y los seres.

El método del ocultismo es esencialmente poético y oriental, pues se reduce á la *analogía* y la *intuición* para los que empiezan, y al *éxtasis* para los pocos que llegan hasta el fin de la doctrina. La kábala es, en efecto, una novela metafísica

de clave. Este panteísmo idealista pronto degenera en naturalismo. El ocultismo se convierte en magia: si Dios llega hasta nosotros exteriorizándose en la Naturaleza, nosotros podemos ir hasta él por el mismo camino; la kábala suministra gran cantidad de fórmulas por las que se evocan, se domestican y se despiden las energías naturales de que los griegos hicieron dioses y que los ocultistas llaman ángeles, demonios y elementales.

Estas operaciones suponen además la existencia de otro mundo y requieren un plano invisible llamado el «plano astral». Hay dos partes en las evocaciones: una material, incienso, músicas, etc., y otra mística, que son los nombres divinos que pueden obrar sobre el mismo Dios. Alcanzado Dios, accede á la voluntad del magista; pero como está demasiado lejos para obrar por sí mismo, obra por medio de sus subordinados; el vidente, el que sueña despierto, se niega á creer que sea juguete de su imaginación, y supone que esas imágenes son independientes de él y forman parte de otro mundo en el que él ha sabido penetrar; esa región fantástica es el «plano astral, la luz astral».

Para legitimar su visión supone la existencia de un elemento mixto, fluídico, entre el espíritu y la materia, que recibe el nombre de luz astral á causa del extraño y especial brillo que revisten las visiones y que puede compararse al resplandor estelar. Esta *astralidad* existe también en el hombre, que no es más que un microcosmo, como el universo es un macrocosmo. Y como sólo los semejantes conocen á sus semejantes, sólo el hombre que ha desarrollado sus facultades astrales será el que se sumerja en la luz del mundo, después de gran número de encarnaciones.

Una objeción brutal se presenta á tal hipótesis: «¿Cómo es que tantos videntes se equivocan? ¿Es el plano astral el plano de la mentira?» Y el ocultista responde: «No, es que ese vidente no estaba puro; ha visto mal ó no ha sabido interpretar lo que veía, ó tal vez ha sido engañado por alguna personali-

dad maliciosa del plano astral.» Todo esto son subterfugios para evitar la confesión de que todas esas expresiones de planos y luces astrales son pura novela. Nuestras sociedades iniciáticas modernas han sido creadas para que vivan los jefes de la clientela exotérica; eso es lo que explica el misterio en qûe se envuelven y las fórmulas cabalísticas que emplean.

## COSTUMBRES

La mujer en Turquía.—Entre nosotros existen ideas muy equivocadas—según afirman en la *Nouvelle Revue Internationale* Fauconney y Marina—acerca de la condición de las mujeres turcas, figurándonos que las mujeres en Turquía son unas verdaderas esclavas cuando, bien pesadas las ventajas y las desventajas, habría muchas mujeres en Europa que cambiarían con gusto su libertad por la pretendida esclavitud de la mujer turca.

La mujer casada, en todo el imperio turco, tiene los mismos privilegios que entre nosotros, y hasta puede impedir á su marido que tome una segunda mujer, si así lo estipula en su contrato; y si consiente en habitar la misma casa que otra mujer, tiene el derecho de vivir aparte. Ni se crea que las señoras turcas consientan en cantar y bailar para divertir á su señor, cosa reservada á las almeas y á las gawasias.

En toda casa turca hay dos habitaciones, la de los hombres y la de las mujeres, y si en la primera hay un amo, en la segunda hay un ama. La visita del marido se hace ceremoniosamente, como la de los parientes más próximos, y como no come con sus mujeres, se entretiene para pasar el tiempo en fumar su narguilé y tomar sorbetes ó café. La costumbre es hacerse anunciar con tiempo, y si al llegar á las habitaciones de su mujer, encuentra unas pantuflas á la puerta, se vuelve atrás, porque es señal de que tiene amigas de visita, que á veces se quedan con ella uno ó dos días enteros.

La desocupación absoluta es la vida normal de la mujer turca; pertenezca á la clase que quiera, está perpetuamente condenada á la holganza; de ahí el tedio, ese terrible enemigo de los ociosos, que hay que combatir constantemente para no aburrirse, y contra el cual se inventan todos los placeres y diversiones. En los harenes ricos, cada mujer supone un tren de casa completo, y estas damas se reunen, siempre previa invitación, ya en casa de una, ya de otra, divirtiéndose con toda clase de juegos, cuentos y conversaciones, música, cantos, bailes y pantomimas. Hay además los baños en común, con sus juegos especiales, los paseos y las correrías por los jardines y las azoteas, el balanceo de las hamacas, las meriendas, y sobre todo las diabluras que inventan contra los eunucos, negros y negras, cuyos alaridos y contorsiones las divierten sobremanera.

En cuanto á la libertad de salir y de hacer visitas, el derecho del marido se limita á ordenar que la acompañen sus esclavos, precaución sin resultado, pues nada más fácil que burlar esta vigilancia. La igualdad de los trajes facilita las aventuras, y en los cafés y en las tertulias no se oyen otras historias que las de enamorados que se disfrazan de mujer para penetrar en el harem. No hay, sin embargo, que hacer gran caso de estas narraciones, no porque no sea realmente fácil la aventura, sino porque el musulmán es, en general, poco dado al adulterio, y en cuanto á los cristianos forasteros, son raras las ocasiones y mayores las dificultades de infringir la ley.

La mujer turca no sale nunca sola, y es muy frecuente encontrarlas en grupos de diez ó doce recorriendo tiendas y riendo á carcajadas. Las visitas que hacen son de tres clases: pedidas y concedidas, de sorpresa y de aventuras. Cuando las damas de una casa quieren visitar á sus amigas de otro harem, se hacen anunciar por eunucos, y recibida la respuesta afirmativa, acuden con sus trajes de gala, de rigor en tales casos, y son recibidas con entusiasmo; fuman, charlan, toman café, limonadas y jarabes, comen frutas y dulces, juegan y murmuran. Suprimido el aviso de la visita, las invitaciones

consiguientes y los trajes de gala, tenemos la visita de sorpresa, que no se diferencia de la anterior ni en la duración ni en los obsequios á las visitantes. En cuanto á las visitas de aventuras, son cosa realmente curiosa: varias señoras se juntan en grupo y van á llamar á las puertas de casas desconocidas, visitando de este modo á personas á quienes nunca han visto y que ordinariamente acogen con agrado á las visitantes, obsequiándolas lo mejor que pueden.

Los paseos son originales y equivalen á una partida de campo llena de alegría, con meriendas, pantomimas, cánticos, bailes, carreras á caballo, etc. En cuanto á los baños, las mujeres se ponen de acuerdo con anticipación, y el día convenido se levantan al rayar el día, se adornan con sus mejores trajes y se hacen conducir al establecimiento elegido, pasando allí todo el día en abluciones, francachelas, juegos y bailes y á veces en altercados que degeneran en verdaderas batallas cuando se juntan grupos de bañistas de sectas diferentes.

Las mujeres turcas pueden poseer por sí bienes personales, fuera de la autoridad del marido, y tienen el derecho de divorciarse por ciertos motivos establecidos por la ley. El marido no necesita motivos; le basta decir á su mujer ante tres testigos: «estás divorciada», para que el divorcio quede consumado. Si quisiera volverse atrás no podría hacerlo, á menos de que ella se hubiera casado después con otro y hubiera quedado libre por otro divorcio ó por viudez. Aunque sólo los grandes personajes usan de la poligamia, por ostentación ó por gusto, hay también pobres diablos que se casan con varias mujeres para vivir del producto de su trabajo y tienen tres ó cuatro casas en distintos barrios de la ciudad, sin que las unas sepan de las otras hasta que, cuando menos se piensa, se descubre el lío y acaba el marido por ser expulsado de sus diversos domicilios, pues si la ley le permite tener varias mujeres, le impone la obligación de mantenerlas.

*
* *

MORAL VIEJA Y PERIODISTAS NUEVOS.—No tiene desperdicio el artículo que con el título precedente publica Hugo Ojetti en la *Rassegna internazionale* de Roma, y que, aunque se refiere concretamente á Italia, revela, ya que no en los pormenores, en el conjunto y en la tendencia, puntos de vista y estados de ánimo que pueden estimarse como generales.

Los periodistas no son acogidos con entusiasmo en la buena sociedad, ni aun en la más modesta de la burguesía; si llevan un nombre ilustre, ó son diputados, ó poseen un millón ó un buen automóvil, ó saben jugar al *tennis*, ó tienen la calumnia fácil, la buena sociedad podrá acogerlos como aristócratas, ó millonarios, ó políticos ó malas lenguas, *aunque* sean periodistas; del periódico, aun de los dos ó tres mayores de Italia, es elegante callar. Si en una comida que no sea política, alguien dice: «nosotros los periodistas», todos se callan confusos y mudan de conversación, como si una señora se hubiera atrevido á decir: «nosotras las mujeres de vida alegre». Si en una fonda escribís en las columnas de las profesiones, al dar la vuestra, «periodista», el secretario teme que pidais la disminución del 50 por 100 proponiendo un artículo de reclamo, y vuestro vecino de mesa, si es italiano, se abotona con cuidado la levita y pone la botella del otro lado.

¿De qué proviene esta posición social tan inferior del simple periodista? La información de Saredo sobre Nápoles nos lo dice: sin el periodismo, Nápoles sería la gloria, y por culpa del periodismo es un infierno. Verdad es que el periodista del 48, que escribía sus cuartillas en una mesa de café, con toda la vehemencia de la inspiración romántica y de la convicción, ha desaparecido. Pero también se han ido el poeta melenudo y el novelista impetuoso y el dramaturgo sentimental, y sus sucesores son estimados y enaltecidos.

La mala fama del periodista empezó por el empleo del pseudónimo, tras el cual no siempre se procedía con rectitud, como no siempre procede la dama honesta que se disfraza en Carnaval. El peso de un periódico, á medida que han ido cre-

ciendo las necesidades, no era soportable para uno solo, que tenía que acudir al apoyo de su partido, al de sus amigos y aun al de sus enemigos, entregándose por último, para salvarse de la ruina, á empresas industriales, con sus gerentes, Consejos de administración, accionistas, etc. Desde la cuarta página hasta los reclamos, todo se ha hecho mecánico y anónimo como la sociedad empresaria. A esta transformación está ligado el buen nombre del periodista, que no es ya un pensador sincero, sino un empleado del periódico, que tiene que decir lo que le manden. El público estima honrado, no lo que es honrado, sino lo que parece imposible que no llegue á ser honrado. La ocasión de delinquir es para él un delito: la muchacha que sale sola por la noche podrá ser una santa, pero al público le parece menos honesta que la que va con su madre, después de misa, Dios sabe dónde.

El nuevo tipo de periódico quita al periodista toda ingerencia en la marcha general de la empresa. Reducida la política á una *rúbrica* como otra cualquiera, y limitado el campo de cada articulista, el periodista es un empleado. Como tal, á nadie se le ocurre echar en cara á un subsecretario de Justicia la condena de un inocente ó la absolución de un culpable; como escritor, el colaborador debe aparecer á todos en lo poco que no hay de anónimo en la prensa, en sus relaciones con la dirección del periódico, como el literato en sus relaciones con el editor que imprime sus novelas ó con el actor que recita sus dramas. Con estas garantías de sinceridad el nombre de periodista podrá llegar á ser tan honroso cuanto socialmente útil es el periódico en que escribe.

## LITERATURA

PAPEL DE LA LITERATURA EN LA FRATERNIDAD HISPANOAMERICANA.—Tiene sobradísima razón el bogotano Sanin Cano en lo que dice en *Nuestro Tiempo:* «Hace treinta años que esta-

mos oyendo hablar de fraternidad hispanoamericana, y esta es la hora en que todavía no hemos visto en forma utilizable los resultados de esa fraternidad.»

Cuantos en España y América se dedican al cultivo de las letras tienen intereses comunes; ni unos ni otros necesitan para sus obras mayor mercado que los propios, y lo que importa es que esos sesenta millones que hablan español en América adquieran el gusto de leer en su lengua nativa y no en otra extraña, obras literarias.

No perdamos el tiempo en hablar de intereses comunes de raza, de política y de religión: no hay tal cosa. El tipo ibero no se ha conservado ni en España mismo, cuanto más en América. Por otra parte, los sociólogos más ilustres convienen en que hoy no hay razas en el sentido que la historia natural asigna á este vocablo. También es otra leyenda la comunidad de aspiraciones políticas: Hoy las naciones americanas no tienen verdadera política exterior, aunque debieran tenerla. Los europeos codician la tierra americana como solución al problema social, para librarse de los descontentos y de los desheredados, creyendo que América es materia fácil de conquistar por su desunión y su desgobierno; pero los ingleses olvidan que junto á las bocas del Orinoco poseen un pedazo de tierra mayor que Costa-Rica, célebre por su fertilidad, y que, sin embargo, ni en cultura intelectual, ni en riqueza, ni en población, puede competir con cualquiera de las repúblicas hispanoamericanas; y ya era hora de que los ingleses hubieran demostrado prácticamente en la Guayana los prodigios de adelanto que en los territorios tropicales pretenden introducir.

El verdadero lazo que nos une es la lengua. El error de las Asociaciones iberoamericanas está en que, sin desconocer el valor de la lengua como elemento de fraternidad, quieren apoyarse también en la política y en la diplomacia. Hay necesidad de que la lengua española se modernice. El que fomente en América la circulación de libros, revistas y periódicos españoles hará más por la amistad de estos pueblos que

muchos tratados diplomáticos y que muchas disposiciones académicas. La lengua avanza y no hay que poner trabas á su desarrollo como lo hace la Academia, siguiendo, consciente ó inconscientemente, el espíritu conservador propio de estas Corporaciones.

Tratando de inquirir lo que podía hacerse por los editores peninsulares para ensanchar el comercio de libros en Colombia y consultados al efecto los más inteligentes en estas cuestiones, se llega á conclusiones harto tristes. El librero español hace todas las concesiones posibles, manda sus libros á quien se encarga de venderlos, no pone condiciones, por poca garantía que le ofrezcan las firmas, y espera á veces largo tiempo por su importe. No es culpa, pues, de los libreros españoles que los libros de su país no circulen profusamente por América, como no circulan otros tampoco. La valla del papel moneda es el gran obstáculo de la circulación: el peso colombiano está reducido hoy á la cifra irrisoria de 14 céntimos de franco, con la expectativa angustiosa de la baja, y en tales condiciones no es posible pensar en comprar libros. Mientras exista este mal, los libros extranjeros se verán ahuyentados del mercado suramericano.

La comparación, por otra parte, entre los gustos de hoy y los de hace un cuarto de siglo, es bien lastimosa: antes Spencer, Bain, Huxley, Darwin, Ribot, la ciencia nueva, proporcionaba las ventas más copiosas; hoy los devocionarios, los catecismos y las ediciones baratas de novelas como las de Dumas y Pérez Escrich, es lo que encuentra más fácil salida; si se vende mucho de otras obras, no es por su valor artístico, ignorado del vulgo, sino por lo escandaloso de sus escenas.

Los escritores nacionales no han hecho, por su parte, todo lo debido para fomentar la fraternidad. Leopoldo Alas ha sido uno de los escritores más leídos en América; pero las azotainas que con el nombre de *Paliques* propinaba á los escritores americanos, no han evitado que ningún poeta dejara de hacer versos malos si no sabía hacerlos buenos; y Clarín, por hacer

gracia, sacrificaba á veces el sentido crítico, perdiendo en prestigio sin ganar en aplausos. Su labor fue nociva para la buena inteligencia de los hermanos de ambos continentes. Valera, á su vez, ha pecado por el lado opuesto, elogiando cosas que no lo merecen y popularizando nombres que apenas tienen derecho á figurar en el horizonte de su campanario. Ni Clarín ni él han tenido el sentido de las proporciones, y habiendo podido hacer mucho, no han hecho nada por la fraternidad hispanoamericana. Menéndez Pelayo en cambio, con más sano criterio y mayor amplitud de espíritu, ha estudiado las letras americanas y ha logrado valorarlas en páginas dignas de estimación, haciendo más por estrechar los lazos de unión de los hispanos de ambos mundos, que cuanto ha conseguido hasta el presente la diplomacia. Esa es la labor que á todos nos importa llevar á cabo con fe, con perseverancia y con inteligencia.

***

La cuestión moral en la novela.—La observación libre de la vida—dice en *La Revue* Camilo Mauclair—muestra infaliblemente que hay dos partidos, el de las personas aptas para las ideas generales y el análisis, y el de las que no comprenden nada. Las etiquetas, fuera de esto, sólo sirven para las medianías, para el eterno rebaño que sigue á los jefes como los reclutas, marcando el paso. El espíritu de partido es el espíritu de casta de los pobres; basta haber visto en un café de provincias afirmar á los políticos «yo soy tal ó cual cosa», acentuando con el puño sobre la mesa su filiación, para que le dé á uno asco toda la vida de semejante modo de apriscar el pensamiento. Esta manía, sin embargo, de llevar una marca está tan arraigada, que nadie se atreve á desprenderse de ella; no ser de algún partido es cosa que excita el odio; estar «con nosotros» es la condición exigida por todas las pandillas; estar consigo mismo parece un crimen.

Estas reflexiones pueden servirnos de guía al examinar el

papel moral y social del novelista contemporáneo. La novela es la más renovada de todas las formas literarias. En otro tiempo se reservaba el *Ensayo* para el examen de las ideas morales, y el folleto para el estudio de las crisis políticas. La novela ha tomado de la ciencia, de la psicología, de la metafísica, de la sátira, una serie de privilegios con los que ha compuesto el suyo. Su última conquista, después de la anexión de las ciencias psicológicas, ha sido la introducción de lo maravilloso científico en las letras, llevada á cabo magistralmente por los hermanos Rosny. La novela es una vulgarización y una síntesis. En los actuales momentos, el novelista se encuentra investido de un grandísimo poder, y su modo de expresión confina con el arte y con la moral. Los novelistas del sentimentalismo y de la escuela del buen sentido, se habían hecho los propagandistas de la moral burguesa y clerical, reduciendo la vida á una síntesis rudimentaria con el castigo del malo y la recompensa del bueno.

El novelista de hoy tiene que optar por uno de los términos de este dilema: ó ser más y mejor, ó no ser. El escritor de novelas no puede ya ser un simple intérprete, y es preciso que la sustancia moral proceda de él mismo. Es el único personaje social que tenga la autoridad y el crédito necesarios para semejante preeminencia. Ya no se escucha al sacerdote, ni hay *ensayistas*; sólo el novelista puede determinar la evolución de la moral. Podrá hacerlo si se abstiene de todo espíritu de partido; el mayor error que tiene que evitar es el dogmatismo; la renovación moral ha de venir de un hombre completamente distinto de toda categoría, que no sea pagano, ni fariseo, ni esenio, ni doctor de la ley; de un hombre que hable como extraño, con desinterés absoluto.

Así lo han comprendido hombres como Pablo Hervieu, al estudiar la familia en su admirable *Carrera de antorcha;* Francisco de Curel, el patronato, en su *Comida del León*; ó los hermanos Margueritte y Rosny, al crear nuevos tipos femeninos en *Mujeres nuevas, Doble amor, La otra mujer*. Todos ellos

saben predicar; para unos, el trabajo moral es una obligación de su instintividad; para otros es su expansión; la misión moral del novelista consiste en esperar esa variabilidad opuesta á los dogmas que unifican las conciencias bajo el mismo yugo. Ninguna de las ocho ó diez mujeres modernas que tomáramos como ejemplo en las novelas contemporáneas, puede ser calcada por imitadoras dóciles, porque la novela es una ficción; pero del conjunto de esos casos aislados sale un conjunto de nociones morales que reflejan una sociedad original, y de la emoción resultante de este espectáculo es de la que podrá la mujer contemporánea sacar una enseñanza que no está, sin embargo, codificada en página alguna de esas novelas.

Todos los novelistas de verdadero mérito obedecen esta sabia táctica; todos han comprendido que la moral no es un valor fijo, sino oscilante, y que fuera de la moral catequista, con obligación y sanción, hay un curso de moral cuyas acciones sufren alzas y bajas; que la vida de un individuo no se funda en un principio, sino en una solicitación sucesiva de las diversas certidumbres á que le atraen las renovaciones de su organismo. El novelista sociológico no tiene deber más urgente, según Mauclair, que extirpar de la moral corriente todo dogmatismo religioso, todo lo que pasa por ser de consentimiento universal, todo lo que caracteriza los «personajes simpáticos» á los que el público, va en todo libro ó en todo drama. Es misión difícil é ingrata sustituir los mandamientos con evidencias y persuasiones, pero hay que hacerlo; el libre arbitrio es para el público un don engorroso, del que sólo desea que alguien le liberte.

Las cuestiones morales son de tal modo delicadas, que el novelista tiene que tocarlas con todas las precauciones y sutilezas que le ofrece el arte de escribir. Debe insinuar, preparar, plegarse, obrar por tanteos y comparaciones. Hoy es imposible pensar en dictar nuevos mandamientos; Nietzsche mismo, con ser tan autoritario como es, no lo hace. Emerson lo había ya resuelto así, y fácil es encontrar hasta en el Evan-

gelio esta aversión al dogmatismo. La obra moral de la novela consiste en destruir ese espíritu dogmático, demostrando la relatividad de todas las convicciones y probando que el ideal individual se constituye por las reciprocidades de los diversos sistemas en la conciencia.

## DERECHO INTERNACIONAL

La exclusiva en la elección pontificia.—¿En qué consiste la «exclusiva»? Según Moroni la define en su *Diccionario de erudición eclesiástica*, en una «advertencia pacífica á la que se ha dado impropiamente el nombre de privilegio ó prerrogativa ejercitada por las tres Cortes de Viena, París y Madrid al declarar por una sola vez que no les agrada la elección de determinado individuo para Sumo Pontífice». El origen de este derecho de advertencia lo ven unos en la intervención más ó menos abusiva de los Emperadores de Oriente y Occidente en las elecciones pontificias, y otros en una resolución del Concilio lateranense de 1059, que afecta más á la coronación del Pontífice que á su elección.

El abate portugués Novaes, que escribió en 1792, afirma que la exclusiva data de fines del siglo XVII; pero está desmentido por el Cardenal Sforza Palavicino—según asegura del Cerro en la *Rivista Moderna Politica e Letteraria*—al dar cuenta del conclave de 1551; entonces el Marqués de Mendoza, Embajador de España, intimó al Cardenal Caraffa que no aceptara la tiara pontificia, cosa que le ocurría ya por tercera vez, pues en los dos conclaves anteriores á la muerte de Paulo III y de Julio III le habían hecho la misma intimación; pero si en aquellas ocasiones Caraffa se había sometido, entonces se revolvió arrogantemente contra el enviado español, exclamando: «Su Majestad el Emperador no puede impedir que, si Dios quiere que yo sea Papa, lo sea; y así estaré más contento, porque no tengo que agradecer esta dignidad más

que á Dios.» El Sacro Colegio lo eligió y el Cardenal Caraffa tomó el nombre de Paulo IV.

En el mismo siglo, el Cardenal Aldobrandini fue también en tres elecciones sucesivas excluído por España, hasta que á la cuarta elección, con asenso de España, ciñó la tiara con el nombre de Clemente VIII. En el siglo siguiente, á la muerte de Urbano VIII, el Cardenal Barberini, sobrino del difunto, al frente de cincuenta Cardenales, intimó la exclusiva, en nombre de Francia, al Cardenal Pamphli; pero éste se dió tan buena maña, que logró que el Embajador de Francia, á instancias de Barberini mismo y sin consultar á su Gobierno, levantara el veto, siendo elegido Pamphli, que tomó el nombre de Inocencio X, con gran descontento de Francia, que dejó cesante á su torpe Embajador.

A la muerte de Inocencio X, España ejercitó la exclusiva contra el Cardenal Paolucci; se estaba en el escrutinio y se veía que iba á ser elegido, cuando el Cardenal Althan pronunció la exclusión; Paolucci cambió de color ante aquel golpe, pero repuesto en seguida, alabó el proceder de quien, conociendo sus deméritos, le privaba del Pontificado. Pocos años después, en 1730, España excluyó al Cardenal Imperiali por medio del Cardenal Bentivoglio; al repetirse el escrutinio, Bentivoglio vió que iba á ser elegido otro Cardenal, Corradini, también desafecto á España, y como no podía ejercer de nuevo la exclusiva, porque este derecho se limita á rechazar un solo nombre, quizá hubiera tenido que aguantarse, si no hubiera acudido en su ayuda el Cardenal Cienfuegos, poniendo el veto á Corradini en nombre de Austria; descartados así los dos Cardenales mal vistos por las Cortes española y austriaca, fue elegido Corisini, tomando el nombre de Clemente XII. Todavía en el mismo siglo volvió á ejercerse la exclusiva, esta vez por Francia, contra el Cardenal Cavalchini, que fue excluído en el cónclave celebrado después de la muerte de Clemente XII.

En el siglo XIX ha sido también ejercitada la exclusiva, una

vez por España y otra por Austria. Muerto en 1823 Pío VII, se disputaban la elección del sucesor dos poderosos partidos, el clerical y el liberal. El Sacro Colegio contaba con 53 Cardenales, y en el Palacio del Quirinal se encerraron en cónclave 49. Apenas incomunicados, estalló entre ellos la discordia: el partido más numeroso era el de los *Zelanti,* compuesto todo de italianos retrógrados, enemigos de toda innovación, que tenían por jefe al fogoso Cardenal Severoli, su candidato al Papado; el otro partido era el de los *moderados*, compuesto de los Cardenales extranjeros y algunos italianos, siendo su alma Consalvi, el Secretario del Papa muerto, y su cabeza aparente el Cardenal Castiglioni; este partido estaba principalmente apoyado por Francia, que tenía entonces á Chateaubriand como Ministro de Estado.

En la mañana del 21 de Septiembre, después de varios escrutinios en que las fuerzas de ambos partidos se midieron, el Cardenal Severoli obtuvo 26 votos; ya cantaban victoria los reaccionarios pensando en que en el nuevo escrutinio alcanzarían la mayoría de los dos tercios necesarios, cuando el Cardenal Albani, representante de Austria, conferenció con varios de sus colegas, y acordaron pronunciar la exclusiva contra Severoli, como lo hizo, en efecto, por medio de la fórmula siguiente: «En mi calidad de Embajador extraordinario de Austria en el Sacro Colegio reunido en cónclave, cumplo el deber, para mí desagradable, de declarar que la Real é Imperial Corte de Viena no puede aceptar por Sumo Pontífice á Su Eminencia el Cardenal Severoli, al cual da formalmente la *exclusiva*. 22 de Septiembre de 1823.»

La lectura de esta comunicación, por lo áspera, despreciativa y soldadesca, indignó á los *Zelanti;* el resultado fue que Castiglioni, el candidato de los moderados, que por la mañana había tenido 18 votos, no obtuvo por la noche más que ocho; hasta los templados se revelaban contra el latigazo del Cardenal Albani. El resultado definitivo, después de una comunicación del Embajador de Austria al Sacro Colegio en la que afir-

maba la autoridad del Cardenal Albani, cuyos poderes para la exclusiva se habían puesto en duda, fue la retirada de Severoli y la elección en su lugar de uno de los más fogosos *Zelanti*, el Cardenal Della Genga, que tomó el nombre de León XII, muriendo el 10 de Febrero de 1829, y sucediéndole con el nombre de Pío VIII, su rival el Cardenal Castiglioni, que murió al año siguiente.

El nuevo cónclave, reunido el 14 de Diciembre de 1830, se verificaba en circunstancias extraordinarias, pues en Francia acababa de estallar la revolución y toda Europa estaba agitadísima por la invasión de las nuevas ideas. El conclave duró cincuenta días. Después de los primeros escrutinios, en los que parecía tener mayoría el Cardenal Pacca, se observó una poderosa corriente en favor del Cardenal Giustiniani. Hacia el décimoquinto día del conclave los votos que tenía aumentaron, permitiendo creer á sus partidarios en el triunfo; se tenía, sin embargo, la oposición de España, que ya en conclave precedente había encargado al Cardenal Gravina de excluirlo. En efecto, el día 22 del conclave, el Cardenal Marco y Catalán recibió de Labrador, Embajador de España, la orden formal de exclusiva del Cardenal Giustiniani, que habiendo sido Nuncio de Madrid se había distinguido por su afecto al absolutismo, mereciendo ser condecorado por Fernando VII con la Gran cruz de Carlos III.

El Cardenal Marco, al ver el 7 de Enero que Giustiniani contaba con 21 votos, faltándole sólo ocho para ser elegido, pensó en notificar la orden de exclusiva recibida el día anterior, y al efecto la comunicó al Cardenal Pacca, decano del Sacro Colegio, al Cardenal Odescalchi, sobrino de Giustiniani, y á otros purpurados, entregando, por último, una nota de exclusión fechada en 24 de Diciembre por el Embajador, que decía así: «El que suscribe, Embajador extraordinario y plenipotenciario de S. M. C. cerca de la Santa Sede, ofrece sus más distinguidos respetos á Su Eminencia y le suplica haga presente al Sacro Colegio reunido en conclave que, en nombre

de su Augusto Soberano y de orden expresa de S. M. C., da la «exclusiva» para el solio pontificio al eminentísimo Cardenal Jacobo Giustiniani.—*Pedro Gómez Labrador.*»

Giustiniani, que sin duda esperaba el golpe, lo recibió con serenidad. Se levantó, manifestó los servicios que había prestado al Rey de España, lo mucho que había sido por él honrado durante su nunciatura, y los gratos recuerdos que conservaba de S. M. C., á quien siempre profesaría profundo respeto, y lo mucho que le agradecía el beneficio de librarle de la carga del Pontificado con su veto, agregando unas palabras de gratitud á los que le habían honrado y pensaban honrarle con sus votos. Descartado de este modo el Cardenal Giustiniani, fue elegido Mauro Capellari, que gobernó con el nombre de Gregorio XVI. Según Wiseman, la causa de esta exclusiva fue la parte tomada por Giustiniani en los nombramientos de Obispos para las colonias españolas sublevadas; según Silvagni, á la influencia de la Reina María Cristina por creerle contrario á las pretensiones de su hija Isabel II y partidario de D. Carlos. Esta ha sido la última vez que se ha ejercido la exclusiva.

## IMPRESIONES Y NOTAS

La lengua universal del porvenir.—En la *North American Review* publica H. G. Wells un artículo profético acerca de cuál es la lengua que tiene mayores probabilidades de ser adoptada como universal para el porvenir, y declara que esta lengua ha de ser, no el inglés, como podría esperarse dada la nacionalidad del autor, sino el francés.

Wells reconoce que cuantas gentes se ocupan en el mundo de industria y de comercio, tienen por indispensable el conocimiento del inglés, pero afirma que ni todo en el mundo es comercio é industria, ni la industria y el comercio pueden dar un paso sin el auxilio de la ciencia, siendo la lengua de la ciencia el francés. Porparte, todo el otra que quiera estar al

corriente de la filosofía, de la sociología, de la estética, de la pedagogía, etc., tiene que conocer el francés; y en cuanto á literatura, la única literatura que está obligado á dominar todo el mundo culto es la francesa; un alemán, un japonés ó un ruso pueden estudiar la literatura inglesa, y es un excelente complemento de su educación; pero el estudio de la literatura francesa no es un estudio complementario, sino fundamental para toda persona culta.

Las conclusiones que Wells formula en la *Fortnightly Review* como resultado de sus estudios de «Anticipaciones», son notables: predice la división de la humanidad en dos grandes castas ó razas, una consagrada á la producción económica y el desenvolvimiento de la vida material, y otra á la producción intelectual; cuando ese caso llegue, no se hablará en la tierra más que dos lenguas, el inglés por la raza *operante*, y el francés por la raza *discurrente*.

***

La «Madonna» de Morgan.—Así se llama hoy la que antes se llamó por motivos semejantes la Madonna de Colonna, un cuadro que pintó en 1505 Rafael para las monjas del convento de San Antonio de Padua en Perusa: en él aparece sentada la Virgen con traje de rosa y manto azul en un alto trono, teniendo á su Hijo en brazos y mirando tiernamente á San Juan, que, con las manos juntas, viene á adorar al divino Niño; Santa Catalina y Santa Cecilia, con San Pedro y San Pablo, rodean el trono de la Virgen, destacándose sobre un fondo de paisaje azulado.

Este cuadro fue vendido por las monjas, pasando á ser propiedad de la poderosa familia de los Colonna; de ésta pasó á poder del Rey Don Fernando, quien la llevó en 1860 á Gaeta, expidiéndolo á Madrid en 1861 con el propósito de venderlo en un millón. El Gobierno francés y el inglés se lo disputaron algún tiempo, pero la guerra franco-prusiana impidió á Napoleón adquirirlo, y el Gobierno inglés se conformó con la

compra de otra Madonna en 70.000 libras; el cuadro lo adquirió Sedelmeyer, que tenía una galería verdaderamente regia, y de aquí ha pasado á ser propiedad del famoso archimillonario americano Pierpont Morgan, que ha pagado por el cuadro la cantidad de dos millones y medio de francos.

¡Bah! ¡Medio millón de duros por una obra de Rafael!... ¿No es eso una verdadera ganga?

*
* *

Las grandes Revistas y su circulación.—De los miles de Revistas que en el mundo existen, son pocas las que han llegado todavía á tiradas de importancia, cosa natural si se tiene en cuenta lo relativamente restringido del público que lee las Revistas, que tiene forzosamente que constituir la aristocracia intelectual de los respectivos países. En Francia, que es quizá donde más público tienen las Revistas, principalmente por lo numeroso de la clientela extranjera, no hay más que tres Revistas (según datos de la *Revue*) que tiren más de 10.000 ejemplares, que son la *Revue des Deux-Mondes, La Revue* y *Le Correspondant;* todas las demás grandes Revistas francesas, como la *Grande Revue*, la *Nouvelle Revue*, etc., no pasan de cuatro á cinco mil ejemplares.

En Inglaterra las tres revistas de mayor circulación son la *Fortnightly*, la *Nineteenth* y la *Contemporary*, cuya tirada fluctúa entre 8.000 y 11.000 ejemplares. En los Estados Unidos no hay más que una, la *Nort American Review*, que haya pasado de los 10.000. En Alemania la que alcanza mayor tirada es la *Deutsche Rundschau*, que llega á 5.000 ejemplares, yendo después, pero á cierta distancia, la *Deutsche Revue* y *Nord und Sud*. En Italia la *Nuova Antologia* es la que marcha á la cabeza, con tirada igual á la mayor de Alemania, y en Rusia las dos revistas de mayor circulación, la *Rousskaia Mysl* y la *Viestrick Jevropy*, llegan á una tirada de 6.500 ejemplares.

*
* *

Los poetas favoritos de los franceses.—Entre las muchas averiguaciones ó informaciones, más ó menos importantes ó curiosas, que la prensa se ha dignado llevar á cabo con mejor ó peor fortuna, se encuentra la iniciada por la revista *Ermitage*, acerca de cuál es el poeta favorito entre los fallecidos en el siglo XIX. Para ello ha recogido las respuestas de unos doscientos poetas, y el resultado ha sido el siguiente:

1.°, Víctor Hugo; 2.°, Alfredo de Viguy; 3.°, Pablo Verlaine; 4.°, Baudelaire; 5.°, Lamartine; 6.°, Alfredo Musset; 7.°, Leconte de Lisle; 8.°, Esteban Mallarmé, y 9.°, Alberto Samain.

Entre las respuestas dadas hay algunas dignas de mención. Así, Jammes dice que «el poeta que más le conmueve es Maupassant *en sus prosas*». Para Boschot, «cada poeta se convierte sucesivamente en el poeta por excelencia». «La mala fe y la estupidez del homenaje póstumo á Víctor Hugo—dice Juan Lorrain—están confirmadas por la presencia en el mismo de Catulo Mendez, que ha tenido valor para comparar con Víctor Hugo al joven y millonario Edmundo Rostand; *único* entre todos los poetas modernos, Catulo Mendez ha proclamado á Rostand poeta (!!!).»

***

Falsificadores de leche.—El *Eco de París* ha abierto un concurso para obtener un aparato que permita revelar la falsificación de la leche y ayudar así, en interés de la salud pública, á la represión del fraude.

La cuestión vale la pena de estudiarla á fondo y á todos interesa su acertada solución. Se ha demostrado que gran parte de la mortalidad, especialmente en los niños, era debida á la adulteración de la leche; en el comercio de la leche se observaban, por otra parte, verdaderas fortunas hechas en poco tiempo, sin que pudiera sospecharse, sin embargo, que pudiera llegarse en el fraude hasta los hechos que se han descubierto.

Entre los diversos falsificadores de leche, los muchachos lecheros forman en Francia la clase más extraña. Entre ellos existe tal solidaridad, que jamás se descubren unos á otros. En cuanto hay un puesto vacante, la Asociación examina los títulos y condiciones de los aspirantes, y se impone el que ofrece mayores garantías de discreción; una vez entrado recibe una pequeñísima paga, pero no le dejan nunca solo hasta no estar seguros de que pueden fiarse de él; después de varios meses de tanteos entra en aquella especie de masonería, y entonces le revelan los secretos del oficio y los sitios de las reuniones de los socios, obligándole á entregar una fuerte suma en fianza para pagar los gastos posibles de un proceso y para atender á las necesidades de los compañeros que han sido descubiertos y purgan en la cárcel su delito.

Y lo peor es que esos desdichados no sólo no protestan, sino que se alaban de los fraudes que cometen y de la explotación que hacen. Un mozo lechero ha declarado lo siguiente: «Hice mis estudios en París y salí de la Escuela Central de Artes y Oficios con un diploma de Ingeniero; después de haber buscado una colocación sin encontrar más que un cargo de dibujante de 2.400 francos, pensé en buscar dinero de otro modo y me hice mozo lechero; ahora gano 700 francos mensuales, 250 de salario y 450 de extraordinarios; como yo, cada uno de nosotros ahorra de 3.000 á 4.000 francos anuales, y mi amo no gana menos de 60.000; por eso las multas nos importan poco.»

Lo triste del caso es que la mayor parte de las familias poseen un lactodennímetro, sin saber que los lecheros conocen las casas en que se sirven de este aparato, y agregan entonces á la leche, no agua, sino otras substancias que adulteran la leche sin permitir conocer el fraude.

Fernando Araujo.

# NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

**La cuestión social**, por el Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Juan Maura, Obispo de Orihuela.

Colecciona el ilustre Prelado en la obra que acabo de citar, una serie de pastorales encaminadas á examinar los gravísimos problemas que constituyen la base fundamental de la ciencia económica, y llenan hoy con ruidosas discusiones tanto los círculos de clases trabajadoras como las capas formadas de personas ilustradas. No creo, ciertamente, pecar de exagerado diciendo que el Ilmo. Maura, á pesar de la modestia, á veces extremada, con que da su dictamen en los distintos puntos que discute, es uno de los pocos que, sin hipotecas, sin exceso de rigorismo, sin abusar tampoco de los principios dogmáticos, ha sabido mostrar las bases filosóficas del antisocialismo. Quien se fije en alguna que otra frase, podrá creer que es uno de tantos eclécticos mediocres y convencionales; pero quien lea todo el libro, se convencerá de que es un individualista de buena cepa, á la vez que un altruista entusiasta, poseído de un ardiente amor á la ciencia y á la humanidad. Si sus opiniones me han producido viva simpatía, es porque detrás de sus concesiones al armonismo de las escuelas conciliadoras, campea en ellas lo único que puede sustituir á la superstición socialista, lo único social y humano: un ideal de individualismo *moral*.

Para evitar equivocaciones que proceden del empleo de palabras vagas, desecha desde el principio el individualismo

*utilitario* de los sociólogos ingleses, como subversivo de la verdadera moralidad, y por la misma razón rechaza las utopias de un equilibrio final de los intereses en sentido de universal solidaridad. Él forma con Perín este juicio: «Esa idea de la consecución segura, fatal y, en cierta manera, mecánica de la paz social, y remuneración equitativa de todos los trabajadores por el juego automático de todos los intereses, sería una extravagancia inexplicable, si no se tuviese en cuenta el deseo apasionado de encontrar una concepción de la vida y de sus móviles que nos librase de reconocer una autoridad superior al hombre, y nos dispensase de practicar la virtud por medio del sacrificio.»

Nada tan notable como la concepción que el Ilmo. Maura forma del trabajo en el terreno filosófico: «El trabajo es el ejercicio de la actividad, el armónico desenvolvimiento de las fuerzas vivas del sér... El trabajo es una perfección del sér que lo ejecuta; porque toda potencia, toda fuerza, toda energía, desarrollándose, se completa y perfecciona.» Partiendo de esta definición, se explican fácilmeute su dominio y sus límites.

Después de haber mostrado que el trabajo es necesario y legítimo, el Ilmo. Maura revuelve sus armas victoriosas contra Marx, Engels y Lafargue. Protesta, como Say, contra el colectivismo, y observa que el pretendido trabajo colectivo no sólo no excluye la desigualdad y jerarquías sociales, sino que las requiere y exige necesariamente, y las produce por la lógica natural y la fuerza de los hechos mismos. Defiende la lucha contra el pauperismo en nombre de razones morales, y muestra adhesión muy marcada á los métodos que los sabios indican para solucionar los conflictos industriales, los cambios operados en el trabajo por la invasión de las máquinas, y el problema de la generalización de los vicios entre los obreros. Ante los dolores de la concurrencia, no desecha la idea de que la propiedad individual llegue á convertirse, en caso de extrema necesidad, en propiedad común, y convencido de los abusos de las fuerzas humanas, reconoce el perfecto derecho que

el trabajo tiene á defenderse de la tiranía del capital. Sin enunciar ideas románticas sobre el obrero, habla con sentimental elocuencia de «la débil mujer y el tierno niño, tan inhumanamente y tan sin piedad explotados por las industrias modernas», del «salario, compensación no siempre equitativa y justa», y de «la reglamentación de las horas de trabajo, tan discutida y tan imprescindible.»

Pero todo esto no es más que una ley de justicia que sólo puede ser determinada por deberes sociales. El Ilmo. Maura desenvuelve con tal motivo una verdadera teoría de la *asociación*, como derecho y como libertad, con lo que demuestra cuán necio es el exclusivismo de los que creen que en una pastoral no caben digresiones científicas, ni deben discutirse tesis doctorales.

En suma: reconozco el mérito y amplitud de este escrito, que está llamado á producir buen efecto en muchos centros eclesiásticos y religiosos, acercándolos cada vez más á la escena íntima de la vida, al corazón mismo de la sociedad. Hoy la fe encuentra por todas partes á la ciencia disputándole la supremacía y el reinado, y no está en el caso de perder sus fuerzas estérilmente luchando con ésta en esferas donde su influencia es muy remota y la de la ciencia indestructible; antes, le conviene concentrarlas todas en la esfera en que se estrellan las pretensiones científicas: en la esfera de las cuestiones sociales.

El trabajo del Ilmo. Maura responde admirablemente á esta economía... teológica, que tan claro le ha hecho ver en economía política.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

---

**El Gobierno Congresional,** por Woodrow Wilson, 1 vol. 263 págs. Madrid. LA ESPAÑA MODERNA.

Pocos temas podrían señalarse en la ciencia política contemporánea, lo mismo en el mero respecto histórico que en el

respecto crítico y constructivo, tan atractivos y tan llenos de cuestiones, como el del Gobierno del pueblo norteamericano. Por algo es éste el pueblo hoy quizá más rico, y, fuera de Rusia, el más grande entre los de origen europeo que hay en el mundo. Realmente, interesa de veras ver de qué manera rige sus destinos, bajo la acción directiva de las *mismas* Instituciones y con la misma Constitución, el pueblo de hoy, tan complejo, tan mezclado y proveniente en línea bien directa de aquel otro, pequeño, reducido y disgregado, que hace un siglo y no muchos años más se emancipaba de Inglaterra.

La obra del Sr. Wilson es un estudio, precisamente, del tema á que me refiero: se trata en ella, en efecto, de examinar *el régimen político de los Estados Unidos;* pero no ha de tomarse como un mero trabajo de pura exposición, ni tampoco como una crítica amplia y completa. El propósito del autor es más determinado y muy concreto. Se ha propuesto caracterizar el Gobierno de la República americana, ó en otros términos, señalar el modo, según el cual se rige éste, merced al juego especialísimo, casi pudiera decirse único, de sus Instituciones nacionales.

Lo indica de un modo claro y preciso el propio W. W. «El objeto de este libro—dice—no es ofrecer de una manera completa la crítica del Gobierno de los Estados Unidos; es simplemente poner de relieve los rasgos característicos de la práctica del sistema federal.»

Pero, ¿cuáles son éstos? Infiérese de las palabras que á continuación escribe: «Tomando al Congreso como poder central y predominante del sistema, el objeto de este libro es ilustrar todo lo que al Congreso atañe. ¿Por qué? Porque precisamente en el Congreso, es decir, en la acción del Congreso, dentro del funcionamiento de los poderes federales, está la característica saliente de la Constitución americana en la práctica.»

«Todo el mundo ha visto, é innumerables críticos han dicho, que la forma de nuestro Gobierno es particular, que posee un carácter enteramente propio; pero muy pocos han visto con

exactitud en qué difiere más esencialmente esa forma de los demás Gobiernos del mundo... Nuestro mecanismo legislativo y administrativo es el que hace de nuestro Gobierno una cosa esencialmente diferente de todos los demás grandes sistemas de Gobierno. El contraste más marcado de la política moderna es el que existe, no entre el Gobierno presidencial y el Gobierno monárquico, sino entre el Gobierno congresional y el Gobierno parlamentario.» Y añade luego: «El Gobierno congresional es el gobierno por los Comités... es la administración por agentes ejecutivos medio independientes que obedecen las órdenes de una legislatura...»

Ahora bien; todo el libro de W. W. está destinado á describir, en contraste con el parlamentario, esa forma de Gobierno por el Congreso.

Su plan es bien sencillo. Después de una interesante introducción, examina una por una las tres grandes Instituciones que constituyen estrictamente el Gobierno federal: la Cámara de Representantes, el Senado y el Poder ejecutivo.

A. Posada.

# INDICE


Págs.

*High-life* (novela), por la Baronesa de Suttner..... 5

*Poetas americanos: El triunfo de las ciencias*, por José Santos Chocano..... 38

*Conquistadores antiguos y modernos*, por Francisco Sosa..... 59

*El ducado de Cánovas*, por E. Cánovas del Castillo..... 101

*Cuándo y quién fue el fundador del periodismo en España*, por Juan Pérez de Guzmán..... 109

*Papel de los grandes hombres en la historia*, por Edmundo González-Blanco..... 128

*Lecturas americanas*, por Hispanus..... 138

*Crónica literaria*, por E. Gómez de Baquero..... 158

*Revista de Revistas*, por Fernando Araujo..... 170

*Notas bibliográficas*, por Edmundo González-Blanco y A. Posada.. 201

# BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

**Aguanno.**—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil, (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
**Alcofurado.**—Cartas amatorias, 3 pesetas.
**Amiel.**—Diario intimo, 9 pesetas.
**Antoine.**—Curso de Economía social, 2 volúmenes, 16 pesetas.
**Araujo Sánchez.**—Goya, 3 pesetas.
**Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El visitador del preso, 3.—El Delito Colecivo, 1'50.
**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
**Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pts.
**Bagehot.**—La Constitución inglesa, 7 ptas.
**Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 ptas.
**Boissier.**—Cicerón y sus amigos: estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pts.
**Buisson.** — La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.
**Bunge.**—La Educación, 12 ptas.
**Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 ptas.
**Buylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.
**Carlyle.**—La Revolución francesa, tres tomos, 24 pesetas.
**Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
**Caro.**—Filosofía de Goethe, 6 pesetas.
**Champeommunale.**—La Sucesión Abintestato en Derecho internacional privado, 10 pesetas.
**Castro.**—El Libro de los Galicismos, 3 ps.
**Collins.**—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos. 15 pesetas.
**Darwín.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
**Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pts.—El Reformatorio de Elmira. (Estudio de Derecho penal), 3 pts.
**Dowden.**—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
**Eltzbacher.**—El Anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.
**Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
**Emerson.**—La Ley de la vida, 5 pesetas.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.
**Engels.**—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
**Fichte.**—Discursos á la Nación Alemana, regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
**Finot.**—Filosofía de la longevidad, 5 ptas.
**Fitzmaurice-Kelly.**—Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.
**Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 ptas.—La Ciencia social contemporánea, 8 ptas.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 ptas.
**Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 pts.
**Framarino.**—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.
**Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 ts., 15 ptas.
**Garnet.**—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
**Garofalo.**—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 ptas.
**George.**—Protección y librecambio, 9 ptas.
**Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pts.
**Giurlati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.
**Gladstone.**—Los grandes nombres, 5 ptas.
**Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.
**Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 ptas.—Las Favoritas de Luis XV. 6 pesetas.—La du-Barry, 4 pesetas.
**González.**—Derecho usual, 5 pesetas.
**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
**Goschen.** Teoría sobre los cambios extranjeros 7 pesetas.
**Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.
**Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.
**Gumplowicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.
**Guyau.**—La Educación y la herencia, 8 ptas.—La Moral inglesa Contemporánea, 12 ptas.
**Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 ptas.
**Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
**Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
**Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 pts.
**Huxley.**—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 ptas.
**Ihering.**—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
**Janet.**—La Familia, 5 pesetas.
**Kells Ingram.**—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
**Kidd.**—La Evolución social, 7 pesetas.
**Kochs, Hirsch, Stokvis y Wirzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
**Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.
**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura de Derecho Romano, 7 pesetas.
**Lange.**—Luis Vives, 2'50 pesetas.
**Laveleye.**—Economía política, 7 ptas.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.
**Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.
**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pts.
**Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pts.
**Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.**—La Escuela Criminalógica Positivista, 7 pesetas.
**Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.
**Macaulay.**—La educación, 7 ptas.—Vida, Memorias y Cartas, dos tomos, 14 ptas.
**Manduca.**—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
**Martens.**—Derecho Internacional, 3 tomos, 22 pesetas.
**Max-Müller.**—Origen y desarrollo de la religion. 7 pesetas.—Historia de las Religiones, 8 pesetas.
**Meneval y Chantelauce.**—María Estuardo, 6 pesetas.
**Meyer.**—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia-Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa de España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
**Miraglia.**—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.
**Mommsen.**—Derecho público romano, 12 ps.
**Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
**Nansen.**—Hacia el Polo, 6 pesetas.
**Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.—La Genealogía de la Moral, 3 ptas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Humano, demasiado humano, 6 ptas.—Aurora, 7 pets.
**Novicow.**—Los despilfarros de las Sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la Raza blanca, 4 pesetas.
**Posada.**—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
**Renán.**—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
**Ricci.**—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 ptas.—Derecho Civil, dos tomos, 15 ptas.
**Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
**Ruskin.**—Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio.—La verdad.—La fuerza.—La belleza.—La v da.—El recuerdo.—La obediencia), y La Corona de Olivo Silvestre (El trabajo.—El comercio.—La guerra), 7 pesetas.
**Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 3 pesetas.
**Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 3 vols., 30 pesetas.—Estudios escogidos, 3 ptas.

**Sighele.**—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
**Sohm.**—Derecho privado romano, 14 ptas.
**Spencer.**—La Justicia, 7 ptas.—La Moral, 7 ptas.—La Beneficencia, 6 ptas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 ptas.—Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 ptas. El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las Leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 10 ptas.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 ptas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 pesetas.—Instituciones industriales, 8 pesetas.
**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
**Starke.**—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.
**Stead.**—El Gobierno de Nueva York, 3 ptas.
**Stirner.**—El Unico y su propiedad, 9 ptas.
**Sudermann.**—El Deseo, 3,50 ptas.
**Sumner-Maine.**—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
**Supino.**—Derecho Mercantil, 12 pesetas.
**Taine.**—Historia de la literatura inglesa: 5 vols. 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.—Los filósofos del siglo XIX, 6 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.
**Tarde.**—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.
**Todd.**—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.
**Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.
**Varios autores.**—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez, Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Sllió Tarde, Torres Campos y Vida).—*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas. Contiene grabados.
**Idem.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamente, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgás, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.
**Idem.**—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.
**Virgilii.**—Manual de Estadística, 4 pesetas.
**Vivante.**—Derecho Mercantil, 10 pesetas.
**Witt.**—Historia de Washington, 7 pesetas.
**Waliszewski.**—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.
**Westermarck.**—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
**Wilson.**—El Gobierno Congresional, 5 ptas.
**Wolf.**—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos volúmenes, 15 pesetas.

---

# OBRAS RECIEN PUBLICADAS
## POR LA ADMINISTRACION DE «LA ESPAÑA MODERNA»

**Virgilii:** Manual de Estadística, *4 pesetas.*—**Todd:** El Gobierno parlamentario en Inglaterra, *dos tomos, 15 ptas.*—**Eltzbacher:** El anarquismo según sus más ilustres representantes, *7 ptas.*—**Stirner:** El Unico y su propiedad, *9 ptas.*—**C. Ellis Stevens:** La Constitución de los Estados Unidos, *4 ptas.*—**Spencer:** Instituciones profesionales, *4 ptas.*—Instituciones industriales, *7 ptas.*—**Schopenhauer:** El Mundo como voluntad y como representación (segunda parte), *10 ptas.*—**George:** Protección y librecambio, *9 ptas.*—**Ruskin:** Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio.—La verdad.—La fuerza.—La belleza.—La vida.—El recuerdo. —La obediencia), y La Corona de Olivo Silvestre (El trabajo.—El comercio.—La guerra), *7 pesetas.*—**Taine:** Historia de la literatura inglesa. La Edad Moderna, *7 ptas.*—**Ricci:** Derecho Civil, *dos vols., 15 ptas.*—**Nietzsche:** Humano, demasiado humano, *6 ptas.*—**Finot:** Filosofía de la longevidad, *5 ptas.*—**Boccardo:** Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, *10 ptas.*—**Carlyle:** La Revolución francesa, tomo II, La Constitución, *8 ptas.*—**Novicow:** Los despilfarros de las Sociedades modernas, *8 ptas.*—**Wilson:** El Gobierno Congresional; Régimen político de los Estados Unidos, *5 ptas.*—**Fitzmaurice-Kelly:** Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, *10 ptas.*—**Goncourt:** La Du-Barry, *4 ptas.*—**Taine:** Los filósofos del siglo XIX, *6 ptas.*—**Champcomunale:** La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado, *10 ptas.*—**Starcke:** La familia en las diferentes sociedades, *5 ptas.*—**Caró:** La filosofía de Goethe, *6 ptas.*—**Spencer:** La Moral de los diversos pueblos y la Moral personal; 3.ª edición, *7 ptas.*—**Lubbock:** El empleo de la vida: 3.ª edición, *3 ptas.*—**Witt:** Historia de Washington y de la fundación de la República de los Estados Unidos, *7 ptas.*—**Novicow:** El porvenir de la raza blanca, *4 ptas.*—**Max Müller:** Historia de las Religiones, *8 ptas.*—**Bunge:** La educación, *12 ptas.*—**Bagehot:** La Constitución inglesa. *7 ptas.*—**Laveleye:** El Socialismo contemporáneo, *8 ptas.*—**Nietzsche:** Aurora. *7 ptas.*—**Carlyle:** Revolución francesa, tomo III, *8 ptas.*—**Mommsen:** El Derecho penal romano, *10 ptas.*

---

# LA ESPAÑA MODERNA
## AÑO XIV

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas nacionales y extranjeros, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

CONDICIONES DE SUSCRICION

En España, seis meses, **diez y siete pesetas;** un año, **treinta pesetas.**—Fuera de España, un año, **cuarenta francos.** El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todos los abonos deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números publicados.

Se suscribe en la calle de Fomento, 7, Madrid.

**Director: J. LÁZARO**

# LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 14. NÚM. 161.

# LA

# ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE DE LAZARO

MAYO, 1902

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,
*Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de* La España Moderna.

# HIGH-LIFE

NOVELA

(CONCLUSIÓN)

## XIX

Eran las cinco de la tarde: Isi, deseosa de descansar, había subido á sus habitaciones. Un criado acababa de disponer el té sobre la mesa del salón, y la joven, sentada cerca de la chimenea, contemplaba las llamas del hogar. La noche comenzaba á caer, sumiendo en sombras á la estancia. Isi, que acababa de dar un paseo á caballo, había trocado la amazona por una bata de casa de seda negra con anchas mangas, en espera de vestirse para la comida. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo de su butaca, y sus blancos brazos formaban un punto luminoso en la oscuridad.

Pensaba en Witterstein.

—A Dios gracias—se decía—he dominado á mi corazón. Tengo ya bastante calma para figurarme á los recién casados en su viaje de boda. Me complazco en la felicidad de la pobre Trudy... Deseo que Hans la ame como ella se merece... ¡Ah! ¡Si yo hubiera querido romper ese matrimonio en París!... ¡Y la noche de Versalles!... ¡qué fascinación! Él también se ha calmado; evita mi presencia y apenas me habla... Por lo demás, desde hace una semana no nos hemos dirigido la palabra... Más vale así; ¿qué podríamos decirnos?... ¿Que ya no

nos amamos? Es preferible el silencio... ¡Ah! ¡qué alegría el haber comprendido al fin la paz interior, el reposo del corazón y del alma! Marcharé mañana; cambiaremos después de la comida algunas vulgares frases de despedida, nos estrecharemos la mano y todo habrá concluído completamente...

Isi se estremeció al escuchar abrirse la puerta y oir una voz bien conocida que preguntaba:

—¿Está usted visible, Condesa?

Ésta se levantó bruscamente, reprimiendo un grito:

—¡Usted... usted... Witterstein!

Hans entró y dijo:

—¡Qué oscuridad! ¿Dónde está usted? ¡Ah! Mis ojos se acostumbran á las tinieblas y percibo á usted al lado de la chimenea; se parece usted á una maga de Egipto con su bata de seda negra, sobre la cual las llamas lanzan reflejos fantásticos...

¿Por qué le palpitaba el corazón á la joven? ¿Y aquella indiferencia de que se vanagloriaba hacía un momento? ¿De modo que la fuerza no existía más que en plena luz, en los salones llenos de gente, en medio de la multitud? La entrevista no tenía nada de terrible, sin embargo... Permaneció silenciosa.

—Condesa, he venido á despedirme de usted. He sabido que nos deja usted mañana por la mañana.

—Pero todavía le veré á usted esta noche en la comida— dijo ella con afectada frialdad.

—No es lo mismo. Creo que tenemos que decirnos algo más que un adiós indiferente delante de todos los invitados.

—¿Cómo es que no ha ido usted de caza?

—Sabía que era el último día que pasaba usted aquí y esperaba encontrarla sola. Su hermana está con la señora de la casa; por fortuna usted se ha quedado en sus habitaciones, y aquí me tiene usted.

—Para presentarme sus respetos. Está bien.

La Condesa procuraba conservar un tono indiferente. La

situación, por lo demás, no tenía nada de desagradable, porque en la voz del joven vibraba una profunda ternura.

—¿Quiere usted una taza de té? Pero déjeme que encienda — dijo tomando de encima de la chimenea una caja de cerillas.

—¿Para qué? Esta semi-oscuridad es deliciosa... Permítame que acerque esta mesita y pondremos el té en ella.

Isi consintió y llenó dos tazas con la perfumada bebida. Witterstein las cogió y las puso sobre la mesita. Después la joven se volvió á sentar en el mismo sitio. Hans avanzó otra butaca y se sentó enfrente.

—Ahora, Condesa, digámonos adiós... ¡Qué palabra tan triste! ¿No es verdad?

—En las circunstancias actuales, no... Por de pronto esta despedida no es eterna; nos encontraremos frecuentemente en sociedad. Supongo que su futura mujer abrirá sus salones... Me inspira mucha simpatía; es una criatura verdaderamente deliciosa... es digna de ser feliz...

—Es decir, que merece un marido mejor, un marido cuyo corazón esté libre.

—¡Oh! Ella sabrá conquistar á usted y conservarle celosamente si usted pone en ello un poco de buena voluntad.

—Seamos francos, Isi.

Hans se levantó y la cogió una mano, que ella no retiró.

—Está bien, Hans, ¡seamos francos! Tengamos valientemente una explicación última, y después rompamos para siempre. Usted me ha querido un poco...

—¡Oh! Un poco... ¿Cómo puede usted decir eso?

—Los hechos lo demuestran. Sus relaciones...

—¿No he puesto mi suerte en manos de usted? ¿No la he suplicado que rompa esos lazos con una palabra, con una sola palabra?

—Si me hubiera usted querido sin reservas, no se hubieran formado nunca semejantes lazos. Ahora es ya demasiado tarde. Trudy le adora, y usted no puede destrozar esa alma...

Por mi parte, yo no soy libre y no consentiré jamás en llegar á ser su querida.

—Sin embargo, yo le soy á usted absolutamente indiferente...

—¡Harto lo sabe usted!

—¡Podríamos ser tan felices, Isi!

—¿Felices?...

—Muy felices...

—Imposible.

—Sin embargo, este amor...

—¡Jamás!

Pronunciaban palabras sin hilación que, poco á poco, se confundían en un murmullo lánguido, entrecortado de pausas... Sus manos permanecían unidas, sus ojos brillaban en sus rostros mal iluminados por los vacilantes resplandores del hogar. Sus voces se debilitaban, sus palabras perdían el sentido, la embriaguez se apoderaba lentamente de ellos. Hans sabía que podía atraer á Isi sobre su corazón, que no resistiría y apoyaría en su pecho la cabeza. Isi sabía también que había llegado la hora suprema, la hora que debía sumirla en el misterio del éxtasis amoroso... Transcurrieron algunos segundos: el fuego chisporroteaba, la tetera hervía suavemente sobre la lamparilla de espíritu de vino, y estos ruidos ligeros dejaron las respiraciones anhelosas, hasta las palpitaciones de los corazones... Permanecían inmóviles, sin fuerza, en el paroxismo del deseo; un brusco movimiento de Isi les lanzó en brazos uno de otro.

—¡Isi!

—¡Hans!

Ella volvió á caer en su butaca y se ocultó el rostro con las manos.

Él se arrodilló á sus pies y la obligó á descubrir sus ojos, que estaban llenos de lágrimas.

—¡Isi mía!

—No, Hans, no puedo ser de usted—dijo ella rechazándo-

le dulcemente.—Es un beso de despedida el que acabo de darle, es la última llamarada de un fuego para siempre extinguido. Marche usted y sea feliz... Olvídese usted de este instante de debilidad, olvídese de este sueño de locura, despiértese usted.

—Nada podría separarnos, amor mío; mi vida es de usted...

—¿Y Gertrudis?

—No cometeré la villanía de ligar á mí á esa pobre niña; mañana le diré la verdad y la rogaré que me devuelva mi palabra.

—¿Y yo?

—¿Usted?... Usted es libre. Su marido la ha traicionado, engañado, abandonado. Usted es mía desde que sus labios se han juntado con los míos...

—Levántese usted, por amor de Dios. Pueden entrar aquí de un momento á otro, y estamos en la oscuridad.

Hans se apresuró á levantarse.

—Tiene usted razón.

—Márchese, márchese, se lo ruego... nos veremos abajo, hablaremos...

—¡Sea! Me voy—exclamó él, queriendo estrecharla por última vez entre sus brazos...

—¡Márchese!—replicó ella con tono suplicante.

Besó apasionadamente la mano de Isi y se alejó. Ella permaneció algunos instantes de pie en el mismo sitio, apoyada en la butaca.

—¡Estoy perdida!—murmuró en voz baja.

Con temblorosa mano encendió las bujías de la chimenea y la deslumbró el brusco paso de la oscuridad completa á la luz brillante. Miró alrededor y lanzó un grito; allí, en un sofá, yacía un cuerpo femenino...

—Cari, ¿eres tú?—preguntó anhelante.

No respondió nadie; la desconocida permanecía inmóvil. Isi dió algunos pasos vacilando. ¡Jesús! era Gertrudis... ¡Gertrudis desvanecida!

## XX

Aquella noche faltaban en la comida dos invitadas: la Condesa de Thunen y Gertrudis Simmersburg. Se dijo que la última acababa de sentirse repentinamente indispuesta y que Isi permanecía á su lado acompañándola. Así explicó la abuela la ausencia de su nieta y la de Isi.

—Trudy sufre un violento dolor de cabeza y ha tenido que acostarse; la buenísima Condesa de Thunen no ha querido dejarla. Yo quería quedarme también, pero las dos me han hecho que baje prometiendo llamarme si el malestar aumentaba.

—¿Será conveniente enviar en busca de un médico?

—No, por esta noche. Veremos mañana, si no se encuentra mejor. No es más que un enfriamiento; esa loquilla atraviesa siempre los corredores sin abrigarse. Cuando á eso de las cinco me pidió permiso para ir á hacer una visita á Isi, le recomendé que se echase algo sobre los hombros... Pero ya estaba lejos, con su traje ligero, medio escotada, vestida para la noche... Una hora después, volvió pálida, con estremecimientos, sostenida por su amiga, y en seguida se ha acostado.

A Witterstein le dió un vuelco el corazón al escuchar aquella relación. La idea de que las dos jóvenes estaban juntas le torturaba... Gertrudis había ido á ver á Isi á las cinco... ¿habría presenciado tal vez la escena de amor? ¿Habría oído todo? ¿Habría tal vez sorprendido el ardiente secreto?... Debía haber caído enferma de dolor... ¡Cuánto la amaba la pobre criatura! ¿No había él, en su pasión desenfrenada, destrozado la felicidad de aquella encantadora niña, y también la suya?... ¿Pero qué hacer? La boda era imposible, puesto que él pertenecía por completo á otra mujer... Y á pesar todo, ¿no valía más casarse con Gertrudis, evitar el escándalo de semejante ruptura? ¿Qué diría su tío?... Era un mal asunto... Todas es-

tas ideas se agitaban en la mente de Hans, perturbado por complicaciones tan novelescas.

—Ya se vé lo que quiere usted á su prometida—dijo la señora de Kyffausen.

—No come usted nada—añadió la Condesa de Simmersburg.—Contaré á Trudy lo que se preocupa usted por su salud, la agradará mucho. Es una buena muchacha, algo corta aún, un poco tímida, pero no tardará en avisparse... Dígame usted, ¿quién es ese amigo del duque Emilio? No comprendo cómo pueden traer semejantes personas á Herrenberg. Ese señor será tal vez un hombre muy respetable, pero, en suma, «no es persona...» Un comerciante de telas ó algo parecido. En verdad, el mundo está trastornado. El Duque tiene, sin embargo, un tacto, un tacto exquisito... así; todo el mundo conoce su afección hacia Cari, y sin embargo, nada se puede precisar... ¡Pero no me escucha usted, Hans!

—¿Decía usted, Condesa?

—¿Pero dónde tiene usted la cabeza?

—Arriba, con Gertrudis.

Y era verdad; hubiera dado algunos días de su existencia por escuchar el coloquio de las dos amigas. Isi estaba sentada á la cabecera de la joven y trataba de consolarla.

—Trudy—le decía tiernamente,—cesa de llorar. ¿No me crees? Te juro por lo más sagrado del mundo que mañana me marcharé y no le volveré á ver. Te pertenece... debes serlo y serás dichosa... ¡Tú eres un ángel, querida mía! Cuándo recobraste el sentido, en vez de abrumarme con tus censuras, me abrazaste llorando y me recomendaste que le amara y le fuese fiel... Te pregunté si no me guardabas rencor, y me respondiste: «Mi vida ha concluído, y todo sentimiento de venganza desaparece en el momento de morir.» Loquilla, ¿por qué hablas de la muerte?

—¡Ay! ¡porque soy desgraciada!

—¿Por qué, Trudy? ¿Ya no tienes confianza en mi palabra? Mi marido va á regresar á Austria y me reconciliaré con

él. Te lo suplico, no llores. ¿Quieres que me vaya si te es penosa mi presencia? Sin embargo, estoy aquí, á tu lado, por instancias tuyas. «Isi—me has dicho—no me dejes, nadie conocerá lo que ha pasado... Eres ahora mi única confidente, como yo lo soy tuya. Quiero explicarme contigo.» Pero te callas, me dejas hablar á mí sola, y me destroza el corazón verte llorar tan amargamente.

Gertrudis levantó la cabeza.

—¡Ah! quisiera morirme... morirme...

—¡Otra vez, Trudy! me has prometido desechar esas malas ideas.

—¡Toda mi felicidad está destruída!

—Reflexiona un poco, querida mía: yo soy el único obstáculo á esa felicidad, y desapareceré de tu vida...

—¿Para qué? te seguirá si te vas... Te adora y no me quiere: lo he oído de sus propios labios... Quiere recobrar su libertad...

—No hagas caso, Trudy...

—Se la devolveré yo aun cuando él no la pida... No quiero un corazón que pertenezca á otra...

—Sabrás hacerte amar, Trudy; lo mereces más que yo. ¿Por qué romper esa boda que te dará rango, fortuna, posición? No es de desdeñar el ser Princesa de Witterstein...

—Sí, Isi, tienes razón, todo eso es muy hermoso... ¡pero qué importa si no soy amada! ¡Déjame llorar, déjame morir en paz!

—Escucha, Trudy, se va á acabar la comida. Van á subir y te encontrarán llorando. ¿Cómo explicarás tu congoja? Nadie debe saber el motivo... es preciso que tú misma lo olvides...

—¡Si pudiera!...

—Hans debe también ignorar que has sorprendido nuestra pasajera debilidad... Mañana marcharé dejándole una carta en la que le declararé nuestra ruptura definitiva. Entonces quedarás en libertad de ser su mujer, llevar la corona ducal,

conquistar el amor de tu marido... ¡Tu suerte no tiene nada de horrible! Sé razonable, querida mía, no se puede tener todo en este mundo; sobre todo en el nuestro. Tú eres aún una niña, y no comprendes nada de estas cosas... Crees que los matrimonios se hacen como en las novelas... ¡Desengáñate! Los jóvenes reparten su corazón por todas partes; tu prometido, aun cuando esté enamoradísimo de ti, encontrará en la vida otras Isi que le seduzcan. Mira mi marido, mira Hohenberg, mira los hombres que te rodean. Créeme, Trudy, evita un escándalo...

—Isi, no te comprendo. Amas á Hans, puesto que te he visto en sus brazos, casi sin conocimiento. ¿Cómo puedes vivir sin él?

—Estás equivocada... No experimento, ó más bien, no he experimentado ningún amor por Hans... Ha sido un arrebato, un vértigo, una embriaguez pasajera; he aquí todo... El encanto que me fasciñó durante esa hora del crepúsculo, ha desaparecido. Desque que has llorado sobre mi corazón, Trudy, siento que no amo ya á Hans; hasta siento que no le he amado nunca. Mi deseo más ardiente es veros á los dos unidos, y no tengo celos de su afección hacia ti. Ha experimentado hacia mí un simple capricho, uno de esos sentimientos vivos y breves que son frecuentes en nuestra vida sobreexcitada y neurótica, sentimientos de curiosidad, de deseo, de excitación, de enervamiento, de vanidad, de orgullo, de todo, en fin, excepto de amor.

—¡Oh mis sueños!...

—¡Ay, hija mía! Hay un abismo entre los sueños y la realidad... En la vida real, el amor no desempeña un papel exclusivo y absoluto.

—Pero, todos mis libros...

—¡Tus libros mienten...! Tus novelas se te suben á la cabeza y falsean tu imaginación con vanos espejismos... Tú no eres una heroína consagrada á un dolor eterno...

—¡Sí!

—¡No! Tú serás dichosa, á menos que no te acarrees tú misma un violento desenlace: el convento ó el suicidio.

—No me mataré, pero el exceso de mi pena hará sin duda que muera. ¡Cómo resistir á la ruina de tal felicidad, de una «felicidad sobrehumana», como yo la llamaba...!

—¡Conténtate con lo que te queda, Trudy. Acabas de sufrir un gran dolor; pero la vida puede todavía ser grata para ti...

—¡Tratas de consolarme, mi buena Isi!

—¡Ah! no soy buena... Acabo de hacerte sufrir.

—No es culpa tuya si él te ama... ¡Ah! ¿Por qué quería casarse conmigo si su corazón no era libre?

—¡Silencio, querida mía! No llores, oigo andar; debe ser tu abuela...

## XXI

—¿Puedo entrar?

Era Witterstein que llamaba á la puerta de la Condesa de Simmersburg, la cual acababa de entrar en su habitación.

—¡Ah! ¿Es usted Hans?... ¿Viene usted á preguntar por Gertrudis?

—Quisiera verla un momento, Condesa.

—Está descansando. No sé á qué atribuir su indisposición... ¿Acaso una contrariedad...? ¿Han reñido ustedes alguna vez? Ella no quiere decir nada.

—No, Condesa.

—Tal vez haya tenido alguna discusión con Isi Thunen. Dice que no tiene más que una fuerte jaqueca; pero debe haber algo más, porque he sorprendido señales de lágrimas en sus mejillas. Al principio he creído en un enfriamiento cogido en los corredores del castillo, pero en seguida he comprendido que debía experimentar algún disgustillo, alguna nubecilla de muchacha. Entonces la he aconsejado que pierda la costumbre de esas niñerías; la he preguntado, la he interrogado

como un verdadero juez de instrucción, y se ha limitado á repetirme: «Tengo un espantoso dolor de cabeza, nada más; te ruego que me dejes tranquila». Sin embargo, es necesario que yo sepa á qué atenerme para cuidarla... Es una ridiculez la de Gertrudis en concedernos tan poca confianza á las personas de edad y de experiencia.

—Perdóneme, Condesa; pero tal vez no es usted bastante indulgente con las penas de Trudy...

—¿También usted se pone de su parte? ¡Ya! Adivino el secreto de ustedes... Ha debido haber una disputa de enamorados, uno de esos enojos que concluyen con una tierna reconciliación... Tal es el motivo de su visita, ¿no es verdad?

—Lo ha adivinado usted, Condesa. Déjeme ver á Gertrudis, y la ruego encarecidamente que me deje verla sin testigos.

La Condesa vaciló:

—No sé si eso estará bien: mi presencia les ayudaría indudablemente á hacer las paces... En fin, no quiero mostrarme ni desconfiada ni terca; consiento en dejar á ustedes solos. Después de todo, usted es el prometido de Gertrudis y dentro de algunas semanas será usted su marido... Vaya usted, pues, á reconciliarse con ella.

—¿Decía usted que estaba dormida?

—Trudy cierra siempre los ojos cuando me acerco á ella y simula dormitar, á fin de evitar las explicaciones... La encontrará usted despierta... Aquí me quedo.

Hans se aprovechó del permiso y entró sin hacer ruido en el cuarto de la niña.

Gertrudis estaba echada, vestida, en un sofá, y parecía descansar, con los párpados cerrados. El joven se acercó á ella de puntillas y la cogió dulcemente una mano.

—¡Hans!—exclamó ella con espanto.

—Usted está enferma, Trudy, usted delira... ¿Qué significa esto?—dijo sacando una carta de su bolsillo.

—¡Mi carta! No es difícil de comprender, sin embargo.

—Seguramente, es clara y concisa. Ocho palabras nada más: «Príncipe Witterstein, devuelvo á usted su palabra.—Gertrudis.» Pero quería oirlo de sus labios. ¿Por qué me rechaza usted?

Por toda respuesta, Gertrudis se tapó la cara y estalló en sollozos. Desde el día anterior, desde el espantoso instante en que vió á su prometido á los pies de su rival, su llanto corría sin detenerse, como manantial misterioso é inagotable.

—Lo sabe todo—se dijo Hans; después, replicó en alta voz: «Espero su explicación, Gertrudis.»

Ella murmuró tratando de dominar su emoción:

—Usted mismo debía... pedirme... que le devolviera su palabra... Me he adelantado yo... Ayer, me encontraba en el cuarto de Isi... Lo oí todo...

—Y ahora, Trudy, vea usted esto—repuso el joven presentándola otra carta.—Es una línea, una sola línea de la Condesa de Thunen que ha marchado al amanecer: «Príncipe Witterstein, jamás, nunca más...—Isi.» ¿Comprende usted el sentido de estas palabras?

—Sí, la buena Isi me lo ha confiado todo; quiere huir de usted y reconciliarnos. Me ha animado á recoger las migajas de felicidad que usted podía darme todavía, pretendiendo que todos los jóvenes derrochan su corazón y su alma... Pero no me ha convencido. Mi sueño de amor ha terminado... He perdido la fe, he perdido la confianza, he perdido la esperanza... Así es que ya no puedo ser de usted, Hans, y le repito las palabras de Isi: «Jamás, jamás...»

—Piense usted en el escándalo, Gertrudis. Piense usted en los trastornos de una ruptura. Mi tío, su abuela, el mundo...

—¿Son esos sus argumentos? ¿Es eso lo que invoca usted para obligarme á contraer un matrimonio sin amor? ¿Simples consideraciones sociales? No, verdaderamente, no cabe tanta cordura en mi sencillo corazón de diez y siete años. Isi, que conoce la vida, hablaba como usted, y no dudo de su interés hacia mí. Pero importa poco el escándalo, las censuras de su

tío ó los regaños de mi abuela. Sé que usted no me ama, y eso me basta.

—Trudy, demasiado sabe usted que me parece encantadora y que la he elegido á usted...

—Usted me ha elegido para agradar á su tío, para heredar el mayorazgo, para obedecer á esas consideraciones sociales tan importantes á sus ojos. Mi experiencia hace progresos y me dice que el «jamás, nunca más» de Isi no es muy decisivo.

—El sentimiento que me ha inspirado la Condesa de Thunen no se parece á lo que usted ha pensado...

—Sí, ya sé que el honor, tal como lo entiendo yo, no existe más que en las novelas y en la imaginación de las chiquillas... Isi se encargó ayer de explicármelo y he sido testigo del irresistible impulso que la arrojó en brazos de usted. Lo mismo sucederá en la primera ocasión aun cuando fuera su mujer de usted... Desde ayer conozco la vida real y ya estoy hastiada de ella... No quiero casarme con usted, Príncipe Wittersteín. Salga usted, se lo ruego, porque me es penosa su presencia...

Una crisis de sollozos convulsivos ahogó las últimas palabras.

—No quiero molestarla más—dijo Hans compadecido.—Espero que su decisión no es irrevocable. Nos volveremos á ver y volveremos á hablar. Adiós, Gertrudis, ¿no quiere usted darme la mano?

—No.

—Y bien, hijos míos, ¿se han hecho las paces?—preguntó la Condesa de Simmersburg entrando.

—Gertrudis sufre, y tiene necesidad de algunos días de reposo—respondió Hans despidiéndose de la Condesa. Esta se sentó al lado de su nieta, y después de algunos momentos de silencio, comenzó á decir con tono severo:

—Ahora basta de misterios. Quiero saber lo que ha pasado entre ti y Hans. Concluirá por romperse la boda si no intervengo yo en vuestras cosas.

—Está rota, abuela—replicó Gertrudis levantando la cabeza. He devuelto su palabra al Príncipe Witterstein, y jamás seré su mujer.

—¡Estás loca! Romper semejante boda... Sería una desgracia irreparable y un escándalo inaudito. ¿Qué es lo que has hecho?... ¡Ah! Siempre te recomendé ser amable y seductora... pero eres tan terca... hasta para las cosas más indiferentes... Así, por ejemplo, antes de ayer te empeñaste en ponerte el traje negro, aunque te he dicho mil veces lo mal que te sienta lo negro. ¡Quién sabe si ese traje negro no ha desagradado á Hans y ha comenzado á enfriarle! He aquí lo que resulta cuando las niñas quieren saber más que las personas de edad. Si hubieras sido obediente, si te hubieras mostrado espiritual, atractiva, irresistible, como siempre te lo he aconsejado, no hubiera sucedido nada de esto... Por lo demás, Witterstein no tiene derecho á comprometerte así á los ojos del mundo, y yo no cederé... Tú tampoco, supongo. Un hombre de honor no se vuelve atrás en el último momento. Comprendo tu sentimiento, Trudy; pero hay que revestirse de valor y defender tu derecho... Te ayudaré así como los Kyffausen... Si es preciso, le amenazarás con suicidarte si te deja, le dirás que no puedes vivir sin él... Estas son ideas novelescas que no apruebo; sin embargo, pueden ser empleadas en los casos extremos... Hans no carece de corazón y no querría tener tu muerte sobre su conciencia... Refiéreme todo lo que ha pasado con sus menores detalles.

—Abuela, deja tus preguntas y tus consejos. Todo ha concluído entre nosotros.

La Condesa no pudo obtener nada á pesar de sus ruegos y regaños. La joven tuvo una nueva crisis de lágrimas, y cayó en un mutismo completo.

Witterstein hizo aún algunas tentativas de reconciliación, pero Gertrudis persistió en su negativa. ¿Se hubiera tal vez dejado convencer si Hans hubiese mostrado más ardor en dejarse perdonar?... ¿Hubieran tal vez triunfado de sus últimas

resistencias los sermones de la abuela unidos á los impulsos de su corazón, si el joven se hubiese mostrado más sentido, más enamorado?... Pero Hans, vacilante, inquieto, turbado, no insistió y se encerró en los estrictos límites de la cortesía: abandonó Herrenberg á la semana siguiente para ir al lado de Isi.

Las Condesas de Simmersburg se despidieron también de los Kyffausen y regresaron á Stockan. Gertrudis era desgraciadísima; no solamente tenía que soportar el peso de sus penas, sino que tenía además que escuchar las lamentaciones de su abuela.

—Nadie te querrá. Morirás solterona.

—¡Oh! No quiero casarme.

—Entonces, vete á un convento... hazte monja... Eres la vergüenza de tu familia...

Y la pobre pequeña, llorando, contemplaba tristemente su equipo de novia bordado con las armas de Princesa, cuyos ricos encajes y finas batistas habían absorbido su reducido dote —aquellas galas frágiles y lujosas, imágenes de su felicidad pasada...

## XXII

Niza era, como siempre, el punto de cita del *todo París* artista, *boulevardier* ó galante, de la alta sociedad cosmopolita, del «mundo que se divierte», de la high-life del placer; era, como siempre, la ciudad de la alegría y de las diversiones, compuesta de casinos, de hoteles, de casas de campo, de teatros y de paseos, con su cielo azul, sus aromas suaves, sus bosquecillos siempre verdes, sus violetas, sus rosas, sus naranjos en flor, sus olas de plata, sus rocas románticas, sus selvas de pinos; era, como siempre, una admirable decoración de teatro para una vida de lujo y de alegría perpetua. La estación mundana estaba en su apogeo cuando el duque Emilio y Walgrave se encontraron en aquel país encantado. En la

lista de extranjeros se leían los nombres de una gran Duquesa de Rusia, de un Príncipe bávaro, de la Condesa de Thunen, de la Duquesa de Hohenberg, del Príncipe Witterstein, del Príncipe Diamante, de Adela de Marcy y de Sofía Timofewna.

La aristocracia británica estaba representada por un Par de Escocia, por un Lord inglés y por aquella brillante lady de la que nuestro amigo Hans había hablado un día al duque Emilio, aquella hermosa Hermina Coverland, *countess in her own right*. La *villa* de las Rosas, la más elegante de Niza, cobijaba la luna de miel de una parejita parisiense; él, Príncipe ruso, Oficial de la guardia, veinte años, dueño de un palacio en San Petersburgo y de propiedades á orillas del Volga; ella, hija de un rico industrial, con varios millones de dote y una pedrería, que con sus trajes y tocados habían excitado la admiración general. Los recién casados no escondían su felicidad en la soledad; su *villa* era el lugar de reunión preferido por la colonia extranjera, y sus recepciones eran muy solicitadas. Precisamente aquella noche daban el primer baile de la estación, y lady Coverland era la reina de la fiesta. Una multitud de adoradores la rodeaban, pero sus más dulces sonrisas se dirigían á Witterstein. Este había tenido la alta honra de agradarle en Londres en la última primavera, y al volverle á encontrar en Niza, el capricho de la jóven se había despertado. Conocía la ruptura de la boda de Witterstein y el rumor de la pasión de éste hacia Isi: estas relaciones no impedían que lady Hermina se presentase como rival—tal vez preferida,—y la dificultad de la conquista ofrecía para ello cierto encanto malsano... Adelina de Marcy se encontraba también entre los invitados, y hablaba en un rincón con el Príncipe Arlán, que le hacía entusiastas descripciones del Cáucaso.

—Un paraíso, un verdadro paraíso. Ese país es delicioso, mucho menos pintoresco que nuestras montañas, en las que fue encadenado Prometeo. Quiero transformar en una pequeña Niza una de mis propiedades del mar Negro; la poblaré de *villas*, de casinos, de hoteles, de lugares de diversión...

La Orsakoff se acercó al grupo, exclamando:

—Muy buenas, Marquesa. ¿Usted aquí?... Apenas creo á mis ojos. ¿Cómo ha podido usted decidirse á dejar su querido París?

—El Principe Arlán me ha animado, pero casi siento el viaje. No tardaré en volver á París. ¿Y usted? ¿Piensa usted permanecer mucho tiempo en Niza?

—No, no estoy más que de paso. París me atrae como á usted, es la patria de todos...

—¿Los inteligentes?—dijo Arlán.

—No he dicho eso. Es muy curioso ver cómo nos encontramos todos. No he dado más que algunos pasos por el salón, y ya me he encontrado con una docena de caras conocidas procedentes de los cuatro puntos del globo... He visto á esas dos señoras austriacas que conoció usted en mi casa. ¿Se acuerda usted, Adela?

—Sí, y su acompañante no las deja —replicó la Marquesa.—Dijeron que iba á casarse.

—Dicen que su boda se ha roto—repuso la Orsakoff.—Por lo demás, el marido de la Condesa ha vuelto. Mírele usted allí abajo, cerca de la puerta, aquel arrogante rubio de elegante apostura.

—¿Es el Conde de Thunen?

—Sí, un perfecto gentilhombre, el mejor tirador de pichones, un atrevido jugador...

—Y un completo Don Juan — añadió el Príncipe de Abcasia.

—Está perdidamente enamorado de Coralina Ducasse.

—¿Quién es esa Coralina Ducasse?—preguntó la Marquesa.

—Pues una que se tiñe los cabellos de amarillo y que posee un hermoso hotel en el Parque Monceau—respondió Sofía Timofewna.

El conde de Thunen se encontraba, en efecto, en el umbral de una puerta y miraba pasar las parejas de bailarines, entre las cuales se encontraba su mujer, que valsaba con el

amo de la casa. El Conde la seguía con los ojos sin admiración ni celos, porque después del primer año de su matrimonio, ella no tenía para él atractivo alguno. Era un hombre de placer, guiado únicamente por sus sentidos, dedicado á los amores fáciles; su vanidad le hacía que buscase las actrices en boga ó las horizontales de moda. Una modistilla le había cautivado en Viena; la dama joven del teatro Miguel en San Petersburgo le había conquistado, y en la actualidad se arrastraba á los pies de Coralina Ducasse, una belleza en su ocaso, conocida por sus excentricidades. No hacía misterio de su conducta.

Lady Herminia bailaba con Witterstein.

—¿Por qué no ha venido usted este otoño á la granja de Coverland?—preguntó ella durante un descanso. Hemos sido muchos, y hemos pasado una temporada deliciosa. Hemos representado el *Mercader de Venecia*. Yo he desempeñado el papel de Postia... El Príncipe de Gales asistió á la representación. Espero verle á usted en Londres en el mes de Mayo.

— Seguramente, señora, y me permitiré ir á hacerla una visita á su castillo si de aquí á entonces no le ha dado usted un dueño.

—Es cosa á la que no me resolveré fácilmente...

*
* *

—Le aseguro á usted, querido Duque, que Niza no me agrada. Casi estoy enfadada con usted por haberme impulsado á este nuevo viaje. El de París era suficiente, pero el primer paso es el que cuesta...

—¿No le gusta á usted este rincón del paraíso?

—Todo lo paraíso que usted quiera... La sociedad aquí está horriblemente mezclada; me creo siempre en pleno Carnaval.

—Sin embargo, se encuentra usted en medio de la aristocracia de todos los países.

—¡De todos los países! Eso es precisamente lo que me

choca. Por de pronto debe haber aquí mucho contrabando, y reina una confusión babilónica de lenguas y de maneras. En fin, tengo muchos deseos de volver á mi casa.

—No corre por sus venas de usted, Cari, la sangre de los bohemios del lujo.

—Llámeme usted Princesa; ¿qué quieren decir esas familiaridades comprometedoras? No, no tengo sangre bohemia en las venas, á Dios gracias, sino la sangre pura y tranquila...

—¡Ay!

—... De una patricia, y toda esta bohemia, esta high-life llena de cabezas de Príncipes ó de Condes exóticos, me hace el efecto de una mascarada. Saldré de aquí como se sale de un circo, con el recuerdo de un espectáculo bastante divertido.

—Es usted severa al comparar á los hombres con clowns y á las mujeres con amazonas, pero su observación es justa. Esta perpetua excursión en busca del placer, esta mezcla de nacionalidades, hace que esta sociedad se asemeje á una compañía de titiriteros ambulantes; los carros están reemplazados por un hotel lujoso y confortable.

En otro extremo del salón:

—¿Cómo es que le encuentro á usted aquí, señor Walgrave?

—¡Sofía Timofewna! ¡Qué sorpresa! Yo la creía á usted en París.

—Pienso ir muy pronto. ¿Vendrá usted?

—Es usted muy amable. ¿Por qué no se queda usted aquí?

—Hay demasiados rusos.

—¿No le gustan á usted sus compatriotas?

—Sí, cuando están en su país. Detesto á los que viven en el extranjero y pierden todo carácter nacional. El verdadero ruso no abandona su santa patria, y acabo de ver algunos ejemplares magníficos allí, en mis estepas... Pero ya le he descrito á usted...

—Sus cartas contenían descripciones muy interesantes del país y de sus habitantes, rasgos de costumbres muy curiosos, contados con mucha gracia...

Isi y Hans no tuvieron más que una sola vez ocasión de cambiar algunas palabras durante la noche. Fue en el comedor, mientras el joven ofrecía un helado á la Condesa de Thunen.

—¡Qué encantandora velada!—dijo él en voz baja.

—Sí, muy animada... Lady Coverland, sobre todo, parecía muy complacida.

—¿Irá usted mañana á las regatas?—murmuró él al oído.

— No; mi marido irá seguramente, y yo me quedaré en casa. Hágame usted el favor de darme un vaso de agua.

—Aquí tiene usted, Condesa. Mañana á las doce, añadió en voz muy baja.

Ella hizo un signo afirmativo y volvió la cabeza.

## XXIII

Fiel á sus principios, el duque Emilio dedicaba sus cuatro horas cada mañana á sus trabajos favoritos, en medio de los placeres de Niza. No se dejaba tentar por ninguna expedición terrestre ó marítima, á caballo ó en coche, y permanecía trabajando en su gabinete.

Unicamente Walgrave tenía acceso en el santuario, cuya paz se cuidaba de respetar. Cuando su amigo estaba ocupado, cogía un libro y leía en silencio, ó llevaba algunos artículos de Revista para pasto de conversación.

Aquel día había transcurrido el tiempo consagrado al estudio y los dos amigos almorzaban mano á mano como en el castillejo perdido en el fondo de los bosques.

—La existencia febril que se lleva aquí—dijo el Duque—es la enemiga declarada del bienestar; esta fiesta perpetua, en medio de las rosas y las violetas, mecida por una música de opereta, bajo un cielo eternamente azul, concluye por cansar: es una existencia tonta, inútil, vacía y sonora. Es imposible entrar en un casino, franquear el umbral de un *restaurant* ó

dar una vuelta por un paseo sin verse asaltado por las mismas gentes, que dicen las mismas frases y repiten las mismas cosas.

—Usted no ha venido á buscar en Niza, entre este torbellino mundano, el ideal de una vida pacífica y sosegada.

—Por eso espero con impaciencia el momento de marcharme. ¿Cuándo nos embarcamos? La perspectiva de un viaje alrededor del mundo me llena de alegría.

—¿No experimenta usted ningún sentimiento al dejar Europa? ¿Le es á usted indiferente abandonar sus costumbres, sus amistades?...

—Ya sé lo que usted quiere decir. Me cree usted retenido por algún asunto del corazón.

Walgrave hizo un signo afirmativo.

—También usted se engaña. No tengo amores; los lazos que me ligan son muy ligeros y muy fáciles de romper. Mi pasión por los viajes los quebrará sin ningún trabajo.

—Pero un lazo suele unir siempre á dos personas. ¿No sufrirá una de ellas con esta separación?

—Al contrario, se librará más bien de una sujeción enojosa.

—¿De verdad? Entonces, tanto mejor. Hablemos de otra cosa. ¿Podría usted decirme, querido amigo, lo que se ha hecho de la encantadora joven que fue novia de Witterstein?

—¿La condesita de Simmersburg? ¿Le interesa á usted esa pobre niña?

—Sí. Pocas veces me ha encantado tanto una muchacha. Si no hubiera estado comprometida con otro, hubiese tal vez renunciado á mi resolución de no casarme más que con una americana, y me hubiera decidido á pedir su mano. Sin duda hubiera recibido una negativa, porque la abuela me consideraría como un sér indigno de respirar el mismo aire que su noble persona... ¿Sabe usted lo que se ha hecho de esa preciosa Trudy?

—Continúa en Stockan con su abuela, que está un poco mal y hace la vida muy pesada á su nieta. No hace más que

hablarla de la proximidad de la muerte y quiere arrancarla la promesa de tomar el velo... Pudiera ser, en efecto, que fuera lo mejor para la pobre Trudy, porque no tiene dote.

—Es vergonzoso obligar á esa niña á que se entierre en vida porque es pobre. ¡Y siendo tan bonita!

—Después de la ruptura con Witterstein le será muy difícil encontrar otro partido.

—¿No hay, pues, entre ustedes otra alternativa que la del convento ó el matrimonio para una huérfana pobre? ¿No hay ningún trabajo ó carrera posible?

—¡Qué ilusiones! Nosotros no hemos llegado aún á permitir que las jóvenes puedan ser abogados, médicos ó diputados. ¿El trabajo manual? ¿Qué sabe hacer una condesita? ¿En qué puede emplear sus finas y blancas manos? No, amigo mío; la independencia de las mujeres no se encuentra aún en vías de realización entre nosotros... ¡Ah!

—¿Por qué dice usted ¡ah!?

—Ya sabe usted, Walgrave, que considero la libertad como el bien más precioso y que todas mis simpatías están con los que reivindican el derecho al trabajo... Pero, volviendo á nuestra amiguita, le diré á usted que me interesa mucho: ha dado pruebas de carácter, porque Witterstein seguía decidido á darle su nombre, y ella lo ha rechazado resueltamente, sabiendo que amaba á otra.

—¡Pobre pequeña! ¡Debe sufrir mucho!

—De todos modos, tiene el corazón altivo y el alma grande.

## XXIV

Isi se encontraba sola en su casa, porque su marido había ido á Monte Carlo. Releía una carta de Gertrudis que acababa de recibir. He aquí lo que decía la carta:

«No tengo más que á ti en el mundo, á quien pueda decir la espantosa soledad de mi corazón. Mi abuela no me com-

prende; no me ha comprendido en la felicidad y me comprende menos todavía en la desgracia. Cuando yo era dichosa, confiaba mis pensamientos al papel en una serie de cartas destinadas á mi futuro marido, cartas que he arrojado al fuego. Eres la única persona á quien puedo hablar libremente.

»Si mi abuela supiera que me confío á ti se indignaría, porque te odia. Ha sabido—no por mí—la verdadera razón de mi ruptura con Hans; no ignora que te ha seguido á Niza, y me ha dicho: «Se ha marchado á ese país de aventureros en pos de la coqueta Isi.»

»¿Así, pues, Hans está á tu lado? Bien segura estaba yo de de que tú «jamás» no resistirías la ausencia. ¿Le amas? ¿Eres feliz? Perdona mi curiosidad y no respondas á mis preguntas si lo juzgas oportuno. Te escribo para aliviar mi corazón oprimido. Sé que me quieres y que compartes mi pena. Así, pues, quiero someterte á un caso de conciencia y decirte lo que me turba.

»Estoy á punto de contraer otras nupcias, eternas éstas, mis desposorios con Cristo. Voy á entrar en un convento. Mi abuela me repite desde la mañana hasta la noche que es mi único recurso, y me siento tan cansada de la vida, tan abandonada y tan sola, que no tengo fuerzas para resistir á las voluntades que me imponen; sin embargo, considero, aparte de mi caso, que la toma de hábito es más bien un entierro que una boda.

»¿Hay que renunciar al mundo para conocer la dicha? ¿No es una falta el consagrarse á Dios sin vocación? ¿No seré yo una mala religiosa? ¿Podré olvidar jamás mi pasada vida, mis sueños, mis esperanzas, mis alegrías? ¿Debo resistir, Isi? ¡Ah! siento que no tengo fuerzas para ello y no hago más que llorar.

»¿No es espantoso el ser encerrada para siempre en un convento, sin que se puedan arrancar del corazón las tristezas de una felicidad perdida?

»Aconséjame, Isi; pero escríbeme á la lista de correos, á fin de que tu carta no caiga en manos de mi abuela, que no

me perdonaría el haberme dirigido á ti en mi abandono moral.

»Tristemente tuya, *Trudy*.»

—¡Pobre pequeña!—dijo Isi en alta voz, suspirando.—Después sacó un pliego y comenzó la respuesta. Estaba en la segunda carilla, cuando Vitterstein entró y depositó un prolongado beso en sus delgados dedos.

—¿Estamos solos?—preguntó él.

—Sí, y tengo que hablar á usted, mi querido amigo.

—La escucho... ¿Pero por qué esta frialdad? ¿Por qué ese «usted»?

—Quiero decir á usted sencillamente que es preciso separarnos... Ya no nos amamos.

—Hable usted en singular, se lo ruego.

—No, he dicho «nosotros» con intención, porque leo en usted como usted en mí. Los amantes están siempre de acuerdo, para dejarse como para unirse...

—¿Qué es lo que le ha hecho á usted creer que se hayan enfriado mis sentimientos?

—Lo ignoro... Es una sensación... Por lo demás, no es justo el decir que hayamos cesado de amarnos; creo que no nos hemos amado nunca. Pero es inútil discutir estos detalles: lo que era ya no es. Hasta tengo que hacer á usted una confesión: no solamente no le amo á usted ya, sino que amo á otro; ya vé usted si soy clara.

Hans se levantó bruscamente:

—¿A otro? ¿Quién es?, se lo ruego.

—Siéntese usted y tenga calma, sin lo cual no le diré nada.

—¿Quiere usted decirme el nombre de mi rival?

—Con mucho gusto, es el Conde de Thunen.

—¿Su marido de usted? Es verdaderamente original—dijo el joven riendo amargamente.—Debo advertir que va usted á sufrir una decepción. La señorita Ducasse, la de los cabellos rojos...

—Me veo obligada á luchar con ella. En todo caso, quiero hacer la prueba. Y usted me hará un favor si...

—¿Si la dejo el campo libre?

—Exactamente.

—¿Qué debo hacer? ¿Debo marcharme, quedarme, viajar, ocultarme ó arrojarme al mar sencillamente?

—Cásese usted.

—¿Con lady Coverland?

—¡Valiente idea! ¿Estaría usted enamorado de ella?

—¡Nunca en la vida!

—Le destino á usted otra mujer. Tenga usted, Hans; lea esto.

Y entregó á Witterstein la carta de Gertrudis, que él leyó con visible emoción.

—Pero Trudy ya no me quiere—dijo él, después de haber acabado la lectura.

—Haga usted una nueva tentativa, Hans. Llévela usted mi respuesta, y estoy convencida de que no persistirá en su negativa. Los malos tratos de su abuela, su aislamiento, la perspectiva del claustro la hacen tan desgraciada, que será usted para ella un mensajero del cielo.

—¿Lo cree usted?

—Estoy segura... Ya vé usted que no dice que no; tenía yo razón hace poco.

—¿Usted quiere ponerme á prueba, Isi?

—No, la prueba sería inútil. No nos amamos, y lo tengo observado desde el primer día de nuestra pretendida «felicidad». Sí, comprendí que se había roto el encanto. Yo experimentaba remordimientos, usted algún asombro; pero la fiebre del deseo que tan profundamente nos había turbado había desaparecido. Después, ha llegado mi marido y he comprendido que mi amor hacia él no estaba apagado. Engañarle es un tormento para los dos, porque usted es amigo suyo y él le demuestra gran afección. Observo también que somos muy vigilados, y si llegáramos á ser descubiertos habría un drama espantoso. Es preciso romper, amigo mío; es necesario para usted y para mí. Puede usted estar seguro de que hablo seriamente, al leer mi respuesta á Trudy.

Witterstein tomó la carta comenzada y leyó:

«Mi querida amiga:

»No te escribo á la lista de correos como tú deseas, porque confío mi carta á un mensajero. Es más seguro. Deseo ardientemente que sigas mi consejo respecto á que no entres jamás en el convento. No has nacido para la vida religiosa y sería un sacrilegio el enclaustrarte.

»¿Me preguntas si soy feliz? No, querida mía, no hay alegría posible en la mentira y en la traición, y mi «cómplice» es de mi parecer. Quiere probarlo aceptando cerca de ti el papel de cartero. Conoce el contenido de esta carta, que es la expresión exacta de mi pensamiento y del suyo. Te suplico que seas indulgente con él, olvides el error pasado y consientas en la dicha legítima, digna...»

Hasta aquí la carta. Hans la volvió á poner en la mesa y dijo:

—Eres una mujer inteligente y buena, Isi.

—¿De manera que quieres encargarte de mi comisión?—preguntó ella estrechándole la mano.

—De todo corazón.

—¿Cuándo marchas?

—Mañana. Pero antes es preciso que yo...

La entrada de varias visitas interrumpió al joven, que tomó su sombrero, se inclinó en silencio y salió.

Isi le siguió con triste mirada. ¿Era aquella su despedida? Ella había dicho la verdad: su amor había muerto y Hans no era otra cosa que un remordimiento viviente, un pesar, un temor. Y sin embargo, ante aquella brusca marcha experimentaba ella cierta ternura, una emoción, algo infinitamente dulce y lánguido; hubiera querido darle un afectuoso beso y decirle: «¡Sé feliz!» Hans experimentaba el mismo sentimiento y sufría con aquella brutal separación. Así fue, que envió una carta á Isi rogándole que le concediese una última cita. Se presentaba una ocasión favorable: Isi debía ir por la noche á un baile de máscaras que se celebraba en el teatro de Niza.

Durante la fiesta, se perdería ella entre la gente, saldría del baile, se dirigiría á la habitación de Witterstein, y una hora después, tapada siempre con su dominó, podía estar de vuelta sin que nadie hubiera observado su ausencia.

La exposición del plan iba seguida de tres páginas de ruegos y súplicas.

El joven añadía que aquella entrevista suprema era la condición de su obediencia.

Este deseo respondía á las más secretas aspiraciones de la Condesa de Thunen, que quería ver á su amigo por última vez. Las tres páginas eran, pues, completamente inútiles, y ella se preparó á poner en práctica el proyecto. La cosa era tanto más fácil cuanto que las señoras de Orsakoff y de Marcy debían acompañarla á la fiesta, bajo la protección del Príncipe Diamante. El Conde de Thunen no debía volver de Monte Carlo sino al día siguiente por la mañana, y además no acostumbraba á impedir los placeres mundanos de su mujer.

Cari se negó enérgicamente á unirse á la alegre banda, y aun trató de retener á su hermana, la cual no cedió; aquella última cita tenía para ella un encanto extraño, el encanto del recuerdo, el encanto de la renuncia...

## XXV

El teatro se había transformado en salón de baile y presentaba, en aquella noche, una animación extraordinaria. Toda la high-life se había congregado llenando los palcos, los pasillos y la sala de descanso.

La orquesta tocaba sus valses más insinuantes, en medio de las risas y los gritos; las gentes se buscaban, se encontraban, se daban bromas, cambiaban palabras de amor... La atmósfera, saturada de efluvios magnéticos y de perfumes, em-

briagaba á las parejas tiernamente enlazadas; en el fondo de los palcos, los taponazos de champaña parecían tenues detonaciones; al través de las caretas lucían los ojos, radiantes de alegría; la fiesta, la gran fiesta del placer seguía su curso, ardiente, loca, fascinadora...

Isi estaba distraída: todo su pensamiento estaba concentrado en la hora que iba á pasar al lado de Witterstein... Se había quedado á la puerta del palco, buscando un pretexto para esquivarse.

—Veo allí al Vizconde de Serigny, voy á embromarle un poco—dijo á la de Marcy dirigiéndose hacia el joven francés.

Conocía muy poco al Vizconde, y no tenía la menor intención de excitar su curiosidad; su único fin era encubrir su ausencia. Serigny le había sido presentado recientemente en el paseo de los Ingleses, por su marido, que le había conocido en San Petersburgo. Se habían cambiado algunas palabras de cortesía, y ella no tenía miedo de ser reconocida por el joven. Le provocó con algunas bromas, como se hace en semejantes casos; después de un rápido coloquio, exclamó él:

—Gracias, hermosa. Esa gentileza, ese espíritu endiablado, no puede pertenecer más que á Coralina Ducasse.

—Sobre todo, no me descubras—dijo ella riéndose. Después se perdió entre las máscaras.

Encontró á Witterstein en el *foyer,* y se colgó de su brazo murmurando:

—Aquí estoy, he traído la carta que debes entregar á Trudy.

—¿Y te dignas darme un último adiós?... Gracias... Ven.

Ella vaciló un momento.

—¿Por qué no quedarnos aquí?

Él la arrastró sin responder, la condujo al peristilo, la metió en un coche y subió detrás. Cinco minutos después, llegaban á casa de Witterstein. El corazón de Isi palpitaba bajo la seda del dominó, y sus mejillas ardían bajo la careta negra, cuando entró en la habitación del joven; no era la primera

vez, pero debía ser la última, y experimentaba una emoción desconocida...

Mientras tanto continuaba el baile.

*
* *

—¡Cómo! ¿es usted, Thunen? Yo le creía en Monte Carlo.

—He venido hace una hora, mi querido Serigny. Mi «buena amiga» se ha empeñado en asistir á este baile, y yo he hecho lo mismo.

—Entonces ha venido usted atraído por los hermosos ojos de Coralina...

—¿Coralina? Esa es una historia antigua. Desde ayer estoy locamente enamorado de una personita que he encontrado en el tren, y busco el medio de romper con Coralina... ¡Si pudiera hacerme una infidelidad! ¡Qué buena excusa! Pero las queridas, de las que uno quiere desembarazarse, son de una constancia inquebrantable.

—¿De manera que Coralina le prestaría á usted un servicio dándole á usted un rival?

—¡Un servicio inmenso! Pero habría que sorprenderla...

—Pues bien, querido amigo, voy á facilitar á usted la cosa... Le estoy reconocido á usted porque no he olvidado aquel asunto de San Petersburgo, en el que me sirvió usted tan amistosamente...

—¡Ah, sí! El duelo con el marido de la hermosa Condesa de Arleff... Fuí padrino de usted, no hice más. Usted hirió al marido ofendido... En suma, el duelo es una cosa horrible cuando se piensa en ello. ¿La herida del hombre engañado afecta en algo á su deshonor?

—Tiene usted razón; pero después del descubrimiento de las cartas, no le quedaba más remedio que batirse.

—Evidentemente.

—En fin, lo que yo quería decir á usted es que me sirvió usted muy bien en aquella ocasión, y que me alegraría mucho

corresponderle. Si lo desea usted, puedo probar la traición de Coralina.

—¿De veras? Me asombraría... ¿Sería usted por casualidad?...

—No, porque la discreción me impediría desempeñar semejante papel; se trata de otro...

—He aquí la historia. Coralina estaba aquí hace un momento y ha querido intrigarme. La conocí en seguida y no trató de negar su identidad. Se alejó, y la vi tomar el brazo del Príncipe Witterstein, bajar la escalera, salir del teatro... Me encontraba precisamente detrás de Witterstein cuando subió al coche con la bella y le oí dar al cochero la dirección de su morada... ¿Le basta á usted esta prueba?

—¿De modo que es Witterstein?... La noticia me proporciona un doble contento, porque le suponía otra intriga que me era muy desagradable... ¿Cree usted que encontremos juntos á los tórtolos?... Vamos á sorprenderlos...

—Iba á proponérselo. Nos es imposible entrar en casa del Príncipe; pero podemos apostarnos á la puerta, y cuando Coralina salga caerá en la red. ¿Le ocasionará á usted esto algún disgusto con Witterstein?

—¡Jamás! Coralina no teme comprometerse. Además, no deseo otra cosa que traspasarla á su nuevo favorito... Busco motivo para una ruptura, y nada hay mejor que un flagrante delito de ese género... Todo terminará con una alegre cena, á la que convidaré á mi nueva conquista, á mi antigua amante, á Witterstein y á usted... ¿Usted con quién?

—Con Georgina.

—Con Georgina; convenido. Vamos.

Algunos minutos después los dos amigos llegaban ante la *villa* aislada que ocupaba Witterstein. Aquella noche había despedido á sus criados, y el vestíbulo y la escalera estaban desiertos; una lámpara iluminaba débilmente el recibimiento, y la única puerta de la habitación estaba cerrada con llave.

—Esperemos aquí—dijo Serigny entrando sin cumplidos en el vestíbulo.

—¿Pero si estamos de plantón hasta la mañana?

—¡Bah! Coralina querrá volver al baile. Tengamos paciencia.

—¡Sea! Esta manera de pasar una noche de Carnaval carece de alegría—dijo Thunen sentándose en una banqueta de terciopelo.—Esperaré un cuarto de hora nada más.

No habían transcurrido diez minutos cuando se vió recompensada la paciencia de ambos. Oyéronse voces y pasos. Thunen se levantó un poco conmovido á pesar suyo. La puerta de la habitación se abrió é Isi apareció en plena luz con la careta en la mano. Dió un grito de espanto y quiso taparse la cara, pero era demasiado tarde. Thunen la apretaba las muñecas. Witterstein, que se había quedado atrás, palideció, y Serigny deseó que la tierra se abriera para tragarle; comprendía que acababa de cometer la mayor atrocidad de su vida.

Los cuatro actores de aquella trágica escena permanecieron mudos algunos segundos. Por fin Thunen, ofreciendo el brazo á su mujer, dijo con voz apagada:

—Permítame usted, Condesa, que la conduzca á su casa. Príncipe Witterstein, mañana recibirá usted mis padrinos.

Hans se inclinó.

—Estoy á sus órdenes... Tal vez la Condesa de Thunen prefiriría permanecer bajo mi protección... Después de lo que acaba de pasar, me declaro dispuesto á consagrarle mi vida entera.

Isi hizo un movimiento negativo con la cabeza y murmuró:

—No, se lo agradezco; debo seguir á mi marido.

Al día siguiente, el Vizconde de Serigny y el Príncipe de Abcasia fueron á ver á Witterstein de parte del Conde de Thunen. Después se vieron con el duque Emilio y con Walgrave. Los padrinos juzgaron el encuentro inevitable, y se concertó el lance á pistola.

Los adversarios se resignaron á las condiciones del código social y fueron al terreno sin odio profundo, sin ardor belico-

so, sin deseo de venganza, únicamente por no derogar los usos convencionales. Todo sucedió conforme á las reglas. Se cambiaron los saludos, se contaron los pasos, probáronse las armas, se sortearon los puestos; después dispararon á la voz de mando y Witterstein cayó muerto.

## XXVI

*De John Walgrave á Walter Sydney, en Boston.*

«Niza, Febrero 189...

»Estoy aún completamente trastornado por el acontecimiento de ayer. «No matarás», dice el mandamiento del Decálogo, y los que afirman su fe de cristianos se ven obligados á matar para lavar su honor. ¡Qué barbarie es la guerra y horrible absurdo el duelo...! Experimento ira ante estos sangrientos anacronismos.

»La superstición y el prejuicio subsisten aún en nuestra época de razón naciente. La protesta del individuo aislado es impotente, y se ve obligado á obedecer al mismo prejuicio que desaprueba. El duelo tiene su origen en una superstición, ha largo tiempo abolida: el juicio de Dios. ¡Pero continúan batiéndose! Sin embargo, el duelo es menos frecuente que antes y va quedando reservado á las clases aristocráticas. ¡Esperemos que tan cruel manía desaparezca pronto por completo! Oigo aún la detonación de la pistola que ha concluído con un sér lleno de vida y de ardor, un sér destinado sin duda á ser feliz... Veo aún el cadáver de aquel hermoso y arrogante joven, yaciendo en tierra y bañado en sangre.

»Semejante muerte no satisfacía á nadie, ni siquiera al adversario; pero el honor estaba á salvo, como lo dijo uno de los padrinos con un suspiro. Y si el ofendido hubiera caído en lugar del ofensor, ó si el combate no hubiera tenido un fatal desenlace, igualmente se hubiera salvado el honor... ¡Qué importa el resultado con tal de batirse!

»Pero no te he contado lo sucedido. ¿Te acuerdas de mis frecuentes alusiones á una intriga de amor entre el apuesto Witterstein y una hermosa Condesa de ojos negros...? Pues bien; el marido de esta última la sorprendió una noche en casa del Príncipe. Siguió una provocación, el encuentro se verificó el día siguiente, y el Conde mató á su adversario de un tiro. El desenlace puede ser considerado como «un juicio de Dios», puesto que la víctima era el culpable; pero si hubiera sucedido lo contrario, el código del honor declararía también que todo estaba zanjado... Este contrasentido me exaspera.

»Y, en este caso, el contrasentido es aún más irritante. ¿No es contrario á toda justicia ver que un hombre ligero como Thunen—ese héroe de *boudoirs* de mujeres alegres—tenga derecho á exigir de su mujer una constancia absoluta? ¿No es esencialmente ilógico hacer que el honor del marido dependa de la fidelidad de la infeliz abandonada? ¿No hay una contradicción palmaria entre la ligereza con la cual se tratan las historias galantes en el mundo y el trágico fin de su expiación?

»¿Mas para qué indignarme? La sociedad es así, y tal como debe ser... esos absurdos se explican por un estado de espíritu anterior; el pasado penetra en el presente y produce inevitables conflictos.

»Por lo demás, los acontecimientos dramáticos no detienen el movimiento de la high-life. Hoy los restos del Príncipe Witterstein serán trasladados á Moravia; el Conde de Thunen ha marchado á Roma; la Condesa y su hermana han vuelto á Viena; el tercer baile de la estación se celebrará mañana en la *Villa de las Rosas;* este desgraciado duelo es asunto de todas las conversaciones, lo que no detiene los flirts... Dentro de algunos días otro escándalo ocupará la crónica mundana y quedará olvidado éste. Se tendría verdaderamente mucho que hacer, si fuera preciso acordarse de estas bagatelas.

»También yo medito una locura. Conozco á una pobre niña, bella como un ángel, á la que quieren obligar á entrar

en un convento. Voy á ofrecerme á ella como el último recurso. La existencia en Austria se le ha hecho imposible... El que fue su prometido ha muerto... Quiero proponerla comenzar una vida nueva al otro lado de los mares. Yo me había prometido no casarme más que con una americana, pero ¿dónde están las nieves de antaño?

»Dicha joven me interesaba ya mucho cuando estaba prometida á otro; me deleitaba en ver cómo se reflejaba en su lindo rostro su alma pura y ardiente—un alma sincera y franca. Ahora que la sé libre, absolutamente libre, espantada ante la idea de ir á enterrarse á un claustro, tengo la intención de hacerla dichosa... ¿Me rechazará tal vez? ¿No me querrá? Su suerte es espantosa, y yo no soy muy de desdeñar después de todo... Mi fortuna no influye en ella, pero la amistad del duque Emilio es, á sus ojos, la mejor garantía de mi valor y dignidad... El Duque debe acompañarme cuando haga la petición de mano.. . . . . .

. . . . . .

*Cablegrama de Bremerhaven.*
*Walter Sydney, Boston-Massachussets.*

Mayo, 189...

Entre los pasajeros del *Hanske* se han hecho inscribir hoy: el duque Emilio de Volmar, y el señor y la señora de Walgrave.—*Tu dichoso John.*

Baronesa de Suttner.

# POETAS AMERICANOS

## INVIERNO

Húndense entre las nieblas las montañas:
De las sonantes cañas
Sólo quedan en pie secos rastrojos:
Los campos, antes de verdor cubiertos,
Desolados y yertos,
De la vida de ayer son hoy despojos.

Silba el viento en los árboles desnudos;
De los pájaros mudos
Ninguno el vuelo á levantar se atreve;
Y los calientes, amorosos nidos,
Del tronco desprendidos,
Ruedan entre carámbanos de nieve.

El sol cruza el inmenso firmamento;
Tibio y amarillento
Quiebra su luz en el cristal del río,
Y del monte los valles y cañadas,
Las hojas arrancadas
Son juguete del viento en el vacío...

Da el toque de oraciones misterioso
El templo majestuoso,
Y el alma con su Dios se reconcilia;
Y en todas las cabañas de la aldea
Arde la chimenea
Anunciando un hogar y una familia.

Arrecian del invierno los rigores:
No hay pájaros, no hay flores;
Todo es silencio, soledad, congojas:
Neblinas en los montes y vallados;
Neblinas en los prados.
Blancas escarchas y amarillas hojas.

Mas volverá la alegre primavera
Y otra vez la pradera
De galas cubrirá su fértil suelo.
Tendrá el arroyo límpidos rumores,
El bosque ruiseñores,
Frutos la tierra y arrebol el cielo.

Pero ¡ay! que el corazón atribulado
Tiene su invierno helado
Y la alegre estación en vano espera;
Que para el alma que sus duelos llora
No hay iris, no hay aurora,
No hay celajes, no hay sol, no hay primavera.

LAURA MÉNDEZ DE CUENCA.

# EL CONGRESO PANAMERICANO EN MÉJICO

(22 OCTUBRE 1901.—31 ENERO 1902)

---

Apenas clausurado el Congreso Panamericano, que, en virtud de la excitación hecha en su Mensaje constitucional de Enero de 1901 por el Presidente Mac-Kinley, al inaugurarse la nueva legislatura y por iniciativa consiguiente del Gobierno de la Casa Blanca, se convocó en Méjico para el 22 de Octubre del año próximo pasado, puede decirse que se ha extinguido el eco de sus debates y acuerdos. Yo no me he equivocado. Le auguré el mismo fracaso que ha sufrido la Exposición Panamericana de Búffalo, que le precedió para allanarle el camino, y ya, lo mismo en la América del Norte que en la del Sur, no hay quien dude de que el objeto fundamental de la gran conferencia política y económica internacional se ha frustrado, con caracteres más visibles todavía que los que habían determinado el fracaso del Congreso de Washington de 1889-90.

Todavía en los últimos días del año anterior, tratando de reanimar el fuego platónico que se extinguía del panamericanismo yanqui, única gente de aquel hemisferio entre la que el panamericanismo es una pasión, porque el panamericanismo en los Estados Unidos arguye un sueño ó de incorporación ó de conquista, el publicista norteamericano John Vavasour Noël prometía un libro sobre el hecho que tan premiosamente

se estaba realizando en Méjico, con la síntesis panegírica de su espíritu y sus resultados. El anuncio del libro de Vavasour Noël se había hecho para el plazo de un mes después de terminada la Conferencia, y el libro, después de transcurridos tres meses, no ha aparecido. La Secretaría general del Congreso, que estuvo desempeñada brillantemente por el esclarecido Licenciado D. Joaquín D. Casasús, ha adelantado una publicación documental, la de las *Recomendaciones, Resoluciones, Convenciones y Tratados de la Conferencia,* que incluye el *Protocolo de adhesión á las tres Convenciones de la Haya,* único acuerdo definitivo de toda la Conferencia, y esta publicación y la de este mismo documento ya ha sido, si no impugnado, sometido al menos á notas de esclarecimiento por la representación diplomática que Chile ha acreditado en Méjico cerca del Presidente Porfirio Díaz, en la ilustre persona del señor D. Emilio Bello Codecido, que en las sesiones del Congreso tanto se hizo notar por la fe de sus opiniones, su cultura y su habilidad. Falta que dar á luz el libro de *Actas* y el *Diario de los debates de la Conferencia,* y aunque la exquisita escrupulosidad de la Cancillería mejicana merece los honores que son debidos á su alta justificación, no será extraño que en algunos puntos, aun sin contener estos documentos de oficio la multitud importantísima de los detalles que no se certifican, dé lugar á otras rectificaciones, como la que el Sr. Bello Codecido ha solicitado acerca de la firma del Protocolo de adhesión á las conclusiones del Congreso de la Haya.

En realidad, no está en estas minucias el fondo sustancial de los resultados de la segunda Conferencia panamericana. Acaso se me tache de apresurado en verter los juicios que han de acompañar á la narración de los actos que en Méjico se han verificado desde la primera reunión de los Delegados, no estando publicados todos los documentos oficiales y habiendo habido deficiencias de gran monta en la información de la Prensa periódica, único archivo que hasta ahora es posible consultar, pues, como es sabido, en los primeros pasos de la

Conferencia se negó la admisión de *reporters* á las deliberaciones de los Congresistas. Pero así y todo, los hechos sustanciales han trascendido á uno y otro hemisferio, y conocidas como eran las intenciones promovedoras del acto solemne, fácil es concordar con los datos de común conciencia si esas intenciones han quedado satisfechas.

¿Cuál era el objeto público de la promoción de esta Conferencia internacional á que habían de concurrir todos los pueblos de América de las dos sangres, constituídos en Repúblicas independientes? Políticamente el Gobierno de Washington, lo mismo en el Congreso de Méjico que en el anterior de aquella capital, parecía propender á la estabilidad de la concordia de las naciones americanas entre sí, no sólo por el influjo de principios comunes de derecho público garantes de la paz legal, asegurada por la justicia arbitral, sino por el tácito consentimiento de una autoridad superior que implícitamente había de residir en la República mayor del Norte, en cuyas manos, concentrado aquel poder moral suficiente para erigirla en una pública hegemonía, se concentraran las facultades con que quedaría consagrado cierto espíritu de fiscalización, de inspección, de intervención, que equivaldría á una reconocida subordinación, ó casi una tolerada dependencia. Económicamente, las miras de los políticos americanos que concibieron y concertaron el Congreso de 1889, del que el de Méjico no ha sido más que una nueva pulsación, exclusivamente se dirigían á vincular comercialmente el Norte y Sur del Nuevo Mundo mediante acuerdos de varia índole en el régimen aduanero, monetario, etc., y con las perspectivas de mejoramientos hasta hiperbólicos de las vías y de los medios de comunicación. ¿Han sido satisfechas en el Congreso de Méjico las miras políticas y las miras económicas que, formuladas hace más de doce años por Blaine para la Conferencia de Washington, han sido reproducidas con algunas amplificaciones más en 1901 por John Hay? Puede decirse que el resultado positivo que han dado los dos Congresos Panamericanos hasta ahora celebrados se re-

suelve en la prueba de la imposibilidad de la inteligencia de los pueblos de las tres Américas en los puntos fundamentales que afectan á su política diplomática y á su política comercial. Si fracaso de aquellas intenciones fue el Congreso de 1889, fracaso repetido es el del Congreso de 1901; y si los sucesivos han de reproducir la obra de los precedentes, la eficacia de estos Congresos habrá de calificarse de absolutamente negativa. En algunas de las Repúblicas de nuestra sangre, sobre todo en la Argentina, ya se ha pedido por importantes órganos de la opinión que, si se promueven en el porvenir nuevas invitaciones para nuevas Conferencias, como la de Washington y Méjico, se conteste con una rotunda negativa (1).

Verdad es que esta resolución no puede tampoco producir los fines deseados mientras cerca del Gobierno de Washington subsista una *Oficina internacional de las Repúblicas americanas,* cuyos gastos se sufragan proporcionalmente á su población por todas estas Repúblicas, que se hacen representar en ella por los Vocales diplomáticos de su Junta Directiva; y mientras entre los trabajos de estas periódicas Conferencias se delibere sobre su reorganización, dejando siempre en poder del Gobierno de los Estados Unidos y domiciliado en su capital, un mecanismo que implica el reconocimiento tácito de la subordinación, contra la cual se han revelado en el último Congreso *la doctrina de Porfirio Díaz,* opuesta á *la doctrina de Monroy,* el brindis del General colombiano Rafael Reyes en honor de España, cuyo espíritu entrañaba el derecho de las razas, opuesto á la política de la concentración, y los mismos términos en que la cuestión del arbitraje ha sido resuelta, que, en la opinión de muchos, arguye un retroceso en lo adelantado en el mismo Congreso anterior de Washington, y sobre todo que consagra la libre personalidad de cada una de las Repúblicas congregadas enfrente del espíritu de supremacía, intervención y absorción de la mayor del Norte. Rechazado el

(1) *La Prensa,* de Buenos Aires: editorial del 1.° de Febrero de 1902.

*monroísmo,* erigidos en principios inconmovibles los de *raza* y *patria,* establecidas las líneas entre lo que mantiene firme la fe del llamado *iberoamericanismo* en oposición á la tendencia *panamericana,* preconizada la *unidad en la variedad* y elevado el *arbitraje* á regla de conducta voluntaria dentro del círculo del derecho privativo de cada uno y de la práctica de una jurisprudencia universal, ¿qué queda en sustancia del espíritu exclusivo de los Congresos Panamericanos ideados y organizados en las Cancillerías de los Estados Unidos? El fracaso de 1889 y el fracaso de 1902.

*
* *

Mientras la Cancillería de Washington ponía todo su empeño, como materias esenciales del Congreso convocado en Méjico para el 22 de Octubre pasado, en la resurrección de los puntos estudiados en la Conferencia de 1889; en las nuevas proposiciones acerca de los medios de protección á la Industria, la Agricultura y el Comercio, el desarrollo de comunicaciones entre los países *de la Unión* y la redacción de nuevos reglamentos consulares, de puertos y Aduanas y de estadísticas, y sobre todo en la reorganización de la Oficina Internacional de las Repúblicas americanas, los demás Estados invitados al Congreso interesaban toda su alma en la cuestión del arbitraje y su modo de funcionar. Unas le proponían obligatorio y con carácter retroactivo; otras, lo limitaban á los litigios futuros y fundado en la libertad. El modo de apreciar estas cuestiones; la necesidad de adquirir plena conciencia sobre los deberes que en el concurso á la Conferencia se habían de contraer, y el deseo de dejar previamente y bien esclarecidas ciertas actitudes, fueron causa de que á las invitaciones circuladas por el Ministerio de Relaciones Extranjeras en Méjico sólo hubieran enviado contestaciones de adhesión diez de las Bepúblicas del Centro y del Sur hasta el final del año 1900. De Enero á Mayo de 1901 lo hicieron cinco más, y al mediar Agosto

aún faltaba la aceptación de Chile, el Paraguay y el Ecuador. El clavo del arbitraje para Chile era no sólo el carácter obligatorio que se trataba de darle, sino el retroactivo, que de ser por esta República admitido, la comprometería á poner en manos de un tribunal extraño las cuestiones pendientes por las resultancias del tratado de Ancon entre Chile y el Perú y Chile y Bolivia. Su representación diplomática en Washington trató de obtener las seguridades apetecidas para poder concurrir, aunque á costa del texto circulado por Méjico sobre el programa del Congreso. Hubo un momento en que pareció que habría que desistir de su reunión, pues habiendo declarado el Gobierno norteamericano que de excusar su concurrencia una sola República el Congreso no se celebraría, puso el negocio en términos que ó Chile renunciaría á asistir, ó se obligaría á la misma abstención á la Argentina, que se había aliado con el Perú, Bolivia y otras Repúblicas, entre ellas el Brasil, que después retrocedió. En Washington, por no renunciar á la presencia de Chile en el Congreso, se había querido modificar el texto del programa en el sentido de salvar las repugnancias que había opuesto; pero la Cancillería mejicana obró con mayor habilidad y lealtad, hallando la fórmula y haciendo las declaraciones solemnes, en cuya virtud ningún derecho quedó lesionado ni ninguna prevención desconfiada. Este fue el primer triunfo de la lealtad iberoamericana frente á la política astuta, utilitaria y condescendiente de la Cancillería mayor del Norte.

Ofreció á poco un cuadro interesante el de las nutridas Delegaciones que los países iberoamericanos enviaron á la Conferencia de Méjico, en comparación con la numerosísima y variada que llegó de Washington. Las Repúblicas iberoamericanas, más que hombres técnicos, enviaron grandes personificaciones de la política y de la diplomacia. El Perú delegó al propio Vicepresidente de la República D. Isaac Alzamora. Casi honores de Presidente podía ostentar el representante de Colombia, General D. Rafael Reyes, el cual no sólo había sido ya candida-

to á la Presidencia de su país, sino que, en las tristes vicisitudes por que Colombia ha atravesado durante la celebración del Congreso, fue buscado en Méjico mismo para ser elevado á aquella magistratura. Las Repúblicas rivales, Chile y la Argentina, delegaron sus más hábiles diplomáticos y estadistas: Chile, á D. Alberto Blest Gana y á D. Emilio Bello Codecido, auxiliados por D. Joaquín Walter Martínez y D. Augusto Matte; la Argentina, á D. Martín García Merou, secretario particular del General Julio A. Roca, con D. Antonio Bermejo y D. Lorenzo Anadon, todos políticos muy perspicuos. Hasta el Uruguay invistió de su representación al propio hijo del Presidente Cuestas. La delegación norteamericana ni era tan fluída en notabilidades del derecho internacional, ni tan abundante en personajes de altos nepotismos. El Presidente Henry C. Davis, que había sido senador por West, en el Estado de Virginia, había dirigido varias compañías ferrocarrileras, carboníferas y bancarias. El delegado Charles M. Pepper, escritor y periodista afamado en Chicago y en Washington, después de la guerra con España, había viajado mucho por Cuba y Puerto Rico. Otro delegado, Volney W. Foster, de Viscoussin, era en su país á la vez profesor, industrial y contratista de obras públicas. En la actualidad es Presidente del *Club League,* de Chicago, y ha viajado mucho por Méjico, cuyos Estados todos conoce. John Barret era antiguo periodista y diplomático. Profesaba con pasión las ideas de la expansión imperialista y era un furioso panamericano. Por invitación de Dewey visitó las islas Filipinas antes de hacerse la paz de París, informó sobre la conveniencia de que los Estados Unidos se las apropiase y está destinado á misiones de propaganda en Australia y Asia, que debe desempeñar hasta 1903. El Secretario J. C. Williams era redactor de *The New York Herald.* De agregado *comercial* iba el Dr. W. P. Wilson, Director del Museo comercial de Filadelfia, y como representante de la Unión Internacional de las Repúblicas americanas el secretario de la misma, Sr. William Charles Fox. Los agregados á éstos eran innumerables: J. V.

Noch, periodista del *Leshe's Werkly*, que ha hecho un estudio profundo de las llamadas *cuestiones panamericanas;* H. H. Mac-Gee, representante de la Compañía Pullman; Geo L. Tayser, representante del ferrocarril de Missouri á Kansas, y otra multitud de representantes de intereses mercantiles é industriales, aunque no estadistas ni diplomáticos. En una correspondencia de Méjico, para un periódico de Europa, se llama irónicamente á esta Delegación yanqui, *la legión conquistadora* (1).

Aun en presencia de ella, la representación de las Repúblicas iberoamericanas apareció en Méjico agrupada en partidos. La República Argentina con el Perú, Bolivia, el Paraguay y Venezuela, constituía una especie de liga para hacer triunfar el arbitraje obligatorio. Con esta liga simpatizaban, pero sin compromisos contraídos, el Brasil, Guatemala y el Uruguay, y con más tibieza el Salvador y Honduras. En el opuesto bando, Chile estaba acompañado de Nicaragua, Costa Rica y el Ecuador. La República Dominicana estaba representada por dos Delegados, cuyos contrarios pareceres no eran un misterio. Haití y Colombia guardaban una actitud expectante, y la Delegación norteamericana no acababa de descubrirse, notando los que observaban sus actos y procedimientos que, mientras que con los argentinos y peruanos no dejaba de mostrarse inclinada á optar por el arbitraje obligatorio, con los chilenos se la veía girar en otro cuadrante. Estas actitudes marcaban la fisonomía especial del Congreso y de los

(1) *El Diario de Buenos Aires* (28 Octubre) así hacía la silueta de los delegados yanquis:

«La composición del Congreso deja mucho que desear. La delegación yanqui, que sin duda atrae todas las miradas, por el país que representa y la suma de prestigio real que se le atribuye en las declaraciones esperadas, no cuenta en su seno á ningún hombre superior por su significación política, social ó intelectual; un millonario con intereses en Méjico, dos comerciantes y algún político común, un antiguo periodista y otros caballeros que á simple vista denuncian su insignificante condición.»

iberoamericanos que en él tomaban asiento; pues al paso que ninguno se preocupaba de ninguna otra de las grandes cuestiones que envolvía el programa, para que desde luego se nombraron diez y ocho comisiones, ni del *Informe que la Delegación de Méjico presentó, referente á lo que los Estados Unidos mejicanos habían hecho en obsequio de las Recomendaciones de la primera Conferencia panamericana de 1889*, el arbitraje se les impuso desde el primer momento como el *Palladium* del actual.

¿Qué significaba en realidad esta obsesión? ¿Era, como muchos han pensado y escrito, que América entera, en acto tan solemne, había de estar pendiente exclusivamente de los intereses controvertidos tan largamente entre Chile y el Perú, á consecuencia de los tristes resultados de la pasada guerra del Pacífico, de la imposición violenta del ominoso tratado de Ancon y de la situación anormal que desde entonces han corrido y en que se encuentran las provincias peruanas de Tacna y Arica, cautivas ó en hipoteca de Chile, en tanto se cumplía en su plazo determinado las condiciones imperiosas de dicho tratado acerca de su devolución, condiciones que, después de dicho plazo, permanecen sin cumplir? Respetables son todos estos intereses; pero no tanto que á ellos habrían de venir supeditadas al Congreso de Méjico todas las Repúblicas de nuestra sangre.

La Delegación mejicana quiso convertir el arbitraje en garantía para la paz de aquel inmenso continente, y apoyada en los principios de Martens, el *juez de las naciones,* presentó su proyecto, que no era sino la adhesión al tratado de arbitraje elaborado en la Haya y considerado como la panacea jurídica internacional que suministra á los que seriamente aspiran á evitar la guerra un medio de alcanzar este objeto, valiéndose del sistema para ello ideado por la Conferencia de la Paz. Pero ¿es la Paz lo único de que se sentían con necesidad urgente las Repúblicas menores de América congregadas en la Conferencia de Méjico y para lo que trataban que canonizar

el arbitraje? ¡La paz! ¡La paz! Durante las sesiones en que el Congreso se ha verificado, todos los Delegados á él asistentes sabían bien qué manos ocultas movían contemporáneamente una revolución en Venezuela y otra en Colombia; que además, azuzaban á estas dos Repúblicas á otra guerra entre sí, en la que procuraban enredar al Ecuador y Costa Rica; que con estos pretextos se prevenía una intervención armada en el Istmo, entretanto que en Washington se activaban las negaciones para la adquisición del canal de Panamá; que abortados los efectos de estas combinaciones maquiavélicas en el centro, se arrimaban palancas á ver si surgía una guerra de rivalidad y supremacía entre la Argentina y Chile, y se encendía otra revolución en el Paraguay. ¡La paz! ¡La paz! Contemporáneamente con las deliberaciones del Congreso panamericano de Méjico, se otorgaba á Cuba una independencia imaginaria que es una irrisión. Contemporáneamente se apuraban las negociaciones con Dinamarca para despojarla de su archipiélago de San Thomas, y la política de absorción, que ha dado su tinte más fatídico al programa del imperialismo, continuaba sus avances temerarios á la consecución de un fin que arredra á las pequeñas Repúblicas iberoamericanas, y de cuyo siniestro augurio el segundo Congreso panamericano y su flagrante programa político-económico no es más que una nueva pulsación. ¡No es *la paz* del porvenir entre las Repúblicas latinas lo que las Repúblicas latinas de América habían ido á buscar en el fondo del arbitraje, bajo cualquier fórmula que se codificase, al segundo Congreso Panamericano de Méjico. Para las nacientes nacionalidades iberoamericanas que á ese Congreso han concurrido, el arbitraje debía ser algo más que la garantía de la paz; el arbitraje debía ser la garantía de su seguridad y de su independencia nacional. De no ser así, ¿á qué esa obsesión por el arbitraje? ¿Por las provincias de Tacna y Arica, ya reviertan alguna vez al Perú, ya Chile se las incorpore de una manera definitiva? Esto es simplemente inadmisible.

Leído con atención el discurso inaugural de la Conferencia, pronunciado por el Sr. D. Ignacio Mariscal, el Ministro perpetuo de Relaciones Extranjeras de Méjico durante la continua magistratura presidencial del General Porfirio Díaz, y uno de los hombres de Estado de mayor perspicacia y penetración de la América que fue española, sólo se hallan matices medios sobre la oportunidad, el beneficio y los resultados problemáticos de la Conferencia, que envuelven la duda de su eficacia. «Estos Congresos—así se resume la síntesis de su discurso—siempre son útiles. Los pueblos que se acercan, siempre crean vínculos de importancia. No se han visto aún los resultados prácticos de la primera Conferencia panamericana; pero así esta Asamblea, como el Congreso de la Haya y el Congreso hispanoamericano de Madrid, han acercado á las nuevas nacionalidades de la América emancipada, ya entre sí, ya con las nacionalidades viejas de Europa, ya con la madre de nuestra lengua y de nuestra sangre. Los sentimientos de amistad y simpatía cultivados de un modo tan espléndido, el cambio de recíprocas y afectuosas emociones, el trabajo común ante problemas que siempre arguyen el progreso de los intereses humanos, no son, en realidad, vanos esfuerzos para afianzar quimeras. El movimiento que nos aproxima periódicamente para realizar adelantos del derecho, cuyos sazonados frutos se sumarán en grandes beneficios jurídicos, morales y materiales para todos los pueblos, si en Europa ha partido del Czar de todas las Rusias, que representa una formidable potencia militar y en América de los Estados Unidos, la nación más populosa y de mayor poderío de nuestro Continente, en el seno de nuestra lengua partió de la España que entregó á la corriente civilizadora este mundo revelado por Colón. Este movimiento, por lo tanto, es de una seriedad incontestable y no puede menos de ser estimado como impulsado por la oleada poderosa de ideas pacíficas y engrandecedoras que se hace en todo el planeta general é irresistible. *La adhesión á la patria, nuestra absoluta identificación con ella, es sin duda virtud obligato-*

*ria y uno de nuestros más sagrados é ineludibles deberes; mas no por eso, bien lo sabéis, debe cegarnos hasta el punto de desconocer los derechos de los demás, aun de los que consideremos como extraños, si extraños puede haber entre los hombres que la naturaleza ha ligado por comunes intereses en la dilatada extensión de América.* Desde que Méjico aceptó la honra que se le hizo con elegir su capital para la segunda reunión de esta Conferencia, no vió en ella sino una amigable cita á los delegados de naciones hermanas, deseosas de tratar asuntos para todas agradables, para todas de indiscutible provecho, con la mira de llegar á soluciones tranquilas y aprobadas, al menos por muy grande mayoría de sus representantes. *La expectativa de esta simpática Asamblea, cuyo resultado había de ser, cuando no la adopción de medios prácticos para la paz y el progreso á que aspiramos todos, siquiera el aumento siempre apetecido de mutuas simpatías, y el desvanecimiento de prejuicios engendrados tal vez por la falta de una comunicación franca y cordial;* esa expectativa en que hemos estado los mejicanos durante varios meses, terminada hoy con el halagüeño espectáculo de vuestra presencia, nos ha llenado algunos días de placer, causándonos en otro—debo decirlo—cierta ansiedad, por el temor de que faltasen algunas de nuestras hermanas del Sur. Felizmente ya se encuentran aquí representadas, y tan dignamente como pudiera desearse, estándolo asimismo casi todas las que hemos invitado. La falta voluntaria de cualquiera de ellas hubiera sido para nosotros una contrariedad igualmente grande, ya se tratase de la más ó de la menos rica ó populosa; *porque si todas descansan en la base de una perfecta igualdad, si van á ser iguales al votar ó discutir*, iguales son también en nuestro afecto. No debemos desconfiar por lo poco que hasta aquí se ha logrado de estas Conferencias, si comparamos las grandes aspiraciones de los Congresos anteriores con el que hoy se inaugura. Lo que se ha obtenido hasta aquí no es de importancia, y no hay razón para creer que este Congreso no logre avanzar sobre lo ya asegurado».

Todavía estas medias tintas habían de ser más diluidas en el discurso del Presidente Porfirio Díaz en el acto de la presentación oficial de los Delegados en el salón amarillo del Palacio de la Presidencia; y aun en el mismo banquete ofrecido por la municipalidad de Méjico en su residencia oficial, las sumas conveniencias del noble asilo que daba la segunda en categoría de las Repúblicas americanas á sus distinguidos huéspedes de las dos lenguas, hubiera sumido todas las manifestaciones de la palabra en los mismos medios colores, sin el brindis del Delegado colombiano General D. Rafael Reyes. Este no quiso, como el Vicepresidente del Perú, D. Isaac Alzamora, en el acto de la inauguración del Congreso, ceñir su palabra á la simple glosa del brindis del Licenciado D. José Algara, Presidente del Ayuntamiento de la capital, al tributar á la hermosa Asamblea allí reunida, así de los Delegados á la Conferencia como del cuerpo diplomático extranjero acreditado cerca del General Porfirio Díaz y del alto mundo oficial y social de la República, el obsequio del ostentoso agasajo; sino que, llevando la voz en él delegada *de todo el mundo de Colón que se hallaba en aquel recinto*, tuvo notas de suma transcendencia, pues con una sola palabra dejó allí bien establecida la línea indeleble diferencial que existirá siempre para individualizar en dos personalidades políticas distintas, la raza descubridora, conquistadora, civilizadora que, después del heroísmo de Colón, allí estableció sus raíces perdurables y sus caracteres inextinguibles sobre la sublime sanción del derecho, y la raza allí ocupante por la acción exclusiva de conquistas irregulares. En el brindis del edil Algara no faltaron las notas de importancia: «Las *libres* Repúblicas americanas, decía, se encuentran aquí congregadas, para procurar, *no ya su bienestar propio*, *sino el de todos los pueblos de buena voluntad*»; y aunque ceñía bajo una misma corona los nombres de Mac-Kinley y de Díaz, como iniciador el uno y como cooperador el otro al acto de la Conferencia, la expresión suprema de su discurso se encerraba en esta frase: «Brindo por que el

siglo xx se conozca en la Historia como el siglo de la paz.»

El hasta entonces Presidente accidental de la Asamblea Internacional y Delegado por Méjico, D. Jenaro Raigosa, había designado para contestar á este brindis al Delegado de Colombia, General D. Rafael Reyes. La nota esencial de su discurso, que hería la pretendida supremacía anglosajona en la América allí congregada, volvía con el nombre mágico de España por los fueros de nuestra raza, y enfrente al exclusivismo panamericano yanqui opuso el interés humano universal ante el recuerdo de aquella Europa, cuyos representantes diplomáticos presentes en el acto, acababan de ser respetuosamente saludados por el Sr. Algara, se cifró en los siguientes párrafos, que han tenido el honroso privilegio de dar la vuelta al mundo, en todos los idiomas cultos que habla el hombre sobre el planeta: «La acogida regia y al mismo tiempo franca y cariñosa, dijo el General Reyes, con que Méjico ha recibido á los pueblos del continente descubierto por Colón, y representados aquí por nosotros, demuestra elocuentemente que el aislamiento en que hemos vivido hasta hoy no ha borrado los sentimientos de amor propios de una madre común que nos dió su lengua, su religión, sus glorias y su sangre: España, que hoy, fatigada con sus glorias, sentirá que sus descendientes no somos ingratos y que la primera vez que nos congregamos en este suelo hospitalario, reunidos á los representantes de la gran República del Norte y á los del Brasil y Haití, le enviamos un entusiasta saludo, el cual va también á Portugal, el descubridor de la India y de las costas meridionales del Africa. Saludo es este al que estoy seguro se unirán gustosos los delegados de la Gran República del Norte, en donde tiene generosa acogida todo lo que es grande y noble, porque su programa es progreso, civilización y justicia, conducido é impuesto á los pueblos por el riel que hace que los lazos que unen á las naciones sean más fuertes que el acero. La Conferencia panamericana se ocupará de los grandes intereses de este joven Continente, y debemos esperar que sus trabajos se-

rán fructuosos, no solamente para sus nuevos Estados, sino también para Europa.»

Presente allí el Sr. Marqués de Prat de Nantoullet, Ministro de España en Méjico, no podía dejar de responder á moción tan elevada, y España, ante el concurso de los delegados panamericanos de las dos lenguas y la asamblea de los representantes diplomáticos de Europa, declaró por la voz de su Ministro, no sólo su entrañable afecto de madre para todos aquellos pueblos formados de su sangre, sino su orgullo por verlos adelantar valientemente por el camino del derecho, de la independencia y de la prosperidad.

Después de este acto, ¿cómo no habían de considerarse diestramente marcadas las dos fronteras intangibles que determinarán á perpetuidad la personalidad política, los destinos independientes y la acción civilizadora de las dos razas, cuyos intereses jamás se podrán confundir? En una frase el General Reyes, antes de iniciarse las tareas congresistas, había deshecho de todo punto el carácter exclusivista que se había pretendido imprimir desde su primer concepción á la Asamblea internacional de toda América. Las intenciones recónditas de los iniciadores del Congreso no pudieron esconderse más, á pesar de la gran moderación de que se hizo alarde en los círculos de la Casa Blanca, en Washigton, después que la *Prensa Asociada*, por medio de su servicio telegráfico, transmitió el dia 27 á *El Mundo* y *El Imparcial*, de Méjico, la viva contrariedad y los variados comentarios que el discurso del General Reyes había provocado en todos los círculos políticos de la Gran República. Los periódicos norteamericanos *The New York Herald* y *The Sun* no ocultaron que la *peregrina* ocurrencia de recordar la procedencia de la lengua al brindar *ante los padres sajones y latinos de la libertad y de la fraternidad americana,* les había parecido inconveniente; y aunque los despachos de la capital federal de los Estados Unidos prometían que aquellas declaraciones no crearían dificultades de ningún género, ni harían que el Gobierno de la

Casa Blanca llamase de una manera oficial la atención sobre ellas, el General Reyes no dejó de ser inquietado un día y otro día. Así fue que en *El Imparcial*, de Méjico, del día 29 de Octubre se publicó otra declaración suya hecha á uno de los infinitos *reporters* que le asediaban sin descanso, y al cual dijo: «Nada tengo que modificar en mi discurso. Me pareció natural que estando reunidos los representantes de todas las naciones latinoamericanas, rindiera un cariñoso recuerdo á España, madre común de nuestras Repúblicas, por el origen, y creí que los delegados de los Estados Unidos, como representantes de un pueblo generoso, se unirían á esta manifestación. También dije que la misión de los Estados Unidos era de progreso, de libertad y de civilización que extendían sobre todo el Continente, llevando sus rieles y su industria. Yo no veo incompatibilidad entre estas categorías de ideas y de sentimientos.»

No bastaron estas manifestaciones. La presión sobre el ánimo del General Reyes era cada día más apremiante, al propio tiempo que el telégrafo agravaba las noticias que se recibían, así de la insurrección promovida en su país por el antioqueño Rafael Uribe y de la intervención del istmo por los marinos yanquis, como de los actos agresivos de Venezuela. Al cabo, el 4 de Noviembre, Reyes se vió compelido á hacer una nueva aclaración sobre el sentido de su brindis ante la Asamblea internacional de los Delegados panamericanos. En esta ocasión dijo: «Mi saludo á España significaba que los pueblos que le deben su existencia, al reunirse por primera vez en este suelo hospitalario, después de cuatro siglos de existencia, y teniendo *como huéspedes* á los americanos del Norte, debían de nuestra parte á éstos una presentación, de la misma manera que el dueño de una casa, al introducir huéspedes en ella, les dice: *Esta es mi madre*; *saludadla*. Mi saludo á España significaba que los pueblos de la América latina no reniegan de su raza ni de su sangre. Mi saludo significaba que yo deseo que no revivan las causas que produjeron las tinieblas en nuestro Con-

tinente. Mi saludo significaba que al reconocer el poder civilizador del pueblo norteamericano, no le temo como conquistador ó como expoliador. Mi saludo significaba el reconocimiento franco y claro de que los otros pueblos del Continente aceptan gustosos el concurso del del Norte para desarrollar su progreso moral y material, bajo los amplios principios de absoluta independencia y de justicia. Esto es lo que significaba mi saludo á España, y ruego que se pregunte á los Delegados si aceptan las gracias que España nos ha enviado por él.»

Aunque en esta declaración el General Reyes había introducido algunos párrafos de exageradas alabanzas á los Estados Unidos, el sentido recto de su aclaración se encerraba en los términos textuales apuntados y sacados de la verbosa broza de su discurso. Con todo, esta declaración fue mal recibida: de parte de la América de nuestra sangre, por parecerle innecesaria y oficiosa; de parte de la América de sangre anglosajona, porque no envolvía la satisfacción que se deseaba, que era tanto como la declaración explícita de la supremacía moral de la gran República del Norte, adicionada por un movimiento expreso de sumisión á ella de parte de las Repúblicas latinas.

Los efectos de esta desestimación inmediatamente se tocaron. En la capital misma de Méjico, los periódicos americanos de lengua española, *El Tiempo* y *El País*, y el de lengua inglesa *The Mexican Herald*, no ocultaron su crítica al acto segundo del General Reyes, y con idéntica rectitud salieron á la defensa de España. *El Tiempo,* del día 6 de Noviembre, escribía en un artículo titulado *El anverso y el reverso*, después de censurar la inoportuna apología de los Estados Unidos, incluída en la peroración del Delegado de Colombia: «¿Esto equivale á aceptar de la manera más omnímoda el programa de rapacidad internacional del imperialismo yanqui, en parte llevado á cabo por Mac-Kinley? Esto se llama, y perdónese lo duro de la imagen, en gracia de la axactitud, *lamer la coyunda.* Si los demás Delegados que hoy se congregan en

el antiguo Palacio de los Virreyes Españoles fueran, que no lo son, partícipes de los sentimientos vertidos por el de Colombia en la glorificación de las tendencias de los Estados Unidos, ya podrían todos los Gobiernos de las Repúblicas de América prepararse á resignar, más tarde ó más temprano, sus poderes en favor del Gabinete de Washigton y borrar para siempre de su corazón y de su cerebro todos los iberoamericanos el concepto y sentimiento de la patria. A la cultura de los americanos del Norte, la América que fue española no ha debido hasta ahora ningún adelanto. Méjico, la República más inmediata á los Estados Unidos, debe toda su ilustración y sus progresos á sus relaciones con España y el resto de Europa. De Europa, y sobre todo de España, nos llegan los libros que nos educan y nos deleitan. Todos nuestros adelantos científicos son europeos. De Europa son nuestras artes y nuestras costumbres civilizadas. Y es extraño que el General Reyes no tema á los Estados Unidos como poder conquistador ó expoliador, pues si no le bastaran para instruir su ánimo los ejemplos de Tejas, California y Nueva Méjico, arrebatados violentamente á nuestro país, y de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, arrebatados inicuamente á España, pudiera volver los ojos á su misma patria y explorar qué mano oculta es el *Deus ex machina* de las revoluciones interiores y de la guerra exterior en que está sumergida Colombia.»

El lenguaje de *El País* no fue menos vivo. Su artículo se titulaba *La retractación de un brindis:* «Concedemos, decía, que el salón de sesiones de la Conferencia Internacional Americana no es el lugar á propósito para condenar los actos del imperialismo angloamericano. Concederemos, también, que no corresponde el condenarlos importunamente, ni á un delegado á esa Conferencia, ni menos al Vicepresidente de una República amiga. Pero ¿habría alguna necesidad de aplaudir la acción, que el señor General Reyes tiene por libérrima, del Gobierno de los Estados Unidos en Cuba, forzosamente tutelada, en Puerto Rico conquistado, y en Filipinas,

cuyos naturales sostienen, y acaso con mejor derecho, la lucha que sostuvieran Bolívar y San Martín en el Sur, Hidalgo y Morelos en el Centro y en Méjico, y Washington en el Norte? Permítasenos dudarlo. ¡Que no teme el General Reyes el poder conquistador ó expoliador de los Estados Unidos! ¿En qué planeta vive el General Reyes que no conoce el rumbo de la Historia? ¿No es una verdad de todos conocida que, sin preceder una de esas crisis capaces de poner á prueba la fe de los pueblos en su forma de gobierno, en los Estados Unidos está iniciada una verdadera reacción contra algunos de los principios fundamentales de las antiguas instituciones de la República? ¿Es una realidad innegable que se halla entablada la lucha entre los restos fieles de la democracia de Tomás Jefferson y el imperialismo iniciado por Mac-Kinley y sancionado por el pueblo en la última elección presidencial? ¿Cuál de esos dos principios alcanzará al fin, definitivamente, la victoria? ¡Quién sabe! Pero mientras esta cuestión no se decida de modo victorioso para el antiguo credo político de los Estados Unidos—y eso en el día parece muy improbable,—no podrá creerse en la América latina que la sajona puede ser para ella la columna de fuego que ha de guiarnos á la tierra prometida de una civilización más perfecta que la que nosotros, siguiendo el impulso de nuestro propio desarrollo, podríamos alcanzar.» Por último, el día 9 de Noviembre, *The Mexican Herald* escribía, siguiendo el ejemplo, ya iniciado con rápida reacción, así en *The Sun*, de Nueva York, como en *The Republican*, de Sprinfield: «Las Repúblicas hispanoamericanas, hijas de España, fragmentos del un tiempo poderoso Imperio de Carlos V, no pueden menos de sentir que tienen intereses y tradiciones comunes. España semeja añoso árbol con muchas ramas. Su magna época colonizadora la dió posesiones que la colocaron, por lo que respecta á territorio, á mucha más altura que el antiguo imperio universal de Roma. Brillante y maravillosa época fue aquella en que España conquistaba casi un mundo y en él plantaba sus instituciones tan firmemente, que aun hoy

se deja sentir su influencia y se habla su idioma en su más vasta extensión de territorio. Es inútil decir que España sabía conquistar, pero no sabía gobernar. Nada de eso: España gobernó, en general, con admirable sabiduría. A Méjico, su colonia mimada, dióle paz no interrumpida durante trescientos años. En todo este país existen hoy grandes haciendas que datan de los primeros años de la conquista. Durante tres siglos, bajo la protección de España, rindieron abundantes frutos, enriqueciendo á varias generaciones de propietarios. La paz de España no era una ficción: fue una asombrosa realidad y una manifestación elocuente de lo que fue su gobierno paternal y benigno. El General Reyes hizo muy bien en recordar al Congreso Panamericano la deuda que la América latina ha contraído con la nación realizadora de poderosos hechos en el hemisferio occidental. En la conquista española se mezclaron lo bueno y lo malo, pero lo bueno predominó. Aquí, en Méjico, los primeros españoles, casi inmediatamente después de su llegada, fundaron establecimientos de enseñanza, fomentaron el saber y se dedicaron con diligencia á enseñar á los hijos de las nobles familias aztecas. El misionero y el maestro seguían al ejército de Cortés. La antigua España no volverá á tener vestigios de su dominio en América española; las naciones jóvenes que de ella descienden son más modernas, tienen nuevos ideales, pero es imposible que olviden á la Madre Patria. Serían ingratas si así sucediera.»

A la voz de Méjico, que incluía el voto y las opiniones de toda la América de nuestra sangre, se unieron en los mismos Estados Unidos, reaccionados, las inspiraciones del Presidente Rosevelt, acaso en divorcio de opinión con John Hay. El órgano de las manifestaciones de Rosevelt fue *The Philadelphia Press,* cuyo editor en jefe, Charles Emory Smith, es Director general de Correos en el Gabinete presidencial, y á cuyas declaraciones políticas se da siempre el alcance de aquella elevada presidencia. «Los Estados Unidos—decía este periódico—han dejado siempre libre á su propia población mixta

conservar y expresar y mantener, por hechos positivos y públicos, su filial cariño á los países de su origen. Los hispanoamericanos reunidos en el Congreso de Méjico tienen todavía una razón más fuerte para acordarse de la tierra que les dió su existencia colonial. Nada sería tan desastroso como la imposición sobre estas tierras de los ideales, fines y manera de ser de la raza que habla inglés, con exclusión de los de esas tierras. Si el mundo no desarrollara sino un tipo, no conociera sino una lengua y solamente aceptara una manera de apreciar la vida y sus responsabilidades, sería un lugar bien triste. Esto no es imperialismo; es solamente un espíritu de tolerancia y de confraternidad internacional. Es un buen augurio para *continuar la paz* entre los Estados Unidos y sus vecinas del Sur.

Nuestros vecinos hispanoamericanos deben cultivar la gran literatura que han heredado, y deben estar orgullosos del arte español y levantar al más alto punto el carácter español. Lo único que deseamos es que el desarrollo de la vida hispanoamericana se desenvuelva, como ya acontece en Méjico, en la Argentina, en Chile y otras Repúblicas, con las garantías políticas y sociales que exige la vida contemporánea. Si todo esto se puede hacer á la sombra de la civilización y de las influencias é impulsos que España representa en su contacto con la América de su sangre y que el General Reyes ha alabado en sus discursos, los Estados Unidos *no piden más*. Cada nación independiente americana, si quiere conservar su independencia fuera de todo temor, debe probar que su política da seguridad al comercio, protección al capital, que está libre de desórdenes, de embarazosa deuda ó de bullangueras alianzas. *Ninguna nación en estos días de íntimas relaciones y de responsabilidades internacionales, podrá conservar más largo tiempo su independencia, libre de intervención extranjera, ni siquiera la autonomía de sus propios intereses, si su Gobierno es inestimable, la vida insegura y el comercio está sujeto á imposiciones revolucionarias bajo su bandera.*»

Aunque el último párrafo de lo transcrito deja asomar lo bastante la oreja imperialista y las instituciones de supremacía, inspección é intervención que los Estados Unidos han llevado al Congreso Panamericano, *La Prensa,* de Buenos Aires, *El Chileno* y *La Tarde*, de Santiago de Chile, y *El Tiempo*, de Lima, glosaban este artículo en sentido satisfactorio. *El Tiempo,* de la capital del Perú, escribía comentando al *The Philadelphia Press:* «A no dudarlo, estas ideas son las que profesa el Presidente Rosevelt. Cuando el cable transmitió la noticia de que el brindis del General Reyes había causado cierta impresión de desagrado en los Estados Unidos por el saludo que él dirigía á España, no pudimos menos de extrañar que hasta ese grado llevasen su arrogancia los norteamericanos. ¿A qué ni por qué molestarse—nos dijimos—porque un hispanoamericano dedique frases de cariño á la madre España, á la que nos dió todo lo que tenía y dejó huellas gloriosas en la hoy independiente tierra americana? Por fortuna, periódicos serios como *The Sun*, y en general los hombres sensatos, no tardaron en proclamar que el brindis del General Reyes en nada desagradaba á los Estados Unidos, ni había motivo para ello; y ahora vemos que dicho brindis ha dado motivo para que se repita esa declaración, ampliándola aún más con juiciosos conceptos que se relacionan con la política del Gobierno actual de aquella nación, para con las Repúblicas independientes de América, siendo altamente significativo que un periódico que puede considerarse como el eco del Presidente Rosevelt, manifieste esas ideas de respeto á lo que sienten y piensan las naciones que descienden de España, y declare que un espíritu de tolerancia y fraternidad internacional *será una garantía de paz entre las Repúblicas de toda la América.* Si no estamos equivocados, pocas veces ó nunca han aparecido en la prensa de allende el Bravo, declaraciones tan terminantes y explícitas como la anterior, y si tan sano y elevado principio de política internacional se lleva á la práctica, podríamos felicitarnos los países hispanoamericanos, pues así nos consideraríamos

á cubierto de peligros: más aún, desaparecería todo temor de futuros y graves conflictos.»

En medio de tan varios juicos, el General Reyes debía hacer oir su última palabra. Esta expresión, á la vez de ratificación y de defensa, fue delegada por él en el publicista colombiano D. Juan Coronel, que no sólo las hizo conocer en la prensa de Méjico, sino en las de Bogotá, Cartagena y Panamá, donde las comunicó por medio de cartas á los principales periódicos que en dichas ciudades se publican. *El Porvenir,* de Cartagena, uno de los que han insertado este documento, así escribía en su número del 12 de Noviembre: «Los que conocemos bien al General Reyes, dice, no tenemos dudas sobre su valor y su carácter. Durante toda su vida, con el primero ha sabido abarcar todos los problemas que en América atañen á la raza descendiente de la hidalga cuanto noble España. Con el segundo ha mantenido sus pensamientos de amor por esa madre bendita y por estos nuestros pueblos de América, que son carne de la carne española, porque la suya nos dió España, como dicen que da el pelícano su sangre á los hijuelos amados, para alimentar la existencia de que le son deudores. Bien merecida ha sido, pues, la resonancia universal que tuvo el discurso del Delegado colombiano, en contestación hecha á nombre del Congreso Internacional, al brindis en que le fue ofrecido al mismo Congreso el banquete del Ayuntamiento de la hermosa Méjico. El General Reyes, en ese discurso en que no usó una palabra mortificante para nadie, cumplió con un deber sagrado. Fue éste hacer saludar á España, en acto y ocasión tan solemne, no solamente por los que nos gloriamos en llamarnos descendientes suyos, sino también por los más caracterizados representantes de los Estados Unidos, puesto que, por la imposición de los hechos, los americanos del Norte han venido á ser los usufructuarios más dichosos de la obra exclusivamente española del descubrimiento de América. En el segundo discurso del mismo General, dicho en la sesión de la Conferencia celebrada el día 4 del presente, confirmó el

Delegado de Colombia los sentimientos de su devoción filial á España. Quiso concentrar lo que hay por ella en su pensamiento y en su corazón, y se sirvió de esta palabra: *¡Madre! ¡Madre* y muy querida, que es lo que para nosotros es y será siempre la inmortal España! Detrás de las palabras del brindis, detrás de las palabas de amor á la *madre* España, ¡justo es que el mundo lo sepa!, *están el corazón y el pensamiento de toda la América Española!*» Esas palabras constituyen la afirmación de lo que somos, y en el momento en que nos uníamos á los angloamericanos para emprender en su compañía larga jornada de progreso, era necesario, era indefectible dejar constancia de esa rotunda afirmación.

«El brindis del General Reyes proclamó la unidad y la fuerza de nuestra raza latinoamericana, y el peligro de su absorción ó destrucción por el gigante del Norte no existiría para ella, si supiera levantarse como aquél por el trabajo, que es la cima radiante de donde cuelgan su nido las águilas de la civilización. Dígase lo que se quiera, está conseguido el objeto que el General Reyes se propuso; es decir, que los pueblos reunidos en la segunda Conferencia Internacional enviaran un cordial saludo á España, como descubridora y conquistadora de este continente, saludo al que se ha unido oficialmente el Congreso Panamericano en su telegrama de contestación á las Cámaras españolas. Este saludo equivalía además á una barrera. Lo que su saludo significaba, en ninguna parte se ha entendido mejor que del lado allá de las márgenes del río Bravo. Bajo el éxito de este saludo, antes de comenzar las funciones del Congreso, quedó bien determinado que, aunque en sus dos continentes América es una geográficamente, considerada en la esfera de la vida y del derecho, en ella existen dos razas, dos orígenes, dos lenguas, dos personalidades y dos independencias.»

***

No hay que decir que la República de Méjico había preparado un espléndido programa de fiestas para agasajar á sus huéspedes y hermanos de todas las partes de aquel hemisferio. Estos obsequios no eran solamente una expresión de la fina cortesía de los altos poderes y del pueblo mejicano y su abrazo de estrecha cordialidad, principalmente á las bulliciosas hermanas en origen, lengua y destinos, que venían cariñosas á sentarse en el banquete de su hogar. Entre aquellos huéspedes fraternales había extraños opulentos y poderosos que tienen lleno el mundo de la ponderación de sus adelantos, y Méjico tenía el deber de revelar al mundo que, acabadas las luchas interiores de asiento y equilibrio político y social, realizada la laboriosa evolución de los sentimientos y costumbres heredadas del antiguo coloniaje, sobre la base de las próvidas garantías constitucionales, esta República, del mismo modo que otras felices hermanas de sangre ibérica, había iniciado fértilmente el movimiento de sus progresos morales y materiales, no sólo explotando los munificos dones de la naturaleza, sino difundiendo la instrucción, penetrando en los altos secretos de la ciencia y del arte, promoviendo las empresas de la industria y multiplicando por estos medios los veneros fecundos de la prosperidad de aquella nación.

Es justo hacer constar que la expedición y visita principalmente de las Repúblicas latinas á la capital del antiguo imperio de los aztecas, reorganizado en sociedad de costumbres cultas con que penetró desde el primer momento de la conquista de Hernán Cortés en el ancho círculo de la civilización que aún informa la moral inmortal del Mártir del Gólgota, por todas partes inspiró los más ingenuos entusiasmos. Inspirado por ellos el viaje de cada una de las Delegaciones, aun las llegadas del extremo austral de los dos mares, puede definirse como la accesión á una gran fiesta, cuyos caminos inundaba el torbellino de la curiosidad y blasonaban las galas de la alegría. Así el 18 de Octubre la mayor parte de los Delegados pisaron la frontera mejicana. Un gran número de ellos venían acompa-

ñados de sus mujeres y de sus hijos, y siendo todas las Delegaciones nombradas por todo extremo numerosas, Méjico sufrió una invasión, cuya animación aumentaba el bullicio de las gentes venidas á festejar sus huéspedes de todos los Estados de la República. El día 20 se consagró á las visitas de cortesía, y siendo tantas, la función empezó desde las diez de la mañana. A las seis y media de la tarde comenzaron á reunirse en el Salón de Conferencias que se les había dispuesto en el mismo Palacio de los antiguos Virreyes Españoles, donde se habían de celebrar las sesiones, á fin de conocerse unos á otros y empezar también el cambio de impresiones. El día 23, designado para la inauguración solemne de la Conferencia internacional, fue declarado de fiesta, y habiendo aparecido embanderados desde las primeras horas de la mañana todos los edificios públicos de la ciudad, el Ministro de España hizo izar la bandera española en el de la Legación y á su ejemplo todo el cuerpo diplomático extranjero allí residente. El Casino español no sólo embanderó sus balcones, sino que adornó espléndidamente su fachada. A las once y media de la mañana se celebró la Junta preparatoria, y después de los acuerdos que en ella se tomaron, los Delegados fueron invitados á pasar al salón del *lunch,* que fue servido en vajillas de porcelana de Sèvres y vasos de cristal veneciano labrado y cristal *bacarat.* La apertura solemne se verificó á las cuatro de la tarde, y desde el salón de la Conferencia los Delegados en masa se trasladaron al de la Presidencia de la República, para ser presentados al General Porfirio Díaz. Aquella noche la ciudad estuvo profusamente iluminada, y á las diez, en la plaza de Palacio, se quemaron unos hermosos artificios pirocténicos, entre los que, con llamas de colores, se inscribió un cordial saludo á los congresistas. En la noche del jueves 24 tuvo lugar el suntuoso banquete ofrecido á las Delegaciones americanas y al cuerpo diplomático extranjero por la Municipalidad mejicana, por su Presidente el Sr. Algara, á cuya terminación, cerca de la media noche, los asistentes fueron aún obsequiados con sendos

ejemplares de un libro titulado *Revista histórica y descriptiva de la ciudad de Méjico*, escrita para este objeto por el Ingeniero D. Jesús Galindo y Villa. Y aunque de este banquete y de los brindis que en él se pronunciaron surgió el incidente del General Reyes de que antes se ha hablado, la discusión que promovió, principalmente en la prensa y el telégrafo norteamericano, como es naturul, ninguna influencia ejerció en el sucesivo desarrollo de las fiestas preparadas.

El domingo siguiente, día 27, fue solemnizado con una gran recepción y concierto en el local del Ministerio de Relaciones Extranjeras. Se tributó en él homenaje á los grandes maestros en boga: Bemberg, Mozart, Boito, Meyerbeer, y el Sr. Saloma fue el ídolo de la noche en la interpretación de los *Aires bohemos* del genial español Sarasate. El banquete del lunes 28, dado en el Palacio Presidencial por el General Porfirio Díaz, asistido del Ministro de Relaciones Exteriores don Ignacio Mariscal, tuvo otra nota saliente en el brindis del primero; en el cual, dirigiéndose á las jóvenes naciones allí representadas, brindaba *porque nada interrumpa la creciente prosperidad, que, como merecido premio, corresponde á la varonil é inteligente iniciativa de cada una de las que brotaron del espíritu de Washington é Hidalgo, de Bolívar y San Martín*. El Presidente de la Delegación mejicana, D. Jenaro Raigosa, constituído en Presidente provisorio de la Conferencia Internacional, designado por sus demás compañeros, fue el encargado de contestar el brindis de Porfirio Díaz. En sus palabras se encuentra el complemento de las ideas del alto magistrado: «Bien hacéis, Sr. Presidente, decía, en esperar confiadamente que los resultados de las deliberaciones de esta Gran Asamblea Continental sean fecundos en beneficios para las nacionalidades que han acudido unánimes á vuestro llamamiento; porque de una parte la cordura, la ilustración y el patriotismo de sus Delegados así lo prometen y aseguran; y de la otra, el medio en que se verifican sus debates es tan propicio como fuera de desearse, para adunar á una tranquilidad

perfecta del ánimo, la convicción de que el pueblo y el Gobierno de Méjico, estando en paz con todos los del nuevo y antiguo mundo, no abriga otras tendencias que las de contribuir á afirmar el respeto de la soberanía de cada uno, dentro de sus límites territoriales, y á favorecer el libre y progresivo desenvolvimiento de las instituciones democráticas en América, bajo la base de la más completa garantía del derecho ajeno.»

Preciso es confesar que todas estas manifestaciones, como preámbulos del Congreso, eran bastante expresivas, aunque para ser bien entendidas debían ser leídas entre líneas. Pero en los primeros días de Noviembre la opinión sobre el Congreso Panamericano estaba bien perturbada en los Estados Unidos, con motivo del saludo del General Reyes *á la madre* España, de las manifestaciones con que fueron recibidas por el Cuerpo legislativo español en sus dos Cámaras, senatorial y de los diputados, y de la contestación afectuosa que la Conferencia de los Delegados en pleno acordó transmitir á las Cámaras y al Gobierno de España por medio de nuestro Ministro el Marqués de Prat de Nantouillet; y aunque al General Reyes se le compelió á hacer la segunda declaración del 4 de Noviembre, que á vuelta de mil elogios hiperbólicos sobre la misión de los Estados Unidos sólo contenía una ratificación de las hondas intenciones que encarnó el brindis del banquete municipal, cuatro días después hubo que disponer en el edificio de la Biblioteca Nacional un gran festival artístico, casi exclusivamente consagrado á los Delegados norteamericanos, como en desagravio del parentesco de la lengua proclamado por el Delegado colombiano en su saludo á España, y, por lo tanto, reducido á hacer la apología de las letras angloamericanas. Estando Méjico en funciones rigurosas de etiqueta para con todos sus huéspedes, no hay que decir que á este festival fueron invitadas todas las asociaciones literarias, científicas y artísticas de la capital y todas las personalidades de mayor prestigio en todas las esferas de la cultura intelectual. La fiesta estuvo presidida por los miembros que formaban la Dele-

gación mejicana para el Congreso, es decir, los Sres. Raigosa, Chavero, Sánchez Mármol y Macedo, y el Secretario de Fomento D. Leandro Fernández, en representación del Gobierno. Las piezas musicales con que se inauguró la velada fueron *La Trucha*, de.Schubert; los dos *Quintetos*, de Tachaikowsky y de Christian Ginding, y *El capricho*, de Saint-Saenz, y á continuación comenzaron los discursos por el del Dr. D. Balbino Dávalos, que disertó sobre las bellezas que han producido los más esclarecidos literatos de Norte-América, terminando con la lectura de la traducción de la poesía *To Hell* de Edgardo Poë. Otro discurso hubo del licenciado D. Jesús Llerenta, y por último, una poesía de D. José Jesús Tablada en honor de los poetas norteamericanos, y lectura de traducciones de algunos de éstos hechas por Casasús y Mariscal y dadas á conocer al público asistente por la voz del periodista D. Luis G. Urbina, redactor de *El Imparcial* mejicano. La poesía de Tablada está escrita en el doble gongorismo de la escuela que ha fundado Ruben Darío, y tiene estrofas como las siguientes:

«Esfinge de azabache con ojos de topacio,
Guarda la torva Musa de Edgard Poë el palacio;
Pero llegan los ecos de súbitos clamores
Y al son de los clarines y de los atambores
Conmuévese con épicos ruidos el espacio...
¡Es Whitman que aparece! Sus líricas legiones
No lucen áureos cascos como los mirmidones,
Pues nunca ensangrentaron las tierras ni las aguas;
Su amor llenó de mieses los áridos terrones,
Su afán forjó los hierros en las ardientes fraguas.
¡Es Whitman el humano y el lírico poeta!
El que miró en sus claras videncias de profeta,
Un águila triunfando sobre una flor de lis.
Es él el demagogo que toca su retreta;
¡Honor á las legiones del buen poeta gris!»

Con este festival empalmaron otros dos sucesos literarios importantes: el primero la constitución oficial de la *Academia de la Historia mejicana*, correspondiente de la *Real Academia*

*de la Historia* de Madrid, y un artículo del ilustre publicista, también colombiano como el General Reyes, D. Santiago Pérez Triana, que publicado en la *Anglo-Saxon Review,* y comentado por el *The New York Herald*, se reproducía en Méjico por *The Mexican Herald.* De la importancia del primero de estos dos hechos no hay para qué debatir (1). Pérez Triana, en su artículo de la *Anglo Saxon Review*, demostraba que los hispanoamericanos nada tienen que temer de las tan cacareadas ambiciones territoriales de Europa en el Nuevo Mundo, y en cuanto á la doctrina de Monroe, decía que si puede aceptarse por lo que sirva para proteger á los países de aquella parte del mundo de agresiones extranjeras, lastima los legítimos sentimientos de aquellos mismos países, desde el punto en que se la quiere dar un significado que entraña tutelaje y hegemonía sobre la América latina, entrañando secretos designios de protectorado yanqui en todo el continente Sur. Probaba, además, como una verdad evidente, que las jóvenes Repúblicas hispanoamericanas no podían abrigar tanto afecto hacia los Estados Unidos como antes de la guerra con España, que ha tenido por resultado el establecimiento de colonias *yanquis* con menoscabo de los preceptos constitucionales de aquella República, y prometía que de la Conferencia Internacional que se celebraba en Méjico, por iniciativa exclusiva de los Estados Unidos, no había nada práctico que esperar, sino negaciones de gran monta para los Estados de la Unión; pues

(1) La Junta de la Academia de la Historia Mejicana, correspondiente de la de Madrid, en su primera reunión, quedó así constituída: *Presidente,* Sr. Lic. Ignacio Mariscal; *Vicepresidente honorario,* Ilmo. Sr. Ignacio Montes de Oca; *Secretario,* Sr. Manuel Agreda; *Tesorero,* Sr. José M. Roa Bárcena; *Bibliotecario,* Sr. José M. Vigil, y *Anticuario,* el Sr. Dr. Peñafiel. Antes de levantarse la sesión se acordó enviar por el digno conducto del Sr. Marqués de Prat una comunicación á S. M. la Reina Regente de España y otra al Sr. Marqués de la Vega de Armijo, participándoles que quedaba instalada en Méjico la Academia de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid.

habiéndose demostrado en el Congreso recientemente celebrado en Madrid que toda la América de sangre española, sin abrir á España caminos nuevos para ninguna dominación territorial en aquel hemisferio, había buscado en ella el tierno regazo de la ilustre madre para confundirse en él en un estrecho abrazo de fraternidad y unión, de esta unión y de esta fraternidad de raza, que cada día se ha de apretar más en nuevos vínculos de aproximación é inteligencia, no había de salir otra cosa que rayos dirigidos á destruir el monroismo, la ambicionada supremacía anglosajona, el aislamiento de Europa y las delirantes tentativas de absorción, de incorporación y de conquista.

Las fiestas de la capital de Méjico, en tanto que la Conferencia se constituía definitivamente, nombraba sus cargos y comisiones y proponía y discutía y aprobaba su propio reglamento, continuaron por la visita de los Congresistas á los Establecimientos militares, á la Casa de la Moneda y á otros edificios é instituciones públicas de aquel Estado Federal. Entre los primeros, fueron dignos de la atención de todos los adelantos y se elogió con entusiasmo la organización excelente con que encontraron establecidos, bajo la última palabra del arte y de la ciencia militar, el Museo de Artillería, la Maestranza Nacional, el Parque de Artillería y la Fábrica de armas; y en la Casa de la Moneda vieron troquelar una medalla en su honor, en cuyo anverso, la América latina, que estrecha la mano de la sajona, la enseña en la otra *la oliva de paz*, y en cuyo reverso se lee: *Segunda Conferencia Panamericana: Noviembre de 1901.—Visita de los Delegados á la Casa de la Moneda de Méjico.* No hay que decir que á cada Delegado, al salir, le fue entregada una de estas medallas, de plata oxidada, dentro de un elegante estuche.

El último acto de estas festividades, antes de que los Delegados saliesen de la capital para la excursión con que se les había brindado por los Estados de Puebla, Veracruz, etc., fue el banquete que la Delegación Mejicana ofreció en Chapultepec

en honor de los congresistas el jueves 14 de Noviembre. Llevó en los brindis la palabra, por Méjico, el Delegado D. Alfredo Chavero; por Ibero-América, el Delegado del Brasil D. Higinio Duarte Pereyra, y por Norte-América, el antiguo Ministro de los Estados Unidos en la Argentina y árbitro en la cuestión de la Puna de Atacama, mister Williams I. Buchanan. El Sr. Chavero, en su grandilocuente discurso, decía á los latinos de su mismo origen ibérico: «Habéis venido á nuestra Patria á una obra meritoria: á formar el derecho internacional americano, sobre el triple é indestructible cimiento de la justicia, del progreso y de la libertad. Méjico está orgolloso de ver reunidos en su capital á los Delegados de todas las Repúblicas de este Continente: suceso trascendental é importantísimo, no registrado antes en los anales de América. Sin duda os ha traído el deseo, el anhelo de estrechar los lazos de la confraternidad americana, de mancomunar intereses mutuos y alcanzar por la unión la prosperidad y la fuerza; pero creo que también os ha impulsado otro sentimiento más grato para nosotros: la buena voluntad hacia Méjico de las Repúblicas por vosotros tan dignamente representadas. Y esto nos enorgullece más; porque vosotros, unidos, sois un mundo.

»Esta buena voluntad se explica, naturalmente, por la igualdad de origen y la identidad de habla, en las naciones de Centro y Sud-América. Tenemos las mismas costumbres, los mismos ideales de raza, y á la latina pertenecen también los idiomas del Brasil y de Haití. Sentimos lo mismo, pensamos lo mismo y á lo mismo aspiramos. Y si la lengua es la prueba más patente de la autonomía de un pueblo, nuestra lengua común determina *una autonomía solidaria.*» Volvíase después á los americanos del Norte, y añadía: «Con los Estados Unidos nos unen la igualdad de instituciones y la comunidad de intereses.» Y por último, elevándose al verbo supremo de la América de nuestra sangre, así exponía el credo de su porvenir, como doctrina que en ocasión tan solemne les legaba el jefe ilustre del Estado en cuyos dominios se verificaba el gran

acto: «Pero si estas razones, decía, parecen suficientes para explicar la reunión en Méjico de los representantes de todas las Repúblicas americanas, no debemos olvidar cómo en los últimos momentos surgieron dificultades, bastantes á hacer fracasar tan noble proyecto, si no hubiera venido en ayuda un nuevo elemento para allanarlas: este elemento fue el prestigio y el ejemplo de nuestro Presidente, el Sr. General Porfirio Díaz. No nos toca hablar de su prestigio: el mundo lo reconoce. Diré sólo algunas frases referentes á su ejemplo. El señor General Díaz ha hecho patente cómo de un pueblo débil, pobre, desangrado por las guerras civiles, se puede hacer una nación por medio de la paz. El Sr. General Díaz ha extendido su doctrina de paz á las relaciones internacionales de Méjico; y es gran satisfacción para nosotros decir que no tenemos la menor dificultad con ninguna de las naciones de la tierra. Y el Sr. General Díaz os ha llamado con su doctrina de paz, para que la aceptéis en todo el Continente; y habéis venido nobles y generosos, y de vuestra conferencia surgirá la doctrina Díaz, como la conciencia de la América. Ya teníamos la doctrina Monroe, salvaguardia del Nuevo Mundo: ahora viene á completarla la doctrina Díaz, la cual se puede concretar en este apotegma: *El derecho internacional americano se basa en la paz, fundada en el respeto á la soberanía, independencia é integridad de todas y cada una de las Repúblicas de América.* Pero estos sentimientos de confraternidad no son egoístas. *El Nuevo Mundo tiende la mano al viejo;* y á las naciones que comulgan con nosotros en el credo de la civilización, América les dice: *Paz á los pueblos de buena voluntad.* Señores Delegados: que vuestra obra fructifique en este siglo xx, en el cual entráis por puertas de oro; y fructifique de tal manera, que la historia, al referirse á vuestras labores, escriba en páginas de bronce las siguientes palabras: *América dijo: Hágase la paz, y la paz fue hecha.*»

La contestación de Duarte Pereyra fue un himno más de armonía con las manifestaciones que Chavero acababa de ha-

cer. El mismo norteamericaro Buchanam, no pudo menos que declarar que «los Delegados de los Estados Unidos habían venido á Méjico con los mismos fines que los de las demás naciones americanas»; porque el pensamiento de Chavero, magistralmente expuesto, había logrado electrizar allí todas las almas. Chavero había claveteado el principio de la soberanía y de la independencia de las Repúblicas constituídas en América con autonomía perfecta é inviolable, y Duarte Pereyra limitó el objeto de la Conferencia á la consagración del principio jurídico internacional que garantiza cada una de estas individualidades autónomas y la paz entre sí; y en aquel hermoso torneo de la habilidad y de la elocuencia quedaron enterradas para siempre las intenciones sujestivas de los Estados Unidos al provocar la reunión del Congreso, creyendo que de este acto saldría impuesto por una lógica inflexible el camino inevitable, no ya de su supremacía, sino de su soñada absorción. El eco de estos discursos no fue tan comentado por la prensa de los Estados Unidos como el eco del brindis del General Reyes. Mas al perderse en las aspiraciones del Gabinete de Washington también esta trinchera, ya no se contestó, como á las declaraciones del General Reyes con los artículos de la *The Phyladelphia Press,* sino con declaraciones más solemnes, como las que más adelante veremos hacer en el mismo restaurant de Chapultepec al honorable Senador y Delegado Davis, en otro banquete ofrecido á los congresistas panamericanos por la Delegación de los Estados Unidos, precisamente para brindarles garantías, que si Mac-Kinley hubiera vivido y las hubiera escuchado, habríalas recibido en su corazón como las balas del revólver de Czolgosz.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

*(Concluirá.)*

# MAESE PEDRO

## NOTAS SOBRE CARLYLE

No hace mucho que he corregido las pruebas del tercero y último volumen de mi traducción de la «Historia de la Revolución francesa» *(The French Revolution; a History)* de Tomás Carlyle; todavía me retintinan en los oídos las frases del retórico inglés.

No es labor llevadera y fácil la de traducir á Carlyle, pues ó se opta por *interpretarle,* glosándole más que traduciéndole, con lo que no se da ni leve remedo de la sensación que la lectura directa produce, ó se violenta el castellano—y quien dice el castellano, dice respectivamente otro idioma cualquiera—como él violentaba el inglés, para reproducir en lo posible su expresión interrumpida, desmenuzada, llena del expediente tipográfico del punto y coma y su especial sintaxis en que á cada momento se sacrifica el orden que llamamos lógico al de la asociación de ideas, y en que con tanta frecuencia precede el consiguiente al antecedente, y la apódosis á la prótasis.

En casos tales, antes me decido por violentar el castellano que por violentar el estilo propio del autor á que traduzco.

La dificultad mayor que el lenguaje de Carlyle presenta, es que parece un lenguaje dictado y no escrito por el autor

mismo, y dictado á trozos y con tono á las veces sibilítico. Es el estilo de un conversacionista, que al conversar predica.

*
* *

La primera noticia que de Carlyle tuve, fue por el librito de Taine *L'Idealisme anglais*, *Etude sur Carlyle*, librito sacado de su «Historia de la literatura inglesa», y debo confesar que el gran falsificador francés me engañó una vez más en esto. He aquí cómo empieza su estudio sobre Carlyle:

«Cuando se pregunta á los ingleses, sobre todo á los que no han llegado á los cuarenta, quiénes son entre ellos los hombres que piensan, citan ante todo á Carlyle; pero á la vez os aconsejan que no le leais, advirtiéndoos que no le entenderéis palabra. A esto apresúrase uno, como es natural, á coger los veinte volúmenes de Carlyle, crítica, historia, folletos, fantasías, filosofía; se los lee con emociones muy extrañas, y desmintiendo cada mañana el juicio que se formó la víspera. Descúbrese al fin que se está ante un animal extraordinario, residuo de una raza perdida, especie de mastodonte descarriado en un mundo que no está hecho para él. Alégrase uno por esta buena fortuna zoológica, y se le diseca con una curiosidad minuciosa, diciéndose que no se encontrará acaso otro como él.»

Excusado es decir que fuí al punto en busca del mastodonte, y me encontré con que se le entiende perfectamente y sin gran esfuerzo, con que es un escritor muy de su país y muy de su tiempo, y con que no tienen la mayor novedad sus ideas. Es, sencillamente, un retórico puritano, una especie de Víctor Hugo que amontona metáforas, apóstrofes, epifonemas y prosopopeyas para hablarnos de la caducidad de las cosas y de cómo el río del Tiempo fluye sin descanso á perderse en el mar de la Eternidad. El Tiempo y la Eternidad—que los escribía así, con letra mayúscula—son sus dos preocupaciones. La mayor parte de la obra carlylesca es un comentario al tema encerrado en la primera de las coplas de nuestro Jorge

Manrique. Cuando se le lee mucho, como á mí me ha sucedido en algún tiempo, acaba por encontrársele monótono, y gracias á que escribiendo mucho de historia la materia le imponía forzosamente cierta variedad.

Nada me sorprende que Taine me engañara, pues no conozco escritor más hábil para falsificar la realidad con datos exactos y verdaderos. Cada una de las noticias que da está escrupulosamente compulsada, certificados los hechos que aduce, los detalles son exactos; pero están noticias, hechos y detalles de tal modo seleccionados y agrupados, se da tal maña en la perspectiva, que el conjunto resulta casi siempre la justificación de una tesis previa. Es un caso típico de falsificación con noticias verdaderas, caso tan común en la historia.

Más verídico que Taine me parece Carlyle mismo, porque en éste la filosofía es algo sobrepuesto y como pegadizo, y no algo que encarne en el relato. Su extraordinaria visualidad, su afición á lo pintoresco, su gusto por la historia como mero arte, como espectáculo, le salva de tergiversar los hechos más de lo que los tergiversa. Hay un fondo homérico en este predicador puritano; la fantasía le domina, y describe la fiesta al Sér Supremo con la mayor objetividad. Mas de ordinario no puede resistir al deseo de meterse entre los muñecos que maneja y de salir á su escenario, y he aquí por qué le llamo Maese Pedro.

*
* *

La «Historia de la Revolución francesa», de Tomás Carlyle, me recuerda, en efecto, la titerera de Maese Pedro, ó en general, un teatro Guiñol. Arma su tinglado, monta las figuras, se coloca él, Carlyle, dentro, y empieza á traerlas y llevarlas y hacerlas accionar, viéndosele no pocas veces las manos, y á hablar por ellas remedando voces. De vez en cuando interrumpe la representación, y asomando la cabeza por detrás del tinglado suelta á los espectadores un sermón en que hay mucho de «lúgubre», «sombrío», «preternatural», «limbo», «misterio

fuliginoso», «Orco», «Tártaro», «Caos», «negruras sulfurosas de eternas tinieblas», «monstruo», «prodigio», «frenesí», «terror», «horror», «pavor», «rumor», y sobre todo, «TIEMPO», escrito así, en letras mayúsculas todo él, y «Eternidad» ó la «eterna noche». Y vuelve á meter la cabeza para continuar su cuento.

Cuando retira para siempre á alguno de sus muñecos, no deja de decirnos que «se desvanece volviendo á la nativa noche», ó algo así por el estilo, y le dirige unas cuantas palabras de despedida, porque acostumbra á hablar con sus títeres y no sólo por ellos. Cuando cogen preso á Mr. de Cazotte, le dice: «¿Por qué, oh Cazotte, abandonaste el noveleo y el *Diable amoureux* por una realidad como ésta?» (Vol. II, lib. I, capítulo II.)

A cada momento se dirige á sus muñecos para animarles, consolarles, reprenderles ó prevenirles, ejerciendo de profeta *à posteriori*. «¡Oh, despierto Dumouriez Polimetis, el de la fecunda cabeza, que los dioses te sean propicios!» (Vol. III, lib. 1, cap. III.) A Maillard, el guión de las ménadas, como le llama: «Esperaba uno, oh Estanislao, encontrarte en otro sitio que no aquí, astuto Ujier montado, con tinte de ley! Tienes que llevar á cabo esta obra, y luego... desaparecer para siempre de nuestra vista.» (Vol. III, lib. I, cap. IV.) Cuando al representar el asedio de Lille, saca al barbero aquel que al estallar una bomba cogió un casco de ella, metió en él jabón y espuma, y gritando: *voilà mon plat a barbe,* «he aquí mi bacía», afeitó en el sitio á catorce personas, no puede menos que decirle: «¡Bravo, buen rapista, digno de afeitar al viejo y espectral Caparroja y de hallar tesoros!» (Vol. III, lib. I, cap. VIII.) Después de haber puesto en escena la muerte de Marat á manos de Carlota Corday, exclama: «¡Oh vosotros dos, desdichados, que os extinguisteis mutuamente, la hermosa y el escuálido, dormid en paz, en el seno de la madre que os parió á ambos!» (Vol. III, lib. IV, cap. I.) «¡A esta conclusión has venido, desgraciado Luis!» le dice á Luis XVI, ó Capeto

Veto, como gusta llamarle, cuando queda votada su muerte.

Agréguese que juega Maese Pedro con los pronombres personales hasta tal punto, que no se sabe á punto fijo quiénes somos *nosotros,* quiénes sois *vosotros* y quiénes *ellos*. Pónese unas veces de parte de los unos, y fingiéndose de ellos, dice: «Vamos á hacer esto ó lo otro, apresurémonos, tomemos tal ó cual resolución», y al poco rato ya está de la otra parte, y los hasta aquí *vosotros* hanse convertido en *nosotros*. Veces hay en que se le ocurre fingirse uno de sus muñecos, y decir por boca de éste lo que respecto á él se le ocurre, como cuando hace decir á Desmoulins: «Casi llego á conjeturar que yo, Camilo mismo, soy un conspirador y muñeco con hilos.»

Se ha visto que á Maillard le llama el «guión de las ménadas», á Dumouriez «Dumouriez Polimetis», á Luis XVI «Capeto Veto». El poner motes es, en efecto, una de sus gracias; apenas hay muñeco á quien no le conozca por algún alias ó motajo. A Beaumarchais le llama «Caron de Beaumarchais», á Roland «el veto de los bribones»; rara vez nombra á Robespierre como no sea llamándole «el cetrino incorruptible», á Marat «el Amigo del Pueblo», á Clootz «el orador de la Humanidad», etc., etc. No debe, pues, extrañar que, aplicándole su propia medida, le llame yo Maese Pedro. Los nombres propios le parecen algo incoloro é insignificativo, algo convencional (véase lo que acerca de los nombres dice en el cap. I del lib. II del *Sartor Resartus*), y prefiere los motes puestos en vista de alguna cualidad del personaje ó en recuerdo de alguna de sus hazañas ú ocurrencias.

Persigue siempre lo pintoresco; en la escena de su Guiñol la *mise en scène,* las decoraciones, el *attrezzo*, son de grandísima importancia. Siente como pocos la importancia de los más menudos detalles. Cuando representa en su titerera la fiesta del Sér Supremo, de Mumbo-Jumbo (así se titula el cap. IV del lib. VI en que la describe), no deja de presentarnos á «Mahoma Robespierre con chupa azul celeste y calzones negros, rizado y empolvado á perfección, llevando en la mano un rami-

llete de flores y espigas de trigo»; y cuando saca á Luis XVI para llevarle al patíbulo, no olvida vestirle como se debe, con «chupa oscura, calzones grises y medias blancas.» Es un excelente director de escena; no descuida gesto, mueca, *tic*, peculiaridad alguna de vestido, porte ó lenguaje. En tal respecto es un historiador artista, interesado en su relato por el relato mismo. La filosofía que extrae de los hechos es una filosofía que parece, ya lo he dicho, sobrepuesta á ellos; el relato mismo y las enseñanzas que de él saca son dos cosas distintas, no siempre bien ligadas. De aquí su constante digresionar.

Las digresiones son, en efecto, frecuentísimas; á cada momento interrumpe la representación para enjaretarlo alguna de ellas. Algunas veces son de carácter concreto, se refieren á alguna circunstancia que la asociación de ideas le trae á las mientes. Así, al dar cuenta de los nobles ancianos á quienes se llevaba á la guillotina en los cajones, al anciano Malesherbes, con sus parientes, hijas, hijos y nietos, sus Lamoignons y Chateaubriands, acuérdase del autor de las *Memorias de Ultratumba* y exclama: «Sólo un joven Chateaubriand queda viajando entre los Nachez, junto al rugir de las cataratas del Niágara, al gemir de las inmensas selvas. ¡Salud, gran Naturaleza, salvaje pero no falsa, no mala ni inmaternal; tú no eres fórmula ni rabiosa disputa de hipótesis, de elocuencia parlamentaria, de construcción de constituciones y de guillotina! ¡Háblame tú, Madre, y canta á mi corazón enfermo tu mística y eterna canción de cuna y quede lo demás lejos!» (Vol. III, libro VI. cap. III.)

Mas de ordinario sus digresiones son de un género más general y abstracto y se reducen á glosas y comentarios de unos cuantos temas, entre ellos el de la caducidad de las cosas y la vanidad de las fórmulas.

Y así exclama, v. gr., al hablar de los debates de la Convención y recordando las tumultuosas asambleas de los antiguos galos:

«Reñían en lengua céltica aquellos Brenos y no eran sans-

culotes, sino más bien eran las bragas (*bracae,* de fieltro ó cuero crudo, se dice), lo único que tenían, estando, como atestigua Tito Livio, desnudos hasta los muslos; ¡y ved que son todavía la misma especie de obra y de hombres, ahora que se han hecho con trajes y hablan nasalmente una especie de latín corrompido! Pero, en resolución, ¿no envuelve el Tiempo á esta Convención Nacional presente, como envolvió á aquellos Brenos y antiguos Senados augustos, de bragas de fieltro? El Tiempo, sí, y también la Eternidad. Sombrío crepúsculo del Tiempo—ó medio día que se hará crepúsculo,—y luego noche y silencio; y el Tiempo con sus vanos ruidos todos es tragado en el tranquilo mar. Compadécete de tu hermano, hijo de Adán. ¡La más irritada y vana jerga de que se sirve no es propiamente más que el llanto de un niño que no puede *decir* lo que le molesta, pero que se siente mal por dentro, y ha de seguir llorando y berreando hasta que le coja su madre y le lleve á dormir!» (Vol. III, lib. II, cap. I.) Por este estilo son las más de sus digresiones.

Otro de sus temas favoritos es convencernos de que todo lo que en su tinglado nos presenta es representación de realidad y no de ficción, de positiva y sólida realidad en el más hondo sentido de la palabra. Jamás he podido comprender cómo Taine llamó idealismo y hasta ultra-idealismo á la especie de filosofía que para comentar sus historias gastaba Carlyle, pues yo la llamaría más bien ultra-realismo. Verdad es que nada hay más confuso é incierto que esa distinción entre idealismo y realismo, á tal punto, que para muchos es Berkeley el representante del más genuino realismo, y acaso tengan razón en ello.

Todo puede atribuírsele á Carlyle menos propensión al fenomenismo; más bien se le podría suponer adepto de cierto realismo un tanto tosco, en que se siente con fuerza la personalidad concreta, el hombre de carne y hueso que ha de salvarse ó perderse para siempre, y no en la memoria de los demás hombres tan sólo. El idealismo trascendente germánico

no era en el espíritu de Carlyle más que superficial; por debajo latía el alma misma de Bunyan, la de los sombríos puritanos obsesionados por el problema de su propia justificación personal y de la salvación eterna de su alma. Teniendo en escena á Marat y á los que en la Convención le acusan, exclama: «Gritad, vosotros, los setecientos cuarenta y nueve; es Marat, él y no otro. No es Marat un fantasma del cerebro ó mero impreso de tipos de imprenta, sino una cierta cosa material, de carne y hueso, de baja estatura. Ahí le tenéis en su negrura, en su sombría escualidez, viviente fracción del Caos y de la vieja Noche, en carne visible, deseoso de hablar.» (Vol. III, libro II, cap. I.) Y para recalcar más esto de que era Marat un hombre de carne y hueso como los demás, con su historia, al contarnos cómo una vez muerto á manos de Carlota Corday, llegó de Neuchâtel un hermano suyo á pedir á la Convención el mosquete del difunto Juan Pablo Marat, nos dice: «Porque Marat tenía también un hermano y afectos naturales, y estuvo alguna vez envuelto en mantillas y durmió tranquilo en una cuna como el resto de nosotros.» (Vol. III, lib. IV, cap. I.)

Y tan fuerte es su realismo que llega á la más aguda expresión de lo que en filosofía escolástica se llamaba realismo, contraponiéndolo al nominalismo. Es uno de los más frecuentes artificios de Maese Pedro el de emplear el abstracto por lo colectivo, proceso que las lenguas lo cumplen naturalmente. Para él «la respetabilidad» son las personas respetables, «el patriotismo» los patriotas, «el realismo» los realistas (partidarios del rey). Su realismo no excluye nada; tan palpable le parece una idea como un hombre, ya que en su escenario han de tomar las ideas forma concreta. El teatro no admite entidades abstractas, y en Carlyle todo es teatral.

Se ha dicho que el teatro es el arte de las preparaciones, y lo cierto es que Maese Pedro se preocupa de preparar las escenas que han de venir. Y uno de sus procedimientos es el de la profecía. Creo que ha sido D. Juan Valera quien ha dicho que la filosofía de la historia es el arte de vaticinar lo pa-

sado, y la frase es muy feliz y muy graciosa. Maese Pedro acostumbra, cuando saca á escena á alguno de sus muñecos, á decirnos: «éste va á acabar mal», para añadir más tarde: «¡ya os dije que no podía acabar bien este sujeto!» Cuando el rico Lepelletier Saint-Fargeau tiene que pronunciar su voto respecto al castigo á Luis, y exclama: «¡muerte!», añade Maese Pedro por su cuenta: «palabra que puede costarle cara», porque ve en el papel que Lepelletier morirá asesinado: cuando presenta á Chalier, de Marsella, añade: «un hombre que no es probable que acabe bien»; y cuando el tribunal le sentencia á muerte, dice Carlyle desde detrás de su tinglado: «ya dijimos que no podía acabar bien».

Entre este chaparrón de metáforas, prosopopeyas, epifonemas, vaticinios y digresiones, no faltan patochadas que podían haber ido á la colección de Flaubert. Una vez exclama solemnemente: «Hoy no es ayer, ni para el hombre ni para las cosas» (vol. II, lib. III, cap. I). En esto de las patochadas y solemnidades perogrullescas dudo que se le encuentre rival más digno que Víctor Hugo, que es acaso el escritor al que más se parece, aunque Carlyle con alguna más metafísica que éste.

Hay ocasiones, sin embargo, en que el mismo Carlyle comprende lo enfático, falso y absurdo de su posición, adoptando entonces el cómodo artificio de poner en boca de algún supuesto personaje lo que de propia cuenta dice. Tiene un muñeco que le representa en tablas, cuando no se atreve á hablar por sí desde su escondrijo. En una de estas ocasiones, al final de su *Historia de la Revolución Francesa*—obra á que se contraen estas notas—cuando quiere cerrar el drama con una especie de epílogo, se cita á sí mismo, reproduciendo un pasaje de su *Collar de diamantes* (en las *Misceláneas*), y al citarlo dice: «En resumen, ¿no se ha cumplido lo que había profetizado *ex post-facto,* es cierto, el archicharlatán Cagliostro ú otro?» Y aquí sigue una larga cita, que no reproduzco, pero que debe leerse como de lo más típico carlylesco, una cita en

que entran ángeles, Uriel, Anaquiel, el Pentágono de Rejuvenecimiento, el Pecado Original, la Tierra, los Cielos, el Limbo Exterior (todo con letra mayúscula), la Impostura, los Tronos, las Mitras, el Carro de Faraón, el Mar de Fuego, el Rey, la Reina, Iscariote Egalité (Felipe de Orleans), De Launay, la Bastilla... y qué se yo qué más. De todo esto habló «en arrebatada visión y asombro» (*in rapt vision and amazement*) el archicharlatán Cagliostro ú otro. ¡Archicharlatán! *¡Archquack!*

*¡Archquack!* ¡Archicharlatán! He aquí la calificación que mejor cuadra á Maese Pedro y la que se dió á sí mismo. Y con todo y con esto, ¡qué fuente de sugestiones, de enseñanzas, de emociones y de ideas, una obra de Carlyle! ¡Cómo entretiene y cómo enseña la titerera de Maese Pedro! Momentos hay en que el muñeco se agranda á nuestros ojos, cobra vida, se anima y vemos, no á un perfecto actor que representa á Danton, verbi gracia, sino á Danton mismo, en cuanto nos sea dado verlo. Y por otra parte, esta manera de presentarnos la historia, imaginada, rompe á las veces la serie temporal en que de ordinario la vemos presa, y parece que la sucesión se convierte en simultaneidad y el tiempo en espacio, y que conviven y obran y reobran unos sobre otros los hombres de todos los tiempos. Pocos historiadores han sentido más vivamente lo de que la eternidad es la sustancia del tiempo y no el conjunto del ayer, hoy y mañana, que no es la serie infinita, sin principio ni fin, de los movimientos todos, sino la inmutabilidad sobre que éstos se sustentan. Lo único real son la eternidad y la idealidad que en el tiempo y en la realidad se nos muestran; tal era la filosofía toda de Maese Pedro Carlyle, filosofía á que llegó en fuerza de visión de lo temporal y concreto.

MIGUEL DE UNAMUNO.

# NOTICIAS HISTÓRICAS ACERCA DE LA SEDA

## I

No deja de ofrecer alguna curiosidad el conocimiento del origen y vicisitudes de la seda, por lo mismo que con tanta frecuencia se usa y constituye un objeto que, aun cuando entra de lleno en los dominios del lujo, se halla tan generalizado, que su empleo está ya al alcance de modestas fortunas y en ocasiones presta servicios de tal valía, que merece fijar la atención, lo mismo del hombre de ciencia que de aquel que sigue y medita el curso de las sociales costumbres sólo por curiosidad ó pasatiempo.

Derivada la palabra del nombre latino *seta*, cerda, se conoce con ese nombre el conjunto de hilos delicados y brillantes de que forman su capullo algunos gusanos de insectos lepidópteros del género *Bombix*, con los que se producen diferentes tejidos y cuya materia la segregan dos glándulas que tienen el aspecto de largos canales replegados sobre sí mismos y colocados por bajo del tubo digestivo. La usada en la industria la produce el Bombix de la morera, científicamente conocido con la denominación de *Bombix* ó *Phalœna mori*.

Ese hilo sutil, delicadísimo, suave y flexible, producido por el insecto en el primer período de su vida, ha llegado después

de múltiples y variados trabajos á constituir el riquísimo y lujoso tejido que forma el adorno y las preciadas galas de una dama ó el artístico y costoso mueble que decora un aristocrático salón, dando á conocer en todas partes esa superioridad que enaltece cuando van unidos el capital, el arte, el trabajo y el buen gusto.

Estudiar la historia de la seda vale tanto como indagar una parte de la historia de las costumbres de la humanidad, fundadas en los datos que suministra el conocimiento de un cuerpo, que si bien la determinación de su naturaleza íntima corresponde á la esfera de la ciencia, en cuanto atañe á sus ulteriores detalles, entra por completo en el terreno de lo concerniente á la vida social con todas sus complicaciones y variados aspectos.

Conocida la naturaleza de la seda por el químico, ha determinado de un modo exacto su composición, la manera de conducirse con los diversos reactivos, el papel que desempeña al unirse á ciertos cuerpos y las aplicaciones prácticas á que es susceptible de prestarse con arreglo á su naturaleza, todo lo cual no es más que la proclamación de las conquistas de la ciencia y el veredicto más solemne que el Jurado de la opinión y el Archivo de la historia consagran á los progresos de uno de los conocimientos más útiles de la época actual.

El gusano elabora con su incesante y silencioso trabajo la cubierta del capullo, que debe protegerle desde que se encierra y oculta á las miradas de todos hasta que sale transformado en brillante mariposa con distinta forma y mayor belleza que antes poseía. Para conseguir la seda, que por su brillo, finura, aspecto, resistencia, belleza de colores y diversidad de matices que puede adquirir constituye la más preciada y de mejores condiciones de todas las fibras textiles, hay que proceder á una verdadera y paciente educación de las orugas productoras, que comienza en los diminutos huevecillos, sigue después con la alimentación de la oruga y continúa con otros detalles que no son propios de este lugar, pero que revelan in-

dudablemente las lecciones de la experiencia, ya de larga fecha adquirida y que desde remota época se conocen, por lo cual entran también en los dominios de la historia de esta substancia. La mariposa del gusano de seda es de las llamadas nocturnas, y sus alas son de un color blanco sucio ó amarillento. La oruga está sujeta á cuatro mudas, que establecen cinco edades en la vida de estos insectos. La primera dura hasta el séptimo día de su vida; después aparecen dormidos ó como inmóviles y cambian de piel, lo cual dura tres ó cuatro días. Las otras tres mudas se suceden con el intervalo de ocho días, contándose la quinta desde que salen de la última muda hasta que fabrican la seda. Son necesarios múltiples y minuciosos cuidados para la cría, en los que no podemos detenernos por ser la índole de este trabajo exclusivamente histórica.

No es, pues, nuestro propósito hacer una monografía de la seda que pudiera interesar en el concepto agrícola é industrial. Sólo aspiramos á conocer algunos hechos referentes á su historia, y en esa esfera es donde gira el móvil de las presentes líneas, pues en otro caso habría sobrado motivo no sólo para un breve artículo, sino para llenar las páginas de voluminoso libro, describiendo la serie de minuciosas operaciones que hay que practicar para conseguir esta substancia.

Laboulaye dijo que la seda es á las demás materias textiles conocidas y estudiadas lo que el oro al resto de los metales.

## II

La industria sedera existe de tiempo inmemorial en China y en el Japón, desde cuyos sitios se propagó á los demás puntos del Asia. Aristóteles describió con gran exactitud las curiosas metamórfosis del gusano de seda y la manera de separar el hilo de los capullos devanándolo en carretes, y refiere que una mujer de Cos, llamada Pamphilia, fue la primera que aplicó la seda á los tejidos. Esto permite creer que algunos si-

glos antes del Cristianismo, hubiera en Cos manufacturas de seda traída del interior del Asia.

Los chinos, parece ser que se dedicaron á la fabricación de los tejidos de seda desde la antigüedad más remota. De la China pasó la industria á la India, la Persia, Fenicia y Grecia.

En tiempo de Justiniano, fue cuando adquirió mayor importancia el comercio de la seda entre los romanos. Entonces se extendió por toda la Grecia, principalmente por el Peloponeso, que tomó el nombre de Morea á causa de la multitud de moreras que allí había, destinadas á la alimentación de los gusanos de seda.

En tiempo del Imperio romano, aparecieron las primeras sederías propiamente tales, y ya se conocían ligeras y vaporosas gasas, que las damas romanas buscaban con ansia y que los poetas de la época ensalzaban en inspirados versos la suavidad, transparencia y brillo de aquellos tejidos. Más tarde, las conquistas de los romanos en el país de los partos facilitaron la importación en Roma de las producciones asiáticas, y desaparecieron las sederías de Cos. La seda se usaba principalmente por las mujeres, y en tiempo de Tiberio se promulgó un edicto senatorial prohibiendo á los hombres su empleo.

El Emperador Heliogábalo fue el primero que vistió una túnica de seda en el año 220. En la época de Aureliano, en el siglo III, se pagaba la seda á un precio igual á su peso de oro.

Los persas, durante muchos años, surtieron al Imperio romano de sedas extraídas de la China. Pero dos monjes que habían residido en China durante mucho tiempo, aprendieron todo lo relativo á la cría de gusanos de seda y fabricación de esta substancia, y explicaron después en Constantinopla esta fabricación. Rogerio, Rey de Sicilia, llevó en 1030 á Palermo obreros griegos que enseñaron la cría de los gusanos y la fabricación de las telas.

César, en una ocasión, trató de cubrir su teatro con telas

de seda y se amotinaron los soldados, porque temieron que ese gasto produjera la ruina del erario público. El Emperador Claudio fue también muy censurado, porque coronó bajo un pabellón de seda á dos reyes del Asia.

Los cristianos, perseguidos en los primeros siglos de la Iglesia, ó tolerados difícilmente, mostraban en sus trajes gran sencillez, protestando con sus costumbres severas del lujo con que se adornaban los pueblos de aquella época y que merecieron las censuras de la opinión sensata y las sátiras de los poetas festivos, por lo cual apenas usaban la seda.

En Bizancio se usaron los tejidos de seda á partir del siglo IV, y se destinaron principalmente á la fabricación de ornamentos sagrados, que se pagaban á precios muy elevados. En la Europa occidental, después de las Cruzadas, es cuando se generalizó la seda en las clases elevadas de la Sociedad.

Olivier de Serres consideró que la seda podía ser de gran provecho para la agricultura.

En Europa se desconoció la naturaleza de la seda hasta el siglo VI, en la época del Emperador Justiniano.

## III

Nuestro país se distinguió sobremanera y adquirió gran celebridad en la fabricación de la seda en los siglos XI y XII, en que fueron solicitadísimas las sedas fabricadas en Granada y Almería. Consigna César Cantú que en aquella época, sólo en Sevilla trabajaban sesenta mil telares de seda. De consiguiente, es también un dato histórico que pone de manifiesto la grandeza española en la Edad Media y que atestigua el esplendor de nuestra industria en dicho período.

Cuando en 1274 obtuvo Gregorio X la cesión que del Condado Veneciano le hizo Felipe el Atrevido, ordenó la plantación de moreras y la cría de gusanos, cuya industria adquirió bastante desarrollo, en términos que los damascos de Avi-

ñón rivalizaron en hermosura con las más ricas sedas de Italia.

Según Andrés Potier, poseía Rouen, á principios del siglo XVI, grandes fábricas de seda. Se refiere que Enrique II fue el primero que llevó medias de seda cuando se realizó el matrimonio de su hermana con el Duque de Saboya.

Enrique IV, imitando á los Valois, favoreció la cría de gusanos de seda en Orleans, Fontainebleau, en los alrededores de París y hasta en las Tullerías.

En el siglo XVI existían en el Condado Veneciano algunos que se dedicaban á la fabricación de tejidos de seda. Otros se establecieron en Lyon, en 1450, y en Tours, en 1470, y los operarios eran, por lo general, italianos que habían aprendido su oficio en Génova, en Florencia y en Venecia. Mientras que en Lyon adquiría la industria de la seda un gran desarrollo, las demás naciones de Europa ensayaban también esta fabricación. Inglaterra no había realizado en tal concepto más que ligeros ensayos, y cuando la revocación del Edicto de Nantes, llevó á su país más de 50.000 emigrados, entre los que había muy buenos operarios y habilísimos fabricantes.

En España era en 1579 tan abundante la cosecha de la seda, que en los reinos de Valencia y Murcia se extraían un año con otro más de 200.000 libras de seda sin labrar. En muchos puntos de Galicia se fomentó en aquella época este cultivo, y las sedas de Granada adquirieron, como hemos dicho, grandísima fama.

Pocos países, en efecto, hay en Europa que puedan competir con el nuestro en elementos indispensables para la producción de la seda, y es preciso no perder de vista esta circunstancia para que, con la vista en la historia, puedan lograrse las ventajas de que en tal concepto se carece hoy.

Las primeras fábricas de seda de Lyon datan de 1466; después se establecieron en Tours, luego en Aviñón, Nimes, etc.

Enrique II fue, como ya hemos dicho, el primero que vistió

en Francia la seda, y acto continuo le imitaron los personajes de la corte, prolongándose la moda, que, como es consiguiente, sólo estaba entonces reservada á los magnates favorecidos por la fortuna.

Después de Inglaterra, fue Suiza la que realizó grandes adelantos en la fabricación de tejidos de seda.

En Francia adquirió esta industria gran desarrollo desde mediados del siglo XIX, de tal suerte que en 1859 alcanzó un valor que se calcula en 640 millones de francos. Hoy día las manufacturas francesas producen cantidades enormes de tejidos de seda. Para formar aproximada idea del grado de esplendor á que ha llegado, bastará decir que se calculaba en 1864 el número de operarios dedicados á estos trabajos en 250.000, desde cuya fecha ha aumentado considerablemente esta cifra.

Las aplicaciones de la seda en medicina no han dejado también de ofrecer algún interés histórico. Se dijo, hace ya cerca de un siglo, que los vestidos de seda retenían el fluído eléctrico y prevenían y aun curaban algunas enfermedades. En muchas señoras que padecían de la garganta, el uso perenne de las corbatas de seda se vió que produjo resultados satisfactorios, así como en otras varias dolencias, por lo cual ocupa un lugar importante en la historia de la higiene y de la terapéutica.

El medicamento, ya caído en desuso, llamado *Gotas de Inglaterra*, es el producto resultante de la destilación de la seda en un aparato convenientemente dispuesto. Goddard fue su inventor, cuyo procedimiento vendió á muy alto precio al Rey Carlos II de Inglaterra. La seda cruda, teñida de color carmesí, se empleó en algunas dolencias propias del sexo femenino.

Esta es, muy á grandes rasgos, la historia de la seda. Su porvenir está llamado también indudablemente á grandes consideraciones. Ya la química ha ideado procedimientos de transformación de la celulosa en seda, mediante largos procedimientos que aunque todavía no han salido de los límites

de ensayos de laboratorio, es probable que en no lejano día tengan carácter práctico.

De todos modos, la tan conocida y vulgarizada décima que sintetiza con la sublime inspiración poética de su autor el origen y uso de la seda, puede servirnos su recuerdo para terminar estas breves consideraciones. Porque al decir

Esa seda que rebaja
Tus procederes cristianos,
Es obra de unos gusanos
Que labraron su mortaja.
También en la región baja
La tuya han de devorar.
¿De qué, pues, te has de jactar,
Ni en qué tus glorias consisten,
Si unos gusanos te visten
Y otros te han de desnudar?

se expresa lo deleznable y mezquino de los objetos más preciados que se desvanecen y destruyen como se difuminan y borran las imágenes de un sueño.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG,
Académico de la Real de Medicina y Correspondiente de la de la Historia.

# CONQUISTADORES ANTIGUOS Y MODERNOS [1]

Hemos visto ya que es errónea la creencia que abriga el autor del *Carácter de la conquista española en América*, de que no se había, antes que él lo hiciera, aprovechado la luz que derraman en sus obras los escritores primitivos, para decir la verdad y sólo la verdad en esa materia, y queda demostrado también que el procedimiento *novísimo*—en el sentir del Sr. García — de escribir la historia presentando los sucesos nada más que en su aspecto repugnante, no se aviene á las necesidades de la época actual, ni se informa en los principios filosóficos de esta misma época.

Veamos ahora cómo contrastan las tendencias que sin esfuerzo descubre el menos perspicaz en la obra del Sr. García, con las marcadísimas tendencias de los que, dejando á un lado ajenos odios, procuran estrechar los vínculos formados por las corrientes de las nuevas ideas, respecto á las relaciones de pueblo á pueblo, por grandes que hubiesen sido los males que, aun en no lejanos días, se hubiesen derivado de injustas agresiones y de irritantes despojos.

Viven todavía no pocos de los mejicanos que en 1847 y 48 pelearon denodadamente en defensa de la patria, inicuamente invadida por los ejércitos norteamericanos; la genera-

(1) Véase el número de La España Moderna correspondiente al mes de Abril.

ción presente conoce en toda su amarga verdad la historia del arbitrario despojo de una porción grandísima de nuestro territorio, tan grande, que casi representa una extensión mayor que la que hoy poseemos; pues bien, en la tribuna y en la prensa periódica evítase hoy con tenaz empeño revivir los justísimos enojos provocados por aquella invasión y por aquel despojo. Y no es esto solo, sino que hay quienes finjan conmoverse ante el espectáculo de un Embajador americano que, con la cabeza descubierta en señal de respeto, coloca anualmente una corona de flores de nuestro valle sobre el monumento que la gratitud y la admiración nacionales alzaron en Chapultepec para perpetuar la gloriosa memoria de los niños héroes, alumnos del Colegio Militar, que dieron su sangre unos y su vida otros en magnífico holocausto á la más santa y noble de las causas...

Alientan, por dicha, centenares de valientes defensores de la Independencia y de la autonomía de Méjico, en la lucha contra la invasión francesa, y para derrocar el trono por ella erigido á un Príncipe infortunado que pagó con la vida, en el Cerro de las Campanas, sus sueños de ambición y de grandeza; de un extremo á otro de la República hay millares de testigos presenciales, de víctimas de los atentados de los Dupin y de otros émulos de Cortés y de Pedro de Alvarado, y sin embargo, proclámase en todos los tonos que no fué la Francia, sino Napoleón III, el que intentó destruir la República que salvó Juárez; que no fueron los franceses, sino los seides del humillado en Sedán, los que sembraron luto y desolación por donde quiera, y hasta las clases menos cultas ven con respeto el monumento erigido en Puebla para guardar las cenizas de franceses y mejicanos muertos en tan opuestos campos.

Y cuando Texas, fuente y origen de nuestros desastres al mediar el siglo XIX, convoca á una Exposición, á Texas van los industriales mejicanos; no se desaira su invitación, sino que se contribuye á que el certamen no fracase; nadie dice que al pisar tierra, que en no lejanos días fue tierra mejicana,

se sentirá algo así como un cauterio doloroso aplicado á las plantas; como un golpe eléctrico recibido en el cerebro. y á cuyo choque resurge un pasado de indignidades y miserias. Y así también, obedeciendo á sugestiones del cosmopolitismo imperante y seducidos por el brillo de cruces y medallas que entre nosotros no se acuerdan, cruces y medallas concedidas en París, constelan en los trajes de gran número de mejicanos.

Recordar esta conducta no es reprobarla. Bien sabemos, cuantos profesamos los principios de la ciencia social, que el pueblo que mantiene vivos sus resentimientos, se aisla y renuncia, por su mal, á los beneficios que de las relaciones internacionales se obtienen; bien sabemos que el individuo que en vez de dejar cicatrizar una herida, la hace sangrar y la renueva con furor insano, jamás se verá libre de ella. Pero por eso mismo no se encuentra satisfactoria explicación que dar al encarnizamiento con que el Sr. García estudia la Conquista consumada hace muy cerca de cuatro siglos, en tanto que los pensadores borran con el agua lustral del olvido y del perdón, injurias recibidas ayer puede decirse, asaltos á nuestros bienes patrimoniales y á nuestra soberanía y á nuestra independencia.

Pues que, porque intereses y conveniencias de orden económico son la causa principal y determinante así de las disensiones como de la fraternidad de la sociedades, y porque Norte América y Francia ocupan hoy tan prominente lugar, la una por su maravillosa riqueza y la otra por su primacía en punto á cultura intelectual, y porque España ha perdido el rango que en otros siglos ocupara, ¿sobre esta última hemos de acumular acusaciones, odios y rencores? Porque no es ya rica ni fuerte; porque sangran aún sus recién abiertas heridas; porque no tememos que nos invada, ni esperamos que contribuya á nuestro progreso, ¿debemos inculcar á las nuevas generaciones desprecio y odio á la nación de que partieron los aventureros conquistadores de América?

Al llegar aquí me detengo, siquiera sea por breves instantes, á hacer notar al Sr. González Obregón, que para pedir al

Sr. García que no alimente malas pasiones, no hago la menor alusión á esos tópicos que por manoseados detesta: de raza, lengua y religión.

Pasemos adelante.

El carácter de la Conquista española en América, no ofrece al historiador ni al filósofo ningún signo especial que lo diversifique del carácter de cuantas conquistas se han efectuado desde la más remota antigüedad hasta nuestros días. Para demostrarlo, no hay necesidad de hacer vanidoso alarde de erudición histórica, poniendo á saco la inmensa colección de autores antiguos y modernos; en el más vulgar de los compendios que sirven de texto en las escuelas para dar un barniz de conocimientos históricos, me sería fácil tomar armas como en bien provisto arsenal, para destruir el pseudo-fantasma con que quiere aterrorizarnos el Sr. García.

Lisa y llanamente diré, por lo mismo, que la Conquista española no fue sino una de las infinitas reproducciones que los pueblos hacen de las obras de sus antecesores, y que en el suelo mejicano habían, antes de la invasión de los hombres blancos y barbudos, paseádose, conquistadores con su infernal acompañamiento de fanatismos, de crueldades y de despojos. Precisamente los odios y venganzas que engendraron las conquistas del imperio de Anáhuac para extender sus dominios, fueron las que determinaron la alianza con Cortés de los reinos y señoríos indígenas; alianza sin la cual, como en otro lugar queda consignado, desde el esforzado capitán hasta el último de sus soldados, únicamenie habrían logrado abonar con sus cadáveres la tierra mejicana.

«La guerra, y muchas veces su consecuencia inmediata—ha dicho el ilustre Orozco y Berra, á quien no me canso de citar,—es uno de los grandes errores de la humanidad; como hecho aislado, se presenta con su inseparable cortejo de sangre, dolores y crímenes, bien nazca necesaria, ya dimane del empleo injusto de la fuerza del poderoso contra el débil; no cambia su carácter por el móvil que la dirige, el tiempo en que

se ejecuta, ni la nación que la emprende y la que lo resiste. Siempre y en todos casos, según la valiente expresión de Graty, ¡qué importa al conquistador el destruir y asolar los pueblos, con tal de quedarse con los despojos de los muertos!»

Empero hay una teoría de la que no puedo prescindir de tratar, porque, ó mucho me equivoco, ó es en ella en donde radica la tesis del Sr. García, por más que no la proclame franca y desembozadamente.

Si hombres de otra raza que no fuese la española, hubieran conquistado el Anáhuac—dicen muchos de los que lamentan llevar una gota siquiera de sangre ibérica en sus venas,—otro carácter habría revestido la Conquista, y otros también habrían sido los frutos de ella.

Pues bien, hoy que está de moda preconizar las excelencias y la superioridad de la raza anglosajona, conviene recordar cómo y de qué manera ha llevado sus pendones esta raza cuando, ya no en muy remotos tiempos, sino á nuestra vista, puede decirse, ha sido conquistadora. Así, al que le plazca hacer paralelos, se le facilitará el poner frente al demonio español el ángel anglosajón.

Gran suerte es para mí el poder fundar la refutación de la teoría á que acabo de hacer referencia, en las sabias reflexiones de un publicista al cual se deben varias obras históricas; sazonados frutos de una inteligencia superior y de profundos estudios, publicista de quien se diría con justicia lo que de Tácito, uno de los polígrafos más renombrados de los tiempos modernos: que «enemigo de toda pompa, nos da más ideas que palabras; mérito el más grande y raro de un escritor».

Refiérome al historiador y diplomático argentino Dr. D. Vicente G. Quesada, conocido y estimado en Méjico por haber representado aquí á la nación que se ufana en contarle entre sus más preclaros ciudadanos.

En un opúsculo impreso en 1893 con el título de *La sociedad hispanoamericana bajo la dominación española*, opúsculo formado con la Introducción de una obra inédita del mismo se-

ñor Quesada sobre la sociedad americana, dice lo siguiente el publicista argentino:

«El objeto de mis estudios es investigar y referir los antecedentes de las instituciones y los de las razas indígenas del grupo de las naciones hispanoamericanas, para deducir por ese estudio las condiciones que autorizan, á mi juicio, á tener completa y profunda fe en sus destinos, desenvolviendo con prudencia las cualidades heredadas y mejorándolas por el medio ambiente en que se encuentran.

»En consecuencia, haré lógicas comparaciones entre los Estados Unidos del Norte y las naciones situadas al Sur. He vivido muchos años en aquel país; he desempeñado allí una prolongada misión diplomática; he tenido oportunidad de estudiar atentamente y de cerca sus instituciones políticas y su sociedad; he admirado su poder y su riqueza; pero esa admiración no me lleva hasta el servilismo de pensar que el éxito, debido á circunstancias naturales é inevitables, sea originado por superioridad de raza ni por antecedentes de las instituciones de la época de la colonia. He de comparar esos antecedentes, he de estudiarlos sin preocupación, y he de decir la verdad sin cobardías ni temores. Tal cual yo comprendo los sucesos he de exponerlos, fundándolos con arreglo á mi criterio y prescindiendo en absoluto de si en ello contrarío ambiciones é intereses próximos ó remotos.

»Es indiscutible que la conquista española no exterminó las poblaciones indias que sufrieron, es verdad, la suerte de los pueblos vencidos; por el contrario, la legislación colonial les fue benévola y tendió á civilizarlos y conservarlos.

»En efecto, la mayoría de la población de Méjico, Centro América, el Ecuador, Venezuela, Colombia, Perú, Paraguay y Bolivia, es de indios más ó menos cultos, aun cuando hay todavía algunos indómitos que resisten al predominio de los blancos y que viven como salvajes y nómadas.

»Por el contrario, *la conquista inglesa los destruyó*. Las tribus que aún sobreviven, moran en terrenos que les han sido

reservados; sin embargo, están fatalmente condenados á extinguirse, á medida que los blancos avanzan, obligando á los Pieles Rojas á venderles los territorios que ocupan. Ultimamente, en 1891, el Gobierno compró en la parte Este del territorio de Oklahoma á los indios Sax, Sioux, Kiowa y Pottawatomie, una extensión de... 226.343 acres, y miles de colonos blancos, en el día y hora que señaló el Presidente de los Estados Unidos, invadieron como desbordado torrente aquel territorio.

«No transcurrirá mucho tiempo—decía el diario *Las Novedades*—sin que pase á manos de los blancos la tierra escasa que se han reservado los indígenas. Se les echa de las comarcas, se van muriendo, estrechados por la invasión de la raza conquistadora.»

«Todas las turbulencias de los indios pueden ser explicadas—decía una carta del Padre Craff hablando de los Sioux—considerándolas en todos sus aspectos por sus únicas y verdaderas causas, á saber: *el hambre, la abyecta miseria* y *la desesperación*. El origen de todo ha sido, durante muchos años, *la ultrajante conducta del Departamento de Indios*, evidenciándose en los últimos *despropósitos* y *crueldades* del actual comisionado Morgan.»

«Cuando adquirieron los norteamericanos por las armas ó por tratados *más de la mitad del territorio de Méjico*, en California y Tejas, la población se componía de indios é hispanoamericanos; hoy de los indios sólo queda la etnografía gráfica; *ó han huído despojados de las tierras que poseían, ó los han matado.*

»Aquella gran tribulación ha sido descrita con ternura y colorido por la escritora norteamericana Mrs. Helen Hunt Jackson; esa conquista arrojó sin piedad de aquel suelo la raza que lo habitaba.

»Los fundadores de la efímera República de Tejas la sometieron al protectorado extranjero, traicionando á su patria, y recibieron como castigo merecido ser arrojados del suelo donde habían nacido.

»La lengua española ha sido sustituída por la inglesa.

»El senador Worhees dijo en la sesión del Senado, en Diciembre de 1890, estas palabras: «*El proceder de este Gobierno para con los aborígenes, es un crimen repugnante á Dios y á los hombres. Dos años hace que vienen padeciendo hambre, según las palabras del General Milles. La necesidad los devora, y famélicos y desesperados, antes quieren* morir con las armas en la mano que *de desesperación y de miseria.*»

»*The Tribune* publicó una correspondencia, en la cual dice: «*Las tribus indias que presenciaron* la colonización de Jamestown, *Manattha, Pylmouth, Rock,* han desaparecido de la superficie de la tierra. Los indios que encontró Cortés en Yucatán y en Méjico siguen allí, y su trabajo, con ser tosco é incierto, contribuye á la riqueza del país, que llena las necesidades del comercio.»

Hasta aquí el Dr. Quesada; y aunque la elocuencia de los párrafos copiados hace inútil todo comentario, juzgo pertinente hacer notar que acrece la responsabilidad moral de los anglosajones la circunstancia de que sus despojos y sus crueldades han sido perpetrados y siguen perpetrándose cuatrocientos años después de los que cometieron los conquistadores españoles. Cabe entonces preguntar: ¿la raza española, por serlo, es culpable y merece ser castigada sin misericordia; y la anglosajona es inocente, pura, sin mancha; nada más que por ser distinta de aquélla? El incesante progreso de la humanidad, ¿no resulta un mito, una de tantas *mentiras convencionales de la civilización* hoy tan decantada? Por último, en presencia de las conquistas modernas, ¿se puede establecer una diferenciación entre éstas y las antiguas?

Ensayemos una respuesta, apuntando algunos, nada más que algunos hechos de los conquistadores modernos, tan ennoblecidos y preconizados por los que execran á los antiguos españoles, y todo lo esperan de los modernos anglosajones.

Las felonías de que en más de una ocasión se sirvió Cortés

han sido empleadas, reproducidas con creces por los anglosajones, así en el Nuevo como en el Viejo Mundo.

Mediaba el siglo XVIII, cuando en el país conocido hoy con el nombre de la Nueva Escocia, del que fueron primitivos colonos los franceses, y en donde los ingleses comezaron á fundar establecimientos después; mediaba, digo, el siglo XVIII, cuando comenzaron á surgir celos entre los colonos ingleses y franceses, y tras los celos agrias controversias sobre cuestión de límites. Los indígenas, es decir, los acadianos, simpatizaban con los primeros, á quienes estaban unidos por estrechos vínculos; pero en la controversia reclamaban nada más que el derecho de permanecer neutrales, y pedían que los ingleses se lo reconocieran. No se les otorgó á los acadianos, á los dueños de la tierra, lo poco que pedían; y como los intereses ingleses aumentaban sin cesar y se enardecían por eso mismo las rivalidades entre los colonos de Francia y los de Inglaterra, y como éstos temían que los acadianos, aun llamándose neutrales dieran su apoyo á aquéllos, para cortar de raíz el mal, tomaron una resolución inicua: trasladar á los acadianos á otras partes de la América del Norte, distribuyéndolos de tal manera, que *no pudiese haber ningún concierto entre las familias así esparcidas.* Se hicieron con tal fin todos los aprestos militares que preceden al abuso de la fuerza bruta, y se sugirió á los ejecutores la *estratagema,* digamos mejor la felonía, cuya relación nos ha sido hecha por numerosos autores norteamericanos.

Hela aquí, siguiendo el texto de uno de ellos:

«El día 2 de Septiembre de 1755, Winslow expidió una orden escrita, dirigida á los habitantes de Grand-Pré, Minas, River Canard, etc., «tanto á los jóvenes como á los viejos y á los muchachos», intimando á todos los varones para que lo esperasen en la iglesia, en Grand-Pré, el día 5 siguiente, para *oir una comunicación que el Gobernador había enviado.* Como se habían entablado negociaciones respecto del juramento de fidelidad y se había discutido mucho acerca de la retirada de

los acadianos del país, *aunque nada se había hablado de su traslación y dispersión,* entendióse que se trataba de una reunión importante, y el día señalado, 418 hombres y niños se reunieron en la iglesia. Winslow, acompañado de sus oficiales y hombres, hizo que se colocase una guardia en torno de la iglesia, y entonces anunció al pueblo que Su Majestad había resuelto que fuesen los acadianos trasladados con sus familias fuera del país.

»La iglesia se convirtió en cárcel, y todos los *prisioneros* fueron puestos bajo una estricta vigilancia. Al mismo tiempo, iguales hechos se realizaron en Pisiquid bajo las órdenes del capitán Murray, y con menos éxito en Chigneto. Entretanto, hubo murmullos de levantamiento entre los prisioneros, y como los transportes que se habían pedido á Boston no habían llegado todavía, se determinó hacer uso de los buques que habían conducido á las tropas, y trasladar á ellos á los hombres bajo buena custodia. Esto se hizo el 10 de Septiembre, y los hombres permanecieron en los buques en el puerto hasta la llegada de los transportes; y haciéndose uso de éstos, CERCA DE 3.000 PERSONAS fueron desterradas del país y enviadas á la Colonia del Norte, Virginia, Maryland, Pensilvania, Nueva York, Conneticut y Massachusetts. En la *confusión y precipitación de la partida,* precipitación que se aumentaba por el ansia de los oficiales de libertarse de esta desagradable tarea y confusión, que era mayor por la diversidad de idiomas, *muchas familias se separaron y algunas nunca volvieron á reunirse.*»

Hasta aquí el benigno historiador anglosajón. El lector—sea cual fuere su raza—dirá, si es honrado y si atesora nobles sentimientos, si puede creerse que no fue meditada ni intencional esa separación de familias de las que *algunas, no todas,* nunca llegaron á reunirse. Por lo que á mí respecta, hago mío el siguiente magnífico y honrado juicio del insigne Altamirano, que lo consignó en el prólogo de la hermosa versión castellana *Evangelina*, de Longfellow, versión que nuestra lite-

ratura debe al Sr. Lic. D. Joaquín D. Casasús desde hace diez y seis años, como le debe desde hace dos la de las *Odas de Horacio*, que ha aumentado su justo renombre. «De tan dolorosa historia, dice, pues, Altamirano, y de los recuerdos de ese atentado espantoso que aún hoy causa indignación, como la causan todas las infamias que comete la fuerza bruta, el gran poeta americano sacó los elementos para escribir su poema inmortal con el que ha conmovido al mundo.»

Mas no sólo hago mías las generosas palabras del egregio hijo de Tixtla, sino que llamo la atención del Sr. García sobre que las matanzas de Cholula y del Templo Mayor, sangrientas como fueron, parecen hasta cierto punto atenuadas, porque la felonía y el crimen fueron perpetrados en pleno estado de guerra, mientras que á los apacibles acadianos se les disgregó en días de paz, y, lo que es peor, la muerte sembrada por los conquistadores del siglo XVI es, á mi parecer, menos dolorosa que esa inhumana disgregación de familias. Porque con la muerte acaba todo tormento, y con la separación de los seres que se aman se condena á éstos al mayor y más duradero de los suplicios. La muerte no arredra sino en cuanto que significa la eterna separación de los que formaban parte de nuestro sér; no es el apego á la tierra de su cuna y á los objetos que en ella poseía el que hace amar la existencia y tortura al moribundo en la postrera hora, y por lo mismo no habrá habido uno entre cada millar de los acadianos diseminados aquí y allí por los ingleses, que no hubiese preferido ser asesinado y no condenado á llorar sin consuelo ni esperanza la inicua separación de los suyos. Llamen esto los precursores del moderno conquistador, sentimentalismos trasnochados y vanas retóricas de estultos platónicos; no importa: la conciencia humana colocará á cada uno en el lugar que le corresponde.

Los presidiarios condenados al último suplicio, los hombres de la peor ralea, aventureros, avaros y codiciosos que en el siglo XVI emigraron de España, según el Sr. García,

para venir á robar las fabulosas riquezas de los indios, nos parecen también menos codiciosos y menos avaros que los nobilísimos lores que á Irlanda y á la India han ido á saciar siglos después apetitos desordenados de la misma índole.

Conoce el Sr. García la historia de esos pueblos sacrificados á la voracidad inglesa, y no he menester recordarla con todos sus negros pormenores. Basta á mi propósito reproducir algunos pasajes que tomo del estudio de Lord Macauley sobre la vida de Lord Clive. La autoridad no parecerá sospechosa á nadie.

«La riqueza de Clive—dice Macauley—le permitía rivalizar con los grandes personajes de Inglaterra. Se sabe que antes de salir de la India remesó á su patria *más de ciento ochenta mil libras esterlinas* por conducto de la Compañía Holandesa, y *más de cuarenta mil* por la Inglesa, á parte de otras considerables sumas enviadas por casas particulares. Además, poseía joyas de gran precio, medio muy generalizado entonces de traer valores á Europa—á cuyo fin compró solamente en Madrás por valor de *veinticinco mil* libras esterlinas,—y en la India era dueño de propiedades cuyas rentas estimaba él mismo en *veintisiete mil libras:* de modo que sus ingresos anuales, según la opinión de Sir John Malcolm, pasaban de *cuarenta mil libras;* rentas en aquella época tan pingües y raras como lo son en la nuestra las de cien mil libras. Así que podemos afirmar, sin temor de incurrir en exageración, que ningún inglés que comenzara la vida sin bienes de fortuna, ha llegado como Clive á encontrarse á los treinta y tres años poseedor de tan inmensas riquezas.»

Como se acaba de ver, en brevísimo espacio de tiempo hizo colosal fortuna un empleado de la Compañía inglesa explotadora de la India, un empleado, que eso era no más Clive, no un conquistador que había expuesto su vida como Cortés, peleando día y noche con heroico brío. Pero es preciso ser justos y no apuntar nada más en la cuenta de aquél el feo vicio de obtener por cualquier medio, aunque no fuera honesto, la am-

biciorada riqueza. Si Clive todo lo atropelló por lograr ese fin, en cambio hizo el mejor uso de su hacienda, envió diez mil libras á sus hermanos, distribuyó otras diez mil entre parientes, pobres y amigos; por conducto de un agente dedicó ochocientas libras anuales á sus padres, exigiéndoles que tuvieran carruaje, y, por último, instituyó una pensión de quinientas libras en favor de su antiguo jefe Laurence, cuya fortuna era menos que mediana. ¿Cómo desconocer entonces que era caritativo con la caridad bien entendida, es decir, con la que comienza en casa? Fundar hospitales ú otros establecimientos benéficos en el mismo suelo en que recogió sus tesoros, le habría puesto al nivel de los seres inferiores que juzgan lavar ciertas manchas con buenas obras en provecho de míseros indígenas...

Abandonemos el siglo XVIII y presentemos casos ocurridos al mediar el XIX y en días más próximos, en los albores mismos del XX.

No hay que insistir en lo pasado en California y Tejas. Lo que más arriba estampamos, valiéndonos del testimonio del Dr. Quesada, es demasiado elocuente para que se necesite ampliarlo, y lo que pasa aún á los indígenas de las reservaciones americanas nadie lo ignora. Pero de lo que no puedo prescindir es de referirme á la guerra anglo-boer que hoy tiene en suspenso á todo el mundo civilizado; porque esa guerra, que demanda para ser narrada un nuevo léxico, toda vez que los que ahora poseen las naciones cultas no encierran vocablos que basten al historiador para condenar al moderno y potentísimo conquistador anglosajón, ni mucho menos para decir cuanto decir cabe en loor y gloria de la débil pero sobrehumanamente heroica y patriota nación por él invadida, para adueñarse de sus minas de oro y de diamantes; porque esa guerra, digo, por los caracteres que reviste y porque se desarrolla en nuestros días, es el testimonio irrecusable y único que necesito presentar en apoyo y comprobación de lo que antes he sentado como principio: que todas las conquistas son igual-

mente condenables; las antiguas, como las modernas; las determinadas por fanatismos religiosos, como las que lleva á cabo la sórdida ambición, por más que á las últimas se les encubra por hipocresía con el nombre de imperialismo y se pretenda justificarlas con argucias y sofismas sobre la necesidad de expansión de ciertas potencias, sobre los intereses comerciales, sobre la superioridad de una raza, sobre las demás, y por último, sobre el destino manifiesto del débil que está condenado por la naturaleza, llámese planta, animal, hombre, nación, á ser pasto del fuerte.

Pues bien, las conquistas españolas del siglo XVI no revistieron ni con mucho, aun teniendo por historiador al Sr. D. Jenaro García, el carácter odioso, inicuo de las hazañas del imperialismo anglosajón en Sud Africa.

El mundo entero las conoce y las condena; solamente los Gobiernos que son reos de igual crimen por sus conquistas en otras regiones del globo, se cruzan de brazos y se hacen sordos al universal clamor; ninguno de ellos se atreve á poner el hasta aquí á aquellos atentados sin nombre; no quieren unirse para obtener ese resultado, ya que ninguno puede por sí solo encararse á Albión sin riesgo de verse envuelto en costosa y sangrienta guerra; recélanse unos de otros y... la más repugnante de las violaciones del derecho ajeno parece que llegará á verse consumada. ¡Y cómo!

No hablemos de las batallas libradas desde que comenzó la guerra; batallas en que los boers, si hemos de atenernos á los partes de los Generales ingleses, sucumben por centenares, en tanto que no mueren ni por decenas los anglosajones. Eso nos llevaría muy lejos, y, por lo tanto, fijémonos nada más que en el horrendo castigo que los invasores extranjeros infligen á los que defienden su hogar y sus granjas, su honra y la independencia de su patria. Fijémonos nada más que en los horrores de la concentración de los campesinos en los campamentos británicos.

Según los datos oficiales expuestos en la Cámara de los Co-

munes, el número de hombres, mujeres y niños recluídos en estos campos, alcanza las cifras siguientes:

En el Transvaal, 37.739; en el Orange, 24.800; en el Natal, 2.524, y en la Colonia del Cabo, 2.490. Esto hace un total de 67.553 concentrados, de los cuales 34.000 son niños.

Estas gentes vivían en los campos ó en pequeñas poblaciones y sus viviendas han sido arrasadas, sus ganados y efectos de todo género secuestrados. Reducidos así los habitantes á la más absoluta miseria, han sido recogidos poco á poco por las columnas inglesas, llevados como rebaños y recluídos en los campamentos habilitados para este fin.

Las siguientes cifras, publicadas por *The Times*, del 20 de Junio último, dan idea de las condiciones de habitabilidad que reunen dichos campamentos:

«La mortalidad por cada 1.000 personas y por año en los campos de concentrados en el Orange, es la siguiente:

Campamento de Bloenfontein, 383; Springfontein, 178; Kimberley, 167; Vredefort Road, 162; Kroonstad, 159; Winburg, 103; Brandfort, 75; Norval's Port, 70; Bethulia, 50; Aliwal North, 35, y Helibron, 26.»

Resulta, pues, que la mortalidad media de todos los concentrados en Orange, es de 128 por 1.000, habiendo campamentos, como el de Bloenfontein, donde llega á la aterradora proporción de 383 por 1.000.

Y esto es en el Orange, donde los campamentos están mejor organizados. En los campamentos de concentrados del Transvaal la mortalidad en Mayo último ha sido de 39 en los hombres, 47 en las mujeres y 250 en los niños.

Para apreciar lo que significan estas cifras, baste decir que en los distritos rurales de Europa la mortalidad media, en épocas normales, es de 16 á 20 por 1.000.

Un periódico, el *Reynolds,* publica bajo el título de «Guerra á las mujeres y á los niños», una fotografía terrible, tomada por una dama inglesa en el campamento de Bloenfontein,

y transcribiendo además el siguiente párrafo de una carta de la misma dama inglesa:

«Esta es la niña Lizzie Zyl, de edad de ocho años. Sus piernas han quedado completamente deformadas. Es uno de nuestros pequeños esqueletos. Muchos de los niños están en el mismo estado de demacración. Creo que les dan alimento que no les conviene y que sufren horriblemente por efecto del calor. Las tiendas donde se albergan los niños ofrecen un espectáculo horripilante.»

Los periódicos extranjeros dan á conocer algunos terribles efectos de la concentración.

Doce mujeres y niños que murieron de hambre y miseria el mismo día, fueron enterrados en el Hipódromo de Johannerburg. De 325 personas, mujeres, niños y ancianos, reconcentrados en ese punto, fallecieron 80 en tres semanas, es decir, el 43 por 100.

En el mes de Mayo, según parte de lord Kitchener, fueron destruídas 7.000 toneladas de granos y forrajes, y capturados 1.400 bueyes, 7.100 carneros y 1.450 caballos, á fin de privar de alimentos á los campesinos.

Los destacamentos ingleses que conducen convoyes, á fin de que no los ataquen los *boers,* después de quemar muchas granjas obligan á las mujeres y á los niños á marchar con aquéllos, rodeando el convoy.

Podemos consignar noticias más recientes aún.

El Rev. Herman D. Van Brockhuisen, antiguo pastor de la iglesia holandesa reformada de Pretoria, describió en la noche del 30 de Julio la situación del Transvaal y del Orange en una conferencia que dió en la iglesia cristiana reformada, de la manera siguiente:

«La situación de los campamentos de concentración de boers en Sud-África es espantosa. Hombres, mujeres y niños están muriendo todos los días en tal cantidad, que en pocos años significaría el exterminio de la raza boer. El pueblo está amontonado en barrios insalubres, donde no puede obtener

suficiente alimento ni ropa con que cubrirse, y las enfermedades hacen terribles estragos en él.»

Mr. Herman fué á Estados Unidos con objeto de colectar fondos para aliviar los sufrimientos de sus compatriotas, encerrados en esos campamentos.

Mr. Brockhuisen visitó á Kruger unos cuantos días antes de partir para América, y al preguntarle qué mensaje le llevaba de su parte al pueblo americano, contestó Kruger: «Decidles que están ayudando á los ingleses en su obra de destrucción al facilitarles caballos, mulas y municiones de guerra.»

No se ha colmado con la concentración de que acabamos de hablar, la medida del odio anglosajón al pueblo que no ha querido prestarse dócilmente á satisfacer las exigencias de su rapacidad. Si para agotar la raza boer, después de incendiar granjas y de apoderarse de cuanto constituía el patrimonio de los aldeanos, mata á éstos de hambre y de sed, para ultrajar á los caudillos y mejores adalides de la santa causa, tiene la isla de Santa Elena, la isla en que encadenó á su mortal enemigo, al genio de la guerra, al que como conquistador segó más vidas, destruyó más propiedades, derramó más sangre é hizo verter á la humanidad tantas lágrimas como olas tienen los mares. En Santa Elena, allí en donde Napoleón I debió—si es que existe eso que llaman conciencia—verse rodeado en sus noches insomnes, de los pavorosos espectros de las víctimas por él sacrificadas, allí mismo purgan su delito los jefes y los soldados hechos prisioneros cuando luchaban como todos los de su raza saben hacerlo, por defender la independencia de su patria y á quienes el destino negó la ambicionada gloria de morir por ella en medio del fragor de la pelea.

Del humanitarismo anglosajón da idea el siguiente relato de Mrs. Habhouse, relato más elocuente que las cifras que acabamos de apuntar:

«Hasta el día 20 de Julio último había en la isla de Santa Elena *cuatro mil setecientos prisioneros boers* gozando los beneficios de la generosidad inglesa.

»He visto una mujer semiasfixiada por el calor y presa de los dolores de parto. Afortunadamente, algo me fue dable hacer en su favor, pues en mi equipaje tenía una camisa de dormir y dos trajecillos de niño.

»En la tienda contigua, otro niño de seis meses exhalaba su último suspiro sobre las rodillas de su madre. El médico le había propinado una medicina por la mañana, y la criatura nada volvió á tomar en todo el día. En la misma tienda había dos ó tres niños abatidos y enfermos.

»En otro departamento, un niño convaleciente de la escarlatina y arrojado del Hospital antes de que pudiera tenerse en pie, yacía sobre el suelo, lívido como un cadáver. ¡Otros tres niños en igual estado yacían á su lado!

»En una tienda inmediata agonizaba en una camilla una joven de veintiún años. El padre, un boer de elevada estatura, estaba arrodillado al lado de la enferma, en tanto que en la tienda contigua la madre velaba á un niño de siete años, igualmente moribundo, y á otro de cinco años, cuya vida se extinguía asimismo por momentos.

»El desdichado matrimonio en cuestión había perdido ya tres hijos, fallecidos en el Hospital, y no quería que á los tres supervivientes los llevaran á aquél á pesar de sus súplicas para que extrajeran á los enfermos de aquellas tiendas calcinadas por el sol.

—»Queremos cuidarlos nosotros mismos—repetía constantemente el padre.

»Envié á buscar *brandy* y vertí algunas gotas en los labios de la joven, sin resultado alguno, como ocurre en la mayoría de los casos, en los que lo único que cabe hacer es cruzarse de brazos.

»En esto se me aproximó un hombre, que me dijo:

—»Hermana, tenga usted la bondad de venir á ver á mi hijo, que está enfermo desde hace tres meses.

»Accedí á la súplica y ví al niño, que era un angelito de cuatro años, de cuya fisonomía no quedaban más que los ojos

grandes, negros y rasgados, y los dientes, que la delgadez extrema de los labios no alcanzaba á cubrir: el cuerpecito era un esqueleto.»

Descubrámonos ante la majestad del gran pueblo de Kruger, Dewit y Botha, y pasemos adelante para examinar desde otros puntos de vista la obra del Sr. García.

Dice de ella el Sr. González Obregón, que fue escrita sin prejuicios ni apasionamientos. Yo creo precisamente lo contrario, en vista de que el autor da entera fe y crédito á los historiadores primitivos en cuanto atestan en contra de Cortés y de los suyos, y calla en cambio todo lo que esos mismos historiadores dicen, y no es poco, en verdad, en loor de aquéllos, atribuyéndoles hazañas prodigiosas. ¿Solamente en el primer caso dijeron verdad? No, sino que lo único que el Sr. García anhelaba hacer convergir en haces luminosos sobre el cuadro que se había propuesto ejecutar, eso fue lo único para él aprovechable y lo aprovechó, en efecto; por donde vino á renunciar al título que pretendía de historiador verídico y justiciero, como presumo haberlo demostrado. Su espíritu juvenil le ha impedido hablar de los hombres del pasado como habló Plutarco, á quien nadie ha igualado todavía y es de creer que jamás le igualará, porque, como dijo Quintana, su obra manifiesta ser la de un sabio acostumbrado al espectáculo de las cosas humanas, y por lo mismo aplaude y condena sin exaltación; que cuenta y dice *de buena fe* lo que su memoria le sugiere, y va esparciendo en su camino máximas profundas y consejos excelentes.

Su irreductible exclusivismo ha llevado al Sr. García á ser trasunto fiel de Alamán y Bustamante, los historiadores antípodas, en cuanto al fin que persiguieron en sus obras, pero gemelos en razón á sus procedimientos. Alamán, aunque revela en su historia altísimas dotes literarias, no logró escribir otra cosa más que un libelo infamatorio de los padres de la Independencia; Bustamante, en contraposición de aquél, relató

hasta absurdas consejas en loor de los que nos dieron patria. Por eso, para desentrañar la verdad tuvo D. Julio Zárate que depurar las aseveraciones de Alamán y de Bustamante.

Paréceme el Sr. García, cuando leo el *Carácter de la Conquista Española en América,* un arqueólogo que se hubiera propuesto probar que los antiguos indígenas carecieron del sentimiento estético, y para probarlo copiara en el Museo Nacional nada más que las informes esculturas de sus abominables ídolos; pues si tal arqueólogo ó crítico se hubiese detenido á estudiar el grandioso monumento de Cuauhtemoc, erigido en el Paseo de la Reforma, habría reconocido la falsedad de su tesis, al ver cómo un arquitecto moderno, el malogrado Jiménez, había inmortalizado su nombre con sólo aprovechar, en artística y bien presentada combinación, los delicados lineamientos de las varias arquitecturas indígenas. El Sr. Jiménez tomó de las paredes que aún existen en Tula, las bellas y extrañas columnas de los toltecas, y para su cornisamiento y ornamentación buscó modelos en los palacios mayas de Uxmal y del Palenque.

Necesitó formar y decorar un pedestal y se valió de los ornatos de una columna tolteca que por su forma pura y esbelta pudiera confundirse con las delicadas grecas del arte clásico; los colgantes del capitel del pedestal en que descansa la hermosa joya de la moderna escultura mejicana—el Cuauhtemoc de Noreña—acusan en su forma nudos de víboras; embellece la faja superior del zócalo, ornamentación sacada de las ruinas de Mitla.

No es ocioso este recuerdo. El, mejor que cualquiera otro argumento, prueba que la obra de arte digna de este nombre no realiza sus fines si no condensa y resume en armonioso conjunto lo bello y lo grande, sea cual fuere su procedencia ú origen.

Obra de arte es la historia, y el que la escribe olvidándolo, llegará á merecer la aprobación de sus correligionarios y contribuirá á la propaganda de una idea determinada, mas no pasará á la posteridad.

Dados el preconcebido propósito del Sr. García y los elementos de que se sirvió para realizarlo, natural era que el carácter de la conquista española en América resultase, como resultó, falseado en la obra que estudio: pues así como el viajero que desea abarcar en sólo una mirada la grandeza y magnificencia de la antigua *Señora del mundo*, abandona las tortuosas calles de la vieja Roma y asciende al Testaccio ó al Pincio para ver á sus pies á la ciudad de los Césares con sus ruinas majestuosas y sus soberbios palacios, así el que pretende evocar épocas pretéritas y caracterizarlas, debe también elevarse á superiores regiones; que una vez colocado allá podrá contemplar grandezas y miserias, admirarse de aquéllas, dolerse de las otras, y todo esto sin temor de mancharse con las impurezas del bajo suelo: el odio y la injusticia de él inseparables.

No, no es el carácter de la conquista española tal cual nos lo presenta el Sr. García. Estudiándolo con serenidad de ánimo, con austera rectitud, lo vemos revestir distinto aspecto. La conquista tiene más alta significación que la que le atribuye su encarnizado detractor. Pocas páginas necesitamos llenar para demostrarlo después de las que hasta aquí hemos presentado á la consideración del autor que refutamos y á la de los lectores imparciales. Veámoslo si no.

Suele el caudaloso Nilo precipitar el torrente de sus aguas sobre regiones pobladas de humanos seres que tienen allí su hogar y sus heredades. La terrible inundación arrastra y ahoga á no pocos de aquéllos, tala y destruye éstos; desolación y ruina van sembrando donde quiera las corrientes enfurecidas; diríase que las campiñas fueron condenadas á desaparecer para siempre; que, perdidos los sembrados, los seres supervivientes acabarían por comer el pan amargo del emigrante, si, fríos, estóicos, no se dejaban morir de inanición. Pero no: el Supremo Sér que por designio arcano abriera las cataratas del prepotente río, vuelve á cerrarlas, hace que se estanquen las turbulentas aguas, que á los rayos de un sol de fuego se

evaporen, y entonces, cuando el desastre ha pasado, se ve la tierra enriquecida por fecundante limo y de ella brotan con lujuriosa feracidad los cereales que alimentan al hombre y las gramíneas con que se nutren los animales que pone á su servicio.

Nilo desbordado por la Providencia, no por la mano del hombre, fue la Conquista. La inundación fue terrible; ya lo hemos visto en las páginas anteriores, y no hay que insistir en ello; mas una vez que hubo pasado y merced á aquel siniestro, alzóse en la tierra mejicana que había sido fecundada por una civilización superior á la indígena, el árbol gigantesco de una nueva nacionalidad, y los frutos de ese árbol no son los que en su apasionamiento señala el Sr. García; de sobra los conoce, pues su instrucción histórica y filosófica no es superficial, y son vastos sus conocimientos en ciencias positivas, particularmente en sociología; pero como de ajustar á los métodos de historiadores filósofos y de sociólogos la exposición y las conclusiones de la tesis que se propuso sustentar, se desprendería por modo natural y sencillo el error no inconsciente sino intencionado que la informa, renunció elevarse á superiores esferas y prefirió aparecer como simple compilador de cuanto en mengua y descrédito de los conquistadores de América se ha escrito, para fundar en todos esos datos enseñanzas odiosas (permítame que así las califique).

Porque no hay que dudarlo: nadie emprende con la fruición y la constancia del Sr. García una tarea que roba el tiempo al ejercicio de una profesión lucrativa, por el solo deseo de hacer desfilar ante nuestros ojos asombrados la siniestra procesión de los españoles del siglo XVI, á quienes el Sr. González Obregón llama *de la peor ralea, presidiarios condenados al último suplicio y clérigos avaros, codiciosos, relajados en sus doctrinas, corrompidos en sus costumbres,* haciendo, en lo que se refiere á estos últimos, una terrible confusión, y llegando por ella hasta á calumniar á los primeros apóstoles del cristianismo en América, para cuya alabanza resulta pobre el len-

guaje humano. Los religiosos y clérigos malos aparecieron cuando ya la conquista estaba consumada, y es imperdonable el mezclar con la historia de esa conquista la de la dominación colonial.

Abandonemos estas generalidades y entremos de lleno en la refutación de la última parte de la obra del Sr. García, parte destinada á exponer los resultados de la conquista española.

Sorprende y maravilla que, después de levantar en 368 páginas andamiaje fortísimo para la construcción de gigantesco monumento destinado á perpetuar el odio á la raza conquistadora, el monumento hubiese resultado mezquino y deleznable.

No llegan á treinta las páginas consagradas á la exposición de los resultados de la conquista, y en ellas su autor no señala en puridad sino dos: la despoblación general (*sic*) de América, y la degeneración de la raza indígena; lo cual revela que, ó el Sr. García se encontró ya fatigado por la peregrinación larguísima que emprendiera, ó que sus amados escritores primitivos no le suministraron las noticias que había menester para fundar de una manera amplia y sólida sus flamantes conclusiones.

Por donde vino á suceder que la parte última y capital del libro es la más endeble, puesto que ni con la abrumadora elocuencia de las cifras, ni con el peso de las autoridades en materia histórica, ni con las lucubraciones de la ciencia moderna, procuró dejar demostradas la despoblación general de América y la degeneración de los indígenas.

Cuanto á lo primero, ya con la transcripción de ciertos pasajes del folleto del Dr. Quesada, quedó sentado que es indiscutible que la conquista española no exterminó á los indios, como la conquista inglesa los destruyó en otras regiones de este Continente, de que no hace mención el Sr. García. No hay, pues, que insistir en ello.

Respecto á lo segundo, es decir, á la degeneración de la

raza indígena, también el pensador argentino ha dejado establecido que el hecho histórico es «que en la conquista española las razas conquistadas fueran asimiladas en la posible proporción á la raza conquistadora», y que para demostrar las condiciones intelectuales y viriles de algunas personalidades indias modernas, bastaba un solo nombre: *Benito Juárez.*

Cierto que para demostrar sin resquicio de duda esa degeneración habría necesitado el Sr. García poner á su servicio, y esto le hubiera llevado muy lejos, la paleontología; porque sin estudiar la étnica de esas razas antes y después de la conquista, no se puede comprobar científicamente su degeneración.

La guerra emancipadora, por su carácter ya suficientemente estudiado, prueba sin esfuerzo que la asimilación de que tantas veces hemos hablado en estas páginas no es una vana teoría, sino una realidad tangible. No fue una reconquista iniciada y llevada á término por los indígenas, para reivindicar sus hollados derechos y resumir el poder; valga decir, la dirección de sus destinos. Coadyuvaron los indígenas al triunfo de la nueva raza; á la creación de una nueva nacionalidad, ó si place más al Sr. García, á una evolución de la cual se deriva el movimiento ascensional de esta patria que nos es tan cara y de cuyos progresos materiales é intelectuales nos ufanamos en el actual momento histórico.

Nada de eso reconoce, ó por lo menos no quiere confesarlo, el Sr. García. Ofuscado por un sentimentalismo generoso tal vez, pero que no deja lugar á la reflexión, no se resigna á ver una serie de fenómenos naturales en cuanto ha ocurrido desde 1521 hasta 1900 en las naciones que todos llaman hispanoamericanas. De ahí lo erróneo de sus conclusiones.

Las que con sereno espíritu obtienen otros pensadores; las consecuencias positivas de la conquista son otras, y en verdad que su estudio solicita á los que, como el Sr. García, están suficientemente preparados para emprenderlo.

Prescindiendo — porque parece ocioso hacer en este lugar un nuevo inventario de los progresos de toda especie de que

la conquista fue importadora,—prescindiendo de todo lo que sea anterior á 1821, veamos, siquiera sea rápidamente, cuáles han sido las benéficas consecuencias de la fusión de las razas.

No somos ni *indígenas* ni *españoles;* tampoco *criollos,* como se llamara á los descendientes directos de ambas razas progenitoras; ni *mestizos,* que otros dijeran de los hijos de español é india; no, no somos hoy nada de eso. Por normal evolución, lenta pero indefectiblemente producida por el correr de los años y la desaparición de anteriores generaciones, somos *mejicanos;* ó para expresarlo con mayor amplitud: constituímos una nueva raza. Y la mejor prueba de ello es que el Sr. García, sin temor de que se estremezcan en la tumba antepasados suyos, infama á la raza española en libro escrito en español, porque éste fue el idioma que adoptó ó que se asimiló la raza mejicana, sin menosprecio de las lenguas y dialectos indígenas que los misioneros del siglo XVI procuraron aprender para predicar el cristianismo. Tampoco empleó el Sr. García un idioma extranjero—el inglés, por ejemplo,—porque su libro no habría contado con numerosos lectores entre los mejicanos, á quienes trata de imbuir sus ideas. En nahuatl, otomí, tarasco, etc. etc., todavía más contados habrían sido sus lectores, si es que algunos indígenas de los pocos que saben leer adquieren el libro. La nueva raza creyó y sigue creyendo, á mi entender con razón, que la unidad de idioma entra por mucho en solidaridad de los organismos sociales, porque como alguien lo ha dicho ya, el idioma es el elemento por excelencia unificador de las razas, superior por lo cohesivo á las tradiciones fisiológicas imposibles de restablecer con los vestigios desvanecidos de generación en generación, por el cruzamiento constante entre las variedades de la especie humana.

Dicho esto, que parece una digresión inútil, pero que no lo es, por cuanto que no nos aparta del asunto que tratamos, creo que no holgarán aquí algunas rápidas consideraciones acerca de la nueva raza y de su obra.

La raza mejicana al venir al mundo no llegó revelando un salto atrás mortificante, ni adoleciendo de incurable cretinismo. Bien por el contrario, y sin caer yo—como á las veces sucede á los que se ocupan en asuntos nacionales,—sin caer, digo, en ridículo *chauvinismo*, procuraré dejar establecido que por sus cualidades morales, los mejicanos son dignos del respeto de las demás razas civilizadas esparcidas en el mundo, así como que su mejor título para merecer ese respeto es su obra, cumplida en solos noventa años (1810-1900).

Esa obra puede resumirse así: la INDEPENDENCIA, la REFORMA, la RESTAURACIÓN DE LAS INSTITUCIONES REPUBLICANAS y el ESTADO ACTUAL DE LA SOCIABILIDAD MEJICANA, cuatro magnas empresas que no habrían podido realizarse á no poseer la raza que las inició y llevó á término, eximias dotes morales. Escrita como está por diestras plumas y publicada ya la Historia que abraza los períodos en que tales empresas cambiaron el modo de ser de la colonia que llevara el nombre de Nueva-España, y estando como está en vía de publicación la espléndida síntesis intitulada *Méjico, su evolución social en el siglo XIX*, no he menester para hacer justicia á la raza mejicana, convertir en libro extenso la presente disertación. Vuelvo, por lo mismo, al examen de la obra del Sr. García.

No la informa, seguramente, la ya abandonada teoría de la ejemplaridad de la historia, porque el autor sabe muy bien que esa ejemplaridad—como lo enseña un sabio profesor europeo contemporáneo—sólo la recoge en parte una minoría de espíritus elevados y cultos; que la masa no saca del conocimiento histórico más que una idea general que traduce en seguida en sentimientos de diversas especies, entre otros el de reivindicaciones políticas; que la historia no sirve, no, de ejemplaridad y escarmiento ni para los individuos en general, ni para las naciones. Pero como entre los sentimientos que la historia despierta en las masas figuran el odio á determinada raza, y la fe en la superioridad ó inferioridad de otras, podría muy bien suceder—lícito nos parece suponerlo—que

el Sr. García se encuentra afiliado á la secta novísima cuyo credo es la superioridad de la raza anglosajona, y que por eso pone todos sus conatos en revivir añejos rencores contra la raza española, á fin de que sin expresar él sus anhelos sea reconocida la superioridad del jurado enemigo de esa raza: del anglosajón.

Si ese es el pensamiento que germina oculto en las páginas del *Carácter de la Conquista española en América,* leal y francamente debo decir al Sr. García que por frenética que sea su aversión á España, no debió él olvidar que precisamente porque se nos cree á los mejicanos descendientes directos y unidos todavía á España con vínculos poderosos, por eso, á pesar de las relaciones comerciales cada día mayores entre Norte-América y Méjico, sin rebozo se proclama en la nación vecina nuestra inferioridad y nuestro destino manifiesto de ser absorbidos por ellos. Y no es sólo la *Prensa amarilla* la que habla despectivamente de nuestra patria para preparar la expansión de las posesiones norteamericanas. Mr. Edward S. Meade, Doctor en Leyes y Profesor en la Universidad de Pensylvania, pronunció recientemente un discurso en que presentó á Mr. Mac-Kinley como el Napoleón de la política moderna, y dijo entre otras cosas las siguientes:

«Los Estados Unidos, tarde ó temprano, tienen que apoderarse de todos los países latinoamericanos, inclusive Méjico, para establecer por este medio un nuevo campo para el desarrollo de las industrias y del ingenio americanos... Los países latinoamericanos son la salida natural para el comercio americano, siempre creciente. Si los Estados Unidos no se apoderaran de estos países, los financieros de América formarán sindicatos para comprarlos, venderlos y repartirlos por acciones. Comprendo que la absorción de estos países puede violar algunas de nuestras ideas y echar por tierra antiguos precedentes; pero nuestro comercio exige que se dé este paso, y mientras más pronto mejor. El texto del acta de independencia no debe ser obstáculo para dar este paso, pues ese docu-

mento es enteramente una composición literaria compuesta en una época muy distante de la nuestra.

»Estamos obligados á interpretar el futuro en el idioma del pasado. La corriente de los sucesos se mueve con más rapidez que la educación del pueblo y no nos podemos detener á dar explicaciones. Debemos obrar conforme á nuestras necesidades comerciales y hacer entender á los habitantes de estos países latinoamericanos que obramos de buena fe y por su bien.

»Si *fuere* necesario por la fuerza—exclamó el profesor Meade,—por la fuerza será; y no contento aún con haber hecho tan rotundas declaraciones, agregó que «eso de los derechos morales y políticos está muy bien cuando no entorpecen ó retardan el progreso comercial de una gran nación. Si lo que alguien gusta llamar derechos morales y políticos de un pueblo cualquiera perjudica al progreso del mundo, á la marcha de millones, entonces ya sostengo que no hay injusticia en establecer en ellos, por la fuerza, un Gobierno que induzca á los jefes de nuestra industria á establecer sus millones detrás y alrededor de nuestro pabellón, en donde quiera que nuestros soldados hubiesen tenido el valor de plantarlo.»

La famosa doctrina de *América para los americanos del Norte*, es profesada por millones de ciudadanos en la gran República y proclamada en centenares de publicaciones de allí mismo.

No cabe en este lugar la refutación de las cínicas afirmaciones del Doctor en leyes y Profesor en la Universidad de Pensylvania y de la doctrina de Monroe amplificada é interpretada en el Norte para su propio beneficio; ni llamará tampoco la atención que no tome á mi cargo tal empresa, cuando publicaciones mejicanas que poseen cuantiosos recursos, que tienen numerosos lectores, y sobre todo que parecían fundadas para ilustrar al pueblo y para robustecer su patriotismo, por otros senderos caminan.

Con profundo desagrado he transcrito esas jactanciosas fra-

ses para que el Sr. García vea cómo la raza que se cree superior á la nuestra, la desprecia en pago del reconocimiento de su supremacía hecho aquí bien á las claras, con frecuencia entristecedora para los que tienen fe en los destinos de la patria mejicana.

Como de la mano me conduce lo anterior á dar á conocer aquí, no mis personales ideas respecto á la supremacía de la raza anglosajona, sino las del publicista argentino varias veces citado, al que no podrá atribuirse patrioterismo, toda vez que á su patria no se le ha sentenciado por su situación geográfica á ser víctima inmediata de las conquistas de la raza anglosajona.

Larga va á ser la transcripción de los conceptos del doctor Quesada, pero habrán de agradecérmela cuantos se interesan en la reivindicación de la verdad, en honra de nuestra raza.

«Las tierras de las comarcas del Nuevo Mundo, al Sud, al Centro y al Norte, dice, garantizan su futuro engrandecimiento; fáltales, empero, la población necesaria, como les faltó á los trece Estados de origen inglés que formaron los Estados Unidos, cuya población asciende hoy á más de sesenta millones. Tal hecho se explica sin esfuerzo, por la inmigración europea, la cual desenvolvió fuerza y vigor en aquellos territorios en proporción al medioambiente donde se trasplantó.

»La corriente inmigratoria europea obedece á una ley histórica; lleno el Norte de la América, se esparcirá por el Sud y por el Centro, y pobladas aquellas tierras, hoy relativamente desiertas, es evidente que la riqueza, madre del orden, resolverá todos los otros problemas secundarios. Y en la América Central, y en el Sud, y en Méjico, se reproducirá la misma natural evolución realizada en los Estados Unidos, porque todo depende de poblar los desiertos.

»Exponer estas ideas ha bastado para que la rutina y la ignorancia las tachen de falsas, sin tomarse el trabajo de ana-

lizar antes los hechos y las circunstancias. Se pretende, y el vulgo lo acepta como verdad indiscutible, que el asombroso progreso de los Estados Unidos de Norte América y el comparativamente lento y trabajoso desarrollo de las naciones hispanas, tiene por origen y causa eficiente la superioridad de la raza y de las instituciones coloniales que estableció la Gran Bretaña. Para demostrar esta tesis, se ha debido probar la identidad de las circunstancias, á fin de autorizar el juicio sobre el origen de resultados tan diversos, porque de otra manera no hay término de comparación.

»Pienso que un breve análisis de los hechos demostrará el error de esta tesis, generalizada y aceptada sin examen, como lo ha sido la historia convencional americana.

»Los trece Estados que constituyeron la nación que se hizo independiente del dominio de la Gran Bretaña, tenían á la sazón tres millones de habitantes. Posteriormente se fueron anexionando países colonizados por franceses y españoles, como la Florida, Nueva Orleans y los extensos territorios que conquistaron á Méjico, ó que adquirieron por cesión, que hizo aquella nación vencida. En estos extensísimos territorios, que forman actualmente numerosos Estados de la Unión, ricos, poblados y prósperos, no ha influído ni pudo influir las instituciones coloniales inglesas ni la raza sajona. El hecho es de tal evidencia, que no necesita demostración; colonias francesas y españolas, como fueron, han hecho el mismo camino que las inglesas, con las cuales constituyen la gran nación.

»De manera, que en el asombroso progreso de los Estados Unidos del Norte, la influencia de la raza y de las instituciones coloniales, no ha sido el único factor, ni la causa exclusiva y generatriz de crecimiento tan admirable, puesto que, al celebrar el centenario de su emancipación política, tenían más de sesenta millones de habitantes.

»¿Qué circunstancias han influído entonces para producir tan extraordinario resultado?

»Un brevísimo examen facilitará la explicación de lo sucedido.

»Los Estados Unidos, los trece Estados de origen inglés, fueron los primeros que en el Nuevo Mundo asumieron el rango de nación soberana é independiente; y natural y lógicamente, los primeros que atrajeron la atención de las masas europeas predispuestas á emigrar para mejorar de condición. Establecida espontáneamente la corriente inmigratoria, en época en la que aquel país era el único territorio colonizable, puesto que el resto de la América estaba bajo la dominación española y el Brasil bajo la portuguesa, claro es que fue hacia la nueva nación donde afluyó más ó menos poderosa la corriente inmigratoria, estimulada por la baratura del transporte á causa de la relativa proximidad de la Europa y del clima hospitalario para las razas europeas.

»Tan evidente juzgo esto, que el Canadá y la Guayana, colonias inglesas en América, están muy distantes de seguir el rápido y pasmoso progreso de los Estados Unidos.

»Cuando la América española se hizo independiente y se formaron las nuevas naciones, abrieron sus territorios á todos los que quisieron poblarse en ellos; pero encontraron ya establecida la corriente inmigratoria hacia los Estados Unidos, con resultados tan prósperos, que la competencia se hizo difícil, no sólo por esta circunstancia, sino porque el transporte fue más caro á causa de las distancias, y en general el colono no es rico y busca gastar lo menos posible en su viaje.

»Además, es de evidencia que la zona tórrida no es clima propicio para la inmigración, mientras no se desagüen y canalicen territorios que cubren las lluvias torrenciales y no se rocen bosques seculares inhabitables para el hombre por las emanaciones palúdicas de los pantanos y de la putrefacción vegetal. Se necesita que millones de seres humanos se sacrifiquen para hacer posible que otros seres vayan á vivir allí sin peligro de sus vidas.

»Así, pues, todas las naciones americanas situadas en la zona tórrida, no pueden competir con la América del Norte como países colonizables, y les falta, y faltará por ello, el

factor omnipotente del trabajo humano para enriquecerse y prosperar.

»En cuanto á las naciones hispanoamericanas situadas en la zona templada y en la fría, la distancia á que se hallan de la Europa, único continente que tiene el elemento colono, el único productor de este elemento y por ello de limitada producción, porque el desenvolvimiento de la raza humana obedece á ciertas leyes; esas naciones americanas, digo, no han podido atraer con eficacia la inmigración, precisamente porque la carestía del transporte la hace más difícil, y cuando los Gobiernos han querido estimularla por medios artificiales y enormes sacrificios pecuniarios, ha resultado una perturbación rentística y económica, aunque transitoria como en la República Argentina.

»No puede negarse que la posición geográfica ha sido y es una circunstancia favorabilísima para el progreso de los Estados Unidos; progreso cuyo factor principal es la inmigración europea, puesto que, sin población, ó con territorios poco poblados, no se puede alcanzar el rango de gran nación. Ni la raza inglesa ni las instituciones coloniales inglesas han sido los únicos factores favorables para producir aquel fenómeno que asombra, y sin embargo, que es perfectamente natural y lógico. Comenzó aquella nación su vida independiente con tres millones de habitantes, y hoy cuenta con más de sesenta, cifra á que no pudiera alcanzar evidentemente sin la inmigración europea, sin la cual tampoco podría cultivar sus tierras ni producir los extraordinarios resultados agrícolas y ganaderos que alimentan su comercio. No hay riqueza sin población, y los pueblos que tienen el capital tierra y les falta el capital brazos, tienen que vivir, durante un período más ó menos largo, en situación de modestas naciones, pero con seguro porvenir una vez poblados. De manera que la solución del problema económico-social hispanoamericano depende de la inmigración europea; nótese bien que no comprendo como factor del progreso la colonización del Asia ni del Africa.

»No son, ni la raza ni las instituciones coloniales españolas, las que impiden que aquellas naciones hayan crecido al nivel de los Estados Unidos, sino la falta de población, y esta falta sólo tiene remedio por la inmigración, y ésta, por las breves razones que dejo expuestas, no ha podido seguir el mismo movimiento que la llevó á la América del Norte, por causas naturales é inevitables, porque tampoco puede pretenderse despoblar el continente europeo para poblar el americano.

»Hecha esta digresión, para prevenir en parte las preocupaciones fomentadas por la ignorancia de los que creen como verdad inconcusa que el progreso del continente americano tiene diferencias marcadas y distintivas por los idiomas europeos que en él se hablan, que representan falsamente, á mi juicio, superioridades de raza y atavismos heredados, continuaré exponiendo el plan general que me he trazado para estudiar la sociedad americana bajo la dominación española.»

De las profundas verdades que el Dr. Quesada asienta en las páginas transcritas, puede, sin esfuerzo ni violencia, deducirse que no existe la deprimente inferioridad que nos atribuye el Sr. García, y digo que nos la atribuye, porque si, como queda demostrado, somos el producto de la fusión de dos razas, y para el Sr. García una de ellas es de asesinos y ladrones, y la otra de indígenas degenerados por la conquista, lógico sería concluir que de monstruos y cretinos no ha de haberse obtenido sino una raza cuya total extinción será la más justa y la más meritoria conquista de los anglosajones. Y ¿á quién sino á éstos aprovechan tales enseñanzas? Ciertamente que no á nosotros, á pesar de ser mejicano quien á su propaganda dedica todo un libro.

Si el Sr. García no fuera tan joven, habría ya tenido oportunidad de comprobar la siguiente vulgar observación. Cuando en el seno de una familia acontece que, por cualquiera

causa, á uno de sus miembros se le declara destituído de todas y cada una de las excelentes cualidades que se reconocen y admiran en los de los vecinos ó amigos de la casa, y á diario se le repite, la víctima de tan despectiva creencia acaba las más de las veces por aceptarla como verdad inconcusa, en vez de procurar desvanecerla con hechos reveladores de su dignidad y de su inteligencia, y hasta llega á encontrar su mejor justificación en decir que la fatalidad fue la que le condenó á ser irremisiblemente lo que se le dice que es, y eso nada más.

Por el contrario, cuando en otro hogar no se omite empeño ni sacrificio por crear en unos y robustecer en otros de sus miembros la idea de que están llamados á ilustrar su nombre y á honrar el de sus padres y el de su patria, generosos y nobilísimos anhelos les conducen á realizar las esperanzas que en ellos se fundaran.

La patria es el hogar de la raza; no es preciso decir más á este respecto, á escritor tan ilustrado como el autor del *Carácter de la Conquista Española en América.*

En las cinco últimas páginas de la obra expone el autor sus dos magnas conclusiones: la de que la conquista causó la despoblación general de América y la de que á esa misma conquista obedece la degeneración de los naturales ó indígenas. Parece que al llegar á esta parte capital de su obra los autores primitivos no le proporcionaron abundantes noticias dignas de fe, pues con relación á la primera de esas conclusiones, solamente dice lo siguiente: «Podríamos formar una larguísima lista de todos los pueblos y provincias despoblados completamente, ó cuya población disminuyó hasta grado sumo, como la villa de Arma, que tenía 30.000 habitantes y después sólo contaba 500. Anzerma, que de 40.000 no conservó sino 800; la villa de Tinana, que de 20.000 decreció hasta 700; Oztozolotepec, Pacaibanca, etc., etc., lugares todos donde sucedió otro tanto. Empero nos limitaremos á exponer algunos datos de carácter general.»

Obsérvese que el Sr. García no sólo no cuidó de comprobar suficientemente esa primera conclusión, como debía haberlo hecho, toda vez que de ella, como de la segunda, debía derivarse una de las enseñanzas mayores de su obra, sino que no tuvo á bien ó no juzgó necesario demostrar que, entre las tierras conquistadas, fue la tierra mejicana una de las que más sufrieron.

Por último, el Sr. García consagra á la demostración de la degeneración de los naturales de América 32 líneas, en las que dice que pasa *á indicar de una manera sintética cuál fue la suerte de los pocos indígenas que pudieron sobrevivir á tan despiadado exterminio*. Tan sintética es, con efecto, esa indicación, que más no puede serlo, á pesar de que el autor cree haber con laconismo, que podraímos llamar telegráfico, expuesto todas las causas «que hicieron (sic) *que las razas indígenas de América no sólo perdieran una á una las infinitas cualidades que con sobrados bríos lucieron gloriosamente en sus días de libertad, sino que degenerasen con inconcebible rapidez y al fin cayeran en el lastimoso estado en que todavía las miramos al fenecer el siglo XIX*».

Al llehar ahí sintió algo así como un remordimiento, como un impulso de piedad hacia los degenerados indígenas y les dedicó — siempre dentro de las 32 líneas susodichas — el siguiente párrafo consolador con que se cierra la obra: «Empero esas razas infortunadas, rescatadas ya de la servidumbre y colocadas de nuevo en medio propicio, volverán á manifestarse prósperas y pujantes *luego que empiecen á sentir la mágica influencia de una eficaz educación física, intelectual y moral*, facultades que aunque profundamente adormecidas no han podido morir, y antes bien, son susceptibles de alcanzar pronto y vigoroso desarrollo: Méjico debe sus más preciadas instituciones, las que dieron origen y ser á su actual progroso, á un miembro de esas mismas razas, al imperecedero D. Benito Juárez, que con inteligencia superior y energía nunca quebrantada extirpó de nuestro suelo el oscurantismo pernicioso,

hondamente arraigado á la sombra secular de la dominación española.»

Con brevedad refutaré las dos conclusiones del Sr. García.

Cuanto á la primera, no hay que hacer más para destruirla que repetir que la mayoría de la población de Centro América, el Ecuador, Venezuela, Colombia, Perú, Paraguay y Bolivia es hoy, en 1901, de indios más ó menos cultos, y que de los 13.545.462 habitantes que según el último censo tiene la República Mejicana, *seis millones* cuando menos son indígenas.

No es, pues, exacto que la conquista haya despoblado América. Poblaciones totalmente aniquiladas, razas desaparecidas, solamente se pueden citar en el Nuevo Mundo al hacer la historia de las conquistas anglosajonas.

Rubor nos causa el tener que referirnos á la degeneración de la raza indígena, compelidos por la obligación que nos impusimos de refutar en todas sus partes la obra del Sr. García.

No pretendemos negar que comenzó esa degeneración con la conquista y que durante el coloniaje acreció. Igual fenómeno se ha observado en todos los pueblos que han sido víctimas de invasiones y dominaciones debidas á hombres que se creían superiores á los que ellos vencieran, y no es esto en verdad lo que me causa rubor tratar, sino la declaración leal que debo hacer de que más culpable es la raza mejicana, es decir, la en que se reclutan las llamadas *clases dirigentes*, del pecado que el Sr. García tácitamente confiesa al decir que los indígenas recobrarán sus antiguas facultades *luego que empiecen á sentir la mágica influencia de una eficaz educación físic , intelectual y moral.*

Sí, dice bien el Sr. García, *luego que empiecen;* pero ¡ah! no habría yo—puesto en el lugar del autor del *Carácter de la Conquista española en América*—usado esa locución que tan amargo reproche envuelve para Méjico independiente. Ochenta años de vida libre y autónoma, de mucho habrían servido para cambiar con ventaja la condición de los indígenas de manera que nadie pudiera decir en el último día del siglo XIX

que no empezaba á sentirse aún la mágica influencia de una educación física, moral é intelectual.

Independientes de España los mejicanos no restablecieron á los indios en las heredades de sus mayores, porque no fue ese el objeto de la independencia; no se les permitió volver á su antiguo culto, porque habría sido un retroceso. Muy bien; pero la servidumbre siguió siendo la misma en los campos, en las minas, en las ciudades como en las aldeas; la explotación de los indios por los curas aumentó, si cabe, y persisten hoy todavía las supersticiones más groseras; en la prolongada serie de revueltas anteriores á 1876, el indio sirvió de *carne de cañón;* los jornales que hoy se le pagan no superan si no es en muy contadas regiones del país, á los jornales que recibieran sus antepasados durante la dominación española, y por tal motivo anda hoy todavía, no mal vestido, sino casi desnudo, y se alimenta miserablemente. Nos hemos limitado á consignar en nuestro Código fundamental la igualdad ante la ley, dogma sagrado y puro de las modernas democracias, pero del cual se ha hecho y se hace por donde quiera sangrienta irrisión. ¡Hay clases privilegiadas todavía! Y lo que es peor, esas clases que, juntas, no constituyen sino una minoría, ¡cuántas veces, á partir de 1821, se han arrogado el poder, han olvidado sus halagadoras promesas y no han procurado modificar siquiera la condición de los indios, ya que su completa regeneración exige mayor lapso de tiempo! Con pocas excepciones, esa minoría ha buscado el medro personal, la ascensión gloriosa á las regiones suspiradas del mando, todo menos el honrosísimo título de redentora del indio. En esas excepciones, la primera y principal y la que merece por eso que en su honor se alce el himno de la gratitud, fuélo aquella minoría á la que sus enemigos llamaron opresiva: la de los hombres de la Reforma. Esa minoría, sí, cumplió sus promesas; cuando fue poder dictó leyes sabias que beneficiaron por igual á blancos y á cobrizos; pasaron por sus manos inmensos tesoros y sus manos nunca se mancharon con el robo; peligró la independencia, y por sal-

varla tuvo que resignarse á dejar su obra de regeneración social inconclusa, pero confiada á sus discípulos.

De éstos no he de hablar, porque su obra aún no está terminada: están resolviendo arduos problemas todavía, están *haciendo* la historia los que en pos de Juarez vinieron, y toca á los posteriores la ardua sentencia.

Pero cualesquiera que hubiesen sido las causas, el hecho es que el indio ha permanecido en el siglo XIX en la misma actitud hierática de sus antiguos dioses, al pie del solio de sus mandatarios; pobre, abstraído, como en la época de los virreyes, y hasta ahora, al desperezarse al primer claror del siglo XX, vislumbra nuevos horizontes y sonríe por vez primera, y dando fe á la doctrina de la transmigración de las almas, creen que han reencarnado en D. Jenaro García y en D. Luis González Obregón las almas de Fray Bartolomé de las Casas y de Fray Pedro de Gante; espera su redención porque ya tiene un defensor valiente y desinteresado, y un maestro compasivo, que con ternura verdaderamente paternal van á hacerle partícipe de los conocimientos que en letras, en artes y ciencias parecían hasta aquí del dominio exclusivo de las razas que pregonan la inferioridad del indio.

A las condiciones estéticas del libro del Sr. García no haré reparo alguno. Comprendo bien que el hombre es imbuído en las ideas que hoy privan, eminentemente práctico. Sabe que el tiempo es dinero, y no ha querido perder el tiempo en cincelar frases, en lucir exquisiteces de estilo ni flores retóricas. Abogado de la nueva escuela, formula su tremenda requisitoria, exponiendo en toda su horrible desnudez los detalles del crimen, y deja hablar al ejército de los testigos que presenta sin preocuparse del lenguaje que ellos empleen; él, por su parte, confórmase con Zola, con decir: *Yo acuso.*

Por eso no me hago eco de la crítica que algunos se han atrevido á hacer del título de la obra, fundando esa crítica en que el Sr. García omitió una voz adverbial que era indispensable para no borrar del mapa del Nuevo Mundo á Méjico.

Porque, dicen esos críticos, si Méjico está situado en América, el carácter que revistió su conquista es el mismo que el autor estudió en la historia de las demás naciones del Continente descubierto por Colón, y le faltó, por lo tanto, expresar que por ser mejicano lo especializaba á su patria. No me hago, repito, eco de esa observación; antójaseme que al Sr. García debemos agradecerle el habernos puesto al abrigo de las rapacidades del imperialismo del Profesor Meade: no perteneciendo Méjico á América, está menos avocado á tener el destino manifiesto de servir de pasto para saciar el hambre de expansión del Norte; y no digo *libre,* sino *menos avocado*, porque allí está el archipiélago filipino para probar que hasta el Asia lleva el Norte sus escuadras y sus ejércitos para plantar el pabellón de las estrellas en señal de posesión y de dominio. Y en verdad qui si el Sr. García hubiese cuidado de expresar claramente desde la portada de su libro que especializaba su estudio á Méjico, habría prevenido la censura que no faltará quien le dirija de que, á pesar del título de su obra, muy contadas son las páginas de ésta que no aluden exclusivamente á la conquista de Anáhuac, y más contados todavía los escritores primitivos que él cita por haberse ellos ocupado en la conquista de Centro y Sud-América. Tal exclusivismo casi se encuentra justificado si se piensa en que el Sr. García enderazaba sus propósitos, no á revivir rencores en otros pueblos del Continente, sino en el pueblo mejicano, so color de reivindicaciones de que solamente él parece preocuparse. El exclusivismo del Gr. García ha engendrado el mío. He procurado restablecer la verdad en lo que á Méjico atañe; no porque no me inspiren grande interés las Repúblicas de Centro y Sud-América, sino porque creo un deber de patriotismo, un deber sagrado, contrarrestar toda tendencia, que por velada que esté puede conducirnos á los mejicanos á la pérdida de nuestra autonomía primero, y sucesivamente á la pérdida de nuestros hogares y á la desaparición ó aniquilamiento de nuestra raza. Honradamente lo creo así.

Después de haber hecho en las páginas anteriores la análisis crítica de la obra del Sr. García, parece como que debería yo dar por terminada mi tarea. Pero no; de esas mismas páginas se desprende que al establecer un paralelo entre las antiguas y modernas conquistas, no me guiaba el deseo de atenuar los horrores de aquéllas con la relación de las que éstas han producido, sino que iba yo en pos de algo más útil para mi patria y de palpitante actualidad en ella. Recuérdese también que la presente disertación ha sido escrita *á propósito* del libro del Sr. García, lo cual equivale á decir que no trataba yo únicamente de refutar dicho libro. Por lo tanto, nadie podrá encontrar fuera de lugar el estudio de ciertas cuestiones que se ligan con el asunto principal.

Día á día, hora á hora, debería yo decir, se oye entre nosotros hablar del *imperialismo anglosajón,* al que señalaremos á nuestros compatriotas con la frase de Gambetta: He ahí el enemigo. Porque, á no dudarlo, por *imperialismo* debemos entender *conquista* los que no aceptamos mistificaciones ni frases convencionales, que no son sino la careta detrás de la cual se oculta la deformidad de ciertos principios, como ocultan algunas mujeres, valiéndose de otros antifaces, las injurias de los años ó la violación de las virtudes domésticas.

Para opinar así, no es preciso que los dedos se nos antojen huéspedes, ni que por hipocondría incurable alimentemos aprensiones ridículas y pueriles temores; ni es necesario tampoco estar atacado de la manía de persecución, por más que eso digan los precursores del imperialismo y los que, por conveniencias que no sería lícito señalar, toda vez que nadie quiere declarar franca y lealmente sus ideas, fingen una despreocupación y una tranquilidad de las que deben estar ciertamente muy distantes. Basta leer las lucubraciones de la *Prensa amarilla* norteamericana y las lucubraciones de la que, sin serlo, secúndala en sus propósitos ó tiene cuando menos grandes afinidades con ella, para explicar la razón de ser de los temores enunciados y para patentizar cuánto es patriótica una

labor encaminada á poner las cosas en su lugar, pese á quien pesare.

En libros y en folletos, en la tribuna y en la Prensa periódica, los corifeos de la doctrina imperialista, sus adalides y apóstoles, la predican no sólo en su propia casa, sino en la ajena, y muy particularmente en la segunda. Unos con el cínico desplante del Profesor Meade; otros, y son los más, para persuadir y sujetar á los que se rebelan, bañan de dulce licor los bordes del vaso que contiene el jugo amargo, como diría el hijo inmortal de Sorrento. Sin ser suspicaz, desentraña cualquiera los propósitos del imperialismo y distingue sus caracteres, no menos que los medios de que se vale, ó mejor, de sus procedimientos.

Es el primero la predicación del credo flamante de la supremacía de la raza anglosajona, tan traída y llevada en los días que corren, y es el segundo la sugestión de los espíritus poco analíticos y demasiado impresionables, sugestión que se obtiene haciendo desfilar en caleidoscopio mágico las maravillas de la riqueza norteamericana. Diríase que el conquistador de naciones es un nuevo Fausto que no fía el éxito de sus conquistas á sus propias dotes, á sus ardides, á su audacia, sino al Mefistófeles que ha de poner ante los ojos de Margarita las joyas á cuyo brillo se desvanecerán hasta sus últimos escrúpulos.

Tan cierto es esto, que hoy todos sabemos cuántos millones de kilogramos de oro encierran las Cajas de la Tesorería norteamericana al hacerse el balance mensual, mientras que para muy contados hombres de estudio es fácil saber qué número de obras científicas y literarias apareció en Europa en el año último. Repitiendo la publicación de aquel dato se fascina á las muchedumbres y se alcanza el reconocimiento de la famosa supremacía; callando los triunfos del saber y de la inteligencia en otros pueblos, se cree romper todo vínculo, apagar todo entusiasmo, desvanecer toda admiración, que no sean vínculos, entusiasmos y admiraciones en provecho del anglo-

sajón. No es, por lo tanto, un temor injustificable y pueril el que hace exclamar: He ahí el enemigo.

Antes de exponer los principios que informan el imperialismo desbordante, bueno será marcar, ya que no lo hicimos en alguna de las páginas anteriores, la *diferenciación* que puede hacerse al tratar de antiguos y modernos conquistadores. No se diga que negamos á los segundos cierta originalidad característica. Pongámosla de relieve.

Los novísimos conquistadores difieren de los de antaño en que no son, como éstos fueron, héroes capaces de realizar una epopeya y de inspirar, á pesar de todas sus manchas, poemas épicos ó portentosas historias que inmortalizan. Obsérvase desde luego que no es el triunfo de un ideal, ni el amor á la gloria, ni la propaganda de una filosofía nueva ó de una religión, lo que los inflama y conduce á atropellar creencias y á violar derechos; que antes de lanzarse á temerosas aventuras, pactan ligas ó coaliciones con una ó varias potencias, con el fin de lograr, más bien que por el propio esfuerzo, por la abrumadora masa de los ejércitos coligados, el triunfo sobre el débil, que lo es porque todos le abandonan y todo tiene que fiarlo á su brazo, á su fe, á su valor y á su constancia. En nuestros días, las potencias europeas, como la potencia norteamericana, recélanse de todo y de continuo, témense recíprocamente, ódianse, por más que lo nieguen, y para ellas el mayor enemigo es la nación culta que no coopera en la obra emprendida ó proyectada, no la nación *salvaje ó bárbara* cuyas son las riquezas que se pretenden debelar y las tierras en que se aspira hacer que ondee el pabellón del vencedor.

¡Pero qué mucho— y digámoslo en descargo de banqueros judíos, de comerciantes é industriales conquistadores, — qué mucho, si los misioneros que ahora se estilan, católicos y protestantes, sólo predican el Evangelio á la sombra de la bandera patria, protegidos por Embajadores ó Ministros Plenipotenciarios, ó cuando menos por Cónsules que al primer amago, al primer síntoma de insurrección de los que quieren morir en

la fe de sus mayores, hacen que formidables acorazados bombardeen los puertos, en tanto que poderosa artillería de mortíferos proyectiles arrasa pueblos y ciudades, granjas y alquerías! Tales misioneros no son sino agentes ó comisionistas viajeros empleados en hacer aceptar los productos de sus respectivos países instrumentos, puestos al servicio de los grandes intereses materiales, vanguardia exploradora de las huestes de ese imperialismo que, devorado por insaciable codicia, busca nuevas regiones que explotar, ó siquiera sea mercados nuevos para desahogar la plétora de sus productos naturales y de los de sus múltiples industrias.

Con frases estereotipadas, de irritante *sentido práctico*, se nos dará contestación á este respecto. Esa es, se nos dirá, la lucha por la existencia; esa es la ley natural: el fuerte ha de tomar lo que necesita, donde lo encuentre; no importa de quién sea; el débil debe resignarse á la suerte que le cupo en la repartición de los bienes de la tierra; no hay más derechos que los de aquel que es bastante fuerte y poderoso para hacerlos respetar.

Lo que dicho está en páginas anteriores de esta misma disertación, respecto á la guerra anglo-boer, nos ahorra el trabajo de aducir pruebas. Volvamos al peligro del imperialismo norteamericano.

Consecuentes con el propósito de no fiar á nuestras propias facultades la síntesis de las doctrinas que combatimos, vamos á valernos de la exposición que escritores mejicanos, ajenos á los temores que á una gran parte de nuestra sociedad conturban, han hecho del imperialismo en un diario que cuenta por decenas de millares sus ediciones y que parece fundado y sostenido para ilustrar á las masas y encauzar en bien de la patria las corrientes de la opinión pública. Dice, pues, el diario á que aludo:

«Aparentemente, el imperialismo no es más que un acto de conquista moderado, y decimos moderado, porque el conquistador actual respeta los títulos de propiedad privada, la reli-

gión de los vencidos, sus costumbres, sus monumentos, sus bellas artes, sus tradiciones y su libertad. En muchos casos les permite que se gobiernen á sí mismos libremente, y lo único que no se les respeta es el bolsillo. Pero el imperialismo moderno, que tiene por objeto principal el ataque del bolsillo del vencido, no es cínico en sus leyes, ni brutal en sus procedimientos, ni violento en sus determinaciones. El ataque de la conquista moderna al bolsillo de los pueblos conquistados tiene lugar por actos comerciales, en apariencia libres, pero que, bien vistos, constituyen el comercio forzoso. En suma, la conquista moderna es el arte de buscar un buen comprador á los efectos nacionales por medio de la guerra.

»Según esto, el «imperialismo» no es más que el «proteccionismo». El proteccionismo, como bien se sabe, consiste en la reserva del mercado nacional para el consumo exclusivo de los productores nacionales. El imperialismo actual no es más que la reserva del mercado de un pueblo extranjero para el consumo de los productores de la metrópoli.

»Hay otra clase de imperialismo que nosotros llamamos inglés, y cuyo tipo lo representa el Canadá, la Colonia del Cabo y las de Australia; en esta clase de imperialismo, la metrópoli no exige nada de sus colonias, las deja en libertad completa para hacer su arancel y no les impone sacrificio de dinero, ni de hombres, ni de dignidad. ¿Qué provecho puede resultar entonces por el empleo de semejante método de imperialismo? Uno muy grande: la metrópoli saca la ventaja al poseer colonias enteramente libres, de que otras naciones, viendo estas colonias en manos poderosas, no intentaran conquistarlas para imponerles el imperialismo de tipo vejatorio y exactor, cerrando así los mercados libres de esta colonia al comercio libre del mundo. En suma, este imperialismo es la consecuencia evidente de la política de la «puerta abierta».

»La tercera clase de imperialismo es el recientemente inventado en Inglaterra, y que ha dado lugar á la desastrosa guerra en el Africa del Sur. La fórmula de esta clase de con-

quista es la siguiente: una nación debe atraerse grandes cantidades de capital de otra nación ó de varias; dicho capital es profusamente empleado en el establecimiento y desarrollo de una ó varias industrias. Sea por impuestos excesivos, por guerras civiles, por ineptitud gubernamental ó por cualquier otro motivo, los capitales á que aludimos se encuentran en grave peligro de destrucción, y entonces, la nación de que son súbditos los principales capitalistas declara que es llegado el caso de atender de preferencia á los intereses de sus súbditos, para lo cual la conquista es el mejor procedimiento.»

Hecha esa exposición doctrinaria, el periodista autor de ella no creyó necesario agregar sino estas brevísimas palabras:

«A los mejicanos corresponde fijarse mucho en esta clase de imperialismo, meditarlo, y prevenir su aparición y consecuencias.»

Pero como quiera que uno de los procedimientos del imperialismo es el de comenzar por adquirir propiedades en el país predestinado á forzosa anexión, y adquirir sin cesar hasta que sea necesaria la *protección* de los intereses creados, dejáronse escuchar las observaciones de otros diarios de contrario credo, y sin tomarlas en consideración fueron más allá los expositores del imperialismo anglosajón; y aprovechando la oportunidad que les ofreció el asunto de la venta de terrenos mejicanos á compañías extranjeras, creyeron llegado el momento de *disipar un error*—que por cierto tiene hondas raíces en la conciencia nacional—y de formular la siguiente doctrina, que *in extenso* reproduzco, porque extractada se desvirtuaría.

«Con motivo de las vastas adquisiciones de terreno que una Compañía explotadora de petróleo acaba de hacer cerca de Tampico, periódicos de esta capital y de algunos de los Estados han formado la queja ó protesta de uso y lamentándose de que el territorio nacional está pasando con gran prisa á manos de extranjeros, y *particularmente de los americanos*.

»En este caso, como cuando se ha tratado de ventas de terrenos baldíos, de concesiones mineras y otras, los periódicos aludidos dejan transparentar el temor de que á fuerza de adquirir terrenos en el país, *los americanos* ó los extranjeros en general, acaben de despojarnos de nuestra soberanía y que el día menos pensado nos encontremos con que Méjico no es ya de Méjico y que su autonomía se ha pasado con armas y bagajes al enemigo.

»El error y la alarma emanan de que el vulgo no discierne la profunda diferencia que media entre los derechos que sobre sus bienes raíces tiene el propietario y el «dominio eminente» que sobre el territorio nacional ejerce el Estado, la nación, considerada como entidad política.

»Esta distinción es fundamental. Generalmente, y entre personas no versadas en estas materias, se cree que cada hectárea de tierra adquirida por un extranjero es una hectárea substraída á la soberanía nacional y propende á admitir que sólo el territorio poseído por mejicanos queda sometido á la influencia y las prerrogativas de la autonomía del país.

»No puede darse error más craso. El propietario, nacional ó extranjero, de una parcela de tierra ó de un extenso dominio predial, tiene, dentro de la ley, derechos innegables y respetables: el de venderla, fraccionarla, arrendarla, regalarla, explotarla, descuidarla ó abandonarla.

»Rige á la propiedad privada el derecho de usar y aun el de abusar de ella. Este derecho del propietario privado, tiene en todos los pueblos cultos, una latitud inmensa y es base de la constitución económica de los pueblos cultos.

»Desde cierto punto de vista, puede parecer deplorable el que la propiedad privada nacional pase en cierta proporción á manos de extranjeros. A los ojos de ciertos patriotas sería mejor que los mejicanos poseyeran la tierra nacional, la explotaran en su provecho y que fueran los naturales del país los grandes propietarios, no sólo rurales, sino urbanos, industriales, mineros, ferrocarrileros, etc. Pero el Estado, ó en tér-

minos menos vagos, el Gobierno, no puede impedir que una parte de su propiedad, toda, si se quiere, pase á manos de extranjeros, so pena de cometer un grave atentado contra el poseedor nacional. Si éste juzga de su interés vender, el Estado no puede ni debe impedírselo ni limitar para el vendedor el derecho de vender, y desde este momento, por lamentable que el hecho parezca, sin serlo realmente, es irremediable.

»Pero, aun suponiéndolo desastroso, no lo es tanto desde el punto de vista de la autonomía nacional.

»Ya pertenezca á extranjeros, ya á nacionales, sobre el territorio nacional, la nación ejerce el dominio eminente, es decir, el derecho de legislar, el de nombrar sus autoridades, el de cuidar el orden, el de administrar justicia, y en esto consisten la autonomía y la soberanía nacionales.

»Si llegare á suceder que todo el territorio del Estado de Tamaulipas, por ejemplo, fuese adquirido por extranjeros, no habría perdido por eso un ápice la soberanía nacional. Sobre esas propiedades imperarían las autoridades constituídas, regirían las leyes y los decretos locales y federales; en esos terrenos se harían elecciones y las harían los ciudadanos que á ello tienen derecho; en las propiedades funcionaría la justicia y ejercerían su acción los gobiernos local y general, y la nación conservaría su «dominio eminente» sobre la propiedad del extranjero, que seguiría siendo propiedad nacional.

»Los temores de los diarios á quienes aludimos son, pues, quiméricos. Si los mejicanos quieren conservar su propiedad raíz, pueden hacerlo; pero si en su interés, del que sólo ellos son jueces, está el vender á extranjeros, pueden hacerlo seguros de que en nada comprometen la soberanía nacional.»

La lección que acabamos de copiar, para ser completa, necesitaba haber desvanecido ciertas *ligeras dudas* que acaso dimanen también de un *error* en que incurren los menos aprensivos, los menos *patrioteros*.

Si en mis años de estudiante un catedrático me hubiese dado esa lección, le habría yo preguntado: El propietario ex-

tranjero de un territorio ó Estado obtenido por compra, poseedor que puede usar y abusar de su propiedad, ¿tiene derecho de expulsar de ésta á los que fueron sus dueños y habitantes? Reconocido ese derecho, ¿podría prohibírsele que poblara su propiedad con extranjeros de la misma nacionalidad que él y en tan considerable número que llegaran á constituir un amago, una amenaza para el territorio adyacente no comprado todavía? ¿Se le podía negar la facultad de fundar escuelas para enseñar su propio idioma con exclusión absoluta de la lengua del país en que se halle incrustado el territorio ó Estado obtenido por compra? Desterrados los naturales, perdido el idioma, ¿sobre quién ejercería jurisdicción la autoridad nacional?

Esas y otras muchas preguntas habría yo hecho á mi catedrático á fin de que desvaneciese mis dudas y disipase mis errores, y claro es que si hoy no se las dirijo al periodista que me las ha inspirado con su novísima y *consoladora* teoría, es porque no se me oculta que obtendría por respuesta una sonora carcajada burlesca, ó una sonrisa de desprecio por mi ignorancia. Y aun suponiendo que se me dispensara la honra de rebatir mis argumentos, tocaríame siempre la peor parte. El periodista vive de las controversias, sírvenle para llenar su diario, no le quitan el tiempo, sino antes bien, le dan empleo lucrativo, en tanto que el que fuera del periodismo desea dilucidar un problema social ha menester del folleto, y la impresión de éste es costosa y su lectura queda al alcance de reducido número de personas, relativamente. El público, ó la porción de él interesada en discusiones de este linaje, queda las más de las veces en la condición del que escucha una conversación telefónica; oye bien lo que uno de los interlocutores dice, pero ni una sola palabra de las del otro. De ahí que por lo común se dé la palma del triunfo á los redactores de un diario por sus lectores devotos.

Demás de todo eso, al reproducir la lección sobre el *dominio eminente*, no entró en mis propósitos el rebatir su doc-

trina, sino el deseo de llamar la atención hacia uno de los caracteres de las conquistas modernas, ó sea del imperialismo; la compra como preliminar de actos cuya vislumbre despierta recelos y temores. Al propio tiempo, he querido recordar que mal se conforma la repetida doctrina con el espíritu filosófico, y debería agregar, patriótico, que dictó la ley de 1.° de Febrero de 1856, la cual ley, en su art. 2.°, dice así: *Ningún extranjero podrá, sin previo permiso del Supremo Gobierno, adquirir bienes raíces en los Estados ó territorios fronterizos, sino á veinte leguas de la línea de la frontera.*

Pero aún hay más todavía.

La ley de 26 de Marzo de 1894, la más liberal y mejor meditada en materia de colonización, al relevar á las Compañías deslindadoras de la obligación de sólo enajenar lotes de dos mil quinientas hectáreas, permitió adquirir terrenos sin limitar su extensión á todo habitante de la República, *exceptuando tan sólo á los naturales y naturalizados de las naciones limítrofes*, quienes no podrán adquirir baldíos en los Estados de la República que con sus respectivos países colindan, y *conservando las restricciones establecidas y por establecer* sobre adquisición por extranjeros, de bienes raíces en la República. (Véase el art. 6.° de dicha ley.)

En los innumerables contratos celebrados por la Secretaría de Fomento para el deslinde y la colonización de los terrenos baldíos, se ha cuidado siempre el pactar que los colonos han de ser europeos. Si la memoria no me es infiel, ocurrió allá por los años del 79 al 80, un caso cuya exactitud puede verificarse acudiendo á los archivos de la Secretaría de Relaciones y de la de Fomento; caso digno de estudio y de meditación por parte de los que creen que no entraña peligro alguno para la autonomía de Méjico, la enajenación desatinada de terrenos, aun cuando éstos formen el territorio entero de un Estado fronterizo ó no.

Lo que sucedió fue lo siguiente:

La Secretaría de Fomento celebró un contrato de coloni-

zación, y en una de las cláusulas del contrato se pactó *expresamente* que los colonos no podrían ser de nacionalidad norteamericana. El Ministro que á la sazón representaba en Méjico al Gobierno de Washington, juzgó que la indicada cláusula violaba los derechos que acuerdan los Tratados de amistad entre ambas naciones, por aquello de que á la suya correspondían las mismas prerrogativas *de la más favorecida,* y dirigió una nota á nuestro Gobierno en amistosa reclamación. La nota fue estudiada con el más profundo detenimiento por el Sr. Lic. D. Miguel Ruelas, entonces Secretario de Relaciones, y su contestación digna, prudente y sabia, se fundó en las doctrinas de los más ilustres tratadistas de derecho internacional, y en una declaración reciente de un estadista norteamericano que había señalado como causa y origen de la desmembración de nuestro territorio las enajenaciones hechas sin previsión, sin patriotismo y sin cordura, en Tejas, á ciencia y paciencia de los Gobiernos mejicanos. Fundada así la contestación de nuestra Cancillería, no tuvo réplica.

Por demás absurdo me parece que cuando sabias y previsoras leyes y hábiles estadistas prohiben á los extranjeros la adquisición de propiedades dentro de ciertas zonas fronterizas, y cuando se procura que la colonización no vaya á crear un Estado dentro de otro, haya quien ose proclamar que si llegase á suceder que todo el territorio de un Estado fuera adquirido por extranjeros, no habría perdido por eso un ápice la soberanía nacional. Hasta la designación tal vez intencionada de un Estado fronterizo, como lo es el de Tamaulipas, como ejemplo de que podría ser vendido todo entero sin menoscabo de la soberanía nacional, se hace sospechosa, y creemos ver de nuevo á Mefistófeles presentando á Margarita el arca de las joyas para vencer sus escrúpulos y lograr que se arroje á los brazos de Fausto. Porque ni los sofismas más hábilmente presentados ni las argucias más sutiles, llegarán á convencerme de que se puede incrustar un territorio extranjero por la nacionalidad de sus habitantes y por su idioma dentro del territorio de

la República, sin peligro alguno para ésta que se ha reservado el *dominio eminente*. Los que venden sus hogares renuncian á vivir en su patria.

Otra arma á cuyo empleo fía el imperialismo norteamericano el éxito feliz de sus planes, porque le atribuye alcance mayor que el que el mundo le supone, y poder incontrastable, es la famosa doctrina de Monroe, *ligeramente amplificada* para que llene las exigencias de la época: AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS DEL NORTE.

Podría formarse abultadísimo *in folio* con lo más culminante, lo más meditado y con mayor lucidez escrito en el Nuevo como en el Viejo Mundo sobre la doctrina de Monroe, y por lo tanto, ni el solo índice de ese *in folio* cabría dentro de los límites que he marcado á la presente disertación. Afortunadamente, no hay necesidad de fatigar la atención del lector, pues lo que interesa á los mejicanos, lo que podríamos llamar la *última palabra* que ansiábamos escuchar en Méjico respecto á la doctrina de Monroe, la pronunció el Jefe ilustre del Estado y quedó consignada, mejor que en mármoles y bronces, en documento oficial y en ocasión solemne.

Pertinente es hoy reproducir una vez más la justa interpretación de la doctrina de Monroe, hecha por el señor General D. Porfirio Díaz, Presidente de la República, en el *Informe* al abrir el cuarto período de sesiones del 17.° Congreso de la Unión el día 1.° de Abril de 1896. Dice así:

«Entre los acontecimientos relativos á esa gran República (la de los Estados Unidos de Norte América) que, después de mi último informe, han llamado más la atención y despertado el interés de las naciones americanas, hay uno acerca del cual razones de decoro y conveniencias nacionales me obligan á decir algunas palabras. Con motivo de una antigua disputa sobre límites entre Venezuela y el territorio llamado Guayana inglesa, disputa exacerbada recientemente por causas que no es oportuno examinar, el Presidente de los Estados Uni-

dos de América envió un mensaje al Congreso de aquel país recordando, como aplicable á dicha contienda, la famosa opinión ó doctrina que, en un documento semejante, expuso el Presidente Monroe y que, desde 1823, tanta aceptación ha tenido entre el pueblo americano. Muy naturalmente, el recuerdo de esa doctrina, que reprueba toda tentativa de usurpación europea, toda tendencia monárquica de cambiar las instituciones republicanas en el Nuevo Mundo, suscitó vivo entusiasmo en las libres naciones de este Continente, provocando manifestaciones de simpatía en los pueblos y aun en los mismos Gobiernos de América.

»No faltaron al Gobierno mejicano invitaciones de carácter internacional, para que desde luego expresara su sentir en tan grave asunto; mas el Ejecutivo creyó que no debía apresurarse á opinar en una materia que, por el momento, no envolvía tan sólo la doctrina de Monroe, sino que se extendía á la aplicación de sus principios al caso de la Gran Bretaña en su cuestión con Venezuela. Nó conociendo nosotros esa cuestión, como tal vez la conocían los Estados Unidos, especialmente informados por el Gobierno venezolano, no estábamos en el caso de presumir que las pretensiones de Inglaterra constituyesen una tentativa de usurpación. Tampoco podíamos creer que toda cuestión de límites, por su esencia, y aun tratándose de puntos controvertibles, fuese materia para la aplicación de aquella sabia doctrina.

»Por otra parte, el simple hecho de que Inglaterra rehusara someter á un arbitraje sus derechos á una parte del territorio disputado (puesto que lo admitía para el resto), no podía ser, á nuestro juicio, motivo suficiente para aquella presunción desfavorable, supuesto que el mismo Gobierno mejicano ha declarado más de una vez que no admite el arbitraje para ciertas cuestiones territoriales en que, á su entender, se interesa el honor del país. Así fue que, en lo personal, me resistí á hacer toda manifestación por la prensa respecto de un asunto que afectaba los intereses ó los sentimientos más delicados

de tres naciones igualmente acreedoras á nuestro respeto, limitándome á decir que era naturalmente partidario de los principios de Monroe *bien entendidos;* pero ignoraba si serían aplicables al caso concreto de que se trataba.

»Hoy, que felizmente y como debía esperarse, ha pasado la crisis que se creyó amenazaba guerra entre las dos grandes naciones en que se divide la raza anglosajona; hoy que nuestra hermana la República de Venezuela sigue en Washington negociaciones pacíficas con su poderosa adversaria, no parece inoportuno acceder al deseo de los que han solicitado que el Gobierno mejicano manifieste su opinión con respecto á la doctrina Monroe. Sin entrar en discusiones sobre su origen y el momento histórico que dió lugar á su manifestación; sin descender á pormenores sobre las justas limitaciones que su mismo autor le fijara y que con tanto acierto ha recordado el Presidente Cleveland, el Gobierno de Méjico no puede menos de mostrarse partidario de una doctrina que condena como atentatoria cualquiera invasión de la Europa monárquica en contra de las Repúblicas de América, en contra de sus naciones independientes, hoy todas regidas por esa forma popular de gobierno. Nuestra historia en general, y señaladamente la lucha de nuestro pueblo por sacudir el yugo de un imperio exótico, de origen, forma y elementos europeos, los torrentes de sangre derramados en esa ruda contienda, dan testimonio ante el mundo de nuestro culto á la independencia y nuestro aborrecimiento á toda intervención extraña.

»Mas no entendemos que sea suficiente para el objeto á que aspiramos el que sólo á los Estados Unidos, no obstante lo inmenso de sus recursos, incumba la obligación de auxiliar á las demás Repúblicas de este hemisferio contra los ataques de Europa (si aún se consideran posibles), sino que cada una de ellas, por medio de una declaración semejante á la del Presidente Monroe, debería proclamar que todo ataque de cualquiera potencia extraña dirigido á menoscabar el territorio ó la independencia, ó cambiar las instituciones de una de las Repúbli-

cas americanas, sería considerado por la nación declarante como ofensa propia si la que sufre el ataque ó amenaza de ese género reclama el auxilio oportunamente.

»De esta manera la doctrina hoy llamada de Monroe vendría á ser doctrina americana en el sentido más amplio, y si bien engendrada en los Estados Unidos, pertenecería al derecho internacional en toda la América. Cuáles sean los medios de llegar á este resultado por modo práctico y conveniente, es cuestión que no cabe tratar en el presente informe.»

La declaración que acabamos de copiar, noble, digna, patriótica, traduce fiel y acertadamente la opinión de los mejicanos, y ha merecido por eso el aplauso de todos. No menos general ha sido la aceptación que en pueblos extraños ha alcanzado, y es indudable que servirá de norma á cuantos aquí, en Centro y Sudamérica, traten de interpretar la famosa doctrina.

La sugestión es otro de los recursos empleados por el imperialismo norteamericano para obtener el reconocimiento de la supremacía de la raza anglosajona por parte de los pueblos de otras razas, á los que se ha dado en llamar, impropiamente á mi entender, de raza latina. Y digo que impropiamente, porque demostrado está ya que por natural evolución es una raza nueva, ó mejor, son razas nuevas las que pueblan las diez y ocho Repúblicas, á las cuales pretende la Norteamericana imponer su hegemonía á virtud de la doctrina de Monroe amplificada.

El más típico de los procedimientos usados hasta hoy para sugestionar á esas Repúblicas lo encontramos en la historia de la *Conferencia Internacional Americana* que celebró en Washington sus sesiones desde el 2 de Octubre al 13 de Diciembre de 1889, es decir, hace doce años.

Era Presidente de los Estados Unidos del Norte Mr. Harrisson, y su Secretario de Estado Mr. Bayard. Éste, en la convocatoria á las naciones de América, dijo entre otras cosas:

«Los asuntos que han de discutirse son de manifiesta y porfunda importancia, y es de creerse que un cambio amistoso y franco de opiniones, con referencia á estos asuntos, fomentará la expansión é intimidad de las relaciones sociales y comerciales, fructíferas en resultados benéficos para todos los interesados.»

Reunióse la Conferencia, ó sea el primer Congreso Panamericano, y su primer paso fue designar como Presidente al Secretario de Estado, Mr. James G. Blaine, que había, en representación del Presidente de la República, abierto la Asamblea. Ni podía ser de otro modo sin faltar los Delegados de las diez y ocho Repúblicas á las más rudimentales reglas de cortesía, dado su carácter de huéspedes de aquel país.

De paso haré observar que he creído siempre que cometieron un error las naciones que acreditaron como representantes suyos en la Conferencia á Ministros Plenipotenciarios que desde antes estaban en funciones cerca de la Cancillería de Washington. Tal antecedente los dejaba cohibidos, cercenaba su libertad de acción y de palabra.

El 2 de Octubre fue, como acabamos de ver, inaugurada la Conferencia. Al día siguiente los Delegados estaban ya en excursión; se comenzó á sugestionarlos. Veámoslo si no, y al efecto repetiré algo de lo que acerca del viaje de los Delegados dije pocos meses después, con motivo del papel que desempeñó uno de ellos, D. Nicanor Bolet Peraza, que era á la sazón Ministro de Venezuela en Washington:

«En esa excursión, que no vacilamos en compararla con la tela que la araña extiende para hacer la presa de que quiere alimentarse, procuróse hacinar cuanto de magnífico y de maravilloso encierra, por obra de la naturaleza y por obra del humano esfuerzo, aquel emporio de la industria moderna. Tratábase de cautivar á hombres que por su idiosincrasia meridional habían de entonar en su habla melodiosa el himno de la admiración en presencia de grandeza tanta y de tan inmenso poderío. ¿Cómo no fascinarse al contemplar las gloriosas

conquistas del progreso? ¿Cómo no proclamar la superioridad de una raza que así, por modo rápido y como impulsada por una voz divina, por pueblo alguno escuchada antes, había realizado incontables prodigios? ¿Cómo, bajo la presión avasalladora de tales circunstancias, palpándolo todo, no habían de quedar preparados suficientemente aquellos Delegados de Repúblicas hasta ayer desangradas por las intestinas discordias, por invasiones inicuas, regidas por estadistas de dudoso sentido práctico, iniciándose todavía en los arduos problemas económicos que la misma vieja Europa no ha sabido resolver; ¿cómo, pensaban nuestros ambiciosos vecinos del Norte, no habían de prestar dócil aquiescencia al programa que se les había llamado á discutir?

»Marcha triunfal se ha repetido hasta la saciedad que fue la excursión de los Delegados á diversos lugares de la Unión Americana. Con efecto, cuantas comodidades ha ideado la moderna civilización para ofrecer al viajero todo lo que pueda no ya neutralizar, sino borrar por completo la tristeza que causa la ausencia del hogar propio, todo eso se proporcionó á los excursionistas. Banquetes y festejos por donde quiera, aclamaciones por todas partes, protestas de fraternal simpatía, halagos sin tasa; ¿qué no disfrutaron? Volúmenes enteros se han llenado con la descripción de ese viaje portentoso y con la reproducción de los discursos pronunciados aquí y allá, sin tregua, en sucesión vertiginosa, como si no se debiera dar cabida ni al descanso corporal ni al recogimiento del espíritu para evocar los recuerdos de la patria lejana y para estudiar la conveniente solución de los problemas que la afectan, y ver la manera de conducirla á la prosperidad y al goce de todos los bienes.

»Menos flores abren sus corolas en la estación primaveral en el valle de Anáhuac, que flores oratorias y frases lisonjeras se encuentran derramadas en los brindis y discursos dirigidos á los excursionistas y en las contestaciones de éstos. Aquella fue una verdadera catarata de notas ditirámbicas;

aquello fue un océano de miel bastante para endulzar el orbe entero.

»Si las palabras fueran siempre el eco de los corazones, no llegaría á registrarse en la historia de la humanidad ejemplo igual de comunión de ideas, de fraternidad internacional, de identidad de aspiraciones, como las que inspiraron los brindis y discursos á que venimos aludiendo. El insigne descubridor de verdades, como llamó Cicerón al tiempo, se encargará de acrisolar la legítima significación de la Conferencia Internacional de Washington; materia hoy ocasionada á errores de interpretación.»

A pesar de todo, la Conferencia fue un fracaso. La *unión aduanera*, que ocupaba el segundo lugar entre los temas puestos á discusión, pero que era, á no dudarlo, el primer objetivo, ofreció una oportunidad al delegado argentino D. Roque Sáenz Peña para cubrirse de gloria como orador y como estadista con su discurso, nunca bien encomiado, sobre el Zollverein Americano, al que dió el golpe de gracia. El Delegado argentino terminó con esta frase: ¡Sea América para la humanidad!, que es la más elocuente expresión de generoso cosmopolitismo contrapuesto á las exclusiones sórdidas del imperialismo anglosajón.

Menos amplia, pero siempre inspirada en la autonomía de Sud-América, es la declaración que en los momentos mismos en que trazo estas líneas ha hecho uno de los diarios más autorizados de la República Angentina con referencia al conflicto entre Colombia y Venezuela.

Comentando el editorial que publicó el *New York Herald* el día 9 del corriente mes de Agosto acerca del citado conflicto y la actitud de los Estados Unidos en vista de la posibilidad—supuesta á mi entender—de una intervención europea, *La Prensa* de Buenos Aires se expresó así al día siguiente: «Las naciones de Sud-América no pueden menos de aplaudir la resolución de los Estados Unidos de no admitir la intervención de Europa en los asuntos de los países sud-americanos;

pero *no convienen en que la República del Norte se interponga en favor de uno de los beligerantes invocando la doctrina de Monroe y el derecho de la jurisdicción moral sobre el continente americano. La América del Sur no puede aceptar esta doctrina sin peligro para su propia soberanía.*»

Pocas palabras son suficientes para explicar á qué obedece la intervención que la América del Norte ansía interponer en el conflicto entre Colombia y Venezuela. Séame tolerada esta breve digresión.

En Colombia se encuentra el istmo de Panamá, para cuya apertura la ciencia francesa y el oro francés han contribuído como no lo han hecho la ciencia ni el oro americanos. Francia tiene múltiples problemas interiores que resolver y peligros en el exterior que conjurar, y tiene también la dolorosa experiencia de los resultados de su intervención en Méjico. Por mucho que le espoleara el deseo de salvar los intereses de sus nacionales, invertidos en Panamá, renunciaría á cualquier otra necesidad que no fuera la de conservar sus actuales instituciones y la de no ser vencida en la lucha de su industria con la de otras naciones del antiguo Continente. Fomentar, pues, en Colombia las discordias intestinas, precipitarla al abismo de una guerra internacional, es iniciar su conquista y avanzar en ella á bien poco costo.

Venezuela tiene una superficie de 1.552.741 kilómetros cuadrados, y es, por lo tanto, tres veces más grande que Francia ó Alemania, cinco veces mayor que Italia y más grande, con excepción de Rusia, que cualquiera otra de las naciones europeas. En su extensa costa hay 50 ensenadas y 32 puertos, algunos de los cuales podrían dar cabida á todos los barcos de Europa. Atraviesan el suelo venezolano 1.005 ríos, y el mayor de ellos, el Orinoco, es uno de los más grandes del mundo, pues recorre 1.300 millas; es navegable en casi toda su extensión; su anchura en algunos lugares de 12 millas; su parte más angosta es de 3.000 pies. ¡Tesoro más rico no podía tentar la codicia del imperialismo! Hay, pues, que apro-

vechar la oportunidad que desapoderadas discordias entre pueblos hermanos ofrecen; atizar la hoguera, intervenir para que antes no lo haga otro, y después... *la pata de oro del paquidermo* de que habló el Dr. Frías y Soto en reciente discurso, se habrá asentado en Sud-América.

Volvamos al asunto principal.

Decíamos que la *Conferencia Internacional*, ó sea el *Primer Congreso Panamericano* fue un recurso, un medio empleado para sugestionar á las diez y ocho Repúblicas del Nuevo Mundo, y vimos de qué manera se procuró hacer dormir en los delegados la conciencia del deber supremo y obedecer, por consiguiente, los mandamientos de su hipnotizador. También vimos ya que éste—si hemos de atenernos á los resultados—no encontró en aquéllos el *medium* que había esperado, sobre todo por culpa del ilustre argentino Sáenz Peña. Nada nos resta, pues, que decir á ese respecto, y podemos dedicar algunas reflexiones á la próxima reunión en la Metrópoli mejicana del *Segundo Congreso Panamericano* (1). Dejaríamos inconclusa nuestra disertación si nos resignáramos á no aludir á un acontecimiento que tanta resonancia ha tenido con su solo anuncio, y que la tendrá mayor, tal vez, cuando sus resultados se conozcan.

En nuestros días nadie presta fe á los augures como se les prestó en la antigua Roma. Por lo mismo, en vez de pretender vaticinar lo futuro, debemos fijar los antecedentes del Segundo Congreso Panamericano, para que, una vez conocidos, á cualquiera sea dable marcar las diferencias substanciales que hay entre él y su antecesor.

Ya vimos que la Conferencia Internacional de Washington

(1) Tenga el lector en cuenta que este escrito es algo anterior á la celebración del 2.° Congreso Panamericano, del cual se habla en otro artículo de este mismo número. *(N. del D.)*

y los halagos de que, sin tasa, fueron objeto los delegados á ella, obedecieron al preconcebido propósito de imponer la hegemonía de Norte América á las diez y ocho Repúblicas allí representadas, y vimos ya, también, que no se consiguió hipnotizar á los delegados hasta el punto de hacerles renunciar, en aras de la supremacía anglosajona, el derecho que sus respectivos países tienen á conservar y fomentar de un modo libérrimo su prosperidad, por medio de sus leyes aduaneras, de sus sistemas de comunicación internacional, de sus monedas, y en una palabra, de todo lo que á su régimen interior y á sus relaciones exteriores convenga. Pues bien, por mucho que la convocación al Segundo Congreso parezca enderezada á obtener lo que en el primero no pudo lograrse, la próxima reunión en Méjico de esa Asamblea reviste bien distintos caracteres.

Nótese, en primer lugar, que Méjico fue designado como punto de reunión sin que lo solicitaran los mejicanos, y que si Méjico expidió con placer la convocatoria, no hizo otra cosa que cumplir con un deber.

Después, hay que tener presente que Méjico no es considerada pura y sencillamente como una nación amiga, sino como hermana, por la inmensa mayoría de las naciones que aquí estarán representadas; que no existen en Méjico tendencias conquistadoras ó imperialistas como se suele hoy designarlas, ni aun el anhelo de que se le considere llamada á presidir coaliciones ó pactos internacionales, pues su dogma es el del apotegma de Juárez: que su preocupación única, su aspiración más noble y más legítima es ser libre, grande por el trabajo é ilustrada por la asimilación de la cultura de todos los pueblos civilizados, sean cuales fueren sus orígenes, su raza, sus creencias; que Méjico no tiene preferencias ni predilecciones que herir pudieran á alguna de las nacionalidades cuya amistad cultiva con empeño, ni celos ni envidias por que ésta ó aquélla alcancen antes que él riqueza y poderío. Si se prepara á recibir de la manera más digna que posible le sea, á sus hués-

pedes; si organiza en su obsequio fiestas y paseos; si quiere que la ciudad metropolitana vista sus mejores galas durante la permanencia de los delegados, es porque reconoce de antemano en ellos á ilustres estadistas designados por sus gobiernos para que estudien aquí, como si en su propia casa estuvieran, arduos problemas cuya solución interesa á todas y á cada una de las naciones del mundo de Colón.

¡Plegue al cielo que esos delegados, con alta sabiduría, con absoluta independencia, sin prevenciones, sin debilidades, pero también sin alardes de energía, ilustren los asuntos que van á tratar, á fin de que sus acuerdos ó resoluciones—inspirados en el sagrado amor á la patria—merezcan sin contradicción el aplauso de los hombres honrados del mundo entero!

De esas resoluciones—¿por qué no ser optimistas alguna vez?—pudiera muy bien surgir, como inmenso foco de luz, el faro que preserve á las Repúblicas americanas de estrellarse en los escollos del tempestuoso oceano de las ambiciones de otros pueblos y de otras razas. Mas si así no fuere; si, como creía Plauto, el hombre ha de ser siempre el lobo del hombre, ó, como lo expresara un orador conterráneo mío, si solamente el hombre se ensaña en la persecución del hombre, no para devorarle en su hambre como entre los degradados seres de ciertas tribus salvajes, sino para dominar á sus hermanos y ostentar, á despecho de éstos, la vana pompa del poder absoluto, entonces vivamos prevenidos: no cometamos la insensatez de dividirnos y de encender de nuevo las discordias que retardaron el advenimiento de la era de paz que hoy disfrutamos; porque ahora el fruto de esas discordias sería no amargo, sino tóxico; las armas que para subyugarnos se emplean, nos son conocidas; que no nos desaliente el ciego fatalismo infundiéndonos la creencia de que hay una raza superior llamada á aniquilar la nuestra; que Méjico no sea núeva Danæ violada por Júpiter tonante convertido en lluvia de oro, y por último, que si toda previsión y todo esfuerzo no bastan á conjurar el peli-

gro, sucumbamos combatiendo, buscando sepulcro glorioso en las ruinas de la patria, como los boers, llevando por mortaja la bandera que simboliza nuestra libertad y nuestros derechos.

Francisco Sosa.

# CRÓNICA LITERARIA

Acerca de Campoamor.—Discursos leídos en la recepción de D. José Ortega Munilla en la Academia Española.—Obras completas de D. Ramón de Campoamor (tomos I y II).

Después de las extensas reseñas que han publicado los periódicos de la recepción de D. José Ortega Munilla en la Academia Española y de los discursos leídos en aquel acto, parece que queda muy poco que decir, sobre todo para el que no abrigue la ambiciosa ilusión de descubrir Mediterráneos. Y también parece que lo que aquí se diga llega con sobrado retraso, al mes de haberse celebrado aquella solemnidad literaria. ¿Qué acontecimiento hay en estos tiempos, en nuestra rápida actualidad de cinematógrafo, que resista un mes de plazo?

Sin embargo, el concepto de la actualidad es relativo, y no puede ser el mismo para las *Revistas* que se publican á largos intervalos (lo de largos también es relativo aquí) que para los periódicos que todos los días salen y se ponen como el sol, y están, ó deben estar, escritos con arreglo á una actualidad de veinticuatro horas. Por eso, ateniéndonos á nuestra actualidad mensual, seguiremos en este caso la costumbre de dedicar algún espacio, si no á todas, á las principales recepciones que en las Academias se verifican y que representan, sin duda, una parte y un aspecto de la vida literaria.

El enciclopedismo creciente de los periódicos ha dado en-

trada en sus columnas á las reseñas de las solemnidades académicas, si bien no se les da entre nosotros todavía tanta importancia como en Francia, donde los grandes periódicos de París, como *L e Temps, Journal des Debats,* etc., suelen publi car íntegros los discursos de ingreso y de contestación en una hoja suplementaria. Verdad es que en Francia la vida académica tiene mayor importancia, y en general, el francés es más aficionado á las distinciones oficiales, al *panache*, que el español. El no recibir á tiempo la Legión de honor acibara la vida de muchos hombres de talento, y hay quien se suicida por no haber alcanzado las palmas académicas.

Sólo á las recepciones académicas de literatos muy populares, cuyas obras han llegado á difundirse verdaderamente entre el público y cuyo nombre es familiar para éste, puede dedicar la prensa la atención que consagró á la de Ortega Munilla, y con justicia, pues el autor de *La Cigarra* está comprendido en aquel número y merecía tal homenaje como novelista y cuentista de los más leídos, aunque no hubieran existido razones de confraternidad periodística para tributárselo. Y ese homenaje á la inteligencia ha resultado también homenaje al carácter. Su unanimidad, el hecho de que no se haya alzado una voz discordante, de que no haya habido quien vertiera en la copa una gota de veneno, no sólo revela la realidad del mérito reconocido y consagrado, sino que hace el elogio del hombre. La vida literaria y en general la vida artística tiene algo de femenino; engendra furiosas emulaciones, secretas envidias, pequeñas venganzas y una gran afición á la maledicencia. La propensión natural del artista es agradar, como la de la mujer que presume de hermosa, y esto da á su espíritu matices femeninos y desarrolla una vanidad morbosa, germen de todas aquellas miserias. Para librarse de los dardos que se complace en forjar y en disparar ese estado de espíritu, tan distante de la contemplación objetiva, que es pura teoría ó á lo sumo realidad fugaz de algunos momentos solitarios, no basta el talento, se necesita además la bondad, el no haber

hecho daño al prójimo ni haber provocado represalias, la práctica del *alterum non lædere* y del *suum cuique tribuere* entendidos con más latitud que en la jurisprudencia romana. Y gracias que eso baste.

Sin apartarse de nuestra tradición académica, que da por asunto á los discursos de recepción el examen de un tema literario, pudo Ortega Munilla consagrar por entero su discurso al elogio de Campoamor, á quien ha venido á suceder en la Academia, porque Campoamor es un tema literario, un capítulo de la historia de la poesía castellana en el siglo XIX, no un mero antecesor para quien piden algunas páginas de recuerdo la cortesía y la solidaridad académicas.

Juntábase, pues, en esta recepción el triple interés del asunto de los discursos, de la calidad literaria del nuevo académico y de la del encargado de contestarle. ¡Conjunción de tres luminares literarios!, se hubiera dicho en el lenguaje hinchado y fácil á la hipérbole de la época del conceptismo. Asociación de tres nombres—Campoamor, Ortega Munilla, Valera—de significación diferente en las letras, pero todos populares y gloriosos, diremos en el lenguaje más prosaico y menos dado á las figuras retóricas, de los actuales tiempos.

El discurso de Ortega Munilla es, á mi parecer, de la más elegante prosa que ha salido de su pluma. Al dirigirse á la Academia ha puesto en práctica el *A tout seigneur*... El estilo de Ortega, con mucho color, muchos matices, muchas inflexiones, mucho movimiento, no propende á lo clásico, como no propende á ello el de casi ninguno de los escritores verdaderamente modernos, que viven en otro ambiente y frecuentan otras lecturas. Pero en este discurso ha querido mostrar el nuevo académico que él también se sabe sus autores y puede ser castizo, en el sentido que suele darse á esta palabra, sentido algo estrecho que viene á dar por supuesto que el canon filológico definitivo del castellano se fijó en el siglo XVI, y que sólo eso es lo genuinamente español en lenguaje. ¡Pero el lenguaje está en perpetuo *devenir*!...

Dejando esto, porque la digresión tendría que ser larga, hay que reconocer que el discurso de Ortega Munilla es verdaderamente primoroso en la dicción, muy limada, muy limpia, impecable, y con todo eso dotada de alma moderna, que anima las líneas castizas de la frase. Esto resalta más todavía en los primeros párrafos, consagrados á la engorrosa obligación de dar las gracias á la Academia por haberle elegido, forzoso exordio que pone á prueba el ingenio de quienquiera que se ve en el trance de dar oratoriamente gracias, porque todo está dicho, y sin embargo, hay que decirlo una vez más, cubriendo con una frase bella ó elegante ó con un rasgo de ingenio la inevitable monotonía de ese ¡muchas gracias! que no puede omitirse sin pecar de soberbio. Muy bien vencida está la dificultad en el discurso de Munilla, que, con exceso de modestia, se presenta sencillamente como un periodista y ofrece á Campoamor todo el honor de la solemnidad.

El estudio que del poeta de las *Doloras* hace el autor de *La Cigarra* es muy completo y no sólo revela un estudio detenido de las obras de Campoamor en general, de su verso y su prosa, de lo que está en todas las memorias y en todas las imaginaciones y de lo olvidado ó poco conocido, sino también aquella íntima adivinación que nace de las afinidades del gusto y del sentimiento y que exige ser poeta para penetrar en el alma de los poetas, aunque, claro está que no requiere hacer versos, puesto que hay muchos géneros de poesía y tiene ésta diferentes voces y acompañamientos. Sin esa adivinación, sin esa compenetración espiritual es casi imposible dar unidad al retrato literario de un autor, y por mucho estudio que se ponga y mucha agudeza crítica que se posea, resultará el juicio un mosaico erudito ó una serie de puntos de vista parciales, sin llegar á formar un verdadero todo, una imagen completa y animada.

Esa unidad de la imagen, que sólo es dable cuando el pensamiento ó la fantasía se apoderan verdaderamente de su objeto, y se le incorporan y hacen suyo, presenta la evocación

de Campoamor, contenida en los elocuentes párrafos del discurso en que Ortega Munilla traza el retrato físico y espiritual del poeta y dice cómo le representaría él en estatua; otra página bien acabada y brillante es la que agrupa en rápida visión las heroínas principales de los *Poemas* y las *Doloras*, y junto á los aciertos de la expresión literaria y á las representaciones plásticas de la fantasía, hay también felices rasgos de observación. Así, por ejemplo, está discretamente indicada la influencia que pudieron ejercer sobre Campoamor las circunstancias exteriores de su época, el ambiente en que se formó su personalidad.

En el discurso de Ortega Munilla no se habla sólo de Campoamor como poeta, aunque sea ésta, naturalmente, la parte principal y la que mayor espacio ocupa. Después de *pasar revista* á las formas más características de la poesía de Campoamor y á las diversas fases de su genio poético, después de discurrir sobre la dolora, el pequeño poema, la humorada, los poemas épicos y hasta los primeros versos de la juventud, habla el discurso de otros escritos de índole diferente, menos conocidos y famosos: de las obras filosóficas como *El personalismo* y *Lo absoluto*, de las obras dramáticas y de los discursos y escritos políticos de Campoamor. Ninguna de estas obras iguala en importancia á las poéticas; pero aunque representen algo secundario en la personalidad de Campoamor y en su obra, mirada objetivamente, ayudan á comprenderle y tienen, aparte de su valor intrínseco, que no es despreciable, otro valor muy crecido como elementos y datos para interpretar su significación literaria é intelectual. Son á manera de un comentario indirecto de sus poesías, y por lo mismo que tales escritos son poco conocidos para la generación actual, ofrece su examen aquella novedad que da á las cosas el tiempo, que al par que envejece á las muy conocidas si no las anima algún principio superior que mantenga perenne su lozanía, da como una segunda juventud á las olvidadas cuando vuelven á salir á la superficie. Las páginas que consagra á estos escritos el dis-

curso del Sr. Ortega Munilla completan el cuadro y contribuyen á hacer de este trabajo un estudio muy completo, muy bien pensado y ejecutado con gran arte y penetración psicológica, del autor de las *Doloras* y de sus obras.

El discurso de contestación de D. Juan Valera está escrito con ese donaire y esa gracia á un tiempo sencilla y señoril que son el mejor adorno de su estilo. ¿Qué adepto, qué iniciado, que Mahatma de aquellos que vió *Morsamor* y á los cuales es tan aficionado el ilustre autor de *Pepita Jiménez*, le ha dado el filtro ó el elixir de larga vida que conserva á su estilo el encanto y la agilidad de la juventud? ¿Es sencillamente el buen humor? ¿Es cierta conformidad metafísica? ¿Es ese objetivismo que realiza el portento de emancipar á la inteligencia de las ataduras de la voluntad y coloca al artista en la posición noble entre todas, de espectador del mundo, á quien no llegan el esfuerzo jadeante y la contorsión del atleta, ni el gesto del histrión, más que como una imagen, y que se convierte en órgano visual de la belleza exterior ó interior?

Hablan los primeros párrafos del discurso del Sr. Valera de cómo se van debilitando todas las aficiones con los años, y sólo la de escribir no se rinde á la vejez. Claro es que esta tesis tiene mucho de subjetivo y que lo mismo podría argumentarse á favor de cualquier otra de las aficiones compatibles con la ancianidad; pero lo de menos es el grado de exactitud de la afirmación; lo que seduce en ella es el arte exquisito de ese exordio en que el ilustre escritor tiene la coquetería de hacer como que pide perdón al público por seguir escribiendo, cuando tan seguro debe de estar del gusto con que se le lee. Desde el punto de vista de la ejecución literaria, quizá son lo mejor del discurso estos primeros párrafos á que aludimos.

Entre Ortega Munilla y Campoamor se distribuye lo que forma propiamente el cuerpo del discurso. La parte dedicada al autor de *La Cigarra* no es el saludo de cortesía y el elogio obligado del que en nombre de la Corporación recibe al nuevo *inmortal*. El Sr. Valera examina los diversos géneros que ha

cultivado Ortega Munilla en su larga y brillante carrera de escritor público, y analiza sus merecimientos literarios dentro de cada uno, señalando cualidades sobresalientes y apuntando defectos. Para un literato es homenaje mayor un estudio crítico de esta clase, aunque sea rápido y no llegue á ser muy profundo, que el elogio frío y sin discusión de las usuales bienvenidas.

En la parte relativa á Campoamor, lo que descuella es la afirmación de que estudiando bien la totalidad de su obra se llegaría acaso á descubrir una filosofía secreta, un sentido esotérico que sería la mejor explicación de su hechizo y de su manera de ser. Al ilustre autor de *Pepita Jiménez,* á pesar del amable excepticismo y de la afición á las más finas y sutiles manifestaciones de la guasa que la voz pública le atribuye, parecen preocuparle mucho ó inspirarle particular curiosidad todas las filosofías esotéricas, todos los ecos de ese reino de la sombra y el misterio en que se agitan magos, brujos, teósofos, ocultistas y otras mil especies similares de taumaturgos y creyentes. En varios de sus libros, *Las Ilusiones del Doctor Faustino* y *Morsamor,* por ejemplo, utiliza este elemento de lo maravilloso. La frecuentación de estos pensamientos ¿le había dado la facultad especial de descubrir señales de esoterismo y vislumbres de filosofías ocultas allí donde los ojos de los profanos no ven más que lo exterior y esotérico? Como estas cosas son de suyo tan obscuras y sutiles, quizá sea temerario negarle á Campoamor esa filosofía secreta de que habla el señor Valera; pero la verdad es que la obra del poeta de las *Doloras* puede explicarse y comprenderse sin necesidad del auxilio de ninguna clave esotérica, y á no ser así, no hubiera podido ser, como fue, popularísimo. Cuando filosofa parece tan espontáneo, tan entregado á la inspiración y al galope de la fantasía, como cuando versifica, sin que se advierta que le guíe ningún principio oculto á cuya disciplina se sujete su pensamiento. Quizá esa metafísica sedativa y beatificante que encontró Campoamor no fue otra que los años. Y en verdad que el tiem-

po puede ser en ocasiones un buen metafísico y se nos muestra de continuo como un taumaturgo nada despreciable.

***

El asunto de estos discursos nos lleva por una asociación natural de materias á tratar de la colección de *Obras completas* de D. Ramón de Campoamor, que se está publicando por la casa editorial de González Rojas bajo la dirección de los señores D. Urbano González Serrano, D. Vicente Colorado y D. Mariano Ordóñez. Aunque las condiciones de belleza tipográfica de esta edición dejan que desear, cosa disculpable si se tiene en cuenta lo económico de su precio y el hecho de estarse publicando por entregas, lo cual impone hasta cierto punto (dentro de las costumbres del mercado) ciertas condiciones de tamaño y de impresión, á cada paso se echa de ver la inteligente dirección de aquellos señores, entre los cuales figuran un filósofo de pensamiento profundo y perspicaz y que es además un literato, como el Sr. González Serrano y un escritor de delicado gusto y de varia cultura, el Sr. Colorado, que maneja con tanta facilidad el verso como la prosa. Todo lo que representa en esta publicación acción directiva, como la reproducción de autógrafos de Campoamor, los diferentes retratos del poeta que se insertan, los prólogos de las diferentes obras contenidas en cada tomo y las noticias bibliográficas que enteran al lector no sólo de las ediciones anteriores de cada obra, sino de los principales trabajos críticos y de controversia de que ha sido objeto, revelan buen gusto, inteligencia y clara comprensión de lo que debe ser una edición de este género, lo cual compensa sobradamente los defectos que en la parte material pueden señalarse.

Los directores de esta publicación han tenido la buena idea de comenzar por las obras menos conocidas de Campoamor, que no son las más importantes (por regla general, lo más conocido de los autores antiguos y modernos, salvo el

caso de destrucción ó pérdida de escritos, es lo mejor, lo que se ha popularizado ó ha conseguido al menos el sufragio favorable de los doctos; las excepciones son escasas); pero que aun no siéndolo, son las que mayor curiosidad pueden inspirar al público, las que mejor pueden asegurar, por consiguiente, el buen éxito de la edición, y también aquellas cuya reimpresión es más urgente por hallarse agotados ó andar escasos algunos de estos libros. De las poesías de Campoamor, que serán siempre lo principal de su obra, lo característico, aquello que le asigna un puesto muy importante en la historia de la literatura española del siglo XIX, se han publicado ediciones numerosísimas. Empezar por ellas, hubiera sido desde el punto de vista editorial una torpeza. Aparte de esta consideración, quizás el haber antepuesto, por ejemplo, los escritos filosóficos, sirva para que los que lean metódicamente estas obras, al llegar á las poesías tengan ya por anticipado un excelente comentario auténtico de las mismas, y puedan explicarse mejor los rasgos psicológicos fundamentales de las obras poéticas y las tendencias filosóficas que en muchas de ellas se revelan.

El primer tomo (*Obras filosóficas*) comprende *El personalismo*, el discurso de ingreso en la Academia española sobre el tema: *La metafísica limpia, fija y da esplendor al idioma, Lo absoluto* y un artículo sobre Bacon. El segundo (*Estudios histórico-biográficos y polémicas políticas*) encierra la *Historia crítica de las Cortes reformadoras,* la *Filosofía de las leyes*, varios discursos parlamentarios, las *Polémicas con la democracia*, la *Biografía de Cánovas*, escrita para el álbum de contemporáneos célebres, de la Condesa de Antillon, y dos artículos sueltos (Crónica de *La Época* de Chile, y *Cotoner*, el último inédito hasta ahora). Cada uno de estos trabajos lleva una noticia bibliográfica, y los principales un prólogo que refleja bien el carácter de la obra á que se refiere.

Entre estas obras de Campoamor, las que, á mi juicio, ofrecen mayor interés son las filosóficas. La originalidad y sol-

tura de su forma de exposición las hace muy interesantes. Aunque no tuvieran otro mérito, bastaría éste para que pudiese recomendarse su lectura como un medio de disipar la preocupación de que la filosofía es una ciencia hermética á la cual no es lícito acercarse sin cumplir las ceremonias de un misterioso ritual y sin adoptar un lenguaje diferente del que sirve para los demás usos de la vida. Estas obras de Campoamor, escritas hace muchos años, en época en que la filosofía, mal ó bien, era más cultivada que ahora en España, pueden ejercer todavía cierta acción innovadora, sirviendo á los iniciados para descargarse un tanto del hábito de un estrecho tecnicismo, y á los no iniciados para acostumbrarse á mirar á la filosofía como cosa accesible á los mortales por los mismos senderos que las demás moradas del conocimiento. Nuestra pobreza filosófica (demostrada por el hecho de que no haya habido ningún filósofo de primer orden español) ha hecho acaso, ó ha ayudado á que se dé aquí extraordinaria importancia al tecnicismo, á las formas convencionales de expresión. Krausistas y escolásticos, que han sido nuestros tipos más comunes de filósofos en el pasado siglo, y que siendo tan distintos en ideas y en la orientación general del pensamiento, ofrecen, sin embargo, tantos puntos de semejanza psicológica, tantas analogías en los defectos y en las cualidades, como hombres al fin de la misma raza y de la misma época, criados en el mismo ambiente, unos y otros estuvieron dominados, por regla general, de la pasión del tecnicismo y de la manía del método y de la sistematización, que exagerados llegan á ser, en efecto, una manía. Así han llegado á crearse en una y otra dirección dos especies de lenguaje filosófico casi ininteligible para los profanos, lenguajes de clave, especies de un volapuck científico. De ahí ha venido el divorcio entre la filosofía y la literatura, y la aversión que hacia aquella clase de enseñanzas muestra la mayoría de nuestros estudiantes, ó mostraba al menos en la época en que yo frecuenté las aulas. Como ejemplo característico, recuerdo lo ocurrido en cierta clase de metafísica á que yo

asistía hace bastantes años y que regentaba un catedrático no desprovisto de ciencia ni de iniciación literaria, aunque sí de condiciones pedagógicas.

Su definición de *persona* era una especie de fórmula algebraica, formada por términos, cada uno de los cuales requería una explicación y un comentario para ser inteligible. Sucedió que cierto estudiante, no conservando la definición en la memoria, no acertó á contestar al profesor lo que era persona, caso no raro, pues suelen ser estas definiciones como una maquinaria complicada, en que faltando alguna ruedecilla cesa al punto el movimiento. La definición del estudiante *no andaba,* en efecto; se le había caído alguna rueda. El profesor á quien, naturalmente, parecía su tecnicismo cosa por demás clara y sencilla, estrechaba al estudiante proponiéndole aplicaciones prácticas, y llegó á preguntarle si los niños eran personas. Quedóse el alumno suspenso y receloso, sin atreverse á resolver por la afirmativa ó la negativa. Harto sabía él que lo eran en la realidad; ¿pero lo serían también filosóficamente? La preocupación de las fórmulas le impedía admitir sin más trámites la contestación de la experiencia y del sentido común.

Sin entrar en comparaciones (que tendrían que resultar desventajosas para Campoamor, que era poeta antes que filósofo, y fue en esta última esfera un aficionado muy perspicaz, pero no un profesor ó un *profesional*), se nota, en este aspecto literario de sus obras de filosofía, que hizo algo de lo que han hecho, entre otros filósofos modernos, Schopenhauer y Nietzsche, *desencantando* la filosofía, traduciéndola en muchos casos al lenguaje corriente.

Pero no es exclusivamente formal el interés de las citadas obras; hay en ellas muchos felices atisbos, muchas adivinaciones y muchos rasgos de originalidad, que las dan valor sustantivo y hacen olvidar los defectos que una orítica severa podría hallar en estos escritos. A mi parecer, los prólogos de *El personalismo* y *Lo absoluto* reflejan con gran exactitud el

carácter peculiar de uno y otro tratado. Aunque los firman todos los directores de la publicación, mucho me engaño si no son obra de González Serrano, que es voto en la materia.

E. Gómez de Baquero.

# REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.— Ocultismo: Los videntes y los profetas. = Historia: ¿Está Inglaterra en decadencia?=Cuestiones político-sociales: El diario de un Obispo durante el Concordato. = Psico-física: Psicología del llanto.=Literatura: Un verdadero poeta.=Impresiones y notas: La Psíco-física en el Congreso fisiológico de Turín. — Las Corporaciones religiosas en España. — Los ingleses y sus colonias. — Cuba bajo los yanquis.

## OCULTISMO

Los videntes y los profetas. — Continuando su estudio sobre *El milagro moderno* (1), dice Julio Bois que los profetas y los videntes han existido siempre, mientras que los *mediums* no han sido conocidos hasta mediados del pasado siglo. Tiresias, Isaías, Pitágoras y las Pitonisas son nombres históricos de todos conocidos, sin hablar de Mahoma y de Juana de Arco. Registrando los libros sibilinos de todos los tiempos se encuentra una suma nunca interrumpida de predicciones más ó menos presentables.

Santa Hildegarda anuncia claramente en el siglo xii la aparición del protestantismo, y bosqueja la temible figura de Napoleón. San Malaquías, un irlandés del mismo siglo, nos ha dejado la sucesión de los Papas con detalles tan precisos que asombra tal clarividencia. Citando de paso á Catalina Emerich,

(1) Véase La España Moderna, *Revista de Revistas* del número anterior.

que predijo la Revolución, al abate Souffrand, que á fines del siglo XVIII pronosticó los ferrocarriles, y al abate Mallay y á Rosa Colomba, que predijeron á Luis Felipe, merece recordarse á Sor Mariana, una monja de Blois, que predijo en 1815 los Cien días, anunciando después la muerte del Duque de Berry, la revolución de 1848 y hasta el advenimiento de Napoleón III y la guerra franco-prusiana.

El solitario de la abadía de Orval predijo sucesivamente el reinado de Napoleón I, su grandeza y sus reveses, la primera Restauración, los Cien días, la segunda Restauración y otros acontecimientos que todavía quedan por realizarse. El P. Botín descubrió desde 1410 el advenimiento de Carlos X. Sor Colomba, la dominica de Tadjia, en Piamonte, que murió en 1847, anunció el advenimiento de Víctor Manuel y de Napoleón III, diciendo que éste caería súbitamente, que una democracia furiosa se apoderaría del Gobierno, que luego se dejaría seducir por los bienes de las Corporaciones religiosas, y que habría una persecución que empezaría por los jesuítas. Por lo que hace á los tiempos recientes, los vaticinios compulsados son tan caóticos como ilusorios, coincidiendo en el anuncio de grandes catástrofes y en el advenimiento de un gran Rey, de la rama de los Naundorf ó Borbones supuestos, aliado de un gran Papa.

La mayor parte de los profetas son solitarios, vírgenes ó monjes, sin relieve mundano. Hay que exceptuar algunos, entre los que merece especialísima mención el Conde de San Germán, hombre realmente extraordinario, muy de otro modo que Cagliostro y que Cazotte, gentilhombre misterioso, tan elegante como astuto y entendido. Tenía el talento de contar anécdotas históricas con gran lujo de pormenores, y se mezclaba en ellas como si hubiera estado presente, haciendo creer que tenía más de mil años. Se supone que murió en 1780, pero hechos proféticos auténticos que se le atribuyen son muy posteriores, y los teósofos, que le colocan entre sus maestros, afirman que vive todavía retirado en Venecia y que pronto volverá á la vida política, como lo anunció á Luis XVI. Los hechos

que siguen los ha tomado Julio Bois de cuatro tomos auténticos, *Recuerdos de María Antonieta*, escritos por su amiga íntima la Condesa de Adhemar, y son casi desconocidos.

Era en los comienzos del reinado de Luis XVI, durante el ministerio Maurepas; un domingo estaba la señorita de Adhemar á las ocho de la mañana arreglándose para ir á misa, cuando su doncella la anunció que un caballero deseaba hablarla; no se explicaba una visita tan intempestiva cuando se presentó el Conde de San Germán, á quien se creía muerto, con el nombre de señor de San Noel. En seguida se habló de política, y el Conde echó de menos á Luis XV, por él y por Francia.

—No es de esa opinión la nación—replicó la dama,—pues cuenta con el nuevo reinado para su felicidad.

— Es un error. Ese reinado le será fatal. «Se ha formado una conjuración gigantesca que todavía no tiene jefe conocido, pero que aparecerá dentro de poco; el objeto es nada menos que la derrocación de lo existente; hay mala voluntad por parte de la familia Real, del clero, de la nobleza, de la magistratura; todavía, sin embargo, es tiempo de detener el complot, luego será imposible.»

El Conde suplicó á la señora de Adhemar pidiese á la Reina una entrevista, y otorgada la audiencia no sin trabajo, dijo el Conde:—Señora: El partido enciclopedista desea el poder; no lo obtendrá sino por la caída del clero, y para asegurar este resultado derribará la Monarquía; el partido, que ha buscado un jefe en un miembro de la familia Real, se ha fijado en el Duque de Chartres. Este Príncipe será el instrumento de hombres que le sacrificarán cuando haya cesado de serles útil; le ofrecerán la Corona de Francia y encontrará el cadalso en lugar del Trono. Pero antes de ese día, ¡qué de crímenes y crueldades! Las leyes no servirán de protección á los buenos ni de terror á los malos; estos últimos cogerán el poder con sus manos ensangrentadas y abolirán la religión, la nobleza y la aristocracia.

—Entonces no quedará más que la Monarquía—dijo María Antonieta con impaciencia.

—Ni siquiera la Monarquía, sino una república famélica, que tendrá por cetro el hacha del verdugo.

—¡Caballero!—interrumpió la señora Adhemar—pensad en lo que decís y ante quién.

—No he venido—dijo Saint-Germain—á rendir homenaje á la Reina, sino á advertirla del peligro que amenaza al Trono. Pasaréis todavía tranquilos algunos años; luego, por todas partes surgirá la revolución.

Estas predicciones y otras no menos precisas recogidas por la señora Adhemar dan vivísimo interés á su relato. En 1789 le volvió á ver, tal como le había visto en 1760, y al anunciarle que la Reina perecería asesinada, predijo los sucesos de todo un siglo.—¿Qué será de Francia? Reino, república, imperio, estado mixto, atormentado, agitado, desgarrado; de tiranos hábiles pasará á otros ambiciosos sin mérito; el orgullo abolirá las distinciones, no por virtud, sino por vanidad, y por vanidad volverán; los franceses, como los niños que juegan á la honda, jugarán á los títulos, honores y cordones; y gentes de gran apetito devorarán la Hacienda: hoy se hace la Revolución en nombre de unos cincuenta millones de déficit del Tesoro; mañana, bajo la dirección de los filántropos y de los retóricos, la deuda del Estado será de miles de millones...

## HISTORIA

¿Está Inglaterra en decadencia?—Tal es la pregunta que se hace Carlos Giraudeau en la *Revue Bleue*. Es pronto quizá, se contesta, para emitir un juicio definitivo sobre las consecuencias de una guerra todavía no terminada. Pero es evidente que esta guerra ha metamorfoseado á los ingleses. Ese «pueblo de tenderos» se ha convertido en el más inconsciente de los corredores de aventuras.

Nunca los escrúpulos han ahogado al hombre de Estado inglés; pero antes tenían siquiera la disculpa de que no ejecutaban una mala acción que no fuese un buen negocio; si no retrocedían ante ningún medio, era por estar seguros de que el negocio daría de sí para pagarlo todo. Ahora no hay nada de eso. Se ha ido á la guerra sin saber lo que esa guerra podía ser, creyendo que se trataba de un simple paseo militar, que empezaría el 11 de Octubre de 1899 para acabar en Navidad. Y la guerra sigue, y el pueblo inglés marcha tras de Chamberlain y de Cecilio Rhodes, que acaso haya sido llamado el Napoleón del Cabo porque Inglaterra deba encontrar en el Africa del Sur la misma resistencia que el Gran Ejército encontró en las sierras de la Península contra aquellas guerrillas españolas que iniciaron la ruina del Coloso.

Y el pueblo inglés sigue gritando y pagando. Y en esto es en lo que resulta incomprensible esta transformación de la raza. Esos negociantes rapaces entregan sus economías y no piden cuentas. Y los impuestos suben, y los empréstitos crecen, y las necesidades aumentan. Y John Bull no dice nada. Os digo que han cambiado á ese viejo John Bull, y que ni el mismo Punch le reconoce. Y no se contentan con arruinar á John Bull, que ha gastado en cuatro años las economías hechas en cincuenta; era libre, y ya no lo es: el *Habeas corpus* es ya sólo una vana palabra; Miss Hobhouse, por denunciar las atrocidades contra los boers, es detenida; en el Cabo los periodistas son encarcelados, llevados ante Consejos de guerra y condenados por el solo crimen de haber publicado noticias verdaderas, pero no pasadas por el tamiz de la censura; y el Parlamento del Cabo no se convoca, con flagrante infracción de la ley constitucional y el presupuesto no se vota, y los ingleses encuentran natural todo esto.

John Bull se ha quedado sordo y ciego. Sabe que sus Ministros le han engañado cuando le anunciaron el fin de la guerra para escamotear las elecciones; sabe que le han seguido engañando, y se aguanta. Es imperialista, y con eso le

basta. «No sabemos—decía Salisbury en 1897—cuál es nuestro porvenir; sentimos que somos instrumento de un gran experimento; antes de nosotros ha habido emigraciones y colonias, pero esos imperios no han durado nunca. Nosotros intentamos en este momento histórico el ensayo de mantener semejante imperio sobre la base de la buena voluntad, la simpatía y el afecto mutuos.»

Hace cuatro años eso podía pasar por verdad; hoy son viejos recuerdos, pero recuerdos proféticos. «Las colonias gobernadas injusta é imprudentemente están condenadas á separarse de la metrópoli.» El Cabo está irremisiblemente perdido para Inglaterra; triunfen ó sucumban los boers, el Cabo no perdonará á Inglaterra su felonía, su cobardía y sus crueldades, ni podrá ya creer en promesas ni compromisos. Malta, tras un siglo de dominación, es tratada como país conquistado, negándose á sus habitantes el derecho de emplear su lengua nativa; y en Australia no quieren recibir artesanos ingleses, y los productos de Inglaterra son tratados como extranjeros. Inglaterra no es ya «el instrumento del gran ensayo» de que hablaba Salisbury; es una de tantas potencias coloniales como todas las que la han precedido, y el mismo Salisbury lo ha dicho: «El hecho histórico es que esos imperios no han durado nunca».

¿Ha llegado la hora del decisivo declinar para el Imperio británico? Algunos lo piensan, muchos lo esperan. Lo positivo es que no saldrá de esta crisis sino muy disminuído, aunque no deje en ella ninguna tira de su carne. Su prestigio militar está más que comprometido; sus Generales y Oficiales superiores han dado pruebas de una impericia y de una ignorancia que los ponen muy por debajo de cuanto pudiera imaginarse; sus soldados mismos han demostrado su falta de resistencia, no habiéndose visto jamás tantas capitulaciones á campo raso ante un enemigo numéricamente inferior. La experiencia ha demostrado que su material de guerra es deplorable, sobre todo en artillería, y se dice que sus navíos de guerra no están

mejor surtidos que sus baterías de campaña, afirmando muchos expertos que su Estado Mayor naval produciría, si se le pusiera á prueba, los mismos desengaños que el Estado Mayor de tierra, sosteniéndose que su inmensa marina cuenta muchas unidades como los contratorpederos *Viper* y *Cobra*, recientemente partidos en dos por una mar gruesa.

De todo eso se deduce que el poder británico, ese espantajo de Europa, no era más que un gran diablo que los obuses de los *longtoms* boers han hecho reventar. Eso es apresurarse un poco; el gran diablo sigue en pie y enseñando los dientes; lo que sí sabemos es que algunos de esos dientes son falsos, y que si John Bull se viese obligado á comer un *roatsbeef* algo duro, correria el riesgo de dejar en él parte de sus mandíbulas.

## CUESTIONES SOCIALES

El diario de un Obispo durante el Concordato. — Es curioso este libro de Fonsegrive, á juzgar por los extractos del mismo que publica la *Revista Iberoamericana de Ciencias Eclesiásticas*, por la lealtad con que expone el estado intelectual del clero el protagonista, que es un humilde párroco elevado por sus méritos al Episcopado y que anota diariamente sus impresiones. Inspeccionando el Seminario, quiso enterarse por sí mismo del ponderado saber del profesor de Filosofía, y se encontró con una explicación rimbombante sobre la duda cartesiana, llena de *refellitur Cartesius, refutatur Cartesius.*

Al salir de la clase, el Obispo dice al Profesor: — Es muy curiosa esa teoría de la duda cartesiana, ¿verdad, Sr. Profesor? Es lo que llamaban duda hiperbólica, ¿no?—Perdone, ilustrísimo señor: se llama duda metódica.—¿Está usted seguro de que él la llama así?—Ciertamente, señor.—¿ Y dónde se halla exactamente esa expresión? ¿Se acuerda usted?—En todas partes, señor: en el *Discurso del método,* en las *Meditaciones*, en los *Principios*.—¡Ah! ¿Cree usted? Si halla usted

el pasaje , haga usted el favor de enseñarmelo en el texto mismo.—Pero ¿tenemos aquí algún Descartes? — Seguramente, creo yo, por más que ese autor no sea para nosotros de gran utilidad—Para mí—dice el Obispo—era bastante; aquel elocuente Profesor no conocía á Descartes. En la clase de Teología y de Historia eclesiástica, poco más ó menos, el espectáculo era el mismo.

Visitando luego el Seminario menor, dijo el Obispo claramente lo que le parecía que no iba bien, á lo que respondía el Rector:—¿Es tan urgente infundir á los sacerdotes el gusto por la ciencia? ¿Piensa S. I. que será útil desarrollar en ellos el espíritu crítico? ¿No se harán de ese modo inquietos, desobedientes, díscolos, murmuradores y tal vez rebeldes? La inocencia de costumbres, la docilidad, la piedad, me parecen á mí las virtudes más esenciales en un sacerdote.

Y el Obispo replicaba:—Mi querido Rector, yo no creo que la ciencia pueda perjudicar á la piedad. Conozco sabios muy piadosos; en otros tiempos la ciencia fue patrimonio del clero, *mester de clerezía*. No puedo creer que la inteligencia eche á perder nada. A la obediencia no la echa á perder: la obediencia no es efectiva sino cuando es inteligente, y sólo entonces es meritoria. ¡Dios me libre de servidores bien intencionados, pero imbéciles!... En cuanto al espíritu crítico, el verdadero, lejos de ser un mal espíritu, como usted teme, es un espíritu muy bueno; porque no consiste en no creer nada, en no admirar nada, sino que consiste en no creer sin razones valederas, en no admirar sin causa, en no obedecer más que á las autoridades.

La visita á las comunidades no tiene desperdicio y merece que transcribamos íntegro el Diario del Obispo:

. . . . . .

«*16 Diciembre.*—Hoy he visitado á nuestras comunidades. En cuanto al orfelinato, se impone una reforma. Está dirigido por unas religiosas que tienen aquí su casa matriz, y de las cuales soy, por tanto, el superior directo. He querido verlo

todo y lo he obtenido. Paréceme que se toma el medio por el fin y viceversa.

¿Cuál es, en efecto, el fin de un orfelinato? Educar huérfanos ó huérfanas y ponerlos en disposición de ganar honradamente la vida. Por tanto, es menester, ante todo, enseñarles un oficio, y es precisamente lo que aquí se olvida...

Pregunté á la Superiora qué se hacía de las huérfanas al salir de la casa.

—La mayor parte se colocan de doncellas ó de cocineras.

—Entonces ¿las enseñarán ustedes á guisar?

—Su Ilustrísima está de buen humor. ¿Cómo podríamos hacerlo? Cociendo patatas ó garbanzos no podrían aprender gran cosa.

—Sin duda. ¿Pero á lo menos las mayores irán por turno á la cocina para aprender á hacer sopas y preparar legumbres? ¿Hacen ellas el menaje? ¿Tienen idea de lo que es un mercado? ¿Saben de la compra?

—Pero, ilustrísimo señor, ¿cómo quiere...?

—Sin embargo, cada ocho días, por ejemplo, podría dárseles una lección práctica de cocina, sobre todo á las que están para salir. Siempre tendrá usted algunas enfermas á quienes mimar, y esos platos servirían para ellas. Yo oía decir á mi madre, que lo entendía bien, que cuando una cocinera sabe arreglar una salsa más, ya sabe todo el arte de cocina. ¿Cree usted que sería muy difícil ó costoso enseñar á vuestras jóvenes á hacer una mayonesa ó una salsa tártara? Una mayonesa puede hacerse con cuarenta céntimos.

—¡Ay, señor! ¡Cuarenta céntimos son un capital para nosotras! Y luego nuestras jóvenes son un poco golosas. En cuanto gustaran estas viandas, querrían ya otra cosa mejor que nuestros guisos.

—Sí, pues yo he visto, hermana mía, al pasar por el obrador, jubones bordados y camisas de encaje. ¿No cree usted, pues, que alguna de estas jóvenes querría tener prendas semejantes? ¿Es esto menos peligroso?

La buena Superiora quedó un momento cortada; pero pronto se repuso, y dijo:

—Hay que vivir, señor. La lencería fina es la que nos mantiene. En la lencería ordinaria una obrera no puede ni aun con máquina ganarse el sustento. De este modo nuestras jóvenes, como dice muy bien Su Ilustrísima, tendrán al salir un oficio.

—¿Es verdad eso siquiera, mi buena hermana? Yo he visto hace poco á una joven en el obrador que, después de hacer unos ojales, pasaba el trabajo á otra que hacía un pespunte, y en seguida tomaba ella otra pieza y se ponía á hacer otros ojales. ¿Cree usted que una joven que no hizo en su vida más que ojales, será capaz de hacer un jubón ó una camisa?

Yo hablaba muy serio. La Superiora se callaba y parecía pensativa...

—Yo sé que usted y las hermanas quieren sinceramente hacer el bien, pero tengo por cierto que vuestro instituto se ha desviado... Esta pequeña ganancia ha parecido á ustedes un recurso esencial; han temido disminuirla y han trabajado por aumentarla, y eso es lo que ha viciado todo, porque de allí ha venido la división excesiva del trabajo y la especialización de las obras; en una palabra, el olvido del fin primario.

Debían ustedes formar á las jóvenes para el trabajo y para la piedad. Deberían ustedes ser para ellas unas madres. Si una joven sale de aquí sin saber ganar su vida, no han logrado ustedes el fin.

Nada de especialización precoz: que todas sepan un poco de todo y bastante bien...

—Entonces, señor, ya podemos cerrar el convento; de aquí á seis meses no habría nada que comer.

—Se engaña usted, hermana. Habrá aquí de comer mientras lo haya en otra parte... Entonces venid á mí, y si yo no tengo, iré á pedirlo para ustedes...»

Interviniendo en una discusión entre un dominico y un jesuíta durante una comida, decía á éste:

—«Pero, mi buen Padre—dije yo:—¿no cree usted que es perder el tiempo el querer profundizar en estos misterios, y que sería mejor emplearlo en fortalecernos para la lucha con los verdaderos enemigos?

En otro tiempo, cuando el catolicismo no era discutido, podía entretenerse la vida intelectual por medio de esas luchas interiores. Pero ahora tenemos bastante con luchar contra el enemigo de fuera. Paréceme que hoy debían cesar todas las rivalidades entre las Congregaciones y clero parroquial—los párrocos aplicaron el oído—y entre unas y otras Congregaciones. Empleamos en suplantarnos los unos á los otros, en disputarnos la influencia sobre las almas, aquellas fuerzas que debíamos emplear en la conversión de los infieles. Cada cual quiere extender su influencia y su clientela—para el bien, lo concedo;—mas ¿por qué no conquistar á masones ó librepensadores en lugar de lanzarse sobre las tierras del vecino?

Todos callaban y observaban. El dominico miraba de reojo al jesuíta; éste parecía muy ocupado en arreglar su cubierto; los párrocos paseaban sobre los religiosos y sobre la mesa miradas circulares y triunfantes; los canónigos y arciprestes se miraban unos á otros y esforzaban su atención.

El jesuíta, por fin, habló:

—No creo, señor, en la existencia de esas luchas y de esas rivalidades internas. Cada escuela, cada Orden religiosa, tiene sus preferencias teológicas, pero nadie trata de sustituir su influencia á la de otra Orden.

—Seguramente nadie quiere quitar á otro su clientela—añadió el dominico.

—«Clientela»—dije yo—es una palabra inexacta. Yo la tomaba en su sentido antiguo. Entonces, mis reverendos Padres, ¿creen ustedes que no hay ninguna rivalidad entre unas y otras Órdenes, y entre éstas y las parroquias?

—Lo que es nosotros—observó el párroco de la catedral,—no queremos ni podemos ser rivales de nadie. Pero, desgraciadamente, hay que confesar que con tantas capillas, con

tantos lugares de culto, están desiertas las funciones parroquiales. A muchos de nuestros mejores feligreses no los vemos más que en los bautizos, en los matrimonios, en los entierros. Hay aquí un mal; nuestras fábricas pierden mucho, y no sé si la religión ganará algo.

—Sin embargo, señor Cura—dijo el dominico,—los religiosos, al tomar una parte del cargo parroquial, le hacen menos pesado. ¿Qué habría usted hecho estos días con sus coadjutores si hubiese tenido que confesar á tanta gente como ha ido á los Capuchinos?

—¡Oh! esos buenos Capuchinos—dijo el párroco,—esos ya son otra cosa. Lo que digo es que la parte más piadosa de m parroquia no viene á la Catedral ni aun los domingos. Es un dolor que un párroco no conozca á sus feligreses. La Parroquia es el órgano religioso establecido por los Concilios. Debía fomentarse la vida parroquial. Hoy está empobrecida con tantos desagües. Está anémica: lo mejor de su sangre va á parar á otra parte.

¿Y no cree Su Ilustrísima que es duro, para un encargado de almas, el ver que no ejerce influencia en la porción más escogida de sus parroquianos? ¿Cómo puede organizar nada? ¿Cómo alimentar la llama de vida, si todo ardor y entusiasmo se va á otra parte?

¿Creería Su Ilustrísima que no lejos de aquí hay un patronato dirigido por Hermanos de las Escuelas cristianas, el cual reune á casi todos los jóvenes de la clase obrera, y que el señor Cura ni siquiera conoce á estos jóvenes? Oyen misa en el patronato, hacen ejercicios espirituales en el patronato, se confiesan allí con el Capellán. Cuando quieren casarse, el párroco se sorprende al averiguar que cerca de él vivía un excelente cristiano, de cuyo celo habría necesitado muchas veces. ¿No hay aquí un mal?»

Renunciamos á seguir haciendo citas, porque las hechas bastan para formarse clara idea de la sinceridad que resplandece en este libro.

## PSICO-FISICA

Psicología del llanto.—El llanto no tiene por causa una emoción moral única—dice Camilo Melinand en *La Revue.*—Hay tres clases de llanto: el mecánico, el involuntario y el medio voluntario.

Hay casos, en efecto, en que se llora mecánicamente, por un bostezo, por un acceso de tos, por el olor de la cebolla, por las náuseas. La teoría fisiológica de este llanto es sencillísima: las lágrimas son una secreción normal constante, y el lloro no es otra cosa que un exceso de secreción, que se produce cuando hay contracción enérgica de los músculos del ojo. Así se explica el llanto del niño, relacionado con sus esfuerzos para gritar; más tarde, por la influencia del hábito y de la voluntad, se suprimen los gritos y quedan las lágrimas. A este llanto mecánico pueden referirse ciertos casos de lloro en el teatro; cuando el actor se expresa con calor y con sinceridad, lloramos á veces en efecto, sin que, en realidad, estemos conmovidos; y es que se produce, por la imitación inconsciente de la mímica del actor que hacemos, una contracción que provoca el llanto.

Además de estas lágrimas hay otras que expresan una emoción y que son absolutamente involuntarias, y que el vulgo, no sin razón, las relaciona con la tristeza. Esta explicación del llanto por la tristeza es verdadera, pero no es completa. Los casos en que se llora por la sola presión de un sentimiento son raros en el hombre adulto. Se ha sufrido una gran desgracia, se hacen esfuerzos violentos para soportarla, pero llega un momento en que la tensión se hace insoportable y surge el llanto y se confiesa uno vencido; se ha soportado sin llorar una desgracia, y basta entonces una palabra de simpatía, una queja, la llegada de un amigo, para que el dolor se deshaga en lágrimas; y es porque se estaba en el último límí-

te del dolor tolerable, en un estado de sobresaturación de dolor; la compasión también arranca lágrimas, pero casi únicamente en el teatro, pues en la vida real la compasión se fatiga ó se aparta antes de llegar al grado de intensidad necesaria para provocar el llanto. En cuanto á las emociones tiernas, como un *reconocimiento* en el teatro, hacen también llorar, y sabido es que se llora de alegría, aunque ese llanto no sea tan frecuente.

Hay, pues, que completar la explicación vulgar de las lágrimas por la tristeza, diciendo que la causa del llanto es una distensión brusca que sucede á una emoción muy dolorosa. El hecho es evidente en los casos de extremo sufrimiento físico: un hombre soporta una operación sin llorar, y luego, cuando todo está concluído, la distensión se produce y las lágrimas brotan. Ribot se inclina á creer que las lágrimas corresponden, no al dolor mismo, sino á la reacción que sigue al dolor; las lágrimas están relacionadas con un aumento de la presión sanguínea, y en la tristeza no hay aumento, sino disminución de esta presión; la reacción que sigue es la que provoca la presión y el llanto.

Los llantos más frecuentes son los semivoluntarios; solos, no lloraríamos, y ante testigos lloramos. ¿Por qué? Dejemos aparte los lloros hipócritas, los llantos de comedia. Hay casos numerosos en que sentimos una emoción real, pero no irresistible; podemos no llorar y lloramos, y este es el llanto semivoluntario, del que pueden servir de ejemplo ciertas «lágrimas de conveniencia», como las que se derraman en un duelo. ¿Cómo explicar esta intervención de la voluntad? ¿Por qué se quiere llorar? Las lágrimas son un lenguaje, un medio de expresión; el que llora dice que sufre; por eso el llanto no siempre es fruto de una emoción, sino el objeto de esa emoción.

Observad á un niño que se acaba de caer; si el daño no ha sido grande se aguanta, y si está solo no llora; pero la madre corre, se lamenta y el niño rompe á llorar, para mostrar que es digno de la compasión que se le tiene, para que le mimen.

Observad á un niño á quien se acaba de reprender y que llora; podría callarse, pero llora por dos razones más ó menos claras para él: para enternecer á quien le ha reñido, á fin de que le consuele, y para conmover á los espectadores, protestando á su modo de la reprensión. Las lágrimas de las mujeres son casi siempre de esta especie. Cuando el marido, por ejemplo, ha proferido alguna frase brutal ó mortificante, la mujer llora, y llora sin duda porque su disgusto ó su despecho son intolerables; pero también para enternecer al bárbaro, para despertar sus remordimientos. Los hombres mismos lloran también á veces con intención, como cuando llega el momento de una separación, por ejemplo; claro es que aquel llanto es fruto del dolor sentido, pero es también algo así como una tentativa desesperada para retener al que se va.

El llanto es un lenguaje, y las explicaciones dadas se armonizan perfectamente con la teoría de Darwin, de que las lágrimas se relacionan con el grito; si originariamente son inseparables del grito, ¿qué es el grito sino un lenguaje de alarma? Esta teoría concuerda también con la de Schopenhauer, algo estrecha, pero ingeniosa; según él, las lágrimas son la expresión de la piedad, de la compasión de sí mismo. En efecto; si lloro por mí, no es la percepción de mi dolor la que me hace llorar, sino la reflexión sobre mi suerte, que me parece lamentable; si lloro por otro, es porque me pongo en su lugar y tengo compasión de mí mismo.

El llanto es casi lo opuesto al rubor; las lágrimas expresan una emoción que á veces queremos revelar y que nunca intentamos ocultar; el rubor expresa, á pesar nuestro, una emoción que nos esforzamos por ocultar, ya proceda de modestia, de timidez, de pudor ó de vergüenza; cuando uno se ruboriza, desea quede secreta su emoción; cuando llora, desea revelarla. Ni podemos ruborizarnos á voluntad, ni impedir el rubor. ¿Qué se diría de un autor dramático que acotara un pasaje diciendo: «(aquí el personaje se ruboriza)»?

Comparando el llanto con la risa, se ve que, á pesar de la

oposición, hay cierta semejanza entre ambas manifestaciones: hay una risa involuntaria, la carcajada incoercible; hay una risa falsa, la risa embustera; y hay una risa semivoluntaria, lo mismo exactamente que en el llanto. La alegría predispone á la risa; pero sin forzar los términos, no puede decirse que un *quid pro quod,* un borracho que se tambalea, un traje anticuado, una cabriola de clown, un ronquido en una asamblea, nos produzcan alegría; y sin embargo, nos hacen reir. La risa, como nota Hobbes, tiene siempre algo de «orgullo repentino», de sentimiento de nuestra superioridad con ocasión de las debilidades ajenas, como las lágrimas son una confesión de nuestra propia debilidad. La significación de la sonrisa es distinta, pero no deja de tener analogía con las lágrimas; varía según que se sonríe *á* alguien ó se sonríe *de* alguien; en el primer caso indica simpatía, benevolencia; en el segundo, desdén respecto del objeto de la sonrisa é inteligencia á la vez con los espectadores. Por lo demás, la diferencia es evidente: la sonrisa no expresa compasión sino por excepción, y nunca indica dolor; las lágrimas, por el contrario, son esencialmente, no el efecto mecánico, sino el lenguaje del dolor y de la compasión.

## LITERATURA

Un verdadero poeta.—Podemos casi envanecernos de su descubrimiento. Mucho antes de que el Jurado calificador de los Juegos florales de Salamanca proclamara su nombre, le habíamos nosotros señalado á la pública atención, y hoy, al tropezar en la *Revista Teresiana* con otro de los productos de su ingenio, no podemos resistir al deseo de transcribir las hermosas estancias del *Cristu benditu*, impregnadas de verdadera poesía, para que los lectores de La España Moderna puedan saborearlas.

No lo haremos, sin embargo, sin una observación, relativa al lenguaje empleado por Galán en esta poesía. Este lenguaje

nos parece algo artificioso, mezcla, dentro de su fondo charro, del asturiano por sus terminaciones en *u*, del cántabro por sus desinencias en *i*, del leonés por sus pretéritos sincopados, y del extremeño por sus consonantes guturales y aspiradas. ¿Es que se habla de ese modo en Guijo de Granadilla ó en algún cantón de Extremadura? Lo dudamos mucho, y es lástima que las formas de la poesía no sean francamente castellanas, ó no respondan por lo menos á un tipo exacto de un dialecto castellano, sin hibridismos. En todo caso, hay en la misma deformación de los vocablos tesoros enteros de observación, dignos de los más pacientes estudios de los fonetistas, y el vocabulario adoptado imprime al conjunto un sello de originalidad y un sabor tan especial que no deja de tener su encanto. He aquí la poesía del laureado vate salmantino D. José María Gabriel Galán:

## EL CRISTU BENDITU

I

¿Ondi jueron los tiempos aquellos,
que pué que no güelvan,
cuando yo juí presona leía
que jizu comedias
y aleluyas tamién y cantaris
pa cantalos en una vigüela?
¿Ondi jueron aquellas cosinas
que llamaba ilusionis, y eran
a'specie de airinos
que atontá me tenían la mollera?
¿Ondi jueron de aquellos sentires
las delicäezas
que me jizun lloral como un neni,
de gustu y de pena?
¿Ondi jueron aquellos pensaris

que jacían dolel la cabeza
de puro lo jondus
y enreãos que eran?
Ajuyó tuito aquello pa siempri,
y ya no me quea
más remedio que dilme jaciendu
á esta via nueva.
Ya no güelvin los tiempos de altoncis,
ya no tengo ilusionis de aquellas,
ni jago aleluyas,
ni jago comedias,
ni jago cantaris
pa cantalos en una vigüela...

II

Pensando estas cosas,
que me daban ajogos de pena,
una ves andaba por los olivaris
que la ermita del Cristu röean.
Tristi y aginao,
de la ermita me juí por la vera;
solitaria y abierta la vide
y entrémi por ella.
Con el alma llenita de jielis
con el pecho jechito una breva
y la cara jaciendu pucheros
lo mesmito que un niño de teta,
juíme ampié del Cristu,
me jinqué en la tierra,
y jiciendo la crus, recé un Creo
pa que Dios quisiera
jacelmi la vía
una miaja tan sólo más güena.
¡Qué güeno es el Cristu
de la ermita aquella!
Yo le ije dispues de rezali:
—¡Santo Cristu, que yo tengo pena,
que yo vivo tristi
sin sabel de qué tengo tristeza

y me ajogo con estos ansionis
y este jormiguillo que me jormiguea!
¡Santu Cristu querío del alma!
Tú pasastis las jielis más negras
que ha podío pasar un nacío
pa que tos los malos güenos se golvieran;
pero yo sigo siendo maletu
y á tí te lo digo lleno de velgüenza
pa que me perdonis
y me jagas entral en verea.
Tú, que estás en la Crus clavaito
por sel yo maleto, quítame esta pena
que drentu del pecho
me escarabajea!...
¡Jalo asina, que yo te prometo
jacelmi bien güeno pa que Tú me quieras!...

III

¡Qué güeno es el Cristu
de la ermita aquella!
Pa jacel más alegri mi via
ni dineros me dió ni jacienda,
polque ice la genti que sabi
que la icha no está en la riqueza.
Ni me jizu marqués, ni menistro,
ni alcaldi siquiera,
pa podel dil á misa el primero
con la ensinia los días de fiesta
y sentalmi á la vera del cura
jaciendu fachenda.
¡Pa esas cosas que son do fanfarria
no dá nada el Cristu de la ermita aquella!
Pero aquel que jiciendu pucheros
se jinqui en la tierra,
y, dispués de rezali, le iga
las jieles que tenga,
qui se vaiga tranquilo pa casa,
que ha de dali el Cristu lo que le convenga.

A mí me dió un hijo
que päeci de rosa y de cera,
como dos angelinos que adornan
el retablo mayol de la iglesia.
Un jabichuelino
con la cara como una azucena,
una miaja teñía de rosa
pa que entávia más guapo päeza.
Á mí me entonteci
cuando alguna risina me jecha
con aquella boquina sin dientis,
rëondina y fresca,
que paeci el cuenquin de una rosa
que se jabri sola pa si se la beza.
¡Uy, qué boca tan guapa y tan rica!
¡Paeci de una tenca!
A vecis su madri
en cuerinos del tó me lo quea,
se poni un pañali tendío en las sayas
y allí me lo jecha.
¡Paeci un angelino
de los de la iglesia!
Yo quería que asín, en coretis,
siempri lo tuviera,
y cuando su madri vuelvi á jatealo,
le igo con pena:
—¡Éjalo que bregui,
éjalo que puéa
raneal con las piernas al airi
pa que crïe juerza!
¡Éjalo que se esponji un ratino,
que tiempo le quea
pa enlisiarsi con esos pañalis
que me lo rivientan!
¡Éjamelo un rato
pa que yo lo tenga,
y le jaga cosinas bonitas
pa que se me ría mientris que pernea!
¡Que gozi, que gozi,
to lo que asín quiera;

que pa jielis, y ajogos, y aginos,
mucho tiempo quea!
Éjamelo pronto pa zarandëalo!
Ejame el mi mozu pa que yo lo meza,
pa que yo le cante,
pa que yo le duerma
al son de las guapas
tonás de mi tierra,
continas y dulcis
que päecin zumbíos de abeja,
ruíos de regato,
airi de alaméa,
sonsoneti del trillo en las miesis,
rezumbal de mosconis que vuelan
ú cantal dormilón de chicharra
que atonteci de gusto en la siesta...
¡Miále cómo bulli,
miále cómo brega,
miále cómo sabi
óndi está la teta!
Si conocis que tieni jambrina,
dali una gotera
pa que prontu se jaga tallúo
y amarri los chotos á puro de juerza.
¡Miáli qué prontino
jizu ya la presa!
¡Miále cómo traga; miá qué cachetinos
mentris mama en el pecho te pega!
¡Miá que arrempujonis dá con la carina
pa que salga la lechi con priesa!
Asin jacin tamién los chotinos
pa que baji el galro seguío y con juerza.
Ya se vá jartando; ¡miá cómo se ríe,
miále cómo enréa!
Jasta el garguerinu
la lechi le llega,
porque va poniendo cara de jartura
y el piquino del pecho ya eja.
Quítalo enseguía pa que no se empachi
y trai que lo tenga...

¡Clavelino querío del güerto:
ven que yo te quiera,
ven que yo te cante,
ven que yo te duerma,
al son de las guapas
tonás de mi tierra
pa que puéas cantalas de mozo
cuando sepas tocal la vigüela.
¡Venga el mi mocino,
venga la mi prenda!
¡Ven que yo te besi
con delicäeza,
ondi menos te piquin las barbas,
pa que no te ajuyas cuando yo te quiera,
ni te llorin los ojos, ni arruguis
esa cara más fina que séa,
ni te trinquis p'atrás enojao
si tu padri en la boca te besa...!

IV

Mujel ¡miá qui lindu
cuando ya está dormio se quea!
¿Tú no sabis por qué se sonríe?
Es porqui se sueña
que anda de retozos con los angelinos
en la gloria mesma.

V

¡Qué guapo es mi neni!
¡Ya no tengo pena!
¡Qué güeno es el Cristu
de la ermita aquella...!

## IMPRESIONES Y NOTAS

La psico-física en el Congreso fisiológico de Turín.—Interesantísimos han sido los trabajos de este Congreso, según la *Revista Iberoamericana de Ciencias Eclesiásticas.*

J. Gaule de Zurich ha dado á conocer los resultados de sus estudios sobre la «evolución periódica de la vida»; K. Ossawa, un japonés de Tokio, sus investigaciones sobre los zurdos; Waller, de Londres, sus experimentos sobre la electricidad vegetal; Sherrington y Srünbaum, de Liverpool, sus observaciones sobre la fisiología de la corteza cerebral de algunos monos; Juan Demoor, de Bruselas, la disociación de los fenómenos de sensación y de reacción en los músculos; Broca y Sulcer sus trabajos sobre la vista y el oído, y Marco Treres sus investigaciones sobre la sensibilidad térmica de las distintas mucosas. El estudio de Toulouse-Vaschide y Pieron sobre la «Clasificación de los fenómenos psíquicos desde el punto de vista de la experimentación»; el de Vaschide sobre «El tiempo de reacción simple de las sensaciones olfativas»; y las investigaciones para medir la profundidad del sueño de Sancte de Sanctis y Neyroz, de Roma, son también dignos de especial mención.

***

Las Corporaciones religiosas en España.—Creemos interesante recoger en un cuadro sinóptico, los datos publicados por la prensa periódica sobre las Corporaciones religiosas, cuyo establecimiento ha sido autorizado en España, con las fechas de las autorizaciones, Ministros que las otorgaron y fines de las mismas. He aquí esta estadística, tal como resulta principalmente de los documentos recogidos por el Sr. Walls y Merino, y publicados en *El Imparcial:*

## CONGREGACIONES DE VARONES

| FECHAS | MINISTROS | CONGREGACIONES | FINES |
|---|---|---|---|
| 9 Julio 1875 | Cárdenas | Dominicos | Enseñanza. |
| 17 Julio 1875 | Martín Herrera | Divina Pastora | Idem. |
| 24 Sept. 1875 | Idem | Herms. del Sagrado Corazón de María. | Idem. |
| 11 Enero 1877 | Idem | Capuchinos | Idem. |
| 6 Agosto 1877 | Calderón Collantes. | Pasionistas | Idem. |
| 3 Sept. 1877 | Idem | Carmelitas | Idem. |
| Idem. | Idem | Herms. menores de S. Francisco | Idem. |
| 12 Nov. 1877 | Idem | S. Alfonso M. de Ligorio | Idem. |
| 6 Agosto 1878 | Idem | Doctrina cristiana | Idem. |
| 27 Nov. 1878 | Idem | Redentoristas | Misiones. |
| 15 Febrero 1879 | Bugallal | Trinitarios | Contemplación. |
| 16 Marzo 1880 | Idem | Benedictinos | Idem. |
| 25 Junio 1880 | Idem | Trapenses | Idem. |
| 23 Enero 1881 | Idem | Misión del Sag. Cor. de Jesús y María | Misiones. |
| 9 Nov. 1881 | Alonso Martínez | Misioneros de Africa | Idem. |
| 19 Julio 1882 | Idem | Herms. de la Protectora | Idem. |
| 13 Dic. 1883 | Romero Girón | Jerónimos | Enseñanza. |
| 8 Febrero 1884 | Silvela | Agustinos recoletos. | Contemplación. |
| 10 Enero 1885 | Idem | Herms. de la Sagrada Familia | Enseñanza. |
| 13 Julio 1885 | Idem | Mercenarios | Caridad. |
| 9 Febrero 1888 | Alonso Martínez | Hermanitos de María | Enseñanza. |
| 9 Sept. 1892 | Cos-Gayón | Hijos de la Sagrada Familia | Idem. |
| 25 Octubre 1892 | Capdepón | S. Francisco de Sales | Idem. |
| 6 Febrero 1893 | Montero Ríos | Capuchinos | Contemplación. |
| 25 Octubre 1893 | Idem | Capuchinos de la 3.ª Orden | Idem. |
| 21 Mayo 1900 | Vadillo | Oblatos de María Inmaculada | Corrección. |
| Anteriores | » | Escolapios | Enseñanza. |
| » | » | Jesuítas | Idem. |
| » | » | Franciscanos | Idem. |
| » | » | S. Vicente de Paul | Caridad. |

## CONGREGACIONES DE MUJERES

| | | | |
|---|---|---|---|
| 23 Nov. 1876 | Martín Herrera | Ursulinas | Enseñanza. |
| 21 Marzo 1877 | Calderón Collantes. | Salesas | Idem. |
| 12 Octubre 1877 | Idem | Herms. de la Doctrina cristiana | Idem. |
| 10 Julio 1880 | Bugallal | Hermanas de la Cruz | Idem. |
| Idem. | Idem | Esclavas de Ntra. Señora de las Merds. | Idem. |

| FECHAS | MINISTROS | CONGREGACIONES | FINES |
|---|---|---|---|
| 25 Febrero 1881 | Alonso Martínez... | Siervas de Jesús.... | Enseñanza. |
| 21 Abril 1881 | Idem..... | Sagrado Corazón de Jesús y María .... | Idem. |
| 21 Marzo 1885 | Silvela..... | Herms. del Sagr. Corazón de Jesús.... | Caridad. |
| 20 Nov. 1885 | Idem..... | Herms. de ancianos desamparados .... | Idem. |
| 10 Sept. 1887 | Alonso Martínez... | Franciscas de la divina Pastora..... | Idem. |
| 10 Nov. 1887 | Idem..... | Cristo Rey..... | Enseñanza. |
| 9 Nov. 1890 | Villaverde..... | Herms. de la Caridad | Caridad. |
| 6 Febrero 1893 | Montero Ríos..... | Ntra. Sra. del Buen Pastor ..... | Corrección. |
| 19 Abril 1893 | Idem..... | Esclavas Inmac. Corazón de María... | Enseñanza. |
| 30 Abril 1893 | Idem..... | Compañía de María. | Idem. |
| 1 Mayo 1893 | Idem..... | Comp. de Sta. Teresa de Jesús..... | Idem. |
| 1 Julio 1893 | Capdepón..... | Visitación..... | Caridad. |
| 25 Nov. 1893 | Idem..... | Clarisas de la divina Pastora..... | Idem. |
| 7 Dic. 1893 | Idem..... | Agutinas de la Asunción..... | Idem. |
| 9 Nov. 1894 | Maura..... | Herms. de la Caridad de Santa Ana..... | Idem. |
| 15 Marzo 1895 | Idem..... | Escl. conc. del divino Corazón de Jesús. | Enseñanza. |
| 18 Agosto 1895 | Canalejas..... | Justinianas..... | Idem. |
| 15 Febrero 1898 | Groizard..... | Madres de los desamparados..... | Caridad. |
| 22 Febrero 1898 | Idem..... | Orden 3.ª de la Merced..... | Enseñanza. |
| 3 Enero 1899 | Idem..... | Escl. de la Natividad de Nuestra Señora | Idem. |
| 19 Abril 1899 | Durán y Bas..... | Terciarias de San Francisco de Asís. | Idem. |
| 2 Junio 1899 | Idem..... | Oblatas del Santísimo Redentor..... | Corrección. |
| 24 Julio 1899 | Idem..... | Hijas de Jesús..... | Enseñanza. |
| 1 Agosto 1899 | Idem..... | Franciscanas de Santa Clara..... | Idem. |
| 7 Nov. 1899 | Torreanáz..... | Escl. del Sagr. Corazón de María..... | Idem. |
| 6 Marzo 1900 | Idem..... | Inmaculada Concepción de María..... | Idem. |
| 21 Mayo 1900 | Vadillo..... | Terciarias carmelitas de Sta. Teresa.... | Idem. |
| 18 Octubre 1900 | Idem..... | Terciarias dominicas de la Anunciata... | Idem. |
| Idem. | Idem..... | Hijas de S. José..... | Caridad. |

Todavía faltan en este cuadro algunas otras autorizaciones, como las de los Premostratenses ó Mostenses, Camilos, Hijos del Inmaculado Corazón de María, Agustinas terciarias, Arrepentidas, Clarisas de Constantinopla, Hermanas de la Esperanza, Hermanas del servicio doméstico, Hermanitas de los pobres, Reparadoras, etc., sin contar las Comunidades autorizadas, con anterioridad á la Restauración, de Comendadoras, Benitas, Carmelitas, Claras, Agustinas, Dominicas, etc.

***

Los ingleses y sus colonias.— Stead, el valiente Director de la *Review of Reviews,* de Londres, uno de los pocos ingleses no contagiados de chamberlenismo ni embriagado por los vapores del imperialismo británico, publica en su Revista un trabajo interesante sobre «Los primeros resplandores del despertar nacional», en el que, después de recoger las conclusiones del poema de Rudyard Kipling, *The Islanders,* donde el famoso poeta tan celebrado por los jingos llama á sus compatriotas «nación de eunucos», da cuenta de la información abierta sobre la pretendida prosperidad de Inglaterra, en cuya información han tomado parte personas eminentes y competentísimas de todos los partidos.

Para los que sueñan con las delicias del yugo inglés no dejarán de servir de lección afirmaciones como las siguientes, que por su origen y por la autoridad de quienes las hacen y de quienes las publican, constituyen verdaderas confesiones: «La administración británica es la absorción perpetua de las riquezas de la India en provecho de Inglaterra.» «El resultado de la administración inglesa es el empobrecimiento de la masa general de la población y la cronicidad del hambre.»

***

CUBA BAJO LOS YANQUIS. — Triste es el consuelo, pero no deja de ser consolador para nosotros saber, por testimonio de extranjeros imparciales, lo que pasa en Cuba desde que ha dejado de ser colonia española.

Según afirma en *Le Correspondant* Alberto Savine, la miseria más espantosa reina en la isla de Cuba. De las 2.485.000 cabezas de ganado vacuno que antes había, no quedan hoy más que 376.000; los 584.000 caballos y mulas del tiempo de la dominación española se han reducido á 110.000, y los 570.000 cerdos á 358.000; el azúcar, que había llegado á una producción de más de un millón de toneladas, no llega hoy á 300.000; y la producción misma del tabaco ha bajado desde 560.000 balas á 375.000, llegando á convertirse los 3.400.000 hectáreas de terreno que antes se dedicaban al cultivo á 350.000 hectáreas, una décima parte tan sólo del cultivo anterior. ¡He ahí los resultados tan hermosos de la emancipación!

FERNANDO ARAUJO.

# NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**El desastre nacional y los vicios de nuestras instituciones militares,**
por EFEELE.

«No pueden, Señor: no pueden ni quieren. Hace veinte años que Francia no quiere ejército. Se ha matado en él el espíritu de sacrificio. *Se recoge lo que se siembra.*»

Estas palabras, dirigidas por un General francés á Napoleón III, mostrándole las tropas amontonadas alrededor de Sedán bajo los cañones prusianos, encabezan la obra cuyo es el siguiente juicio:

Entonces los franceses no podían ni querían; sesenta años antes sus vencedores tampoco habían podido ni querido, entregando, casi sin lucha, la Prusia entera al Capitán del siglo, en la famosa dispersión que siguió á Jena. Pero después de sus desastres, aquéllos y éstos, *quisieron* y *pudieron*. Estadistas y hombres de guerra, sintiendo oprimido el corazón por amarguras demasiado hondas para aplacarse con pasajeras declamaciones teatrales, dieron el hermoso espectáculo de consagrar voluntades é inteligencias á estudiar las causas de las catástrofes: con laboriosidad asombrosa, descubriendo virilmente propias miserias, sin asustarles lo duro del remedio. Y de las sombras de las derrotas surgieron albores de grandiosos renacimientos, que encumbraron al vencido de ayer á las alturas de un mañana resplandeciente de gloria y poderío.

Jena fue manantial donde nació una notabilísima literatutura militar origen de la reconstitución modelo que llevó á

Sadowa, á Sedán, á la Unidad Germánica. En Woerth, Metz, en la desmembración de Alsacia y de Lorena se cimenta el engrandecimiento actual de la nación allí humillada, logrado, sin batallas, por el estudio y la constancia. ¡Treinta años han pasado, y todavían estudian los franceses las causas del gran desastre!

También en esta pobre España resonó el grito de *regeneración,* pero, ¡ay! que ó no llegó á los corazones ó no supo mover nuestras flacas voluntades, cuando tres años han bastado para que nadie hable de *aquello;* cuando acaso no pasen de una docena los estudios (publicados) de la índole del que hoy damos á conocer. ¿Será que ni la catástrofe que hundió sin lucha á un pueblo que fué grande es suficiente para que aquí *queramos* y *podamos?...*

Espanta la respuesta que el juicio sereno y frío cree vislumbrar observando los hombres, los hechos y el espíritu nacional, si algo queda que merezca tal nombre; aterrador sería convencerse de que la indiferencia que nos corroe, el utilitarismo vil que agosta toda tendencia noble, y la pereza, rémora de todo impulso eficaz, nos han sumido sin remisión en marasmo sordo á las voces de los pocos que como el autor de «El desastre nacional...» se atreven á gritar la verdad, intentan encender apagados estímulos y despertar yacentes entusiasmos.

¿Y quién es ése que perturba nuestra tranquila holganza con lamentos y funestos augurios, hablándonos en tono que, según propia confesión, «sonará mal en los oídos de los que »van haciendo á gusto su camino, y, sobre todo, de los que »por este motivo se declaran espíritus superiores inaccesibles »á la impresionabilidad vulgar para no asentir á cosa alguna »que signifique mudanza ó corrección en *sus medios de vida*, »procedimientos y aspiraciones; y también es probable que »esa acusación de inmoralidad no sea grata á los débiles ó pe»rezosos que encuentran cómodo el dejar que todo siga por la »misma vía, si para separarlo de ella ha de exigírseles algún »esfuerzo?»

¿Quién...? Un hombre de buena voluntad, para el que no es el patriotismo neurósis pasajera, chispa fugaz, sino fuego inextinguible, calor que, siempre vivo, caldea el alma y da á la voluntad temple de acero: uno mal avenido «con el egoísmo »grosero de bajo vuelo que se opone á todo sacrificio indivi»dual»: uno de los primeros de un distinguido Cuerpo del Ejército: un incansable obrero de la inteligencia que lleva treinta años estudiando sin tregua: que en aquellas tres tierras que fueron españolas ha vivido en las épocas de desarrollo del odio incubado de larga fecha en los corazones de ingratos hijos de la nuestra; que asistió á la explosión de él, estudiando sus orígenes y desenvolvimiento con espíritu observador y crítico; que ha guerreado en Cuba y Puerto Rico contra la rebeldía y el invasor sin derramar la vista en menudencias, mirando hechos y causas desde arriba, abarcando amplios horizontes; un enamorado de la verdad, un apasionado del alma de su España, no del vil atavío con que nos la disfrazan torpezas, concupiscencias y egoísmos de los que tantos años la han regido: un espíritu recto, una conciencia estrecha, que dando á su país, en la contienda, inteligencia, corazón, salud perdida en ella, aún no cree cumplidos sus deberes; y á despecho del dolor físico, domeñado para continuar trabajando; sobreponiéndose á torturas del alma, aún más acerbas, olvida propias desdichas para pensar en las de su España, y halla en su voluntad bríos y aliento para estudiar y trabajar por ella: demostrando que todavía quedan españoles que *quieren* y *pueden*.

Tenemos este libro en el concepto del más completo y concienzudo trabajo publicado sobre la catástrofe desenlazada por el tratado de París; y no estudio que paso á paso desmenuce hechos aislados, sino análisis hondo de causas políticas, económicas, militares y sociales. Lleva por norte la verdad; y huyendo de egoísmos de clase, donde halla el mal lo muestra, señalando sus posibles remedios.

De cuatro partes consta:

La primera, «Preparación del Desastre», comienza con

antecedentes generales del movimiento separatista, base del subsiguiente estudio de las insurrecciones coloniales y de la elaboración del conflicto internacional que produjo su pérdida.

En la segunda, «La guerra con los Estados Unidos», se tratan la forma general de constituirla y su desarrollo á grandes rasgos en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, dando oportuno relieve á lo más saliente en cada uno de estos teatros.

La tercera, «Los Vicios de nuestras Instituciones militares», analiza puntos tan interesantes como espíritu militar, ascensos, recompensas y organización moral y material, examinando con notable imparcialidad y acertado criterio lo que por desgracia han sido y son, y lo que deben ser.

La última, «La Marina», dedícase á estudiar el gran papel que los defectos de la nuestra jugaron en el desastre, las causas de ellos y la precisión de remediarlos con urgencia en nación, cual la nuestra, que para no anularse ni perecer necesita hacer sentir cuanto sea y valga por lo que en los mares valga y pese.

En el desenvolvimiento de todas estas partes échase de ver en el autor conocimiento grande de los hechos y recta apreciación de ellos, aquilatándolos en su justo alcance; recto criterio que lleva á conclusiones virilmente formuladas, sin consideración á mundanales respetos, pero huyendo de personalismos; percepción clara del espíritu nacional, de las cualidades y defectos de los pueblos que fueron hijos nuestros, del carácter del enemigo, de extraña raza, que se alió con ellos, y de las mil causas, añejas unas, recientes otras, permanentes éstas y fortuitas aquellas, que dan al problema del *por qué* y del *cómo* del desastre complejidad tal, que para desentrañarlas, medirlas en su justo valor y sacar de ellas enseñanza, exige lento y reposado estudio, desapasionamiento y frialdad de juicio. Condiciones que, en esta obra, acredita su autor poseer en alto grado.

A guisa de aperitivo, para probar mucho mejor que con

elogios cuan interesantísimo es el libro, transcribiremos algunos párrafos.

Hablando de las causas políticas, dice:

«Una sola clase tiene forzosamente que ser fustigada con mayor rigor que las demás: la de los políticos de oficio. No es suya, ciertamente, toda la culpa, ni ésta debe repartirse por igual entre todos ellos... De buenas intenciones dicen que está empedrado el infierno, y sin duda que los políticos españoles han debido de contribuir en no pequeña parte á tan piadosa obra, previendo acaso que en su mayoría habrán de disfrutarla... Así se conquista el titulo de *muy amigo de sus amigos*, el más estimado de todos en la vida pública de España, y así se ha llevado ésta al punto en que hoy se halla...»

«... Por los procedimientos expuestos se ha llegado á la gran indisciplina social que ha acabado de minar el espíritu público, y con él nuestro ya exiguo poder material, hasta el punto de que no sólo se haya derrumbado éste de un solo golpe sin esfuerzo, apenas, de nuestros enemigos, sino de que también se haya hundido el escaso prestigio que á España le restaba. De ese modo quebrantada toda fe, y con el frío del desaliento en el corazón, hánse perdido los severos sentimientos necesarios para el cumplimiento de los deberes sociales y políticos, de los que casi nadie se preocupa. Por esto el patriotismo, de que los españoles han dado en todo tiempo notables muestras, aparece hoy moribundo.»

Sobre nuestras costumbres militares, dice en otro punto:

«... A los *muertos vistos*, ya antiguos en nuestras guerras, y bastante desacreditados, se había sustituído por algunos el novísimo sistema de los enterramientos. El error en el número de los muertos sepultados del enemigo se hace más difícil que en la cuenta de los vistos á mayor ó menor distancia. No puede, pues, negarse que esto constituye un verdadero progreso aun cuando también quepa el fraude por más de un concepto, Dios y la conciencia de cada cual saben á qué atenerse en todos los casos; pero con esta piadosa práctica de enterrar insu-

rrectos más ó menos auténticos, además de ganar el cielo, puede cualquiera ayudarse mucho para conquistar ascensos y hasta cruces de San Fernando...»

Acerca del desacreditadísimo juicio de votación para el ascenso, escribe:

«... Hoy por tí y mañana por mí, pareció ser á menudo la regla... Lo que debió servir de garantía contra tantos abusos sirvió, pues, de medio para realizarlos... Rota toda traba, se vieron cosas aún más estupendas. Hubo así algún cuerpo en el que la mayoría de sus individuos en campaña obtuvo el ascenso, sin que llegara á sucumbir uno sólo por el fuego ó el hierro enemigo; lo cual no es, ciertamente, indicio de mérito tan general y tan grande en achaques de guerra como aquello podrá hacer suponer. Se concedieron ascensos por *tres días* efectivos de operaciones; otros por hechos de armas en que había habido hasta *una* baja... y hubo asimismo casos en que por las condiciones de los agraciados, no parecía sino que se trataba de hacer la selección de cierta clase, *eliminando de ella por el ascenso los peores elementos*... ¡Oh, españoles dichosos á quienes los héroes les brotan cual los hongos!... Alguien se ha jactado sin recato de que habiendo estado siete meses en campaña, pero sin tener la suerte de haber visto sino una vez al enemigo... de lejos, volvían, sin embargo, sus *adláteres* y *paniaguados con siete* propuestas por barba. Es probable que esto no sea exacto. Probablemente habrá en ello exageración, por lo menos, para causar efecto y aparecer genial; mas cuando ciertas personas hacen chistes sobre estas cosas, ¿qué resultados habrán de esperarse?... Así se ha formado y se sostiene el pandillaje en el ejército; y así presenta éste, bajo la apariencia de una constitución regular, el aspecto y la organización efectiva de las cuadrillas del gran arte nacional, en las que cada cual trabaja con su maestro.»

Casi al final del libro, exclama:

«¡Ah! Es que si el loable y profundo espíritu de cuerpo se exagera y llega á degenerar en orgullo de clase que no reco-

noce derechos en los demás, ni se considera obligado á dar cuenta de sus actos en los asuntos de interés general, ya tengan ó no éstos carácter de especialidad, entonces, en el mar lo mismo que en tierra firme, se tiene hecho gran parte del camino para llegar también á desconocer ú olvidar otras cosas que conviene tener muy presentes. Y así, la funesta división de la humanidad en dos clases, la de los que usan el botón de ancla, y la formada por los que no lo llevan, división declarada de hecho y mantenida hasta aquí por muchos marinos, se ha convertido al fin en su propio daño.»

Percibiendo con claridad lo que el porvenir nos depara, dice después:

«O con Inglaterra, ó contra ella. Tal es el dilema en que pronto habremos de vernos envueltos, sin poder eludirlo, y que deberá ser resuelto con arreglo á los verdaderos intereses de la Nación si á ello aciertan nuestros hombres de Estado.»

Y en el término de la primera parte de la obra se hallan, entre otros, los siguientes párrafos tan bien pensados como hondamente sentidos.

«¡Ah! Es preciso haberse hallado sobre el terreno mismo del litigio, en el lugar del peligro, donde el amor á la patria se siente con mayor fuerza, y donde se veía su bandera rodeada de todos sus enemigos, declarados ó encubiertos, para medir toda la amargura de verla caer entre la algazara general y sin esfuerzo apenas por parte de aquéllos. Hay que haber sufrido una tras otra, como las sufrieron los buenos españoles que allí estaban, todas las crueles decepciones que la desatentada conducta de casi un siglo venía preparando para estos supremos momentos, para sentir con toda su pesadumbre la inmensa responsabilidad que por ellas caía sobre los hombres que guiaron esa conducta, y en primer término sobre los que á última hora la agravaron por su incuria y su debilidad. Así se puede comprender mejor cómo desmayaba el ánimo de muchos, que de otro modo, á pesar de nuestros vicios, habrían llenado su deber, al considerar la inutilidad del sacrificio, fal-

tos de la ayuda de todo aquello con que se suponía contar, sin cohesión en el empleo de los exiguos medios de que en realidad se disponía, y hasta pudiéndose lógicamente dudar de si en verdad existía en los altos poderes directivos la voluntad de resistir...»

«... Ahora, después de la catástrofe, soplan vientos de regeneración, en los que con la pretensión de barrerlo todo, casi siempre se perciben acentos de un positivismo que sólo busca el remedio en el fomento de la riqueza material. ¡Como si lo que ha faltado fuera el culto á intereses de esta clase! Precisamente la extensión y el exclusivismo de este culto, más que otra causa cualquiera, han engendrado aquella. *Se ha recogido lo que se había sembrado;* y así, en lugar de cerrar con doble llave el sepulcro del Cid, como se ha dicho, hay que abrirlo para que los efluvios de honor y patriotismo que de él emanen templen el alma de las nuevas generaciones españolas...

»Cuidemos, enhorabuena, con mayor esmero é inteligencia que hasta aquí, del desarrollo de la prosperidad nacional, haciendo de España un país laborioso en vez de un pueblo de políticos y empleados; pero combatamos á todo trance el grosero materialismo individual...

»En todo caso, si esta labor exige el sacrificio de algo de lo poco heroico que todavía nos queda, enterremos bien honda la peligrosa obsesión del heroísmo español (por mucho que nuestra historia la disculpe) con todo lo que pueden conducirnos á imitar á Don Quijote en su loco afán de aventuras, sin otros arreos que la famosa bacía, y por corcel el escuálido Rocinante.

»Seamos prudentes. ¡¡Pero no glorifiquemos, por Dios, á Sancho Panza!!»

Y basta; pues si lo dicho no es tanto como el libro merece, creémoslo suficiente para que se comprenda su importancia.

José de Elola.

**I trattati commerciali della Republica Fiorentina,** per Gino Arias.—Volume I (secolo XIII). Firenze, successori Le Monnier, editori, 1901. Un tomo de XXII-514 págs., 4 liras.

**Studi e documenti di Storia del diritto,** per Gino Arias.—Firenze, successori Le Monnier, editori, 1901. Un tomo de 166 págs., 2,50 liras.

No hace mucho tiempo, al dar cuenta en LA ESPAÑA MODERNA de otro libro del mismo autor que éstos, titulado *Las instituciones jurídicas medioevales en la Divina Comedia, de Dante,* encarecía yo las grandes y excelentes cualidades de historiador que con él demostraba tener Gino Arias, un joven, por cierto, recién salido de las aulas y el cual podía muy bien servir de espejo á lo que entre nosotros se llama—casi en absoluto á manera de antífrasis y como burla—«juventud estudiosa».

Las dos obras á que la presente nota se refiere me obligan á dar ahora por reproducido cuanto dije entonces, pues están hechas con la misma escrupulosidad científica que aquélla, con el mismo dominio del asunto, la misma penetración inductiva, igual fuerza generalizadora é igual *savoir faire* y arte.

Pero debo añadir aquí algo que entonces no pude afirmar, aun cuando lo sospechaba, y que no pude afirmarlo por desconocer la advertencia que va al frente del volumen *Los tratados mercantiles de la República Florentina.* Es lo siguiente: que si bien debe atribuirse mucha parte del resultado feliz á que, de estudiante ha llegado Arias, á sus propias condiciones de capacidad intelectiva, y quizá sobre todo á su índole de trabajador incansable, tenemos que reconocer igualmente en ello el influjo del factor educación. Si Gino Arias se nos presenta desde luego como una realidad, más bien que como una esperanza futura de buen historiógrafo, el fenómeno hay que ponerlo, por mitad cuando menos, en la cuenta de méritos de los maestros que ha tenido. El mismo estampa los nombres de éstos, como complaciente homenaje de gratitud, en una de las primeras hojas del más importante de los dos libros, diciendo que ellos—singularmente los profesores del Vecchio, Gaudenzi, Calisse y Casta, todos de la Facultad de leyes de Bolonia,

donde el autor ha hecho sus estudios—son los que le han enseñado á emplear el método científico de indagación histórica. ¿De cuántos de los profesores españoles podrán nuestros discípulos decir otro tanto, tan de verdad honroso para la enseñanza; en lugar de elogiarnos simplemente como buenos preparadores para exámenes y como engendradores espirituales, por lo tanto, de gentes superficiales, de vividores, parásitos, brujuleadores, holgazanes y prepotentes de toda laya? ¡Si á lo menos tuviéramos cara para avergonzarnos de lo que hacemos, al compararnos con lo que en otros sitios se hace...!

La primera de las publicaciones cuyos títulos quedan citados al principio de esta nota es una historia, muy ordenada y completa, de los tratados mercantiles que en el siglo XIII celebrara con otros municipios la poderosa República Florentina de entonces. Comienza el autor por exponer, en una primera parte, la historia externa, y luego, en la segunda parte, hace una circunstanciada historia interna ó del contenido de los referidos tratados (materia de represalias, de suspensón, de arbitraje, de subsistencias, de hacienda y de procedimiento). El otro libro es, principalmente, una relación histórica de los contratos bancarios celebrados en los siglos medios entre la Santa Sede y las compañías italianas de banqueros á la sazón existentes, sobre todo con la de los Bonsignori.

Ambos libros reproducen bastantes documentos originales recogidos por el autor en los archivos, y la parte tipográfica es tan excelente como la empleada siempre por la casa successori Lemonnier, y de la que he tenido ocasión de hablar ya otras veces en este mismo sitio.

P. Dorado.

---

**El sistema dactiloscópico,** por Juan Vucetich.—La Plata, 1901. Folleto de 54 págs., con 14 más de anejos explicativos.

El sistema de identificación antropométrica, inventado por M. Bertillon, es demasiado conocido, pues á la hora de ahora

se aplica ya en casi todos los Estados que se llaman cultos, incluso en España.

Lo que no se conoce apenas todavía es el sistema dactiloscópico, también de identificación personal, inventado por el inglés Mr. Francisco Galton, y con el cual hay muchísimas menos probabilidades de caer en error que con el *bertillonage*.

Se funda este sistema dactiloscópico, según lo indica su propio nombre, en el estudio de las impresiones digitales de los individuos que han de ser identificados, impresiones que no varían durante la vida del sujeto, ni aun por cierto tiempo después de muerto.

Funciona ya en Inglaterra, en la India y en algún otro sitio. También se emplea en Buenos Aires, por cierto con algunas modificaciones y perfeccionamientos introducidos por el Jefe de las oficinas de Estadística é identificación de la policía de aquella provincia, D. Juan Vucetich, y aprobadas por el propio Mr. Galton.

El Sr. Vucetich fue autorizado el año pasado, por el Jefe de policía de la provincia de Buenos Aires, D. Juan B. Ocampo, para dar en la Biblioteca pública de La Plata una conferencia explicatoria del sistema dactiloscópico, para imprimirlo después, al intento de difundir el conocimiento del mentado sistema.

La conferencia es la que contiene el opúsculo á que se refiere la presente nota. En él explica el autor más claramente, auxiliándose además de grabados intercalados en el texto y de cuadros que añade á éste por vía de apéndices ó anexos, la historia y el funcionamiento del sistema dactiloscópico; de manera que, con semejante escrito á la vista, puede uno enterarse perfectamente, sin gran trabajo, de la índole y mecanismo de un procedimiento tan ingenioso como útil y seguro de identificar á las personas, y en especial á los que ofrezcan algún peligro social, v. gr., á los delincuentes, que es á quienes se aplica principal y casi exclusivamente.

P. Dorado.

# INDICE


Págs.

*High-life* (novela), conclusión, por la Baronesa de Suttner..... 5

*Poetas americanos: Invierno*, por Laura Méndez de Cuenca..... 39

*El Congreso Panamericano en Méjico*, por Juan Pérez de Guzmán. 41

*Maese Pedro*, por Miguel de Unamuno..... 75

*Noticias históricas acerca de la seda*, por Joaquín Olmedilla y Puig. 85

*Conquistadores antiguos y modernos*, por Francisco Sosa..... 93

*Crónica literaria*, por E. Gómez de Baquero..... 155

*Revista de Revistas*, por Fernando Araujo..... 167

*Notas bibliográficas*, por José de Elola y P. Dorado..... 194

# BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFIA E HISTORIA

**Aguanno.**—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil, (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
**Alcofurado.**—Cartas amatorias, 3 pesetas.
**Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.
**Antoine.**—Curso de Economía social, 2 volúmenes, 16 pesetas.
**Aranjo Sánchez.**—Goya, 3 pesetas.
**Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El visitador del preso, 3.—El Delito Colecivo, 1'50.
**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
**Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pts.
**Bagehot.**—La Constitución inglesa, 7 ptas.
**Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 ptas.
**Boissier.**—Cicerón y sus amigos: estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pts.
**Buisson.**—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.
**Bunge.**—La Educación, 12 ptas.
**Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 ptas.
**Buylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.
**Carlyle.**—La Revolución francesa, tres tomos, 24 pesetas.
**Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
**Caro.**—Filosofía de Goethe, 6 pesetas.
**Champcommunale.**—La Sucesión Abintestato en Derecho internacional privado, 10 pesetas.
**Castro.**—El Libro de los Galicismos, 3 ps.
**Collins.**—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos. 15 pesetas.
**Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
**Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pts.—El Reformatorio de Elmira. (Estudio de Derecho penal), 3 pts.
**Dowden.**—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
**Eltzbacher.**—El Anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.
**Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
**Emerson.**—La Ley de la vida, 5 pesetas.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.
**Engels.**—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
**Fichte.**—Discursos á la Nación Alemana, regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
**Finot.**—Filosofía de la longevidad, 5 ptas.
**Fitzmaurice-Kelly.**—Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.
**Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 ptas.—La Ciencia social contemporánea, 8 ptas.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 ptas.
**Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 pts.
**Framarino.**—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.
**Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 ts., 15 ptas.
**Garnet.**—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
**Garofalo.**—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 ptas.
**George.**—Protección y librecambio, 9 ptas.
**Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pts.
**Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.
**Gladstone.**—Los grandes nombres, 5 ptas.
**Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.
**Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 ptas.—Las Favoritas de Luis XV, 6 pesetas.—La du Barry, 4 pesetas.
**González.**—Derecho usual, 5 pesetas.
**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
**Goschen.** Teoría sobre los cambios extranjeros 7 pesetas.
**Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.
**Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.
**Gumplowicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.
**Guyau.**—La Educación y la herencia, 8 ptas.—La Moral inglesa Contemporánea, 12 ptas.
**Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 ptas.
**Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
**Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
**Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 pts.
**Huxley.**—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 ptas.
**Ihering.**—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
**Janet.**—La Familia, 5 pesetas.
**Kells Ingram.**—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
**Kidd.**—La Evolución social, 7 pesetas.
**Kochs, Hirsch, Stokvis y Wirzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
**Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.
**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura de Derecho Romano, 7 pesetas.
**Lange.**—Luis Vives, 2'50 pesetas.
**Laveleye.**—Economía política, 7 ptas.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.
**Lemeke.**—Estética, 8 pesetas.
**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pts.
**Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pts.
**Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.**—La Escuela Criminalógica Positivista, 7 pesetas.
**Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.
**Macaulay.**—La educación, 7 ptas.—Vida, Memorias y Cartas, dos tomos, 14 ptas.
**Manduca.**—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
**Martens.**—Derecho Internacional, 3 tomos, 22 pesetas.
**Max-Müller.**—Origen y desarrollo de la religion 7 pesetas.—Historia de las Religiones, 8 pesetas.
**Meneval y Chantelauce.**—María Estuardo, 6 pesetas.
**Meyer.**—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia-Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa de España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
**Miraglia.**—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.
**Mommsen.**—Derecho público romano, 12 ps.
**Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
**Nansen.**—Hacia el Polo, 6 pesetas.
**Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.—La Genealogía de la Moral, 3 ptas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Humano, demasiado humano, 6 ptas.—Aurora, 7 pets.
**Novicow.**—Los despilfarros de las Sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la Raza blanca, 4 pesetas.
**Posada.**—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
**Renán.**—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
**Ricci.**—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 ptas.—Derecho Civil, dos tomos, 15 ptas.
**Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
**Ruskin.**—Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio.—La verdad.—La fuerza.—La belleza.—La vida.—El recuerdo.—La obediencia), y La Corona de Olivo Silvestre (El trabajo.—El comercio.—La guerra), 7 pesetas.
**Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 3 pesetas.
**Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 3 vols. 30 pesetas.—Estudios escogidos, 3 ptas.

**Sighele.**—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

**Sohm.**—Derecho privado romano, 14 ptas.

**Spencer.**—La Justicia, 7 ptas.—La Moral, 7 ptas.—La Beneficencia, 6 ptas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 ptas.—Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 ptas. El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las Leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 10 ptas.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 ptas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 pesetas.—Instituciones industriales, 8 pesetas.

**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

**Starke.**—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.

**Stead.**—El Gobierno de Nueva York, 3 ptas.

**Stirner.**—El Unico y su propiedad, 9 ptas.

**Sudermann.**—El Deseo, 3,50 ptas.

**Sumner-Maine.**—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas. 7 pesetas.

**Supino.**—Derecho Mercantil, 12 pesetas.

**Taine.**—Historia de la literatura inglesa: 5 vols. 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.—Los filósofos del siglo XIX, 6 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.

**Tarde.**—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

**Todd.**—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.

**Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.

**Varios autores.**—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez, Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió Tarde, Torres Campos y Vida).—*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas. Contiene grabados.

**Idem.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamente, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgás, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.

**Idem.**—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.

**Virgilii.**—Manual de Estadística, 4 pesetas.

**Vivante.**—Derecho Mercantil, 10 pesetas.

**Witt.**—Historia de Washington, 7 pesetas.

**Waliszewski.**—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.

**Westermarck.**—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

**Wilson.**—El Gobierno Congresional, 5 ptas.

**Wolf.**—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos volúmenes, 15 pesetas.

---

# OBRAS RECIEN PUBLICADAS

## POR LA ADMINISTRACION DE «LA ESPAÑA MODERNA»

**Virgilii:** Manual de Estadística, *4 pesetas.*—**Todd:** El Gobierno parlamentario en Inglaterra, *dos tomos, 15 ptas.*—**Eltzbacher:** El anarquismo según sus más ilustres representantes, *7 ptas.*—**Stirner:** El Unico y su propiedad, *9 ptas.*—**C. Ellis Stevens:** La Constitución de los Estados Unidos, *4 ptas.*—**Spencer:** Instituciones profesionales, *4 ptas.*—Instituciones industriales, *7 ptas.*—**Schopenhauer:** El Mundo como voluntad y como representación (segunda parte), *10 ptas.*—**George:** Protección y librecambio, *9 ptas.*—**Ruskin:** Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio.—La verdad.—La fuerza.—La belleza.—La vida.—El recuerdo.—La obediencia), y La Corona de Olivo Silvestre (El trabajo.—El comercio.—La guerra), *7 pesetas.*—**Taine:** Historia de la literatura inglesa. La Edad Moderna, *7 ptas.*—**Ricci:** Derecho Civil, *dos vols., 15 ptas.*—**Nietzsche:** Humano, demasiado humano, *6 ptas.*—**Finot:** Filosofía de la longevidad, *5 ptas.*—**Boccardo:** Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, *10 ptas.*—**Carlyle:** La Revolución francesa, tomo II, La Constitución. *8 ptas.*—**Novicow:** Los despilfarros de las Sociedades modernas, *8 ptas.*—**Wilson:** El Gobierno Congresional; Régimen político de los Estados Unidos, *5 ptas.*—**Fitzmaurice-Kelly:** Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900. *10 ptas.*—**Goncourt:** La Du-Barry, *4 ptas.*—**Taine:** Los filósofos del siglo XIX, *6 ptas.*—**Champcomunale:** La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado, *10 ptas.*—**Starcke:** La familia en las diferentes sociedades, *5 ptas.*—**Caró:** La filosofía de Goethe, *6 ptas.*—**Spencer:** La Moral de los diversos pueblos y la Moral personal; 3.ª edición, *7 ptas.*—**Lubbock:** El empleo de la vida; 3.ª edición, *3 ptas.*—**Witt:** Historia de Washington y de la fundación de la República de los Estados Unidos, *7 ptas.*—**Novicow:** El porvenir de la raza blanca, *4 ptas.*—**Max Müller:** Historia de las Religiones, *8 ptas.*—**Bunge:** La educación, *12 ptas.*—**Bagehot:** La Constitución inglesa, *7 ptas.*—**Laveleye:** El Socialismo contemporáneo, *8 ptas.*—**Nietzsche:** Aurora, *7 ptas.*—**Carlyle:** Revolución francesa, tomo III, *8 ptas.*—**Mommsen:** El Derecho penal romano *10 ptas.*

---

# LA ESPAÑA MODERNA

## AÑO XIV

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas nacionales y extranjeros, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

### CONDICIONES DE SUSCRICION

En España, seis meses, **diez y siete pesetas;** un año, **treinta pesetas.**—Fuera de España, un año, **cuarenta francos.** El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todos los abonos deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números publicados.

Se suscribe en la calle de Fomento 7, Madrid.

**Director: J. LÁZARO**

# TARJETAS POSTALES

PUBLICADAS POR

# LA ESPAÑA MODERNA

FOMENTO, 7, MADRID

## Cien obras artísticas, propiedad del Sr. LÁZARO

### Primera decena.

1—Escudo de España. Siglo XVI. Bordado.
2—La Marquesita de Roncali.
3—La Santa Faz. Plata. Siglo XVI.
4—Entrada en París de Isabel de Baviera. Vitela. Siglo XV.
5—Goya. La Torera. Dibujo.
6—Virgen con el niño y San Juan.
7—Tordwalsen. El amor coronando la belleza.
8—Metsys. La Virgen en oración.
9—Banco de la Catedral de Cuenca.
10—Beso maternal.

**PRECIO: 1,50 pesetas.**

### Segunda decena.

11—Gerard. La señorita Velázquez.
12—Salcillo. La Degollación de los Inocentes.
13—La Virgen del ramillete. Siglo XV.
14—Arcón gótico. Siglo XV.
15—L. de Vinci. La hija de Verrocchio
16—Rubens. Retrato de niño. Dibujo.
17 - Mueble de novios. Siglo XVI.
18—Virgen con el niño. Plata. Siglo XVI.
19—Página de un libro de oraciones. Siglo XV.
20—La señorita de La Vallière.

**PRECIO: 1,50 pesetas.**

### Tercera decena.

21—La Piedad.
22—Guardasecretos: Siglo XVI.
23—V. López: Retrato de su hijo.
24—Bargueño: Parte exterior.
25—Peter Nefs: Arrojando á los mercaderes.
26—Tiepolo: Dibujo.
27—Alfaro: D. Antonio de Solís.
28—Rembrandt: Maltratando á Cristo.
29—Lorena: Fiesta campesina.
30—Dorso de un espejo. Marfil.

**PRECIO: 1,50 pesetas.**

### Cuarta decena.

31—Reni: Melancolía.
32—Leoni: Carlos V.
33—Escenas de la Pasión.
34—Reloj Luis XVI.
35.—Una paloma.
36—Plata repujada y dorada. Siglos XVI y XVII.
37—Joanes: La bendición.
38—Armario de talla.
39—La reina Gabriela de Saboya.
40—Negroli: La máscara de hierro.

**PRECIO: 1,50 pesetas.**

## LOS CAPRICHOS DE GOYA

### Primera decena.

1—Francisco Goya y Lucientes.
2—El sí pronuncian y la mano alargan.
3—¡Que viene el coco!
4—Tal para cual.
5—Carnaval.
6—El petimetre y la maja.
7—El rapto.
8—Tántalo.
9—El amor y la muerte.
10—Los contrabandistas.

**PRECIO: 1,50 pesetas.**

### Segunda decena

11—La sopa boba.
12—¡Qué sacrificio!
13—La mala Consejera.
14—«Perdone por Dios...» ¡Y era su madre!
15—La media de seda.
16—Las desplumadoras.
17—Ya van desplumados.
18—El que la sigue la mata.
19—Sentencia de inquisición.
20—Si quebró el cántaro...

**PRECIO: 1,50 pesetas.**

Inmediatamente se publicarán: Tipos de belleza: Personajes célebres: Las maravillas del grabado, etc., etc.

**Nuestro propósito es: educar el gusto, cultivar la inteligencia y deleitar el espíritu.**

# LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 14. NUM. 162.

# LA

# ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE DE LAZARO

JUNIO, 1902

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
*Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.030.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de* La España Moderna.

# BLOQUEADOS POR LA NIEVE

NOVELA (1)

## I

Hacía ya algunos instantes que la diligencia de las Sierras, en medio de un silencio absoluto y de una oscuridad profunda, había comenzado la ascensión de la cuesta que conducía al puerto de la montaña. La masa opaca y confusa del carruaje, balanceándose sin ruido sobre sus muelles, parecía deslizarse y subir como si obedeciese á algún impulso misterioso y no

(1) Bret Harte, el célebre escritor norteamericano, acaba de morir en Inglaterra, cuando aún podía esperarse mucho de su fecundo ingenio y su original estilo.

El insigne novelista, cuyas obras han sido traducidas á varios idiomas y cuyo nombre figura, sin benevolencias, al lado de los más ilustres de literatos contemporáneos, fue al mismo tiempo uno de los artistas que más hayan vivido sus creaciones, y uno de los hombres que más hayan amado á la humanidad.

Bret Harte fue sucesivamente minero en California, fabricante de carbones, cajista de imprenta, editor de un periódico, director de otro, orador público, cuentista, novelista, y últimamente cónsul de los Estados Unidos en Londres: sus cuentos y sus novelas son páginas de la realidad en que ha vivido. Sus narraciones tienen el interés de lo real y el encanto del arte, sazonadas con una gracia exquisita, la gracia que brota, no del chiste premeditado ni del pergeño de las situaciones, sino de ese finísimo *humour*, propio de los grandes escritores, al encontrarse en presencia de lo eterno cómico de la vida.

tuviera ninguna relación material con los invisibles caballos que la precedían. Los corpulentos árboles, que bordeaban el camino, se acercaban súbitamente á la portezuela para alejarse en seguida con igual precipitación, y se destacaban un momento entre las sombras de la noche, pero de una manera tan fantástica y tan intangible, que hubieran podido pasar por vagos fantasmas, evocados en sueño por los viajeros adormecidos. La espesa capa de agujas de pinos, que tapizaba el camino, ahogaba todo rumor y destilaba, bajo la sorda trituración de las ruedas, soporíficos y aromáticos perfumes que entorpecían más aún á los pasajeros, mecidos por la prolongada ascensión. De repente se detuvo la diligencia.

De los cuatro pasajeros del vehículo, tres se irguieron súbitamente despertados. El cuarto, John Hale, que no dormía, se volvió bruscamente hacia la portezuela. Le pareció que dos de aquellos árboles fugitivos se habían de pronto inmovilizado, después que uno de ellos se agitaba de nuevo. La portezuela se abrió rápidamente, pero sin ruido, como por sí misma.

«¡Pie á tierra!», exclamó una voz en la sombra.

Todos los viajeros, á excepción de Hale, se estremecieron.

---

Pero lo verdaderamente característico de Bret Harte, como escritor y como hombre, es su constante afán de buscar resquicios de luz entre las más densas tinieblas, partículas de belleza entre montones de fealdad, rasgos, por insignificantes que sean, que puedan acusar un destello del bien entre las lobregueces del mal. Bret Harte palpita de alegría, y no tarda en comunicar su emoción á los lectores, cuando puede exteriorizar en sus escritos el movimiento noble de un alma miserable, el pensamiento honrado de un espíritu pervertido, la generosa acción de una sociedad mezquina. Meritísima aspiración que, adicionada á sus eximias dotes de literato, hace de Bret Harte un escritor digno de la mayor estima.

Algunas de sus obras han sido traducidas al castellano; pero las tres narraciones que ofrecemos á nuestros lectores, *Bloqueados por la nieve*, *El filón del vado del Diablo* y *Uno*, estaban inéditas en nuestro idioma.

En las tres se revela el genio del gran escritor, cuya muerte lloran hoy las letras americanas y todo el mundo literario.

EL TRADUCTOR.

El que estaba á su lado se llevó más que de prisa la mano derecha á la cadera, pero en seguida se detuvo. Uno de los árboles fantasmas acaba de acercarse al coche, y, lo que al pronto pareció una rama proyectada en ángulo recto, se delineó lentamente: era un fusil de dos cañones que apuntaba á la portezuela.

«Suelte eso», volvió á decir la voz.

El hombre que había realizado el movimiento se echó á reir, y su mano vacía cayó de nuevo sobre la rodilla. Los otros dos se encogieron de hombros, como jugadores que abandonan una partida perdida. John Hale, intrépido por temperamento, imprudente, sin experiencia, comprendiendo de pronto toda la verdad, concibió inmediatamente el proyecto de una resistencia desesperada. Pero antes de que hubiera podido hacer un solo ademán, se sintió instintivamente adivinado. El cañón del fusil se dirigió espontáneamente sobre él y al mismo tiempo tuvo la conciencia de inspirar á sus compañeros una irritación mezclada de sorpresa.

«¡Pie á tierra!», reiteró imperiosamente la voz.

Los tres viajeros se apearon. Hale, furioso, apercibido, pero impotente, les siguió. Vió con sorpresa, ante él, al mayoral y al postillón; no les había sentido bajarse: su mirada buscó el tiro, pero no distinguió á los caballos en la sombra.

«¡Levantad las manos!»

Uno de los viajeros había ya alzado maquinalmente las suyas con aire de fastidio. Los otros le imitaron torpemente y á regañadientes, pero se comprendía que se hallaban más penetrados del ridículo de su actitud, que afectados por el pensamiento de un peligro posible. Los rayos de una linterna sorda, hábilmente dirigidos por dedos invisibles, iluminaban vivamente los rostros y las siluetas de los pasajeros, dejando á los salteadores en la oscuridad. A pesar de la calma imponente de la noche y del silencio, aquel grupo humano, ampliamente iluminado, era más grotesco que terrible. Un fragmento de periódico, un resto de emparedado, una mondadura de

naranja, que se habían caído de la diligencia, lanzaban su nota chillona y risible en aquella escena nocturna.

«Hay entre vosotros uno que lleva un fajo de billetes», dijo la voz con una frialdad oficial que daba á sus palabras el carácter de una investigación aduanera. Los viajeros se miraron entre sí, después sus ojos se fijaron en Hale.

«No es *ese* —añadió la voz, acentuando el pronombre con un ligero desprecio.—Ganarían tiempo, señores, y simplicarían la tarea obrando espontáneamente. Si nos obligan á registrarles uno después de otro, tendremos que cobrar nuestro trabajo.»

La significativa amenaza produjo su efecto. El viajero que trató de empuñar un arma cuando la diligencia se detuvo, se llevó la mano al pecho.

«El otro bolsillo primero, le ruego», dijo la voz.

El hombre se echó á reir, sacó una pistola de su bolsillo de la cadera, y á la luz de la linterna la depositó en el suelo en el sitio indicado por la voz. No tardó en añadir un abultado sobre que sacó del bolsillo interior de su americana, cuidadosamente abotonada.

«Ya dije yo á los condenados imbéciles que me lo confiaron, en vez de remitirlo por el postillón, que sería por su cuenta y riesgo», observó á manera de excusa.

«¡Qué importa puesto que su paquete va á unirse con los del postillón!», dijo otro viajero con ironía y mostrando la caja de encargos ya depositada en el camino.

Hale, no obstante su inexperiencia, se daba plenamente cuenta del objeto y de la premeditación del atentado de que eran víctimas, pero cada vez comprendía menos la indiferente sumisión de sus compañeros y su cólera aumentaba. Sus reflexiones fueron interrumpidas por el eco de una voz que, en esta ocasión, parecía venir de una distancia bastante grande; le pareció más dulce, como si abandonase su cierta severidad primera.

«¡Al coche, lo más pronto posible, señores! Hay que espe-

rar cinco minutos, Bell.» Esto se dirigía evidentemente al cochero.

Los viajeros volvieron á subir á la diligencia, y el mayoral y el postillón ocuparon sus puestos. Hale quiso hablar, pero un ademán irritado de sus compañeros le cerró la boca. Escuchaban y esperaban; él hizo lo que ellos.

Sin embargo, continuaba el silencio. Parecía increíble que cerca ó lejos no quedase ningún vestigio de la presencia dominadora que les había tenido doblegados bajo su imperioso yugo algunos momentos antes. Ningún rumor en la maleza, ningún eco en las rocas del desfiladero, traicionaban el secreto de la desaparición. Una ligera brisa era lo único que agitaba la copa de los pinos; de cuando en cuando una piña desprendida caía sobre la imperial del coche, ó bien uno de los caballos invisibles sacudía sus arreos; pero estos débiles ruidos hacían que resaltase más el vasto silencio. La espera se hacía insoportable, cuando la voz, tan cerca entonces, que hizo estremecer á Hale, resonó de nuevo en la sombra:

«¡Buenas noches!»

Ante esta señal que les libertaba, el mayoral restalló su látigo como un tiro, los caballos arrancaron, el pesado vehículo se conmovió y se puso á rodar rápidamente. Cuando Hale se pudo hacer oir en medio del confuso rumor de las voces que se elevaba tanto más ruidoso cuanto más severo había sido el silencio y más absoluta la inmovilidad, dijo con irritación:

—¿De manera que ese bandido no se había meneado?

—¡Toma!—respondió su vecino.—Ha estado ahí, apuntando con el fusil al mayoral, durante los cinco minutos. Mientras tanto sus dos compañeros escapaban con el botín.

—*¡Dos* hombres!—exclamó Hale.—¡Es decir, que no eran más que *tres*... y nosotros *seis!*

El otro so encogió de hombros. El viajero que había entregado los billetes dijo con acento lánguido, con tolerancia perezosa:

—Infiero que es usted extranjero en el país.

—Ciertamente; soy ajeno á semejantes procedimientos, si bien vivo á diez millas de aquí, en la Meseta de las Águilas, —respondió Hale desdeñosamente.

—¡Ya! usted es el individuo que se dedica á la agricultura fantástica, allá arriba, en las Águilas—replicó el hombre negligentemente.

—Haga lo que hiciere en la Meseta de las Águilas, no tengo por qué avergonzarme de ello. No diría lo mismo de lo que he hecho ó más bien dejado de hacer esta noche. Yo he sido uno de los seis hombres que se han dejado desbalijar y aterrorizar por tres bandoleros.

—Respecto á lo de aterrorizar, tal vez sepa usted de ello más que nosotros. En cuanto á lo de desbalijar, usted, por lo que recuerdo, no ha dejado gran cosa. Y si usted quiere hablar de lo que hubiera debido hacerse, yo le hablaré á usted de lo que hubiese podido acontecer. Quizás habrá usted observado que, cuando la diligencia se detuvo, traté de echar mano á mis pistolas...

—Sí, y también que no fue usted bastante rápido en la acción—dijo Hale con sequedad.

—No, en efecto; no fuí bastante rápido, y esto le ha salvado á usted la vida. Si yo hubiese sacado el arma y el mozo del fusil, lo hubiera visto...

—Pues bien—dijo Hale con impaciencia,—eso le hubiera hecho reflexionar, hubiera vacilado...

—Hubiese disparado los dos tiros sobre *usted* y usted hubiera volado por la portezuela antes de tener yo tiempo para amartillar mi pistola.

—¿Y qué? Hubiera muerto uno, pero quedaban ustedes cinco—dijo Hale con altivez.

—¡Ah, sí, perfectamente! Si usted hubiera firmado un contrato para recibir solo todas las balás, no digo que no; pero la octava parte de la metralla le hubiese bastado á usted, y quedaba la suficiente para cada uno de nosotros, y darnos más de lo que pidiéramos. Ya ve usted, pues, que no había que fiarse mucho.

—Pero el mayoral y el postillón estaban los dos armados—repuso Hale.—Armados, sí; preparados, no. Todo consiste en esto.

—No comprendo.

—¿Sabe usted lo que es un duelo?

—Sí.

—Pues las probabilidades contra usted esta noche eran poco más ó menos las mismas que si le colocaran á usted enfrente de un mozo atrevido que tuviera derecho á disparar sobre usted mientras amartillase usted su pistola. Pudiera ser que no entendiese usted nada de estos asuntos y que nunca se haya batido usted en duelo; pero, por ignorante que sea usted en esto, dudo que le convenga jugar la vida á un azar semejante.

Un acento indefinible en tales palabras, el interés sardónico prestado por los otros viajeros á aquel diálogo, impresionaron desagradablemente á Hale, ya convencido de la futilidad de sus objeciones ante la actitud de su interlocutor.

—¿Así, pues, pretende usted afirmar que cuanto acaba de ocurrir era inevitable?—preguntó con tono seco todavía, si bien menos agresivo.

—Exactamente, en cuanto eran ellos los que atacaban. Si fuese usted quien los persiguiera, llevaría la ventaja; con tal, sin embargo, que supiera usted sorprenderlos tan bien como ellos saben encontrarle. Comprenda usted. Este coche recorre su trayecto regularmente en días señalados; ellos no tienen ni hora ni itinerario fijo. Antes de que el juez haya podido llamar á sus sabuesos, se han puesto en salvo, y su jefe—esto se ha visto—fuma tranquilamente su cigarro ante el café en boga, ó pierde su parte de robo al *Poker* contra el juez en Sacramento. Por lo demás, si no los coge usted con las manos en la masa, carece usted de pruebas. Los de esta noche podrían ser muy bien de la banda de Joaquín Murrieta, pero no lo juraría.

—¿Sería, por casualidad, el jefe «el hidalgo Jorge» del país

de arriba?—peguntó otro pasajero.—Me ha parecido reconocer algunos detalles pintorescos. En su manera de decir «buenas nöches» había algo sentimental. No se parece al «¡arrea, recontra!» del otro.

—Que fuera él ó no, el bandido conocía bien el camino y sabía el número de los pasajeros. No sería imposible que hubiera hecho el viaje de ida en el pescante con el mayoral, para entrar en conversación. Sabía perfectamente que yo llevaba esos condenados billetes, aunque los he recibido directamente del Banco de Sacramento. Sin duda el pillastre husmeaba por allí al mismo tiempo que yo.

Hale permaneció callado durante algunos instantes. Ciudadano por nacimiento y educación, había crecido en un religioso respeto del orden y la autoridad, perteneciendo, sin embargo, á esa categoría de hombres dispuestos á tomar en sus propias manos la administración de ese orden y esa autoridad, en cuanto no los encuentran ejercidos á su gusto. Llevaba hasta el exceso la innata veneración del bostoniano hacia las tradiciones, las conveniencias y la respetabilidad; pero no vacilaba en señalar la irregularidad y la negligencia para combatirlas y asegurar el triunfo de sus principios. Amaba á la naturaleza en teoría, pero desconfiaba de sus instintos indómitos y encontraba que las enseñanzas de la misma eran inferiores á las de la Universidad de Harvard y apenas iguales á las de Cornell. Con una energía y una perseverancia prodigiosas había construído é instalado una bonita vivienda, mitad granja, mitad *villa*, en un rincón de las Sierras, en donde oponía sistemáticamente con la terquedad de su naturaleza anglosajona la individualidad de sus gustos y de sus doctrinas á la de aquel medio nuevo. En las circunstancias imprevistas, en las que acababa de encontrarse mezclado, juzgaba de su deber, no solamente afirmar sus principios, sino hacerlos prevalecer con decisión. La indiferencia casi desdeñosa de sus compañeros estimulaba más aún ese deseo.

—¿Por qué no ponerse inmediatamente en persecución de

esos miserables?—preguntó de repente.—¿Quién nos lo impide? Estamos cerca del relevo, en donde encontraremos caballos.

—¿Quién había de tomar la iniciativa? La Compañía de las mensajerías presentará la denuncia á las autoridades; pero transcurrirán cuarenta y ocho horas antes de que se ponga en movimiento la policía del Condado, y después de todo, eso no concierne á nadie.

—Yo estoy dispuesto á empezar—dijo Hale secamente.—Siempre será un hombre de buena voluntad. Tengo un caballo que me espera en el relevo, y puedo ponerme en camino al momento.

Sus palabras fueron acogidas en silencio. El vehículo había salido de la sombra de los pinos, y la mayor claridad permitió á Hale ver que su vecino de enfrente le examinaba curiosamente con sus ojos pálidos y fríos. Al encontrarse con la franca mirada de Hale, dijo lentamente, como si respondiese á un vago pensamiento:

—Podría hacerse con cuatro hombres. Habría que buscar un compañero en el relevo.

Calló un momento, y después añadió con un ligero bostezo y estirando perezosamente las piernas:

—Soy con gusto de la partida.

—También yo, si es usted el Coronel Clinch—dijo el que iba al lado de Hale con repentina viveza.—No me engaño, es el Coronel Clinch á quien hablo. Yo soy Rawlins, Rawlins de Frisco (1). Su proposición me halaga, Coronel, y le he reconocido á usted en la manera de hacerla.

Hale vió con asombro á los dos hombres darse un frío y maquinal apretón de manos y entablar en seguida una lánguida conversación sobre las últimas elecciones de Fresno, sin la menor alusión referente á la persecución de los bandidos. Unicamente cuando un poco después el pasajero, que no se había

(1) San Francisco de California.

nombrado, dirigiéndose á Hale le hizo saber que desgraciadamente tenía asuntos en el puerto de la montaña que le entretendrían dos horas, pero que si querían esperarle sería de los suyos, el Coronel Clinch replicó con tono breve:

—Bastarán cuatro hombres, y como tendremos caballos de relevo, tendremos necesariamente que tomar allí nuestro cuarto «asociado». Después continuó su diálogo incoloro con Rawlins, tan poco animado como éste, mientras el viajero desconocido se entregaba á una contemplación estática de uno y otro.

A pesar de sus convicciones y del objeto realmente desinteresado que perseguía, Hale no pudo menos de sentirse molesto y un poco enojado por el papel secundario y subordinado que parecían asignarle en una empresa cuyo proyecto había concebido. Cierto que no se había propuesto como jefe; que el resultado que quería obtener, el efecto que buscaba, sería igualmente alcanzado bajo cualquier dirección; sin embargo veía, bajo el imperio de una influencia oculta, que la dirección de un plan concebido por él gravitaba hacia un hombre que no la había buscado y al cual, hasta aquel instante, había considerado como absolutamente nulo. Aquel hecho, irrecusable sin embargo, era tan contrario á todo precedente, que, suspicaz como todos los seres esclavos de la tradición, sintió aumentar su desconfianza, y se hubiera retirado de la empresa si no hubiese creído que su honor estaba comprometido en ella. Le quedaba la probabilidad de recobrar su ascendiente en el relevo donde era conocido y donde su autoridad no sería discutida.

Pero no se realizó esa última esperanza. La casa de postas, mitad fonda, mitad cuadra, no contenía más que al fondista, el que acumulaba las funciones de agente de la mensajería, y el nuevo asociado que Clinch había previsto que encontraría entre los mozos de cuadra. El juez de paz más próximo habitaba á diez millas de allí; de suerte que Hale no podía pensar en que le delegase para una misión oficial. La admisión en sus

filas de un palafrenero grosero y vulgar le causaba, además, una sorda irritación, y una observación de Rawlins vino á aumentar su descontento.

—De buena se ha escapado usted—le dijo aquél confidencialmente mientras apretaba la cincha de su caballo.

—¿Cómo eso? Yo pensaba que, no debiendo defendernos, no corríamos ningún peligro—respondió Hale con ironía.

—¡Oh! no hablo de los bandidos, sino de él...

—¿De quién?

—Del Coronel Clinch. Usted no se ha mordido la lengua para decirle que era muy prudente.

—Yo estoy dispuesto á responder de cada una de mis palabras—dijo Hale con altivez.

—¡Es chocante! — repuso Rawlins imperturbablemente. Clinch tiene malas pulgas y es el mejor tirador de la California del Sur; ha hecho que luzca el sol al través de una docena de bravos que no dijeron tanto como usted.

—¿De veras?

—Pero en resumidas cuentas—añadió Rawlins filosóficamente,—como demuestra que se pone *con* usted en lugar de *contra* usted, podrá usted ver de qué madera está hecho, y sus intenciones de usted tendrán la probabilidad de ser ejecutadas hasta el fin. Con él nunca se queda uno corto, ya verá usted. Por lo demás, si, como supongo, el jefe de los bandidos, es ese galopín de Frisco, que se ha hecho salteador de caminos, Clinch tiene personalmente que ajustar cuentas con él, á causa de una disputa de juego que tuvieron,

Estas palabras asestaron un postrer golpe á las ilusiones de Hale respecto de su cruzada ideal. ¡Él, ciudadano honrado y respetable, se convertía en el asociado insignificante de una venganza fuera de la ley cuyo origen databa de una riña de tapiz verde! Sin embargo, pasada la primera impresión, vino en su ayuda cierta filosofía amarga, consecuencia de susceptibilidades refinadas y sueños exaltados. Experimentó una reacción saludable, y, cosa extraña, tuvo conciencia de que co-

menzaba á juzgar y á obrar como sus compañeros, y que de esta nueva impresión nacía una vaga simpatía por los procedimientos que antes condenara. Un consejo familiar que le dió un mozo de cuadra al entregarle un fusil armado y que les colocaba en un pie de igualdad, le halagó casi tanto como le humilló, y reanudó su conversación con Rawlins en tono menos agresivo:

—¿Así, pues, usted cree conocer al jefe?

—¡Oh! Solamente por inducción. A causa de los refinamientos empleados en la tarea. El ataque ha sido llevado con arreglo á una moda nueva. En otros tiempos, y en el país de donde vengo, se tenían nociones más crudas. Los bandidos despojaban á los viajeros de todo lo que poseían, incluso de sus trajes. Se dice que en las fondas de los relevos, á la llegada de la diligencia, estaban preparados con mantas para recibir á los viajeros á la bajada del coche, á fin de no asustar á las mujeres. Cuéntase que un día el mayoral y el postillón llegaron sin más sobre el cuerpo que un número de la «Alta California»; pero—añadió cínicamente Rawlins—preciso es decir también que hay quien pretende que se trataba de un reclamo del periódico.

—¡En marcha!

—¿Están ustedes dispuestos, señores?

Hale se estremeció. Se había olvidado de su mujer y su familia en la meseta de las Aguilas, á diez millas de allí. Se extrañarían de su prolongada ausencia, tal vez llegaría hasta ellas una versión exagerada del ataque de la diligencia y les causaría una real alarma.

—¿Habría un medio de enviar un mensaje á la meseta de las Aguilas antes de que amanezca?—preguntó vivamente.

El relevo había agotado ya todos sus recursos, en hombres y en bestias. El viajero desconocido se adelantó proponiendo ser el portador del billete, en cuanto hubiera arreglado unos asuntos que esperaba despachar prontamente.

—Eso tendrá de bueno—observó Clinch negligentemente—

que si se da usted prisa, podrá usted cortar la retirada á nuestros hombres en el caso de que olfateen nuestra persecución y traten de doblar la cresta del Norte. No se aventurarán por una senda frecuentada, y en esos momentos un hombre vale por diez.

Hale se dijo para sí que él hubiera podido ser aquel hombre, y tener así ocasión de recuperar su prestigio con una acción independiente; pero era demasiado tarde para retirar su imprudente proposición. Escribió rápidamente algunas líneas en el papel de la posada, las entregó al viajero complaciente, y tomó puesto entre los expedicionarios que se pusieron en marcha silenciosamente.

Cabalgaron así durante cerca de una hora; habían dejado atrás el lugar del ataque nocturno, pero por un camino más elevado. Hacía ya mucho tiempo que la aurora había plantado su luminoso pabellón sobre las cimas frías y blancas amontonadas á la derecha, y tomaba posesión de la cresta sobre la que cabalgaban.

—Diríase que va á nevar—dijo de pronto Rawlins tranquilamente.

Hale le miró sorprendido. Nada en la tierra ni en el cielo justificaba semejante previsión. Hacía frío, sin duda, pero podía ser una corriente de aire helado que caía sobre ellos de lo alto de la montaña. La cadena más baja que atravesaban estaba aún toda cubierta por un espeso follaje que apenas amarilleaba, al lado del sombrío y eterno verde de los pinos y los cedros. Las profundas hendiduras labradas en el flanco de la montaña, conservaban como en un horno mal apagado el fuego del sol de la víspera; un hálito caliente flotaba por encima de las quebradas sofocadas entre sus rocas de granito; á sus pies, treinta leguas de eterna primavera se desplegaban á orillas del río americano, y se ocultaban á intervalos bajo transparente bruma. En torno de ellos, Octubre se afianzaba ya; abajo, en el valle, Agosto reinaba aún en toda su plenitud victoriosa.

—He visto el desfiladero de Thompson obstruído por quince pies de nieve antes de esta época—dijo Rawlins contestando al asombro de Hale,—y en el mes de Setiembre último he recorrido en trineo el camino por donde hemos pasado ayer, mientras que Thompson, una milla más abajo, al otro lado, en el fondo de la garganta, fumaba su pipa al fresco junto á las rosas de su terrado. Crea usted que no hay que fiarse de la montaña. Hace el tiempo que le da la gana. Apuesto á que no ha pasado usted aún ningún invierno aquí.

Hale respondió que no habitaba en la meseta de las Aguilas sino desde la última primavera.

—¡Ah! En las Aguilas está uno seguro, siempre que uno haya llegado, sin embargo. Pero sucede como con Thompson; hay que poder llegar... ¡Atención! ¿Qué es eso?

Un tiro lejano, pero perceptible, acababa de repercutir en el aire puro y diáfano, seguido de un segundo disparo que parecía ser el eco del primero.

—Viene de allí, de la cresta del Norte—dijo el palafrenero.—Dos millas de aquí á vuelo de pájaro, cinco por la senda. Alguien que caza osos.

—No con carabina—exclamó Clinch tirando de las riendas á su caballo con un ademán que electrizó á sus compañeros.—¡Son ellos, los bandidos, han doblado sobre nosotros!... ¡A la cresta del Norte, señores, y á rienda suelta!

Ninguno esperó una segunda orden. Todos parecían completamente transfigurados. El instinto bestial de la caza del hombre se había despertado ante la voz y la mirada del jefe. Con un gruñido sordo é ininteligible, Hale, el amigo del orden, Rawlins el filósofo, volvieron brida como los otros, y con ímpetu furioso los expedicionarios desaparecieron en la espesura del bosque.

Una paz inmensa é indecible cayó sobre la montaña. Bajo el sol deslumbrador que hacía brotar chispas de la pizarra y el granito, el vasto horizonte parecía ensancharse y extenderse en un profundo reposo. A lo lejos, sobre la cresta del

Norte, una débil humareda vaporosa subía hacia el cielo como un alma que remonta el vuelo.

## II

La meseta de las Aguilas, situada en uno de los desfiladeros más elevados de las Sierras, era, en efecto, así como su nombre lo indicaba, un terreno llano rodeado, como un lago verdoso, por un anfiteatro circular de granito que, elevándose á una altura de dos mil pies, servía de pedestal á las nieves perpetuas. Los demonios familiares de la montaña, el aire y el espacio, defendían celosamente aquel rincón apartado y le rodeaban con sus engañadores espejismos. Nunca la meseta parecía desde lejos lo que era en realidad. El viajero, que la veía casi á sus pies desde lo alto de la cresta del Norte, cuando trataba de bajar se encontraba súbitamente separado por una profunda hendidura y un espumoso torrente; los que pretendían llegar á ella por un sendero que creían directo, le perdían enteramente de vista al cabo de una hora de marcha; pero si, renunciando á llegar, deshacían lo andado, les ocurría caer sobre una brecha que á allí conducía. Lo que desde arriba parecía un plantío de chaparros cerca de una pequeña choza, no era otra cosa sino un grupo de árboles de 300 pies de elevación; los terrenos cultivados que parecía debían caber en el pañuelo del viajero resultaban ser un dominio de 3.000 hectáreas.

La vivienda era un edificio largo, bajo, irregular, casi enteramente compuesto de techos inclinados y anchos terrados cubiertos, sostenidos por rústicos pilares de pinos todavía con su corteza alrededor de los cuales trepaban rosales y parras. Sin embargo, ciertos indicios revelaban que la frescura y la sombra creadas por aquella construcción meridional fueron concebidas bajo la deslumbradora y engañosa luz de la Sierra; las chimeneas tenían siempre encendidos grandes fuegos,

hasta cuando en los campos colindantes marcaba el termómetro 40 grados centígrados. Un viento seco y continuo balanceaba sin tregua las elevadas ramas de los cedros con un rumor semejante al de las olas; pero así como provocaba á la marcha y al ejercicio en pleno aire, helaba á los habitantes sedentarios de la casa en la sombra que habían buscado, ó les dejaba quemados por el ardor del sol si trataban de descansar en él. Cortinas de muselina en las ventanas, tapices, pieles y espesas alfombras colocados en los suelos, otros detalles curiosos pero disparatados en el mobiliario, protestaban contra las inconsecuencias y la inconstancia del clima.

Los mismos contrastes ofrecía en su indumentaria la señorita Kate Scott cuando en la mañana del mismo día puso el pie en el terrado. Un sombrero de paja de anchas alas, masculino, afeminado por una cinta de colores vivos anudada alrededor de la copa, prestaba un encanto picante al bonito rostro, que protegía contra el aire y el sol; una blusa de franela roja tenía igualmente un carácter masculino, mientras que un fuerte abrigo destinado á garantizarla contra las crudezas de la brisa matutina contrastaba de un modo extraño con la falda de batista fresca y clara que, por un singular capricho, persistía Kate en llevar siempre, cualquiera que fuese la temperatura. A las prudentes observaciones higiénicas de su cuñado oponía ella constantemente la misma respuesta: «¿Cómo habría de saberse sin esto si estamos en verano ó en invierno en este ridículo clima? Por lo demás, la lana es pesada, los colores obscuros atraen al sol, y por lo menos, se sabe si una está limpia ó sucia.» Desde el punto de vista artístico, la tal combinación no tenía nada de desagradable. La joven se destacaba graciosamente sobre el fondo sombrío de los cedros, y parecía prestar una nueva florescencia á los campos cuyos matices vivos y alegres habían ya desaparecido. Los raros transeuntes de la localidad habían ingenuamente manifestado su aprobación, y más de una vez se habían temerariamente aventurado á seguir la provocadora silueta de Kate hasta encontrarse con

la fría indiferencia de su clara mirada. Su cuñado se preocupaba poco de aquellas manifestaciones halagadoras, tenía plena confianza en el profundo desprecio de la joven hacia el medio en que se encontraba, y la permitía vagar sola por su pintoresco aislamiento, acompañándola solamente cuando, aprisionada en su amazona verde obscuro, corría á caballo por la montaña sin preocuparse de los vecinos.

Kate Scott, á los veinte años, había ya sometido sus ilusiones juveniles á un severo y crítico examen. Había seguido muy gustosa á California á su madre y su hermana casada, con la esperanza ardiente, pero oculta, de que la Naturaleza le revelara secretos que ella ignorase; pero no había tardado en observar que había descontado las sorpresas en sus lecturas. Se imaginó la emancipación de las trabas sociales en la libre existencia que se le ofrecía, y se prometió probar á los demás hasta qué punto era ella capaz de apreciarla con inteligencia; pero hasta aquel día, la única prueba de independencia que hubo encontrado ocasión de dar, fue en materia de trajes. Algunos hombres, y casi todas las mujeres con quienes ella se encontró, tenían en gran estima á las leyes de la convención, que ella desdeñaba, y aspiraban á llevar las cadenas que ella tenía ansia de romper. Aquellos hijos de la Naturaleza, en vez de darle enseñanzas, se las pedían; la cansaban con preguntas acerca de la civilización de que ella había querido huir, y la irritaban con torpes imitaciones tomándola por modelo. «Figúrate—escribía á una amiga de Boston—que he visitado á Susana Murphy, que recuerda la tragedia de Donnes (1), la cual ha disparado sobre un oso que rondaba en torno de su cabaña, y, ¿lo creerías?, me ha pedido que la preste el patrón de mi gabán, y ha indagado si las polonesas se llevaban todavía.»

(1) Los Donnes eran una familia de emigrantes que, con otros varios, fueron aprisionados por las nieves á orillas de un lago, y los cuales, impulsados por la más horrible miseria, llegaron á devorarse entre sí.

Con tanta indignación, recordaba la joven una novela que había exaltado su imaginación: dos amigos de colegio de su hermano, viviendo la vida ideal en las minas, golpeando las rocas con un volumen de Homero en el bolsillo, escribieron, bajo la libre atmósfera de las selvas, cartas que respiraban la más pura filosofía... Un día, cogidos de improviso, fueron encontrados en su Arcadia, impresentables de negligencia y suciedad, é inconfesables por sus complicaciones domésticas, que habían poblado su bucólica cabaña de niños de sangre mezclada.

Kate, por un sentimiento de íntimo orgullo, ocultó habitualmente sus decepciones y desilusiones, ó habló de ellas ligeramente con su madre y su hermana. La señora de Hale y la señora de Scott no tenían ídolo alguno que derribar, ni entusiasmo que enfriar. Convencidas en absoluto de su superioridad á la vida que llevaban en las Sierras y al mundo que las rodeaba, no por eso dejaban de aceptar con solicitud sus nuevos deberes y de cumplirlos á conciencia. Tales deberes, á sus ojos, consistían en una ciega abnegación por los intereses de Hale, en una especie de vago apostolado que ejercer entre sus vecinos, y, como la mayoría de los misioneros, se preocupaban más de imponer sus propias doctrinas que de comprender las de las de los otros. El celo de la anciana señora de Scott era semirreligioso, y alimentado por las puritanas tradiciones de su raza; el de la señora de Hale estaba templado por la afabilidad de la mujer distinguida y las exigencias de su posición. Unía á ello la habitual languidez de la americana bien educada, cuya salud se resiente con el nacimiento del primer hijo, y que ha llegado á considerar el matrimonio y la maternidad con un ligero é indefinible escepticismo. Era sinceramente afecta á su marido, que reinaba en su interior y sobre las tres mujeres con ese despotismo inconsciente, producto de una abnegación pasiva, que hace que la posición de un sultán en su harén sea á la vez tan absoluta y tan precaria. La actitud de John Hale en su familia era la

del dominio, sobre todo porque no se había expuesto nunca á la comparación ó á la censura, y por esto mismo, tal actitud no estaba exenta de peligros.

La señora de Hale no tardó en reunirse con su hermana en el terrado, y poniéndose sobre los ojos á manera de pantalla una de sus manos largas y delgadas, se puso á considerar el paisaje con más cortesía y urbanidad que real interés. El sol implacable, que, según frase de Kate, era de una «vulgaridad irritante», le devolvió su mirada; pero, sin poner un tinte más rosado en sus mejillas pálidas, realzó la gracia delicada de su cabeza pequeña y fina con sombras esfumadas, y de sus ojos obscuros y dulces, cuyos párpados, en los que resaltaban las venas, guiñaban ligeramente ante la luz intensa y deslumbradora. Más alta y más esbelta que Kate, tenía á veces una ligera y tímida sinuosidad de movimientos que le prestaba un no sé qué de virginal, y hacía que en ocasiones pareciese ser verdaderamente la hermana soltera. Esta, por el contrario, se había hecho notar desde su infancia por un singular aplomo de actitud y de modales que, unido á un completo desarrollo de líneas y á una voz grave y tranquila, le daba la gracia más madura de la mujer.

—Me temo que John se haya detenido por algún asunto—dijo la señora de Hale á su hermana,—sin lo cual ya estaría de vuelta. Es casi inútil esperarle más tiempo, á menos que no quieras ir á su encuentro. Podrías ponerte la amazona—añadió paseando sus ojos por la híbrida vestimenta de Kate—y decir á Manuel que te acompañe.

—¡Ciertamente que no! ¿Llevarme al único hombre disponible y dejarte sola?—respondió Kate tranquilamente.—¡Jamás!

—Pero ahí están los trabajadores chinos—objetó la señora de Hale.—Vamos, chiquita, ¿no renunciarás nunca á tus prevenciones, y no les concederás algo de humanidad? John me asegura que en el país de esos individuos existe un excelente sistema obligatorio, y que todos saben leer y escribir.

—Lo que no te serviría de mucho si... si...

—¿Si qué?—preguntó la señora de Hale sonriendo.—¿Piensas en la extravagante historia de Manuel y en los pasos de oso que pretende haber encontrado en los campos esta mañana? Te prometo que, ni yo, ni mamá, ni Mimi, saldremos de casa hasta que tú vuelvas. Vamos, ¿estás contenta?

—No pensaba en eso—replicó Kate,—aunque tenga poca confianza en la eficacia de un redoble de tam-tam ó en una serie de palabras gruesas para alejar á los animales salvajes. Pero ya sabes que los trabajadores chinos deben bajar hoy para un bautizo, ó un entierro, ó un festín de pollos robados; no sé. Estarán ausentes todo el día.

—No dejes por eso de llevarte á Manuel. Quedan todavía Molly el indio y los criados chinos para protegernos contra... Dios sabe qué. Tengo plena confianza en Chy-Lee como guerrero, y en general en su estrategia nacional. Basta escucharle cantar en tiempo de paz para adivinar lo que sería en un combate. Nunca oí nada más terrorífico que ese poema de amor que entonó el otro día. Pero, bromas aparte, te repito, Kate, que no tengo miedo de quedarme sola. Ya sabes lo que John repite sin cesar: es preciso estar siempre dispuestos para todo.

—Mi querida Josefina—dijo Kate, enlazando con un brazo el talle de su hermana,—estoy íntimamente convencida de que si Jack, con sus tres dedos de menos, Bill con su pulgar de más, el mismo Joaquín Murrieta, ó cualquier otro bandido se presentase de improviso, con las manos tintas en sangre derramada, en este lugar, le ofrecerías graciosamente una taza de té, le pedirías cortésmente noticias de sus atentados y no te permitirías ninguna alusión á la policía ni al juez. Sin embargo, no me llevaré á Manuel. No puedo, en verdad, encargarme de vigilar sus costumbres en la posada, ni impedirle que se emborrache con aguardiente en compañía de compañeros sospechosos. Sé muy bien que hasta cuando tiene la lengua gorda me «besa las manos» de palabra, y me ofrece su espalda encorvada para ayudarme á bajar del caballo; pero te

confieso que prefiero á su servilismo la brusca familiaridad del posadero del condado de Pike, que se contenta con decirme: «¡Salte la hermosa, yo la atraparé!»

—Supongo que no te picarás por tan poco—replicó gravemente Josefina.—John desea que mantengamos las mejores relaciones con esas gentes, y convendrás que se conducen hoy más decentemente, aun cuando ignoren todavía el uso de la gramática y del tenedor.

—Sí, el hombre se pone guantes y un sombrero de copa para venir á vernos el domingo, y la mujer se niega á visitarnos antes de que lo hayamos hecho nosotras—contestó Kate. —¿Es eso lo que tú llamas progreso? El hecho es, Josefina, confesémoslo francamente, que esas gentes no nos quieren.

—¡Imposible!—exclamó Josefina con sublime candor.—Dí que eres tú quien las detestas.

—Las quiero más que tú, Josefina, y precisamente por eso veo lo que á ti se te escapa.—Se calló, y después de una corta pausa, añadió con tono más animado:—No, después de bien pensado, no iré al relevo. Voy á entregarme á la contemplación de la naturaleza, sin admitir en mi sociedad la menor muestra de vida animal, según la fraseología de Bill, el conductor de la diligencia. *Adiós* (1).

—Me desconsuelo cuando Kate habla como esas gentes, aunque sea de broma—dijo la señora de Scott, sentada en su mecedora cerca de la puerta ventana, cuando Josefina entró en la sala después de haber visto á su hermana alejarse con paso rápido.—Temo que no la convenga la nueva sociedad en que se encuentra. Debería cambiar de aire.

—Precisamente estaba pensando—respondió Josefina—en convencer á mi marido para que la lleve á San Francisco este invierno. Los Careys deben ir allí y podía quedarse con ellos.

—Me temo que si tardamos mucho, la tenga sin cuidado—

(1) En castellano, en el original.

dijo la madre, meneando tristemente la cabeza.—A Kate no le gusta ya nada de lo que le gustaba antes.

Sin embargo, la joven, ajena á tales observaciones, proseguía su camino, sumida en sus pensamientos; hasta había despedido á su perro, Spot, otra de sus desilusiones desde que el can, cediendo á groseros apetitos, estranguló á un cordero, porque ella no quería que su comunión solitaria con la Naturaleza corriese el riesgo de ser turbada por una repetición de aquellos incidentes vulgares. El aire era excesivamente picante, y por primera vez, por lo que ella sabía de la montaña, los rayos del sol, que caían á plomo sobre su cabeza, parecían haber perdido su poder. Sin darse cuenta apresuró su marcha y en menos de una hora llegó, sofocada, á aquella parte de la garganta en donde el paso á la meseta de las Aguilas estaba cerrado por una portada natural.

El espectáculo que desde aquel punto se ofrecía á sus ojos, le había parecido siempre uno de los más grandiosos de la montaña; pero aquel día revestía un carácter casi terrible en su austera y glacial majestad. La quebrada se estrechaba hasta tal punto, durante un centenar de pasos, entre dos gigantescos bastiones de granito que los seculares árboles, nacidos entre las hendiduras de la roca, enlazaban sus nudosas ramas y formaban las góticas ojivas de aquella arcada colosal.

Kate levantó los ojos: su corazón palpitaba. Sabía que aquellos troncos, unidos por encima de ella, eran inmensos, como los que acababa de dejar atrás; sabía también que la altura en la que se tocaban no llegaba sino á la mitad de la vertiente, pues recordaba el día en que, habiendo subido hasta la cumbre, los había visto casi á sus pies, semejantes á un plantío de chaparros; sabía que las piñas que el viento desprendía de sus ramas caían perpendicularmente en un abismo de mil pies de profundidad, en el que golpeaban, rebotando como balas, los muros cortados á pico que bombardeaban. Sabía que un cedro, arrancado por una tempestad de sus aéreas raíces, cayó un día como un rastrillo ante la gran portada, y

que hubo necesidad de acudir al hierro y al fuego para desalojarle. Inclinando maquinalmente la cabeza, la joven echó á correr por la angosta galería y no paró, después de haberla franqueado, hasta la abrupta pendiente que subía enfrente de ella al otro lado.

Desde esta parte, únicamente podía uno darse cuenta exacta de la posición de la meseta, que tan difícil era de alcanzar. Dibujábase desde allí como un alto promontorio que se destacaba, rodeado por tres lados por quebraduras y torrentes, bastante reducido para ser completamente dominado por la cadena principal, á la que se unía por un largo y estrecho desfiladero que conducía á la cresta del Norte. Aquel desfiladero, turbulento río en otro tiempo, ofrecía en su desembocadura el aspecto de haber sido levantado por tierras de aluvión y amontonamientos de escombros,—conformación reproducida en miniatura por las excavaciones en la boca de los túneles de minas, abiertos en los flancos de la montaña. Entonces se daba uno cuenta de un hecho, harto á menudo olvidado por los habitantes de la meseta de las Aguilas, á saber: que no se podía llegar al valle, oculto en el fondo, sino empezando por subir todavía antes de bajar, puesto que el único camino existente atravesaba la cadena por un punto más elevado. Nunca había impresionado tanto á la joven aquel singular itinerario, como en el momento de volverse para contemplar la meseta; creyó leer la confirmación visible de una convicción que se había apoderado de su espíritu aquella misma mañana. ¿Era, pues, necesario, para tener la intuición perfecta de un destino más elevado, el elevarse uno mismo, y los que se detenían en el camino no percibían las cimas con tanta claridad como los más humildes que se quedaban en el llano?

Tan profundas reflexiones no impidieron, sin embargo, á Kate coger los helechos y las purpurinas bayas de que gustaba, ni observar con su mirada tranquila y atenta ciertos fenómenos climatéricos que se producían en torno de ella. Desde luego, una extraña densidad en la atmósfera, que, á pesar de

interceptar el calor del sol, no disminuía perceptiblemente la transparencia del aire. A lo lejos, los nevados picos aparecían claros, pero se les hubiera dicho bañados por la luz de la luna; el mismo sol, sin que la menor bruma ó nubecilla le velase, parecía palidecer. Pronto un roce de alas, el rápido vuelo de aves mayores bajo la maleza, el paso furtivo de algún animal invisible en la espesura, llamaron su atención por el hecho mismo de aquellos rumores inusitados en parajes consagrados á una silenciosa soledad. A Kate no la inspiraban ningún temor las bestias feroces; había vivido bastante tiempo en la montaña para saber que el transeunte no tiene nada que temer de animales á los que no molesta, y continuó tranquilamente su paseo.

Descendía por un sendero escarpado cuando un roce de ramas la hizo estremecer. El ruido parecía venir de la vertiente opuesta, poco más ó menos al mismo nivel del que ella se encontraba, y según toda apariencia, en el mismo camino que ella iba á seguir. El rumor se repitió varias veces, pero cada vez más bajo, como si un cuerpo pesado descendiera paulatinamente. Esperando ver aparecer algún tronco desarraigado ó alguna roca desprendida, la joven se detuvo. De repente, el follaje se abrió bruscamente y un oso enorme desembocó en el sendero, medio corriendo, medio rodando; cincuenta pasos más de una y otra parte, y Kate y el animal se encontrarían frente á frente.

La señorita de Scott no gritó, ni se desvaneció, ni siquiera tuvo miedo. Aquella bestia corpulenta y estúpida no le parecía muy aterradora. Sin embargo, sorprendido por la caída de un canto con que tropezó el pie de la joven, el oso se detuvo á su vez, se enderezó lentamente sobre su cuarto trasero y se puso á mirarla con sus ojillos asombrados. Sin apresurarse, naturalmente, puesto que la cerraba el paso, Kate se bajó, cogió una piedra y se la tiró diciendo: «¡Chut, vete!» Le pareció muy sencillo que el animal obedeciese y verle volverse hacia su guarida con su paso vacilante y pesado hasta des-

aparecer como un grotesco fantasma de encantamiento. Sin embargo, después de haberle perdido de vista por completo, se sintió de repente conmovida y turbada, y, volviéndose precipitadamente, tomó de nuevo el camino de la casa, sobrecogida de un ligero temblor y estremecimiento á cada roce de las hojas. Cuando hubo llegado á la portada de rocas no sabía ya si estaba temerosa ó satisfecha por haber corrido aquella aventura, pero se prometió no hablar de ella á nadie.

El frío continuaba siendo intenso. La luz de pleno mediodía seguía disminuyendo, y cuando la joven hubo llegado á la meseta vió una nube opaca, parecida á la de una tormenta, cernirse en el horizonte sobre las nevadas cimas. No obstante la glacial temperatura, aquel recuerdo de las calurosas tardes de verano parecía estar de acuerdo con el verde valle que sonreía á sus pies y con la delicada hierba que iba hollando. Con un apóstrofe medio burlón, medio indignado contra los caprichos del clima, Kate se apresuró á entrar en la casa.

## III

Kate observó, no sin asombro, que el piso bajo de la habitación estaba completamente desierto, mientras en el principal repercutía un rumor inusitado de pasos recios y apresurados. Vió huellas polvorientas en el suelo tan limpio del vestíbulo, y en el primer escalón una gota de sangre. Súbitamente alarmada, olvidándose de todo, gritó con ansiedad el nombre de su hermana. Un roce discreto de faldas respondió á su llamamiento, y Josefina descendiendo con rapidez, con un dedo en los labios, se llevó silenciosamente á Kate á la sala, cerró la puerta y se apoyó en ella. Tenía en su mano un papel arrugado; una ligera sonrisa vagaba en sus labios.

—No te asustes—dijo tendiendo el papel á su hermana.—Pero lee esto. Acaban de traerlo hace un momento.

Kate reconoció la letra clara y firme de su cuñado. Leyó

precipitadamente: «La diligencia ha sido asaltada y saqueada la noche última. No hay ningún herido. Yo no he perdido más que el tiempo, porque este asunto me retiene aquí hasta mañana. Enviadme á Manuel con un caballo de repuesto. Estad tranquilas. Como el dador da un rodeo para entregaros este pliego, cuidad de que no le falte nada.

—¿Y bien?—exclamó Kate impetuosamente.

—Pues bien, parece que en la cresta del Norte los bandidos han tirado sobre el dador y le han herido en una pierna. Afortunadamente un amigo suyo, que salía á su encuentro, le ha recogido y le ha traído aquí, el lugar más próximo al sitio del atentado. Está allí arriba, en el cuarto de los huéspedes, con su amigo que no le abandona. No quiere dejar entrar ni á mamá. Ha sido contenida la hemorragia con los instrumentos y los medicamentos encontrados en la farmacia de John, y ahora que recuerdo, Kate, he aquí una ocasión de mostrar tu arte y si te ha aprovechado de veras tu curso de ambulancia. Tal vez será preciso extraer la bala..., distínguete.

Kate miraba á su hermana con curiosidad. Ligero carmín coloreaba las pálidas mejillas de la joven, y sus ojos dulces y serenos tenían una animación extraordinaria. Nunca había estado tan seductora.

—¿Por qué no enviar á Manuel á buscar inmediatamente al doctor?—preguntó Kate.

—Sabes que vive á quince millas de aquí por lo menos; además, no se encuentra á Manuel. Tal vez ha marchado para recoger el ganado; han hablado de nieve, es absurdo.

—¿Quiénes son esos hombres?—preguntó Kate pensativa.

—Se dicen «amigos», como si esto constituyera una profesión ó una posición social. El herido era, por lo menos así lo creo, uno de los pasajeros de la diligencia asaltada.

—¿Pero qué aspecto tienen?—añadió Kate.—¿El de todo el mundo, naturalmente?

Josefina se encogió de hombros.

—El herido, cuando no se desvanece, se ríe. El otro tiene

grandes bigotes negros y un aire extraordinariamente sombrío.

—¿Qué vamos á hacer?

—¿Qué quieres que hagamos? Aun sin la recomendación de John, yo no podría en manera alguna negar hospitalidad á un desgraciado herido. Lo tendré aquí, no hay para qué decirlo, hasta la vuelta de mi marido. Verdaderamente, Kate, empiezo á creer que tus prejuicios te extravían hasta el punto de hacerte dura y de querer echar á esas pobres gentes. Pero... no, perdona, es que las quieres demasiado... Tranquilízate, querida, y no temas exponerte á las fascinaciones del trovador herido ó á las seducciones del apuesto tenebroso; este último es tan tímido como pocos, y ni siquiera se atrevería á mirarte.

En este momento se oyeron en el rellano de la escalera vacilantes pasos, cesaron, deshicieron el camino y volvieron á acercarse; después se oyó un ligero golpe en la puerta.

Kate se apresuró á abrir, con profunda consternación de un hombre alto de atezado cutis, que se disponía ya á batirse en retirada. No obstante su turbación, tenía realmente muy buen aspecto; sus largos bigotes eran ligeros y sedosos como bucles de niño, y Kate observó involuntariamente que la mano que los atormentaba con ademán nervioso, era blanca y fina.

—Perdón—balbuceó él sin levantar los ojos,—buscaba á la señora anciana...; yo... ruego que me perdonen... no sabía que... las señoritas..., que alguien..., deseaba únicamente..., quería manifestarlas que... mi amigo...

Se paró en seco al ver la sonrisa que se dibujaba en los labios de Josefina, y su rostro tostado se puso rojo de cólera.

—Espero, señor, que su amigo no está peor—se apresuró á decir la señora de Hale, con mayor amabilidad que de ordinario para corregir la sonrisa.—Mi madre está ausente en este momento, pero ¿no podemos nosotras—mi hermana—reemplazarla?

A la presentación, el desconocido, sin mirar á Kate, respondió con un saludo que, aunque breve y encogido, no era, sin embargo, ni torpe ni descortés.

—Gracias, es usted demasiado buena; mi amigo se siente un poco más fuerte, y si pueden ustedes prestarnos un caballo, trataré de transportarle hasta el alto antes de esta noche.

—¡No trate usted de llevárselo tan pronto!—dijo Josefina con tono de adecuada protesta, en la cual notó su hermana, sin embargo, un acento de sinceridad;—esperen ustedes por lo menos hasta mañana á que haya vuelto mi marido.

—No estará aquí mañana—dijo vivamente el extranjero.—Se mordió los labios y añadió en seguida:—Quiero decir que sus asuntos le detendrán; así me lo ha indicado mi amigo.

Kate había notado la vacilación y la corrección; vió también que ambas cosas se habían escapado á su hermana.

—¿Cree usted que el Sr. Hale no podrá venir?—preguntó ella.

El extranjero se volvió bruscamente hacia ella:

—Creo—dijo mostrando por la ventana la densa nube que Kate había observado—que nieva ya en lo alto y que, si la nieve baja hasta el desfiladero, quedará éste bloqueado. Por esto es urgente que nos marchemos sin demora.

—Pero si mi marido no puede pasar á causa de la tormenta, tampoco pasarán ustedes—replicó Josefina;—valdría más permitirnos hacer nuestros posibles para cuidar á su amigo en lugar de exponerlo en su estado á los riesgos de una marcha precipitada. Mi hermana no pide otra cosa que una ocasión de ostentar su talento en cirugía—añadió con dulce malicia desconocida para Kate y que le causó tanta sorpresa como embarazo.—¿No es verdad, querida?

Sin ignorar que su silencio no debía ser interpretado de una manera benévola, la joven no pudo resolverse á formular la menor frase de disculpa cortés ante aquella proposición que le producía un indecible malestar. Permanecía callada y sin moverse. El extranjero, sin preocuparse de su actitud, dirigió una rápida ojeada por la habitación.

—Es imposible—dijo.—Es preciso que marchemos. El caso es que me he adelantado á pedir los caballos. Deben estar en-

sillados. Tenga usted la seguridad—añadió con acento de convicción alzando los ojos para mirar á Josefina y apartándolos en seguida,—tenga usted la seguridad de que le devolveremos el caballo lo más pronto posible y que... no olvidaremos sus bondades. Se calló y se dirigió hacia el vestíbulo.—He bajado ya á mi amigo, está ahí y desea también dar á usted gracias antes de marcharnos.

Las dos mujeres siguieron al extranjero, y se encontraron, echado en un canapé de paja, al herido, cuyo cuerpo, delgado y delicado, estaba oculto bajo los amplios pliegues de una manta mejicana de color oscuro. Su rostro afeitado le daba un aspecto de adolescencia desmentido, sin embargo, por ciertas arrugas en la frente y las comisuras de los labios. Bajo su palidez se adivinaba un sufrimiento real, pero sus ojos brillaban de alegría y de malicia. La soltura de sus maneras contrastaba de un modo extraño con el sombrío embarazo de su compañero, y, por decirlo así, era el único del pequeño grupo reunido en el vestíbulo que pareciese por completo libre de preocupaciones.

—Es algo impertinente el hacer que vengan todos ustedes á despedirme—dijo con una risa sonora y comunicativa;—pero este Ned me ha traído en brazos hasta aquí y quería pasearme por toda la casa, como á un niño, para que me despidiera. Perdónenme ustedes, señoras, que no me levante; pero por el momento me encuentro, en cuanto á las piernas, como una sirena fuera del agua. Ned—añadió lanzando á su amigo una mirada de inteligencia,—Ned quiere marchar, y yo marcho, pero no sin haber antes saludado á la señora anciana. ¡Ah! aquí la tenemos.

Con inmenso asombro de Kate, no solamente dejó pasar su hermana aquella familiar alocución, sino que vió á su madre avanzar con solicitud y tratar de hacer que renunciase el enfermo á sus proyectos, con todas las expresiones de la más viva simpatía y apoyándose en su edad y en su experiencia para amonestarle.

—No es esta mi casa—dijo mirando á su hija,—pero si lo fuera, no consentiría que saliese usted de ella, ni hoy, ni hasta el día en que estuviera usted completamente fuera de peligro. ¡Josefina! ¡Kate! ¿en qué pensais para permitirlo? Pues bien, lo prohibo yo. Quieto aquí, ¿lo oye usted?

Kate se preguntaba, no sin temor, si se habían vuelto locas ó si aquel extranjero sombrío y su compañero, con su odiosa familiaridad, las habían embrujado. Cierto que el segundo estaba herido y que los más elementales principios de humanidad ordenaban el socorrerlo; pero ¿por qué su madre, que no quería permanecer en la misma habitación de Whiskey Dick cuando venía á hablar de arrendamientos, se despojaba de su autoridad para estrechar la mano de un desconocido? ¿Por qué su hermana, que se negaba á dar dos dedos á los visitantes de la comarca, contemplaba efusión semejante con plácida aprobación?

El herido se llevó la mano de la señora de Scott á los labios; después, poniéndose serio, intentó incorporarse.

—Imposible, señoras. Es preciso acabar. Tu brazo, Ned. Pronto. ¿Están ahí los caballos?

— Dios mío — dijo la señora de edad,— se me ha olvidado decir á ustedes que no se encuentra un caballo en ninguna parte. Manuel ha debido tomar el último para correr tras el ganado. Pero volverá más tarde ó más temprano, y si mañana...

El herido volvió á sentarse.

— ¿Manuel es un servidor de ustedes? — preguntó con repentino interés.

—Sí.

Los dos amigos cambiaron una rápida mirada.

—¿Marcado en la mejilla izquierda, bebedor empedernido?

—Sí—dijo Kate.—¿Le conoce usted?

El herido recobró su acento burlón.

—No es bueno fiarse demasiado de los borrachos—replicó. — Habrá que contentarnos con nuestras cabalgaduras. Ned, ¿estás dispuesto?

—Sí.

El herido hizo un movimiento para levantarse y volvió á caer pesadamente. Se había desmayado.

Espontánea y simultáneamente, las tres mujeres se precipitaron hacia él.

—Ya ve usted que no se puede marchar — dijo Kate con firmeza.

—Estará mejor dentro de un momento.

—Tal vez, pero no durará. ¿No hay, pues, nada en el mundo que pueda hacerle cambiar á usted de decisión?

— Sí, por cierto — dijo el extranjero amargamente. ¡Eso!

—¿La lluvia?

— A una milla de aquí esa lluvia es nieve, y antes de que podamos llegar al relevo, el camino se habrá puesto impracticable.

Acompañó sus palabras con un gesto involuntario que parecía aceptar una inevitable derrota, y se volvió lentamente hacia su amigo; éste recobraba el conocimiento merced á los solícitos cuidados de que era objeto.

—He aquí una manera como cualquier otra de irme—murmuró con voz débil todavía.—Para lo que hago aquí, lo mismo será la carretera.

—Ya no hay modo de hacer nada —replicó su compañero en tono breve.—El camino quedará bloqueado para nosotros y los caballos antes de llegar á la Portada.

—¿Para cualquier caballo?—preguntó Kate.

— Para todos, hombres y animales. Por donde no podemos salir, nadie puede entrar — replicó el extranjero como si hubiese adivinado el pensamiento de la joven.—Me temo que no vea usted á Ha...—á su señor hermano mañana por la mañana. Pero iré á efectuar un reconocimiento en cuanto pueda hacerlo, sin torturar á éste — añadió, mirando al herido con inquietud.

Aún no había hablado tan seguido á la joven, y por primera vez la contemplaba cara á cara. Su timidez y su torpeza

habían de repente cedido el puesto á una resignación mal humorada, menos embarazosa, pero igualmente poco halagüeña para sus huéspedes. Levantando suavemente á su compañero en sus brazos, como lo hubiera hecho con un niño, desapareció con él por la escalera, precedido de la señora de Scott, que llamaba á la India y daba todas las señales de una extrema solicitud.

Cuando estuvieron solas las dos hermanas, Josefina interpeló á Kate:

—Si no fuera porque nuestros forasteros se muestran tan deseosos de marcharse como tú de despedirlos—dijo,—me hubiesen indignado tus maneras inhospitalarias. No te comprendo, Kate. ¿No son precisamente éstos de los que tú me censuras que no trato con bastante benevolencia?

—Pero, en suma, ¿quiénes son?

—¿Qué sé yo? Ya has leído la carta de tu hermano.

Josefina, cuando hablaba de su marido, le llamaba de ordinario por su nombre de John.

La habilidad completamente femenina con la cual acababa de recordar el parentesco de su hermana con el amo de la casa, descargándose de una parte de responsabilidad é iniciativa, no dejaba de ser significativa. Kate se sintió en falta y tuvo remordimientos.

— Digo únicamente que ni siquiera sabemos sus nombres.

—¿Y qué? Yo no creí que eso fuese necesario para ofrecerles un lecho y la cura. ¿Crees tú que el buen samaritano preguntase cómo se llamaba al judío moribundo, y piensas que el levita hubiera disculpado su sequedad de corazón diciendo que los ladrones no habían dejado al desgraciado su tarjetero? ¿Acaso tu manual de ambulancia, en el reglamento referente al capítulo de accidentes, prescribe el «acostar primero al paciente boca arriba y hacerle declinar después su nombre y apellidos»? En resumen, querida; si lo prefieres, llama al uno Jorge y al otro Ned.

—Vaya, vaya; sabes perfectamente lo que quiero decir,

Josefina—respondió Kate encogiéndose de hombros.—¿Cuál es Jorge?

—El pobre herido. No el que se puso á hablar contigo más que con ninguna de nosotras—para amansarte.—Leía su despedida en tu frente.

—¡Cuánto me alegraría de que John estuviese aquí!—exclamó la joven.

—Aun en ausencia de mi señor y dueño, no tenemos gran cosa que temer de gentes que no tienen más que un deseo: marchar. Si lo que te preocupa es la cuestión de conveniencias, querida Kate, me parece que la presencia de nuestra madre es una salvaguardia suficiente, aunque, á decir verdad, su actitud, respecto del enfermo, no esté libre de toda censura—añadió Josefina con un ribete de malicia, que parecía un reflejo de su alegría de colegiala. Después dijo con más gravedad:—Haremos lo que podamos, y mientras tanto...

—Voy á ocuparme de prepararles la habitación de mi cuñado...

—Eso es; mamá había tenido la misma idea. Es mayor, pueden ponerse dos camas, y como Ned no quiere dejar solo á su amigo, será más cómodo. Pero, dime, Kate, si no sales ¿por qué no te mudas de traje? Ese está muy bien cuando nos encontramos solas...

—¡Cómo!—interrumpió Kate indignada.—¿Acaso te figuras que voy á ir á visitarle?

—Podría muy bien suceder á falta de médico. Él está muy agitado y anda por toda la casa como un perro que ha perdido á su amo.

—¿Quién es ese *él*?

—Ned. Pero es preciso que vaya á velar por su bienestar. El herido debe estar ya acostado—dijo Josefina subiendo rápidamente la escalera, después de haber hecho un gesto cariñoso á su hermana.

Descontenta y disgustada, Kate se decidió á ir en busca de su madre; pero la buena señora se encontraba ya al lado

del herido, y la joven se alejó con presteza de aquella habitación, convertida tan pronto en el centro de todas las atracciones, más irritada y más sola que nunca lo estuviera. En cuanto entró en su cuarto corrió á la ventana, ese eterno refugio de los espíritus turbados, y se puso á mirar maquinalmente hacia fuera. Cuando su mirada cayó sobre el punto hacia el cual había dirigido su paseo matutino, se sintió súbitamente deslumbrada. Se frotó los ojos, después limpió con su pañuelo el cristal oscurecido por la lluvia. No era una ilusión. El paisaje familiar se había transformado en un vasto campo de una blancura unida y mate. Árboles, rocas, vertientes, hasta el horizonte, todo había desaparecido. Un gran mar inmóvil, sin sombras y sin olas, llenaba el espacio y extendía como un pálido sudario entre ella y el mundo exterior. Inmediatamente alrededor de la casa, la verde meseta, con sus prados en declive y su franja de pinos y algodoneros, semejaba una isla primaveral en medio de un océano de hielos.

El insensato deseo de contemplar aquel fenómeno más de cerca y calcular mejor la extensión y los límites de su dominio súbitamente circunscrito, se apoderó de Kate de un modo tan imperioso, que habituada á obrar siempre bajo el impulso del momento, se puso á escape un abrigo impermeable con capucha y se deslizó sin que la vieran fuera de la casa. La lluvia caía sobre el camino en cuesta que seguía; pero una milla más lejos, más allá de la gran arcada de rocas, una espesa cortina formada por giratorios copos velaba el paisaje conquistado de pronto por el invierno. Apresurando el paso con febril impaciencia, la joven no tardó en llegar á la portada de granito, única salida de la meseta de las Águilas; á la primera ojeada vió que una blanca muralla la cerraba herméticamente. Kate sabía que el sendero subía por la vertiente opuesta después de franquear el angosto pasaje, y que, por consiguiente, lo que tenía delante no era otra cosa que la montaña de la que había bajado el oso, pero invertida ya por la nieve que acababa de cerrar la única salida. Sin tomar aliento corrió hacia

el punto más alto de la meseta, una elevada roca que se alzaba detrás de la casa cortada á pico sobre el valle; se inclinó ansiosa sobre el vertiginoso abismo, buscando algún resquicio desconocido ú olvidado; pero fue en vano. El granítico arco era el único medio de salir de su dominio, el solo camino que conducía al llano. Contempló largo rato la nieve que giraba ante la arcada, y su imaginación sobreexcitada concluyó por ver las movibles mallas de una red mágica y fatal, tejida por manos invisibles é inexorables, haciéndose más tupida de minuto en minuto para mantenerla prisionera.

Conmovida y turbada, volvíase por fin, cuando vió á algunos pasos delante de ella al extranjero Ned, absorto también en la contemplación de la nieve. Se había encapillado el poncho negro bordado de plata, y el ala de su ancho sombrero de fieltro blando, levantada por el viento, dejaba al descubierto sus cabellos negros y rizosos sobre su frente atezada. Tenía así un tipo muy apuesto y muy pintoresco, sin estudio ni afectación. Nada en su aspecto ni en su traje parecía en desacuerdo con el medio en que se encontraba, ni—por lo que Kate podía juzgar—con sus costumbres y su posición. Sin embargo, decidió al punto que era *demasiado* apuesto y *demasiado* pintoresco, sin pensar que juzgaba de aquel hombre únicamente con arreglo á los limitados puntos de vista de su experiencia pasada.

Cuando el extranjero volvió la cabeza se encontró enfrente de la joven.

—Las cosas no tienen traza de mejorar mucho—dijo él tranquilamente, como si la fuerza mayor é inevitable hubiese de repente calmado su impaciencia.—Todavía es peor de lo que yo me había imaginado. La nieve ha debido comenzar la noche última; tiene aspecto de querer continuar.

Calló; después, fijando su mirada en la de Kate, añadió gravemente:

—¿Sabe usted lo que esto significa?

—No comprendo.

—Me lo figuraba. Pues bien, esto significa que está completamente interceptada toda comunicación entre el mundo exterior y esta meseta. A esta hora la nieve tiene cinco pies de altura en el único sendero por el cual se puede entrar ó salir de aquí; espero que no la asuste á usted, señorita, porque realmente no hay ningún peligro material. Una casa como esta debe estar aprovisionada, y en cuanto á lo que afecta á usted personalmente, debe haber no tan sólo lo necesario, sino hasta lo supérfluo. Tenemos á la mano leña, agua, ganado, caza; pero, durante quince días por lo menos, vivirá usted en un aislamiento completo.

—¡Durante quince días!—exclamó Kate palideciendo.—¿Y mi hermano?

—A esta hora debe saber toda la verdad y sentirse tan tranquilo respecto de la seguridad de usted, como usted de la suya.

—¡Durante quince días!—repitió la joven.—No es posible. Encontrará algún medio de llegar hasta aquí.

—Lo deseo—respondió gravemente el extranjero,—porque lo que sea posible para él lo será también para nosotros.

—¿Así, pues, tiene usted mucha prisa por marcharse?—preguntó Kate casi involuntariamente.

—Extraordinaria.

Esta afirmación, sin ser descortés en el tono, era, sin embargo, bastante poco galante en la forma para causar á la señorita de Scott una sorda irritación. Antes de que hubiese replicado una palabra, añadió el extranjero:

—Suceda lo que quiera, espero que recordará usted que he hecho cuanto estaba de mi parte para evitar el permanecer aquí un minuto más de lo necesario, sin exponer á mi amigo, en el estado en que se encuentra, á perecer entre la nieve en el camino.

—Ciertamente—dijo Kate;—después añadió con vacilante torpeza: Espero que estará pronto curado.—Se calló, y apresurando el paso, volvió á decir tras una pausa: Es preciso que comunique á mi hermana tan enojosa noticia.

—Creo que la encontrará usted preparada, señorita. Si yo puedo ser á usted útil, disponga de mí. Pudiera ser que me encontrase en condiciones de prestar á usted algunos pequeños servicios. El primero de todos será el de explorar cuidadosamente todos los alrededores de esta meseta, porque sin duda nada podría serle á usted más agradable como desembarazarse de nosotros; además sé manejar el fusil, y el bosque se llenará de la caza que la nieve expulsa de la altura. Permítame que la indique algo en lo que no ha reparado usted.—Se detuvo y señaló con la mano á la joven una especie de excrecencia cubierta en el flanco de la montaña, protegida por escarpadas rocas, y que se destacaba verde y sombría sobre la blancura circundante. Aquel promontorio parecía poblado de objetos agolpados y que se movían.—Son animales salvajes que huyen de la nieve—añadió el extranjero. El mayor de todos es un oso negro; vea usted una pantera, lobos, gatopardos, una zorra y cabras monteses.

—¡Qué grupo tan mal avenido!—dijo la joven en voz baja.

—La desgracia les ha reunido. Están harto espantados para molestarse.

—Pero se devorarán entre sí más adelante—replicó Kate echando una mirada furtiva á su compañero.

Este alzó de pronto sus ojos negros y sorprendió aquella mirada.

—¿En tal asilo?... ¡No!—dijo sencillamente.

## IV

Como lo había previsto el extranjero, Kate encontró á su hermana perfectamente al tanto de la situación. Un somero inventario de sus recursos y de sus medios de existencia había ya demostrado que la guarnición estaba aprovisionada y podría soportar un sitio más largo todavía.

—Según parece, no es este un acontecimiento tan extra-

ordinario—dijo Josefina á su hermana.—No sé quién, en no sé dónde, se vió bloqueado por la nieve durante cuatro semanas, y la misma posada del puerto no siempre es abordable. John hubiera debido informarse antes de comprar esta propiedad; el caso es que casi me avergüenzo de confesar que ignoraba esta particularidad del lugar, pero prefiere siempre sus teorías á la experiencia de los demás. Sin embargo, á excepción de nuestro correo que nos faltará, no sufriremos demasiado. Esto servirá de lección á John, si bien el Sr. Lee asegura que no hay que compadecerle, pues desde el punto en que se encuentra puede dirigirse á donde le plazca, salvo á su casa.

—¿El Sr. Lee?—preguntó Kate.

—Sí, el herido. El otro se llama Falkner. Para darte gusto me he informado de sus nombres, y puedo presentártelos en regla. Había en Chaslestown unos Falkner muy distinguidos, ¿te acuerdas? He pensado que podrías inducirle á que te refiriera su parentesco, ya que estás en tan buenas relaciones con el de los bigotes. Por lo demás, es providencial que estos hombres estén aquí, porque no tenemos ni un solo caballo en la cuadra, y Manuel ha desaparecido. El Sr. Lee opina, sin embargo, que no puede estar muy lejos, puesto que ellos no le han encontrado en el camino.

—¿Ha dicho algo más acerca de Manuel?

—No; pero empiezo á ser de tu opinión y á no tener confianza en él. También es este uno de los frutos del sistema de John, que se obstina en emplear á los naturales del país, dispuesto á sufrir los inconvenientes.

Falkner cumplió lo ofrecido y se encargó del modo más natural de atender á los trabajos de la casa, ayudado únicamente por el chino que se había quedado, y bajo la inmediata inspección de Kate. Ella vió en seguida que si el huésped entendía perfectamente las cosas de caballos, ignoraba por completo todo lo concerniente al arreglo de las granjas y de los establos, y los más vulgares detalles de una administración rústica. Pero la reserva y la desconfianza de la joven cedieron

ante la franca y familiar asociación de ambos; hablaron sin embarazo y con libertad sobre mil asuntos relacionados con su extraña situación. Falkner daba pruebas de un saber vasto, de una intuición rápida de todas las cosas, y se expresaba sin pedantería y sin dogmatismos; Kate, que desconfiaba habitualmente de toda versatilidad de espíritu, admitía, no obstante, que las apreciaciones de su compañero no eran ni menos justas ni menos cuerdas por recaer sobre un número mayor de ideas, y que llegaba á sus deducciones con una sencillez grave y réflexixa, desprovista de toda ostentación. La conversación de Falkner, más pintoresca que la de John, era también menos interesante; el cuñado de Kate tenía siempre el dón de hacerla callar.

Cuando Falkner y la joven volvieron al interior de la casa, el primero no se detuvo en la sala, sino que se dirigió en seguida á la habitación de su amigo. Cuando la comida estuvo servida con alguna más ceremonia que de costumbre, las dos hermanas se asombraron al recibir un recado de Falkner, que las rogaba le dispensaran de que no comiera con ellas; prefería permanecer al lado del herido, lo cual, además, simplificaría el servicio.

—Eso no es más que timidez—dijo Josefina á Kate confidencialmente.—No debemos permitirlo.

—Estoy dispuesta á hacer compañía á esa pobre criatura mientras coma el Sr. Falkner—dijo la señora de Scott con bondad.

—Demasiado dispuesta, mamá—replicó Josefina amenazándola en broma con la mano.—Esa pobre criatura, como usted la llama, no cumplirá ya los treinta y cinco años.

—Ni cumplirá los treinta y seis—repuso la anciana—si no le dejas más tranquilo. Habla demasiado cuando estás á su lado.

—Hay que distraerle. Necesita otra compañía distinta de la de su lúgubre amigo, con su cara de entierro y sus bigotes de duelo—dijo Josefina con singular animación.—No espere

usted que les deje mucho tiempo juntos. Vamos, ven, Kate, ven á examinar al paciente y á contrarrestar con tu prudencia los funestos efectos de mi frivolidad.

El instinto de Josefina veía más claro que la cordura de su madre. Los ojos del enfermo se animaron en cuanto vió á las dos jóvenes, y se hizo evidente que su exuberante vitalidad reclamaba un estimulante moral para recuperar mejor sus fuerzas físicas. Animada con la ayuda seria y práctica de Falkner, Kate se atrevió á emprender el examen de la herida de Lee. Le pareció menos grave de lo que hubo creído en un principio; la gran efusión de sangre era debida á la rotura de varios vasos pequeños debajo de la rodilla, pero ni el hueso ni la arteria habían sufrido nada. Una nueva hemorragia ó un acceso de fiebre eran los únicos accidentes temibles, y uno y otro podían combatirse con la cura y simples precauciones.

El contagio de la inalterable alegría del paciente, su buen humor y su paciencia durante la manipulación de la pierna herida, la espiritual originalidad de sus salidas y la libertad de su lenguaje, corregida por un tacto natural, concluyeron por vencer la resistencia de Kate del mismo modo que habían ya cautivado á su madre y á su hermana. No pudo menos de reirse durante aquella cura que había emprendido por deber; tomó parte en la hilaridad causada por los fingidos terrores de Lee, inspirados por el papel de cirujano que ella desempeñaba cerca de él, y hasta se ofreció á quitarse los vendajes para ayudarla á encontrar el dedal que él la acusaba de haber ocultado subrepticiamente en la herida para dar materia á nuevas experiencias.

—Debería usted extender la clientela, señorita—dijo.—No sabe usted las soberbias ocasiones que podrían proporcionar Ned y un pedazo de jabón dejado al descuido en el peldaño más alto de la escalera, y preveo la posibilidad de grandes operaciones quirúrgicas en el uso inteligente de una cáscara de naranja. Unicamente advierto á usted que éste no será tan dócil como yo. Pero atráigale usted bajo un montón de nieve,

hiélele, y en tal estado haga usted ensayos para resucitarle por el deshielo.

—¿No lo has intentado ya, Kate?—preguntó á media voz Josefina.

—Hoy se usa mucho el hielo para suprimir el dolor en las operaciones—se apresuró á añadir Lee, acudiendo en ayuda de Kate, con su aplomo habitual.—Yo mismo he conocido á un hombre en Strauberry que se hundió en la nieve por la caída de un trineo cargado de madera. Aturdido por el golpe se helaba lentamente, cuando, con un esfuerzo sobrehumano, consiguió desprenderse, á excepción de su pierna derecha, cogida bajo un tronco. Afortunadamente, su hacha se encontraba á su alcance, y algunos golpes asestados sobre el tronco le libertaron completamente.

—¿Y le salvaron la vida?—preguntó la señora de Scott, que escuchaba con el mayor interés.

—Sí; pero á costa de su pierna izquierda, pues no era otra cosa el tronco que había partido—replicó Lee sin pestañear.—Después, observando que había herido la susceptibilidad de la señora, se apresuró á cambiar de conversación, y, merced á sus esfuerzos, no se volvió á turbar en la velada la armonía de la reducida tertulia reunida al lado de su lecho. El azotar de la lluvia en los cristales y el chisporroteo del fuego en la chimenea prestaban un nuevo encanto al aislamiento, y únicamente cuando la señora Scott se levantó diciendo que ya era tiempo de dejar descansar al enfermo, se fijaron todos en lo avanzado de la hora. Cuando la puerta se hubo por fin cerrado, después de la última mirada tierna y compasiva de las dos hermanas, Falkner se dirigió á la ventana y contempló en silencio la obscuridad de la noche. De repente se volvió hacia su amigo y exclamó:

—¡Esto es el infierno, Jorge!

Lee, con la sonrisa en los labios, volvió perezosamente la cabeza.

—¿Por qué? Si no fuera por la madre, que es la única per-

sona absolutamente perfecta aquí, que ni pide ni exige nada, sería, por el contrario, en extremo curioso. Las otras dos desean emociones,—se las dan. Hale, el marido quiere darse importancia persiguiéndonos;—pues bien, ya lo ha hecho—y todavía le he de proporcionar, por añadidura, otra ocasión de distinguirse antes de decirle mi última palabra. Ese idiota de mensajero, que se metió en lo que no le importaba al encargarse de la carta, ha encontrado el medio de cambiar una bala conmigo; también él ha recibido lo suyo, según me imagino, y no pide más. Tú has hecho todo lo posible para levantar el campo y has conseguido que esa puritanita esté en camino de adorarte.

—Sea, pero esta comedia que representamos, Jorge, está...

—¿Qué comedia? ¿Quién la representa? Tú le has dicho ya nuestros nombres.

—Yo no podía mentir. Por lo demás, nada han averiguado con eso.

—¿Crees tú que serían más felices con saber toda la verdad? ¿Piensas que esa tierna y encantadora mujercita se hubiera mostrado tan contenta como lo estaba hace un momento si le hubiésemos dicho que su marido ha sido indirectamente la causa de que la conozcamos? ¿A quién engañamos? ¿En dónde está la comedia? ¿En el agujero que tengo en la pierna? Si hubieras estado cinco minutos bajo las diabólicas manos caritativas de esa joven, dirías que es bastante real. ¿En la tentativa que hemos hecho para alejarnos? ¿En la eventualidad de que Hale vuelva y nos encuentre? Todo esto me parece de una realidad bastante. Vamos, amigo Ned, reconcentra tu elevada inteligencia en la investigación de estas verdades.

Falkner no respondió. Hubo un intervalo de silencio, durante el cual se veía el movimiento de los hombros de Jorge agitados por una risa loca.

—Imagínate—dijo por fin—á la señora de Hale presentándome ceremoniosamente á su esposo. Yo le señalo una silla, sin dejar de apuntarle bajo las mantas con mi pistola. Tú, azo-

rado, abandonas tus ocupaciones pastoriles, acudes, te precipitas en mi cuarto con una hoz en una mano, la damisela de la otra, y mientras tanto la excelente mamá, que no comprende nada, es del parecer de cada uno, y nos contenta á todos.

—¡No seré yo quien vea eso!—dijo Falkner con tono sombrío.

—Ya; tú eres capaz de subirnos sobre un caballo, á las dos mujeres y á mí, y arrebatarnos al galope. Sí, sí, no te defiendas; te conozco, amigo... Escucha, Ned—añadió el herido con más seriedad,—no hay más engaño que la de haber traído á la mujer el billete del marido, y á ti se te ocurrió la idea. Pensabas que la carta disiparía las sospechas; yo perdía demasiada sangre, tú querías á toda costa salvarme la vida, y has entablado la partida. Hubieras hecho mejor en acceder á lo que te proponía; adosarme á un árbol bajo cubierto, y dejarme. Me quedaba aún bastante fibra para soltar todavía dos ó tres tiros, y después... ¡qué importa! Ayer, hoy, mañana, la primera vez que vuelva á salir á los caminos, ó dentro de un año, es preciso que se cumpla el destino, es inevitable.

El acento de Jorge carecía de amargura; continuaba sonriendo. Falkner, sin decir una palabra, puso su mano sobre las mantas, Lee la estrechó, y así permanecieron unos instantes.

—¿Cómo acabará todo esto?—dijo al cabo de un rato Falkner.—No puede durar, sin embargo.

—¿Por qué no? Si estamos encerrados aquí, preciso será que dure. Sé, pues, razonable, Ned. No tengo intención de llevarme de esta casa sino lo que he traído, ó lo que voluntariamente se me ofrece; pero el diablo me lleve si, eso aparte, pretendo hacerme pasar por mejor de lo que soy. Esto es lo que me dispensa á mis ojos de declarar *quién* soy. No conozco ninguna ley que obligue á un hombre el comunicar al primero que se presente qué compañía acaba de dejar, ó proclamar la última acción que ha cometido. ¿Crees tú que estas lindas damas nos revelan todas sus historias? ¿Piensas que esa especie

de San Juan Bautista en el desierto esté canonizado en el hogar conyugal? ¡Vamos! Si yo me tomara la libertad de inmiscuirme en sus asuntos, como él lo ha hecho en los míos, demostraría lo contrario. No te echo en cara tus susceptibilidades, Ned. Son naturales. Cuando un hombre se sale fuera de las leyes de su jurisdicción, se desquita mostrándose excesivamente quisquilloso en cuestiones de etiqueta mundana. En cuanto á mí, me encuentro bien aquí. Me acuesto mejor en una cama que no he hecho, que en la mía. Buenas noches.

Al cabo de algunos instantes, dormía con el sueño profundo y apacible de aquella adolescencia cuyo eterno privilegio parecía haber conservado. Falkner, de pie junto á su cabecera, le contemplaba atentamente, siguiendo con la mirada las juveniles facciones del rostro de su amigo, la sombra de sus pestañas oscuras, el brillo de su blanca dentadura que asomaba por entre sus labios entreabiertos por una respiración igual y lenta. Solamente algunas arrugas en la frente y junto á la boca, revelaban el paso de los años y una madurez á la vez activa y puesta á prueba.

Toda la casa parecía sumida en el más absoluto reposo. Falkner volvió hacia la ventana y permaneció inmóvil contemplando la tempestad que continuaba. De pronto apagó bruscamente la luz, avanzó más que deprisa hacia la cama y apoyó una mano en el hombro del durmiente. Lee abrió instantáneamente los ojos.

—¿Duermes?

—No.

—Tratan de penetrar en la casa.

—¿No *él,* el marido, eh?—dijo Lee riendo.

—No, dos hombres; dos mejicanos, según creo. Uno de ellos se parece á Manuel.

—¡Diablo!—exclamó Lee enderezándose.

—¿Qué?

—¿No comprendes? cree que están solas las mujeres.

—¡Miserable bandido!

—¡Ah, perdona! Habla con más miramientos de uno de mis hombres, si te parece, y dame mi pistola; descuelga también esa fusta que cuelga de la pared y ponla á mi alcance. Ahora, vuelve á encender la luz y abre la puerta. Déjales subir tranquilamente. Aquí es á donde vendrán primero—es el cuarto de Hale,—en donde probablemente encontrarían *cumquibus,* si lo hubiera; además da paso á la habitación de las mujeres. Yo me encargaré de Manuel, ocúpate de su compañero.

—Entendido.

—Manuel conoce los sitios y pasará el primero. En cuanto haya entrado en el cuarto cierra la puerta, y ¡hala, sobre el otro! Sobre todo, nada de ruido para que nadie se alarme. Si sale bien será graciosísimo.

—¿Pero tú, Jorge?

—Si no me encontrara en estado de dar mate á ese tunante sin desarreglar mis sábanas, me tiraría de las orejas. ¡Silencio! ¡Atención!

Lee se estiró, cerró los ojos y simuló dormir; pero su mano derecha, colocada como al descuido bajo la almohada, apretaba la culata del arma. La luz proyectaba un pálido resplandor sobre el piso y la pared opuesta, dejando en la sombra el resto de la habitación.

La lluvia y el viento, cuya violencia redoblaba, turbaban únicamente la paz del exterior. Jorge parecía haber realmente sucumbido al sueño que aparentaba; los innumerables é inexplicables rumores de una casa en la que todos duermen hubieran podido engañar á un oído menos práctico que el del herido, pero éste no se engañó ni por un instante respecto del débil ruido que no parecía ser sino el crujir de una madera, y, cuando una cabeza cubierta de un bosque de crespos cabellos, apareció en el umbral del cuarto, Lee la esperaba como si la hubiera visto acercarse. Un minuto más y se dibujó entera la silueta de un hombre. Inmediatamente se cerró la puerta; se oyó el ruido de una lucha, de un cuerpo pesadamente

arrojado contra la pared del corredor; después cesó casi en seguida. La sombra se volvió, cogió más que deprisa el pestillo de la puerta, pero de pronto reculó con espanto al escuchar una voz tranquila que salía de la cama:

—Deja eso, y ven aquí.

El nocturno visitante se estremeció y exhaló una exclamación sorda. Los ojos del durmiente estaban de par en par abiertos; un brazo armado de una pistola se tendía hacia él.

—Silencio, ó suelto el gatillo y te paso.

—¡Basta, capitán!—balbuceó el mulato, petrificado por la sorpresa y el miedo. No sabía que estuviera usted aquí.

Lee se incorporó y, cogiendo el látigo con su mano izquierda, exclamó:

—¡Quieres callarte!

El hombre retrocedió aterrorizado hasta la pared.

—Abre esa puerta—dijo Lee—sin hacer ruido.

Manuel, pues él era, obedeció temblando.

—¡Ned!—llamó Jorge en voz baja—tráeme al otro en seguida.

Falkner entró con el segundo malhechor, cuyos ojos parecían que iban á salirse de las órbitas á consecuencia de lo que le apretaban la garganta los crispados dedos de Falkner.

—¡Silencio!—dijo Lee de repente—¡Ni una palabra!

En medio del silencio se oyó abrirse una puerta en el fondo del corredor, y la voz dulce de la señora de Scott preguntó con inquietud:

—¿Ocurre algo?

Tranquilizando á Falkner con la mirada, amenazando á los bandidos con un gesto, Lee respondió con su tono alegre y bromista:

—Absolutamente nada, señora, sino es que Ned ha estado á punto de echar la casa abajo al querer buscar algo en mi maletín colocado en el vestíbulo.

—Celebraré que no se haya hecho daño—dijo una voz fresca y algo burlona.

Lee hizo un signo á su amigo para que respondiera.

—No, gracias, no ha sido nada, nada, gracias—balbuceó Falkner con un azoramiento que no era en modo ulguno fingido.

Todavía se oyó un ligero murmullo de voces femeninas, después el ruido de una puerta que se cierra, luego nada. Lee se volvió hacia Falkner.

—Desarma á ese tunante—dijo—y échale fuera, pero nada de escándalo. Tú, Manuel, enseña á tu colega á lo que se expone si se le ocurre volver á asomar su hocico por aquí.

Manuel dirigió á su cómplice una mirada llena de ruegos y de alarmas, más elocuente que todas las exhortaciones. Falkner se apoderó de su prisionero, le echó al pasillo, después silenciosamente desapareció en la escalera llevándole por delante.

—Déjeme marcharme, capitán—suplicó Manuel con angustia.—Le juro por todos los santos del Paraíso.

—Cierra la puerta.

El miserable no se atrevió á desobedecer.

—Ahora—añadió Lee con una franca sonrisa de satisfacción, colocándose á gusto y sin soltar el látigo y la pistola,—ahora hablemos tranquilamente. Una charla amistosa, ¿eh? Tienes mala cara, Manuel. Apostaría á que bebes demasiado... Eso es malo para el cutis.

—Déjeme marchar—repitió el mulato, tranquilizado por aquella actitud benévola y sin observar el siniestro brillo que despedían los ojos de su interlocutor.

—Pero acabas de llegar, Manuel, y no sin dificultad. ¿No tienes nada que decirme? ¿Qué significa todo esto? ¿Qué venías á hacer?

El bandido no contestó sino con un gruñido.

—Comprendo tu timidez. Veamos si yo puedo ayudarte. Sabías que Hale estaba ausente, que no volvería y que estas tres mujeres se encontraban aquí solas, sin un hombre para defenderlas. Esperabas encontrar dinero y hacer tu agosto. ¿No es esto?

El tono benévolo de Lee inspiró confianza á Manuel; desgraciadamente le alentó también para familiarizarse.

—¡Qué diablo, capitán! me dije que bien podía trabajar una vez por cuenta propia y divertirme un poco. Cuando uno es de la misma profesión, se entiende uno; entre compañeros no se ponen obstáculos, ¿eh, capitán?—dijo insolentemente.

—Acércate.

—¿Para qué?

—Acércate, te digo.

Manuel avanzó tres pasos presa de una inquietud repentina.

—Un solo grito que dé la alarma y, por Dios vivo, el primero que entre en este cuarto atraído por el grito te encontrará muerto sobre este suelo que has manchado.

Lee dió dos ó tres vigorosos fustazos en las espaldas del miserable, el cual, convulsionado por el dolor, pero sin atreverse á exhalar un solo gemido, cayó de rodillas.

—Escúchame bien—dijo Lee, agitando aún la fusta de una manera siniestra.—Voy á refrescarte la memoria. ¿Te he enseñado, cuando estabas bajo mis órdenes, antes de haberte expulsado vergonzosamente por ser indigno de alternar con las personas honradas, te he enseñado á entrar con fractura en las moradas pacíficas? Responde.

—No—balbuceó el bandido.

—¿Te he enseñado á robar á las mujeres y á los niños, y á atacar á los hombres nada más que cara á cara.

—No.

—¿Te permití jamás tocar á una mujer, joven ó vieja, para acariciarla ó maltratarla?

—No.

—Entonces, mi pobre Manuel, es lo que yo temía. La vida bucólica de los campos ha pervertido tus instintos. Lo veo bien. Te marchabas con el ganado de la Granja y el caballo de tu amo cuando la nieve te ha cerrado el camino; entonces se te ocurrió la luminosa idea de esta escapatoria. Otro error,

mi buen Manuel; en otro tiempo no te consentía tener ideas, ¿eh?

—No, capitán.

—¿Quién es tu compañero?

—Un asqueroso negro del puerto, un bribón indecente.

—Soy de tu parecer, ¡pero qué quieres! no tenía un modelo muy brillante. ¿A dónde va?

—Al infierno, me es igual.

—Entonces, vete á unirte á él. Si hay un medio de salir de esta meseta, lo empleas ó lo buscas. Te doy dos días para desaparecer con tu compañero. Después, la consigna será disparar sobre vosotros donde os encuentren. Ahora, quítate tu calzado.

El sombrío rostro del bandido palideció visiblemente; sus dientes castañetearon con supersticioso terror.

—Vamos, no te mataré hoy—dijo Lee riendo.—Te dejo la eventualidad de morir en tus botas (1), si es lo que deseas. Te propongo simplemente que las cambies por ese par de Hale que veo ahí abajo. Esa manera que tienes de llevar los calcetines encima de los zapatos me parece una moda tan nueva como elegante.

Manuel se descalzó lentamente y cambió sus botas por las que Lee señalaba.

—Está bien, abre la puerta.

El bandido obedeció. Falkner le esperaba ya en el umbral.

—Suelta á Manuel con el otro, Ned, después de haberle desarmado, por supuesto. Podrían pelearse. Esa costumbre de llevar armas—añadió Lee mientras Falkner quitaba al mulato un revólver y un cuchillo—excita á la violencia y no está en armonía con las costumbres rurales y patriarcales.

En cuanto Falkner hubo cumplido su misión, se apresuró á volver cerca de su amigo.

—¿Es prudente—le preguntó—dar libertad á esos conde-

(1) «Morir en sus botas», sinónimo de muerte violenta entre los arrieros y mayorales del Sudoeste, y objeto de una temerosa superstición.

nados? ¡Ah! cuando pensaba en lo que esos foragidos venían á intentar aquí, me costaba trabajo aflojar los dedos.

—Querido Ned—respondió Lee estirándose voluptuosamente bajo las sábanas con un ligero estremecimiento de placer ocasionado por el calor,—ponte en guardia contra los prejuicios que el orgullo de una esfera más elevada te inspira respecto de los humildes miembros de nuestra profesión. En cuanto á mí, te confieso que el argumento de Manuel me ha parecido irrebatible, cuando me indicó que me metía en lo que no me incumbía, al oponerme á ciertos actos primitivos que tienen en el fondo la misma razón de ser que los procedimientos empleados por los amigos del orden.

—¡Jorge!—exclamó Falkner enojado.

—Sea. Admito que es un poco tarde para prolongar un diálogo puramente metafísico, y debes estar cansado. Pero desde el punto de vista práctico era prudente despachar á esos dos antes de que se hubieran asegurado de dos cosas: una, nuestras verdaderas relaciones con estas señoras; otra, cuántos somos. A la hora presente, nos creen cinco ó seis, por lo menos, y se imaginan que estamos instalados con la autorización de la dueña de esta casa.

—¡Bandidos!

—Nos hacen el mayor favor que puedan imaginarse al juzgarnos como pillos más astutos que ellos. Eres muy difícil de contentar, Ned.

—¿Pero y si se escapan y descubren lo que ha pasado?

—Entonces tendremos la exquisita satisfacción de considerarnos mejores que nuestra reputación. Esconde esas botas de Manuel en sitio del que podamos volverlas á sacar si tenemos necesidad de probar su visita nocturna; es inútil decir nada que asuste á estas señoras, no hay temor de que vuelvan esos pillastres.

—¿Y si se nos escapan?

—¡Bah! ¡siempre habrá tiempo de encontrarlos!

—¿Y si Manuel habla y da la alarma á la autoridad?

—¿Con esas botas dejadas en nuestras manos como pieza de convicción? Vaya, buenas noches, Ned. Vete á acostar.

Lee se volvió contra la pared y reanudó en seguida su sueño interrumpido. Falkner no se apresuró á imitarle. En cuanto estuvo seguro de que su amigo dormía en efecto, abrió con cuidado la puerta. No parecía escuchar, pero su mirada contemplaba un débil rayo de luz que se veía en el corredor ante la puerta del cuarto de Kate. Le observó en silencio hasta que se extinguió bruscamente; después, dejando su puerta entornada, se echó vestido en la cama: el movimiento despertó á Lee, que comenzaba á experimentar los primeros síntomas de la fiebre. Se agitó penosamente.

—¡Jorge!—dijo Falkner en voz baja.

—¿Qué?

—¿En dónde vimos cierta noche sombría una antigua capilla solitaria, en la que la lámpara que ardía en el altar de la Virgen proyectaba sus rayos á través de los cristales sobre el camino oscuro?

Después de algunos minutos de un silencio desesperante, Jorge dijo con sardónico acento:

—¿Quieres decir con eso que tienes ganas de encender la luz?

—No.

—Entonces no te entretengas en inventar jeroglíficos sacrílegos, y duerme.

Al día siguiente por la mañana, la fiebre del enfermo había aumentado. Josefina, llena de sentimiento y simpatía, le dijo con dulzura:

—Sabía que no ha pasado usted una buena noche, aparte del incidente de su amigo, porque le he oído hablar á usted mucho tiempo después, y Kate afirma que la puerta de ustedes ha estado entornada hasta el amanecer. ¿Pero también usted, señor Falkner, tiene un poco de fiebre?

Jorge miró con curiosidad á su amigo. De pálido que era habitualmente, se había puesto como la grana.

*(Se concluirá.)* BRET HARTE.

# POETAS AMERICANOS

## SALMO DE COMBATE

**A Camilo Arriaga.**

Ya es la hora que se escucha
Rumoroso en los confines
Del gran campo de batalla
Tras los muros y el baluarte,
El sonido estrepitoso
De los épicos clarines
Que ya anuncian la presencia
De los vástagos de Marte.

A lo lejos ya levantan
Espantosa polvareda
Los magníficos corceles
Do cabalgan los dragones;
Y se miran áureas cotas
Destacarse en la arboleda,
Y armaduras relucientes
Con sus góticos blasones.

Ya se acercan, ya es la hora,
Empuñemos presurosos

Los aceros centellantes
Que alcanzarán la victoria,
Y volemos á la lucha
Como leones furiosos,
Arrancando con denuedo
Los laureles de la gloria.

ALFONSO ZEPEDA WINKFIELD.

Méjico, 1902.

# EL CONGRESO PANAMERICANO EN MEJICO

(22 OCTUBRE 1901.—31 ENERO 1902)

---

(CONTINUACIÓN)

La expedición á Puebla y Orizaba duró desde el viernes 15 de Noviembre en que los Delegados salieron de la capital hasta el 23, en que regresaron. Puebla los recibió de gran gala, y como llegaron de noche hubo espléndidas iluminaciones y gran serenata. En el Casino Español la fachada principal se hallaba adornada con la bandera española rodeada de todas las de las Repúblicas latinas. Hubo recepción solemne en el Colegio de Estado, inauguración de una Exposición regional, banquete con nuevos brindis, visita á las fábricas y á los establecimientos públicos, función de Ópera, y en los obsequiados dejó grata impresión el magnífico espectáculo de los adelantos de Méjico, de que era prueba halagadora el progreso industrial de aquel Estado. No dejó de notarse que la palanca del gran progreso agrícola, metalúrgico é industrial del Estado de Puebla es, en su mayor parte, debido á los estímulos de la numerosa colonia española, que forma una parte muy importante de su población total. Las ricas haciendas de *San Isidro*, *San Bártolo*, *Santo Domingo*, *Santiago*, *Mextla*, *Cuacuolcoyán*, *San Jacinto* y *Guadalupe*, cuyos exquisitos productos estaban representados en la Exposición de Puebla, eran y son de colonos espa-

ñoles; los ingenios de *Colón*, *Tatetla*, *Atencinqo*, las fábricas de harinas, alcoholes, almidones, artes suntuarias, mueblaje, etc.; de la *Noria*, el *Carmen*, el *Puente*, la *Cama elegante*, etc., etc., de colonos españoles, y de colonos españoles las fábricas de hilados y tejidos de algodón, lana y seda, estampados, etc., que llevan por nombres en aquel Estado mejicano *Covadonga*, *El Valor*, *Santa Cruz*, *La Alsacia*, *La Tlaxcalteca*, *La Guía*, *La Independencia*, *La Carolina*, *El Volcán*, *Santo Domingo*, *Economía*, *Santa Elena*, *San Luis*, *Asturiana*, *El Alto*, *Josefina*, *Concepción*, *San Agustín*, *María*, *Mayorazgo*, *Esperanza* y *San Juan*. Los congresistas visitantes pudieron observar en el Estado de Puebla que en un cuadro tan variado, extenso é importante de industria fabril, sólo existe en aquel Estado una sola fábrica de tejidos que no es de españoles: la titulada *El León*, de unos colonos franceses que llevan por razón social *Lyons hermanos*. Muchos de los Delegados de nuestra sangre quisieron visitar á Cholula, que tantos recuerdos entraña de la época épica de la conquista y en donde todavía encontraron conservadas como inmortales monumentos del heroísmo español la casa de Hernán Cortés, el ara en que se dijo la primera misa en Méjico y otros recuerdos históricos de que son aún vivo museo la antigua ciudad de los 365 templos y el rico distrito de los 70.000 propietarios.

Tras las animadas excursiones á Attizco, á Metepec, al Cerro de San Juan y á Loreto, el 19, los Delegados salieron para Orizaba, con la única excepción del norteamericano Senador Davis, que no quiso continuar la expedición y se volvió á la capital. De la visita á Puebla quedó el discurso del Delegado de Chile Walker Martínez contestando al del Gobernador del Estado en el banquete que éste ofreció á los congresistas: «Los Delegados á la segunda Conferencia Panamericana, decía, no hemos llegado á Méjico trayendo los presentes hebráicos del oro y de la mirra; pero traémosle una ofrenda de más precio y más alta valía: traémosle la adhesión fraternal de todas las Repúblicas que representamos. Para cumplir digna-

mente esa misión necesitábamos penetrar al interior del país, recorrer sus hermosos valles, ascender sus atrevidas montañas, acercarnos á sus pueblos progresistas á fin de sentir y dejarles sentir los latidos de corazones eminentemente americanos. Vuestra invitación á visitar el Estado que tan dignamente gobernáis, nos ha facilitado, en consecuencia, ilustre General, el desempeño de nuestra misión Panamericana. Y nos ha proporcionado además intenso placer, porque en las veinticuatro horas que llevamos de permanencia en Puebla han desfilado ante nuestros ojos como un panorama amplísimo los monumentos del arte antiguo, que dan testimonio de la grandeza tradicional de esta ciudad, los establecimientos de instrucción pública, que ponen de manifiesto su alta cultura y elevadas tendencias de su expansión intelectual, las poderosas manifestaciones de sus multiplicadas industrias, que la colocan al nivel de las más laboriosas metrópolis: en suma, hemos visto lo suficiente para formarnos juicio perfecto de que el Estado de Puebla está ya sobre los rieles que le conducen por un camino de segura y vigorosa prosperidad. Nuestro recuerdo de Puebla será, pues, imborrable, y han de perdurar también en nuestra memoria para transmitirlos á nuestros Gobiernos y para hacerlos conocer de nuestros conciudadanos, los votos que acaba de formular el Sr. Gobernador, porque de hoy en adelante presida en las relaciones de la América tan sólo el sentimiento de la fraternidad. De hoy en adelante — tomo estas palabras del Sr. Gobernador, porque sintetizan el más juicioso pensamiento político—de hoy en adelante debe abrirse un nuevo horizonte para el Continente que habitamos.»

Pero Orizaba no había de ser sino una reproducción de las emociones de Puebla. Orizaba no tiene la variedad de industrias de que los españoles del moderno coloniaje han dotado á Puebla. En Orizaba el espectáculo admirable es el de la naturaleza: su vegetación variada y exuberante y los esquilmos de tan opulenta vegetación. La industria principal que de ella emana es la de las manufacturas del yute; mas el yute, como

es sabido, ha alcanzado tal perfección en sus tejidos, que con él se imitan los de los más preciosos lanajes.

Desde la hermosa ciudad del Estado de Veracruz, los congresistas volvieron á reanudar los trabajos de su incumbencia, y en la tarde del sábado 24, después de quince días de descanso y distracción, se reunieron las diez y nueve comisiones que entendían en las varias cuestiones que formaban el programa de la Conferencia, á fin de disponer la sesión del día siguiente. Estas diez y nueve comisiones eran: La de *Arbitraje* y *Tribunal de Arbitraje*, compuesta de diez y nueve miembros (1).—La de *Navegación marítima y fluvial,* de siete.—La de *Comercio y reciprocidad*, de nueve.—La del *Tribunal Panamericano de equidad y reclamaciones*, de siete.—La del *Ferrocarril Panamericano*, de nueve.—La de la *Reorganización de la Oficina de las Repúblicas americanas,* de cinco.—La de *Leyes Internacionales*, de siete.—La de *Extradición y protección contra la anarquía*, de cinco.—La de *Reciprocidad bancaria y monetaria panamericana*, de siete.—La de *Reglamentación sanitaria*, de siete.—La de *Patentes*, *marcas de fábrica, pesas y medidas*, de tres.—La de *Ejercicios profesionales y relaciones literarias*, de tres.—La de *Recursos y estadística*, de siete.—La del *Canal interoceánico*, de cinco.—La de *Agricultura y Comercio*, de cinco.—La de *Reglamentos y credenciales*, de tres.—La que se encargará de decidir y preparar *la futura Conferencia Panamericana,* de cinco.—La de *Medidas generales de provechos mutuos*, de siete; y la de *Redacción y revisión de las actas de las sesiones,* de tres.

(1) Componían esta Comisión: Por la *Argentina*, Sr. Antonio Bermejo.—*Brasil*, Sr. J. H. Duarte Pereira.—*Colombia*, Sr. Carlos Martínez Silva.—*Costa Rica*, Sr. J. B. Calvo.—*Chile*, Sr. Alberto Blest Gana.—*Ecuador*, Sr. L. F. Carbó.—*Santo Domingo*, Sr. L. F. Carbó.—*Salvador*, Señor Dr. Estupinian.—*Estados Unidos*, Sr. W. I. Buchanan.—*Guatemala*, Sr. Antonio Lazo Arriaga.—*Haití*, Sr. J. N. Leger.—*Honduras*, Sr. Fausto Dávila.—*Méjico*, Sr. Emilio Pardo.—*Nicaragua*, Sr. F. L. Corea.—*Paraguay*, Sr. Cecilio Báez.—*Uruguay*, Sr. Juan Cuestas.—*Venezuela*, Sr. José Gil Fortoul.

La Delegación de Méjico, que había trabajado en la preparación de la Conferencia, desde el primer momento de su constitución definitiva presentó un extenso *Informe*, dividido en capítulos, sobre cada una de las *recomendaciones* que de la Secretaría de Estado del Gobierno de Washington se le habían transmitido como problemas á resolver, emanados de los que quedaron pendientes de la primera Conferencia internacional panamericana reunida en 1889. Entre estas recomendaciones se hallaba la *Unión monetaria entre las naciones de América*, cuya resolución había sido aceptada en la sesión del 7 de Abril de 1890; la *Unión aduanera de las naciones de América y los tratados de reciprocidad*, que aunque se reconoció irrealizable, la Conferencia de Washington la aprobó en su sesión del 12 de Abril del mismo año; la *Uniformidad de los derechos de puerto*, aprobada en la sesión del 10 de Abril; la *Nomenclatura común de mercancías,* que lo había sido en la sesión del 10 de Febrero; las demás *Incidencias de los asuntos aduaneros*, que aunque los aprobó también en bulto la Conferencia de Washington, estaban en su totalidad en pugna con las Ordenanzas generales de Aduanas de todos los países hispanoamericanos; el *Ferrocarril intercontinental*, que aprobado en la sesión del 23 de Febrero de 1900, ni ha salido todavía, ni saldrá en lo sucesivo del estado soñoliento de canuto de langosta; el *Establecimiento de líneas de vapores que favorezcan el tráfico mercantil, y las medidas uniformes sobre los servicios de las comunicaciones telegráficas y postales,* materia que la Conferencia de Washington recomendó también en 1900, y en la que, sobre todo en la primera, en toda América funcionan multitud de compañías, que aún radican en el Golfo de Méjico, en los puertos del Atlántico ó del Pacífico, y llevan toda clase de banderas, estando aún en suma minoría la de los propios Estados Unidos. La *Uniformidad de pesos y medidas*, las *Patentes de marcas de fábricas* y las cuestiones de *Derecho internacional privado,* también fueron objeto de las resoluciones del Congreso Panamericano de Washington y del Informe

presentado al de Méjico por la Comisión organizadora de esta capital, pues los acuerdos de 1900 no habían tenido gran eficacia en los doce años transcurridos, y probablemente las nuevas resoluciones del de 1901 irían poco más allá en el terreno donde se excluyen las fantasías imaginarias y los platonismos poéticos.

*
* *

El Congreso, al reanudar sus sesiones, quedó constituído en la forma que determinaban los acuerdos tomados en la sesión del día 2 de Noviembre. La votación que para los cargos de la mesa en ella se hizo, no careció de detalles interesantes. El General Reyes, queriendo desenojar á los Estados Unidos por su brindis en favor de España en el banquete de la Municipalidad, fue el primero que se levantó para proponer al Delegado y senador norteamericano Mr. Henry G. Davis para Presidente efectivo de la Conferencia, «como un deber de cortesía, según dijo, que se imponía á las Repúblicas iberoamericanas, por ser el jefe de la Delegación del país á quien se debía la parte importante que había tomado en la reunión de las dos Conferencias de Washington y de Méjico, y que, por razón de su lengua, aparece entre todos los pueblos de la América, aquí representados, *como un huésped*». «Además de este deber de cortesía, añadía, hay razones de gran peso para obrar de esta manera, y entre ellas apunto el reconocimiento que todos estos pueblos hacen del poder civilizador de la gran República del Norte, *poder que confían se usará siempre en el sentido de ayudarles á su engrandecimiento y bienestar, bajo los amplios principios de independencia, justicia y libertad.*» Mr. Charles M. Pepper, en ausencia de Mr. Davis, sin embargo, no sólo no aceptó para sí el cargo, sino que lo renunció para todos sus compañeros de Delegación, y al dar las gracias, en su nombre y en el de su país, anunció que «su

anhelo supremo en su representación en aquella Asamblea era, como el de los Estados Unidos que lo había delegado en ella, la paz, la concordia y el progreso de las Repúblicas *libres y soberanas* de que el Congreso se componía». A continuación, el Delegado del Ecuador, D. Luis Felipe Carbó, propuso al Secretario de Estado del Gobierno de los Estados Unidos, Mr. John Hay, para una Presidencia de honor, lo que por unanimidad fue acordado. De modo que la mesa efectiva había quedado formada por el Presidente definitivo de la Conferencia, el Sr. Licenciado D. Jenaro Raigosa (Méjico); por el primer Vicepresidente de la misma, D. José Hyginio Duarte Pereira (Brasil); y por el segundo Vicepresidente, D. Baltasar Estupinian (San Salvador).

Sobre los *Informes* de la Delegación de Méjico, las Comisiones ya indicadas habían desempeñado por sus respectivas secretarías y agregaciones técnicas los dictámenes de las cuestiones que les concernían: de modo que en la sesión del día 27 se sometió á la Conferencia la aprobación del proyecto del *Ferrocarril internacional*, de cuya Comisión era Presidente el Senador norteamericano Davis. No hay que decir que esta cuestión venía ya estudiada desde los Estados Unidos, y que podía considerarse como una de las que formaban para las intenciones de este país uno de los *clous* del Congreso Panamericano. En la sesión del 23 de Febrero de 1890, celebrada por la Conferencia de Washington, este proyecto se presentó sólo como una opinión, y la resolución que sobre él tomó aquella Asamblea se redactó de la manera siguiente:

«La Conferencia Internacional Americana opina:

»Primero. Que un ferrocarril que ligue todas ó la mayor parte de las naciones representadas en la Conferencia, contribuirá poderosamente al desenvolvimiento de las relaciones morales é intereses materiales de dichas naciones.

»Segundo. Que el medio más adecuado para preparar y resolver su ejecución, es el nombramiento de una Comisión Internacional de ingenieros que estudie los trazados posibles,

determine su verdadera extensión, calcule sus costos respectivos y compare sus ventajas recíprocas.

»Tercero. Que dicha Comisión se componga de tres ingenieros nombrados por cada nación y que tenga la facultad de dividirse en subcomisiones y de nombrar los demás ingenieros y empleados que repute necesarios para el pronto desempeño de su cometido.

»Cuarto. Que cada uno de los Gobiernos adherentes pueda nombrar, á su propia costa, comisionados ó ingenieros con el carácter de auxiliares de las subcomisiones encargadas de los estudios seccionales del ferrocarril.

»Quinto. Que la vía férrea, en cuanto lo permitan los intereses comunes, debe ligar las ciudades principales que se encuentren á inmediaciones de su trayecto.

»Sexto. Que, si la dirección general de la línea no pudiese desviarse con el objeto indicado en el artículo anterior, sin gran perjuicio, se estudien ramales que vinculen esas ciudades al tronco del camino.

»Séptimo. Que á fin de disminuir el costo de la obra, se aprovechen las vías férreas existentes, en cuanto sea posible y compatible con el trazado y condiciones del Ferrocarril Continental.

»Octavo. Que, en el caso de que los trabajos de la Comisión demuestren la practicabilidad y conveniencia del ferrocarril, se llame á propuestas para la construcción de la obra en su totalidad ó por secciones.

»Noveno. Que la construcción, administración y explotación de la línea, sea de cuenta particular de los concesionarios, ó de las personas con quienes subcontrate la obra, ó á quienes transmitan sus derechos con las formalidades del caso, previo el consentimiento de los Gobiernos respectivos.

»Décimo. Que todos los materiales necesarios para la construcción y explotación del ferrocarril sean libres de derechos de importación, sin perjuicio de las medidas necesarias para impedir los abusos que pudieran cometerse.

»Undécimo. Que las propiedades, muebles é inmuebles pel ferrocarril, empleados en su construcción y explotación, sean exentos de todo impuesto nacional, provincial y municipal.

»Duodécimo. Que la ejecución de una obra de tanta magnitud merece, además, ser estimulada con subvenciones, concesiones de terrenos, ó garantía de un mínimun de interés.

»Décimotercio. Que los sueldos de la Comisión, así como los gastos que demanden los estudios preliminares y definitivos, sean costeados por todas las naciones adherentes en proporción á sus poblaciones respectivas, según los últimos censos oficiales, y, en defecto de censos, por acuerdo entre sus propios Gobiernos.

»Décimocuarto. Que el ferrocarril sea declarado neutral á perpetuidad, con el objeto de asegurar el libre tráfico.

»Décimoquinto. Que la aprobación de los proyectos, las condiciones de las propuestas, la protección á los concesionarios, la inspección de los trabajos, la legislación de la línea, la neutralidad del camino y el libre paso de las mercaderías en tránsito sean, en el caso previsto por el art. 80, materia de convenciones especiales entre todas las naciones interesadas.

»Décimosexto. Que, así que el Gobierno de los Estados Unidos reciba la adhesión de los demás Gobiernos á este proyecto, los invite para nombrar la Comisión de ingenieros á que se refiere el art. 20, á fin de que ella se reuna en esta ciudad á la mayor brevedad posible.»

Posteriormente, el 4 de Diciembre del mismo año se convocó en la capital federal de los Estados Unidos á los que habían formado la Comisión del proyecto de este ferrocarril. Esta Comisión, hasta el 22 de Abril de 1901, celebró diez y ocho conferencias, aunque á ellas no concurrieron representantes sino de once Repúblicas; pero todos sus trabajos se habían reducido al envío de ingenieros para el acopio de datos é informes, de que desde entonces en toda América se han publicado noticias numerosas, pero no compactas. El informe de

la Comisión, presidida por Mr. Davis, y presentado á la Conferencia de Méjico el 27 de Noviembre último, después de un extenso preámbulo decorativo, terminaba por las siguientes conclusiones:—1.ª Que un ferrocarril que ponga en relación las naciones representadas en el Congreso Panamericano, contribuirá poderosamente al desarrollo de las relaciones materiales y de los intereses de las mismas.—2.ª Que el ferrocarril, según los intereses comunes lo permitan, deberá conectar las principales ciudades de América.—3.ª Que si la dirección general no puede ser desviada para tocar las principales ciudades, se deberán construir líneas troncales que las unan á la vía central.—4.ª Que con objeto de que el costo de la construcción sea el menor posible, se deberán utilizar las vías ya existentes, siempre que su posición sea compatible con la dirección general del camino.—5.ª Que todo el material necesario para la construcción y operación del ferrocarril deberá ser declarado libre de todo derecho de importación, tomándose, sin embargo, ciertas medidas para evitar abusos.—6.ª Que la propiedad real ó exmueble del ferrocarril, empleada en la construcción y operación de la vía, se declarará exceptuada de todo pago de contribución nacional, de estado ó municipal.—7.ª Que la construcción de una obra de semejantes magnitudes deberá ser ayudada por medio de subvenciones, concesiones de tierra ó garantías de todas clases.—8.ª Que el ferrocarril deberá ser declarado para siempre neutral en todos los conflictos, con el objeto de asegurar la libertad del tráfico.—9.ª Que los Delegados á la Conferencia Panamericana recomienden á sus respectivos Gobiernos, de la manera más firme, hagan concesiones liberales á la empresa en la forma más aceptable para cada Gobierno.—Además, en el dictamen el Senador Davis insinuaba que *los Estados Unidos nombrarían una persona competente para que visitara todas las Repúblicas americanas y estudiase sus fuentes de riqueza, trazado de sus ferrocarriles, condiciones actuales de su comercio, tráfico en perspectiva y concesiones que estaba dispuesto á hacer cada*

*Gobierno;* y concluía diciendo que la Comisión del Congreso Panamericano que entiende en este proyecto, *habría de declararse permanente,* dándole poder para formar subcomisiones, citar á juntas y hacer todo aquello que asegurase el buen éxito de la realización del ferrocarril. Este dictamen del honorable Davis tenía todavía su broche de oro. El ferrocarril continental internacional había de ser propiedad exclusiva de los Estados Unidos, con una faja de terreno en todo su trazado para garantir esta propiedad.

La grata impresión de este proyecto debían los Congresistas saborearla con más delicia entre los vinos espumosos que aquella noche se sirvieron en el banquete ofrecido por los Delegados norteamericanos á sus demás compañeros latinos en el restaurant de Chapultepec. A este banquete fueron invitados los Ministros de la Guerra, de Hacienda, de Gobierno y Fomento del Gabinete mejicano, el Coronel Ahumada, Gobernador de Chihauhua, el General Mucio P. Martínez, Gobernador de Puebla, Mr. A. A. Robinson, Presidente del Ferrocarril Central, y otras distinguidas personas del mundo político de Méjico. Hubo natural sorpresa en las excusas del Ministro de Relaciones Extranjeras, D. Ignacio Mariscal, que no asistió. Pero sin saber si con esta abstención se relacionaría, el telégrafo de Nueva York dió noticia de que *The World* de aquel día había publicado una correspondencia de la capital mejicana en que se censuraban los actos groseros cometidos en aquella ciudad y en ciertos actos solemnes por la Delegación norteamericana, añadiendo que el Senador Davis había rehusado dar el brazo á la señora del Presidente Díaz; que las señoras de los Delegados yanquis se presentaban en traje de calle en las más encopetadas fiestas sociales á que la culta sociedad de Méjico las había invitado, y que había sonado mal en todo el pueblo mejicano la pretensión que se había tenido por parte de la Delegación anglosajona de ser hospedada en el Palacio del Gobierno. *The Sun* apuntaba otras deficiencias de urbanidad, y *The New York Herald* criticaba que el día anterior, 26,

se hubiera inaugurado una temporada de corridas de toros con brutos y toreros llevados de España, y que á la primera de estas corridas se hubiera invitado á la Delegación norteamericana.

Realmente, estas notas oficiosas de la Prensa norteamericana quedaron en Chapultepec desmentidas, como no era posible dejar de esperar, en el *toast master* del Senador Davis, cuando en su discurso expresó las solícitas atenciones que la Delegación yanqui había recibido desde su llegada á Méjico, así de su Gobierno como de todas las clases de aquella sociedad. Su peroración fue un latigazo á España y otro á las Monarquías de Europa, para realzar á sus expensas los progresos de las libres Repúblicas americanas: «Volved la vista á Centro y Sud-América, y encontraréis que, relativamente en pocos años, han sido libres y han alcanzado más progresos que en tres ó cuatrocientos años bajo el régimen monárquico. Méjico es un bello ejemplo de lo que se obtiene bajo un Gobierno libre é independiente; los pueblos son prósperos y felices, y están satisfechos. Ha habido más progreso en Méjico en veinte años que en todas las épocas anteriores. Estoy seguro de los grandes bienes que resultarán de la Conferencia Panamericana. Mostrará á las testas coronadas de Europa y al mundo entero que los pueblos de América, libres, independientes, amantes de la libertad y hablando diversas lenguas, pueden armónicamente trabajar á fin de que todos sean felices y prósperos y vivan satisfechos.»—A los mejicanos les añadía: «La política liberal y progresista de vuestro Presidente tiene el respeto y la admiración del pueblo de todas las Repúblicas americanas, y propongo que, poniéndonos en pie, brindemos por la salud y larga vida del Presidente Díaz y de sus colaboradores en los asuntos de Estado.»—Como objeto de la reunión internacional, sólo dijo: «Vosotros encontraréis que los Delegados de los Estados Unidos están dispuestos y deseosos de cooperar á todo lo que tienda *á fomentar la prosperidad comercial y política*, y os ruego que *os unáis á nosotros* en ayu-

dar al mantenimiento de la paz, que es el camino más seguro y verdadero para alcanzar la riqueza, la felicidad, la prosperidad y la libertad.»

El Presidente de la Conferencia, Raigosa, aprovechó el deber de la contestación para contornear bien la situación real de las nuevas nacionalidades iberoamericanas en su pasado no remoto, desde su emancipación hasta la actualidad, y sintiendo la fe de su independencia inviolable y de sus destinos ulteriores, decía: «Las naciones iberoamericanas, al emanciparse de la dominación europea, no tuvieron la fortuna, como los Estados Unidos del Norte, de nacer á la vida autónoma, ya conformados orgánicamente para el ejercicio del gobierno propio por una larga práctica preparatoria de las instituciones políticas y sociales, arraigadas en sus costumbres tradicionales y en el carácter homogéneo de sus pobladores; sino que surgieron de repente al inmediato ejercicio de la soberanía absoluta del fondo de la sumisión y del aislamiento más completos; y enfermas, además, de grave enfermedad orgánica, que las incapacitó, por largos años de doloroso sufrimiento interno, para adaptarse con el vigor debido á sus juveniles energías al nuevo medio creado por instituciones políticas de orden tan elevado como las que fundan el gobierno propio, en el pueblo, como fuente de poder, por el pueblo, como medio de su ejercicio, y para beneficio del pueblo, como único objeto y razón de ser de toda autoridad. De tan profunda diferencia en el punto de partida ha provenido en parte prominente la desigualdad del desarrollo material de las nacionalidades iberoamericanas en comparación con el de la gran República del Norte; pues ellas se han visto obligadas á restablecer antes que todo su equilibrio orgánico interior, para consagrarse en seguida á su propio desenvolvimiento; por lo cual no sería ni racional ni verdadero atribuir á las instituciones democráticas un estado de perturbación que ha reconocido otras causas más profundas y nocivas. El estado presente de la civilización continental, no obstante aquel pasado lamenta-

ble, y tal vez precisamente á causa de él, porque nada hay que aproxime tanto á los hombres como el dolor, ha aquilatado los sentimientos unánimes de concordia entre los pueblos americanos reunidos hoy felizmente en Conferencia internacional en esta ciudad de Méjico, para discutir y acordar resoluciones encaminadas á fomentar útilmente los grandes intereses comunes bajo la sombra bienhechora de la paz y al amparo del respeto recíproco de la soberanía é integridad territorial de cada uno. Bajo este punto de vista, señores, América, Europa, el mundo entero, está pendiente de nosotros. El momento histórico es supremo. El gran libro de la evolución humana está abierto delante de vosotros para inscribir una victoria más en la glorificación del derecho ó para añadir una corona de espinas al martirio de la justicia.»

Al Delegado iberoamericano del Norte sucedió el Delegado iberoamericano del Sur, y D. Augusto Matte, que lo era por Chile, en el extremo austral de los Andes y del Pacífico, así completaba las ideas de su antecesor en la palabra: «Como no hemos venido á reunirnos, decía, en favor de nadie ni en contra de nadie, sino con la alta mira de promover la felicidad común de la América entera y de colaborar á nuestra armonía con la Europa y con el resto de la humanidad, podemos y debemos afirmar que el pensamiento inspirador del Congreso Internacional Americano ha sido un pensamiento altamente sano y altamente generoso. Nosotros no sólo no debemos sentir que haya dos razas, la latina y la sajona, en nuestro Continente americano, sino que debemos congratularnos altísimamente de ello, como uno de los más preciados dones de que podemos disfrutar, pues una y otra raza, llevando sus aptitudes y sus manos estrechamente enlazadas, recorrerán esforzada y lealmente el camino del progreso, aportando la una su espíritu práctico y su perseverancia, y aportando la otra su espíritu estético y la riqueza de su colorida imaginación, que hace tan grata la vida. El medio de llegar entre las dos á esa hermosa armonía que todos buscamos, es reunirnos para

acordar abrir ancho sendero al cambio de productos y de ideas por medio de las redes de ferrocarril, de las líneas de vapores, del franco paso de nuestros libros, del acceso franco de los hombres de profesión de uno á otro país, etc., etc. Enseñar, por último, el inglés en las regiones del habla latina, y enseñar el español en las regiones del habla sajona, y así nos conoceremos y nos estrecharemos en intereses y en afectos.» Otro Delegado norteamericano, Mister John Barret, creyó entonces oportuno dar algunas explicaciones sobre el verdadero sentido del movimiento panamericano, como en los Estados Unidos se interpreta, y en su largo discurso dijo: «La política panamericana de los Estados Unidos es tan clara como un libro abierto. No está modificada y debilitada por convenciones secretas. En su ampliación, los Estados Unidos no asumen ningún aire de patronato. La nación no trata de hablar como «un ascendiente á sus descendientes», aunque con el mismo afecto; habla solamente como una hermana mayor á sus hermanas menores, cuando, tal vez una preeminencia en edad de República establecida, puede dar algún peso á sus consejos, inspirados por la simpatía, amor de familia é intereses comunes. A Panamérica, el pueblo de los Estados Unidos, dice que no tiene la idea de intervenir en los derechos soberanos de las Repúblicas hermanas, grandes ó pequeñas; declara que desea que ellas realicen sus deseos individuales, como lo están tratando de hacer, con las mismas simpatías, con el mismo patriotismo y orgullo nacional y con intereses recíprocos. Para el Viejo Mundo, los Estados Unidos, sin presumir de fanfarronería y con respeto á las instituciones y precedentes europeos, no le impone una prohibición de engrandecimiento territorial entre las Repúblicas del Hemisferio Occidental, que no se refiere en términos inequívocos á ellos mismos. En otras palabras, el pueblo americano intenta y ambiciona que la política panamericana de los Estados Unidos sea siempre un corolario de la regla de oro: *No hagas á los demás lo que no quieras que te hagan.* Si estas concepciones de la política paname-

ricana de los Estados Unidos, en sus relaciones respectivas con la América latina y Europa, fuese recordada por los críticos americanos y extranjeros, habría terminado todo motivo de mala interpretación y la inauguración de una nueva era de confianza y buena voluntad de las relaciones internacionales. En este punto, permitidme alabar sin restricción la doctrina Díaz—la doctrina de la Paz—tan clara é inteligentemente, delineada por el Sr. Chavero en el reciente notable banquete de la Delegación Mejicana. La genuina respuesta y el aprecio que esta declaración ha encontrado en los Estados Unidos, es un merecido tributo de nuestro país á la grandeza y bondad del Presidente de Méjico. No necesito decir que tan nobles sentimientos y principios representan igualmente la política y los fines del Presidente Roosevelt y su Gabinete acerca de la América latina.»

Aún hablaron otros cuatro oradores: el Delegado del Perú, D. Manuel Alvarez Calderón; el de Costa Rica, D. Joaquín Bernardo Calvo; el de la Argentina, D. Martín García Merou, que brindó en inglés, y el norteamericano Charles M. Pepper, que, por más galantería, habló en castellano. Alvarez Calderón, después de hacer la apología de los Estados Unidos, añadió: «Nuestras Repúblicas saben bien que nada tienen que temer y sí mucho que esperar del pueblo que les enseñó á amar y á conquistar su libertad; que les ha dado fe en las instituciones republicanas, y que les muestra día tras día la prosperidad que se alcanza bajo su egida; del pueblo, en fin, que habiendo llegado al pináculo del poder y de la riqueza, sabe inclinarse humildemente ante la justicia, y proclama, por medio de sus más conspicuos estadistas, que *el arbitraje y el respeto á la integridad territorial de las Repúblicas de este continente* deben ser las piedras angulares del Derecho Internacional Americano. Por eso hemos acudido todos á la cita que nos dió el Excmo. Gobierno de Méjico, y estamos aquí reunidos, dando al mundo vivo testimonio de confianza y de confraternidad y haciendo una obra que convencerá en breve

hasta á los más incrédulos, de que América ha resuelto vivir en paz y fraternalmente.» Los últimos discursos no fueron más que nuevas afirmaciones sobre las mutuas aspiraciones y las mutuas garantías que allí, al parecer, se habían dado las dos razas, las dos lenguas, los dos poderes, los dos destinos.

***

Hay que observar que después de tantos actos y de tantas palabras, la Conferencia Panamericana, después de más de un mes de reunión, todavía no había logrado salir de sus prolegómenos. En la sesión del 29 de Noviembre, además del dictamen de la Comisión del *ferrocarril panamericano*, habían presentado los suyos, ó habían dado cuenta del estado de sus tareas otras Comisiones, como la de *Profesiones liberales y propiedad artística y literaria*, *Medidas sanitarias*, *Reglamento y credenciales*, *Arbitraje*, *Oficina de las Repúblicas americanas en Washington*, *Futuras conferencias*, *Producción y Estadística*, *Comercio y reciprocidad*, *Derecho internacional*, *Canal interoceánico* y *Tribunal de Reclamaciones*. Y aquí conviene advertir lo que acerca de la constitución de las Comisiones había pasado. Al hacer la elección de sus miembros se había acordado que cada Comisión estuviese presidida por uno de los Delegados representantes de cada una de las Repúblicas asistentes. Estas en total eran diez y ocho, y los asuntos ó temas sobre que se habían de formar las Comisiones diez y nueve. Los norteamericanos se hicieron representar en todas las Comisiones de carácter económico, estadístico y político-internacional, y no manifestaron interés alguno en que se les incluyera en las de carácter meramente científico, jurídico, literario y social. El Senador Davis se hizo elegir para la Comisión del *Ferrocarril Intercontinental*, cuya presidencia asumió, y para la Comisión del *Banco Panamericano* y de la *Uniformidad del*

*sistema monetario;* Buchanan, para la de la promoción de *Futuras Conferencias Panamericanas* y en la de *Bienestar general;* Pepper, en las de *Comercio recíproco* y *Fuentes de producción y estadística*; Foster, en las de *Transportes marítimos*, *Reglamentos sanitarios* y *Canal Interoceánico*, y Barret, en las de *Tribunal de equidad y de reclamaciones, Reorganización de la Oficina de las Repúblicas americanas* y *Reglamento y credenciales para la Conferencia.* Dejaron, por lo tanto, de tomar parte solamente en las Comisiones 7.ª, 8.ª, 11.ª, 12.ª, 15.ª y 19.ª, cuyos temas eran *Derecho internacional*, *Extradición y protección contra la anarquía*, *Patentes*, *marcas de fábrica y uniformación de pesas y medidas*, *Profesiones liberales y derechos de propiedad literaria y artística, Agricultura é industria* y *Redacción de las actas.* Es decir, los norteamericanos, hombres prácticos, se reservaron para sí las materias referentes á supremacía, soberanía, relaciones internacionales, estadísticas de producción y obras de pública utilidad, y dejaron para los sudamericanos la ciencia del derecho y la poesía.

Aun así y todo, en el reparto de las Presidencias hubo una omisión, que en la sesión del día 28 tuvo que tratarse á puerta cerrada. El Delegado de Venezuela, D. José Gil Fortoul, hizo conocer al Presidente de la Conferencia que la República que representaba había sido excluída del acuerdo tomado sobre las Presidencias de las Comisiones, y su Delegación no había sido designada para ninguna. Este acuerdo constituía el artículo 2.° del reglamento aprobado para el régimen de la Conferencia, que, como se veía, había sido violado. El representante de Venezuela amenazaba con no tomar la Delegación de dicho país parte en los acuerdos y votaciones del Congreso, con la única excepción de la cuestión del Arbitraje. Cuando el Presidente, Sr. Raigosa, trató de averiguar lo acontecido, el Sr. Macedo, Delegado también de Méjico, le informó de que, en efecto, no sólo aparecía eliminada de la lista de las Presidencias de las Comisiones que constaban en Secretaría la Delegación de Venezuela, sino la de Colombia también, países

que, aunque se hallaban perturbados por dos revoluciones interiores y por una guerra entre sí, no habían sido excluídos de la invitación á la Conferencia, como la República de Cuba, que aún no se hallaba definitivamente constituída, sino que, por el contrario, la Comisión competente había encontrado valederas y legítimas las credenciales con que dichas Delegaciones habían concurrido á la Conferencia. En todo esto se vió un manejo oculto inexplicable. Parecía cierto que, invitados por la Conferencia los Presidentes de las dos Repúblicas en guerra, Venezuela y Colombia, á deponer las armas, el General Cipriano de Castro, Presidente de la primera, había dado una contestación poco correcta. Y por otra parte, el Delegado de Colombia, General Rafael Reyes, con su nota en pro de España, había quedado siempre bajo el estigma del enojo que entre los anglosajones promovió. Pero, en realidad, esto no justificaba la preterición antirreglamentaria que de sus respectivas Delegaciones se había hecho, y aunque el Sr. Rnigosa resolvió equitativamente la cuestión, endosando á las Comisiones ya constituídas que en su propio seno se diera solución al conflicto, quedó desde luego en el ánimo de todos la duda de las secretas intenciones que pudiera envolver semejante jugarreta clandestina, y aun se creyó por muchos que en la situación en que los maquiavelismos del Norte habían colocado las dos Repúblicas septentrionales de la América Meridional, en cuyos territorios los Estados Unidos se preparaban á intervenir militarmente, en Colombia, bajo el pretexto de la seguridad del ferrocarril del istmo y en Venezuela bajo la excusa del interés americano de la doctrina de Monroe, ante la perspectiva de un acto de agresión por parte de Alemania, á la que sin cesar se provocaba para obligarla á acudir á los instrumentos de la fuerza, cabía sospechar que en toda aquella intriga palpitaba un pensamiento semejante al que, favoreciendo y aun expoleando las insurrecciones de Cuba con la añagaza de la Independencia, sometió este país á la intervención de los Estados Unidos, de cuyas garras ni ha salido ni saldrá, á pesar de su

autonomía nacional proclamada, hasta que, á fuerza de vejámenes, la misma isla solicite ser devorada corporalmente por su astuta protectora. Con la Delegación de Venezuela se llevó á cabo el acto sordo de exclusión que el Sr. Gil Fortoul denunció ante la Conferencia. Contra la de Colombia, y principalmente contra el General Reyes, tratóse hasta de crearle el ridículo, enviándole mensajeros echadizos con cartas arrancadas á la debilidad del moribundo San Clemente, en que le llamaban á la Presidencia de aquella República. El juego fue conocido, y cuando, después de la presentación de los dictámenes sobre el *Ferrocarril Intercontinental*, la burla del proyecto de los *Juegos Olímpicos*, la *Nomenclatura Comercial* de Buchanan, la delineación del *Banco Panamericano* y el *Cambio Monetario* de Davis y otros proyectos semejantes, descubrieron bien la hilaza del tisú que se tejía por la sagacidad púnica de los anglosajones del Congreso, se dividieron á principios de Diciembre las Delegaciones Panamericanas en dos partidos, principalmente sostenidos por los intereses en pugna de las dos razas, de las dos lenguas, de las dos soberanías y de las dos potencias. Unos Delegados anunciaron su retirada y otros, más prácticos, la realizaron. Entonces en la nuevas fiestas de Puebla, con ocasión de las anuales de la Virgen de Covadonga, se pronunció la reacción favorable á los que en España ponían el vínculo inquebrantable de la *maternidad* de la raza, y el General Reyes fue objeto de nuevas manifestaciones y obsequios. Estas manifestaciones se hicieron en una visita á la fábrica de tabacos denominada *La Cigarrera Mejicana,* en un banquete celebrado en *la Maison Dorée* y en las fiestas celebradas en Puebla para conmemorar la Virgen de Covadonga. En el *lunch* que se sirvió á los visitantes de *La Cigarrera,* al descorchar los vinos espumosos, hubo brindis, y el primero fue del representante del Consejo de Administración de aquella fábrica. Se pidió que le contestara el General colombiano Rafael Reyes, y su brindis, así como todos los que después se dijeron, fue un verdadero himno á España y á la raza latino-

americana. Dijo, entre otras cosas, que no debe olvidarse que el gran progreso que alcanza Méjico, lo mismo que el que tiene Chile, la Argentina y otros países de la América latina, se debía á España, que descubrió y dió su civilización á estos países. «Al contemplar—añadía—el progreso de Méjico, debido á la energía para manejar la espada de un caudillo insigne, me siento orgulloso al pensar que esta nación podrá ser el mercado de la América del Sur, sin que tenga ésta que recurrir á otros pueblos de distinta raza y que hablan de distinto modo que nosotros.» Este discurso del General Reyes fue interrumpido diferentes veces por grandes aplausos. Habló á continuación D. Telesforo García, el depositario en Méjico de los pensamientos de Castelar sobre los destinos de nuestra raza en América; y tras él brindó el Coronel del Ejército de Méjico D. Adolfo M. de Obregón, quien en su discurso dijo: «Todos los pueblos de América, incluyendo á los Estados Unidos, deben levantar un himno de gratitud á España, pues todos la deben lo que son.» Hablando después de Méjico, hizo ver cuánto debe al insigne General Porfirio Díaz, y terminó diciendo: «Por mi Patria, por mi General Porfirio Díaz, por las Repúblicas hermanas y por esa España y esos españoles á quienes debemos amor y gratitud, brindo con toda mi alma.» Este fue el tono del banquete de la *Maison Dorée* y de las fiestas de Puebla, y resonando sus ecos, así en toda la América de nuestra sangre como en la anglosajona, y repitiéndolos el telégrafo á Europa, por todas partes se creía que se acercaba la hora de la disolución de la Conferencia Panamericana antes de haber entrado de lleno en el fondo de ninguna de las cuestiones que contenía su programa.

Un redactor de *El Universal*, de Méjico, fue visitando Delegado por Delegado, para conocer sus impresiones. Los de la Argentina, el Perú, Bolivia, el Uruguay, el Paraguay, Venezuela y Guatemala, no le ocultaron que esperaban la resolución de sus Gobiernos para emprender la retirada. Estos pretextaban para tal acto la mixtificación del arbitraje en que, de

acuerdo con los de Chile, se empleaban los Delegados norteamericanos. *El Tiempo*, de Buenos Aires, daba por disuelto el Congreso antes de solucionar ninguna de las cuestiones que motivaron su instalación. «Pero ésta era—añadía—una contingencia prevista, que no podía sorprendernos á los que conocíamos las dificultades que ha habido para su reunión y los medios empleados para vencerlas.» *The World*, de Nueva York, testificaba que la mayor parte de los Delegados habían escrito á sus Gobiernos, invitándoles á que les mandase retirarse. En Londres *The Times* decía que los Estados Unidos, con sus pretensiones y su política engañosa, había hecho nacer contra sus manejos una gran desconfianza en los representantes de las Repúblicas latinas, y *La Tribuna,* de Roma, comentando lo dicho por el periódico londonense, añadía: «Gli Stati Uniti non disponendo che dei loro voti, hanno dovuto, per far prevalere li loro vedute, cercare di pesare sulle republiche latine, coll'intento di raccogliere una maggioranza favoravole alli resoluzioni conformi alla politica loro. Di qui il malcontento di un certo numero di delegati. L'insuccesso del Congreso pare che si accentui sempre più, ed esso non lascerá probabilmente dietro di sé che una latente ostilitá fra le due Americhe.» Por medio de otro periódico del mismo nombre, *The Tribune*, de Nueva York, la política de la Casa Blanca se apresuraba á dar explicaciones momentáneas para aquietar los ánimos. «El Presidente Roosevelt y todos los miembros del Gabinete de Washington—escribía—están de acuerdo en cuanto á la línea de conducta invariable que seguirán los Delegados de los Estados Unidos en el Congreso de Méjico: dejar que los representantes de los países hispanoamericanos procedan fuera de toda influencia ajena á los intereses comunes de la América latina. El Gobierno de los Estados Unidos aboga por la unión estrecha de todas las naciones del continente, y en ello no lo anima ningún propósito egoísta. Los periodistas europeos que hablan de ambiciones absorbentes de parte nuestra, no podrían citar ni siquiera un caso en que se hubieran puesto de mani-

fiesto tales tendencias de absorción» (1). Después de estas manifestaciones, por medio de la prensa y del telégrafo de Méjico, el Ministro de Relaciones Extranjeras del Gobierno de Porfirio Díaz hacía negar que en la Conferencia Panamericana existiesen desavenencias ni descontentos, capaces de hacer retirar las delegaciones de las Repúblicas que á ella habían concurrido; y como fuera dato contrario á esta afirmación la nueva interrupción que habían sufrido sus sesiones, la proyección de nuevas excursiones á Guadalajara y otros puntos, las fiestas del Parque, las maniobras militares en los Campos de la Vaquita, la visita á las obras del desagüe y al Colegio de la Paz, y otras distracciones semejantes discernidas para entretener y ganar tiempo y activar negociaciones, en los mismos telegramas se afirmaba que aquel receso no tenía más objeto que el permitir á los Delegados el estudio de las cuestiones que tendrían que discutir después, y sobre las que las Comisiones respectivas habían emitido ya todos sus dictámenes. No obstante, el Delegado norteamericano, Barret, había sido llamado por su Gobierno; el argentino García Merou había salido para los Estados Unidos, para apoyar sus pretensiones sobre el arbitraje en oposición á los proyectos presentados principalmente por Chile; moría el Delegado del Brasil, Duarte Pereira; el de Nicaragua, Sr. Corea, se hacía sustituir por el de Honduras, y del mismo modo se despedían el de Venezuela, Fortoult, y el de Costa Rica, Párraga.

En cuanto al norteamericano Barret, antes de marcharse, no dejó de echar en el seno mismo del Congreso su candente botafuego, y dejando traslucir bien claramente que en la Conferencia se había pronunciado la dualidad de razas y tendencias entre la hispanoamericana y la anglosajona, cuyas con-

(1) Cuando esto se escribía se estaba firmando en Bolivia el criminal tratado para entregar el vasto territorio del Acre á una Compañía explotadora norteamericana, y al Perú se le estrechaba para ceder á los Estados Unidos un depósito de carbón en el Pacífico.

secuencias serían difíciles de preveer, no tuvo empacho en significar que la Conferencia no respondía hasta aquel momento á lo que en los Estados Unidos se había esperado de ella. Verdaderamente no se equivocaba. En la Conferencia se habían significado ya lo bastante para poder individualizar bien los dos grupos con límites perfectamente deslindados: el de los anglosajones y el de los latinos. Exactamente lo que hubo de suceder en el primer Congreso, donde Mr. Blaine creyó hallar predominante el espíritu sajón y encontró todo lo contrario.

No dejó de llamar la atención que Mr. Barret, en su discurso de despedida, hiciera constar que, teniendo los Estados Unidos cerca de ochenta millones de habitantes y constituyendo una agrupación de cuarenta y ocho Estados, sólo contaba cinco representantes en el Congreso, en tanto que las diez y ocho Repúblicas iberoamericanas tenían treinta y siete Delegados. Muchos creyeron que Mr. Barret había querido significar con esto que la representación de los Estados Unidos no era proporcionada á su población, importancia y riqueza; y aunque el argumento era sofístico y falso, pues en el seno de estas Asambleas de carácter internacional se establece por base de derecho la perfecta igualdad representativa á fin de que el voto de los más poderosos no ahogue la razón de los más pequeños, el artificio de presión que se empleaba no pudo menos de ahondar más las desconfianzas, pues aquello parecía una amenaza.

*
* *

Con el principio del año nuevo pareció cambiar el aspecto del Congreso. Se hacía necesario acabar y clausurarlo, y era preciso que la Conferencia no se disolviera sin haber tomado acuerdos y resoluciones sobre todas las cuestiones recomendadas. La influencia de los Estados Unidos se había hecho sentir en todas las capitales de las Repúblicas latinas, y Méjico con-

tribuía á la demanda de que los Delegados no se dispersaran sin que se diera una solución á las grandes cuestiones que al Congreso habían sido propuestas. Las cuestiones morales estaban debatidas. Había que hacer algún sacrificio en las cuestiones formales, á fin de que no resultara que en la Conferencia nadie había pedido entenderse para nada. Pero aunque las conclusiones de los Congresos jurídico-internacionales no son tratados que obligan, hacen siempre mal los que, por acelerar el fin, todo lo conceden. En efecto, en las conclusiones de la Conferencia Panamericana de Méjico se han arrancado á última hora algunas concesiones que son contradictorias con el espíritu de independencia de que se habían hecho manifestaciones tan repetidas como las que dejamos bosquejadas.

Todos los pujos de independencia resultan meros sentimientos platónicos desde el momento que el dictamen de la Comisión sobre la Oficina de las Repúblicas americanas, redactado por el Delegado de Guatemala Sr. Lazo Arriaga, ha prevalecido, y la América latina por segunda vez se conforma á sostener en Washington un organismo político presidido por el jefe del Gobierno norteamericano, que, aunque asistido por Vocales de los demás países independientes, se halla investido de una inspección menuda sobre todos y cada uno de los intereses de todo orden, y principalmente los políticos, los económicos y los diplomáticos, que en sí entrañan la alta prerrogativa de cada una de las soberanías nacionales en las tres Américas constituídas. Se dirá que el objeto de dicha oficina se limita á hacer cumplir los acuerdos de las Conferencias internacionales americanas que ya se han verificado y á ayudar á los preliminares de las que se proyecten en lo sucesivo. Se dirá que el Consejo permanente de administración que la dirige no tiene otras atribuciones que las que se refieren á la organización económica de estas mismas oficinas y al mejor éxito de sus trabajos. Pero la residencia perpetua de este organismo ha de ser Washington; la presidencia continua de su Consejo ha de encarnar en el jefe del Gabinete norteamericano; la mi-

sión que le incumbe le faculta para llamar á sí los antecedentes de toda cuestión de todo orden que interese á cualquier punto de América; la influencia que sobre este organismo y sus Vocales ha de ejercer incesantemente el poder en cuyo dominio reside ha de ser irresistible, y á este poder por este hecho se le inviste de una unidad tal de facultades y de medios de acción, que casi equivale á poseer con ella el arbitrio esencial de cada una de las diversas soberanías. Esta oficina arguye casi un tácito reconocimiento de una supremacía rayana del imperio, y mientras esta oficina subsista, toda la América de nuestra sangre tiene implícitamente enajenada su libertad á la hermana mayor anglosajona del Norte. Esta oficina es la antesala de una extensa federación panamericana.

La obsesión que se ha apoderado de todos los Delegados de Hispano-América en el Congreso de Méjico acerca del ferrocarril intercontinental panamericano, no puede razonarse sino por una verdadera alucinación. ¿Qué necesidad hay de entregar á los Estados Unidos un arma de intervención y de fiscalización tan terrible como la hegemonía que se le concede sobre una obra de utilidad general que no ha de ser acometida por los Estados Unidos á ningún riesgo, y que tarde ó temprano ha de ser el resultado del incesante progreso con que por medio de estas vías han de ponerse en fácil y llana comunicación todos los Estados de las tres Américas entre sí? En Europa, cuyo continente se atraviesa en ferrocarriles entre sí articulados, sin el menor espacio de continuidad desde Cádiz hasta San Petersburgo, con ramificación á todos los Estados de cualquier posición geográfica en que se encuentre, á nadie se le habría ocurrido que la Francia de Napoleón III, la Alemania de los dos Guillermos ó la Rusia de Nicolás, hubieran osado proponer para sí á las demás naciones, grandes ó pequeñas, la hegemonía de un ferrocarril pancontinental para que pudieran activarse las relaciones humanas desde los últimos confines septentrionales de Rusia hasta los extremos australes de España. ¿No avanza ya Méjico por el Sur hacia Guatemala?

Del Centro al Mediodía, ¿no son cada día más expeditas las vías que se construyen por uno y otro lado de la inmensa costilla de los Andes? El ferrocarril intercontinental panamericano jamás será la obra de los dollars generosos de los Estados Unidos, sino el resultado de los incesantes progresos que este género de comunicaciones hace en todos los Estados iberoamericanos, sobre todo los que disfrutan ya del asiento definitivo de su paz interior. Méjico, por la vía del ferrocarril central, pone ya á servicio de la general panamericana 3.164 kilómetros en explotación, y 2.525 por la del Nacional Mejicano. La red de los ferrocarriles argentinos se compone ya de 17.662 kilómetros construídos, y para unir á Jujuy con Bolivia en la dirección del trazado panamericano ó intercontinental sólo le faltan 125 millas de construcción. ¿Es que los Estados Unidos se hallan dispuestos á sacar de sus tesoros los 174.290 271.000 pesos en oro que se necesitan para las 5.456 millas de construcción que se necesita agregar á las líneas ya existentes desde la frontera del Bravo hasta el Estrecho Magallánico, con lo que el ferrocarril panamericano que tanto alucina á nuestros hermanos del otro hemisferio, fuera una realidad? Harto se sabe que éstos no son sino proyectos imaginarios sobre el papel, con los cuales se entretiene la poética fantasía de los iberoamericanos. Lo que los norteamericanos creadores de este pensamiento se proponen es fundar un compromiso diplomático, por medio del cual se les reconozca el derecho de intervenciones semejantes á las que repetida y recientemente hemos visto ejercer en el istmo de Panamá con el ferrocarril á Colón.

Esto no obstante, la segunda Conferencia internacional americana ha aprobado el 5 de Enero el dictamen redactado por el senador Davis, Presidente de la Comisión del ferrocarril, en virtud del cual se ha acordado: I. Que se ratifique la resolución de la Conferencia de Washington que recomendó la construcción de las líneas complementarias del «Ferrocarril Intercontinental», pasando éste por las diferentes Repúblicas,

uniendo los sistemas de los Estados Unidos con los de la Argentina, y ligando, hasta donde lo permitan los intereses comunes, las principales ciudades situadas en el trayecto del ferrocarril; ó en caso de que éste último fuera inconveniente, trazando ramales que unan esas ciudades con la línea troncal; y en fin, utilizando las líneas en explotación hasta donde sea posible y compatible con el trazo y condiciones del «Ferrocarril Intercontinental».

II. Que se auxilie por las Repúblicas interesadas la ejecución de la obra por todos los medios que estén en su poder; y especialmente, que se exceptúen de los derechos de importación los materiales necesarios para la construcción y explotación del ferrocarril, con sujeción á los reglamentos convenientes, para evitar abusos; y que se exonere de todo impuesto nacional, de Estado, provincial ó municipal, las propiedades y derechos reales ó personales de la empresa; eximiéndose de derechos de Aduana y de otros impuestos el tráfico en tránsito por las diversas Repúblicas; y coadyuvándose á la obra, en cuanto sea posible, mediante subsidios, concesiones de terreno ó garantía de un mínimum de interés sobre los capitales invertidos en cada país.

Con tal objeto, se recomienda que todas las personas que favorezcan la construcción del ferrocarril gestionen ante los respectivos Gobiernos, con toda eficacia, la concesión á la empresa de esos ú otros subsidios liberales, según lo que se considere más conveniente y factible para cada país.

III. Que se invite al Gobierno de los Estados Unidos de América para que inicie cerca de los representantes diplomáticos de las demás Repúblicas acreditadas en Washington las medidas más apropiadas, que den por resultado el envío, dentro del término de un año, de personas caracterizadas y competentes á los diversos países de América, que fijen con certeza los recursos de cada país, la situación y condiciones de los ferrocarriles hoy en explotación, el estado actual del comercio y las espectativas de tráfico para una línea intercontinental,

en caso de que llegue á terminarse, y qué concesiones haría cada uno de los respectivos Gobiernos á la empresa.

IV. Que el Presidente de la Conferencia nombre una Comisión de cinco miembros residentes en los Estados Unidos de América para que entre en el ejercicio después de clausurada la Conferencia, con la facultad de aumentar el número de sus miembros ó reemplazarlos en caso necesario, nombrar las subcomisiones que estime convenientes, informar á la próxima Conferencia sobre el resultado de sus labores, proporcionar cualquiera clase de informes sobre la obra del Ferrocarril Intercontinental, y ayudar y alentar, en cuanto sea posible, el feliz término de ella, sin perjuicio de que los demás miembros de la actual Comisión sigan prestando sus servicios con igual propósito; y, finalmente, que la Comisión, de acuerdo con el Secretario de Estado de los Estados Unidos de América, y con los Ministros de los demás países interesados, residentes en Washington, procure que se convoque, dentro del término de un año, una reunión de representantes de todas las Repúblicas del Continente, debidamente autorizados, con el objeto de ajustar una Convención que provea á la construcción del proyectado Ferrocarril Intercontinental.»

En materia de Bancos, la ciudad de Buenos Aires sola tiene constituídos trece, que entre capitales y depósitos disponen de más de 550 millones de pesos oro para las transacciones bancarias. Méjico, el Brasil, Chile, el Uruguay y otras Repúblicas no disfrutan menos comodidad, ya en sus Bancos propios, ya en los numerosos que son sucursales de los mejor constituídos, ora en América, ora en Europa. Los Estados Unidos, en la Conferencia Panamericana, ha tratado de hacer el *trust* ó acopio para sí de este género de instituciones, organismos indispensables de la prosperidad, del crédito y del comercio, y los Delegados iberoamericanos se han dejado coger en el lazo, aprobando el dictamen cándidamente suscrito por el argentino D. Martín García Merou, Presidente de la Comisión de Banco y Bolsa, por el cual se declara que esta Comisión

opina que «será de gran interés comercial para las poblaciones de Centro y Sud América la institución de un gran Banco *en Nueva York* (¡siempre en los Estados Unidos! ¡qué fiebre de concentración!), consagrado á los intereses comerciales de Norte, Centro y Sud América, con agencias ó sucursales en las principales ciudades de las diferentes Repúblicas de América, para hacer operaciones sobre la misma base, cargando los mismos tipos de interés y otorgando los mismos créditos. Así recomendaba que se establezca en Nueva York un Banco de la especie referida, *ayudado por las poblaciones de Centro y Sud América.*» Aquí no faltaba más sino que la ilustrada Comisión hubiera añadido un artículo, complementario y aprobatorio del Banco fundado en Philadelphia, y que se había dirigido ya por cablegrama al Congreso de Méjico, no sólo dándole noticia de su fundación y de su razón social, *The American Trust Company*, sino ofreciéndole los servicios de su instituto, pues su objeto era «iniciar cuantiosas operaciones en los países hispanoamericanos y acaparar todos sus productos». Este *trust* no transmitía, como los que forma Morgan, el número de millones de dollars que constituye su capital; pero tal vez sea mayor que el *trust* de los aceros, si se propone *acaparar* todos los productos de la América española.

Más grave todavía que el dictamen sobre el ferrocarril panamericano y el Banco panamericano es el aprobado el 22 de Enero último sobre la celebración de un Congreso aduanero, equivalente al proyecto de una gran *Zollverein* americana. La resolución aprobada en la Conferencia de Méjico contiene los cuatro artículos siguientes:

I. Que dentro de un año, contado desde la clausura de las sesiones de la Conferencia Internacional Americana, se reuna en la ciudad de Nueva York, Estados Unidos de América, un Congreso aduanero, compuesto de uno ó más Delegados nombrados por cada Gobierno entre sus Directores ó Jefes de Aduanas, Cónsules, Presidentes ó individuos de Cámaras de Comer-

cio, comerciantes notables ú otras personas á quienes se juzgue dotadas de conocimientos técnicos ó periciales en materia de Aduanas. El Consejo directivo de la Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas fijará la fecha en que haya de reunirse el Congreso aduanero, el cual se organizará como él mismo lo decida, con el auxilio ó asistencia de los empleados de dicha Oficina Internacional, y tendrá por objeto resolver sobre las proposiciones que se le presenten por los Delegados ó por las Comisiones que se nombren, respetando el sistema aduanero de cada país y la legítima percepción de sus derechos fiscales.

II. Las materias sobre que han de versar las resoluciones del Congreso aduanero son las siguientes: *A.* Uniformidad de las reglas para dar entrada, despacho y salida á los buques que hagan el comercio internacional. *B.* Uniformidad y simplificación de las formalidades aduaneras referentes á manifiestos de buques, redacción y datos de facturas consulares y declaraciones á las Aduanas. *C.* Simplificación y uniformidad de las formalidades aduaneras para el despacho de mercaderías y equipajes. *D.* Medios adecuados para establecer una nomenclatura común de productos y mercancías de las Repúblicas de América, en castellano, inglés, portugués y francés: 1.° Para que sirva de base á la estadística de importación y exportación, de conformidad con un modelo uniforme y sin perjuicio de las reglas que cada nación tenga adoptadas para su estadística particular. Y 2.° Para que, con más amplios detalles y especificaciones, sea adoptada en los Aranceles ó Tarifas y en las demás leyes aduaneras de dichas Repúblicas y sirva de base á la percepción de los impuestos que cada una de ellas tenga establecidos. *E.* Adopción de un sistema uniforme y sencillo para las declaraciones y el despacho aduanero de las muestras y mercancías que circulen en bultos ó paquetes postales. *F.* Simplificación y uniformidad de las formalidades aduaneras á que hayan de sujetarse las mercancías que atraviesen simplemente el territorio de una nación, con desti-

no al consumo de otra ú otras, respetando el principio del libre tránsito mercantil por las vías terrestres ó fluviales de las naciones de América, sin cobro de otros derechos ó impuestos que no sean justa compensación de servicios efectivos. *G.* Conveniencia de establecer la periodicidad en la reunión de futuros Congresos aduaneros. *H.* Cualesquiera otros asuntos conexos con los que quedan indicados y que en general se consideren por el Congreso aduanero útiles ó convenientes para favorecer ó desarrollar el tráfico mercantil.

II. Organización de una Comisión permanente de Aduanas, compuesta de personas dotadas de conocimientos técnicos ó periciales, y que, como una dependencia de la Oficina Internacional de las Repúblicas americanas, ó en otra forma que el Congreso mismo juzgue adecuada, se encargue, principalmente, de la ejecución de los acuerdos ó resoluciones que éste hubiera tomado y de la comparación y estudio de las leyes arancelarias y tarifas de las naciones de América, con el fin de iniciar ante sus Gobiernos la expedición de las leyes y medidas que, en materia de formalidades de Aduana, tiendan á simplificarlas y á facilitar su tráfico mercantil.

III. Que á fin de hacer provechoso y completo el estudio por el Congreso aduanero de la cuestión á que se refiere el inciso *D* de la precedente resolución, cada uno de los Gobiernos de las Repúblicas de América haga estudiar por su dirección ó administración superior de Aduanas la nomenclatura ó vocabulario formado por la Oficina Internacional de dichas Repúblicas y remita á la mayor brevedad posible al Consejo directivo de la expresada Oficina las observaciones ó correcciones al vocabulario que tuviere por conveniente sugerir. Dicha Oficina Internacional presentará al Congreso aduanero, en la forma que fuera posible, las observaciones de los Gobiernos que las hubieren hecho, y además una traducción al francés de la nomenclatura ya publicada.

IV. La ratificación de la presente resolución por parte de los Gobiernos de las Repúblicas americanas que tengan á bien

otorgarla, será comunicada al Consejo directivo de la Oficina Internacional de dichas Repúblicas antes de seis meses, contados desde la fecha de la clausura de esta Conferencia.

Complemento del proyecto de Congreso aduanero es también el dictamen de la Comisión que ha informado sobre *Fuentes de producción y estadística*, por el que ha propuesto y resuelto el Congreso: 1.°, que los gobiernos de las Repúblicas americanas remitan periódicamente, y á más tardar cada año, á la Oficina Internacional de dichas Repúblicas los informes y datos estadísticos más completos que les sea posible, acerca de su población, recursos naturales, manufacturas, comercio, y sobre todo lo demás que juzguen útil para el incremento de las relaciones económicas de la América; 2.°, que la Oficina de las Repúblicas americanas dedique especial atención á obtener los datos estadísticos á que se refiere la cláusula anterior, y una vez obtenidos, los ordene, clasifique y publique; 3.°, que los mismos Gobiernos envíen y renueven periódicamente muestras de los productos naturales é industriales de sus respectivos países á las Exposiciones permanentes establecidas ya ó que se establezcan en las Repúblicas del Continente, acompañando dichas muestras de los informes que puedan contribuir al desarrollo de su comercio recíproco, sin perjuicio de las Exposiciones particulares que cualquiera de ellas establezca dentro de su territorio; 4.°, que los datos sobre pesas y medidas se expresen según el sistema decimal, con la anotación de su equivalencia, según el sistema nacional, en los países que lo tengan distinto de aquél; 5.°, que para expresar los valores se tome como base la moneda de oro de los Estados Unidos de América, indicando su relación con la moneda de las demás Repúblicas, al tipo de cambio medio en cada año correspondiente. Que para obtener la uniformidad en la valuación de las materias de comercio internacional, se fije como precio de ellas el que tengan á bordo en los puertos de desembarque, en moneda de oro de los Estados Unidos de América.

Como se ve por estos proyectos y por estas resoluciones,

la política de los Estados Unidos respecto á la América latina no es en realidad, por ahora, una política de absorción, y Mr. Barrett hacía bien en declararlo así: «La absorción en los Estados Unidos, por ahora, habría Mr. Barret, sin embargo, dicho mejor, no es una *absorción política*; es sólo una *absorción económica*. Aceptadla con todas sus consecuencias, y lo demás vendrá después.» La píldora para que no amargue el paladar se dora, y los Estados Unidos por ahora no son más que *los doradores* del interés panamericano.

Todos los demás proyectos y todas las demás resoluciones tomadas aceleradamente en los últimos días de Enero, ante la prisa de disolverse que los Delegados sintieron, tienen este mismo carácter: los relativos á las comunicaciones marítimas, á la supresión de las cuarentenas, á las marcas de fábrica, al comercio internacional y sobre todo á los tratados de comercio. En este punto toda la función económica de los Estados Unidos, reflejada en la Conferencia, es *absorber* ¡siempre *absorber!* las materias primas de los países hispanoamericanos y devolvérselas manufacturadas. Esta misión en la actualidad en la América española la llenan Alemania, Inglaterra, Italia, España y Francia. Hay que arrojarlas de los mercados hispanoamericanos y que éstos articulen con los de los Estados Unidos. Aislar á la América española comercialmente de Europa: esta es la función económica suprema de los Estados Unidos reflejada en sus proyectos presentados como programa del Congreso internacional.

***

Fuera de estas cuestiones económicas y antes de abordar la del arbitraje, que era el caballo de batalla de los hispanoamericanos asistentes á la Asamblea de Méjico, se debe reconocer que en esta Conferencia se han tratado otros asuntos sobre los que han recaído acuerdos, unos de alta importancia jurídica y otros de interés social más secundario. Los dictá-

menes tan debatidos sobre *Propiedad artística y literaria,* apoyados por las Delegaciones de Chile y Haití, calcados sobre los tratados existentes desde 1880 entre Alemania, Francia, España y Bélgica; sobre la *Libertad de las profesiones literales y su ejercicio*, en que intervinieron los Delegados Guachalla por Bolivia, Cuestas por el Uruguay, Macedo por Méjico, Blest Gana y Matte por Chile y Bermejo por la Argentina, y otros de índole análoga, evidentemente no ofrecían para el progreso de la jurisprudencia internacional el interés que absorbieron con legítimos títulos el *Informe sobre la Codificación del Derecho Internacional* suscrito por de la Barra, Cuestas, Estupinián, Guachalla, Bello Codecido, Alzamora, Bermejo y Alvarez. Por el art. 50 de este proyecto se establece que la Comisión encargada de la redacción de los Códigos de que se trata podrá funcionar en Europa, lo que despoja á este proyecto del carácter exclusivista americano que en los Estados Unidos se había pretendido imprimir sobre todos los actos de la Conferencia de Méjico. Los Delegados Estupinián, Doctor Reyes, Calvo, Carbó, Lazo Arriaga, Corea, General Rafael Reyes, Leonard y Fortoul son los que suscriben otro informe no menos luminoso acerca de la *Declaración sobre derechos de extranjería,* á fin de poner coto á las injustas reclamaciones diplomáticas de que algunos países americanos, como Colombia con la cuestión Cerrutti, han sido víctimas por mucho tiempo, y de que, en defensa de sus connacionales, se había obligado á algunos Gobiernos como el de los Estados Unidos y el de Italia á amparar una verdadera industria criminal. Y aunque en menor escala, no han dejado de ser muy importantes los acuerdos sobre *Extradición de delincuentes* y *medidas contra el anarquismo*. Pero todas estas resoluciones han sido inferiores en importancia á las que, al cabo de tantas incidencias, tuvo la de la cuestión del arbitraje.

La leyenda del arbitraje americano dará siempre una gran base á la noción histórica de la ciencia jurídica en aquella parte del planeta donde tanta atención se ha puesto desde el

origen de sus Repúblicas ibéricas al estudio de todas las ramas del derecho internacional. Su bibliografía forma un inmenso catálogo. Las notas diplomáticas que ha promovido constituye un inmenso archivo, y las controversias que ha suscitado así en las polémicas de la palabra y en los foros de la elocuencia como en los debates periodísticos, pueden medirse por toneladas de papel escrito ó impreso. Siendo la América española la cuna de esta conquista del derecho moderno; habiéndose congregado en aquella parte del mundo repetidas Asambleas de carácter internacional para regularizarle y aun codificarle; después de haberle practicado en todas sus nuevas sociedades jurídicas más que en ninguna otra región de la tierra, la segunda Conferencia Panamericana de Méjico le llevaba íntegro á sus sesiones envuelto entre el fárrago de su variado programa, con los mismos prejuicios que hasta aquí habían impedido su reglamentación y con las mismas tendencias opuestas que hasta aquí habían impedido llegar en esta materia á resoluciones concordes.

Al inaugurarse la Conferencia Internacional de Méjico, el arbitraje, que ya tenía un glorioso precedente en el Congreso de diplomáticos de la Haya, se imponía á los espíritus superiores como una suprema necesidad del equilibrio americano.

Por desgracia todos los cerebros no concurrían á la alta urgencia de este elevado pensamiento. La representación iberoamericana venía dividida en partidos, cada uno de los que había procurado preparar el terreno á su modo para sacar el mayor beneficio para los ideales que alimentaba. A la cabeza de uno de estos dos partidos se hallaba la Argentina con sus políticas coligaciones; frente á la Argentina Chile, esgrimiendo sin descanso las aceradas armas de su habilidad y su intriga. Había un tercer partido neutro entre las delegaciones hispanoamericanas que arrastraba tras sí la poderosa influencia de los norteamericanos, y entre aquellos dos grupos de enconados contensores y esta pequeña colectividad de espectadores tai-

mados, Méjico aparecía manteniendo con frente serena en la mano el símbolo de la paz.

La primera moción que se presentó al Congreso de Méjico acerca del arbitraje, en la sesión celebrada el 7 de Noviembre, procedía de Europa y de parte de la *Sociedad de los Amigos de la Paz*, en la capital de Inglaterra establecida, y que acaba de celebrar su última Conferencia Internacional en Berna. Esta *Sociedad de la Paz*, en su comunicación á la Asamblea panamericana, la excitaba vehementemente á tender en sus acuerdos á la *pacigerancia* permanente entre las Repúblicas del Nuevo Mundo por medio de la reglamentación del arbitraje, y en apoyo de su moción incluía una numerosa edición de su libro de propaganda universal pacífica que, ya al constituirse por vez primera, hizo llegar á manos de todos los Monarcas y jefes de Estado del mundo, y más tarde á los ilustres miembros de la Conferencia del Haya, á fin de que profusamente fuesen distribuídos entre las Delegaciones en Méjico congregadas. El mismo día el Delegado del Brasil presentó un proyecto de cinco bases sobre el mismo tema, cuyas bases eran las siguientes: 1.ª, el arbitraje será el medio regular que se emplee para arreglar las diferencias que puedan surgir entre los países de América; 2.ª, se establecerá un Tribunal internacional que juzgue, de acuerdo con su ley especial, los casos que se sometan á su jurisdicción; 3.ª, se nombrará una Comisión de seis jurisconsultos, que se encargará de formular un proyecto de Código de Derecho Internacional Público, y otro de Derecho Internacional Privado, que se sujetará á la revisión de los Gobiernos de América; pero no será necesaria la ratificación de los Tratados para que dichos Códigos sigan, sino que será suficiente con una comunicación en que se consigne el hecho de haber sido aprobados dichos Códigos; 4.ª, los Abogados que los formen serán expensados por conducto de la Oficina de Repúblicas Americanas por los Gobiernos de América, y el término que se les señala para terminar sus trabajos será el de cuatro años; 5.ª, los miembros de esta Co-

misión residirán en la capital europea ó americana que se designe, y sus trabajos deberán ser presentados á la próxima Conferencia, que se reunirá dentro de cuatro años.

La proposición del Brasil durmió el sueño de los muertos, hasta que en la sesión del 30 de Diciembre el Presidente Raigosa permitió al Delegado del Paraguay Sr. Báez leer un discurso sobre el arbitraje universal y obligatorio, que á unos pareció una excitación á la Comisión que entendía en esta materia, para que presentase su dictamen definitivo, yá los Delegados chilenos Walker Martínez, Blest Gana y Matte pareció un reto, pues si Báez en su escrito combatió con calor las guerras de conquista y oponía contra ellas este procedimiento jurídico, no sólo lo defendía con carácter obligatorio, sino también retroactivo. Puede decirse que aquel fue el primer disparo que rompió de hecho las hostilidades entre los dos partidos que traían divididos de larga fecha atrás á los iberoamericanos concurrentes al Congreso. La discusión se hizo muy viva, y tras Báez apareció el Delegado argentino Sr. Bermejo, que no sólo tomó la defensa del Delegado paraguayo, sino que sostuvo su misma tesis, sosteniendo que, ó la segunda Conferencia panamericana tenía que ser un fracaso mayor que el de la primera, ó que había que resolver en ella la cuestión del arbitraje, ya fuese en el sentido más ó menos facultativo de las conclusiones del Congreso de la Haya, ya declarando explícitamente el arbitraje forzosamente obligatorio, ó cuando más con algunas restriciones accidentales. Sin embargo, su opinión, que era la opinión del país que representaba, era combatir las soluciones de la Conferencia de la Haya, no conceptuándolas suficientes en su aplicación para las necesidades actuales de la América latina. No quisieron por aquel momento los Delegados de Chile profundizar la cuestión, entendiendo que aquel debate se promovía de una manera irregular y contra las prescripciones del reglamento. Ni aun siquiera impugnaron los consejos del Sr. Bermejo para hacer desviar la Conferencia mejicana de las decisiones platónicas de la de la Haya,

cuyas teorías irresolutas ni constituyen soluciones efectivas ni victorias prácticas, ni son verdaderos elementos de paz en los conflictos internacionales; sino que hasta aplaudieron la manera cómo el orador argentino se había colocado en la cumbre de los intereses generales é inmanentes que correspondían á las supremas exigencias de la previsión y del tiempo. Esta cuestión había sido ya debatida en la Asamblea de Madrid de 1900, y el mismo Delegado de Méjico que en ella tomaba parte, no pudo menos de convenir en que el arbitraje facultativo de la Haya no constituye un precedente autorizado, porque ni fue la expresión de la doctrina jurídica, ni siquiera la opinión dominante de las naciones allí representadas.

A consecuencia de la polémica suscitada por la lectura de la Memoria del Sr. Báez en la sesión del 15 de Enero, después de tormentosas discusiones en el seno de la Comisión respectiva, se presentó un dictamen, cuyo objeto principal era evitar la ruptura, en aquellos momentos en que el telégrafo y la Prensa de los dos mundos pregonaban por todas partes la inminencia de la disolución del Congreso, sin haber llegado á acuerdo alguno en esta cuestión en que tan interesada se hallaba toda América. Este dictamen decía:

«Considerando: Que los Delegados á la Conferencia Internacional de las Repúblicas Americanas creen que la opinión pública en las Naciones que aquí representan aumenta de una manera constante, en el sentido de favorecer vivamente la aplicación más amplia de los principios de Arbitramento; que las Repúblicas Americanas dirigidas por los mismos principios y responsabilidades del Gobierno democrático y ligadas por crecientes intereses mutuos, pueden por sí mismas conservar la paz del Continente, y que la paz estable entre ellas será el propulsor más eficaz de su desarrollo nacional, así como del bienestar y de la grandeza comercial de sus pueblos;

En consecuencia, convienen en el siguiente

PROYECTO

Artículo 1.° Las Repúblicas Americanas representadas en la Conferencia Internacional de Méjico, no signatarias de las tres Convenciones

firmadas en La Haya el 29 de Julio de 1899, reconocen los principios consignados en ellas, como parte del Derecho público Internacional Americano.

Art. 2.° La adhesión respecto de las Convenciones que tienen el carácter de abiertas, una vez ratificadas por los Gobiernos respectivos, será comunicada por éstos y por la vía diplomática, el de los Países Bajos, para sus efectos.

Art. 3.° Siendo de notoria conveniencia general que las diferencias cuya solución se convenga en someter al arbitraje, se confine á la jurisdicción de un tribunal de tan alta importancia, como lo es la Corte de Arbitramento de La Haya, así como también que las Naciones americanas no signatarias de la Convención que creó esa benéfica institución, puedan ocurrir á ella en uso de un derecho reconocido y aceptado, y tomando además en consideración el ofrecimiento de los Gobiernos de los Estados Unidos de América y de los Estados Unidos de Méjico, la Conferencia confiere á dichos Gobiernos el encargo de negociar con las demás potencias signatarias de la Convención, para el arreglo pacífico de los conflictos internacionales, la adhesión de las naciones americanas no signatarias de la misma Convención.

Por la Delegación de *Guatemala:* Antonio Lazo Arriaga, Francisco Orla.—Delegados de *Méjico:* G. Raigosa, E. Pardo, Joaquín D. Casasús, Francisco L. de la Barra, M. Sánchez Mármol, Rosendo Pineda.—Por la Delegación *Argentina:* Lorenzo Anadón, Antonio Bermejo.—Por la Delegación del *Perú*: Isaac Alzamora, Manuel Alvarez Calderón.—Por la Delegación del *Uruguay*: Juan Cuestas.

(El Delegado por *Venezuela*, firma «ad referendum»; y además, advierte que no quedan comprendidas en este tratado, por lo que á su país se refiere, las cuestiones de navegación en lo que con ellas se relacionan.)

Por la Delegación de *Venezuela:* M. M. Galavís.—Por la Delegación de *Costa Rica:* J. B. Calvo.—Delegado de *Haití:* J. N. Leger.—Delegados de la *República Dominicana:* Federico Henríquez y Carbajal y Quintín Gutiérrez.—Por el *Paraguay*: Cecilio Báez.—Delegado de *Bolivia:* Fernando Guachalla.—Baltasar Estupinián, Delegado de *El Salvador.*—Rafael Reyes, Delegado de *Colombia.*—Por la Delegación de *Honduras*, y como Delegado de *Nicaragua*, F. Dávila.—William I. Buchanan, Charles M. Pepper, Volney W. Foster, Delegados de los *Estados Unidos* de América.

Art. 4.° Para que se pueda llegar del modo más satisfactorio y rápido á la aplicación más amplia y menos restringida de los principios de justo arbitramento, y con el fin de que se pueda conocer con toda exactitud la forma más adelantada y mutuamente ventajosa, en la cual dicho princi-

pio pueda ser expresado en una Convención que habrá de firmarse entre las Repúblicas Americanas, se suplica respetuosamente al Presidente de Méjico se sirva hacer constar, por una cuidadosa investigación, los propósitos de los distintos Gobiernos representados en esta Conferencia, respecto de la forma más adelantada por medio de la cual pudiera concertarse una Convención general de arbitramento, capaz de reunir el voto aprobatorio y la ratificación final de las Naciones representadas en la Conferencia, y que al terminar dicha investigación prepare un proyecto para dicha Convención general que llene las aspiraciones de todas las Repúblicas y que, si es posible, forme protocolos parciales, á fin de poner en práctica dicho proyecto, ó bien, si esto no fuere practicable, presente á la próxima Conferencia esa correspondencia con el informe respectivo.

Méjico, Enero 15 de 1902.

Delegación de *Guatemala:* Antonio Lazo Arriaga, Francisco Oria.—Delegados de *Méjico:* G. Raigosa, Joaquín D. Casasús, José López Portillo y Rojas, E. Pardo (jr.), Pablo Macedo, Alfredo Chavero, F. L. de la Barra, Manuel Sánchez Mármol, Rosendo Pineda.—J. N. Leger, Delegado de *Haití.*—Delegación del *Perú:* Isaac Alzamora, Manuel Alvarez Calderón, Alberto Elmore.—Delegación de los *Estados Unidos* de América: William I. Buchanan, Charles M. Pepper, Volney W. Foster.—*Uruguay:* Juan Cuestas.—Delegación *Argentina:* A. Bermejo y Lorenzo Anadón.—Delegado de *Costa Rica:* J. B. Calvo.—Por la Delegación de *Honduras* y como Delegado de *Nicaragua,* F. Dávila.—Cecilio Báez, Delegado del *Paraguay.*—Fernando E. Guachalla, Delegado de *Bolivia.*—Federico Henríquez y Carbajal y Quintín Gutiérrez, Delegados de la *República Dominicana.*—Rafael Reyes, Delegado de *Colombia.*—Delegación de *El Salvador,* F. A. Reyes y Baltasar Estupinián.»

Este dictamen, que no es más que un protocolo de adhesión á los tratados de la Haya, dos días permaneció en estudio, hasta que en la sesión del día 17 se abrió amplio debate sobre él. Siete horas no interrumpidas duró esta discusión, la cual comenzó por una proposición del Sr. Bello Codecido, en virtud de la que hacía suyo el proyecto de adhesión á los tratados de la Conferencia de Holanda y pidiendo que se sometiera á la aprobación de la Asamblea panamericana. El Delegado del Ecuador, Sr. Carbó, apoyando esta proposición, decía que aquel proyecto era el único que resolvía satisfactoriamente el problema, sin que prevalecieran los antagonismos

tradicionales que habían dificultado hasta entonces la inteligencia común sobre el asunto. Le siguió el delegado mejicano Macedo, que tributó sinceros aplausos á Chile, pues haciendo suyo el proyecto, completaba la unanimidad de las naciones de América para adherirse á la Convención en la Haya. Entonces Walker Martínez propuso que el proyecto quedara definitivamente aprobado en el salón de sesiones y que después en la Secretaría de Relaciones Extranjeras se firmara en forma de tratado por las quince Delegaciones que lo habían autorizado, á fin de dar este gran espectáculo de concordia entre todas las naciones de América. Después de algunas explicaciones de forma entre el Presidente Raigosa y Walker Martínez, el Delegado norteamericano Buchanan exaltó la actitud conciliadora que en el asunto del arbitraje había asumido la representación de los Estados Unidos y puntualizó la forma en que el protocolo debería ser suscrito, para su efecto legal. Cualquiera que fuese la cuestión de trámite, que era ya lo único que se discutía para la firma, en cuya controversia intervinieron el Delegado argentino Sr. Bermejo, el chileno Bello Codecido y el peruano Alzamora, cerró el debate el Sr. Blest Gana, habiendo tomado parte en discusión tan interesante doce veces el chileno Walker Martínez, tres su compañero Blest Gana, dos el mejicano Macedo, cinco el norteamericano Buchanan, una el peruano Alzamora, dos el Sr. Matte y dos el Sr. Pereda, una el Sr. Guachalla y una el Sr. Pardo. Buchanan pidió todavía que las actas de aquellas sesiones se agregaran también al protocolo que había de enviarse á la Secretaría de Relaciones Extranjeras del Gobierno mejicano, que había de poner este suceso en conocimiento, así del de los Países Bajos, como de los de América. La solemnidad del día concluyó con la lectura por un secretario del Tratado de arbitraje, en virtud del cual «las altas partes contratantes se obligan á decidir por medio de árbitros las cuestiones que se susciten entre dos ó más de ellas, y ponen como sola restricción que los asuntos sometidos á arbitraje no ataquen á su inde-

pendencia y soberanía, en la inteligencia de que no serán conceptuados ataques de este género las cuestiones de límites y de cumplimiento del tratado celebrado».

Dígase lo que se quiera, ¿ha sido este un éxito para el resultado de la segunda Conferencia panamericana y para las intenciones de sus promovedores? La solución dada á este gran caballo de batalla de la Asamblea internacional congregada en Méjico, se reduce lisa y llanamente al acto mediante el cual, las naciones americanas que no estuvieron representadas en el Congreso de La Haya, ni, por lo mismo, suscribieron las convenciones que fueron el resultado de tal Congreso, se adhieren desde luego á aquellos Tratados que tienen el carácter de abiertos, es decir, que pueden ser aceptados en cualquier tiempo por cualquier Estado Soberano (1). La adhesión

(1) De este carácter responden los telegramas siguientes, cambiados con los Gobiernos de los Países Bajos y de Rusia:

Méjico 17 de Enero de 1902.

*Ministro de Relaciones Exteriores.—La Haya.*

Los Delegados de Chile á la Conferencia Internacional de Méjico, después de haber consagrado sus mejores esfuerzos para obtener del Congreso su adhesión á las Convenciones de la Haya, tienen el alto honor de poner en conocimiento de V. E. que hoy esta adhesión ha sido acordada por la unanimidad de todas las Repúblicas americanas.

Con motivo de este importante acontecimiento, tienen el honor de presentar al Gobierno de S. M. la Reina de Holanda la expresión de sus felicitaciones y de su más alto respeto.—*Alberto Blest, Emilio Bello, Augusto Matte, Joaquín Walker.*

Sagravenhage 18 de Enero ds 1902.

*A los Delegados de Chile al Congreso de las Repúblicas Americanas, en Méjico.*

Es con viva satisfacción que el Gobierno de la Reina se impone por vuestro telegrama que las Repúblicas americanas, animadas de los mismos sentimientos de justicia y de paz que han prevalecido en la Conferencia de La Haya, reunidas en Congreso en Méjico, desean adherirse á los actos de esta Conferencia.—*El Ministro de Relaciones Exteriores.*

firmada en Méjico, ¿es en realidad un triunfo para los Estados Unidos, y su política de absorción y aislamiento? Nadie habrá que lo entienda así. La garantía de esta adhesión emana de un derecho que, aunque facultativo, está reglado por convenciones de una jurisprudencia universal. Esas garantías no serán ya emanadas del poder superior de los Estados Unidos, en su aspiración á constituirse por ahora en el supremo

---

Méjico 17 de Enero de 1902.

*Ministro de Relaciones Exteriores.—San Petersburgo.*

Los enviados extraordinarios y Ministros plenipotenciarios de Chile á la Conferencia Internacional Americana de Méjico, después de haber consagrado todos sus esfuerzos para obtener en la Conferencia la adopción de todas las Repúblicas americanas á las convenciones de La Haya, tienen el honor de participar á V. E. que la Conferencia ha acordado hoy, por unanimidad, su adhesión á dichas convenciones.

Con ocasión de este feliz acontecimiento, rogamos á V. E. hacernos el honor de presentar la expresión de nuestros más respetuosos homenajes y de nuestras más humildes felicitaciones á S. M. I. el Czar, noble y augusto iniciador de la Conferencia de la Paz.

Los plenipotenciarios de Chile aprovechan esta oportunidad para ofrecer á V. E. las seguridades de su más alta consideración.—*Alberto Blest, Emilio Bello, Augusto Matte, Joaquín Walker.*

Méjico 20 de Enero de 1902.

*Legación Imperial de Rusia.*

Señor Ministro: He recibido la orden de S. E. el Ministro imperial de Relaciones Exteriores, de hacer llegar á V. E. los sinceros agradecimientos de mi augusto soberano por el telegrama que la Delegación de Chile á la Conferencia Internacional Americana de Méjico, de la cual sois miembro, ha tenido á bien dirigir al Conde Yamsdorff, y de expresaros que S. M. I. se muestra muy sensible á los sentimientos manifestados en dicho telegrama.

Cumpliendo gustoso con este deber cerca de V. E., aprovecho esta ocasión, señor Ministro, para rogaros que aceptéis la seguridades de mi alta consideración.—*T. Hansen.*

A S. E. D. Emilio Bello C., enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Chile á la Conferencia Internacional Americana.

(De la nota anterior envió el señor representante ruso un ejemplar á cada uno de los otros Delegados de Chile.)

moderador de las cuestiones americanas. Esa adhesión es una doble herida que reciben por una parte el *Monroismo*, que presta su base á la pretendida supremacía, y al casi protectorado de los Estados Unidos sobre las pequeñas Repúblicas de sangre ibérica, y al imperialismo, que por los medios indirectos que se han expuesto al tratar de las cuestiones económicas y político-económicas llevadas á las resoluciones de la Conferencia de Méjico, sólo entrañan un velado sistema de concentración, de intervención y de absorción, que al cabo se formula por el principio de la conquista moral y en todas las evoluciones de la acción humana precede al principio de la conquista física.

Se han ponderado los resultados que, como emanación de los anteriores acuerdos, se han obtenido en la promoción de los Tratados parciales de arbitraje obligatorio que de las diez y nueve Repúblicas asistentes á la Conferencia de Méjico han firmado diez, es decir, la Argentina, Bolivia, Dominicana, el Salvador, Guatemala, Méjico, el Paraguay, el Perú, el Uruguay y Venezuela (1). Pero este mismo Tratado indica lo incompleto del éxito, pues entre los que los han firmado y los

---

(1) He aquí el proyecto de abitraje obligatorio:

Art. 10. Las Altas Partes Contratantes se obligan á someter á la decisión de árbitros todas las controversias que existen ó lleguen á existir entre ellas, y que no pueden resolverse por la vía diplomatica, siempre que á juicio exclusivo de alguna de las naciones interesadas, dichas controversias no afecten ni á la independencia ni al honor nacional.

Art. 20. No se considerarán comprometidos ni la independencia ni el honor nacionales en las controversias sobre privilegios diplomáticos, límites, derechos de navegación, validez, inteligencia y cumplimiento de tratados.

Art. 30. En virtud de la facultad que reconoce el art. 26 de la Convención para el arreglo pacífico de los conflictos internacionales, firmada en La Haya en 29 de Julio de 1899, las Altas Partes Contratantes convienen en someter á la decisión de la Corte Permanente de Arbitraje que dicha Convención establece, todas las controversias á que se refiere el presente

que se han abstenido, no sólo se ha hecho más evidente la diferencia de los dos partidos en que la América de nuestra sangre se halla dividida, sino la ineficacia de las tentativas de unión y concordia que parecían dirigir los pasos de la Conferencia. De ésta no quedará permanente más que el protocolo de adhesión á las Convenciones de la Haya. Todo lo demás, incluso los proyectos económicos en que la Delegación norteamericana ha fundado los triunfos que calladamente celebra,

---

Tratado, á menos que alguna de las Partes prefiera que se organice una jurisdicción especial.

En caso de someterse á la Corte Permanente de La Haya, las Altas Partes Contratantes aceptan los preceptos de la referida Convención, tanto en lo relativo á la organización del Tribunal Arbitral, como respecto á los procedimientos á que éste haya de sujetarse.

Art. 40. Siempre que por cualquier motivo deba organizarse una jurisdicción especial, ya porque así lo quiera alguna de las partes, ya porque no llegue á abrirse á ellas la Corte Permanente de Arbitraje de La Haya, se establecerá al firmarse el compromiso, el procedimiento que se haya de seguir. El Tribunal determinará la fecha de sus sesiones, el idioma de que haya de hacerse uso, y estará en todo evento investido de la facultad de resolver todas las cuestiones relativas á su propia jurisdicción, y aun las que se refieren al procedimiento en los puntos no previsto en el compromiso.

Art. 50. Si al organizarse la jurisdicción no hubiere conformidad de las Altas Partes Contratantes para designar el árbitro, el Tribunal se compondrá de tres jueces. Cada Estado nombrará un árbitro, y éstos designarán el tercero. Si no pueden ponerse de acuerdo sobre esta designación, la hará el jefe de un tercer Estado, que indicarán los árbitros nombrados por las partes. No poniéndose de acuerdo para este último nombramiento, cada una de las partes designará una potencia diferente, y la elección del tercero será hecha por las dos potencias así designadas.

Art 70. Las Altas Partes Contratantes estipulan que en caso de disentimiento grave ó de conflicto entre dos ó más de ellas que haga inminente la guerra, se recurra, en tanto que las circunstancias lo permitan, á los buenos oficios, ó la mediación de una ó más de las potencias amigas.

(Los artículos 7.° á 19 reglamentan los buenos oficios, la mediación y las Comisiones de investigación. No los insertamos, á pesar de su importancia, por no referirse directamente al punto del arbitraje.)

Art. 20. El presente Tratado no deroga los anteriores existentes entre

no es sino platonismos sobre el papel. El *Zollverein* panamericano, platonismo; el ferrocarril intercontinental, platonismo; la unidad monetaria, platonismo; la nomenclatura aduanera, platonismo; el banco panamericano, platonismo; todo platonismo, y eso pronto se verá en el Congreso aduanero, acordado para dentro de un año. ¡Allí se verá si la América latina suscribe un *Zollverein!*

---

dos ó más de las Partes Contratantes, en cuanto den mayor extensión al arbitraje obligatorio. Tampoco altera las estipulaciones sobre arbitraje relativas á cuestiones determinadas que han surgido ya, ni el curso de los juicios arbitrales que se siguen con motivo de éstas.

Art. 21. Sin necesidad de canje de ratificaciones, este Tratado estará en vigor desde que tres Estados, por lo menos, de los que suscriben, manifiesten su aprobación al Gobierno de los Estados Unidos Mejicanos, el que lo comunicará á los demás Gobiernos.

Art 22. Las naciones que no suscriban el presente Tratado, podrán adherirse á él en cualquier tiempo. Si alguna de las signatarias quisiere recobrar su libertad, denunciará el Tratado; mas la denuncia no producirá efecto, sino únicamente respecto á la nación que la efectuare, y sólo después de un año de formalizada la denuncia. Cuando la nación denunciante tuviere pendientes algunas negociaciones de arbitraje á la espiración del año, la denuncia no surtirá sus efectos con relación al caso aún no resuelto.

Artículo transitorio. Este convenio será elevado á la categoría de Tratado, y firmado para incorporarlo al Acta final de la Conferencia.

Méjico, 16 de Diciembre de 1901.—(Firmas de las diez Delegaciones de la República Argentina, Bolivia, Dominicana, El Salvador, Guatemala, Méjico, Paragnay, Perú, Uruguay y Venezuela.)

La cláusula transitoria del proyecto de tratado de Arbitraje obligatorio, firmado en 26 de Diciembre último por las Delegaciones que suscriben, queda modificado como sigue por virtud de la supresión acordada del art. 25 del Reglamento de la Conferencia. «Este convenio se elevará á la categoría de Tratado, firmándose un solo ejemplar que se depositará en la Secretaría de Relaciones Exteriores del Gobierno de los Estados Unidos Mejicanos, y del cual ejemplar se sacarán copias certificadas para enviarlas por la vía diplomática á cada una de las potencias signatarias.

Méjico, Enero 14 de 1902.—(Firmas de las Delegaciones ya expresadas, con excepción de la de Venezuela.)

La Conferencia Panamericana de Méjico había llegado al cansancio antes de disolverse. Al fin se procedió á su clausura en la sesión del 31 de Enero de 1902. ¿Contiene el magistral discurso que en aquel acto pronunció el Sr. D. Ignacio Mariscal, que lo había abierto, todo el espíritu de la campaña internacional? Al expresarse en los términos optimistas que lo hizo, el patriotismo y la cortesía le imponían su doble deber. «Posible es—decía—que los resultados obtenidos no sean todo lo que un entusiasta americano hiciera esperar á alguno de vosotros; pero son bastantes y aun sobrados para que ninguno se retire descontento. *In magnis et voluisse satis est.*»

Los que, al inaugurar el Congreso sus sesiones, aprovecharon la primera ocasión que se les presentó para levantarse á brindar por España, envolviendo en su brindis la línea eterna de división que ha de separar las dos razas cultas asentadas sobre el suelo de América, á la vez que la conciencia de sus destinos y la resolución de conservar su independencia, hasta el último momento han tenido la satisfacción de hacer resaltar esta nota hasta en los actos finales de la Conferencia. No indiquemos aquí siquiera el tributo personal que se ha dado al General colombiano Rafael Reyes, tomando la Asamblea bajo su amparo sus proyectos sobre navegación de los ríos afluentes del Amazonas, en la vasta extensión de territorio que ha sido para él y para sus sacrificados hermanos glorioso teatro de heroicas exploraciones. Suscritas por las Delegaciones de todas las Repúblicas asistentes á la Conferencia, por los argentinos Anadón y Bermejo, por el boliviano Guachalla, por los chilenos Walker Martínez, Matte y Bello, por los mejicanos Pineda, Mármol, Pardo, Casasús, Macedo, de la Barra, Raigosa y Chavero, por el oriental Cuestas, por los nicaragüenses Carbó y Dávila, por el salvadoreño Estupinián, por el colombiano Reyes, por el paraguayo Orla y por ¡los norteamericanos! Buchanan, Pepper y Foster, en la sesión del día 28 de Enero, tres antes de la clausura, se acordó recomendar á los respectivos Gobiernos la cantidad de 210.000 francos para

hacer una edición completa de 1.200 ejemplares del *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana* del escritor colombiano D. Rufino J. Cuervo; que la expresada suma de 210.000 francos que costará la edición, según informes del propio autor, sea distribuída entre los países que aceptaran el convenio, en la forma siguiente: las Repúblicas de la Argentina, Colombia, Chile, los Estados Unidos y Méjico, contribuirán por partes iguales con la cantidad de 110.000 francos, es decir, con 22.000 francos cada una; las Repúblicas de Bolivia, Costa Rica, Dominicana, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Paraguay y Uruguay, contribuirán también, por partes iguales, con la cantidad de 100.000 francos, es decir, con 10.000 francos cada una, y que se suplique al Gobierno mejicano tenga á bien encargarse de la realización de este pensamiento, recabando el importe de las suscripciones, suministrando los fondos al autor de la obra y distribuyendo los ejemplares entre los Gobiernos contribuyentes.

¿Qué significa este tributo final á la lengua gloriosa que España dió con su sangre al mundo que sacó de las nieblas del olvido á la luz de la civilización? Este holocausto á España, en el hermoso y diáfano tesoro de su lengua, signo perenne de la raza que en América dejó establecida, es el verdadero éxito de la segunda Conferencia Internacional Panamericana que se ha celebrado en Méjico. Sobre sus acuerdos y convenciones, de allí no ha salido más que la purificación inenajenable de sus dos razas, de sus dos lenguas, de sus dos soberanías, de sus dos independencias y de sus dos destinos.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

# TENDENCIAS AL INDIVIDUALISMO

## EN LA CIENCIA ALEMANA CONTEMPORÁNEA

---

La concepción evolutivo-monista, base la más amplia de la cultura moderna, ha encontrado recientemente en Alemania interesantes aplicaciones y consecuencias morales y sociales, después de haber sido afianzada en el terreno experimental, aunque con trascendencia filosófica, por fisiólogos rusos como Baer y Cienkowsky y por los psicólogos y naturalistas ingleses. Seguramente si hay alguna clase de espíritus que, como los brotados del ambiente germánico, respeten y veneren más que nadie la inclinación á la unidad de la patria, es esta clase de sabios radicales, de principios invencibles, que viven en el único país de la tierra donde, según frase de Lange, el boticario no puede despachar ninguna receta sin conocer de antemano la conexión que media entre lo que va á hacer y el estado general del mundo. Como el saber teórico no tiene más que una manera de humanizarse y esta humanización se reduce á la adaptación de los ideales científicos al medio nacional y étnico, me será lícito proclamar que la sociología práctica que hoy priva en el Imperio alemán ocupa en el *Kulturkampf* europeo uno de los puestos más preeminentes.

No se deduzca de esto que es en rigor el puesto más avanzado, ni mucho menos el más orientado. Todo exclusivismo social, tratándose de pueblos civilizados, no suele ser sino la

forma que para su conciencia colectiva toma el progreso intelectual según las condiciones de tiempo y de raza, y en tal concepto ha de apreciarse, si no se quieren falsear los cánones de la crítica más severa. Téngase en cuenta que es un español el que juzga, y que no hay español que reconociendo la grandeza y superioridad de otras naciones, no pueda y no deba repetir aquella hermosa expresión que el Apóstol de los Gentiles dirigía á sus obstinados adversarios: *Civis romanus sum*. Comparto con los pesimistas de nuestra patria la admiración hacia los alemanes; sólo que me abstengo de presentar sus ideales como adaptables á nuestro genio nacional, y creo que en lo único que debemos imitarles es en el método, es decir, en crear ideales propios para nuestra vida propia.

¡Notable evolución la de las inteligencias alemanas! Decía Kant, á últimos del siglo XVIII, que el ingenio de sus compatriotas residía en la raíz, como el de los italianos en la copa, y el de los franceses en la flor, y el de los ingleses en el fruto (1). Hoy los alemanes, sin dejar que se seque la raíz, buscan el «fruto» con tanta diligencia como los ingleses, y cuando se multipliquen las teorías, capaces de aportar elementos prácticos á la solución del problema social, la madurez de los frutos estará en razón directa de la consistencia de las raíces. Verdad es que esta obra de reconstrucción no ha llegado á su término; pero conforme á su genialidad histórica, Alemania tiene un espíritu más autónomo, que socialista y solidario.

En todo caso, no hay que dar importancia al hecho de que haya sido ese país la cuna del panteismo radical y del socialismo económico. Si el *dilettantismo* científico de los Marx, de

(1) «Lo que el poeta latino dice de Homero, *qui nihil molitur inepte*, podemos decir de los ingleses desde el punto de vista político. Su tacto delicado, su sentido práctico, que les evita conmociones, acciones y reacciones demasiado vivas, merecen nuestra admiración, y más aún nuestra emulación. En los franceses, la frase; en los alemanes, el ideal extraño á la realidad, tienen una fuerza demasiado grande y peligrosa.» (Strauss: *Der alte und der neue glaube*, IV, 15.)

los Lasalle, de los Litzs, ha podido dar cierta apariencia de cultura á las doctrinas socialistas, la ciencia social de los grandes maestros, la ciencia de los Blustchi, de los Ihering, de los Gneist, está con el individualismo, para proclamar que no existen ni pueden existir los supuestos deberes de protección pecuniaria de las clases que sufren, desde que el privilegio ha sido sustituído por la igualdad y la libertad de clase se ha convertido en libertad común. Ellos fueron quienes pronunciaron por primera vez la hermosa frase *Rechsttaat,* tan difícil por lo significativa de traducir á los idiomas neo-latinos. Y precisamente por la realización y generalización en Alemania del concepto que esa frase implica, empezó á insinuarse en los círculos científicos experimentales, bien que con cierta templanza y muchas tergiversaciones, una teoría que ha venido á ser el fundamento de la sociología positiva: el pretendido derecho de los hombres de genio. y de las razas superiores, aquella virtud de estirpe que los griegos llamaron *eugeneia.* No pienso ahora en las tendencias á la aristocracia de Nietzsche, que falsea del modo más indigno la dirección más soberana de la civilización moderna para que su efectismo filosófico pase entre los incautos por individualismo real (1): más bien tengo en cuenta las exageradas consecuencias sociales que de las teorías de la herencia, de la selección natural, del *struggle*

(1) Sin duda por lo á propósito que son para sacarse partido de ellas á favor del anarquismo intelectual, hemos visto con asombro y consternación entronizarse las tendencias de Nietzsche en casi toda Europa, y muy principalmente en Italia. El secuaz y ampliador de estas tendencias es allí D'Annunzio, insoportable esteta y estilista arcaico. Consúltese su famosa novela *egotista* que lleva por rótulo *Les vergines delle rocces.* Esta obra, mezcla desordenada y, las más de las veces, quimérica, de individualismo y de agonismo, es una continuada rapsodia de Nietzsche, y hallaría uno demasiado ridículo menospreciarla, si sus horribles ideas no tuviesen eco en esa juventud superficial, plaga de nuestro tiempo, que creyéndose sabia porque posee una lectura más ó menos vasta, se abraza con calor á creencias cuyo fondo no examina antes maduramente, cual debiera.

*for life,* se han sacado á favor de la desigualdad, del despotismo de las aristocracias y de la ley del más fuerte. El horror que estas consecuencias naturalmente inspiran ha impulsado á los representantes más genuinos del transformismo á emprender una obra de rectificación, que á la vez lo ha sido de renovación, produciendo mucho que ha venido á redundar en pro de la verdad.

No será desacertado señalar entre los naturalistas alemanes á Wirchow como el primero que dió la voz de alerta en el mundo sabio, sobre los peligros sociales del darwinismo. «No debemos olvidar—exclamó en la Asamblea de naturalistas y médicos, verificada en Munich (1),—que las cosas que nosotros decimos aquí con cierta tímida reserva son divulgadas por los de afuera con seguridad mil veces mayor... Imaginaos cómo se representa ya en la cabeza de un socialista la teoría de la descendencia basada en el monismo mecánico. ¡Ah, señores! Puede haber á quien esto dé risa, pero no por eso deja de ser muy grave, y quiero expresar que la teoría de la descendencia no nos acarree tantos horrores como teorías análogas á ella han causado en la vecina República francesa. Sea como fuere, también esta teoría, consecuentemente desarrollada, tiene un lado sumamente grave, y no se os habrá escapado que el socialismo ha entablado relaciones con ella.»

Ante estas significativas manifestaciones de Wirchow, los hombres de ciencia dividiéronse en dos bandos. Unos las aplaudieron y prohijaron, al menos como medida de precaución política. Otros, por el contrario, las estimaron infundadas é indecorosas ante la seriedad científica. A la cabeza de los últimos colocóse el célebre zoólogo y teólogo positivo Haeckel, á quien sus compatriotas llaman el Darwin alemán, complacidos de lo muy hábilmente que descifra la ley de la evolución y de la gallardía y elevación con que reflexiona sobre el universo y su unidad y sobre las leyes universales. En su afán de

(1) Vid. *Freiheit der wissenschaft* (1877).

armonizar los puntos de vista particulares de su monismo evolutivo con las concepciones políticas y económicas, Haeckel (1) volvió vigorosamente contra Wirchow sus propios argumentos. Protestó una vez más para siempre de la falsa interpretación que se daría á sus trabajos si se considerasen verificados con la mira de consolidar opiniones anticipadas sobre alguno de los puntos de la legislación ó de la sociología en que se halla todavía indeciso el mundo moderno, y observó que «es una estupidez trasportar brutalmente las teorías científicas al dominio de la política práctica». Tratar de fundar en premisas que se reconocen por todos como exactas, y sólo porque ciertos espíritus pequeños lleguen á conclusiones aventuradas, la negación de dichas premisas, sería dar una medida insignificante. «Como naturalista—prosigue Haeckel,—tengo el derecho de exigir á los hombres políticos que, antes de deducir consecuencias de nuestras teorías, se tomen el trabajo de estudiarlas. Seguramente que entonces se abstendrán de hacer de ellas aplicaciones cabalmente contrarias á las que la razón puede hacer. No faltarán nunca malas inteligencias; pero ¿qué doctrina no las habrá tenido? ¿De qué doctrina realmente sana y verdadera no se han extraído los más perniciosos y absurdos resultados?» (2).

A tan juiciosas observaciones, hubiera debido Haeckel aña-

---

(1) *Les preuves du transformisme réponse, á Wirchow*, pps. 116 y siguientes de la trad. franc.

(2) Años antes de la manifestación de Wirchow contra el evolucionismo monista, tuvo lugar en Gotinga otra semejante contra el positivismo materialista de Vogt y Moleschott, de la que fue el protagonista el profesor y Consejero de Estado *Wagner*, conocido en toda Alemania y fuera de ella por sus méritos como fisiólogo y como pensador. ¿Adivínanse cuáles fueron las acusaciones que levantó contra Moleschott y Vogt? Les hizo los mismos cargos que Wirchow á Haeckel. Les acusó de cambiar todas las ideas nobles y grandes en vanos sueños y quitar á la sociedad su base moral y su porvenir; les echó en cara el ser la causa ocasional de que la humanidad moderna vuelva á repetir la báquica canción de los

dir otras más elevadas y profundas en obsequio de la selección natural y de la lucha orgánica, malamente calumniadas por el socialismo sentimental. Ni las selecciones son tan eternas y necesarias como se supone, ni la inteligencia y la ciencia son otra cosa que las fuerzas de la realidad que han surgido de la misma vida material para dominarla. La lucha orgánica la aprovechan todas las inteligencias y todas las fuerzas, y la conquista del derecho se ha conseguido por me-

---

antiguos epicúreos: «Comamos y bebamos, que mañana no seremos.» Esta aseveración hizo que se le tachara de convencionalista, y Reclam le replicó que, de admitir su principio como regla general, habría que prohibir las cerillas químicas, porque pueden producir un incendio; ó expedir órdenes de prisión contra las locomotoras, porque han destrozado ya los cuerpos de muchas personas; ó impedir la construcción de casas de muchos pisos, á fin de que nadie se caiga de los balcones ó ventanas. No de otro modo defendió Schmidt á Haeckel contra Wirchow. También Hellwald (en la revista monística *Kosmos*, t. II, p. 180) decía: «La investigación científica sigue su tarea de encontrar la verdad, sin entrar en averiguaciones sobre quién sacará provecho de ella ni en interés de quién redundará su conocimiento.» Y el antropólogo Acby (en el Congreso de sabios de Cassel) pronunciaba estas palabras: «La ciencia no tolera medidas coercitivas; lo que se permite investigar y pensar debe también ser lícito como objeto de enseñanza.» Tales demostraciones de independencia traen á la memoria las célebres palabras de Voltaire: «La verdad goza de imprescindibles derechos; y como siempre es tiempo de descubrirla, no está nunca fuera de razón el defenderla.» O aquellas otras de Boerne: «Sólo á consecuencia de las más funestas preocupaciones se califica de inmoral ó se atribuye á debilidad de carácter un simple cambio de opinión; desprendernos de un error nos hace tan sabios como descubrir una verdad.» O las más enérgicas de Cotta: «El estudio empírico de la Naturaleza no tiene otro fin que la investigación de la verdad, sea ésta consoladora ó triste, estética ó antiestética, conforme con la lógica ó contraria á ella, racional ó absurda, necesaria ó milagrosa.» ¡Con cuánto motivo repitieron Hobber y Malebranche, Leibnitz y Helvecio que «hasta los fundamentos de la Geometría serían negados ó falseados si estuvieran en oposición con nuestros *intereses!*» Cf. acerca de esto la excelente disertación de Caspari: *Virchow y Haeckel ante el tribunal de la investigación científica* (1878).

dios violentos y coercitivos, como por medios suaves, persuasivos y humanos. Yo, que me precio de ser espiritualista ferviente, reconozco esta selección, esta legítima, esta sagrada, esta sublime selección en la preponderancia de la civilización sobre la barbarie y de la libertad sobre el despotismo.

El mismo Haeckel, en su obra *Ciencia libre y enseñanza libre*, ha aportado un nuevo elemento para justificar el individualismo futuro. Aparte de algunas ideas discutibles (1), hállanse allí señaladas todas las ventajas del régimen individualista, y en pocas palabras se desvanecen los sofísticos argumentos con que pretenden desvirtuarlo sus estultos enemigos. Mas lo que critica Haeckel en los ideales socialistas no es lo que tienen de verdaderamente humanitario en sus principios, sino la parte de comunismo y de utopia. «La teoría de la evolución muestra que es imposible realizar la igualdad de derechos, deberes, bienes y goces que el socialismo pide para todos los ciudadanos.» Esta imposibilidad se funda, según Haeckel, en uno de los postulados más corrientes é imperiosos de la investigación natural, pero á la vez, y acaso por esa misma causa, de los peor apreciados: la fórmula de las *condiciones de existencia*. Según esta fórmula, todos los individuos son *desiguales* desde el comienzo de su vida, y aun sus propiedades

(1) Tales como las que apunta su discípulo *Reé* en una obra que intitula: «Origen de los sentimientos morales». Ya Matilde Reichard, en su carta á Moleschott (1856), se extravió mucho en las aplicaciones, llegando á sostener que la moralidad consiste en dar satisfacción á la naturaleza. «Mientras haya hombres á quienes una propensión, un instinto predominante excita á engañar ó hurtar, tales hombres no *pueden ser intrínsecamente morales sino siendo embusteros ó ladrones...* Trajeron á la vida el derecho á acabar su naturaleza y desplegarla en todos sentidos, y no pueden ser individualidades vigorosas y perfectas sino de este modo. Y como los ladrones, así los demás sujetos viciosos, aun los que nacieron para asesinos.» Apenas es necesario advertir que los monistas y evolucionistas genuinos son los primeros en rechazar deducciones tan abominables y tan absurdas.

transmitidas por herencia, sus disposiciones ó aptitudes, son más ó menos distintas. ¿Cómo, pues, se quiere que sean enteramente iguales los fines y los efectos de su proceso vital? «La teoría mencionada, agrega Haeckel, enseña además que, lo mismo entre los hombres que entre los animales y las plantas, sólo pueden vivir y florecer una reducida minoría de individuos privilegiados, en tanto que la inmensa mayoría vive en la estrechez y perece miserablemente más tarde ó más temprano.» Así pensaba Darwin, cuya principal teoría no es más que una generalización de la ley económica de Malthus, ese rey de los individualistas; así pensaba Spencer, que para librar á la humanidad de las enfermedades físicas y de los males del orden moral aconsejaba destruir los hospitales, las cárceles, los asilos de todo género abiertos á la miseria y al vicio; así pensaba Clemencia Royer, en quien la caridad y la filantropía estaban juzgadas como una estupidez, por lo que pretendía que se debía dejar á los enfermos morir y á los perversos perderse para reformar á la sociedad por «selección artificial». Haeckel, implacable también en este punto, encarece calurosamente el «ejemplo insigne» de la «cría artificial de hombres», cual se ejercitaba entre los lacedemonios y en algunas tribus indias, á la vez que tiene por incorrecta la «cría medicinal», por ser arte de prolongar durante muchos siglos las enfermedades crónicas.

A pesar de fórmulas tan desoladas y tan crudas, Haeckel no puede resignarse á que todo sér que no ocupe puesto en el festín de la vida deba morir. A los clamores que arranca el hambre al desgraciado, opone él los consuelos del sentimiento religioso. «Claro es, dice, que la tarea principal de la educación, tanto hoy como mañana, será formar con todo cuidado imaginable el carácter moral y consolidar la convicción religiosa... Independiente de todo credo ó símbolo de la Iglesia, vive en el pecho de todo hombre el germen de una genuina religión natural... cuyo pensamiento capital es el *amor*...» Pero si se advirtiera á este simpático dogmatizador que no es

posible que semejante amor y semejante moralidad puedan desenvolverse empezando por meros intereses, egoísmos y utilidades, nada tendría que responder, sino únicamente sabría notar que la sociedad cuyos individuos guardan la fe y la verdad en su trato, es más fuerte y más preparada para la lucha por la existencia que una sociedad en la cual uno miente y engaña al otro. El socialismo, que desconoce la realidad de los hechos y las verdaderas leyes del progreso humano, mira siempre como perjuicio para los nacidos de mujer el dolor y la guerra. De estas dos causas depende, sin embargo, completamente la fuerza y el vigor de las tendencias de nuestra alma. El dolor es meritorio precisamente porque es merecido, y el hombre, al adquirir la conciencia de su debilidad, adquiere la conciencia de la realidad de su destino. No ya sólo Schopenhaüer, cuyo pesimismo proclama que el estado de la humanidad es desde todos aspectos sumamente miserable, sino darwinistas y discípulos de Haeckel, como Jäger, no han temido afirmar, partiendo de la necesidad de la religión comprobada en la lucha por la existencia, que el Cristianismo es la mejor de las religiones, porque es la que, en la universal concurrencia, tiene la mayor ventaja en su propia conservación. Según la observación de Schopenhaüer, el Cristianismo «en general» necesita subsistir entre los hombres, por haber adquirido y conseguido en los fallos de la historia la suerte reservada á toda concepción noble, elevada y grande. «Las partes verdaderamente humanas de la doctrina cristiana, dice también Haeckel, son enteramente conformes á la naturaleza por su pureza y generosidad, y sin vacilar les doy entrada en la moral de mi religión natural monista.» Jäger va todavía más lejos: á su juicio, no sólo el Cristianismo racional, sino el Cristianismo histórico y dogmático, es una religión muy buena y ha sido un arma muy ventajosa en el combate por la vida. La fe cristiana, añade, infunde confianza y valor, y particularmente la fe en la inmortalidad del alma es muy á propósito para engendrar el sacrificio. Atendiendo á tan relevante ven-

taja, Jäger se coloca persuadido en el terreno del Cristianismo al lado del cura de almas, defendiendo las bases en que éste se funda. No son estos testimonios, como puede suponerse, conformes al verdadero espíritu cristiano, pero sí bastante significativos en labios de adversarios del Cristianismo.

Apartémonos ya de Jäger en otra dirección, seguida por biólogos y moralistas. Establécese desde luego que el amor de que habla Haeckel y que quiere conservar como base de toda virtud, consiste únicamente en que el individuo sufra, por prudencia ó por fuerza, aquellas limitaciones que fomentan su egoísmo personal. En el fondo, el instinto de felicidad no es otra cosa que la consecución personal del precio de la vida, alcanzada de un modo enteramente independiente y libre, sin mirar á un lado y á otro, haciendo sólo lo que responde á nuestras energías y á nuestras tendencias. A esto llaman monistas y evolucionistas «el fundamento racional de la vigente ley moral sobre la base de leyes naturales fijas».

Afírmase luego que de los resultados de la biología se deduce con irrebatible seguridad que el fin del individuo es la conservación de sí propio, la lucha por su existencia. Bien que el hombre mire también á la existencia y al desenvolvimiento de todo el género humano, pero solamente en cuanto es un medio para amparar los intereses individuales (1). Con semejante concepción, inútil es pensar en ideales de desinterés; no hay más que ideales de utilidad: todo cuanto vive, desde el protoplasma y la célula, hasta el hombre que piensa y ama, todo se mueve por razones de conveniencia. Esta es la última palabra del individualismo empírico en Alemania.

Entre los individualistas teóricos, Stirner es el que ha alcanzado más fama por sus atrevidas ideas sobre la moral, las cuales derivan en línea recta del socialismo hegeliano y para-

(1) Véase á Rolph, *Biologische Probleme*, Leipzig, 1882; Hocffeling, *Grundlegung der humanen Ethik*, Bona, 1880; Carneri, *Grundlegung der Ethik*, Viena, 1875.

dógico de los Bauer, los Ruge, los Feuerbach. Nada iguala á la claridad de sus afirmaciones egotistas: *en realidad, el* yo *no puede salir de otra forma de vida individual que de su pellejo.* En cuanto *yo* efectivo, sólo me es dable querer mi voluntad y pensar mis pensamientos, que son los únicos motivos de mi acción. Con audacia genuinamente fichtiana (1), Stirner reduce la existencia á subjetividad y egoísmo radical como sus únicos factores. Para él, el *yo* es el solo Dios á quien debemos servir. *Quisque sibi Deus.* El culto á la humanidad, concebida como un Gran Sér á la manera de Comte, le parece un «misticismo» absurdo é imposible. «Esa pura humanidad y ese amor místico al hombre colectivo ó al hombre género son fantasmas, palabras abstractas que no tienen sentido alguno.» El amor á los hombres, ó la *authropolatria*, es el culto más hueco que puede imaginarse, y su valor, si alguno puede tener, no es otro que el de preparar la época del amor de sí mismo, ó sea la *autolatria*. ¿Qué me hablais, continúa Stirner, de hombre género? ¿No decís que no hay nada de real sino lo individual que dan los sentidos? Pues si la humanidad es una quimera, resto del espiritualismo y del misticismo, el individuo no debe amar á nadie más que á sí mismo. ¿Qué vale la felicidad de una abstracción si los seres reales son desgraciados? La humanidad no tiene existencia ni valor más que en los individuos que la componen, y el verdadero culto es el culto

(1) La moral altruista desenvuelta por Fichte en su *Wissenschaftslehere* parte del mismo punto de vista que esta moral egoísta. La idea del deber y la idea de la libertad ó del verdadero *yo* son una misma cosa, según Fichte. El *yo* se pone primitivamente por un acto absolutamente libre, y por consiguiente, por un acto creador. El deber, que es el límite del *yo*, existe sin duda alguna; pero el *yo* no se le encuentra creado, sino que lo establece el mismo: no es un *datum*, sino un *quoesitum* implícitamente contenido en la libertad y que se sostiene por sí propio. La moralidad y la virtud suponen el esfuerzo y la lucha: es, pues, preciso concentrarlas en ese *yo*, que es lo único verdaderamente libre, y que tiende perpetuamente á ser, por lo mismo que debe ser.

del individuo, el culto del *yo*, que será completo cuando todas las entidades escolásticas, como la Humanidad, la Nacionalidad, el Estado, la Autoridad y la Ley hayan cedido el puesto á una realidad única: el *yo*. Aquellos que creen aún en el ideal de la humanidad, en algún género de verdades, conviértenlo en ley para el hombre, á la cual tiene el hombre que sacrificar el goce egoísta de su vida y su ilimitada soberanía, y pertenecen al número de los sacerdotes, aunque sean los más esclarecidos filósofos y liberales. La redención de la humanidad se consumará cuando cada uno no reconozca sobre su persona, que es la única y exclusiva propiedad del hombre, ningún poder superior á él, y cuando cada uno se tenga á sí mismo como su único Dios y señor y á su propio deleite como el único fin de su vida. Para mí no existe verdad alguna, pues nada hay superior á mí. Es una ridiculez querer hacer diferencia entre mí, que soy un hombre real, y un hombre ideal, considerado como hombre verdadero, esto es, imagen fantástica de un hombre, tal como pudiera y debiera ser. Antes retrocedían los hombres religiosos en presencia del pecado; hoy retroceden los hombres ante el egoísmo: esta oposición es la misma que había en la Francia antigua entre el bien y el mal. No tengo que hacer justicia á nadie, porque la única justicia es el egoísmo ilimitado.

Deduzcamos de esta moral el derecho. Según Stirner, el derecho es el espíritu de la sociedad; si la sociedad tiene una voluntad, esta voluntad constituye el derecho, siendo éste la voluntad de dominio de la sociedad. Todo derecho existente es un derecho extraño á mí, un derecho que se me da por un sabio ó por un ignorante, pero independiente de mi verdadero derecho. Sin embargo, á él hemos aspirado hasta ahora, procurando obtener justicia de un tribunal real, papal ó popular, en el cual busco el derecho de ese tribunal, pero no el mío. Babeuf aprobaba el derecho al goce de todos los bienes por ley natural. ¡La ley social, replica Stirne, no se halla basada, por lo tanto, más que en el producto de un acuerdo. «Esto es li-

mitarse á la parte ilusoria de los derechos, pues no es suficiente admitir en estas deducciones (tan disparatadas en otro sentido) un automatismo legal ó una legislación objetiva, sino que hay que hacer de toda función pública una opinión particular. Si, por ejemplo, mato á un tigre que me ataca, no defiendo contra él mi derecho, sino mi persona. Para que verdaderamente pueda decirse que tengo ese derecho es preciso que ejercite y realice *mi fuerza, mi poder*. El mayor enemigo de la justicia y del derecho es, pues, en sentir de Stirner, el Estado. El liberalismo supone que el derecho debe ser obligatorio para mí, porque lo ha establecido la razón humana, prescrita antes por la razón divina. Esto es una alucinación, dice Stirner, pues ni la razón humana ni la razón divina tienen realidad mientras que existan la *tuya* y la *mía*, porque *tú* y *yo* somos realidades.

Quería reflejar completa y fielmente el pensamiento de Stirner, que puramente dogmático y de afirmaciones, no merece una crítica seria. Si á algo me siento aquí obligado, es á desvirtuar la única razón que da cierta apariencia de verdad á su peregrina teoría. Dice Stirner que *yo* y sólo *yo*, puedo ser el *sujeto* de mi pensamiento y de mi voluntad, y que el motivo de mi voluntad y de mi pensamiento soy *yo* mismo; pero lo que debe decirse es que la idea de *otros* es lo único que despierta en mí la moralidad y la justicia. Oersted explicaba ya el origen de los sentimientos morales y jurídicos, admitiendo que en las primitivas relaciones el hombre debió suponer en su semejante un sér consciente como él, *y así se encontraba consigo mismo en el mundo exterior*. La percepción del *yo* no implica volición verdaderamente intelelectual sino ante la idea de otro *yo* equivalente al mío y á la vez distinto de él. En este contraste de personalidades han fundado todos los filósofos el derecho de aprobar ó desaprobar las acciones humanas. Ya Mencio proclamaba que la regla de la vida es la reciprocidad; y Czolbe observó, con razón, que sin ella se concibe tan poco el derecho, como los teoremas geométricos sin admitir líneas, ángu-

los, figuras ó cuerpos determinados. De ahí también la necesidad de que los bienes de este mundo se individualicen y se personalicen con antelación á todo criterio del Estado. «Como una sociedad, decía Voltaire, se compone de muchas casas y de muchos terrenos, es contradictorio que un solo hombre sea dueño de todas esas casas y esos terrenos, y está en la naturaleza de las cosas que cada amo de casa tenga su voto para el bienestar de la sociedad. Sabida cosa es que corresponde á los ciudadanos determinar la suma con que deben contribuir para los gastos del Estado.» «Libertad y propiedad es el grito inglés. Vale más que San Dionisio y *Montjoie*. Es el grito de la Naturaleza.»

Con algo de paciencia y penetración es aún posible hallar un germen individualista en todas las teorías alemanas de psiquismo ó hilozoismo, sin que para ello sea necesario invalidar la teoría atómica, ni transportar al terreno de la sociología las antiguas disputas entre nominalistas y realistas, ni desplegar sus antinomias, tan bien y tan maliciosamente contrapuesto con motivo análogo por Wirchow en su obrita «Atomo é individuo.» Natorp creyó pronunciar una sentencia de muerte contra el individualismo tradicional, cuando proclamó que el individuo es tan abstracción como el átomo. Mas debió considerar que el individualismo germánico no sólo ve en el átomo una individualidad real—hipótesis, si se quiere, pero fundada, puesto que las más elevadas inteligencias del Universo se han acomodado á ella,—sino una individualidad formal, consciente, casi una personalidad (1). Noiré (*Grundlage der zeitgen*, p. 55) habla sin distingos de la «obscura conciencia del átomo» y le concede una cierta «percepción», una vaga, pero indudable noción de las cosas (*vernehmen*). Cuando el pulso del éter universal, añade Noiré, obra sobre el átomo, el contenido de lo que éste llega á sentir se reduce á la sensación de

(1) Véase, para más detalles, el trabajo que en la revista ΣΟΦΙΑ estoy publicando con el título de *El hilozoísmo*.

que ahí fuera llama algo (*draussen pocht ewtas).* Afirma luego Noiré en su obra sobre «La doble naturaleza de la causalidad» que el origen de las formas orgánicas encuentra en tal modo de ver una sanción más completa que en el criterio del transformismo mecánico ú ortodoxo. Explíquese, por ejemplo, cómo nació la *gástrula* de la *mórula.* Según Noiré, es preciso admitir para ello que sobre una célula de mórula cayó una partícula de mediana magnitud de una planta, la cual fue atacada al momento por aquellas células, mientras que las células vecinas no llegaron á gustar sino los extremos de esa partícula vegetal. Incitadas por la agradable sensación, las células vecinas trataron de alargarse hasta la mayor proximidad posible al trozo de planta aprisionado, y efecto necesario de este común esfuerzo fue un *arremango,* la formación de una cavidad, ó bien de una gastrea (*urdarm*, intestino primordial). «Es seguro, concluye Noiré, que las células han ejecutado este notable cambio de lugar con la fuerza única de que pueden disponer, esto es, con el movimiento atómico que les proporciona el calor; pero *lo que les incitó á moverse fue la sensación*» (1).

---

(1) Léase á Pesch: *Los grandes arcanos del Universo*, trad. Vogel, t. I, p. 562, 1890.—En estos últimos años dirigieron un ataque audaz contra el panteísmo materialista los hilozoístas alemanes, y principalmente el Dr. Meynert, en su *Mechanik des gehirbanes* (1874). El astrónomo Zoellner, iniciador de este movimiento, publicó más tarde su célebre tratado «Sobre la naturaleza de los cometas», en que defiende la espiritualidad absoluta del Universo. Yo mismo añado algunas cosas en mi citada disertación, que bien puede considerarse como la primera tentativa hecha en España para reunir y sistematizar las mejores ideas que acerca de metafísica transcendental han promulgado los realistas de última hora, y para sacar á nuestro público filosófico de la esfera abstracta á que lo ha tenido relegado la funesta escuela krausista.—«El mundo de los átomos —escribe Meynert—nos es desconocido. Bajo una forma sola, los átomos nos descubren su esencia real; bajo la de nuestra propia conciencia, la cual está ligada á la de las células nerviosas en estado de excitación. *La facultad de tener conocimiento de sí propio debe estar comprendida ya en la esencia del átomo, porque si no, nuestro cerebro, complexo de áto-*

No refiero estos hechos para oponerlos á la afirmación socialista y desvirtuarla; otros juzgarán si, en efecto, los esfuerzos y los propósitos de cuantos han tomado parte en esta labor individualizadora encuentran base sólida en la realidad. Quiero sólo indicar la porción de imposibilidades y obstáculos filosóficos que ofrece el estudio de la Naturaleza á los socialistas que pretendan fundar en ella sus aventurados ideales. Extendamos ahora el argumento. Suponiendo siempre exactos los principios del atomismo, el átomo es un individuo más real que el individuo orgánico, pues es la última expresión formal de la existencia y de la materia, mientras que este último es ya un todo determinado, un conjunto de partes. ¿No hay, pues, motivo para preguntarse si en lo complejo de la vida existe sólo el individuo y no la especie? ¿Y no pudiera esto mismo

---

*mos, no podría tener conciencia.*» El naturalista Naegeli desarrolla el mismo argumento, afirmando que «somos puestos en estado de placer y dolor por los movimientos de las moléculas y de los átomos elementales, y sólo de este modo llegamos á sentir. Pero como también fuera de nosotros los procesos materiales, sin excepción alguna, consisten en movimientos moleculares ó atómicos, el placer y el dolor deben tener asiento en cada partícula mínima de la materia». De esta propiedad de los átomos de traer consigo su propio conocimiento, hace asimismo mérito Zoellner, para quien «así como se atribuyen fuerzas motrices á la materia para explicar el fenómeno de la movilidad, hay que suponer sensibilidad en los procesos más elementales de la naturaleza para explicar el fenómeno de la sensación». Geiger abunda en las mismas ideas, aunque envuelto en una dicción nebulosa, nos sea difícil aclarar los extremos principales de sus teorías. Tan imposible como es—dice—el cuerpo que sentimos si no consta de átomos que no sentimos, lo es en un sér complejo viviente una sensación tan fuerte que participásemos de ella á consecuencia del movimiento por el cual se manifiesta si en los vientos, ó sea en los átomos, no sucediese algo parecido, ya que no tan fuerte, que se nos sustrae. Soy del mismo parecer que Geiger en este punto; pero no quiero hacer extensiva mi opinión á ciertos aspectos, así de doctrina como de apreciación de hechos, en que no estoy conforme con el exclusivismo hilozoísta, cosa que me llevaría demasiado lejos. Remito al lector á mi mencionado escrito sobre *El hilozoísmo*.

explicar los misterios que ofrece el conocimiento concreto de una individualidad, y la intuición relativamente clara con que determinamos el todo por la generalidad y constancia de sus leyes? (1).

Ya hemos visto lo que Wirchow pensaba en 1877 sobre la necesidad de combatir el socialismo en el terreno de la ciencia y de la filosofía natural. Ahora debo añadir que el ilustre sabio no ha cambiado de opinión y ha reformado el darwinismo para mejor llegar á ese resultado. En una reunión de hombres científicos, tenida lugar en la fecha reciente de 1899, ha presentado un plan de corrección muy ingenioso y acertado, cuya transcendencia se presenta en toda su significación al compararlo con las antiguas teorías formalistas de la moral y de la justicia. El individualismo de Kant y de Fichte era un individualismo abstracto; el individualismo de Wirchow es un individualismo vivaz y concreto, para el que los deberes y derechos de la personalidad no se constituyen sólo por concepciones vagas, sino que á ellas une un estímulo real de la naturaleza humana, que la biología encuentra ya anticipado en la resistencia de la célula al mundo exterior y en la unidad de los principios vitales más sencillos.

Cierto que Wirchow no admite, en todo el rigor de la palabra, esta última idea. Al menos en su período antiguo, dominado por la influencia de Goodsir, consideró á las plantas y animales como simples «colonias» celulares, y creyó ver en la célula la verdadera individualidad anatómica, biológica y genética. Esta teoría perdió su valor á medida que las observaciones se fueron perfeccionando. Hoy, gracias á los experi-

(1) Aprovéchate bien de este aforismo, el más sabio de todos: «No hay secreto para ti en el total, pero sí lo hay, y muy grande, en las partes.» (Goethe: *Faust.*, III.) He aquí una hipótesis que se opone bastante á lo que el poeta alemán llamaba «tener las partes en la mano, faltándonos el vínculo espiritual que las une» (*ihr habt die Teile in eurer Hand, fehlt leider nur das geistige Band*).

mentos de Heitzmann, Strasburges, Russow, Turet, Frommann, etc., sabemos que nada está aislado en el organismo vivo ni hay colonias celulares independientes, sino una red de células que se relacionan de la manera más íntima para la realización de sus respectivos fines especiales y del fin general del individuo que componen. De este modo se explica la finalidad interna del viviente, finalidad que en esta nueva concepción no es ya lo opuesto, sino lo idéntico á la individualidad.

Fuera de esto, Wirchow ha dado testimonio á la verdad en la apreciación de las leyes que los darwinistas quieren hacer valer contra el triunfo del individualismo en teoría: la adaptación y la herencia. Wirchow saca conclusiones directamente contrarias á las que los darwinistas presentan como resultado de observaciones exactas. Si, en efecto, la herencia fuese la ley primordial é insustituible que preside el desenvolvimiento de los individuos, ¿cómo serían concebibles ni posibles sus numerosas desviaciones y suspensiones? (1). En esto hay una contradicción irresoluble. La herencia de los darwinistas es una *x* misteriosa, con la cual se quiere dar la solución de este solo misterio del organismo. La adaptación de Wirchow es un objeto de observación, por el contrario. Porque el sér vivo no implica como tal su ordenación á una forma con preferencia á otra, siéndole suficiente en principio la que le sirva para asimilar y desasimilar, para formarse y para formar otros seres. En esto no se distingue un cuerpo organizado de un cuerpo mecánico, pues ambos lo esperan todo, no de su generador primario, sino de una influencia externa que en uno y otro caso merece con justicia el nombre de causa directriz. Pero avancemos más la cuestión: si el organismo antecesor le da su

(1) Max Nordau, en su *Psico-physiologie du genie et du talent,* reproduce la misma observación. Para él, la adaptación y la herencia se confunden. El individuo encuentra su adaptación en su ilimitada libertad ante las circunstancias exteriores, y las formas heredadas son condiciones de existencia adquiridas en su desarrollo inmanente.

propia forma, no nos es dable determinarlo; ¿por qué hemos de admitirlo? Como hipótesis contraria, podría suponerse que la acción del mundo exterior es *exclusiva*. Entonces no tenemos ya nada necesario, sino sólo dos agentes de puro azar. Sería, pues, un abuso idéntico en biología el atribuir la adaptación á la herencia por el desdén del medio, ó el mirar toda herencia orgánica y toda persistencia funcional como algo vago y específico (*ancestral*). Hay que procurar obtener el verdadero producto de estos dos factores: la herencia y la adaptación.

Ahora podemos comprender con cuánta verdad insinué anteriormente que los individuos son las únicas realidades formales y formadas, esto es, irreducibles y determinables científicamente. No se podría decir lo mismo de las especies que están siempre en formación y transformación. Todos sus límites se presentan indecisos, vagos, borrosos, aun para los que las clasifican y estudian con el mayor rigorismo de método. Darwin desiste de definir lo que es especie, y dice que basta con que cada naturalista sepa vagamente lo que quiere significar cuando habla de una especie. ¿Sería posible que alcanzasen á tan poco las investigaciones científicas si la especie fuese una realidad anterior y superior al individuo? El origen de la herencia está precisamente en la propiedad que tiene el individuo de persistir en la especie; su fin está en esa economía á que tiende la naturaleza en la conservación de sus organismos, y ambas actividades, fijadas para siempre, son la causa de todas las afinidades individuales y específicas. Gracias á estas dos tendencias, los individuos no pueden jamás compenetrarse uno en otro ni fundirse mutuamente, conservando siempre frente á la confusión de las especies su maravillosa unidad. Tal es, en resumen, lo que la biología tiene por cierto y averiguado, y exactamente lo mismo que ella predica la sociología del género humano y de los hombres, sobreponiendo el valor de los últimos al que el socialismo concede al primero.

Otra característica puede señalarse como propia de nuestra individualidad, y que no apunta Wirchow, acaso porque constituyendo la distinción más saliente entre el átomo y el individuo, le resultaría sin duda poco escrupuloso reconocerla desde su punto de vista exageradamente empírico. Pero no, no es que la ignorara, toda vez que la utiliza en otro libro (1) contra algunos atomistas que él fustiga con razón, por presentar reparos á la admisión de las individualidades orgánicas como seres reales. Ahora bien, esa característica es que «toda apariencia *(erscheinung)* del individuo en el apogeo de su desarrollo ostenta el sello legítimo de la unidad». No en otro sentido indiqué antes que en la realidad concreta sólo el individuo viviente es algo verdaderamente existente, independiente, limitado con absoluta precisión. Los seres vivos obran ante todo y sobre todo para sí mismos, y todo lo que llegan á ser lo son de sí mismos, aunque no siempre por sí mismos. De esta manera el individuo lleva en sí propio su fin y su norma, demostrando que, á más de poseer la unidad meramente ideal del átomo, es una unidad real. Pues hagamos ahora la aplicación. Si en los meros organismos naturales, que viven sólo por la necesedid, existen fines propiamente subjetivos, no obstante relacionarse todos ellos al universo físico, ¿cómo negar esa subjetividad final al hombre que nunca se fatiga en los caminos de su perfeccionamiento personal, é instintivamente se acerca al término á que aspira: perfecta conciencia de sí, plena posesión de sí? Porque, al fin, si invocando la evolución se nos dice lo que yo admito, que la adaptación al medio social, que el equilibrio con este medio es el ideal supremo del individuo, la adaptación á sí mismo, el equilibrio con las condiciones de su desarrollo interno y de su imponente actividad, son otro ideal individual no menos supremo, y patentizan que ahí está el verdadero acrecentamiento de la vida; esto es, *máximun de potencia para la acción*: de potencia sensitiva, por

(1) *Vier Reden ueber Leben und Krankheit*, p. 50.

mayor grado de salud; de potencia mental, por mayor grado de conciencia; de potencia moral, por mayor grado de libertad. Por lo demás, no trato en modo alguno de confundir á lo Stirner el individualismo con el egoísmo sublimado, ni siquiera negar las bases fisiológicas de la verdadera sociabilidad, tan desdeñadas por Wirchow y los alemanes. Si hay una función de la vida que parece negar el altruismo en parte, hay otra que afirma la ley eterna del amor. Si hay una *nutrición* que conserva al individuo, hay una *reproducción* que perpetúa la especie. Si hay una tendencia que induce al hombre á permanecer solo, encerrado en su debilidad, enteramente individual y ajeno á sus semejantes, hay una expansión que crea la familia y da margen á todas las abnegaciones, á todos los sacrificios, á todos los heroísmos, sin los cuales la sociedad no podría persistir ni prosperar.

Después de esta exposición tan sucinta, pues para hacerla con prolijidad hubiera sido preciso un espacio de que no dispongo en este artículo, cabe proclamar definitivamente que la ciencia alemana contemporánea navega con las velas desplegadas hacia la diferenciación social, y por eso la declaro individualista en los dos sentidos de la teoría y de la práctica, independientemente de los prejuicios de patriotismo y de escuela. Y desde el punto de vista experimental se halla completamente ordenada á los hechos, puesto que lo necesario para Alemania, en el grado de evolución á que ha llegado, no es ya retirarse del movimiento de la sociedad europea, apretar los lazos de su unidad y mantener en su seno por el método de Bismarck la autoridad y la fuerza, sino volver orgánicamente y sin atavismos provocados al individualismo germánico, á lo que pudiera llamarse «feudalismo de libertad», y á la vez evitar el principio disolvente que informa los nihilismos utópicos de los pueblos eslavos, sus vecinos é inferiores á ellos en instintos sociales y patrióticos. En suma, y para decirlo de una vez: reconozco el mérito indudable de las novísimas direcciones del saber alemán hacia la idea individualista, por más que me

hubiera agradado reconocerlas radicadas en bases más amplias. En las sociologías alemanas se echa siempre de ver con claridad el punto á que hemos llegado en biología y antropología, y esto basta para darles patente de fundadas y científicas.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

# UN IMPERIO QUE BROTÓ DE UNA LARGA DECADENCIA

De las románticas montañas de Turingia, de las leyendas que cautivaron el corazón de las generaciones, enardecieron los espíritus y nutrieron los vigorosos deseos nacionales, brota la tradición del imperio de Alemania en concepción sublime, como brota el aroma que embriaga los sentidos de las pomposas flores azules que matizan las mesas de un verdor eterno, que se extienden entre los erguidos picos, en cuya altura eleva sus muros el alcázar nacional del Kiffhauser.

Desde que el hijo del caudillo de los Jeruscos, el vencedor de las legiones de Varo en la selva teoburguesa, el *liberator haud dubie Germaniæ* de las narraciones clásicas de Tácito, el joven Arminio, en fin, apareció entre los pueblos germanos, en el siglo obscuro de la promesa, para abrir la entrada de la historia de Alemania, pasaron muchos siglos, hasta llegar á las hoy dominantes serenas cumbres del cumplimiento. La tradición hizo su etapa en el sueño triste de Federico Barbarroja, el gran emperador, el ídolo y el tesoro de Alemania, el *amor bonorum, terror malorum* de las leyendas de la Edad Media, de la edad de la fe invencible y de los presentimientos profundos que no han defraudado la historia. Allí, en aquel monte, rey de los montes de Turingia, le colocó la musa poética del pueblo, que más y más lo embellecía con los atractivos de la memoria y de la distancia. Sobre una silla ebúrnea se sentaba el Emperador, apoyando su augusta cabeza con la barba de fuego en una mesa de mármol. Allí dormía, y dor-

mía siglos enteros, el sueño de la fe, el sueño de la esperanza, el sueño de la patria. Allí dormía en el silencio de la soledad, hasta que los ancianos cuervos de los misterios, confusos, cesasen de volar en torno de la montaña encantada.

Cada cien años, Federico Barbarroja despertaba. Con ojos angustiados miraba en torno de sí. Contaba rápidamente las arenas que aún quedaban por correr en el perezoso reloj que marcaba como una hora la duración de diez siglos, y con acento melancólico preguntaba al fiel enano, vigilante de su sueño:—*¡Qué! ¿Aún vuelan los pardos cuervos en torno de mi alcázar de Kiffhauser?*

En el corazón de cada pueblo de brillantes destinos, late un mito que siente la tradición de un Mesías, en quien toman figura los deseos nacionales. Arminio salvó la libertad teutónica, cuando el poder latino era más fuerte bajo el Emperador Augusto. Pero el sueño del imperio lo creó la emulación de Carlo-Magno, y del poder de la Iglesia de Roma. La individualidad germánica, frente á la dominación latina, fue la fuente de la más generosa tradición en Alemania desde la edad más remota de la historia, desde la edad de Cristo. Desde entonces, para ella todo fueron promesas y esperanzas.

Los cuervos de la montaña de Turingia seguían volando alrededor del más épico castillo, y á través de la mesa de mármol, la barba del Emperador encantado había crecido hasta tocar el suelo con sus hebras encendidas.

Pero brilló la aurora del día de la ventura. De los montes de Suabia, en medio de la noche profunda, é iluminadas por el rayo desmayado de la luna, salieron las brillantes cabalgatas de los antiguos Emperadores del Hohensfaufen, envueltos en sus mantos de niebla. Las de los nuevos Emperadores del Hohenzollern, caminando sobre nubes esplendentes, iban precedidas del lucero de la luz. La torre de Kiffhauser se levantó como el trono de la tradición nacional. Los fulgores de la blanca aurora rompieron los tupidos velos de la noche obscura; el dulce rayo del alba coronó la enhiesta cumbre con su

púrpura imperial, y todas las montañas de Alemania brillaron sonrosadas de purísima lumbre.

El potente y majestuoso vuelo del águila alejó los cuervos del horizonte del alcázar. Bélicos sonidos poblaron los espacios.—*¡Arriba, Barbarroja!*—repitieron los ecos por todas partes. En cada piedra apareció grabada la leyenda de los Príncipes de Hohenzollern:—*Desde el peñón hasta el mar.*— Y la fantasía de los pueblos, que armándose de rayos vertieron á raudales su honrada sangre en las batallas patrias, vió á su héroe querido despertar del sueño de diez siglos, para ser el caudillo de la guardia del Rhin, y para hacer del imperio alemán el pasmo del mundo.

No concluyó aquí la maravilla: la barba roja de Federico se había plateado en el rostro de Guillermo. Pero Guillermo, como nuevo Arminio, había dicho á toda la Alemania que se extiende de las costas nevadas de Jutlandia hasta las floridas fronteras de Italia, en presencia del Augusto de Francia, del nuevo Emperador latino:—*He aquí otra vez á Varo y á sus legiones, amenazados de un destino igual.* El pueblo contestó, enardecido del sentimiento patrio:—*Pero tú eres el igual de Arminio, el Salvador.* Guillermo se armó de la espada alemana de dos filos, en cuya hoja de acero bruñido como la plata campeaba esta leyenda: *La unidad alemana es mi fuerza: Mi fuerza es el poder de Alemania.* Entonces se levantaron todas las estirpes del pueblo teutónico. Los soldados de la nueva legión se contaron por el número de los ciudadanos, y antes de que se celebraran las solemnidades de Versalles, ni de que el caballo flamígero del hulano atravesara los puentes del Rhin, por toda Alemania resonó esta exclamación unánime y universal: *¡Viva el Emperador!*

***

Entretanto ¿quién era el Emperador?

El Rey Federico Guillermo III de Prusia tuvo dos hijos: el primero fue Rey, el segundo Emperador.

Pero aún más que estos hijos dichosísimos, el Rey Federico Guillermo III tuvo una ventura mayor: la de una esposa admirable en la Reina Luisa de Mecklemburgo-Strelitz, la madre augusta del Rey, la madre augusta del Emperador.

El Rey Federico Guillermo III era la imagen del Grande Federico; pero las grandes madres de Alemania no presentan el ejemplo de otra Reina como Luisa.

Cuando el entonces Príncipe Federico Guillermo la conoció en Francfort en Marzo de 1793, después de las fiestas de la coronación de Francisco, último Emperador de Alemania, herido del rayo divino del amor dijo: —*Aquella ha de ser reina, ó ninguna.* Nueve meses después, en Diciembre del mismo año, la avenida de los Tilos se inundaba de soberbios arcos para recibir en triunfo á la desposada del heredero de la corona. Berlín, desde entonces, no hizo más que celebrar frecuentemente la sencillez de la Princesa, que era un ángel de hermosura y era aún más ángel por el espíritu.

La primer anécdota con que, escandalizándose la etiqueta de la corte, hizo llorar de ternura á todas las madres del pueblo, se refirió á los días de su boda. Entre los obsequios nupciales llegó una niña á recitarla versos, y lo hizo con tanta gracia, que la Reina, enternecida de gratitud, besó á la niña en los labios, en la frente y en los ojos.—*¡Dios mío! ¿Qué ha hecho V. A. R.?* dijo la dama de honor, alborotada de aquel delito atroz de lesa etiqueta.—*¡Cómo!* contestó Luisa, *¿no debía haber hecho eso?* La corte, sin embargo, tuvo que acostumbrarse á estas llanezas.

Un poco más tarde, siendo Luisa ya Reina, celebró otro rasgo de su inmortal carácter. Visitaba la feria de Nochebuena en Berlín, y viendo que una mujer que iba á comprar en una tienda zambombas y panderos, castañas y roscas y algún nacimiento, quería retirarse ante los Reyes, le dijo Luisa:—*Pase usted, buena mujer. ¿Qué dirían los que venden si nosotros les ahuyentásemos los compradores?*—Y después de haber oído que aquella mujer tenía un niño de la misma edad que el

Príncipe real, compró para él zambombas y tambores diciendo:—*Dé usted eso, buena mujer, á su príncipe de la corona en nombre del mío.*

Solamente se vanagloriaba de ser Reina por poder derramar sus beneficios sin contarlos, y así escribía en 1797: *Soy ahora Reina, y mucho lo celebro, pues desde hoy no tengo que contar los beneficios con el cuidado de antes.*

El Rey Federico Guillermo la amaba con la ternura de un perpetuo enamorado. Un día, cuando depuestos los mágníficos trajes y las preciosas joyas, el matrimonio se halló en la soledad de su cuarto, la simpática Princesa parecía á su apasionado esposo una perla que había logrado su pureza primitiva, y teniendo las manos blancas de Luisa en las suyas, el Príncipe exclamó con júbilo:—*¡Gracias á Dios que vuelves á ser esposa mía!*—*¡Cómo!*—replicó Luisa sonriendo, *¿no soy tuya siempre?* —*¡Ah! no*, arguyó Federico Guillermo suspirando, *debes ser las más veces Princesa de la Corona.*

Sin embargo, cuando fue Reina, Federico Guillermo comprendió que era la digna esposa de un Rey, de tristes aunque gloriosos destinos. Con ella compartió los peligros de la patria, y ante ella Alejandro, Emperador de los slavos, y Federico Guillermo el Rey de los germanos, su marido, hicieron juramento de amistad eterna en la solemne noche del 5 de Noviembre de 1805, ante el féretro de metal de Federico el Grande, en la iglesia militar de Postdam.—*¿No es verdad,* preguntó el Emperador al Rey en aquella ocasión suprema, *que ninguno de nosotros dos caerá solo?—O ambos ó ninguno*, respondió con la misma fe el Rey al Emperador, mientras Luisa bendecía aquel juramento con sus lágrimas.

¿Y por ventura no fue desde aquel día Luisa la heroína de la epopeya patria en los días de las tristezas que á la nación de Federico produjo Napoleón, aquel loco que no sabía vivir sino acaudillando soldados que se matasen combatiendo?

***

¿Quién cuenta las derrotas de Alemania bajo el cañón napoleónico? Pero Luisa decía después de Friedland:—*Moriremos con honra, honrados por las naciones, y siempre, siempre, siempre tendremos amigos, porque los merecemos. Quizá es un beneficio para nuestros hijos haber visto ya en su juventud las adversidades de la vida. Si hubiesen nacido en el seno de la abundancia, del poder y de la gloria; si hubiesen visto correr siempre por el país las aguas de la prosperidad, hubieran imaginado que eso tenía que ser siempre así. Pero que puede suceder también lo contrario, harto lo ven en el severo semblante de su padre y en las lágrimas de su madre.*

Alentado por estos consuelos el Rey Federico Guillermo, el mejor de los hombres, como Luisa le llamaba, escribía con santa expansión:—*Tú, querida Luisa mía, me has sido más entrañable, más querida en la desventura. Ahora sé por la experiencia qué tesoro tengo en ti. Que por fuera brame la tempestad, si sólo en la unión de nuestras almas reina el buen tiempo. Por amarla con todo mi corazón, he llamado, Luisa, á nuestra hija menor. Que en ella se halle una Luisa como tú: ese es todo el bien que la deseo.*

Sin embargo, no paraba en la resignación el patriotismo de Luisa. Después de la paz de Titsitt, la innata caballerosidad del Emperador Alejandro le movió á aconsejar que Luisa celebrase una conferencia con Napoleón, para que se mejorasen las condiciones de aquel tratado suscrito bajo la espada del vencedor. Luisa no sabía ni aun si estaría cortés con el autor de la desgracia del Rey y de su país; pero, acostumbrada á sacrificarse, consintió en ello, y cuando con aire bastante despreciativo Napoleón preguntó á la Reina de Prusia:—*¿Cómo se atreven ustedes á hacer una guerra contra mí?* con dignidad contestó ella:—*Señor, era lícito á la gloria de Federico el engañarse ácerca de nuestras fuerzas.*

Napoleón, encantado de la belleza peregrina de la Reina, la ofreció una flor, y ella, dominándose, la aceptó, aunque se sintió herida por las espinas de aquella rosa.—*Quisiera la rosa*

—replicó Luisa obedeciendo á una repentina inspiración patriótica,—*pero con la noble ciudad de Magdeburgo.*

No vino Magdeburgo á las manos de la Reina; pero vinieron las armas emponzoñadas de la calumnia á herir aquel corazón, el más grande de los corazones alemanes. Desde entonces, al voto de la patria se unió el voto del honor. Confiando en la Providencia, Luisa decía:—*Nuestras fronteras se extenderán hasta el Elba; no obstante, el Rey es más grande que su adversario.*

Contemplando un desierto sin una flor, si miraba á lo pasado, y divisando aún muy negros los horizontes del porvenir, la mártir de Prusia esperó que de los amantes de la patria se formase una liga santa, y á que Stein, aquel varón de corazón ardiente y fría y robusta inteligencia, concibiera los remedios á los males que afligían al país. Entonces escribió á Stein: *Conjuro á usted por el Rey, por la patria, por mis hijos, por mí misma; porque, puesto que Stein está aquí, eso me prueba que Dios no ha abandonado á Alemania.* Entonces procuró enardecer el corazón de una generación nueva, dejándola sobre la larva de la calumnia, el estímulo de la vindicación; y en las fiestas de 10 de Enero de 1810, brindando por Ermán, «el único caballero que se atrevió á romper una lanza por el honor de su Reina contra Napoleón, cuando los otros enmudecieron todos», marcó á los corazones generosos un nuevo camino del deber nacional.

Entonces, y casi ya reposando sobre el lecho de una muerte temprana, escribió, también á sus hijos, aquel testamento que decía: *Hijos míos, no hay más estado prusiano, no hay más ejército, no hay más gloria nacional. Todo se desvaneció cual la niebla que en los campos de Jena y de Auerstaedt escondía los horrores de aquellas batallas funestas. Hijos, cuando vuestra madre haya espirado, recordad esta hora fatal. Dedicad lágrimas á mi memoria, como yo las consagro á las ruinas de la patria. Pero no os contentéis sólo con lágrimas. Obrad, desarrollad vuestras fuerzas. Quizá el genio de la Prusia descenderá á vos-*

*otros, y de ese modo libertaréis á vuestro pueblo de la vergüenza y de la humillación que sobre él pesa. Haceos hombres y aspirad á la gloria de héroes, como cumple á Príncipes y nietos del gran Federico.*

Toda Alemania se juzgó el escuadrón de los hijos de aquella gran madre: toda Alemania juró sobre su tumba restaurar los laureles de la historia y llenar los arcanos del destino. El genio de Schiller escribió con signos invisibles sobre el sepulcro de la Princesa de las princesas: *Infame es la nación que no lo sacrifica todo por su honra.* Y el genio alemán contestó:—*Tenemos que lidiar, para que vuelvan á brillar aquellos ojos á causa de nuestras victorias.*

*
* *

¿Y quién habría de ser el héroe de esta empresa? Cuando el Príncipe Guillermo Federico, nacido en 22 de Marzo de 1797, contaba apenas once años, la Reina Luisa así se lo describía á su augusto padre el Duque de Mecklemburg-Strelitz: *Nuestro hijo Guillermo será como su padre, sencillo, honrado y discreto. También en su exterior tiene con él la mayor semejanza. Sólo me parece no será tan hermoso.* Aquí la Reina añadía: *—Perdóneme usted, padre mío; todavía estoy enamorada de mi marido.*

De aquel niño nadie sabía que nació para Emperador. Durante todo su reinado, el Rey Federico Guillermo IV no tuvo un soldado mejor que su hermano el Príncipe Guillermo. En Bar-sur-Aube, en 1813, ciñó á su frente el primer laurel de la batalla, y fue condecorado con la cruz de Hierro. Los deseos de la madre se veían cumplidos, pues él era el primero de los Caballeros de Luisa que se presentaba á realizar la tradición de los tiempos y á cumplir la promesa hecha sobre el sepulcro de la Reina.

El primer soldado del Rey, como toda la corte le llamaba, fue el Regente de Prusia de 1857 á 1861; y cuando en 2 de Enero murió el Rey, su hermano, su empeño todo se dirigió á

hacer más efectivas estas promesas y á borrar con el hecho triunfante el mito de la tradición.

Desde entonces no hubo en Alemania personalidad que infundiese mayor respeto que Guillermo, la encarnación de la majestad. En toda su alma parecía que traspiraba la trasfusión del alma de la Reina su madre. Sobre aquellos ojos tan serenos y tranquilos; sobre aquella sonrisa tan benévola que animaba su semblante; sobre aquel rosado color de su rostro que le imprimía una perpetua frescura, flotaba algo vago, algo divino, algo que recordaba el sello de aquella sublime maternidad. En todas las condiciones de su persona ella se adivinaba y se admiraba, y bien puede decirse que Guillermo I fue grande, porque á la par le animaban la gran tradición secular de la patria y el grande espíritu de Luisa.

No hago historia ni mi pincel alcanza á delinear el contorno de este bello retrato. Las empresas que condujeron á Prusia desde las fronteras de Dinamarca á las fronteras del Austria y á las fronter as de Francia; las empresas que dieron su unidad política á todas las estirpes de Alemania bajo el cetro imperial del nuevo Arminio, del Barbablanca de la historia, que sustituyó en vida y en vigor al Barbarroja de la tradición, refiérenlas prolijos historiadores. Yo sólo apuntaré los rasgos de un carácter que en sus triunfos movió todas mis simpatías.

Desde que subió al trono no perdió ocasión de consignar en presencia del Comandante de Metz, con motivo de la apertura del ferrocarril de Rhin-Nae y de Saar: *Jamás consentiré que se pierda un ápice del suelo alemán.*

La campaña de Bohemia fue la primera prueba del nuevo poder alemán. Para correr á esta aventura, el Rey Guillermo demostró con evidentes hechos qué fe depositaba en los grandes hombres que rodeaban su trono: en Bismarck el alma de su política, y en Moltke el genio de sus banderas. Pero al mismo tiempo demostró también en aquella campaña cuál era su valor personal y cuán dignos de él los Príncipes de Prusia.

El día de Koenigsgraezt, que los franceses llamaron Sadowa, fue el día de las pruebas irrecusables. Medio día iba pasado en la pelea sin que hubiese aparecido aún el salvador, el Príncipe heredero. En aquellos momentos de zozobra los ojos de águila de Bismarck descubrieron su ejército, que llegaba á la refriega con la misma oportunidad que el de Blücher llegó al campo de Waterlóo. Con él iba la victoria.

El anciano Rey precipitóse impetuoso en medio del fuego de las granadas. Bismarck quería detenerlo para que no buscase el peligro cierto. Pero el Rey Guillermo le contestó: — *¿Cómo podría yo dejar de presentarme cuando mi ejército está en el fuego?*

El otro soldado de aquel día que rivalizaba con el Príncipe de la Corona en noble celo para obtener la palma de la victoria en presencia del anciano Rey, era el Príncipe Federico Carlos. — *Tu ejército ha llevado á cabo cosas grandes,* le dijo al concluir la jornada el Rey Guillermo. — *Podrá hacer cosas mayores,* contestó el Príncipe. Su respuesta fue también una frase del juramento solemne y santo que todos los Príncipes de Prusia habían hecho en aras de la unidad de Alemania sobre la tumba de la Reina Luisa.

Aquel día fue de grandes entusiasmos.—*Toma, hijo mío: la has merecido,* decía el Rey á su amado Fritz, poniendo sobre su pecho en presencia de los soldados la misma cruz que él ganó en Bar-sur-Aube en 1813; y los mismos soldados, al ver al viejo Rey al frente de las Compañías, al perseguir al enemigo, entre la embriaguez del júbilo y del enternecimiento abandonaban las filas y acudían á cubrir con sus besos las manos de Guillermo. Describiendo esta escena: — *¡Tuve que consentirlo!* escribió el Rey á la Reina Augusta.

Nada hubo más patético que la declaración de la guerra entre Francia y Alemania en 1870. La ofensa inferida al venerable Rey en los baños de Ems por el Conde de Benedetti, embajador de Francia, á causa de la imaginaria Corona de España, cubrió de carmín las mejillas de todo el pueblo ale-

mán. Todos los mitos y toda la historia despertaron de repente. La raza germánica salió de su sueño. El instinto nacional comprendió que había llegado la plenitud de las promesas y de su civilización.— *Diga usted al Conde* — decía el Rey á su ayudante con una calma de hierro cuando el Embajador se presentó por última vez en su estancia—*que no tengo que comunicarle más*. El Embajador se retiró; el pueblo, que vigilaba su salida, leyó en su rostro esta palabra: *¡Guerra!* Y cuando el Rey abandonó á Ems, le vitoreó con entusiasmo, sobre todo cuando subido sobre el vagón decía, despidiéndose, á los que allí quedaban: — *Hasta la vista*. El pueblo contestó con un grito que resonó hasta en las nuevas provincias de Hesse y Hannover: — *¡A París! ¡Viva nuestro Rey Guillermo!*

A su llegada á Berlín, el Rey entró en el bosque de Pinos del florido jardín de Charlottemburgo, donde está el mausoleo de sus augustos padres, y ante el sarcófago donde, ornada de una corona de oro, cerrados los cansados ojos, duerme en dulce sueño la más alemana de las alemanas, gloria de la patria, adorno del trono, ídolo del Monarca, aurora de Prusia, genio del espíritu teutón, pasó de hinojos orando un cuarto de hora. El mismo día renovó el glorioso premio de Luisa, creado por Federico Guillermo III: *la cruz de Hierro*. Llevando el escudo de la madre, llevando las promesas de la patria, ¿cómo el Rey Guillermo no había de salir vencedor? Pero las promesas eran más altas, y el que entró en las campañas germánico-latinas como Rey de Prusia, el que, nuevo Arminio, salió del Rhin á defender las fronteras alemanas, realizó el sueño del encantado Barbarroja y salió coronado en Versalles Emperador de Alemania.

Los amantes de las glorias prusianas no olvidarán jamás los rasgos de ternura del Emperador en medio del enjambre de sus hijos citados por la Francia á los umbrales de la muerte. Todos como él eran héroes, y con todos se portó como se portan los grandes corazones. Ninguno se quejó de su injusticia, pero todos recordaban sus bondades.

¿Quién ha olvidado á aquel joven oficial herido en Gorce, que llevaba en su pecho una rosa encarnada y la ofreció como último homenaje de amor á su Rey, cuando éste le vió en el lecho de sus dolores, y cuando la muerte parecía que había ya impreso su pálido sello en su frente? Tampoco el Rey, que, conmovido en el alma, colocaba aquella rosa en su corazón, olvidó á aquel leal oficial, y sabiendo que éste había recobrado la salud, le remitió en la Nochebuena del año siguiente un lienzo peregrino *para que supiera la posteridad*—según el mismo Guillermo escribió á aquél bravo oficial—*que un fiel alemán pensó en su Rey aun en momento tan triste y en hora tan obscura, y que su Rey le quedó siempre agradecido*. El cuadro de oro con una rosa labrada en plata, es una bella alegoría de la noche sangrienta de Gorce. ¿No era este recuerdo digno de un Emperador como Guillermo?

***

Gracias al Emperador Guillermo, las promesas del tiempo y el testamento de Luisa fueron cumplidos. La Alemania fue una y el Rhin alemán, con lo que la calumnia de Napoleón quedó vengada.

Ni la madre pudo pedir á Dios un hijo más bueno, ni la patria un héroe más insigne. Los cuervos de negras alas huyeron de las montañas de Turingia.

Federico Barbarroja despertó del sueño de los siglos, y al volar su espíritu con invisibles alas á una morada inmortal, convertida en brillante página de la historia la leyenda tradicional, arrojó sobre la noble frente del anciano Guillermo la corona de eterno lauro tejida por la aspiración de los siglos y enlazada con los violados lirios perfumados de una mística esencia que crecen en la solitaria tumba, nido de flores patrias que se alza en medio del espeso bosque de pinos, protector del hermoso jardín de Charlottemburgo. De ella emanan dos ben-

diciones celestes: la bendición de la patria, la bendición de la madre.

¡Oh patria amada, mi noble y santa madre! ¡Oh sepulcro del Escorial, que encierra el mejor de los Reyes, cuyos dominios ha mutilado el infortunio! ¿Habrá brillado ya para España también su nuevo Arminio?

Nicolás Pérez Merino.

# LECTURAS AMERICANAS

SUMARIO: *Revista positiva.*—Una conferencia importante del profesor Sumner.—La conquista de los Estados Unidos por España.—El imperialismo español.—La mentira de la intervención en Cuba.—Injusticia del imperialismo yanki con España.—La locura del patriotismo.—Los Estados Unidos no pueden ser nación colonizadora.—La doctrina yanki de la igualdad y el imperialismo.—El militarismo.—El sistema inglés.—La política económica.—El arbitraje y la cuestión del *Maine.*—La república ideal.—Errores en punto á la colonización española.—Artículos de D. Telesforo García.—Patria, raza y humanidad é iberoamericanismo.—La intimidad iberoamericana.—Panamericanismo.—El peligro yanki.—El arbitraje.—Condiciones de la aproximación iberoamericana.=*Filosofía y letras.*—La psicología de la atención.—Experimentos sobre el tiempo de reacción.—Dos cronistas de la conquista del Río de la Plata.—Schmidel y Villalta.—Leyendas.—El concepto de felicidad en Fr. Luis de León, Horacio y Fontenelle.=*Libros.*—Cuentos ticos.—Documentos peruanos.—Obras de Pedro Pablo Figueroa.—El sistema dactiloscópico.—Otras publicaciones.

La excelente *Revista positiva*, de Méjico, ha tenido el buen acuerdo de traducir y publicar en su número de Enero último una conferencia de William G. Sumner, titulada *La conquista de los Estados Unidos por España*, que su autor leyó no hace mucho en la Universidad de Yale. El título es de efecto, aunque completamente paradógico, pues los Estados Unidos no necesitaban para nada nuestro contagio en punto á las ambiciones imperialistas que, precisamente, emplearon en daño nuestro, con premeditación bien demostrada. Pero si por este lado la tesis del profesor Sumner es falsa, tiene, por

otro, gran interés en cuanto revela, con autoridad irrecusable, los estragos que el imperialismo ha hecho ya en la gran República americana y profetiza los que en breve plazo han de seguirse si no se rectifica la ruta en mal hora emprendida.

Empieza el Sr. Sumner definiendo el sentido de su conferencia. «España fue el primero, por largo tiempo el más grande, de los modernos Estados imperialistas. Los Estados Unidos, por su origen histórico, por sus tradiciones y sus principios, son, ante todo, los representantes de la revolución y reacción contra esa clase de Estados... Hemos vencido á España en una lucha militar, pero estamos sometidos á ser conquistados por ella en la campaña de las ideas y de la política. El expansionismo y el imperialismo no son sino las viejas filosofías de prosperidad nacional que han llevado á España á lo que ahora es. Esas filosofías halagan á la vanidad y concupiscencia nacionales. Son seductoras, especialmente á primera vista y al juicio más superficial, y por lo tanto no puede negarse que son de gran fuerza para el efecto popular. Son ilusiones, y ellas nos conducirán á la ruina, á menos que seamos bastante fuertes de ideas para resistirlas» (1).

Pasa luego á explicar lo que es el imperialismo y el aspecto que ofreció con motivo de la cuestión de Cuba. Las declaraciones de Sumner, aunque no hacen más que confirmar cosas ya sabidas, merecen consignarse como un nuevo testimonio de cargo, que deben conocer los que sólo encuentran palabras de censura para España.

«La guerra, la expansión y el imperialismo (dice) son cuestiones de política y nada más. Yo desdeño todos sus demás aspectos y todos los elementos extraños que han estado entremezclados con ellos. El otro día recibí una circular de una nueva empresa educacional en que se indicaba, por razón de nuestras nuevas posesiones, que ahora debemos dedicar estu-

(1) Por de contado, dejamos toda la responsabilidad de la traducción del artículo del Sr. Sumner al traductor de la *Revista positiva*.

dio especial á la historia, á la economía política y á lo que es llamado la ciencia política. Me pregunté á mí mismo por qué. ¿Qué más razón hay para que ahora prosigamos estos estudios en pro de nuestras dependencias, de la que había antes para proseguirlos en pro de nosotros mismos? En nuestros procedimientos de 1898 no hicimos uso de ningún conocimiento que tuviéramos en cualquiera de esos temas de estudio. La causa original y principal de la guerra fue *un movimiento de tácticas parciales en la disputa de los partidos en Washington.* Luego que pareció resuelta, cierto número de intereses empezaron á ver ventaja en ella y se apresuraron á apoyarla. Fue necesario hacer llamamientos al público que trajeran enteramente otros motivos para el sostén de la empresa y para lograr la aprobación de las clases que nunca permitirían engaños financieros ni políticos. Tales llamamientos fueron encontrados *en las afirmaciones sensacionales que no teníamos medios de probar*, en las frases de patriotismo declarado, en las relaciones acerca de Cuba y los cubanos *que ahora sabemos eran enteramente falsas.*»

El profesor Sumner tiene por enorme desacierto aquella determinación. «Es opuesto á la política honrada arriesgar la prosperidad del Estado por intereses parciales. No era político publicar *una declaración solemne de que no tomaríamos ningún territorio*, y especialmente caracterizar tal acción de antemano como «agresión criminal», porque era moralmente cierto que saldríamos de alguna guerra con España en posesión de territorio conquistado, y que las gentes que desearan la guerra, ó que la consintieran, esperaban que así lo haríamos. Hablamos acerca de «la libertad» siempre en un sentido halagüeño y sencillo, como si la libertad fuera una cosa fácil que los hombres pudieran tener si quisieran y en el grado que la quisiesen.»

Y reforzando el argumento, añade con razón sobrada:

«Nosotros nos jactamos de ser un pueblo de gobierno propio, y bajo este respecto, particularmente, nos comparamos

con orgullo con las naciones más viejas. ¿Cuál es la diferencia después de todo? Los rusos, á quienes siempre pensamos como colocados en el polo opuesto de las instituciones políticas, tienen gobierno propio, si por ello entienden ustedes de común acuerdo que un pequeño grupo del pueblo á la cabeza del gobierno convenga en formarlo. La guerra con España fue precipitada sobre nosotros, sin reflexión ó deliberación, y sin la debida formulación de la opinión pública. Siempre que una voz se levantó en pro de la deliberación y las máximas reconocidas de la política, fue callada con una tempestad de vituperios é hipocresía. Todo fue hecho para obligarnos á desechar la sobriedad de pensamiento y la tranquilidad de juicio, y para inflar todas las expresiones con epítetos sensacionales y frases ampulosas. . . . . .

»El patriotismo está degenerando en una nerviosa intoxicación que es fatal á la interpretación de la verdad. Construye á nuestro alrededor un paraíso de locos, y nos conducirá á errores acerca de nuestra posición y relaciones, semejantes á esos que hemos estado ridiculizando en el caso de España.»

Entrando ya en el problema mismo de la novísima colonización yanki, el Sr. Sumner argumenta del siguiente modo:

«Los Estados Unidos no pueden ser *todavía* por largo tiempo una nación colonizadora. Tenemos solamente 23 personas por milla cuadrada en los Estados Unidos de Alaska. El país puede multiplicar su población por 13, esto es, la población podría aumentar más de un billón antes de que todo el país estuviera tan densamente poblado como ahora está Rhode Island. Luego no hay plétora humana, que es la primera condición de la expansión nacional, y no hay otra razón para ella, á menos que compráramos otro territorio como el Valle del Mississipí, sin población civilizada. Si pudiéramos hacer eso, se diferiría el día del exceso de población aún más allá, y haría más fáciles las condiciones para nuestro pueblo en las generaciones próximas. En segundo lugar, las islas que hemos tomado á España nunca pueden ser la residencia de familias

americanas, removiéndose y estableciéndose para formar sus hogares allí. Las condiciones del clima lo prohiben. Aunque los españoles se han establecido en la América española, aun en los trópicos, los inconvenientes de gobierno español provienen largamente del hecho de que los españoles han ido á las colonias como aventureros, ansiosos de hacer fortuna lo más pronto posible, para volver á gozar á España. Que la relación de nuestras gentes con estas posesiones tendrá ese carácter, es ya claro. Es, por lo tanto, inexacto hablar de un sistema colonial, describiendo nuestra relación con estas dependencias; pero, pues que no tenemos otra dicción, vamos á usar esta misma, á inquirir *qué clase de sistema colonial vamos á establecer.*»

Demuestra luego la contradicción que hay entre los principios políticos yankis y el imperialismo, no ocultando las injusticias cometidas en el mismo territorio de los Estados Unidos con los pueblos considerados como inferiores.

«Los americanos se han encargado, desde el principio, de la doctrina de que todos los hombres son iguales. La hemos elevado como una doctrina absoluta, como una parte de la teoría de nuestro edificio social y político. Siempre ha sido un dogma doméstico á pesar de su forma absoluta, y como un dogma doméstico ha permanecido siempre en notoria contradicción con los hechos referentes á nuestros indios y negros, y con nuestra legislación contra los chinos. Debe en su forma absoluta, por supuesto, aplicarse á los kanakas, á los malayos, á los tagalos y chinos, lo mismo que á los yankis, los alemanes y á los irlandeses. Es un fenómeno asombroso el de haber vivido para ver las armas americanas sostener este dogma doméstico donde debía ponerse en prueba de su aplicación á las gentes bárbaras y medio civilizadas. Al primer intento desechamos la doctrina y adoptamos la doctrina española. Nos dicen todos los partidarios del imperialismo que estas gentes no son á propósito para la libertad y gobierno propio; que es rebelión para ellos resistir nuestra influencia; que debemos en-

viar armadas y ejércitos para matarlos, si lo hacen; que debemos inventar para ellos un gobierno y administrarlo nosotros mismos; que podemos comprarlos y venderlos á voluntad y disponer de su «comercio» en nuestra propia ventaja. ¿Qué es eso sino la política de España con sus dependencias? ¿Qué debemos esperar en consecuencia? Nada, sino que nos llevará á lo que España es hoy.

»Pero entonces, si no es razonable para nosotros retener esas islas como dependencias, me preguntarán si pienso que debamos admitirlas en nuestra unión, á lo menos á algunas de ellas, y permitirles ayudar á gobernarnos. Ciertamente, no. Si *esa* cuestión se propusiese, entonces la cuestión de que, si á nuestro juicio, son ó no capaces de gobernarse, quedaría en pie.»

Este punto de vista se explica por los siguientes hechos y razonamientos:

«Las trece colonias americanas, como todos nosotros sabemos, eran repúblicas independientes unas respecto de las otras. Tenían poca simpatía y mucha envidia unas de otras. Se unieron en términos que fueron estipulados y definidos en la Constitución, pero se unieron de mala gana y solamente bajo la presión de la necesidad. Lo que fue al principio solamente una débil combinación y alianza, ha venido á constituir después un gran estado en la historia de un siglo. Nada, sin embargo, ha cambiado lo que fue la primera condición de la unión, á saber: que todas las entidades estarían al mismo nivel de la civilización y desarrollo político; que todas tendrían las mismas ideas, tradiciones y crédito público; que sus programas é ideales sociales serían de suerte que mantuvieran cordial simpatía entre ellas. La guerra civil resultó del hecho de que esta condición fue imperfectamente cumplida. En otros tiempos las diferencias en el punto de vista y el principio, ó en ideales y opiniones, han producido discusiones en la confederación. Tales crisis son inevitables en cualquier Estado confederado. En tal sistema, es de la más alta política evitarlas ó eludirlas; y

sobre todo, nunca recibir voluntariamente elementos heterogéneos. La prosperidad de tal estado depende más y más de acrecentar la simpatía entre sus partes, á fin de que las diferencias que germinen puedan ser fácilmente armonizadas. Lo que necesitamos no es más extensión, sino más intensión. Síguese, entonces, que no es prudente aceptar en un estado como éste ningún elemento extraño que no congenie con él. Tal elemento obrará como un elemento de disolución para él. Por consiguiente, nuestras nuevas conquistas nos ponen frente á frente de este dilema: ó debemos tenerlas como posesiones inferiores, gobernadas y explotadas por nosotros de un modo semejante al viejo sistema colonial, ó debemos recibirlas como iguales á nosotros mismos, en cuyo caso nos ayudarán á gobernar y corromper un sistema político que no entienden y del que no pueden participar. De ese dilema no hay salida, excepto darles la independencia y dejarles ver su propia salvación ó quedarse sin ella.»

Por otra parte, la doctrina de que los Estados Unidos deben quitar á las otras naciones sus colonias cuando crean que pueden gobernarlas mejor, obliga á organizar militarmente el país, en previsión de las guerras futuras, y «nuestros vecinos tendrán razón en preguntarse á quién atacaremos la próxima vez. Esto les llevará á armarse también, y por nuestro modo de obrar, *todo el mundo occidental se sumergirá en la ansiedad militar en que gime el mundo oriental*».

«Pero se dice que no adoptaremos el sistema español, sino el inglés.» El autor afirma que «el hecho más espléndido en la historia de Inglaterra es que, desde las guerras de Napoleón, invariablemente ha corregido los abusos, ha enmendado sus instituciones, reparado agravios, y así ha hecho su moderna historia una historia de mejoramiento de todas sus instituciones sociales, políticas y civiles. Para hacer esto ha tenido que vencer las viejas tradiciones, las costumbres establecidas, los derechos consagrados y todos los otros obstáculos que retardan ó impiden el progreso social. La consecuencia es que las

tradiciones de su servicio público, en todos sus ramos, han sido purificadas, y que un grupo de hombres ha crecido, los que tienen un espíritu noble, altas razones, métodos honrados y arquetipos excelentes. Al mismo tiempo la política del país se ha estado desarrollando constantemente, ilustrándose más y más con respecto á todos los grandes intereses de la sociedad. Estos triunfos de la paz son mucho más grandes que cualesquiera triunfos de la guerra. Requiere más valor nacional corregir los abusos que ganar batallas. Inglaterra se ha mostrado muy deseosa, á la verdad, de aprender de nosotros cualquier cosa que pudiéramos enseñarle, y nosotros aprenderemos mucho de ella sobre asuntos de mucha más importancia que la política colonial. La reforma de su política colonial es solamente una parte, y tal vez una consecuencia de los progresos hechos, en otros sentidos, en su sistema político».

Pero el sistema inglés es aristocrático, «extraño á nuestras ideas, gustos y métodos»... «Además, Inglaterra tiene tres diferentes sistemas coloniales, según el desarrollo de la población residente en cada colonia ó dependencia, y la selección del que adoptáramos y aplicáramos, envuelve todas las dificultades de inventar un sistema nuevo independiente.»

Hay otra dificultad también que se enlaza con la cuestión de imponer tributos á las colonias ó territorios dependientes. Si intentáramos esto—dice el autor—repetiríamos la conducta de Inglaterra, que produjo la sublevación de sus colonias americanas, y tendríamos que «quemar todos nuestros libros de historia americana», modificar «todos los grandes principios de nuestra época heroica» y repudiar «á nuestros grandes hombres de esa época».

Por último, el sistema inglés resulta hoy tan injusto para la metrópoli como antes lo era para las colonias, puesto que éstas imponen tributos á la madre patria y limitan su comercio con ellas, perjudicándola.

El Sr. Sumner termina esta primera parte de su conferencia con el siguiente párrafo, no muy halagüeño ciertamente

para los patriotas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, que fiaban en las promesas yankis:

«La conclusión de esta parte del asunto es que es fundamentalmente contrario á nuestro sistema doméstico retener dependencias que son indignas de entrar en nuestra Unión. Nuestro sistema no puede extenderse para recibirlas, ó ajustarse á ellas para excluirlas sin sacrificar su integridad. Si recibimos las dependencias (las cuales, como ahora estamos de acuerdo, no son dignas de figurar como Estados), habría constante agitación política para admitirlas como Estados, porque tal agitación sería fomentada por cualquier partido que piense que puede ganar votos por ese medio. Habría un enorme error político en una guerra que nos traería seguramente á este predicamento.»

Inconvenientes de otro orden, pero no menos graves, encuentra el Sr. Sumner en la política económica que hubiera de aplicarse á las nuevas posesiones. Si se establece el libre cambio, entonces ningún beneficio reportarán á la metrópoli; si el sistema rectrictivo, se caerá en los mismos errores y abusos de las naciones antiguas y se sembrarán gérmenes de guerras.

Otro hecho que conviene tener en cuenta es el efecto del imperialismo sobre la democracia, ó sea la lucha inevitable que sobreviene entre el militarismo y la vida civil. Refiriéndose á Europa, dice el autor que «el militarismo es el que está consumiendo todos los productos de la ciencia y el arte y destruyendo sus ahorros. Es el militarismo el que impide al pueblo prestar su atención á los problemas de su felicidad y á su solidez, á la educación y conveniencia de sus hijos. Es el militarismo el que se opone á los grandes esfuerzos de la ciencia y el arte para mejorar la lucha por la existencia».

En este mal caerán los Estados Unidos de seguir la política iniciada. «¿Qué sucederá—dice—el día que nuestras ventajas presentes desaparezcan, y en que descendamos á las condiciones de las naciones más viejas y más densamente pobladas?

La contestación es: la guerra, la deuda, la imposición de los derechos, la diplomacia, un gran sistema de Gobierno, la pompa, la gloria, un gran ejército y marina, los gastos pródigos, el «chantage» político, en una palabra, el imperialismo. En los viejos días, las masas democráticas de este país, que conocieron poco acerca de nuestras doctrinas modernas de la filosofía social, tuvieron un instinto sano sobre estos asuntos, y el verlo declinar no es una causa pequeña de inquietud política. Resistieron á todos los llamamientos de su vanidad en el camino de la pompa y la gloria, los cuales sabían deben pagarse. Tuvieron recelo de una deuda pública y un ejército permanente. Eran entendimientos limitados é iban demasiado lejos con estas nociones, pero á lo menos tenían razón si quisieron fortalecer la democracia.»

«El gran enemigo de la democracia, ahora y en lo sucesivo, es la plutocracia. Todos los años que pasan, muestran este antagonismo más claramente. Ha de ser la guerra social del vigésimo siglo. En esa guerra, el militarismo, el expansionismo y el imperialismo, todos favorecerán la plutocracia. En primer lugar, la guerra y el expansionismo favorecerán el «chantage», tanto en las dependencias como en el interior. En segundo lugar, desviarán la atención del pueblo de lo que hacen los plutocráticos. En tercer lugar, irrogarán grandes gastos con el dinero del pueblo; las ganancias del cual no entrarán en la Tesorería, sino en las manos de algunos proyectistas. En cuarto lugar, demandarán una gran deuda pública é impuestos, y estas cosas especialmente contribuyen á romper la igualdad entre los hombres, porque cualesquiera cargas sociales gravitan más pesadamente sobre los débiles que sobre los fuertes, y así hacen más débiles á los débiles y más fuertes á los fuertes. Por lo tanto, el expansionismo y el imperialismo son un gran ataque contra la democracia.»

Aludiendo al cambio de principios políticos que se observa en los Estados Unidos, dice: «Si la nación los ha aceptado, jurándolos, fundando su legislación en ellos, introduciéndolos

en las decisiones de sus Tribunales, y después los desecha en el plazo de seis meses, pueden ustedes estar seguros de que esa nación sufrirá un choque del género más grave en su rectitud moral y política. Hace tres años estuvimos propicios á luchar contra Inglaterra para forzarla á arbitrar una discusión que ella tuvo con Venezuela. La cuestión acerca del *Maine* fue el motivo más digno de arbitraje que nunca se originó entre dos naciones, y rehusamos escuchar semejante proposición. Hace tres años, si ustedes hubieran dicho que alguna proposición presentada por alguien era «inglesa», ese alguien hubiera sido objeto de un tumulto en las calles. Ahora los ingleses son nuestros amados amigos, y vamos á tratar de imitarlos y de adoptar su método de hacer las cosas. Están animándonos á meternos en dificultades; primero, porque nuestras manos estarán ocupadas y no podremos intervenir en ninguna otra parte, y segundo, porque si estuviéramos en dificultades necesitaríamos aliados, y piensan que serían escogidos por nosotros como tales. Algunos de nuestros periódicos públicos han estado emitiendo ideas sentimentales durante varios años acerca del arbitraje; pero en el último verano tomaron un rumbo opuesto, y empezaron á emitir ideas sentimentales acerca de los beneficios de la guerra.»

El final de la conferencia es tan interesante, que no nos atrevemos á quitarle ni una línea. Refiriéndose á los antiguos ideales de los Estados Unidos, dice:

«Y todavía este esquema de una República que formaron nuestros padres era un sueño glorioso, que demanda más de una palabra de respeto y cariño antes de desaparecer. Ciertamente, no es justo llamarla un sueño ni un ideal. Era una posibilidad que estaba dentro de nuestro alcance, si hubiéramos sido bastante sabios para conseguirla y conservarla. Fue favorecida por nuestro relativo aislamiento, ó, á lo menos, por nuestra distancia de los otros Estados fuertes. Los hombres que vinieron aquí podían desechar las cargas de la tradición y la doctrina establecida. Fueron á una tierra yer-

ma, es verdad, pero llevaron con ellos todo el arte, la ciencia y la literatura que hasta ese tiempo la civilización había producido. No podían, es verdad, desnudar sus mentes de las ideas que habían heredado, sino que con el tiempo, como continuaban viviendo en el Nuevo Mundo, cernieron y eligieron estas ideas, reteniendo las que recogieron. De las instituciones del Viejo Mundo, también eligieron y adoptaron las que escogieron, y desecharon las demás. Era una gran oportunidad para poder despojarse así de todas las locuras y los errores que habían heredado, tanto como ellos lo quisieron. Tenían tierra ilimitada, sin restricciones feudales para impedirles usarla. Su idea era que ellos no permitirían nunca crecer aquí ninguno de los abusos sociales y políticos del Viejo Mundo. No habría señoríos, ni barones, ni categorías, ni prelados, ni clases ociosas, ni pobres, ni desheredados, excepto los viciosos. No había de haber ejércitos, excepto una milicia, la cual no tendría otras funciones que las de la policía. No tendrían corte ni pompa; ni órdenes eclesiásticas, ni cintas de seda, ni condecoraciones, ni títulos. No tendrían deuda pública. Repudiaron con desdén la noción de que la deuda pública es una felicidad pública. Si la deuda provenía de la guerra, habría de pagarse en paz y habría de perpetuarse sobre la posteridad. No habría de haber gran diplomacia, porque pensaron solamente meterse en lo que les importaba, y no ser envueltos en ninguna de las intrigas á las cuales estaban acostumbrados los estadistas europeos. No habría de haber ningún equilibrio del poder y ninguna «razón de Estado» que costase la vida y la felicidad de los ciudadados. La única parte de la doctrina de Monroe que tiene validez, es su determinación de que los sistemas sociales y políticos de Europa no se extenderían sobre ninguna parte del Continente americano, por miedo de que las gentes que eran más débiles que nosotros, perdieran la oportunidad que les daba el nuevo Continente para escapar de esos sistemas, si así lo deseaban. Nuestros padres querían tener un gobierno económico, aunque los grandes hombres

lo nombraran un gobierno parsimonioso, y los impuestos no serían más grandes que lo que era absolutamente necesario para pagar tal gobierno. El ciudadano había de guardar todo el resto de sus ganancias, y las usaría como mejor pensara para su propia felicidad y la de su familia. El ciudadano habría de tener, sobre todo, asegurada la paz y la tranquilidad mientras que prosiguiese su industria honrada y obedeciera las leyes. Ninguna política aventurada de conquista ó ambición, tal cual, en su opinión, los reyes y los nobles la habían forzado, para su propia ventaja, en los Estados europeos, sería nunca ensayada por una República liberal y democrática. Por lo tanto, el ciudadano aquí nunca sería forzado á dejar su familia ó á dar sus hijos para verter la sangre por la gloria, y para dejar viudas y huérfanos en la miseria por nada. La justicia y la ley habían de reinar en medio de la sencillez, y un gobierno que tenía poco que hacer había de ofrecer poco campo para la ambición. En una sociedad en que la industria, frugalidad y la prudencia serían honradas, se creería que los vicios de la riqueza nunca florecerían.

»Sabemos que estas opiniones, esperanzas é intenciones, han sido sólo parcialmente cumplidas. Sabemos que como el tiempo ha pasado y hemos crecido numerosos y ricos, algunas de estas cosas han resultado ser ideales imposibles, incompatibles con una grande y floreciente sociedad; pero es en virtud de este concepto de República como los Estados Unidos han persistido como algo único y grande en la historia de la humanidad, y que su pueblo ha sido feliz. Es en virtud de estos ideales como hemos estado «aislados», aislados en una posición que las otras naciones de la tierra han observado con silenciosa envidia, y todavía hay gentes que se jactan de su patriotismo, porque dicen que hemos tomado nuestro lugar *ahora* entre las naciones de la tierra en virtud de esta guerra. Mi patriotismo es de la clase que se siente altamente insultado con la noción de que los Estados Unidos nunca fueron una gran nación sino hasta que en una pequeña campaña de tres

meses hicieron pedazos á un Estado viejo como España, pobre y en bancarrota. Tener semejante opinión es abandonar todos los programas americanos, y cubrir de vergüenza y desdén todo lo que nuestros antepasados trataron de edificar aquí, y unirse á los planes de que España fue representante.»

¡Lástima que persona de tan buen sentido como el profesor Sumner incurra en la vulgaridad, hija de una profunda ignorancia de la verdadera historia, de creer en «la fría é innecesaria crueldad de los españoles contra los aborígenes», á los cuales «casi exterminaron en ciento cincuenta años», después de haberlos puesto el Papa «bajo la servidumbre» de los conquistadores, y de afirmar que «el sistema colonial inglés no era, ni aun aproximadamente, tan duro y tiránico como el de España»!

En la misma revista viene publicando D. Telesforo García—de quien he hablado más de una vez á mis lectores—una serie de artículos de indudable importancia para nosotros. El primero de ellos, en los números que tengo á la vista, se titula *Patria, raza y humanidad é iberoamericanismo*. Después de afirmar la sustantividad de las razas históricas, como grupos diferenciados con sello intelectual propio, plantea la siguiente cuestión: ¿Existe una raza hispanoamericana como variedad de la raza latina? El autor combate la doctrina que supone términos contradictorios los de *patria*, *raza* y *humanidad*, aunque sin afirmar «la permanencia de las nacionalidades actuales, ni mucho menos la eternidad de la forma bajo la cual se desenvuelven ahora».

«Ciertamente que, en algún sentido, la Patria y la Raza significan lucha, significan defensa de cuanto les es necesario para afirmar su sér, frente á otros seres de índole parecida. ¿Pero no sucede otro tanto en la Naturaleza, con todos los seres organizados? ¿Hay alguno sustraído á la ley que nos impele á batallar por la existencia? ¿Podemos ir del hombre á la Humanidad sin necesidad de pasar por organismos intermedios? Por la Patria y por la Raza se vive y se ama á la Huma-

nidad. Desde el momento en que tenemos que reconocer como ley ineludible la diferenciación de grupos, de tendencias, de necesidades, la exigencia de un medio libre y propio para realizar nuestra finalidad se nos impone sin remedio. Y precisamense, á medida que la diferenciación crece, aumenta con todos los demás órdenes de cultura el espíritu humanitario. Es algo como la distribución del trabajo para alcanzar mejor y más pronto el progreso, ejercitando cada obrero constantemente las facultades que le son geniales. Y una vez llegados á este punto, el amor mismo que consagramos á nuestro medio nos impone el deber de reconocer y respetar sentimientos de igual naturaleza en otros grupos humanos.

»El precepto moral «ama á tu prójimo como á ti mismo» equivale á este otro, con relación á las nacionalidades: «respeta á la Patria de los otros como desees que sea respetada tu Patria»; «considera á los hombres de otra raza como quieras que se considere á los de aquella á que perteneces». Decir, pues, que á tal nobilísimo sentimiento se debe la guerra, es una verdadera simpleza. La guerra nace de las malas pasiones del hombre, de su falta de cultura y de la poca elevación que por esta causa alcanzan todavía las instituciones sociales; como proceden de ese mismo origen otros muchos actos abominables. Mejor sería que no la hubiese, dirán ciertos humanitaristas al uso. Seguramente. Y mejor sería también que no hubiera ni plagas, ni pestes, ni enfermedades, ni escaseces, ni sombra de las mil lacerias que amargan la vida del hombre. Pero semejantes deseos serían sencillamente tontos. Nada hay tan baldío como estar suspirando á la continua por estados de perfección y pureza inaccesibles á nuestras facultades.»

Reconocida «tan necesaria para el progreso general la división de la humanidad en nacionalidades ó razas, como para el progreso económico la división del trabajo ó para el científico la especialización», el Sr. García declara que la tendencia á producir una intimidad hispanoamericana, reconociendo el fondo común espiritual de la antigua metrópoli y las nacio-

nes nacidas de sus colonias, cuenta hoy con el apoyo «de una juventud serena, pensadora, bien nutrida de ciencia, que dedicada, libre de prejuicios, al estudio de los fenómenos sociales, y no obstante el fondo radical de sus ideas, trabaja sin descanso por empujar el movimiento hispanoamericano hacia esferas de luz, por renovar las fuentes de su noble origen, por establecer las leyes de su peculiar evolución y por inducirle á robustecer su carácter, á cultivar sus aptitudes propias, á mantenerse idéntico á sí mismo, si quiere conservar, con su vida independiente, el derecho á cooperar en la civilización universal. Este movimiento, que parece ya definitivamente conquistado para la vida hispanoamericana, se encamina, siguiendo un admirable y severo orden lógico, desde la existencia del ser castizo, á las formas racionales de su evolución. Muerto el germen romántico-político, invenido á destiempo, más por esfuerzos de la imaginación que por mandatos de la necesidad, es natural que sobre la existencia, ya bien comprendida y cimentada, se emprenda el aquistamiento de un estado económico fuerte, que si bien debe coincidir en parte con los estados científico y artístico, conviene que predomine por el tiempo suficiente para que la debilidad del organismo material no impida el pronto y fecundo advenimiento de la verdad y de la belleza.»

Esta importancia que tiene el factor económico ha sido bien comprendida por los pueblos latinoamericanos, en los cuales es hoy evidente «el esfuerzo por constituirse en fuertes organimos económicos», garantía de robustez para la existencia del grupo de raza. Es necesario alentar esta tendencia, puesto que «fruto ó no de la voluntad, existe afinidad moral positiva, indestructible, entre los pueblos iberoamericanos, tal cual la Naturaleza ha querido elaborarla, sea para goce y ventura de muchos, sea para odio y pena y desesperación de no pocos. ¿Qué importan pequeñas desavenencias de momento? La afirmación del tipo definitivo será fruto de todos y la historia reconocerá al fin que hemos mantenido en la humani-

dad uno de los obreros que han hecho más hermosa y más digna de labor, en concurrencia con cuanto han producido de mejor las demás razas civilizadas».

Como nuestros lectores habrán advertido, existe una analogía grandísima entre la doctrina del Sr. García y la expuesta hace años en La España Moderna por el Sr. Altamira, á propósito de *La crisis actual del patriotismo*, desarrollada, por lo que toca á América, en el libro *Cuestiones hispanoamericanas* (1900). La coincidencia es signo de vida para las corrientes de aproximación.

En otro artículo estudia el Sr. García el *Panamericanismo*. Considera el autor perfectamente diferenciados los dos grupos *nacionales* del Continente americano, el latino y el sajón, los cuales marchan igualmente «al progreso, aunque por derroteros tan distintos, que sólo se efectuará el contacto, no en las manifestaciones de la labor, sino en el cambio del producto. Habrá comunicación cooperativa y necesaria para ofrecer las satisfacciones debidas á exigencias recíprocas; mas el sometimiento, la sustitución, la pérdida de uno de estos dos grandes tipos, y precisamente del más delicado y del más humano, ese no vendrá...» «Por eso conviene deslindar bien los campos en que debe laborar cada grupo; por eso, fuera de la libertad nominal que á ambos parece reconocérseles, queremos para cada uno la libertad real, positiva, aquella que, en perfecta adaptación al medio, facilite el funcionamiento de su entera y genial virtualidad.

»Acaso no sea el factor que mejor ayuda preste en este sentido cierta excesiva admiración tributada por las Repúblicas latinas de América á su hermana anglosajona. Que hay algo de cándido y de infantil en esta admiración, ocioso parece afirmarlo. Más que á la cultura, se refiere á la riqueza. Es el adolescente extasiado ante los palacios, los trenes, los vestidos, las joyas, pero que pasa con indiferencia ante los centros de la ciencia ó los talleres del arte. No hablemos de los directores, de los selectos; esos sienten y juzgan con acierto en todas partes.»

El Sr. García (como el Sr. Rodó en *Ariel*) ni desconoce los méritos ni escatima los elogios á la gran civilización norteamericana; pero advierte que, «como modelo, como arquetipo, hay que oponerle los más graves reparos». El autor detalla dos de ellos en la siguiente forma:

«Las sociedades en que prepondera el tipo económico, del mismo modo que sucede con todos los organismos rudimentarios, emplean en el proceso de nutrición las fuerzas de mayor importancia, dejando poca ó ninguna energía para la manifestación y desempeño de funciones más delicadas. ¿Pasa algo de esto en los Estados Unidos? Prescindamos del arte, colocado por los sociólogos en la cima de la civilización; olvidemos la general preferencia que allí se concede á lo enorme sobre lo bello, y fijémonos únicamente en el fin perseguido como *desideratum* de todo trabajo intelectual. ¿Se cultiva en aquella República la ciencia por la ciencia? Por sentimientos altruistas, por ofrecer á la humanidad un bien mayor, ¿se pone en extensión el cerebro y en actividad el laboratorio? Quisiera huir de toda injusticia; pero cuando he expuesto á espíritus elevados de aquel país mi pesar por ver convertidas las ciencias en simple negocio mercantil, mi sorpresa de encontrar desatendidas las que no ofrecían un resultado económico inmediato, han convenido en que tenía razón y en que esto, si por fortuna no era un defecto en el carácter norteamericano, era, cuando menos, un vacío que tal vez tardaría siglos en llenarse.»

Ve también «un elemento de perturbación, de amenaza y ataque para otras nacionalidades que en la vida de la paz pretenden vivir la vida de la justicia», en el «atrasado», «egoísta» y «bárbaro» «propósito de poner el Continente americano frente al Continente europeo. Esto equivale á resucitar el espíritu de tribu, á sublevar el terruño contra el terruño. Pero no son los pueblos de nuestro origen los que se insinúan en esa dirección; son los que pretenden oficiar de caciques, erigirse en señores, cercar el predio para explotarlo, sin las alarmas de

la competencia. ¡Qué bella perspectiva ofrecida á los débiles que deseen proceder según lo demande su interés!»

Sobre *El monroismo, El arbitraje* y *La unidad en la variedad*, diserta en otro número el Sr. García. La doctrina referente al primer tema, se condensa en el siguiente párrafo:

«La primera condición de un principio de justicia es que pueda aplicarse de la misma manera en todo tiempo y en cualquier circunstancia. Si en vez de esto lo que se quiere elevar á la excelsa categoría de principio tiene las apariencias de una simple regla de conducta, tan elástica como convenga á quien la proclama, resulta punto menos que imposible convertirla en centro de unión y base de acuerdo de todos los pueblos de un Continente. Mientras la llamada doctrina de Monroe, coetánea del nacimiento de las Repúblicas hispanoamericanas, mantuvo su pristino carácter como escudo de la independencia y libertad de las recién emancipadas colonias ibéricas, era natural que alcanzase las más hondas simpatías. Cuando en razón del pasmoso crecimiento de los Estados Unidos convirtieron éstos en provecho propio y en instrumento agresivo lo que pretendió ser en sus comienzos arma humanitaria, esgrimida en pro del derecho de los débiles y oprimidos, debían surgir por modo indeclinable los recelos, no ya en Europa, sino principalmente en América, hacia donde por múltiples motivos se inclinaban los apetitos.» El autor demuestra su tesis con multitud de hechos, muy significativos, de la historia contemporánea.

«El monroismo (concluye) lleva en sus entrañas un fin egoísta, y por eso resulta impotente para engendrar el bien. Conviene, pues, combatirlo resueltamente hasta hacerlo desaparecer como fórmula posible del derecho internacional americano. Si hasta hoy lo han mantenido con cierto aspecto de vida el temor ó la prudencia, se hace ya indispensable relegarlo de una vez y para siempre al desván de los bártulos inservibles. América, nuestra América, la que por conducto de España recibiera en rica herencia el amplio espíritu latino, no

pretenderá ser únicamente para los americanos, sino para la civilización, para el progreso, para la humanidad, que todavía encuentra en la tierra ancho campo para los cuerpos y hermosos ideales para las almas. Quédense con el monroismo mezquino y apolillado aquellos que con tal de satisfacer su ambición, no tendrían empacho en barrer del planeta al resto de los pueblos.»

El Sr. García se muestra partidario del arbitraje, pero no desconoce «las dificultades que han de encontrarse todavía para plantearlo y lograr que funcione eficazmente», y las estudia detalladamente.

En *Unidad en la variedad*—último de dos artículos de la serie—el autor viene como á resumir todo lo dicho anteriormente. Afirma de nuevo la necesidad de la cooperación iberoamericana, inspirada en un espíritu amplio, libre, espontáneo. Para ello es preciso que los españoles abandonen su ideal de homogeneidad que niega el propio carácter del tipo americano, y que los americanos no exageren lo diferente en daño de lo común.

«La verdad es que si en España debe borrarse, hasta que no quede la menor huella, el recuerdo de hechos de fuerza y de dominio político, propicios á satisfacer insanos orgullos, en vez de producir estados morales de incuestionable sentido humano, en América debe corregirse cierta petulancia molesta, cierto humillante espíritu de favor ó de lástima que parece presidir en las relaciones con la antigua metrópoli. ¿Nos necesitamos para prevenir las dificultades de la vida ó para satisfacer los anhelos del alma? Pues á entendernos sin reserva. ¿Nos enlaza una ley histórica ineludible? Pues á someternos á nuestro destino y á cumplirlo virilmente, como los pueblos y las razas más ilustres.»

En cuanto á las «protestas verbales de la raza rival, desmentidas por una conducta agresiva, tenaz, constante, sin un momento de vacilación, sin un sólo paréntesis», es preciso no dejarse embaucar por ellas. «¿Se cumplen esas promesas? En

honra de la justicia habremos de aplaudirlo. ¿No se cumplen? Preparados á tal eventualidad para el triunfo ó para el sacrificio, al daño que podamos recibir no agregaremos el rubor de la sorpresa. Desgraciadamente, la conservación de la independencia y de la dignidad de los pueblos exige todavía que, teniendo la paz por lema, necesite la fuerza por escudo. Pero la fuerza en este caso no son sólo las escuadras y los cañones, lo son á la vez la cultura, la justicia, los intereses, las relaciones, las simpatías, cuantos elementos de solidaridad en un orden moral ó material hemos sabido sumar racionalmente como garantía de nuestra existencia. ¿Tendrán tales elementos el mismo poder dispersos que unidos, y encaminados á un grán fin de progresivo desenvolvimiento?»

Ha comenzado á publicarse en Buenos Aires una revista nueva titulada *Filosofía y Letras,* cuyos sumarios son de gran interés y permiten augurarle un puesto de primer orden en la bibliografía americana. Es el órgano de los «diplomados y alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras». En los dos números (1.° y 2.°) que tengo á la vista hallo, entre otros, los siguientes importantes trabajos:

*Psicología experimental. Psicología de la atención,* por el Dr. Horacio G. Piñero. El autor comienza declarando que las ideas expuestas en este artículo representan el criterio con que él interpreta las teorías de Ribot, Lange, James, Baldwin y Münsterberg, sobre la atención y «la preparación del cerebro para la percepción». Prescindiremos de muchos pormenores técnicos en que la índole de estas lecturas no permite entrar, porque exigirían una preparación especialísima en el público. El Dr. Piñero define la atención como «la acomodación de la corteza cerebral al estímulo que provoca su actividad.

»*Ad-tendere* es dirigirse hacia algo, dirigir la mente á un objeto con exclusión de los demás; es querer fijarse en alguna cosa para saber lo que es..., etc., etc. Bien: dirigir la mente por querer fijarla en un objeto, supone la existencia previa del *objeto-estímulo,* y si no hay objeto, habrá recuerdo ó *idea-estí-*

*mulo,* y en ambos casos es un acto cerebral. La corteza entra en trabajo por este excitante, y se dispone, con los neurones correspondientes á la clase de estímulo, á recibir é irradiar la corriente nerviosa. La excitación es muy intensa y se ha acompañado de fenómenos afectivos (corriente nerviosa de ondas de longitud distinta, ondas Herzianas *a, b...,* ó rayos Z quizá...); los neurones persisten en su condición de actividad prolongada, que se hace persistente si la emoción ha sido grande.

»La sensación con gran emoción perdura mucho tiempo, solicita constantemente la acomodación mental, que á veces la exagera, porque siendo siempre ésta un trabajo, un esfuerzo del que nos damos cuenta, apreciamos el estado emotivo equivocadamente por la *acomodación forzada* que provoca, y nos creamos ilusiones por falsa interpretación del acto psíquico verdadero; esta es la *preocupación.* El que está *preocupado* con una idea, más aún si es emotiva, tiene su corteza cerebral en trabajo permanente, acomodada á un estímulo, y el campo de la conciencia no admite, no da entrada á otra excitación, á otra idea, porque no hay *vía libre.* De este trabajo de acomodación forzada nace la exageración de la *idea-emoción* y se establece un círculo vicioso en el sujeto que necesita un fuerte sacudimiento, otras ideas, otros estímulos; pero de distinta calidad para hacerla cesar; es decir, necesita *distraerse.*

»Pero no se distrae el que quiere, sino el que puede; luego la voluntad no basta sola para despreocuparse, para *desacomodar,* sino es necesario un nuevo estímulo externo ó interno de intensidad suficiente como para forzar la entrada al campo de la conciencia y *dis-traere* la ideación ó la acomodación cerebral hacia otra cosa, hacia otro estimulante.»

Pasa luego á estudiar la atención en las distintas edades y en los diferentes estados de cultura en la siguiente forma:

«La integridad de la corteza cerebral es la condición absoluta de la acomodación mental; pero también lo es su constitución definitiva, el establecimiento de múltiples vías de aso-

ciación para la conducción nerviosa, lo que no pasa en el niño, antes de los cuatro ó cinco años, en que los neurones de asociación son escasos aún y la corriente nerviosa; dispersa en los centros aislados, en territorios parciales, no permite que la corteza intervenga en su totalidad. Esta es la razón fisiológica por la que el niño no atiende en sus primeros años, ó si atiende es por instantes y sólo á estímulos externos intensos; sus pocos centros de asociación no alcalzan á poner en contacto las prolongaciones de sus neurones, y la corriente no pasa; no hay acomodación total de la corteza, no puede haber, y el niño es *distraído,* generalmente, ó se *distrae* por cualquier estímulo, por más simple que sea; su atención es puramente ocasional y *exclusivamente emotiva,* como vuelve á ser en el viejo.

»Como el niño, muy niño, el salvaje y el ignorante no son *atentos,* porque en su corteza no ha formado la *instrucción* vías de asociación para unir centros de acción y de estímulo, y toda su *psiquis* consiste en la vida afectiva, *instintiva,* que puede mover centros cerebrales fisiológicamente inferiores: el psiquismo inferior, automatismo.

»Por el contrario, la *sugestibilidad* mental suele realizarse con fácil rapidez en los niños y aun en los sujetos inteligentes, porque no es indispensable la acomodación total del cerebro ni menos su fatiga, sino un estado de pasividad del sujeto consciente, de *hipotaxia,* que aun en vigilia ofrece una corteza impresionable, bien ligada en sus células, cuya actividad puede orientarse en rumbos nuevos, provocando la formación de otras vías de paso ó centros de *inhibición* que puedan *determinar* actos nuevos ó modifiquen los existentes (*ortopedia mental*).»

Insiste el autor en demostrar la importancia que la cultura tiene para el desarrollo y carácter de la atención. Esta «no es sólo condición previa del conocimiento, sino también una consecuencia. El sujeto inteligente es capaz de atender, porque ha debido atender para ser inteligente y ha educado su cerebro»,

de modo que puede «acomodar con rapidez y persistencia, sin fatigarse, á estímulos muy variados»...

La atención tiene una influencia notable en la duración del «tiempo de reacción», ó sea de la unidad de tiempo que tarda un sujeto en transformar una sensación en movimiento.

Para medir estas unidades, que son muy pequeñas (centésimas y milésimas de segundo), se usan dos procedimientos: uno gráfico y otro objetivo con el cronómetro de D'Arsonval ó el cronoscopio de Hipp.

Realizados los experimentos, resulta que si el sujeto está atento á ellos en sus tres momentos (la sensación, la transformación y el movimiento), responde á la sensación «diez centésimas de segundo después de haberla recibido». *Distraído*, desatento á la experiencia, desacomodado por otro estímulo que se hace concurrir expresamente (por ejemplo, haciéndole hacer una simple multiplicación de dos cifras por una que ha convenido, previamente, en el momento mismo de provocar la sensación) tarda *dos, tres y hasta cuatro veces más.* Luego la *atención*, la acomodación mental, favorece: 1.°, la rapidez de la recepción de la sensación; 2.°, la interpretación de esta sensación, ó sea de la percepción (que puede ser sólo *percepción simple sin noción*), y 3.°, la transformación sensorio motriz, que se exterioriza por el movimiento de la mano.

Si se reduce la atención á uno solo de los momentos, los resultados varían mucho.

«*1.ª serie de experiencias.* Repitiendo las anteriores, pero encargando á cada alumno de *atender* sólo á la sensación que va á recibir, es decir, acomodando su corteza cerebral á la zona de recepción de la sensibilidad tactil, el tiempo de reacción es de 0″32 en la Sta. Mariani (4.ª div., 4.° año) (1); 0″10 los Dres. Cranwell y Cárdenas; 0″07 el Dr. Posse.

«*2.ª serie.* Previniendo al alumno que prescinda de la sen-

(1) La Sta. Mariani, como los demás señores que luego se citan, son los que se prestaron á los experimentos á que se refiere el autor.

sación y atienda *sólo* al movimiento que debe hacer, el tiempo de reacción *disminuye á la mitad*, en término medio, de 0″32 á 0″15 en la Sta. Mariani, y de 0″10 á 0″06 en el Dr. Cranwell.

»No puede ser más evidente, pues, la influencia de la atención como acto preparatorio de la actividad mental, que dispone las vías de conducción nerviosa *empalmándolas* según su número y clase para responder á los variados estímulos que provocan su intervención.»

*Schmidel á la luz de Villalta*, por S. A. Lafone Quevedo. El autor compara las dos relaciones de Schmidel y de Francisco de Villalta, referentes á la conquista del Río de la Plata y fundación de la primitiva Buenos Aires. Schmidel fue compañero del adelantado D. Pedro de Mendoza, y su relato se conserva manuscrito en Munich, habiéndolo publicado en 1889 el Dr. Zagmantel en Tubinga. Villalta fue también compañero de Mendoza, y su manuscrito permanece inédito en la colección Muñoz, de la Academia de la Historia (Madrid). Ambos escritores coinciden en algunas cosas y difieren en otras.

«La nota que resalta en Villalta, como en Schmidel, es la hambruna que determinó el curso de la conquista. En todas partes de lo primero que se averigua es de lo que hay que comer, y la Asunción permaneció porque allí encontraron indios más dispuestos al trabajo de agricultura y un clima que la favorecía. Las duras experiencias de Sebastián Gaboto se repitieron cuando entró Pedro de Mendoza, y de regiones que hoy alimentan á la Europa entera con sus producciones tuvo que huir un puñado de hombres, único resto de esa brillante expedición qus acompañó á D. Pedro de Mendoza á realizar las ilusiones de Gaboto. Bien podemos decir que, aunque el Rey de Castilla podía tener la vista puesta en el porvenir del Río de la Plata y su importancia en la cuestión de límites con la corona de Portugal, los pobres pobladores, olvidados hasta desu sed de oro y plata, sólo pedían pan y peces é indios que se los procurasen.»

El episodio de Lucía Miranda en Sancti Spíritus ó Buena Esperanza, que conocen bien los americanistas, es probablemente una leyenda, originada en el ataque de los indios á alguno de los fortines de los españoles antes de la época de Ruy Díaz de Guzmán.

En efecto:

«Alonso de Santa Cruz, el famoso, mandaba cuando el desastre del tiempo de Gaboto; Schmidel y Villalta se hallaban en Buena Esperanza cuando se dejó este fortín: nada dicen ellos de la tal Lucía Miranda y demás que cuenta Díaz de Guzmán; debemos, pues, relegar la leyenda á la región de las consejas con que se adorna la prehistoria de todo país.

»¿Debe suprimirse y olvidarse este trágico incidente en la historia del Río de la Plata? De ninguna manera. Él encierra una enseñanza moral, como el otro de la mujer Maldonado en las cercanías de Buenos Aires: de todo ello puede decirse: *se non è vero è ben trovato*, porque da colorido y algo de humano al catálogo de hombres y miserias con que se inició la conquista del Río de la Plata y su colonización, y nos hacen ver que siquiera alguna vez los españoles se llevaron la peor parte contra esos pobres indios que defendían sus familias, hogares, su suelo, su independencia.

»A propósito de las necesidades que pasaron los de la expedición de Mendoza, dice Villalta que sólo fueron los soldados; «porque los capitanes y allegados á ellos éstos nunca pasaron necesidad». Este cargo debe juntarse con aquel otro de que Irala repartió indios á «franceses y á ingleses y extranjeros y portugueses, etc.». ¿No sería uno de tantos nuestro Ulrico Schmidel?

»Un otro dato muy curioso nos da Villalta y es, que mientras bajó Juan de Ayolas de Buena Esperanza á Buenos Aires á llevarse á D. Pedro de Mendoza á su nueva población, les salió uno de la gente de Sebastián Gaboto que había quedado en aquella tierra y se llamaba Jerónimo Romero. Sin duda este fue uno de los compañeros de César en su entrada y á él

se debe la confusión de las tragedias de Sancti Spíritus (1529) y de *Corpus Christi* ó Buena Esperanza (1541). Él se hallaría presente en las dos, y al referir otros lo que él contaba, se agregaría que lo habían oído de boca de uno de los compañeros del mismo Gaboto.»

*El concepto de felicidad en algunos autores*, por René Bastianini. El autor se limita á estudiar el tema de su artículo, muy interesante y que ya tiene precedentes en España, en Fray Luis de León, Horacio y Fontenelle. Comparando la aspiración al retiro y la quietud de los dos primeros, señala con gran precisión sus diferencias de ideal no obstante ser Fray Luis un discípulo de Horacio. Fontenelle es otro tipo enteramente. Representa «á la clase de hombres cuyo espíritu en continuo movimiento, compara, reune, hace, deshace, siempre en busca de nuevas asociaciones que pudieran ser de provecho para su bienestar».

«Fontenelle tiene la visión clara de lo que se propone y de todos los obstáculos tanto naturales como artificiales que se oponen á sus proyectos; acepta los primeros con una sumisión nada estoica, pero de los segundos, esos que menciona Horacio cuando dice:

*Quæ maxima credis esse mala*,

hace tabla rasa con admirable impulso, y con una precisión de miras asombrosa.

»Una vez purificada de toda la *impedimenta* de los prejuicios transmitidos de generación en generación como el más valioso patrimonio, su mente ofrece el aspecto de un terreno fértil, dispuesto á germinar rápidamente la semilla depositada en él.

»Aquí empieza la actividad de Fontenelle, actividad puramente moral, pero constante, intensa, orientada siempre hacia el mismo punto y que termina por darle una idea del estado general de la humanidad, idea que sirve de punto de partida á sus teorías. ¿A dónde llega? Pues á reconocer una cosa que

nunca debía perderse de vista y que por sí sola constituye el resorte de todo su sistema; después de recorrer el número infinito de calamidades que la naturaleza distribuye entre los seres vivientes, no puede menos que proclamar en un acceso de lucidez, que el ser hombre, mirándolo bien, es tan aventurado que debemos considerar como peligros realmente evitados todas las desgracias de que estamos exentos.»

*
* *

La extensión que he dado á los extractos precedentes, por la importancia que, á mi juicio, revisten los artículos escogidos (sobre todo el de Sumner y los de García), me quita espacio para dar cuenta de otras publicaciones. Dedicaré el que me queda á libros, que hace tiempo aguardan su turno.

*Cuentos ticos*, por Ricardo Fernández Guardia. San José de Costa Rica, 1901.—*Ticos* es el apodo general de los costarricenses, y al titular así sus cuentos ha querido el autor indicar que en ellos retrata costumbres de su patria. Los que realmente tienen este carácter son lo mejor del libro, cuya lectura es siempre agradable y amena. Recomiéndase especialmente los titulados *Un santo milagroso*, *La política* (que recuerda *Los hombres de pro*), *Hidalguía*, *La botija* y *Los gatos endemoniados*. Este último parece salido de la pluma de Ricardo Palma.

*Anales del Cuzco* (1600 á 1750). Lima, 1901.—Nueva publicación con que el Gobierno peruano y el benemérito Director de la Biblioteca Nacional, Ricardo Palma, continúan la serie de documentos inéditos empezada hace poco. Contienen los *Anales* biografías de los Obispos del Cuzco y de varios sacerdotes que se distinguieron por sus virtudes, ilustración ó talento, y entre ellos el panegirista de Góngora, D. Juan Espinosa Serrano.

*Las montañas de Ayacucho y los ríos Apurimac, Mantaro. Ene, Perené, Tambo* y *Alto Ulcayali*, por el Coronel D. Pedro

Portillo. Lima, 1991.—Interesante estudio geográfico, fruto de una expedición hecha en 1900 por el autor. Ilustran el libro numerosos y excelentes fotograbados.

*El Dr. Serapio Reyes Ortíz.* La Paz, 1901.—Necrología de este político boliviano, fallecido en Septiembre de 1900.

*Algunos puntos de Derecho internacional*, por Simón Planas Suárez. Caracas, 1901.—El autor estudia las siguientes cuestiones: Reclamaciones de extranjeros; las intervenciones y el asunto Sanluy.

*Memoria del Virrey del Perú, Marqués de Avilés.* Publícala Carlos Alberto Romero. Lima, 1901.—El Marqués de Avilés ejerció su virreinato de 1801 á 1810, y en esta Memoria, que en cumplimiento de un precepto legal dejó á su sucesor el Marqués de la Concordia, da cuenta detallada de su gobierno, durante el cual ocurrieron sucesos imporrantes.

*Informes presentados en la sección de Ciencias pedagógicas del Congreso científico latinoamericano*, por J. A. Fontela. Montevideo, 1901.—Abrazan los siguientes puntos: El maestro; la clase; la gramática; las Ciencias naturales; valor universitario de los estudios del magisterio.

*Reseña histórica de la literatura chilena*, por Pedro Pablo Figueroa; tercera edición. Santiago de Chile, 1900.—Excelente resumen que abraza desde 1540 á 1900.

*El poeta popular Pedro Díaz Gana*, por Pedro Pablo Figueroa. Santiago de Chile, 1900.—El autor trata en este breve folleto (69 páginas) de la literatura chilena en general y de Díaz Gana, curioso ejemplar de hombre culto, abohemiado y hasta vagabundo, que en su contacto con las muchedumbres supo arrancarles algunas notas de su íntima poesía.

*Diccionario biográfico de extranjeros en Chile*, por Pedro Pablo Figueroa. Santiago de Chile, 1900.—Interesante apéndice al *Diccionario biográfico de Chile* del mismo autor, y en cuyas páginas pueden hallarse noticias insustituíbles para comprender el sentido y rumbo de la moderna civilización chilena.

*Memoria de Instrucción Pública*, presentada al Congreso Constitucional de 1901. San José de Costa Rica.—D. Justo A. Facio, Subsecretario de Estado en el despacho de Instrucción Pública, presenta en esta Memoria una historia documentada de su departamento, á la vez que señala las necesidades nacionales en este orden, de acuerdo con los dictados de la pedagogía.

*Obras completas de Melchor Ocampo*. Tomo II. Méjico, 1901.—Comprende este tomo escritos políticos (discursos, polémicas, comunicados, etc.) y una biografía de Ocampo, por Angel Pola.

*Conferencia sobre el sistema dactiloscópico,* por Juan Vucetich. La Plata, 1901.—Este sistema es el usado por la policía para la identificación de las personas que le importan. Consiste, como su nombre indica, en registrar las impresiones digitales. Acompañan á la explicación varios grabados.

*Ideas médicas acerca de la atmósfera de Sucre. Su clima.* Sucre, 1901.—Es una tesis doctoral de D. José M. Araujo, profesor por oposición del Colegio Junín.—Las observaciones que encierra son interesantes.

*Don Eduardo de la Barra*, por Pedro Pablo Figueroa. Santiago de Chile, 1900.—Necrolcgía del infatigable erudito é investigador chileno, de quien se ha hablado varias veces á los lectores de La España Moderna.

*Catástrofes*, por A. Williams. Buenos Aires, 1901.—Colección de poesías del conocido poeta argentino que desde 1897 ha publicado ya cuatro libros de versos de muy variados géneros.

*Los nuevos caminos*, por Alberto Ghiraldo. Buenos Aires, sin año.—Colección de artículos políticos y sociales del periodista cuya obra *Gesta* hemos examinado en otra ocasión.

Hispanus.

# CRÓNICA LITERARIA

*Alma y Vida,* drama en cuatro actos, por D. Benito Pérez Galdós.—Su prólogo.—El Simbolismo del drama.—De la protección del Estado al teatro.

Epílogo, mejor que prólogo, podría llamarse el que ha puesto el Sr. Pérez Galdós á su drama *Alma y Vida*, ya que no ha precedido al poema dramático para imponer al espectador de alguna particularidad ó explicarle el argumento, como solía hacerse en la comedia antigua, sino que ha venido después, á modo de respuesta á las críticas que de aquella obra dramática se hicieron y á título de explicación de circunstancias de su estreno, de la *mise en scène* y del esmero con que desempeñaron sus respectivos papeles los comediantes. El prólogo es extenso y en él discurre el famoso novelista y autor dramático sobre varias y diferentes materias: el simbolismo de *Alma y Vida,* los defectos y excesos de la crítica teatral en los periódicos, la falta de protección oficial al teatro, los méritos de los actores que representaron el drama, los cuidados del autor para ponerlo con toda propiedad en escena, y algún otro que justificará que añadamos á la enumeración anterior un *et cætera.*

Prólogo ó epílogo, el escrito del celebrado autor de los *Episodios nacionales* es interesante, desde el punto de vista literario y desde el punto de vista psicológico. Su lectura revela que Galdós, después de conquistar tantos lauros en la novela y de triunfar á intervalos en el teatro, da una gran importan-

cia al cultivo de este último género, nuevo hasta cierto punto para él; que se propone seguir cortejando á Melpómene, hasta rendirla, sin desalentarse por las esquiveces con que de vez en cuando le trata esta dama, y que en *Alma y Vida* había cifrado esperanzas, de cuyo malogro se duele.

Estos prólogos póstumos, alegatos en favor de una obra discutida, no comprendida ó sencillamente fracasada, sólo se los pueden permitir literatos de gran renombre, como Galdós. A un autor de segundo orden no se le oiría en apelación. Aun tratándose de escritor tan famoso, de una obra dramática, superior—á mi juicio—á su fortuna, y de un prólogo sugestivo, bien escrito y curioso como el que Galdós ha impreso con su drama, cuesta trabajo resucitar la actualidad. Han pasado las épocas en que literatos y eruditos podían discutir largamente sobre una obra literaria meses y aun tal vez años sin hastiar al público, reducido pero selecto, que por las letras se interesaba. Nuestro público, grande y vulgar, olvida pronto; cuando lee no lee más que una vez y deprisa. Se leen ahora muchas cosas, pero leyéndolas poco, con un *mínimun* de lectura; y en el teatro, todavía suelen ser más pasajeras y fugaces las impresiones. En ese vivir deprisa que alcanza á las letras como á todo, en esa mudanza continua de la actualidad, y no en infalibilidad alguna de la crítica, estriba, á mi parecer, la dificultad de estos recursos de apelación para ante el público *mejor informado*.

En el caso concreto á que ahora nos referimos media una circunstancia que compensa en parte tales inconvenientes y que podría ser parte para que se recibiera el prólogo con aquella curiosidad que conviene á todo alegato, por cuanto le promete ser oído con atención. Se ha hablado tanto del simbolismo de *Alma y Vida* y son tan diferentes las explicaciones que de él se han dado, que no estaba demás que el autor viniera á sacarnos de dudas, explicándonos si hay ó no símbolo y cuál es en caso afirmativo. Así lo hace Galdós, diciendo que aspiró «á vaciar en los moldes dramáticos una abstracción, más

bien vago sentimiento que idea precisa, la melancolía que invade y deprime el alma española de algún tiempo acá». La Duquesita Laura representa «el solemne acabar de la España heráldica, llevándose su gloriosa leyenda y el histórico brillo de sus luces declinantes». Juan Pablo Cienfuegos es el «pueblo, vivo aún y con resistencia bastante para perpetuarse por conservar fuerza y virtudes macizas, pero desconcertado y vacilante, sin conocimiento de los fines de su existencia ulterior».

Tenemos, pues, explicado el símbolo que tanto preocupó á los críticos dramáticos, y aun tal vez de rechazo á algunos de los espectadores. Esta interpretación auténtica es lo más interesante del prólogo, y Galdós se defiende bien del cargo de obscuridad, diciendo que el símbolo no tiene necesidad de ser claro, que conviene dejarle su vaguedad de ensueño y que no se le puede pedir una solución descifrable mecánicamente como la de una charada. Aplica al simbolismo literario lo que Renan dijo alguna vez de los mitos: una gran determinación en la forma con una gran indeterminación en el sentido.

Todo esto es muy cierto, pero en aquellas obras en que el simbolismo no se trasluce con tal claridad que pueda ser visto y entendido por todos, sin que el autor salga á explicárselo, el valor de la obra tiene que depender, al menos para la masa general del público, no de su lección secreta, sino de su apariencia, de lo que se ve y se entiende. Una obra simbólica ó alegórica supone en términos generales la representación de algo abstracto por medio de lo concreto; en el teatro por medio de una acción y de determinados personajes. Y esta forma de expresión puede obedecer á diferentes fines. Con ella se puede dar á entender al público una lección moral que, descarnada y desnuda, no sería bien acogida, ó que tal vez fuese peligroso expresar. Este es el caso del simbolismo de las fábulas y apólogos, principalmente de los antiguos. O bien se puede dejar entrever alguna enseñanza esotérica que sólo conviene que comprendan con claridad los iniciados y que bajo el velo de

la alegoría puede penetrar de una manera inconsciente, por virtud de la fuerza del sentimiento, en los espíritus que no se hallan preparados para comprender por entero el sentido oculto, y que así pueden recibir algún atisbo ó vislumbre de aquella elevada doctrina, que no les es dable asimilarse directamente. Este es caso de ciertas obras elevadas de la mística, que abundan sobre todo en las literaturas orientales, del Bagavat Gita, por ejemplo, y de muchas otras poesías indias que no llegan á tan sublime altura. O puede responder el simbolismo á un fin de propaganda, buscándose entonces el medio de hacer más viva y profunda la impresión de un principio general, encarnándole en formas concretas y procurando la transformación psicológica de la noción en sentimiento, que es como transformación de luz en calor. Sirva de ejemplo la condenación de la esclavitud que se desprende de la célebre novela *La cabaña del tío Tomás*, de la señora Beecher Stowe. O bien el simbolista puede perseguir un fin estético, queriendo dar á alguna fábula, bella é interesante de por sí, la aureola ideal de una significación superior á lo individual y concreto, de suerte que una acción ó un fenómeno particular sea exacto reflejo de una ley ó de un fenómeno general, y deleite por dos maneras el espíritu: con el espectáculo de lo sensible, que se ve ó se entiende, y con la adivinación de lo ideal, que se trasluce y transparenta.

A esta última especie de simbolismo parece pertenecer el del drama del Sr. Pérez Galdós, si se atiende á la índole de su obra y á las explicaciones que da el prólogo. Mas como toda obra simbólica supone la conjunción de dos sentidos y significaciones, uno externo, superficial, aparente, exotérico, otro interno, profundo, velado, esotérico, allí donde el sentido oculto no se manifieste de tal modo que pueda ser por todos comprendido, el éxito de la obra dependerá, como antes decimos, de su sentido exterior, de la mayor ó menor belleza que tenga, abstracción hecha del simbolismo.

Considerada desde este punto de vista *Alma y Vida,* no

creo yo que resulte una obra despreciable, indigna del talento de su autor. Figurémonos que en *Alma y Vida* no hay símbolo, como se han figurado algunos, sin que por eso se les pueda acusar de cortedad de entendimiento, puesto que el símbolo es indeterminado y obscuro, tiene, según el autor, la vaguedad del ensueño, y el ensueño es eminentemente subjetivo y menos comunicable que lo objetivo, que á todos habla en parecida lengua. ¿Qué vemos entonces en la obra?

Una intriga de amor, delicada é interesante, á la que da un matiz de melancolía la suerte infeliz de la Duquesita Laura, que en su triste juventud enfermiza vislumbra un momento la alegría de vivir cuando por ley de los contrastes se enamora de Juan Pablo Cienfuegos, tan contrario á ella por su exuberancia de vida, pero que no logra comunicársela á su amada, la cual se extingue suavemente tras aquel fugaz instante de esperanza. Las iniquidades de Monegro, el administrador de los Estados de Rui Díaz, la protesta de los vasallos oprimidos, son accidentes secundarios ante esa deliciosa elegía amatoria que tiene la finura y el suave color de un cuadro del siglo XVIII. Las mejores escenas de la obra son las que se refieren al amor de Laura y Juan Pablo, el interrogatorio en el primer acto, la pastorela en el segundo, creaciones una y otra de verdadero poeta, demasiado delicadas acaso para el paladar de la generalidad del público; la de las brujas moriscas en el tercer acto, y la de la muerte de la Duquesita en el cuarto, en que languidece un tanto el drama, pero donde hay sin duda pasajes en extremo poéticos.

Sin símbolo, *Alma y Vida* es un drama superior en la finura de la ejecución literaria, si no en el movimiento dramático, á muchos que han sido aplaudidos. El *succés d'estime*, el mediano suceso que logró se debe acaso, más que á la influencia de la crítica, de que habla largamente en el prólogo el Sr. Pérez Galdós, á los hábitos del público, acostumbrado á ver en el teatro *literatura escenográfica*, semejante á la pintura de la misma clase, en los brochazos y en los efectos calculados para

la especial perspectiva de la escena. Hay quien entiende que es esencial en la dramática ese procedimiento artístico, ese juego de situaciones en que el interés se condensa y se cristaliza, esa gradación de emociones que camina en crescendo hacia el desenlace; pero no faltan motivos para ponerlo en duda, si se tiene en cuenta que en el teatro han cabido y han encontrado abiertos los caminos del éxito obras no sujetas á esa técnica dramática, como no pocos de los dramas religiosos de nuestro siglo de oro, y que ahora mismo muchas producciones del llamado teatro de ideas, que á las veces es teatro de *ensueño*, se apartan también de los cánones de lo *teatral*, al modo como suele entenderse, modo en el que hay sin duda mucho convencionalismo. Expresión de lo *teatral* parecieron también antaño las reglas y los usos del clasicismo francés. Shakespeare y Calderón fueron tenidos por extravagantes ó bárbaros, que entraban en los dominios de la tragedia moderna como los pastores que invaden los jardines del palacio de Rui Díaz en el drama de Galdós. El concepto de lo teatral se va ensanchando y dentro de los límites de tiempo y espacio requeridos por las condiciones materiales de la representación escénica, cabe en él cuanto pueda interesar al público.

Esos límites, sin embargo, restringen mucho. Una representación teatral no puede exceder en duración de algunas horas, ni puede remitirse su continuación para otra noche, como en un libro se remite para otro tomo. El autor de una novela ó de un poema nos traslada de un lugar á otro con la mayor facilidad, mientras que en las tablas hay que contar no sólo con los medios mecánicos necesarios para la mutación de las decoraciones, sino también con algún artificio de transición ó alguna pausa por virtud de la cual se consiga que la mudanza operada á la vista del espectador no sea demasiado brusca, ni choque con la realidad por lo repentina. Por último, el hecho mismo de la *representación*, el reproducirse á lo vivo la acción concebida por el dramaturgo, hace que de la impresión sensible, visual y objetiva dependa en gran parte aque-

lla otra impresión espiritual más honda que trata de producir el autor del drama. De ahí la importancia de los buenos actores, que aun interpretando obras medianas, pueden producir efectos de gran belleza artística y hasta llegar con la mímica y la expresión de la fisonomía á las alturas de lo sublime.

Por este especial conjunto de circunstancias el teatro no es sólo literatura, sino una forma artística compleja en que la literatura puede ser secundaria y aun casi insignificante. Un ejemplo reciente de ello nos ofrecen los dramas japoneses representados por Sada Iaco, que, á mi parecer, no son dramas completos tales como se representaran en el país de los crisantemos, sino extractos de dramas, hechos para un público extranjero que no entiende el japonés y á quien aburriría mortalmente la parte literaria, para él incomprensible. Esos dramas aparecen reducidos á las escenas capitales, á los principales momentos de la acción en que la mímica y la expresión del semblante pueden suplir hasta cierto punto al lenguaje, haciéndose entender de cualquier público. Son, pues, estas obras escénicas el *non plus ultra* de la dramática sintética, de lo teatral reducido á quinta esencia ó tal vez á esqueleto. Y si en este caso vemos el teatro *sin literatura* (para los públicos occidentales que no entienden el japonés), el caso opuesto puede también presentarse, el de la literatura no teatral, el de una obra que, teniendo mérito literario, no se adapte bien á la escena y agrade más leída que representada.

¿Es este el caso de *Alma y Vida?* A mi juicio, no. El interés de la acción se mantiene en los tres primeros actos, y aunque en el cuarto languidezca (cosa muy frecuente en las obras dramáticas que en España se escriben ahora, las cuales, por lo general, sobresalen más en la exposición que en la preparación del desenlace), este defecto en el planeo ó en la composición general de la obra no impide que los amores de la Duquesita Laura y Cienfuegos, *dramatizados* por la lucha entre éste y Monegro, sean un asunto propio para cautivar la atención del público y para excitar su curiosidad respecto de un

desenlace, que el espectador no puede adivinar de antemano, como en otras obras sucede.

Todo esto se refiere á *Alma y Vida,* sin símbolo, entendida á la letra, sin ningún género de interpretación esotérica. ¿Agrega el simbolismo algún elemento de belleza á este drama? Me parece que no. Siendo tan vago é indeterminado como es (las diversas interpretaciones de que ha sido objeto lo prueban), sólo podría agregar á la acción alguna belleza, no por el pensamiento del símbolo en sí, sino rodeando á los personajes y á la fábula de cierto vago ambiente de misterio, que dejara traslucir al público que representan algo más que el drama individual de que son actores; que la Duquesita Laura no es sólo una pobre enamorada á quien el destino sólo deja contemplar á lo lejos las dichas del amor; que Cienfuegos es algo más que un aventurero generoso, galán y valiente, y otro tanto de los demás personajes.

Pero esta misma impresión de un sentido oculto que se adivina pero no se precisa, acaso ha perjudicado al drama en vez de favorecerle. Preocupados los espectadores más inteligentes con hallar esa significación simbólica, quizás no se fijaron bastante en las bellezas aparentes de la obra y en los delicados pormenores que la adornan. El deseo de inquirir el secreto que lleva dentro una cosa, puede quitar al espíritu la disposición receptiva necesaria para contemplarla serenamente y recrearse en el espectáculo que ofrece.

También es posible que *Electra* haya perjudicado á esta nueva obra de Galdós. Comparada con su hermana mayor, la bullanguera *Electra* (la *Electra que hizo* y que entendió el público, que no creo yo que fuese la que pensó Galdós, aunque después el éxito le resolviera á patrocinarla), *Alma y Vida* tenía que resultar tan pálida y anémica como la Duquesita de Rui Díaz. Como además *Electra* suscitó un torbellino de pasiones, esas pasiones han alcanzado al autor, como alcanzaron á Zola las que provocó el famoso proceso de Dreyffus en Francia. Los anticlericales han censurado á Galdós por no haber

hecho en *Alma y Vida* un drama anticlerical, como se ve por los varios artículos inspirados en este criterio que al tiempo del estreno se publicaron en periódicos de los que cultivan la demagogia. Y los de la acera de enfrente, escandalizados aún por el estruendo de *Electra,* no estaban en disposición más benévola. Unos y otros han contribuído al ambiente de hostilidad que rodeó á este drama, poco afortunado.

Todo esto es accidental, aunque no carece de influencia sobre la suerte de una obra literaria. Dejándolo estar, hay que reconocer que el simbolismo general del drama, tal como el autor lo explica, basándolo en un sentimiento más que en una *tesis*, ó pensamiento preciso, difícilmente podía ser comprendido por el público. Esa melancolía del ocaso español, de que habla Galdós en términos elocuentes en su prólogo, no es uno de los sentimientos comunes que ocupan mucho lugar en la mente de las muchedumbres. El español de hoy no es más melancólico, aunque hayamos perdido los dominios de Ultramar, que el español de nuestras épocas de grandeza. Estas aflicciones colectivas, sobre todo cuando se refieren á sucesos ocurridos á larga distancia, no suelen dejar honda huella en la vida individual. Se necesita que los desastres de la guerra toquen muy de cerca á los naturales de una nación, como nos sucedió en nuestra guerra de la Independencia y acaeció á los franceses en la suya con los prusianos, para que la depresión del espíritu nacional se individualice, y aun así el efecto suele ser pasajero. Verdad es que nuestras guerras de Ultramar han afligido á muchas familias con la muerte de personas amadas; pero el sentimiento que por lo general dejan tales desgracias, es de otra índole: se llora al hijo ó al padre muerto, no á la patria mutilada.

La melancolía de las épocas históricas en que se ve deshacerse algún grande imperio, es un sentimiento reflexivo que nace en la mente del pensador al comparar los momentos de grandeza con los de decadencia y apreciar el contraste. No suele ser un sentimiento espontáneo que de suyo se imponga

á las multitudes. Esa melancolía se aprecia á distancia y es un sentimiento erudito, más que popular. A ello contribuye el que tales transformaciones se verifican casi siempre con mucha lentitud. La desaparición de esa España heráldica, con su áurea leyenda, de que habla Galdós, no se ha operado en un día ni en un año, ni data de nuestra última desmembración, que en realidad fue sólo un episodio más de un largo proceso histórico que viene operando desde el siglo XVII y durante el cual no han vivido las sucesivas generaciones de españoles en ese ambiente de melancolía que sin duda produce al historiador la evocación de tales sucesos. Y en cuanto á la vacilación y la incertidumbre de la España nueva, que no tiene aún clara conciencia de sus destinos, hay que advertir que la noción de los destinos colectivos sólo llega á ser consciente, dentro de un pueblo, en un corto número de individuos superiores, y aun en estos mismos tales representaciones no suelen ser firmes y seguras, pues en realidad los destinos nacionales no se elaboran conscientemente, por una constante acción individual que exigiría la existencia de una casta especial de gobernantes en que se transmitiera invariablemente la aspiración á esos fines; y ni aun siquiera pueden, con sólo las luces naturales, ser objeto de profecía, salvo en contados y discutibles casos.

De otras varias cuestiones trata en sus cuarenta páginas el prólogo del Sr. Pérez Galdós, ocasión de este artículo. Conforme estoy con él en que la crítica literaria no constituye un sacerdocio, ni siquiera un magisterio; en que sus opiniones son en extremo falibles y en que frecuentemente adolecen de parcialidad sus fallos, si bien este no es defecto peculiar suyo, sino que alcanza á todos los que opinan en público sobre cualquier género de cuestiones ó negocios, y aun podría asegurarse que la imparcialidad es una virtud contra naturaleza y que requiere por lo mismo vencer á la naturaleza, con lo que queda ponderada su rareza y dificultad. También creo, con el autor de *Alma y Vida*, que en los periódicos diarios españoles la cos-

tumbre de publicar las críticas al día siguiente de los estrenos de los dramas ó comedias, en vez de dejar pasar más tiempo, como acostumbran los críticos dramáticos franceses en sus folletines, impone á estos trabajos una precipitación que no puede menos de perjudicar á su solidez y reposo; é igualmente reconozco que sería mejor que, en vez de tener la crítica de teatros de cada periódico un solo titular, alternaran en estos trabajos colaboradores varios, de manera que sobre cada obra ó cada género de obras pudiese disertar el más competente. Mas esta es una aspiración difícil de realizar, pues un periódico es al cabo una industria, que tiene entre sus fines el de conseguir un lucro honesto, y para ello necesita proporcionar los gastos con los ingresos. Una colaboración literaria de esa especie no cubriría gastos y sería indudablemente un mal negocio, pues no hay afición bastante en el público para pagarla.

Con lo que no estoy conforme es con que el Estado tenga obligación de proteger al teatro, por extendida que esté la opinión contraria. Es muy seductora, en verdad, la noción de un Estado que, convertido en Providencia de sus súbditos, atiende á sus necesidades y hasta á su recreo; pero como el Estado no es un filántropo dotado de cuantiosos bienes de fortuna que consagrar á fines benéficos, resulta á la postre que cuando se encarga de hacer la felicidad de los individuos tiene que ser á costa de los haberes particulares y aun de la libertad de esos mismos individuos. Y de admitir semejante teoría, hay que admitirla con todas sus consecuencias. Si el Estado tiene el deber de proteger el teatro ó la literatura en general, lógicamente no se le puede negar el derecho de inspeccionar lo que protege, de prohibir las obras que no le parezcan enderezadas al bien común, motivo de la protección, y de ejercer, por tanto, una censura. Mejor es que no exista esa protección y que sea el público el que proteja y pague aquello que le agrade y le divierta. Aparte de que, faltando tantas cosas de primera necesidad en España, proveer antes que á ellas á las de lujo y adorno no sería discreto ni prudente. Hay que hacer

muchos ferrocarriles, muchas alhóndigas y pósitos, muchas escuelas de primeras letras y hasta muchas alcantarillas antes de pensar en proteger con dineros públicos á la literatura, puesto que las subsistencias, la instrucción elemental y la higiene son cosas que importan mucho más á la generalidad que el brillo de las letras y de las artes, de que sólo disfruta una minoría y que es menos indispensable que aquellas otras cosas prosaicas, pero necesarias para la vida.

Por las mismas ó semejantes razones no creo yo que forme parte de los deberes de los Príncipes, como da á entender el Sr. Galdós, el asistir frecuentemente á los teatros ni el leer los libros que escriban sus súbditos si no son de su agrado. Lo que se puede exigir á cada cual es que desempeñe bien su oficio, y el oficio del Príncipe es reinar, no ser Mecenas de las letras, ni siquiera inteligente en literatura ó aficionado á ella.

Como en este artículo no me queda ya espacio para hablar de otros libros de actualidad, me limitaré á anunciar algunos de los que serán objeto de las crónicas inmediatas, y son: los dos primeros tomos del *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX, con introducción y notas biográficas y críticas*, por don Juan Valera; la novela *Amor y Pedagogía*, de D. Miguel de Unamuno; el estudio histórico de D. Alfonso Danvila, *Luisa Isabel de Orleans y Luis I;* la colección de estudios críticos de Fray Candil *Grafómanos de América*, y las notables poesías del mismo tituladas *Vórtice; Las niñas del Registrador*, novela, del joven literato D. Cristóbal de Castro; *Castellanas*, poesías de D. José María Gabriel y Galán; *Estrofas*, de D. Manuel F. Villegas, y *Nostalgia*, extenso poema del escritor americano D. F. Soto y Calvo.

E. Gómez de Baquero.

# REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Religión: Concepto y enseñanzas de la religión, según Tolstoi.=Psico-física: Emilio Zola sobre la mesa de disección.=Cuestiones sociales: El divorcio y la Iglesia.=Educación y enseñanza: La moral y la instrucción cívica en los Institutos.=Costumbres: Sensaciones de automóvil, según Malterlink.=Literatura: Las metamórfosis de un novelista.=Impresiones y notas: Tolstoi y los dukhobors.—El sueño del pan gratuito.—La telefonía sin hilos.

## RELIGIÓN

Concepto y enseñanzas de la religión, según Tolstoi.—Jamás se ha visto—dice el ilustre ruso en *La Revue* de París—lo que hoy ocurre en nuestra sociedad cristiana: la minoría rica, dominante y culta, no cree ya en la religión, y afirma que la religión es innecesaria. Para unos, la religión proviene de la animación de los fenómenos naturales (animismo); para otros, de la representación de la posibilidad de relaciones con nuestros antecesores; para otros, del miedo á las fuerzas de la naturaleza; y como todo esto se ha demostrado que no tiene razón de ser, la religión es inútil; pudo ser aceptada en el período de la ignorancia y en el período metafísico, pero en el período científico en que vivimos es inadmisible.

Berthelot lo ha dicho en un célebre discurso: la religión debe ser reemplazada por la ciencia, por el conjunto de conocimientos que, ligados entre sí, forman un todo armónico.

Pero como esa ciencia no existe, y lo que se llama tal no es más que la reunión de conocimientos dispersos, sin enlace, á veces inútiles y frecuentemente erróneos, es evidente que lo que, según Berthelot, debe reemplazar á la religión no existe ni menos puede bastar, come se pretende, para ser la guía de la vida.

Lo cierto es que, contra la afirmación de los sabios, ningún hombre razonable vive ni puede vivir sin religión, porque la religión es la guía necesaria de sus actos y del orden mismo en que los ejecuta. El animal se guía por las consecuencias inmediatas de sus actos: el pájaro construye su nido, porque en él encuentra el abrigo que necesita. El hombre es diferente, pues tiene á la vista las causas remotas y los efectos más lejanos de sus acciones: las cuestiones más importantes no las resuelve definitivamente por la complicación de consecuencias que traería cada solución. El hombre puede considerarse como un animal entre los animales que viven al día; pero puede y debe estimarse también como miembro de la familia, de la sociedad, de los pueblos que viven siglos; por eso el hombre razonable hizo siempre y dondequiera lo que en matemáticas se llama integrar, es decir, establecer, además de su relación con los fenómenos más próximos de su vida, su relación con todo el mundo infinito, en el tiempo y en el espacio, considerándolo como una unidad. Y esa relación del hombre con el todo es precisamente la religión.

La definición más antigua de la religión, la que ha producido la palabra misma (*religio* de *religare*) es ésta: «la religión es el lazo del hombre con Dios». Schleiermacher y Feuerbach lo afirman así al reconocer que «la base de la religión es la conciencia que tiene el hombre de su dependencia de Dios». Así lo han comprendido todos los pueblos; el hebreo como miembro del pueblo elegido, el griego al convivir con sus dioses y bajo su dependencia, el brahman como parte del gran Ser en el que aspira á confundirse, el budhista al sufrir la serie de transformaciones que han de conducirle al nirvana. La

religión que no liga al hombre finito con la existencia infinita no es religión.

Los sabios de nuestro tiempo dicen lo que el médico forzoso de Molière, cuando afirmaba que el hígado está á la izquierda: «nosotros hemos cambiado todo eso», asegurando que se puede vivir sin religión. Cierto es que en la historia de los pueblos ha habido períodos en que la religión ha sido desnaturalizada, pero esa relajación del influjo de la religión en la vida es siempre pasajero; la religión, como todo lo que vive, nace, se desarrolla, envejece, muere, renace y se transforma.

Todas las religiones, por groseras que sean, han reconocido que todos los hombres son igualmente ínfimos ante Dios; pero el Cristianismo ha proclamado la igualdad de los hombres, no sólo ante Dios, sino entre sí, como doctrina fundamental de fraternidad. Pero el espíritu humano es tan fértil en recursos, que para hacer ineficaces las enseñanzas de los Evangelios, se ha inventado una teoría, según la cual cierta reunión de hombres, que se llama Iglesia, es impecable y tiene el don de transmitir su impecabilidad á sus elegidos. Así la Iglesia se declaró superior á la razón, é interpretando á su arbitrio los Evangelios, se erigió en definidora del dogma.

Así fue alterado el cristianismo, como todas las religiones, y se admitieron todos los errores y todas las inepcias del Antiguo Testamento, como la creación del mundo antes que la del sol, la reunión de todos los animales en el arca, etc.; de modo que, aun sin hablar de lo que algunos consideran como suplemento de los dogmas principales de esta religión, y sin salir de los términos del símbolo de Nicea, los hombres podrán seguir diciendo con los labios: «creo que Cristo subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios padre»; pero que nadie puede ya creerlo, porque esas palabras no tienen sentido. Por eso los hombres de nuestro tiempo que profesan el cristianismo desnaturalizado no creen realmente en nada; y esa es la característica de nuestro tiempo.

La razón es la fuerza humana, que define la relación de los

hombres con el mundo: y como esa relación es la misma para todos, la religión, que determina su establecimiento, es la que une á los hombres. Entre los paganos podía haber hombres que, al reconocer el desacuerdo entre su fe y su ciencia, elaborasen una doctrina más conforme con el estado de alma del pueblo; pero los hombres de nuestro tiempo, entre los cuales unos consideran la religión como arma de dominación en la humanidad, otros como una simpleza, y otros—la inmensa mayoría del pueblo—creyendo que poseen la verdadera religión, son rebeldes á todo movimiento de avance, á toda aproximación á la verdad. Envanecidos con los progresos útiles á la vida corporal, esos hombres que pasan por cultos se embotan en su ignorancia é inmoralidad, persuadidos de que cada paso que dan en el camino de la ignorancia les levanta un grado de su nivel de ilustración y de progreso.

## PSICO-FISICA

Emilio Zola sobre la mesa de disección.—Doy este título á mi escrito—dice Mantegazza en la *Nuova Antologia*—no para añadir un documento nuevo á la escuela lombrosiana, que de todo hombre de genio hace un loco, ó por lo menos un epiléptico, sino para demostrar lo contrario: que se puede ser hombre de genio sin ser loco ni epiléptico, y se puede ser hombre vulgarísimo tocando en los lindes de la enajenación mental. Siglos antes de que se inventara la antropología criminal, ya era conocido, como máxima vulgar, que todo hombre lleva impresas en su cuerpo al nacer las tres *M (médico, músico* y *matto,* loco), ó como dice el refrán castellano: «De músico, poeta y loco, todos tenemos un poco.»

Cuando Lombroso tropieza con un hombre superior, en el que no descubre ni con cristales de aumento ningún signo de locura, le niega el *genio*, concediéndole por cortesía el bautismo de *gran talento;* así se ha llegado á negar el genio á Verdi.

Hoy tenemos dos escuelas opuestas, igualmente equivocadas: por una parte, se pone sobre la mesa de disección á los hombres de genio, aunque se llamen Napoleón, Colón ó Leopardi, para demostrar que fueron locos ó epilépticos, y por otra, se protesta de tales profanaciones, reclamando se impida este examen anatómico de los grandes hombres, como si no fuera natural y alta tarea de la ciencia el examen de los grandes campeones de la humanidad.

El estudio de Zola, hecho por Mac-Donald, de Washington, resumen de todos los trabajos sobre el mismo tema, demuestra que se puede analizar con los métodos científicos más perfeccionados un hombre de genio, sin necesidad de ir á parar á la conclusión de que, precisamente por ser un genio, es también un mentecato ó un epiléptico. Ninguno mejor para el caso que Zola, tanto porque todos reconocen que es un genio, cuanto por haberse prestado al examen antropológico que han hecho de él, entre otros, Toulouse, Manouvrier, Bertillon, Block, Huchard, Joffrey, Robin, Mofet, Serveaux, Bonnier, Henry, Philippe, Crépieux, Passy, Golippe, etc.

Zola nació en París el 2 de Abril de 1840, desarrollándose normalmente, sin que se le notara otra cosa que la dificultad para pronunciar la *s,* que sustituía con la *t*. A los dos años tuvo una fiebre fuertísima, y de seis á siete estuvo enfermo, no se sabe bien de qué, quedando de resultas pálido y delicado, pues sólo muy tarde se hizo robusto. Entró en la pubertad entre los trece y los catorce años, pero su instinto sexual fue siempre contrarrestado por su gran timidez. A los diez y ocho años terminó sus primeros estudios y sufrió una tifoidea grave. Entonces tuvo que interrumpir su carrera por falta de recursos de su familia, recordando que muchos días hubo de quedarse en la cama por no tener otro medio de calentarse.

De los veinte á los cuarenta años padeció frecuentes neuralgias y tuvo una cistitis y síntomas de angina de pecho; á los treinta y cinco dejó de fumar por perturbaciones en el corazón, y sólo después de sus triunfos literarios se robusteció y

engordó tanto, que se le hizo penoso el menor ejercicio muscular; entonces sufrió dilataciones de estómago, pirosis, gastralgias y somnolencias después de las comidas; se condenó á una dieta rigurosa que todavía dura en parte, se abstuvo de beber durante las comidas y se prohibió el vino, tomando en su lugar un litro de té diario: en diez y ocho meses de esta dieta perdió 40 libras de peso. Siempre tuvo mala dentadura; y aunque á los diez años tuvo su primer amor y á los doce se enamoró seria, aunque platónicamente, las mujeres han ocupado poco lugar en su juventud.

Zola no fue precoz, pues hasta los siete años no aprendió á leer y á los doce entró en la clase de 8.° en Aix, donde su familia se había trasladado, siendo generalmente de los alumnos de la cola, aunque cuando quería y estudiaba con empeño lograba excelentes notas y premios, prefiriendo las ciencias á las letras y sintiendo especial repugnancia por las lenguas muertas, sobre todo por el griego. A los diez y ocho años regresó á París, viviendo aislado de sus condiscípulos, que se burlaban de su acento provenzal, y siendo reprobado en la licenciatura, en historia y literatura, quedándole así cerrada la puerta de los cargos públicos, sin otra salida que la de dedicarse á la literatura independiente.

Zola, á los cincuenta y siete años, tenía el aspecto robusto, estatura inferior á la mediana, piel blanca, mirada de míope, y el ojo izquierdo más pequeño que el derecho por un espasmo congénito del músculo orbicular; tiene grandísima sensibilidad cutánea y está sujeto á espasmos cardíacos, temblores, calambres y vértigos; su irritabilidad es excesiva, notables las alternativas de exaltación con las de depresión, débil la capacidad de la tensión y del trabajo continuado, por lo cual se siente cansado á las tres horas de trabajo mental, y su memoria no pasa del promedio, tanto, que Zola no sabe más lengua que la nativa. Su gran sensibilidad, su poca memoria, la tenacidad de la voluntad y el potente espíritu de observación forman el esqueleto psíquico de su ingenio.

Mac-Donald resume así su credo moral y religioso: El genio para Zola no consiste en la rareza ni en la perfección, sino en la creación, la potencia y la fecundidad. La mujer es menos equilibrada y tiene menos iniciativa que el hombre, y en general le es inferior, salvo en las cosas pequeñas. Zola no comprende las ideas metafísicas; es un positivista y no cree en la otra vida. Dios es para él una hipótesis ingenua, y todas las religiones le parecen sin sentido común. Funda la moralidad en la observancia de las leyes sociales. Tiene de la vida un concepto pagano, y sus ideas de orden y método son tan profundas, que se hace esclavo de ellas. Las cosas más preciosas para él son la juventud, la salud y la bondad. Le gustan las joyas y las máquinas de vapor, las escenas de la ciudad y los paisajes, prefiriendo entre los colores el rojo, el amarillo y el verde; entre los olores, los de las flores, odiando los perfumes y agradándole los dulces. Es tímido, y nunca ha podido hablar en público sin grande alarma. Sus simpatías estéticas las tienen Balzac y Flaubert, y prefiere una obra de Corneille ó Racine á todo el teatro moderno. En las óperas le gusta entender lo que se canta, sin lo cual no le agrada ni comprende la música. No le gustan los juegos de azar ni el billar; le gusta el juego de ajedrez, pero le cansa bastante. Soporta fácilmente las ofensas que se le dirigen, pero le exasperan las ofensas á la justicia.

Como manías, Zola tiene, cuando se pasea, la de contar las farolas, las puertas de las casas y los coches de alquiler; también se divierte en contar las escaleras de las casas y los objetos que hay en el escritorio; algunos números le son simpáticos y otros antipáticos, no entrando en un coche que tenga número de esta última clase; antes el número predilecto era el 3 y hoy es el 7; de noche, por ejemplo, abre los ojos siete veces para persuadirse de que no morirá; aborrece el 17, porque le recuerda una fecha funesta. Él es el primero en reirse de estas manías. Nadie ha podido comprobar en él fenómenos histéricos ni hechos epilépticos. Es neuropático; pero de eso á

la locura ó la degeneración hay un salto infranqueable, y manías semejantes á las suyas son frecuentes en los hombres mejor equilibrados.

## CUESTIONES SOCIALES

El divorcio y la Iglesia.—Todas las Revistas italianas consagran á la cuestión del divorcio y á la agitación producida por su planteamiento, sendos artículos altamente interesantes desde los respectivos puntos de vista. Veamos de resumir las diversas opiniones sustentadas por Crispolti en la *Nuova Antologia*, Simonini en la *Rivista Moderna*, y Corradini en la *Rassegna internazionale.*

La institución del divorcio, defendida y vilipendiada desde los más remotos tiempos, se relaciona con la historia de las más tumultuosas agitaciones sociales y políticas: por un divorcio se hundió Antonio y fundó Augusto el Imperio romano; por un divorcio vino á recoger tan pesada herencia Carlo magno; y un divorcio fue, quizá, la causa que detuvo la incesante ascensión de Napoleón el Grande.

Al ver—dice Corradini—que la agitación contra el divorcio nace principalmente de los sacerdotes católicos y no de los seglares, que son los directamente interesados, no puede menos de parecer algo cómica la cosa. La defensa del matrimonio perpetuo, hecha precisamente por los que no toman mujer, es realmente caso raro: el sacerdote mira siempre con malos ojos los goces mundanos, y como el medio más eficaz para amargar los goces del matrimonio es la perpetuidad del vínculo, por eso la defiende á todo trance el sacerdote.

Mezquino y falso encontramos semejante modo de argumentar. ¿Por ventura no tienen razones más poderosas los enemigos del divorcio? La religión combate el divorcio como una inmoralidad, llamando con Jesús adúltero al que se separa de su mujer para unirse con otra. La ley judáica admitía el repu-

dio, condenado por Jesús en su doctrina, é interpretada y desarrollada por la Iglesia.

El celibato era estimado como estado de privilegio por los esenios y por Jesús, y fue traducido en el monaquismo por los cristianos; el matrimonio no era un bien, sino el medio de evitar un mal mayor, y San Pablo mismo lo admite en ese sentido con la profunda fórmula de «más vale casarse que arder»; San Isidoro dice del matrimonio que «rebaja al hombre al nivel de las bestias»; Tertuliano lo considera como «una especie de fornicación»; San Jerónimo lo define como un mal, y San Clemente afirma que el celibato es el único medio de ganar el cielo. En semejantes opiniones abundan San Agustín y Santo Tomás, y el mismo Concilio Tridentino, al considerar el celibato como «un estado matrimonial más perfecto».

Hasta el tiempo de Justiniano los matrimonios se hacían sin la intervención del sacerdote; en la novela 74 es en la que autoriza al sacerdote á servir de testimonio, si los contrayentes lo desean. San Ambrosio pide á Teodosio un edicto que prohiba el connubio entre primos hermanos, lo que prueba que la Iglesia reconocía los derechos de la autoridad laica para legislar en la materia. Pero en 862, cuando ocurrió el divorcio del Emperador Lotario, es cuando Nicolás I consiguió hacer prevalecer la jurisdicción eclesiástica, invocando un supuesto decreto del Pontífice Anacleto, sucesor de Lino.

Si el matrimonio no fuera un sacramento, la Iglesia no podría defender eficazmente su intervención. El primero que le dió tal nombre fue San Agustín, y aun éste afirma que sólo dos sacramentos fueron instituídos por Jesús: el Bautismo y la Eucaristía: así lo dicen también Tertuliano, San Crisóstomo, San Isidoro y Juan Damasceno; en el siglo XI Berengario, Obispo de Tours, cuenta cinco, y sólo en el siglo XII Pedro Lombardo enumera los siete sacramentos tales como fueron reconocidos en 1215 por el cuarto Concilio lateranense, definiendo Santo Tomás con su acostumbrada precisión el matrimonio en la forma siguiente: «En cuanto oficio de la natura-

leza, lo estatuye el derecho natural; en cuanto oficio de comunidad, el derecho civil; en cuanto sacramento, el derecho divino.» El sacramento confiere la gracia, y el sacerdote es su ministro necesario.

¿Ha mantenido siempre la Iglesia esta doctrina? No; y los canonistas, desde el siglo XVI, se inspiran en un concepto que quita al sacramento gran parte de su valor, afirmando que nace del consentimiento mutuo de los contrayentes, y que el sacerdote no es su ministro, sino solamente su testigo; así han sido posibles matrimonios por sorpresa del tipo del narrado por Manzoni en *Los novios*. ¿Cómo pudo abandonar la Iglesia sus formidables posiciones? No se comprende verdaderamente, dado el empeño que siempre ha mostrado por recabar para sí, como arma política de primer orden, la intervención exclusiva en el contrato matrimonial.

El adulterio es menos reprobable como acto aislado que como escuela de corrupción, viéndose obligado el adúltero á defender su secreto con todo un sistema de perfidias y mentiras. Todo eso podía desaparecer ó disminuir con el divorcio, según Corradini. Y el argumento capital, el verdadero argumento social contra el divorcio, los hijos, su educación y su dirección, puede estimarse anulado si se piensa en las consecuencias que el divorcio podría tener en las relaciones entre la familia y el Estado. ¿Qué será de los hijos bajo el régimen del divorcio? Cuando el Estado se decida á cumplir sus deberes para con la prole de las familias disueltas, la cuestión de los hijos dejará de preocuparnos.

¡Pobres hijos! ¡Pobres padres! ¡Desdichada sociedad aquella en que fuera cosa corriente el divorcio, con cargo para el Estado de los hijos de los divorciados! Por fortuna queda todavía en el mundo bastante sentido común para evitar tamaños desatinos.

## EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA

La moral y la instrucción cívica en los Institutos.—Todo el mundo—dice en la *Revue Bleue* Alfredo Fouillée—reconoce la necesidad de la instrucción moral y cívica de la juventud. El Ministro de Instrucción pública ha sostenido con aplauso del Parlamento que la filosofía, «ciencia del hombre y de las sociedades», es esencial para todo alumno de segunda enseñanza; Viviani ha pedido que la filosofía se distribuyese con menos parsimonia á los alumnos de ciencias, que la necesitan más que los demás; y Ribot, en su informe, dice que «ni siquiera se comprende que un alumno pueda ser admitido al estudio del derecho sin conocimiento suficiente de la filosofía y de la historia».

A pesar de tan unánimes y resueltas opiniones, nada se hace en la práctica que responda á declaraciones semejantes. El nuevo *A B C* del Ministro es conocido: cuatro bachilleratos, dos literarios (latín-griego y latín-lenguas vivas), y dos científicos (latín-ciencias y francés-ciencias); y cada una de estas secciones servirán para *todas* las carreras. Resultado: que los alumnos irán en masa á la sección francés-ciencias, que con estudios más fáciles y de más inmediata aplicación abrirá todas las puertas; las clases de humanidades, y con ellas la filosofía, no tendrán más que algunos alumnos, y la enseñanza primaria superior, con el nombre engañoso de enseñanza moderna, habrá invadido la enseñanza secundaria, haciendo perder á ésta su carácter.

Es verdad que los alumnos de las dos secciones de ciencias tienen en séptimo año un cursillo de tres horas semanales de lógica y moral; pero esto es insuficiente á todas luces. Los sabios y los médicos especialmente necesitan de la filosofía y de la psicología. Y tan esenciales como á los médicos, son á los juristas los estudios filosóficos, á menos de reducir al magistrado ó al abogado á ser una especie de hortera de artículos

del Código que busca en el montón el número que conviene á su cliente, como el hortera busca el número del par de guantes que conviene al comprador. Hay que dar á la juventud principios.

«En los liceos—ha dicho entre salvas de aplausos el Ministro—debe enseñarse la República.» Perfectamente; pero ¿cuál? ¿La roja? ¿La rosa? ¿La incolora? Lo que necesitan los alumnos, son los grandes principios filosóficos en que se asienta todo Gobierno republicano. ¿Qué sería la República sin los filósofos que han producido el triunfo final de las ideas de libertad y de igualdad humanas? Los verdaderos intereses de una República están en la elevación de sus ciudadanos á ideas y sentimientos desinteresados, por medio de estudios desinteresados también, literarios, morales y filosóficos. Para reemplazar la filosofía, no se puede contar sobre la fe de algunos creyentes ni sobre el excepticismo de otros incrédulos; unos creerán en las prácticas más supersticiosas, y otros se atendrán al egoísmo y á la famosa «lucha por la vida». ¡Bonita sociedad!

Una democracia sin filosofía es hoy imposible; si no es religiosa, como lo fue en la ciudad antigua, necesita ser filosófica; es preciso, bajo una ú otra forma, que viva de una vida espiritual y moral; si no, perecerá por el efecto mismo de la lucha intestina por la vida que producirá finalmente su inferioridad en la la lucha internacional por la vida. Una República de utilitarios y egoístas es una utopía; la primera condición del régimen socialista,es el olvido de sí mismo en provecho de la sociedad.

¿Cómo asegurar á la filosofía el lugar que le corresponde en la educación? Negando ante todo la equivalencia entre las secciones literarias y las científicas del bachillerato; es preciso que sólo los bachilleratos literarios abran, como en Prusia, la entrada de las carreras liberales, incluso Medicina y Derecho, y que los bachilleratos científicos sólo sirvan para carreras puramente científicas. Además, es preciso que la verdadera

unidad íntima entre los diversos bachilleratos la dé el estudio completo de la filosofía para todos los aspirantes.

## COSTUMBRES

Sensaciones de automóvil, según Maeterlink.—En la *Nuova Parola,* de Roma, encontramos un sabroso artículo del ilustre novelista belga, en el que relata sus primeras impresiones de automóvil.

No hay que contar—dice—las primeras salidas bajo la dirección del maestro; entonces no se comunica todavía con la maravillosa bestia, y se experimenta algo de lo que debe experimentar el aprendiz de domador cuando se arriesga entre las garras de la fiera, bajo la protección del padre, cuya mirada mantiene esclavizada la fiera. Se tiene miedo de estar solo, en presencia del espacio, con el animal desconocido, y se arde en deseos de saber lo que es en sí, lo que quiere, lo que rehusa, cómo obedece á su nuevo amo.

Ayer me condujo el maestro de París á Ruan, y esta mañana me dejó solo por primera vez fuera de las puertas de la capital de Normandía, en plena llanura, sobre el camino desierto, lejos de estaciones y oficinas de socorro. La primera sensación, es cierta inquietud no exenta de atractivo. Soy dueño de la fuerza misteriosa, y conozco los secretos del monstruo. Su alma es la chispa eléctrica que hace dar á sus arterias de siete á ochocientas vueltas por minuto; su terrible corazón es su carburador, y el alma obedece al cuerpo, y el cuerpo obedece al alma en ingeniosa armonía.

El monstruo, bajo mi mano conmovida, es dócil y lleno de buena voluntad. A los dos lados de la carretera, los campos de trigo corren plácidamente como verdes arroyuelos. Ya es tiempo de poner á prueba el poder de los gestos esotéricos. Toco las llaves encantadas, y el caballo hechizado se para bruscamente; toda su vida se extingue en breve gemido, y se convierte en enorme é inerte aparato de metal.

Ahora se trata de resucitarle. Me desmonto y me agito en torno del cadáver. La ciencia está segura de su triunfo: el hipógrifo revive, bufa un instante y se lanza de nuevo cantando victoria. Abro un poquito, lentamente, la famosa manivela de anticipo de la ascensión, y regulo como puedo la admisión de la esencia: la marcha se acelera, y el roce, cada vez más agudo, de las ruedas revela creciente embriaguez. Al principio, la carretera viene á mi encuentro con movimiento cadencioso; luego, poco á poco, se anima, se precipita sobre mí, corre bajo el coche como torrente embravecido que me ahoga con su espuma, me inunda con sus oleadas, me ciega con su aliento.

¡Oh, qué caricia tan deliciosa! Se diría que alas, miles de alas que no se ven, alas transparentes de gigantescos pájaros sobrenaturales, habitantes de las excelsitudes batidas por los vientos eternos, me envuelven en su vasta frescura las sienes y los ojos. Ahora la calzada desciende á pico en el abismo, y el mágico aparato la precede; los árboles que de tantos años la flanquean plácidamente, parecen juntarse, agrupar sus verdes cabezas y conjurarse ante el fenómeno que surge para cerrarle el paso; pero como ven que no se detiene, se retiran, se alejan, se contorsionan, vuelven á encorvarse sobre mí, y con voz sumisa y arcana sus miles de hojas murmuran á mi oído los cánticos volubles del espacio, que admira y exalta á su viejo enemigo finalmente vencedor, la velocidad.

En los trenes el espacio devorado pasa ante nuestros ojos, pero pasa lejos de nosotros; no lo tocamos, no lo podemos gozar; pero aquí, en este carrito de fuego, dócil, ligero, milagrosamente infatigable; entre las alas replegadas de este pájaro de llama, que vuela desflorando la tierra para admirar sus flores, que acaricia los campos de grano, que aspira los arroyos, que conoce la sombra de los árboles y entra en las aldeas, aquí el espacio se hace verdaderamente hermoso, se hace proporcionado á nuestros ojos, á los deseos de nuestra alma, insaciable y meticulosa.

Ahora no se espera ya la llegada que reabre los ojos é in-

vita á la alegría del mirar; todo el caminoes una llegada continuada, y los goces que se pregustan al alcanzar la meta se multiplican, porque todo toma la adorable forma de la meta.»

## LITERATURA

Las metamórfosis de un novelista.—La fugaz actualidad —como dice en la *Revue Bleue* Federico Loliée — prodiga en estos momentos sus gracias mariposeras á Abel Hermant, que en el mismo día se ha visto por la tarde aclamado como Presidente de la Sociedad de literatos y por la noche aplaudido en un estreno.

A primera vista, la labor novelesca y dramática de Hermant parece algo confusa por su multifaz aspecto. Esas transformaciones parecen desconcertantes por su instantaneidad; pero todo en el mundo tiene su lógica y su explicación. Cómo puede revelarse sucesivamente novelista militar y satirizador mundano, naturalista y psicólogo, se explica por el juego de las circunstancias. Es regla general: antes de saber escribir se hacen versos. Abel Hermant no dejó de hacerlos, y á los veintiún años publicó un tomo de *Desprecios*. Probadas sus fuerzas, al año siguiente se lanzó á la pelea con un libro tendencioso, en el que palpitaba el humor incisivo del autor y su inclinación á la alusión. Normalista, y pensando ser profesor de filosofía, estudiaba, planeaba y bosquejaba cuadros del mundo que veía, como *El señor Rabosson,* novela de costumbres universitarias.

Acababa de terminar *El Discípulo amado,* aventura de la vida contemporánea, cuando fue llamado al servicio militar, ingresando en el Regimiento 12.° de Cazadores de Caballería, el que más escogido personal reunía. Fruto de aquel año de voluntariado fue *El Caballero Miserey,* obra poco optimista, la más vigorosa que ha salido de su pluma. Las corrientes antimilitaristas, exageradas hoy hasta la negación del senti-

miento patriótico, no habían invadido todavía la literatura ni la Prensa. Por eso la publicación de aquella obra en que se revelaba la vida interior del cuartel con todas sus miserias, reprobándose «la existencia estúpida del Oficial en tiempo de paz y el embrutecimiento de las guarniciones», suscitó ardientes protestas, llegando un Jefe á dar orden de quemar el libro de Hermant sobre el estiércol del cuartel.

Su reputación desde entonces quedó asentada en sólida base, y pagado el tributo de *El Caballero Miserey* á sus convicciones, no tuvo para qué acordarse de aquellas cosas, dedicándose á otro género y publicando *Natalia Madoré, Corazones aparte* y *Amor de cabeza,* inspirados, sobre todo el último, por una especie de psicología sentimental, sutil y refinada. Gustado en los salones, los frecuentó, más que para brillar en ellos, para estudiarlos. Al principio había costeado esa clientela favorita de los moralistas de novela, en donde se saludan mutuamente los privilegiados de los dos barrios, el antiguo y el nuevo, Saint-Germain y Saint-Honoré, revelando á veces, como en *La Meute,* la amargura y el desaliento que resultan del exceso de los placeres, dejando correr de su pluma apreciaciones y detalles que no debieron agradar á quienes tienen como mérito exclusivo su nombre heredado.

Abel Hermant tenía *El Faubourg* en la cabeza, cuando el azar le puso en contacto con la colonia americana, tan original en París como en Nueva York ó Chicago, y allí observó un concepto de la vida muy diferente del nuestro, oyendo, sin olvidarlas, asombrosas reflexiones y escuchando en las conversaciones entre jóvenes palabras de aturdidora franqueza; se complació en recoger todo esto y lo ofreció al público en *Los Trasatlánticos.*

Aficionado á los viajes, cultivó del mismo modo varios centros de vida cosmopolita y procuró recoger en *El escalofrío de París* la indefinible sensación que dejan los espasmos y estremecimientos de la vida de París en los extranjeros. Luego se dedicó al estudio de los diplomáticos, extrayendo de su trato

los elementos de la mejor comedia de su repertorio: *La Carrera.*

Cada vez más favorecido por el éxito, después de los diplomáticos, el feliz autor estudió los príncipes y hasta los soberanos, libres de las trabas de la etiqueta, seduciéndole la cosa de tal modo, que durante tres años ocupó con escenas de este género las páginas de la *Vida parisién.* El Archiduque Pablo y su familia hacían el gasto. ¡Qué personajes! Un heredero decadente; una Archiduquesa, dividida entre el patín y la bicicleta; un tránsfuga de la realeza, arrojando su cetro á las ortigas para correrla á su gusto en París, sin perjuicio de llegar á ser, llegado el caso, un emperador muy suficiente... Paul de Kock y Gotha bailan en aquellas páginas una zarabanda desenfrenada. Parecía haberse excedido en la pintura, y la crítica se lo advirtió; pero Hermant siguió adelante.

Por caminos extraviados habían solicitado otros asuntos su atención. Le habían sugerido la idea de componer una novela histórica, y al coleccionar notas y recoger materiales, pasaron por sus manos las novelas de fines del siglo XVIII, y de su estudio sacó las *Confidencias de una abuela*, deliciosa imitación de los tiernos narradores de otros tiempos, cuya vida se reducía al amor.

Tras estas narraciones espirituales, Abel Hermant volvió á la observación más general y más profunda que en sus obras precedentes, acometiendo el relato de los *Recuerdos del Vizconde de Courpieres,* que inaugura la serie de Memorias novelescas de la sociedad contemporánea que hoy le ocupan y que, según dice, le absorberán durante algunos años. Y este es, hasta el presente, el término de la evolución caprichosa de un talento que, sin cambiar de naturaleza, ha revestido tan diversos trajes.

## IMPRESIONES Y NOTAS

Tolstoi y los dukhobors.—Con este título acaba de publicar en París J. W. Bienstock un curioso é interesante libro.

Los dukhobors son una secta rusa que sigue con toda escrupulosidad los preceptos evangélicos, conociéndose á sí mismos con el título de «Cristianos de la fraternidad universal». Tolstoi, cuya doctrina tantos puntos de contacto tiene con la de estos desheredados, ha hecho en su favor cuanto ha podido, ha renunciado en su obsequio á los derechos de propiedad de su *Resurrección,* revelando al mundo la existencia de estos fanáticos.

El concepto capital de la doctrina de los dukhobors es el expresado en forma inmortal por el mismo Jesucristo y repetido por San Francisco: «No reciban ni lleven armas mortales contra quien quiera que sea.» De aquí han sacado los dukhobors su norma de vida, oponiendo la fuerza de la inercia al movimiento de mutuas ofensas de la máquina social. De esta resistencia al servicio militar han nacido procesos y persecuciones incesantes y la emigración al Canadá, suscitando serias y transcendentales polémicas la actitud de estos interesantísimos mártires.

La fe de estos hombres es tan pura y tan sublime, que excita la atención de todos los pensadores; personas que son capaces de abandonar sus bienes y sus familias, de sufrir la cárcel y la deportación, antes que someterse á la ley del servicio militar, por negarse á llevar armas, son realmente seres extraordinarios, que revelan condiciones de carácter y arraigo de convicciones dignas de fijar la pública atención. Hoy casi parecen locos; pero ¿serán tenidos mañana como los precursores del nuevo estado social que el porvenir quizá ha de desenvolver?

***

El sueño del pan gratuito.—Un *Pequeño grupo de humanistas*, como ellos se titulan, ha lanzado una circular reclamando la gratuidad del pan, como la del agua y el aire, basándose en dos postulados de la Sociología: el derecho á la existencia y la libertad de hacer el bien.

Federico Passy, el ilustre campeón de la paz universal, aplaude en el *Journal des Economistes* el espíritu que anima á los humanistas; pero demuestra que su aspiración es un sueño. No hay nada gratuito, sino lo que podemos poseer sin esfuerzo alguno, como el aire que dilata nuestros pulmones; hasta el agua en el manantial exige que nos inclinemos para beberla, y si la queremos en nuestras casas, hay que pagar su viaje.

Toda mercancía puede hacerse más abundante y menos cara por el mejor empleo de nuestro trabajo, por el perfeccionamiento de los medios de producción, por la mayor extensión de los mercados; pero nunca puede llegar á la gratuidad. No hay secreto para hacer el pan gratuito, pero lo hay para hacerlo menos caro: no recargar con impuestos ni monopolios el coste de su producción y de su distribución.

***

La telefonía sin hilos.—No podía menos de venir, y ya la tenemos: después del telégrafo sin hilos, el teléfono sin hilos también. ¡Cuánto agradecerán esta invención, no sólo los llamados á utilizarla, sino todos los tímidos, asustados siempre ante las inextricables redes de la telefonía actual en combinación con las demás redes electróforas que aprisionan las ciudades modernas en antiestéticas telas de araña, suspendidas de verdaderos bosques de columnas, postes y torres de todas clases, que, siendo en general otros tantos atentados al buen gusto, son irritantes trabas de la circulación, y pueden ser (aspecto en el que no se han fijado las autoridades militares) un positivo peligro en casos de motines y revueltas!

El teniente de navío Gaillard, francés, es el autor del nuevo invento. Los experimentos se han hecho con excelente resultado en presencia del Ministro de Marina. El puesto transmisor se hallaba á 1,50 metros de la superficie del suelo y su receptor se hallaba á 50 metros del transmisor, separado del mismo por casas, muros, cimientos y obstáculos de todas clases, y para la toma de tierra se ha utilizado un pozo de 18 metros de profundidad. Allí no hay hilo ni conductor de ninguna clase, y sin embargo, la palabra se percibe con pureza perfecta, sin que se mezcle con su sonido ninguno de esos ruidos parásitos tan molestos en la telefónía con hilos.

La tierra filtra, por decirlo así, sin ayuda de ningún aparato, la corriente de ida y vuelta necesaria para el funcionamiento de este teléfono fantástico, y las derivaciones de esta corriente pueden accionar sobre otros teléfonos aislados, situados á cualquier distancia. Si se levanta la esfera que apoya en el suelo cesa la recepción, que reaparece en cuanto se restablece el contacto de la esfera con el suelo. Se han obtenido ya efectos prácticos á 5 kilómetros de distancia, y todo hace presumir que la telefonía sin hilos entrará sin tardanza en juego para todas las aplicaciones telefónicas.

Fernando Araujo.

# NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

**Delitto e forma geometrica della faccia fra i delinquenti napoletani** (nota preventiva), per A. De Blasio. Napoli, 1901.

**Scuola di applicazione pei ladri di destreza napoletani,** per A. De Blasio. Napoli, 1901.

**Mummie e crani dell'antico Perù conservati in alcuni musei dell' Università di Napoli,** per A. De Blasio. Napoli, 1900.

**L'uomo preistorico in terra di Bari** (época poleolítica), per A. De Blasio. Napoli, 1901.

Estos varios escritos, breves todos ellos, dados á luz recientemente por el Dr. Abel De Blasio, fundador y director del Centro Antropométrico de la Cuestura de Nápoles y profesor de Antropología en aquella Universidad, aun cuando tratan de asuntos diversos, están inspirados por un propósito común: el de contribuir al progreso de los estudios antropológicos; ya al de la antropología general, como pasa con los dos últimos, ya al de la antropología criminal, que es á lo que tienden los dos primeros. Todos ellos van ilustrados con buenos y abundantes grabados.

Los trabajos relativos á la antropología general son dos monografías sobre puntos concretos: en una de dichas monografías hace el Dr. De Blasio un estudio descriptivo, con grabados, de cuatro momias y seis cráneos existentes en varios Museos de Nápoles, cráneos y momias pertenecientes á antiguos habitantes del Perú, y los cuales no habían sido objeto hasta ahora de un examen especial. Con ocasión de este estudio, discute el autor un problema de que ya se habían ocupa-

do muchos craneólogos, y es el de saber si la forma irregular que presentaban los indígenas de aquella región de América, forma que ya llamó la atención de Colón y que consistía en tener muy anchas y achatadas la cabeza y la frente, era efecto de una deformación artificial, ó carácter nativo, ó ambas cosas combinadas, es decir, una deformación originariamente artificial, pero trasmitida por herencia. El Dr. De Blasio se pronuncia por la primera de estas hipótesis.

La segunda monografía sobre materias de antropología general significa la intervención del autor en una polémica que en Italia se ha sostenido entre dos antropólogos, los Sres. Virgilio y Flores, tocante á si en la comarca de Bari, región de la Apulia, existió ó no el hombre de la época arqueolítica, el tipo *Acheuléen* de los franceses. Nuestro autor resuelve también esta cuestión afirmativamente.

Interesantes y curiosas son las noticias que nos da De Blasio acerca de las escuelas de ladrones de destreza (rateros de relojes, carteras y objetos análogos) que desde mucho tiempo hace han existido en Nápoles, y á las cuales enviaban, y aún parece que envían, muchos padres á sus hijos para que salieran ó salgan de ellas consumados ladrones, como los discípulos de Monipodio en la novela *Rinconete y Cortadillo*, de Cervantes.

Pero de todos los opúsculos del Dr. De Blasio á que ahora nos referimos, el que trata asunto más curioso y más nuevo, al par que interesante, es el que estudia la relación que existe entre cada clase de delito y la forma geométrica de la cara de los delincuentes. El autor lleva ya varios años, desde 1892, recogiendo datos sobre el asunto. Los resultados de semejante trabajo promete publicarlos en breve con la extensión necesaria; no aguarda para ello, según dice, más que á concluir de estudiar detenidamente las biografías de muchos de los individuos por él examinados. Lo que ahora ofrece al público amante de la antropología criminal no es sino una simple nota preventiva ó provisional. Ya lo dice la misma portada de la Memoria.

Ha examinado De Blasio la forma geométrica de la cara de 200 delincuentes y la de 200 hombres honrados, pudiendo así comparar dos cifras iguales. Admite la clasificación de las formas del rostro hecha por Sergi en rostros de tipo elipsoidal, ovoidal, etc., y verificada la comparación entre honrados y delincuentes, le han resultado las siguientes formas geométricas de la cara:

| | Honrados. | | | | Delincuentes. | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Octogonal... | 0 | ó sea el | 0 | por 100. | 1 | ó sea el | 0,50 | por 100. |
| Elipsoidal.... | 39 | » | 24,50 | » | 13 | » | 6,50 | » |
| Oval..... | 112 | » | 56 | » | 60 | » | 30 | » |
| Orbicular.... | 4 | » | 2 | » | 10 | » | 5 | » |
| Triangular... | 9 | » | 4,50 | » | 26 | » | 13 | » |
| Cuadrada.... | 21 | » | 6 | » | 50 | » | 25 | » |
| Rectangular. | 9 | » | 4,50 | » | 26 | » | 13 | » |
| Romboidal... | 6 | » | 3 | » | 14 | » | 7 | » |

Por donde se ve la preponderancia que la forma oval y la elipsoidal, las dos más regulares, tienen entre los honrados, y la gran proporción de formas irregulares (cuadrada, triangular, rectangular) que arrojan los criminales. El Dr. De Blasio descompone después las cifras de cada forma geométrica de la cara de los delincuentes para demostrar la proporción que cada una de ellas tiene en cada clase de delitos (asesinatos, hurtos, etc.).

Interesa conocer las conclusiones á que llega el autor, apoyándose en las cifras: 1.ª, en Nápoles, la forma oval y la elipsoidal normal son las que abundan entre los honrados; 2.ª, estas dos formas se encuentran también entre los delincuentes, mas entonces éstos no son de los de peor clase; 3.ª, si á veces se encuentran notorios malhechores entre los individuos que presentan las dos formas dichas, es señal de que la elipse y el ovoide han perdido su forma normal para hacerse más largas ó más cortas; 4.ª, la peor canalla de todos es la de cara cuadrada; 5.ª, el delito se halla en razón directa de la brevedad del rectángulo; 6.ª, las caras triangulares, orbiculares y romboidales son propias de aquellas gentes que, para ir viviendo, se dedican á cometer pequeños delitos.

P. Dorado.

**Viaje al Transvaal durante la guerra,** por el Dr. D. Vicente Vera.

Es un libro muy interesante y del que hay muy pocos precedentes en la literatura española. El Dr. V. Vera, viajero infatigable que ha recorrido casi todo el mundo y que posee una ilustración poco común, sabe indudablemente ver y observar, y por eso las crónicas de su viaje al Transvaal constituyen cuadros llenos de color y de vida; sus descripciones son muy pintorescas y llenas de atractivo; retrata á los personajes con tal viveza que parece que se les está viendo, y los episodios que pinta son tan gráficos que, después de haberlos leído, creemos haber sido testigos de ellos.

Hay en este libro datos científicos de mucho valor; observaciones muy profundas sobre los hombres y las cosas; juicios clarísimos sobre la guerra, sus causas, sus resultados y sus actores; análisis psicológicos de pueblos y de razas, y todo con un lenguaje sencillo y ameno que encanta y seduce como la novela más interesante.

Algunas descripciones, como la de la entrada en el Transvaal, la de Pretoria, la del sitio de Ladysmith, la de la batalla de Klip River, son verdaderamente magistrales. Las semblanzas de Steyn, de Kruger, de Botha y Delarey son magníficos modelos de esta clase de literatura y contienen, sin pretenderlo, más filosofía que muchos tratados voluminosos.

El *Viaje al Transvaal* del Sr. Vera resulta, además, una crónica completa de la guerra anglo-boer; y como todos los datos son de primera mano y están expuestos de un modo tan atractivo, creemos muy difícil pueda haber libro alguno donde se retrate con más fidelidad la grandiosa epopeya que tanto ha impresionado al mundo.

No vacilamos en recomendar este precioso libro á nuestros lectores, seguros de que todos cuantos lo tengan en sus manos leerán y releerán sus páginas recreándose en ellas.

R. I. Soler.

# INDICE


Págs.

*Bloqueados por la nieve* (novela), por Bret Harte..... 5
*Poetas americanos: Salmo de combate,* por Alfonso Zepeda Winkfield..... 56
*El Congreso Panamericano en Méjico,* por Juan Pérez de Guzmán. 58
*Tendencias al individualismo en la ciencia alemana contemporánea,* por Edmundo González-Blanco..... 107
*Un imperio que brotó de una larga decadencia,* por Nicolás Pérez Merino..... 129
*Lecturas americanas,* por Hispanus..... 142
*Crónica literaria,* por E. Gómez de Baquero..... 172
*Revista de Revistas,* por Fernando Araujo..... 184
*Notas bibliográficas,* por P. Dorado y R. I. Soler..... 204

AP
60
E8
año 14
no.160-62

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY